MARK KNOWLES

JASÓN

ESPADAS DE BRONCE II

NARRATIVAS HISTÓRICAS edhasa

JASON

Espadas de bronce II

MARK KNOWLES

Traducción de Julieta Lionetti



En nuestra página web: www.edhasa.es encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Jason. Blades of Bronze II*

Diseño de la sobrecubierta:

Primera edición impresa: abril de 2026
Primera edición en e-book: abril de 2026

© Mark Knowles, 2022
This translation is published by
Editora y Distribuidora Hispanoamericana S.A.
by arrangement with Bloomsbury Publishig PLC.
© de la traducción: Julieta Lionetti, 2026
© de la presente edición: Edhasa, 2026
Diputación, 262, 2º 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright,* bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-5053-1

Producido en España

A mis padres, Christine y Geoff.
Gracias.


LA RUTA DE JASÓN
N
Cinocéfalos («Cabezas de Perro»)
Istros (Danubio)
TRACIA
Mar Inhóspito
Cyanida
Mariandinos
Eea
CÓLQUIDA
Yolco
Troya
Mssynoeci («Habitantes de las Cabañas»)
Atenas
Egina
Citnos
ASIA MENOR
Amnisos
Creta
ARCHIPIÉLAGOS
0 100 200 300 millas
0 100 200 300 400 500 km

Argonautas destacados

Jasón del monte Pelión, Tesalia
Acasto de Yolco
Anceo de Samos
Butes de Atenas
Calais y Zetes de Tracia
Cástor y Pólux de Esparta
Dáscilo de los mariandinos
Etálides de Ftía
Eufemo de Ténaro
Heracles de Tebas (apartado)
Hilas de Tebas (difunto)
Idas de Arene
Idmón, el vidente errante (difunto)
Linceo de Mesenia
Meleagro de Calidonia
Oileo de Yolco
Orfeo de Pierría
Peleo de Ftía
Periclímeno de Pilos
Polifemo de Tesalia
Telamón de Ftía
Tifis de Tespias, timonel (difunto)

Xantías de Trecén

JASON

Espadas de bronce II

Prólogo

Eleusis, doce meses antes

Se estremece a pesar del calor de las llamas. El aroma del cerdo que chisporrotea en las losas frente al salón no augura sustento ni consuelo. Las sombras de las dos familias, que ríen y bailan al lado de un olivo, saltan contra el pórtico y el edificio perpendicularmente. La suya se esconde en algún sitio detrás de ella. Quizá también la haya aterrorizado la perspectiva de lo que le sucederá a su dueña entre esas paredes.

El cielo vuelve a parpadear iluminando unas nubes tormentosas que pasan rápidamente sobre la luna llena. Unos instantes después, el sordo retumbo de un trueno rueda desde el monte Pateras hacia el oeste. En apenas quince inviernos, cree haberse vuelto más sabia que la mayoría de las mujeres aqueas. Hasta hace muy poco, siempre creyó que había una fuerza más poderosa regulando el comportamiento de los hombres. El manto de esa fuerza siempre la protegió, o eso pensaba. Su ingenuidad la hería en lo más profundo.

«Que aquella que fue engendrada bajo la luz de la luna omnisapiente aprenda a engendrar».

Esto es todo lo que recuerda de la breve ceremonia. Como si fueran las pocas palabras obstinadas de una canción olvidada hace mucho tiempo, su significado aparece y desaparece en el vacío.

Mientras los juerguistas beben y se dan un festín, siente unos ojos oscuros que la miran con lascivia desde el otro lado del fuego. Incluso cuando vuelve a beber del cuenco y apura el vino, no parpadea. Ni siquiera cuando se limpia la boca con la manga de la túnica. No lo conoce, pero lo odia de todo corazón. Experimenta una sensación que

crece en lo más profundo de su ser, algo desconocido y lleno de rencor. Le provoca pánico. No puede controlarlo. Hace que le palpite la cabeza.

–Madre –susurra–. Madre, ¿por qué me abandonaste?

Se le acerca sigilosamente el gemelo y lo agarra del hombro. Sólo entonces el joven noble deja de mirarla fijamente y levanta la vista. Asiente con la cabeza antes de volver a fijar su mirada en ella. Trata de ignorarlo y acerca las rodillas al pecho. Se da cuenta de que tiene los dedos manchados de rojo a causa del zumo de la granada, que también ha manchado parte de su vestido blanco. Está cerca de ella, en la plataforma, aplastada por uno de los lados. Sabe muy bien el significado de esa fruta carnosa y tierna, y le da asco. La patea con repugnancia para que caiga al sumidero.

Las tres hijas del rey Céleo entran a hurtadillas en el patio y se funden con las sombras junto a la pared. Descarnada es la angustia en el rostro de la amiga. Distanciada de la alegría de los invitados, no podría parecer más sola.

–Iré a verla –dice Demo.

Calídice, la mayor, la retiene con una mano amable, pero tiene el entrecejo fruncido.

–Papá dijo que no debíamos interferir.

–Y no lo hacemos –explica Sésara, la menor y más impetuosa–. La ceremonia ha terminado. ¡Por favor!

Calídice pone los ojos oscuros en blanco y las sigue. Esquivan el patio, el regocijo que tiene lugar allí y, tomadas de la mano, saltan por encima del sumidero, una después de la otra. Céleo interrumpe su conversación con el rey tebano para lanzarles una mirada feroz, pero, al sentir la vehemencia de sus ojos, las hermanas bajan la cabeza y se apresuran en dirección a los peldaños de la plataforma. Ahí, quedan parcialmente ocultas desde el patio.

Sésara llama en un susurro:

–¡Perséfone!

La joven novia alza la cabeza de entre las rodillas, apartando del rostro delicado algunos mechones sueltos. Cuando Calídice ve las

lágrimas que le bañan las mejillas y los labios pálidos temblando, sus reservas se disipan.

–¡Ay, querida! ¡Ven aquí!

Extiende los brazos hacia ella y Perséfone cruza la plataforma arrastrando los pies. Calídice siente los dedos de la amiga contra la piel, el cuerpo delgado que se sacude arriba y abajo. Le escuecen los ojos. Sus hermanas están de puntillas, tratando de abrazarla y, por un instante fugaz, se funden en una. Después, también lloran.

–Se supone que la estáis apoyando –susurra Calídice, mientras pellizca a sus hermanas.

Oyen el sonido áspero de unas botas en la gravilla. Las cuatro chicas se estremecen y miran con ojos como platos.

–¡Qué bonita escena! –El príncipe Tersandro apoya una mano en la cadera, sobre el cinturón de la espada; en la otra sostiene una cílica de vino. Las mira con una mueca elegante de desprecio y le da forma a su brillante barba hasta que queda puntiaguda, mientras se inclina hacia delante para susurrar algo–. No me digas que no te pareció un poco emocionante pasar por toda esa miserable ceremonia sin que nadie de mi familia lo supiera. –Su aliento es caliente y agrio–. Pero no te preocupes, mi primer acto será liberarte. Bueno... ¡quizá no sea el primero! –Calídice hace un ruido de disgusto y él se vuelve hacia ella–. Pero es una pena. Las poseería a todas si pudiera.

–¡Chicas, marchaos!

Tersandro gira sobre sus talones y le dirige una sonrisa encantadora al rey Céleo.

–Está todo en orden, mi señor. Estaban... despidiéndose, me imagino. –Calídice se da la vuelta y le lanza una mirada mientras se aleja a grandes zancadas. Él resiste el impulso de guiñarle el ojo–. ¡Y qué intérpretes tan talentosas!

–Lo son, lo son.

Céleo mira a Tersandro con un desagrado apenas disimulado que no hace la más mínima mella en el joven príncipe.

–Mi padre me dice que, en los viejos tiempos, los reyes piadosos no se detenían ante nada para garantizar la seguridad de su gente. Nada. Sé lo

que estás pensando, pero puedes considerarte afortunado. Después de todo, todavía tienes a tus hijas. Por ahora.

–Tu padre quiere hablar contigo. –Céleo inclina la cabeza hacia un lado–. Tal vez tenga más palabras de sabiduría para ti. Sin duda, tienes espacio de sobra.

El rostro de Tersandro se contrae, pero fuerza una sonrisa y hace una reverencia.

–Por supuesto.

En algún lugar detrás de él, un cuenco se hace añicos en el suelo. Se oye un bufido de risa achispada. Céleo lo ignora y mira a la chica temblorosa. Sus grandes ojos implorantes despiertan algunos restos de piedad en lo más profundo de él.

–Deberías beber algo, mi niña. Eso... ayudará.

El breve destello de esperanza en los ojos de Perséfone se desvanece y mira hacia otro lado.

Céleo se tambalea. Había ordenado a su mayordomo que no añadiera la medida habitual de agua al vino: le había parecido la mejor manera de acabar con las cosas rápidamente. ¿De verdad había bebido tanto? Deja a la chica a su suerte y baja las escaleras para hacer sus necesidades en la parte trasera de la casa. Algo en la velada lo ha inquietado. Por otra parte, la necesidad de orinar se ha vuelto más frecuente en los últimos tiempos.

Otro destello de un relámpago.

Mientras se desabrocha el cinturón, la pintura al fresco que tiene delante centellea con una luz brillante. El rostro de la diosa lo mira fijamente, lo que le hace dar un paso atrás, alarmado. Aprieta el pulgar y el índice para hacer el signo apotropaico, que aleja a los malos espíritus, y sacude la cabeza con una sonrisa irónica mientras su corazón se tranquiliza. Se inclina ante la diosa y sigue caminando para rodear el edificio a fin de terminar su faena.

* * *

Las hijas de Céleo juntan las camas. Aunque no llueve, el viento silba a través de los huecos de las contraventanas, poniéndoles los nervios de punta. Los pequeños discos de luz entre las vigas avanzan más hacia el interior de la habitación, mientras las llamas de las lámparas de aceite oscilan y luego se enderezan.

Un agudo grito de dolor.

Las hermanas contienen la respiración y se cogen de las manos con fuerza.

Agudo pero, afortunadamente, breve.

Aguzan tanto el oído que pueden oír el zumbido de la sangre alrededor de sus cabezas. Las paredes, todas lo saben, son gruesas.

Silencio y viento.

Exhalan poco a poco cuando cada instante que pasa no trae más sonidos de dolor.

–¿Crees que...?

–Está borracho, eso es lo que pasa –interviene Calídice, con una confianza que no siente–. La bestia se ha desmayado.

Otro largo momento pasa.

–No sembrará su semilla. No esta noche.

Calídice chasquea la lengua y le clava el codo en el costado a Sésara.

En el piso de arriba, el rey Céleo también está despierto. También ha oído el grito. Ha oído muchos ruidos de ese tipo durante el tiempo que ha presidido estos ritos, algunos de ellos incluso placenteros, pero ninguno lo ha mantenido despierto.

Siente otra oleada de inquietud, y luego un nudo de dolor sobre la ingle.

Primera parte

La locura del rey Céleo

I

La velada siguiente a los ritos

–¡Padre! Alguien pregunta por ti. –Un rostro arrebatado, coronado por rebeldes rizos dorados, apareció en la puerta del megarón–. ¿Recibes visitas?

–¡No! –espetó el rey Céleo–. He convocado una asamblea.

La reina Metanira, que trabajaba en un telar frente al hogar, frunció el entrecejo ante su mal humor.

–¿Quién es, Triptólemo?

–Una peregrina. –El muchacho se encogió de hombros, sin perder la sonrisa–. Vieja. Esmirriada...

Metanira se apartó el pelo de la comisura de la boca con un soplido y ladeó la cabeza. El rostro de Céleo se suavizó.

–Conozco esa mirada. –Se dejó caer en la silla junto al hogar e hizo un gesto a su hijo–. Asegúrate de que el guardia le quite las armas. Y dile que se apresure.

Triptólemo sonrió con satisfacción.

–Es una mujer, papá.

–¿Las mujeres no pueden ser también peligrosas? –Céleo se permitió una sonrisa tensa–. ¡Piensa en Medusa!

El rey y la reina oyeron el golpeteo de un bastón unos instantes antes de que la silueta apareciera en la puerta. Céleo la observó y luego miró a su esposa con una expresión fulminante.

–¿Sí?

–Céleo –susurró ella.

La mujer, vestida toda de negro, se puso la mano en el corazón y, por un momento, él pensó que se desplomaría. Bajo el pañuelo de la cabeza, pudo ver el pelo negro, atravesado por una raya gris. Las cejas eran espesas y daban severidad a sus ojos oscuros. Cuando entró, el bastón le pareció superfluo a Céleo: sólo un niño la describiría como vieja. Le hizo un gesto a Triptólemo para que se fuera, aunque sabía que se quedaría escuchando desde el pórtico con su hermano pequeño. Ambos eran inseparables.

–¿No te sientas? –Señaló un taburete acolchado junto a uno de los dos pilares que sostenían el techo del megarón–. Aquí. Más cálido.

La mujer inspeccionó el salón con ojos rápidos e inteligentes. Se detuvieron sobre la vieja jarra con estribo cretense que estaba en un nicho ubicado por encima de su hombro. Sus labios se movieron un poco, como si estuviera pronunciando las palabras pintadas sobre las bandas de color ocre.

«Para el rey. Un regalo de Dapuros de Cnosos».

Se sentó en el taburete y lo miró con atención. Podía sentir que lo evaluaba, tratando de leer su mente. Observó que sus ojos tenían una intensidad peculiar. Estaba demasiado cansado para explicar que la reliquia que tanto apreciaba era un vestigio de tiempos más prósperos y de un rey más poderoso.

–¿Agua?

–Gracias.

Mientras seguía colocando el hilo en su sitio con la espada de telar, Metanira se dio cuenta de que un silencio incómodo llenaba la habitación.

–Iré a buscar el agua, ¿vale?

Céleo levantó las manos y las dejó caer sobre los apoyabrazos con la fuerza suficiente para transmitir su impaciencia. Los hombres de Eleusis se estarían reuniendo en el mercado, esperándolo. Aun así, las leyes de la hospitalidad no podían violarse. Metanira sirvió un vaso y lo trajo junto con un cuenco de caldo y unos mendrugos de pan negro. La mujer se puso a beber como si no hubiera tomado nada en días. Mientras sorbía, Céleo miró a su esposa y se aclaró la garganta.

–Bueno, tengo asuntos que atender y debo ausentarme. La señora Metanira puede hacerte compañía...

El telar quedó en silencio. Metanira lo miró, ceñuda.

–¿Qué?

Se señaló con el dedo e hizo el gesto de caminar.

Céleo puso los ojos en blanco.

–Parece que ambos tenemos asuntos pendientes, así que... puedes terminar tu caldo.

–Hace frío fuera. Tengo los huesos ateridos.

–Sí, hace frío. –Se puso en pie de repente y sonrió a su esposa mientras se marchaba.

Metanira puso las manos en las caderas mientras lo veía irse. Oyó risitas desde el pórtico.

–Y vosotros dos podéis entrar de inmediato. –Dos rostros jóvenes aparecieron en cada poste de la puerta–. ¡Vamos! Es hora de que aprendáis algunos modales. Haced que nuestra invitada se sienta bienvenida mientras yo salgo.

–¿Adónde vas? –preguntó Triptólemo, malhumorado.

–Convoqué una asamblea. Podría ser un asunto acalorado.

–¿Cómo te llamas? –preguntó su hermano menor, cuyos ojos castaños eran serios y sinceros–. Soy Demofonte. Tengo cuatro años. El año que viene tendré seis.

La dama se rio entre dientes.

–Me llamo Doso. Debes sentarte junto al fuego y contarme todo sobre ti.

Metanira asintió con satisfacción.

–¡Sed amables el uno con el otro! –dijo, mientras iba a buscar su capa. Miró hacia atrás, al umbral del megarón. Estaba a punto de llamar al guardia para que vigilara a los chicos, pero ellos estaban charlando con la desconocida como si fuera una vieja amiga.

El mes de la vendimia A dos lunas de que acabe la estación náutica

El pequeño altar junto al Bosque de Ares nunca había sido visitado por tantos hombres en todas las eras de su existencia. Ninguno tenía en mente la adoración, sólo la venganza. Melas el Negro, el príncipe favorito de la Cólquida, observó cómo los otros cinco barcos de la flotilla se detenían en la ribera arcillosa del río Fasis, a unas pocas millas río arriba del delta. Oculto bajo su capa, sus largas uñas golpeaban contra el pomo de la espada. Posó los ojos en tres hombres a los que reconoció cuando desembarcaron en un charco de luz de luna, y les hizo señas con impaciencia para que se acercaran.

El alivio que sintieron de que no los hubieran señalado por su ritmo indiferente al remo duró poco. Miró a uno y a otro sin pestañear, haciendo que se les formaran carámbanos a lo largo del espinazo.

–Cruzad el bosque. Necesito saber exactamente qué hay dentro del templo. Volved aquí para informarme.

–Su alteza, se... –El trío intercambió miradas nerviosas–. Se dice que el templo está custodiado por una serpiente insomne. ¿Y acaso no hay guardias?

Melas, que les había dado la espalda, se volvió para lanzarles una mirada de irritación. Se quitó un anillo de sello dorado del dedo meñique y lo presionó en la palma de uno de los hombres.

–Aprovechad esto. Idos.

El segundo hombre tosió cortésmente.

–¿Y la serpiente?

–Rumores. –Chasqueó los dedos en dirección al capitán del barco y señaló una de las antorchas fijadas a popa–. Una para cada uno. ¡Ahora retiraos!

* * *

Los tres se conocían por el nombre. Eea era lo bastante pequeña para que la mayoría de los ciudadanos reconocieran bien cada rostro, pero no intercambiaron palabra alguna hasta que se vieron envueltos por las sombras del bosque, e incluso entonces lo hicieron en voz baja.

–¿Alguna vez ha tenido motivos para estar disgustado contigo? –preguntó el mayor.

–Nunca –respondió el de pelo rizado, barbilla puntiaguda y ojos pequeños–. Una vez me reprendió.

Miraron de reojo al joven pastor, rubio y pecoso. El mayor frunció el ceño al pasar por encima de un tronco cubierto de musgo.

–¿No eras amigo de su hermano?

–Frontis, sí. Una vez me tropecé con él cuando estábamos luchando; le pisé el pie. Me empujó al suelo, me llamó algo así como «campesino», ni siquiera se detuvo... No creo que llegara a perdonarme. Nunca lo olvidé.

El mayor se rascó la tripa.

–Lo que es seguro es que no nos eligió para una tarea de la que extraer ningún honor.

Alrededor, las criaturas se agitaban y gritaban en señal de advertencia, pero ninguna se cruzó en su camino, y luego el bosque se desvaneció. Los muros del recinto sagrado emergieron de la penumbra. Si no fuera por las antorchas moribundas, poco más que puntas flotantes de ámbar, se habrían perdido la entrada por completo.

–Al fin. Continuemos.

Después de unos pocos pasos, la luz de la antorcha rozó las formas desparramadas de los dos guardias. La máscara de toro destrozada de uno estaba boca abajo, mientras que el otro permanecía recostado contra el muro divisorio con las piernas abiertas. La ropa, la piel, la hierba... todo estaba manchado de sangre empalagosa.

–¡Dioses de la tierra!

–¿Qué ha pasado aquí?

–Una pregunta idiota. –Los tres se dieron la vuelta en estado de conmoción. Melas caminaba hacia ellos a grandes zancadas fuera del bosque–. Entrad y contadme si queréis evitar el mismo destino. –Los ojos del príncipe se posaron en el pastor un momento más que en el resto–. ¡Corred!

Vacilaron, movieron la boca, pero no emitieron ningún sonido. El golpeteo del pulgar sobre la empuñadura de la espada y la mirada

oscura en los ojos de Melas les hicieron decidirse. Con reverencias titubeantes, entraron por la puerta.

* * *

Melas no tuvo que esperar mucho. Un grito espeluznante se desvaneció en la noche. Sintió más que oyó la oleada de actividad que siguió a la primera mordedura de serpiente. Palabras de consuelo vacías.

La sacudida del pánico ciego.

«¿Será suficiente con dos?».

No quería enviar más. Crearía una mala imagen que más de tres no regresaran y ninguno de los otros en su galera estaba tan obviamente mal preparado o incómodo con el asunto de luchar. Y el muchacho, el más joven del trío... Había algo en sus ojos furtivos y en sus hombros estrechos. Era un debilucho. Un redrojo.

«¿Por qué su hermano disfrutaba perdiendo el tiempo con él?».

Hubo una leve perturbación y creyó oír el sonido de pasos apresurados, pero... nada. Una ráfaga de viento y hojas, tal vez.

Los pensamientos de Melas se dirigieron a lo que les haría a los aqueos cuando finalmente pusiera las manos sobre ellos. Jasón sabría lo que era sentir dolor y miedo, dolor verdadero y miedo verdadero, muy pronto. Lo desollaría vivo, como era la costumbre en Cólquida, y se preguntó qué habría estado pensando su abuelo Eetes sobre el fiasco del arado y los toros: había sido vergonzoso. Tal vez el viejo rey estaba perdiendo su toque. Tal vez debería hacerse a un lado.

Pero entonces las crudas imágenes de los siracos caídos en los salones y corredores del palacio pasaron ante sus ojos. Retorcidos, destrozados, ensangrentados, algunos aún jadeantes. Los guerreros más temidos del Cáucaso, masacrados hasta el último hombre. Por los mismos hombres que lo habían rescatado a él y a sus hermanos de la asfixia en aquella choza sofocante y maloliente. Los piratas que le habían salvado la vida y habían matado a sus secuestradores eran los mismos perros que habían navegado hacia la Cólquida y habían avergonzado a su familia y puesto en tela de juicio su honor.

El espantoso cuadro de los miembros de la tribu siraca asesinados le revolvió el estómago, y eso le indicó que todavía era un novato en el negocio del asesinato.

Los argonautas no lo eran.

El sonido de jadeos y suaves golpes lo sacaron de sus pensamientos. Unos instantes después, el pastor salió de las puertas, con el pecho agitado y el sudor cubriéndole la frente.

–¿Y bien? –El chico no podía hablar. El terror se había apoderado de su rostro–. Vamos –murmuró–. ¿Dónde están los otros dos?

–Muertos... Están muertos... mi señor.

El príncipe fingió sorpresa.

–¿Muertos?

–Dejé a uno... exhalando su último suspiro... ¡Hay serpientes, víboras y cosas por el estilo, por todas partes!

–¡Dios mío! Así que el cuento de la serpiente insomne es... ¿Qué, un mito?

El pastor se enderezó; su respiración se calmaba. Estaba a punto de responder, pero entonces se dio cuenta de que el príncipe se estaba burlando de él. Melas vio que un tendón se le contraía en la mandíbula.

–Tú, al menos, tienes cierto talento para evitar la muerte. El templo... ¿Qué viste en el templo?

–Vi... ¡Vi el vellocino de oro, mi señor! Colgado sobre las ramas de un árbol retorcido. ¡Qué maravilla! Pero es seguro, y yo...

–El vellocino... ¿Estás seguro de que había uno?

Los ojos de Melas se endurecieron y el chico parpadeó confundido.

–Eh... Sí... ¡El vellocino! Yo... estaba allí... La gente de Eea dice que no existe, que el templo es sólo una ruina vacía. Pero ahora...

–Esto presenta un problema.

–Es... Lo siento, mi señor, estoy confundido. ¿Hay más de uno? ¿Hice algo mal?

Melas frunció los labios mientras pensaba en lo que acababa de divulgar. Lo que había, lo que en verdad había en el templo era un secreto celosamente guardado, conocido sólo por sus guardianes y el Consejo de los Seis.

–Si comparto un secreto, debes prometerme que te lo llevarás a la tumba.

–Por supuesto, mi señor.

–Hay, y ha habido, varios vellones, no sólo uno. El mito es que fuera uno solo. Los piratas aqueos se llevaron dos y dejaron uno. Es una gran preocupación, ¿verdad?

–No sé qué decir...

–Mi padre me dijo una vez que un oráculo le profetizó que él, su familia y Eea prosperarían mientras un vellón concreto permaneciera en el reino. Nos hizo jurar que mantendríamos esto en secreto. ¿Ahora entiendes la magnitud del problema?

El chico todavía estaba procesando esto cuando Melas discretamente sacó una pequeña cuchilla con mango de marfil, apenas más grande que una lanceta pero igual de afilada, y la hundió en el corazón del chico, que inhaló profundamente y lo miró con sobresalto.

–Tú cumpliste tu promesa. Yo debo cumplir la mía. Eea depende de ello.

Los ojos del muchacho seguían abiertos. La luz vital se desvanecía mientras se deslizaba hasta el suelo y exhalaba su último suspiro. El príncipe permaneció allí unos instantes más, tambaleándose en el sitio, magnetizado. Se dio cuenta de que le temblaba la mano que sostenía el cuchillo.

–Deja de mirarme así. –Giró al muchacho de costado, guardó la hoja y corrió hacia el bosque.

II

La niebla había surgido de las aguas del Fasis con el sigilo de un ladrón. Al principio había aparecido en tenues jirones, inadvertidos durante la desesperada huida de los argonautas, pero ahora los bancos envolvían el río, rodando sobre los pantanos iluminados por la luna como hordas de espectros.

En la segunda hora de la retirada de Eea, el *Argo* se deslizó a través de la niebla y se volvió casi invisible. Ya no se habían escuchado más trompetas y el silencio era pesado y expectante, perforado aquí y allá por el lejano chillido de un búho depredador.

La galera ahora se balanceaba impaciente en una ensenada de juncos y juncias. La temperatura había bajado perceptiblemente incluso en los últimos momentos. Algunos de los argonautas, los que no estaban en el grupo improvisado de la popa del barco, temblaban en las bancadas.

–Ni siquiera sabemos quién hizo ese fuego. Probablemente sólo fuera un pastor.

–¿Un pastor? ¿Haciendo qué? ¿Pastoreando sus rebaños en esas salinas? –Peleo le lanzó una mirada irritada a Butes y se movió la mandíbula magullada. El dolor que le causaba el diente que le habían arrancado en la pelea en el palacio de Eetes era muy agudo–. Será una almenara.

–Almenaras.

–¿Qué?

–Almenaras. Hay al menos dos.

Todas las miradas se volvieron hacia Linceo. Butes abrió la boca para burlarse de los comentarios del vigía, pero se lo pensó mejor. La

extraordinaria vista del hombre había quedado demostrada demasiadas veces.

–Entonces, ¿qué es lo que va a pasar, Jasón? –El tono de Peleo tenía un dejo cortante–. ¿Jasón? ¡Dioses del cielo, el cachorro está dormido!

Jasón estaba absorto en el recuerdo de una versión más joven de sí mismo, de no más de nueve inviernos. Observaba a los niños mayores mientras jugaban en un claro entre las laderas boscosas del monte Pelión. Vestía una túnica sucia y una espada de madera colgaba de un trozo de cordel enrollado sobre el hombro. Uno de los niños tiró la pelota de cuero, que aterrizó cerca de sus pies con un suave golpe. La recogió y se la ofreció al niño que se acercaba a él pisando fuerte. La expresión del rostro del crío hizo que se le desvaneciera la sonrisa mientras lo veía avanzar hacia él atropelladamente. «¡No la toques! ¿Qué estás mirando, huérfano? ¡Vete, no te queremos aquí!».

Cuando los otros chicos se acercaron, el primero le dio un fuerte empujón en el pecho, lo que le hizo tambalearse hacia atrás y tropezar con la raíz de un árbol. Se puso en pie a duras penas, sintiendo que le escocían los ojos. Cuando levantó la vista, los rasgos del muchacho se parecían a los de Idas, con su inconfundible sonrisa de chacal y sus incisivos sesgados; otro tenía una marca de nacimiento lívida en la mejilla, y supo que estaba mirando el rostro rugiente del usurpador Pelias.

–¡Jasón!

La voz aguda lo despertó de golpe y se frotó la cara, que estaba húmeda por una fina capa de niebla. Peleo y su hermano Telamón intercambiaron miradas ceñudas mientras Idas apartaba la mirada con disgusto. El momento de confusión fue breve pero desconcertante. Nunca se había sentido tan exhausto. Uncir a los monstruosos toros de la llanura de Ares y ararla bajo un sol abrasador lo había dejado exhausto hasta niveles febriles, pero la indecisión ahora, tan cerca de liberarse de los opresivos pantanos de Cólquida, sería fatal.

–Almenaras en la orilla opuesta –dijo Meleagro con paciencia–. ¿Qué propones?

–¿Una buena noche de sueño? –murmuró Idas.

Jasón ignoró al lancero y respiró profundamente. Deseó que las voces regresaran y le ofrecieran algo. Deseó que Idmón el vidente todavía estuviera vivo. La mayoría de la tripulación lo había considerado un viejo loco y, aunque Jasón sabía que no era así, lo había mantenido a distancia. ¿Tenía miedo del conocimiento del vidente? Si era así, ¿quién era el tonto?

Jasón extendió la mano hacia los dos vellocinos de oro que estaban a su lado, con la esperanza de sentir algo de su poder numinoso. Tenían un tacto granuloso y frío, como si los hubieran revolcado en arena húmeda.

–Creo que deberíamos simplemente...

Una perturbación en la proa lo interrumpió. Un encantamiento con una voz que se parecía a olas furiosas sobre las rocas.

–Es ella. –La voz provenía del centro del barco.

Jasón casi se había olvidado de Medea y ahora todos se giraron para mirarla. Se había puesto el chal sobre la cabeza y estaba de rodillas, balanceándose hacia delante y hacia atrás sobre el cuerpo postrado de su primo Frontis. Para los argonautas, aquella oración sonaba más como un reniego. Le besó la frente y se enderezó, consciente de que todos los ojos estaban sobre ella.

–Está muerto.

–Es lo que menos nos preocupa –espetó Idas. Jasón se levantó y pasó a grandes zancadas junto a él, lo que hizo que Idas sacudiera la cabeza.

–¡Éste no es el momento! –dijo, con los dientes apretados.

Meleagro miró hacia la proa, donde Jasón estaba ahora enfrascado en una conversación con Medea.

–¿Qué hará falta para que le muestres algún respeto? ¿Aunque sea un poco?

Idas sacudió la cabeza y miró hacia otro lado, receloso del príncipe de Calidón. Nadie a bordo del *Argo* había hecho más por mejorar su reputación como guerrero que él. Pólux, sentado en medio del barco hacia popa, se deslizó hasta el final de su bancada para poder mirar alrededor de la amplia proa del barco. La cortina de niebla ondeaba a la luz plateada de la luna, pero nada la atravesaba. Otros, suponiendo que

había visto algo materializándose en la noche, hicieron lo mismo. Se volvió contagioso, extendiendo una ola de inquietud arrastrada por las pasarelas. Jasón lo notó e interrumpió su conversación.

–No hay nada allí –repitió mientras regresaba a la popa, colocando una mano tranquilizadora sobre los hombros de los remeros al pasar–. Nada más que agua marrón.

–¿Y bien? –preguntó Peleo. El rostro de Jasón, notaron todos, estaba un poco más pálido.

–También vio una luz. Cree que hay un barco ahí fuera: uno de los de Eetes.

–Entonces, ¿por qué no nos lo dijo?

–Porque ya lo habíamos visto. –Jasón interrumpió a Idas, con la voz quebrada por la ira–. Por eso. No es raro que sus barcos vigilen tan lejos río abajo por la noche, pero debemos suponer que habrán oído las advertencias. Dicen que el ruido viaja muy lejos a lo largo del Fasis.

Una pausa.

–¿Y entonces qué? Di lo que piensas.

Jasón se puso de pie, reprimiendo un escalofrío.

–Tenemos que remar. Veamos qué hay ahí fuera antes de hacer algo imprudente.

Los demás se pusieron de pie, chasqueando las articulaciones mientras hacían muecas.

–Mantengamos las paladas limpias, constantes y silenciosas tanto como podamos. ¿Anceo?

El timonel hizo girar su grueso cuello y se colocó la zalea sobre los hombros mientras los remeros se acomodaban en los bancos.

–Todos a los topes delanteros. Y... tiren... y... tiren... Bájalo un poco, Meleagro.

Meleagro asintió. Que la pala entrara en el agua silenciosamente y luego balancearla hacia atrás sin romper el agua era bastante difícil en el mejor de los casos, sobre todo porque los argonautas estaban rígidos, fríos y hambrientos. Sin embargo, el *Argo* se acercó a una amplia curva del río, salpicando el agua con poco más ruido que un trincado. Todos esperaban que el sordo golpe de los remos contra los toletes quedara

amortiguado por la niebla que se arremolinaba y que no mostraba señales de disminuir.

En la luz tenue, el tramo del río por el que habían pasado en dirección opuesta parecía completamente diferente. Los sauces y los grupos de juncos surgían de la oscuridad como espectros y desaparecían, velados por la niebla. De las casas solitarias sobre pilotes, apartadas de las orillas, no había rastro alguno.

Durante media hora más continuaron así antes de que Anceo levantara el puño. Jasón y Meleagro bajaron suavemente sus palas aplanadas al agua y los demás los imitaron, dejando que el *Argo* serpenteara por el agua con un breve suspiro antes de volver a detenerse. A pesar del peligro al que se enfrentaban, Jasón sintió que sus párpados se volvían más pesados por momentos. Trató de reprimir un pánico incipiente a desmayarse por completo.

–¡Linceo, aquí arriba! –susurró Anceo.

Después de una breve conversación, ambos asintieron y Linceo regresó a su banco. Anceo se inclinó hacia delante sobre las barras del timón.

–¡Tres fuegos, Jasón!

El corazón de Jasón le dio un vuelco. Los argonautas habían encendido hogueras para sí mismos por las noches un buen puñado de veces. Un barco de la Cólquida los estaba esperando; estaba seguro de ello. Lo importante era cuántos hombres habría a bordo.

Se puso de pie y echó un vistazo por sí mismo. Cuando avistó los fuegos por primera vez, Anceo había descrito un único punto de luz, pero ahora brillaban y parpadeaban más que la estrella Sirio.

–Llévanos un poco más cerca.

Anceo enarcó una ceja, pero le hizo una seña a Linceo para que volviera a la cubierta del timón. Remaron más cerca de los fuegos, apenas rompiendo la superficie del agua con cada palada, mientras Linceo estiraba el cuello hacia delante y miraba con los ojos muy abiertos hacia la noche.

Pasó un instante así... Dos... Cuatro... A los remeros empezaron a dolerles las mandíbulas de tanto apretar los dientes.

Linceo se puso rígido, levantó la mano y el remo se detuvo. Todavía forzando la vista, murmuró algo para sí mismo, como para confirmar sus peores temores.

–Vi un barco, de proa. Amarrado, creo. ¡En la orilla opuesta!

La tripulación se quedó en silencio. Jasón sintió que todos los ojos se clavaban en su nuca. Se volvió hacia ellos y susurró:

–Amortiguad los toletes con los trapos que tengáis. Si tenéis un trago de agua o un trozo de pan, tomadlo ahora.

Él no tenía ni lo uno ni lo otro, pero sí la garganta reseca. Se sentía desdichado. Cerró los ojos y murmuró una oración. Podía oír el ruido de suficientes sorbos detrás de él como para sugerir que la mayoría, al menos, tenía algo. Era desesperante pensar en cuándo podrían volver a comer...

–Jasón. –Abrió los ojos y se volvió hacia Meleagro, que le tendía su odre de agua–. Acábala.

–Gracias.

El agua tenía un sabor maravillosamente fresco y dulce contra su lengua reseca, lo que le reanimó un poco el ánimo y agudizó sus sentidos. Volvió a ser consciente de la quietud expectante.

Le hizo un gesto con la cabeza a Anceo.

–Buena suerte.

Remar de espaldas a la amenaza hacía que sus nervios zumbaran de miedo. Mientras se deslizaban por el agua, parecía inconcebible que la silueta del barco no los delatara, aunque el sonido de los remos no lo hiciera. La niebla proporcionaba una buena cobertura, pero no era perfecta. De vez en cuando, aparecían breves y traicioneros huecos por donde sólo pasaban jirones. Jasón supuso que había sido a través de uno de ellos por donde Linceo pudo vislumbrar el casco de la galera enemiga. La visión de aquel hombre era extraordinaria, pero tenía sus límites.

El suave murmullo de las conversaciones en la otra orilla se extendió por la cubierta del *Argo*. El remo vaciló por un momento y Jasón cerró los ojos, esperando el sonido metálico de las palas lanzadas al unísono.

Silencio.

De alguna manera, los remos se mantenían separados, la niebla iluminada por la luna se arremolinaba alrededor de las palas como humo. Jasón sintió los hombros de treinta y cuatro individuos balanceándose hacia delante en busca del ataque de las palas y, mientras sentía el agua correr bajo la suya, trató de sintonizar sus oídos con la conversación en la orilla opuesta.

Comprender su habla era imposible, pero parecía tranquila... sin agobios.

Trató de adivinar qué ancho tenía el río en ese punto. Al entrar, se había imaginado tratando de despejar el canal con su mejor lanzamiento de jabalina. Incluso dejando otros diez pasos, dudaba de que la punta hubiera llegado a la orilla del río. Seguramente una brecha así permitiría al *Argo* pasar inadvertido.

Jasón imaginó que podía escuchar a los remeros conteniendo la respiración. Todos habían sentido que estaban pasando la galera ahora. El sonido de la conversación alcanzó su punto más alto, pero seguía siendo poco más que un murmullo. Miró la niebla marina veteada. Nunca había visto nada parecido, ni siquiera cuando llegaba a la cima del monte Pelión y sentía que las nubes le empapaban la piel.

Quizá por eso los colcos habían amarrado. Quizá, tan lejos de los ojos de Eetes, la prudencia era la mejor parte del valor. Entonces, fugazmente, el ruido se desvaneció y distinguió el contorno borroso de un palo mayor, la vela plegada, y un casco, con los remos levantados.

Jasón se volvió hacia Meleagro. El guerrero tenía la mandíbula apretada y los ojos clavados en la niebla. Con un acuerdo tácito, colgaron los remos. Milagrosamente, los demás que estaban detrás de ellos habían hecho lo mismo y las gotas de agua de las puntas de las palas se perdían con el suave movimiento de la quilla deslizándose por el agua.

La imagen se disipó y desapareció.

Jasón parpadeó con fuerza para quitarse las gotitas de humedad que se le acumulaban en los párpados. Esperaba que al menos Anceo tuviera los ojos abiertos.

El sonido de la conversación en la otra orilla se desvaneció. Jasón contuvo la respiración.

¿Habían pasado el barco? ¿O los colcos habían visto la silueta del *Argo*, en cuyo caso habría una oleada de órdenes urgentes en cualquier momento...?

Se hizo un pesado silencio.

Uno por uno, los ojos de los argonautas se abrieron de golpe. El instante se convirtió en un tiempo largo. Demasiado largo.

El timonel bajó los brazos extendidos, imitando un regreso al remo y, un momento después de que las palas regresaran al agua, todos pudieron escuchar el débil rugido del mar.

El *Argo* se sacudió, casi arrojando a los remeros de sus bancos. Un jadeo ahogado de dolor de Oileo se perdió en el sonido del roce de las maderas del barco contra un banco de arena. Los ojos de Anceo se abrieron de par en par cuando el *Argo* disminuyó la velocidad hasta casi detenerse, antes de deslizarse hacia el exterior, haciendo que el corazón de Jasón batiera contra su caja torácica. A lo largo de la pasarela, los argonautas exhalaron entrecortadamente. En la cubierta elevada, el timonel parecía indefenso. A tientas, avanzaba a ciegas en la noche. No se le podía culpar si encallaban, porque sabía que así sería.

Los remos del timón volvieron a hender el agua y Anceo se secó la frente con una mano temblorosa. Ahora estaban atravesando el corazón del delta, donde los bancos de arena cambiantes eran difíciles de distinguir a la luz del día. Que lo intentaran de noche era suicida, pero no había otra opción. Se preguntó si siquiera sabría cuándo abrir la caña del timón hacia babor. Si lo hacía demasiado pronto, se arriesgaba a encallar; si lo hacía demasiado tarde, podrían verse envueltos por el mar abierto, con la pérdida total de rumbo... Pero las consecuencias de lo primero eran impensables.

Justo delante, la sombra de un borrón manchaba la niebla y una galera se alzaba en la niebla.

–¡Permaneced en vuestros bancos! –La voz de Anceo fue un susurro ronco.

Las dos paladas siguientes fueron malas, pero toda la tripulación obedeció su orden excepto Jasón. Se quedó allí de pie tan brevemente, viendo siluetas humanas y una galera que se inclinaba sobre ellas, que apenas pudo estirar las piernas. Una visión de Argos, el armador de barcos, entró en su mente, señalando la sección de roble de la proa. «Te hablará cuando no sepas lo que hay en tu corazón».

El morro del *Argo* y su caperuza de cobre bruñido los habían guiado hasta la Cólquida. Dudaba de que Argos lo aprobara.

–¡Golpeadlos!

Anceo lo miró boquiabierto.

–¡Golpeadlos!

Podía sentir miradas incrédulas y oyó las quejas a medio formar, pero la voz retumbante del timonel las interrumpió.

–¡No bajéis el ritmo ahora!

El *Argo* se sacudió hacia delante, una palada tras otra, mientras los remeros afirmaban los pies en los bancos de adelante, jadeando en busca de aire mientras la fuerza aumentaba. La proa giró a estribor, deteniendo brevemente el impulso, pero Anceo lo había previsto temprano, lo que les dio a los argonautas otras cinco paladas limpias.

Hubo una serie de crujidos aterradores, como el astillamiento de las costillas de un gigante. Aquellos argonautas que no esperaban el impacto fueron arrojados hacia delante; algunos contra las espaldas de otros remeros; algunos contra los bancos y los aparejos, causando una cacofonía de golpes sordos y agudos gritos de dolor. Jasón y Meleagro se habían apoyado con las piernas rígidas contra las pedalinas, pero el impacto los hizo saltar por los aires.

–¡Volved a los bancos! ¡Volved! ¡Remad de a tres!

La voz de Jasón no sonaba como la suya. Sintió que la saliva le salpicaba los labios. Se enfrentaba al caos. Una maraña de cuerpos que maldecía y gemía; unos ojos feroces y desconcertados.

–¡Vamos!

El *Argo* estaba enterrado profundamente en el costado de una galera colca que se inclinaba. Por muy desordenado que pareciera el *Argo*, estaba claro que los colcos estaban pasando por algo peor. Había visto a

los arqueros preparándose antes del impacto. Ninguno se había puesto de pie ahora. En medio de los gritos confusos que rasgaban el aire de la noche, podían oír algunas voces que chillaban lastimeramente pidiendo ayuda para sus huesos destrozados.

–¡Remad si podéis!

La mitad de la tripulación se arrastró hasta sus bancos, jadeando y maldiciendo. Estas nuevas paladas fueron débiles al principio; la actividad del remo estaba ahora en el lado opuesto. El agua se les resistía como si fuera gelatina. Jasón experimentó una oleada de pánico. Un arquero ciego sería capaz de eliminarlos a voluntad, si es que había uno...

Un chirrido horrendo y el pico saliente del *Argo* se soltó. Unos cuantos remeros más se subieron a sus bancos y dieron unas cuantas brazadas más en el agua clara.

–¡Girad y remad! ¡Girad ahora!

La orden, sin aliento, llegó de Anceo. El *Argo* aminoró la marcha y se desvió de la galera averiada. Con las siguientes paladas, la pasó y la dejó a su espantoso destino en la niebla envolvente.

–¡Daos prisa! –susurró el timonel con los dientes apretados–. ¡Daos prisa, Jasón, Meleagro!

Anceo podía sentir las puntas de las flechas apuntando hacia la cubierta que se alejaba. El banco de remada respondió, pero el *Argo* sólo pudo alejarse cojeando del peligro, y el barco amarrado que habían pasado sin duda debía de haber oído el pandemonio.

El breve y triste gemido de un cuerno respondió a sus pensamientos. Se cortó de repente, pero nadie dudó ahora de que la persecución había comenzado. El caos a bordo del *Argo* se calmó. Ahora sólo había silbidos y gruñidos mientras los cuerpos magullados buscaban desesperadamente el ataque de las palas.

–¡Tuso loco! –oyó que alguien murmuraba en medio del barco, con un matiz de incredulidad.

Gruñidos de asentimiento. Una tos. Luego el suave golpe de los remos contra los toletes y el murmullo del agua bajo la quilla. Jasón estaba seguro de que las recriminaciones vendrían después.

¿Por qué no los había advertido del impacto?

¿Por qué no se alejaron remando?

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

La mente de Jasón zumbaba de fatiga ahora que la precipitación del ataque había disminuido. Mantuvo la cabeza concentrada en un nudo en el entablado de la cubierta del timón, más negro que la madera que lo rodeaba, ignorando las miradas que dirigían hacia él. El impulso de levantar el remo y correr hacia la proa era fuerte. Lo resistió. Medea y Oileo tendrían que valerse por sí mismos de momento.

Pasó un largo rato sin que pudieran ver nada a través de la niebla arremolinada. Ni tierra, ni colinas, ni árboles, ni barcos que los persiguieran. Nada. Era como si estuvieran remando a través del Estigia.

Se dio cuenta de que los ojos de Anceo lo miraban con enojo desde arriba y estaba seguro de que había violencia en ellos. Los miró tan impasible como pudo.

–¿Qué aspecto tienen?

Los voluminosos hombros de Anceo subían y bajaban. No era un hombre que perdiera el control de sus emociones fácilmente. Recorrió con la mirada a la tripulación, mientras apretaba la mandíbula.

–Algunos necesitan ayuda –murmuró sin mirarlo.

Jasón decidió no pedirle más detalles y se concentró en colocar su pala en el agua. El hambre y el cansancio le carcomían las entrañas. Pensó, en cambio, en el vellón y en la expresión del rostro de Pelias cuando se enfrentara a él. La imagen del usurpador, horrorizado y pálido, le proporcionó una pizca de consuelo.

* * *

Consiguieron remar otro rato, impulsados por una sensación desesperada de que los perseguían, pero ahora estaban muy cansados. Los gruñidos, los jadeos, las maldiciones, el sobresalto que recibía el choque de los remos, todo le decía a Jasón que era hora de descansar; la única pregunta era dónde. Todos habían estado mirando hacia el

entorno en busca de un breve hueco en la cortina de niebla que, en todo caso, se había vuelto más densa.

Entonces la vieron, una playa llena de rocas. Habían estado peligrosamente cerca de encallar y las cañas del timón se sacudieron en las poderosas manos de Anceo cuando se reveló. Sin embargo, a nadie le importó. Estaban demasiado fatigados para preocuparse.

Retrocedieron, con la popa primero para una huida rápida. Jasón trepó por la barandilla y se dejó caer desganado al agua, aunque la temperatura lo dejó sin aliento. Otras formas se dejaron caer para ayudarlo a levantar el barco hasta que el casco chirrió contra los guijarros.

Jasón miró hacia la oscuridad y se tambaleó hasta la orilla. Podía escuchar otros pares de pies haciendo crujir los guijarros detrás de él, pero hasta que lo adelantaron, no pudo distinguir quiénes eran.

–Orfeo, trae tus pedernales.

–¿Planeas prender fuego?

La voz era la de Idas. Lo ignoró. Sin embargo, el hombre tenía razón. Buscar leña en esas condiciones era una invitación a los problemas. De todos modos, siguió adelante: todos se congelarían a menos que pudiera encontrar algo.

Oyó más pies crujiendo en su dirección y se sorprendió al ver a Acasto. El joven príncipe parecía demacrado y pálido, con grandes ojeras bajo los ojos.

–Oileo está herido.

–Lo han rajado, lo sé.

–Quiero decir que tuvo una mala caída cuando chocamos. Empezó a sangrar de nuevo y se golpeó la cabeza.

La noticia hizo que a Jasón se le revolviera el estómago.

–Y se sentirá peor si no podemos encender un fuego. ¿Me ayudas?

Acasto asintió y se encaminaron hacia la playa alta. No habían dado muchos pasos cuando sintieron que el suelo empezaba a elevarse hasta alcanzar una pared de abetos, entre la niebla.

–Joder –murmuró Acasto. La aparición repentina de los árboles le hizo estremecerse. Agarró un puñado de ramas y las olió–. Están llenas

de savia. No son buenas.

Jasón ya las estaba cortando con su cuchillo.

–Tendrán que servir. Quita las agujas y...

–¡Shhh!

El tono de Acasto lo detuvo en seco. La actividad que se desarrollaba detrás de ellos en la orilla era débil y delante reinaba el silencio. Oyó que Acasto levantaba su lanza. Luego se oyó un gruñido profundo y un resoplido áspero, tan cerca que Acasto se tambaleó hasta quedar de espaldas. Una forma furiosa se apresuró a atravesar la maleza y surgió de los árboles. Por instinto, Acasto la espetó con un empujón bajo del brazo. Emitió un chillido ensordecedor mientras se agitaba en la punta de la lanza e, incluso después de morir, el ruido pareció resonar en los árboles. Otros argonautas llegaron corriendo. Cuando vieron al jabalí, panza arriba, se oyeron algunas risas irónicas.

–Pensábamos que habías pinchado a Jasón, Acasto. –Telamón se rio entre dientes–. Hasta Alegre esbozó una sonrisa, ¿no es así, Alegre?

Xantías lo miró entrecerrando los ojos.

–Lo habría hecho si te hubiera ensartado a ti.

III

Eleusis, doce meses antes

El rey Céleo no estaba muy lejos de Metanira cuando entró en el patio. La oyó preguntar al guardia si la visitante todavía estaba dentro.

–¿Qué visitante, mi señora?

Céleo cabeceó ante la respuesta embobada, pero sus pensamientos seguían en la asamblea. El tono altivo de uno de los nobles todavía le molestaba. Sentía que se avecinaba otro reto.

Cuando puso un pie en la puerta exterior, oyó el grito ensordecedor. Corrió por el patio y un trozo de cerámica rota crujió bajo sus pies, provocando que resbalara. El guardia estaba a su lado, sosteniéndolo, y luego corrió hacia delante. Subió los escalones a saltos hasta el megarón con Céleo a hombros. Ambos tenían las espadas desenvainadas. La luz era tenue dentro del salón. Metanira abrazaba a Demofonte junto a la chimenea, presionándole la cabeza contra su pecho. Parecía horrorizada. Triptólemo estaba de pie, inseguro, con los brazos colgando a los costados. El grito de su madre lo había inquietado y sus ojos reflejaban miedo. Doso estaba apoyada en su bastón mirando las llamas, con la cabeza inclinada, impasible.

–¡En nombre de los dioses, que alguien me diga qué está pasando! –Los ojos de Céleo iban de un rostro a otro–. ¿Qué os pasa? ¿Estáis todos mudos?

Metanira extendió el brazo.

–¡Estaba intentando poner el brazo de Demofonte en las llamas! ¡Vete de aquí, bruja!

El guardia pasó la mirada de Doso a Céleo, esperando instrucciones.

–¿Y bien? –preguntó el rey–. ¿Es cierto? ¿Intentaste hacer daño a mi hijo?

–¡No le hice daño! –espetó–. Su hermano lo contará todo. ¿Verdad, muchacho?

Céleo se volvió hacia Triptólemo.

–¿De qué está hablando?

–Dijo que un escorpión picó a Demofonte en el brazo y que lo estaba curando. La vi chupándole el brazo.

–¿A qué te refieres con «dijo»? –Céleo arrugó la cara–. ¿No estabas cuidando de él?

–Me fui a buscar leña.

–¿Demofonte?

El muchacho se mordió el dedo, inseguro.

–Algo me lastimó.

–¿Pero no lo viste?

Una pausa.

–No.

–Tienes que irte de aquí, inmediatamente. –Céleo se hizo a un lado y señaló hacia la puerta–. No eres bienvenida, quienquiera que seas.

–La chimenea está encendida, pero no hay nadie en casa y tengo frío –tarareó para sí misma mientras, a la luz del fuego, sus ojos centelleaban en su dirección. Apuntó con el bastón directamente a Céleo–. Puede que hayáis perdido la fe: estos chicos tienen futuro. Lo entienden.

–¿De qué estás hablando? ¿Fe en qué?

Doso se volvió hacia Demofonte.

–Dime: ¿Tienes la piel quemada? ¿Sufriste dolor?

Demofonte la miró confundido. Sacudió la cabeza y Doso gruñó con satisfacción.

–Hay brujería en juego aquí y no lo toleraré. Vete. Ahora mismo.

–Perséfone. –La mujer se secó las gotas de sudor que se formaban en su frente con un paño–. He viajado muchas millas para ver a mi hija.

Por favor. Me han dicho que eres un hombre razonable. ¿Dónde está?

Céleo escondió la sorpresa y levantó un dedo para silenciar a Metanira. Muchos habían tratado de engañarlo a lo largo de los años, pero nunca por una muchacha. Levantó la barbilla.

–Ella no está aquí. Y, como puedes ver, hay pocos lugares donde alguien pueda esconderse.

–No dije que se estuviera escondiendo, pero está aquí. ¿Dónde tienes a Perséfone?

Sintió que se le helaba la sangre. ¿Cómo podía saberlo?

–Díselo –intervino Metanira–. Díselo para que pueda irse.

La mujer agudizó la mirada.

–¿Decirme qué?

–Perséfone ya no está en Eleusis. Se casó ayer con el hijo de un rey y ahora está a su cargo, a muchas leguas de aquí. –Una punzada de dolor atravesó el abdomen del rey y lo hizo estremecer. La mujer ladeó un poco la cabeza y lo miró con curiosidad–. Perséfone vino de ultramar, como esclava, aunque bajo mi techo nadie se habría dado cuenta. No puede ser que seas su madre. Nunca te mencionó. Por otro lado, ¿por qué habría de hacerlo? Jamás le faltó nada bajo mi techo.

Doso le dedicó una sonrisa lenta y sardónica. El cansancio y el resentimiento brillaron en sus ojos.

–Qué insolente es el hombre que no ve. –Golpeó el suelo de piedra con su bastón–. ¿Hablaríais así si una de vuestras queridas hijas os fuera arrebatada delante de vuestras remilgadas narices? ¿Mientras recogía flores en los caminos, con sus amigas? ¿Mientras trabajabais la tierra para mantenerlas? No, por supuesto que no. No eres la primera persona en hablarme con tanta arrogancia, y parece que tampoco serás la última.

En el silencio que siguió, Céleo imaginó que oía la desaprobación en el suave silbido de las llamas en el hogar. La intensidad de la mirada de aquella vieja apagó su temperamento como el agua de la montaña.

–¿Cómo supiste que estaba aquí, en Eleusis? ¿Después de todo este tiempo? –preguntó Metanira.

–Lo convertí en el trabajo de mi vida. –Doso le dirigió una débil sonrisa–. Como tú habrías hecho, creo. ¿Dónde está?

Céleo vio que se le llenaban los ojos de lágrimas. Su valiente fachada se estaba desmoronando. Suspiró.

–En Tebas. Pero debes saber esto: el nuestro es un pequeño reino precario, rodeado de estados con ojos codiciosos que vagan por todas partes. Nuestra alianza con Tebas nace de la necesidad, no de la compasión ni de la buena voluntad. Incluso si consiguieras una audiencia con el rey allí, tendrás que esperar hostilidad. Así que ve con cuidado.

La mujer siguió mirándolo de aquella manera inquietante. Se dirigió hacia él, que se hizo a un lado, preguntándose por un momento si podría atacarlo. Llegó a la puerta y luego se volvió para mirarlos a ambos.

–Os agradezco vuestro tiempo. Así que os diré algo que deberíais saber. –Movió un dedo en su dirección–. Lo sentí antes y lo siento de nuevo. Algo escrito en la brisa. Se avecinan tiempos difíciles para ti, rey Céleo. Estoy segura de eso. Necesitarás ser perspicaz. Adiós.

–¿Quién eres? De verdad.

Se volvió para mirarlo mientras salía del salón y aquellos ojos le helaron la sangre.

–Soy una madre afligida, nada más.

Cuando se marchó, Céleo despidió al guardia y se apresuró a acercarse a sus hijos, cuando oyó que algo crujía bajo su sandalia. Acercó a Triptólemo a su pecho y cerró los ojos. La mujer, tenía que admitirlo, lo había desconcertado.

–¡Mira, papá! –dijo el niño, señalando el suelo–. ¡Lo has matado! –Céleo siguió la línea de su dedo–. ¡Es el escorpión!

IV

Durante un rato, fue como si los dioses hubieran sonreído una vez más a los argonautas mientras estaban sentados sobre los guijarros, acurrucados en sus zaleas. Otro jabalí, el compañero del primero, según creían, corrió la misma suerte. Ambos pronto se asaron en dos hogueras que, tras mucho esfuerzo, Orfeo había conseguido encender. Xantías esbozó una poco frecuente sonrisa mientras hacía crujir los guijarros entre la niebla y anunció que acababa de resbalar en un arroyo. Por turnos, fueron llenando todos los recipientes que pudieron encontrar con el agua dulce de la montaña, y ahora sus espíritus se calentaban con el aroma de la carne asada. Cuando la piel empezó a crujir, Jasón cortó el primer trozo y, por antojo, lo puso con cuidado sobre las llamas.

–¿Qué estás haciendo, idiota? –resopló Idas.

–¡Nos estamos muriendo de hambre, hombre!

Jasón intentó ignorar las quejas, pues nadie tenía más hambre que él. Susurró una ferviente oración a Zeus el Protector. Solo y vulnerable en una orilla lejana, parecía que era lo correcto.

–¡Entonces, ésa es tu parte!

Terminó la oración y apuñaló el costado del cerdo con el cuchillo que había usado.

–Tomaré lo que me dejéis.

Se levantó y fue a ver cómo estaba Oileo. Medea lo vio abrirse paso hacia ella y terminó de prepararle una tisana.

–Toma –dijo, entregándole un vaso–. Creo que necesitas esto.

–¿Qué es?

–Te mantendrá despierto, por ahora.

Le dirigió una mirada intensa antes de tomar un sorbo y arrugar la nariz.

–Es amargo.

–Son sólo hojas molidas, Jasón. ¿Aún no has aprendido a confiar en mí?

Cuando dudó en la respuesta, ella se rio suavemente.

–Bien. No deberías confiar en personas que no conoces. Siempre he vivido según esta regla.

–Estoy demasiado cansado para juegos.

–Y por eso debes beberlo todo.

Suspiró y apuró la bebida, sacudiendo la cabeza por el regusto.

–¿Cómo está? –preguntó, queriendo cambiar de tema.

–Empezó a temblar, así que lo cubrí con una manta, pero tiene demasiado calor. Creo que está sufriendo de pesadillas por la fiebre. Ahora es cuando empieza a luchar contra la infección, pero al menos se ha dormido.

Jasón se sentía enfermo y cansado en lo más íntimo. La pérdida de Idmón el vidente y de *Tifis* lo había golpeado profundamente. Y la muerte del timonel casi había destruido el viaje, pero Oileo era algo completamente diferente para él. Se dio la vuelta cuando comenzaron a escocerle los ojos y se alejó para aclararse la cabeza.

* * *

Oileo se moría y estaba sereno. Se dio cuenta de que abandonaba su cuerpo atormentado por el dolor y miraba hacia abajo, hacia su forma supina, con Medea al lado, los fuegos sibilantes y las coronas de las cabezas de los argonautas, mientras se elevaba muy por encima. La velocidad de la subida se volvió mareante, pero no pudo apartar la mirada de su vertiginoso ascenso.

Se desmayó.

Cuando volvió en sí, no podía sentir dolor. Alrededor había una luz plateada. Cuando la visión comenzó a enfocarse, se dio cuenta de que emanaba de nubes vaporosas. Al principio, sentía el cuerpo entumecido,

como congelado, y sólo podía mover la cabeza hacia los lados. Podía ver que estaba en una cámara elevada, tallada en piedra. Por la pared rocosa opuesta caía una magnífica cascada de luz silenciosa.

No estaba solo. Lo que pensaba que era un deslizamiento de rocas o un pedregal comenzó a transformarse en una voz inteligible, aunque las palabras no se parecían a nada que hubiera escuchado antes.

–¡No es para nosotros terminar convertidos en espectros, como estos titanes!

Cuando el entumecimiento empezó a disminuir, pudo levantarse sobre los codos, aunque tuvo que cubrirse los ojos. Liberado del dolor y las privaciones de su cuerpo mortal, ahora le parecía completamente natural estar observando un consejo.

El consejo de los dioses.

* * *

La figura bañada por la luz maravillosa en el fondo de la cascada, sentada en el trono esculpido, es seguramente Zeus. Tiene ojos llameantes debajo de una frente que brilla como un relámpago, y un semblante tan deslumbrante que duele mirarlo.

Alrededor hay otros dioses olímpicos, aunque ninguno tan grande y resplandeciente. Algunos son casi translúcidos. Miran en dirección a la mano extendida de Zeus, y Oileo también la sigue. Revoloteando en un rincón de la cavernosa cámara, poco más que jirones de luz verde que ocasionalmente se fusionan en formas luminosas y retorcidas, están los mismísimos espectros de los que habla.

La cámara retumba con el sonido de una roca desprendida. Zeus se ríe entre dientes.

Oileo nota, cada pocos instantes, una voluta de humo que se filtra a través del suelo de la cámara y se introduce en la forma de Zeus, lo que hace que brille un poco más. De vez en cuando, sucede lo mismo con las otras deidades, aunque no con un efecto tan marcado. Capta un leve olor a grasa y huesos carbonizados.

Otra deidad está hablando ahora. A Oileo le suena como un torrente de cristales de hielo. La cadencia hipnótica, casi relajante. La corona de luz no es tan deslumbrante, pero de alguna manera resulta más cálida, como los rayos del sol sobre una copa brillantemente pulida. Oileo está seguro de que está contemplando a la Gran Madre, a quien algunos llaman Hera, aunque el discurso tarda unos instantes en filtrarse en su mente.

–El sabor de los sacrificios mortales no es algo que te falte, esposo. Ni aunque hubiese una hecatombe de ganado. Sin embargo, los hombres se han vuelto negligentes con nosotros. Todos lo sentimos. Incluso ella ha perdido algo de su lustre.

Sus palabras se desvanecen como olas que se agitan en la orilla. Los dioses se vuelven hacia una figura resplandeciente. Ningún orfebre vivo podría tener la esperanza de acercarse a moldear su aura de bronce bruñido sobre ébano. Irradia y late con una fuerza que hace que Oileo quiera alcanzarla, emocionarse en su esencia. ¡Está mirando la hermosa espalda de Afrodita, y nadie más que él lo sabrá jamás! Si no estuviera muerto ya, seguramente lo estaría en cuanto se volviera hacia él. Anhela esa liberación.

–No te burles de mí, reina de los dioses. Sin mí, no habrá venganza sobre quien te ha ofendido tanto.

Mientras ella habla, él siente una pluma rozando los nervios de su columna vertebral. La suya es la voz del sol de finales de verano contra la cera suave. Ronronea como las alas de un vencejo. Es amor.

–Basta.

La cámara retumba cuando Zeus levanta un brazo impaciente.

–Acepto la queja. El culto a los dioses está en decadencia.

–No a todos los dioses. Sólo a los olímpicos.

La cámara queda en silencio. Otro dios, ligeramente apartado de los demás, habla ahora. La voz es fría y aguda, como un viento a través de las montañas invernales. Está apoyado despreocupadamente en una roca que sobresale, toqueteando la cuerda de un arco de marfil. Su forma es la más próxima a la de un humano: un atleta imponente, hermoso y cruel a la vez.

–Di lo que piensas.

–Acabo de hacerlo, padre. No veo falta de piedad donde el sol tiene los establos para guardar sus caballos, ni en el oeste, donde vuelan. Sólo aquí. –Oileo cree ver que una sonrisa burlona arruga aquellos rasgos divinos–. Sólo aquí, donde los dioses morirán.

Zeus fulmina y los otros dioses parpadean, como velas al viento. Hay un destello cegador de luz y, por todas partes, truenos que hacen temblar los huesos de Oileo.

–¡Fuera todos! ¡Fuera!

Los dioses se alejan a través de las enormes fisuras que se abren en la pared de roca. Todos excepto Hera. Cuando están solos, Zeus se pone en pie y le da la espalda.

–¿Te quedas para insistir con tu asunto?

–¿Por qué no ves que un resultado favorable para mí nos beneficia a todos?

–Tu mascota no es nadie. El hijo de un rey provincial muerto. De hecho, un rey provincial con más virtudes que su hijo. Podría haber entendido que lo favorecieras, pero a su heredero... –Una presión comienza a llenar la cabeza de Oileo, como la tensión de la tierra antes de un terremoto. Siente que el rey de los dioses desvía su mirada hacia él por un momento, cegándolo–. ¿Es por eso que ahora compartimos mi cámara con esta criatura grisácea?

Oileo ve otra voluta de humo flotar a través de la roca, disipándose en el cuerpo de Zeus. Esto hace que su risa estruendosa se detenga de golpe.

La voz de Hera está teñida de sarcasmo.

–Confío en que el sacrificio de Jasón te agrade.

Un suspiro como un vendaval repentino recorre la habitación antes de marcharse.

–Ya me he ocupado de ese asunto, reina. Ya ha nacido el mortal que restaurará la fe de los hombres. Las hilanderas ya están en sus telas. Pero déjame ahora. Haz lo que debas con tu mascota. Toma venganza por el agravio y acaba con esto. Te vuelve sosa.

* * *

Medea se sentaba un poco apartada de los demás mientras deshacían a los cerdos hasta los huesos y hablaban en voz baja. Se abrió paso entre ellos para buscar el jarro de bronce con agua casi hirviendo y regresó junto a Oileo, remojando en el agua tiras de la ropa sin sangre de Frontis. Sabía por la forma en que bajaban la voz que la estaban mirando, llenos de sospecha. También había lujuria allí, aunque todavía no estaban en la etapa en la que hablarían abiertamente de ello.

Todavía.

Al principio, concentrarse en Oileo le dio algo en lo que ocupar la mente, pero ahora había otras razones convincentes. Había comenzado a temblar y a murmurar, al principio de manera incoherente, pero ahora podía discernir algunas palabras. Cuando se inclinó sobre él, el cuchillo envainado se balanceó entre sus pechos para presionar contra la tela del vestido, recordándole su presencia tranquilizadora. Había sido manchado por la sangre de varios hombres que habían tratado de deshonrarla y no dudaría en volver a usarlo. Se lo quitó ahora, observando a los argonautas mientras lo hacía. Aquellos que estaban en su línea de visión la miraron dos veces, y vio que sus ojos se agrandaban y sus rostros se congelaban de horror, demasiado lejos para interceptarla mientras la afilada hoja se acercaba al cuerpo indefenso de Oileo. Hábilmente cortó los trapos hervidos por la mitad, sonriendo a los argonautas y soplando un mechón de cabello que le caía sobre los labios. Podía sentir el calor de sus miradas mientras limpiaba la herida.

–¿Por qué estoy aquí?

Se inclinó más cerca de él.

–Oh, dioses...

Sospechaba que estaba al borde de la muerte y eso la fascinaba. Ése era el dominio de Hécate y estaba casi celosa de aquel hombre. Cerró los ojos, sensibilizándose con sus murmullos.

–¿Qué estás haciendo ahí?

Su concentración se rompió y le lanzó al hombre una mirada irritada. Era el de rostro duro al que llamaban Peleo, y la grasa de la carne que

había comido manchaba su barba leonada. Se la secó con el dorso de la mano. Otros la observaban ahora. Con el rabillo del ojo, vio a Jasón mirándola desde la orilla.

–Quiero asegurarme de que todavía respira. ¿Esto es aceptable?

La miró con los ojos entrecerrados, se inclinó hacia un lado para escupir y siguió hablando con otro. Jasón había visto el intercambio y regresó junto a Medea. Apretaba la mandíbula y podía ver que estaba nerviosa.

–¿De qué iba eso?

–Debemos hacer lo que yo diga. Si quieres escapar.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire frío por unos momentos.

–Continúa.

Linceo se puso de pie de un salto.

–¡Mirad!

–¡Los dioses nos invitan a acariciarlos y luego a orinarnos en las piernas!

El velo de bruma se había abierto para revelar una roca aplastada y un cadáver tendido sobre ella. El ambiente se ensombreció. La indescriptible tortura de Prometeo se había grabado a fuego en los recuerdos de todos mientras se acercaban a la Cólquida. El batir de las alas de los buitres cuando se posaban sobre su cuerpo retorcido y encadenado; los gritos agonizantes cuando hundían las garras en su carne... Todos lo estaban reviviendo en el pesado silencio. Parecía particularmente cruel que la única ruptura en la niebla los hubiera llevado allí, de vuelta a ese mismo lugar. De todos los lugares a lo largo de la vasta costa, habían echado el ancla a menos de veinte pasos de los espantosos restos del hombre que había robado una lámpara de oro del rey Eetes.

–Supongo que todos piensan que es porque les falté al respeto, ¿verdad? ¿A estos dioses? –Todos se volvieron hacia Idas, que era el único que se mantenía imperturbable. Dio un último bocado a la carne y arrojó el hueso hacia la roca–. Bueno, Idas sigue diciendo «que les jodan». Que les jodan a todos.

–¿Crees que es algo valiente? –dijo Zetes, el tracio tatuado, y arrugó la cara–. ¿Por qué tentar al destino sólo porque no crees?

–No me importa. De cualquier manera.

Jasón sintió que alguien le daba un codazo.

–Él.

Siguió la mirada de Medea y frunció el ceño.

–¿Quién?

–Ése.

Idas levantó la barbilla.

–¿Qué pasa conmigo, mujer?

–Si no te importa la venganza, deberías ser tú quien ayude a tus amigos.

–¿Eh? Habla claro.

–Muy pronto llegarán otros barcos de la Cólquida. Todos vosotros lo sabéis. Si hacéis lo que os digo, los retrasaréis cuando lleguen.

Una sonrisa irónica curvó los labios de Idas y movió el dedo hacia ella.

–Quieres que participe en algo de tu brujería, ¿no?

–No. Quiero que participes en retrasarlos.

–¿A tu gente?

–No. No es mi gente. Ya no.

–Sólo escúchala. –La mano de Jasón se posó brevemente sobre el hombro de Medea–. ¿Cómo podemos retrasarlos?

–Como has visto, nosotros..., los colcos, debemos tratar a los muertos como si estuvieran enteros. Es funesto quebrantar esta ley.

–No me gusta el rumbo que está tomando esto –dijo Peleo.

–Aunque con todo su corazón quieren matarnos, Frontis es uno de ellos. Podemos retrasarlos si les ponemos las cosas más difíciles.

Jasón se secó la niebla húmeda de la cara.

–¿Lo esconderemos?

–Una parte de él, sí. –Los argonautas se quedaron mirándola, con las manos en las caderas y el rostro arrugado por el disgusto. Medea chasqueó la lengua–. Escupo sobre los sentimientos que podáis tener hacia mí... No soy como vuestras mansas y pequeñas mujeres griegas,

con sus suaves brazos blancos y sus voces de ratones. Toda mi vida he tenido que cuidar de mí misma para sobrevivir, favorecida sólo por Hécate. Vuestras mujeres no durarían ni tres días en mi mundo. –Los miró a los ojos uno por uno–. Hécate me dice que el único barco destinado a atraparnos es el único barco que encontrará el cuerpo primero. Todo lo demás es incierto.

Se miraron el uno al otro con recelo, y las llamas que se apagaban en la niebla les advirtieron del peligro que corrían.

–Tráeme un hacha –dijo Jasón, dando un paso adelante.

Idas se rio entre dientes.

–Por el culo lanudo de Zeus, ¿te has convertido en un pequeño imbécil sin corazón? Ve a atender a tu viejo mentor que está allí. No parece muy ágil. Puedo ver que Idas es el único alrededor del fuego con estómago para esto. –Miró a los que lo rodeaban y se sorbió la nariz–. Entonces, será mejor que me traigáis el cadáver.

Nadie se movió.

–Bueno, ¿ni siquiera tenéis el valor de ir a buscarlo? ¿Ninguno de vosotros?

Butes se puso de pie, con cierta renuencia, luego Etálides, el heraldo, y otro par de hombres de la proa, y todos se marcharon a realizar la macabra tarea. Regresaron poco después, gruñendo bajo la carga, antes de depositar el cadáver en la playa. El rostro joven de Frontis estaba pálido como la leche, pero su expresión era serena. Lo que estaban a punto de hacer les parecía a todos los argonautas que se encontraban en ese lúgubre tramo de playa una terrible profanación e Idas se lamió sus protuberantes dientes.

–Entonces, princesa, ¿qué miembro se supone que debo cortar?

–La cabeza –dijo sin dudar–. Luego los brazos. Con eso es suficiente.

El rostro de Idas se crispó con dudas. Luego negó con la cabeza y se rio secamente.

–Bárbaros. Dame tu hacha, Anceo. A un lado, todos vosotros. No, no... A menos que quieras que melle tu hoja contra los guijarros, hombre, te sugiero que levantes su mano.

Jasón se dio la vuelta, como hizo la mayoría. Medea no, por respeto a su sobrino. Los demás que miraron no lo hicieron por ningún placer retorcido, sino porque estaban agotados por la fatiga y el fuego les calentaba el rostro. Todo fue misericordiosamente breve. Los golpes de Idas fueron limpios y precisos, y Anceo había conservado los bordes de su hacha afilados.

Idas respiró profundamente y se volvió hacia Medea.

–¿Y ahora qué?

–Deja su cabeza a la vista. Los brazos..., en cualquier lugar menos en los árboles o en el mar. Necesitan tomarse un tiempo para mirar.

Idas cogió los brazos de Frontis por la muñeca.

–Te dejo a ti la cabeza –dijo, mientras se alejaba con los miembros por la playa silbando desafinadamente.

Jasón observó las gotitas de sangre que brotaban de las extremidades cercenadas como la savia de un árbol y que se perdían en la niebla. La visión infernal no le revolvió el estómago como antes lo habría hecho: se preguntó qué le estaba pasando en la cabeza.

–Amontonamos los fuegos como almenaras y abandonamos este miserable lugar.

Cuando Medea hubo dejado la cabeza cortada de Frontis y susurrado una plegaria de liberación, se puso el chal sobre los hombros y caminó con dificultad hacia el *Argo*, sin levantar la vista de los guijarros. Se recogió la falda por encima de los delgados tobillos mientras subía a la rampa de embarque.

Acasto, hijo de Pelias, había estado observando los acontecimientos que se desarrollaban en la playa y la cabeza le zumbaba. Ahora, mientras los argonautas subían a bordo, se contuvo hasta que Peleo y Telamón se acercaron a la rampa. Murmuró algo en voz baja al recoger una piedra afilada. Los hermanos se detuvieron para mirarlo.

–¿Qué fue eso, muchacho? –preguntó Peleo.

Acasto les dirigió una mirada furtiva y mantuvo la voz baja.

–Dije que a Jasón le han envenenado la mente. Ella. Esa bruja. Pero conmigo no va a poder.

Peleo no dijo nada durante un momento, aunque luego miró por encima del hombro en dirección a Jasón. Hizo un gesto con la cabeza hacia el *Argo*, y él y Telamón subieron a bordo.

Acasto hizo por perder un poco el tiempo con pequeñeces de su equipaje mientras los últimos argonautas subían con dificultad por la rampa. Observó a Anceo avanzando torpemente hacia Jasón, que estaba agachado con Meleagro, junto a Oileo.

–Una palabra, capitán.

–Adelante.

–Nunca vuelvas a hacer un truco como ése, no mientras yo esté al timón.

–¿Qué truco?

–¡El truco con el que casi nos matas a todos! –Inclinó su peluda cabeza hacia Oileo–. Y que, tal vez con él, lo hayas conseguido.

Acasto pudo ver, por el cambio de expresión de Jasón, que el comentario le dolió profundamente.

–Seguimos a flote, ¿no?

–Por ahora. ¿Has comprobado si hay daños?

–Sabes que no lo he hecho.

–Las tablas se debilitan con los impactos, Jasón. Las tablas débiles se deforman y se doblan, luego dejan entrar el agua. Avísame cuando empiece a hacerte cosquillas en los pies.

Anceo lo miró de reojo mientras subía a bordo, dejándolo clavado en la playa.

–Ignóralo –susurró Meleagro–. Sólo está asustado. Vamos a levantarlo, ¿de acuerdo?

Acasto dio un paso atrás y les hizo una señal para que subieran a bordo primero, acarreando a Oileo entre los dos. Notó que el guardaespaldas temblaba y estaba pálido como la muerte. Luchó contra el impulso de sonreír mientras pasaban.

Cuando hubieron levantado la rampa, levaron también la piedra del ancla y se deslizaron hacia la niebla. Anceo, con los nervios a flor de piel y los ojos ardiendo de cansancio, empujó al *Argo* hacia babor cuando creyó que se habían distanciado lo bastante de la orilla. A partir

de entonces, mantuvo las cañas del timón cerradas y gobernó el barco por instinto. Se le enfriaron las manos y se metió primero una y luego la otra bajo las axilas. Jasón y Meleagro observaron su creciente malestar mientras se balanceaban hacia delante con cada batir de pala. Después de un buen rato a los remos, sin embargo, experimentaron la desagradable sensación de no haberse movido a ninguna parte. Meleagro entonces se ofreció a reemplazarlo al timón. Anceo no se opuso.

La percepción del tiempo se volvió absurda. La niebla se enroscó alrededor del palo de proa del *Argo* mientras la galera la atravesaba y su aliento espeso se quedaba flotando en el aire frío. Les recordó a todos los cuentos sobre el vapor que se elevaba de las aguas letales del Estigia y de la barca de Caronte que trazaba una ruta atemporal entre sus orillas.

Sin ningún punto de referencia, la travesía quedaba señalada sólo por el suave golpe de los remos al chocar contra los toletes y, ocasionalmente, entre sí. Al cabo, Jasón pidió una breve parada para beber agua y, en un esfuerzo por conservar energía, sugirió que la mitad de la tripulación remara mientras la otra mitad descansaba. Nadie se opuso. Jasón ofreció la sección delantera para el primer turno. Hubo algunos murmullos; los ignoró y volvió a sentarse con Meleagro todavía al timón.

Se había movido el sol en el firmamento al otro lado desde que escaparan del delta del Fasis, con la mitad de la tripulación acurrucada bajo las zaleas. Entonces lo oyeron. Un aullido en algún lugar detrás de ellos, a babor. Meleagro había mirado por encima del hombro, hacia donde creía que estaban las colinas boscosas, refugio de muchos lobos, pero el ruido ya se había desvanecido. Sólo se dio cuenta de que el palo de proa, a apenas treinta pasos de distancia, estaba borroso por la niebla. Comprendió por qué los nervios de Anceo estaban destrozados.

Otro gemido luctuoso, esta vez más prolongado.

Meleagro volvió a mirar por encima del hombro. Entendió que había durado más por el simple hecho de que estaba más cerca. La mitad de la sección de popa no había escuchado el primer lamento; todos oyeron el

segundo. Un golpe irregular provocó un fuerte chasquido de madera. Anceo recogió el remo y le hizo una señal a Meleagro para que lo sustituyera, lo que hizo con gusto. Otro golpe sucio y Anceo, disgustado, hizo una señal de que remaran con más calma. El *Argo* se deslizó hacia delante unos metros más antes de comenzar a balancearse bajo la influencia de las olas lentas.

Durante un breve lapso de tiempo, su pequeño mundo estuvo en calma, arrullado por el suave crujido de las maderas del *Argo*. Algunos miembros de la tripulación se colocaron las zaleas sobre los hombros, mirando fijamente la niebla arremolinada, sin ver nada. Otro olfateó y se sonó la nariz, ganándose una reprobación en forma de un lento movimiento de cabeza de Anceo.

El siguiente gemido de la trompeta los dejó rígidos. Anceo inclinó la cabeza hacia babor, como si el movimiento pudiera delatarlos ante su invisible perseguidor. Dudaba de que pudieran estar a más de cien metros de distancia... y se acercaban.

Su mente iba a toda velocidad: si los alcanzaban, probablemente estarían entre el *Argo* y la costa. Era evidente que conocían mejor las aguas, incluso en aquellas condiciones traicioneras. Como cualquier galera, se mantendrían pegados a la costa. No más de un tiro de arco de distancia.

Se puso un grueso dedo sobre los labios, luego levantó los puños en alto y extendió los dedos de ambas manos.

«Diez buenas remadas».

El sonido de la trompeta ya había despertado incluso a los más somnolientos de la tripulación. Todos percibieron el peligro, así que los siguientes envites con los remos fueron firmes y limpios. Anceo abrió la caña del timón por completo a estribor y el *Argo* viró obedientemente alejándose de la costa. O al menos de donde él suponía que estaba la costa.

Hizo un gesto para pedir silencio. Unos momentos después, oyeron el leve chapoteo de los remos al hundirse en el agua, acentuado por el golpe constante al final de cada tirón. ¡Y, dioses, qué limpios y contundentes eran sus golpes!

Unas cuantas palabras surgieron de la niebla, apagadas e indistintas. Tal vez, pensó Jasón, Medea podría entenderlas.

Los sonidos de la galera se intensificaron y, como el acorde detenido de una lira, se silenciaron. Sintieron que el casco se desplazaba a la deriva junto a ellos, a no más de cincuenta metros de distancia ahora. Todos compartían el mismo pensamiento: sin aquellas paladas adicionales...

Jasón y Meleagro intercambiaron una mirada cómplice, con las mandíbulas apretadas. Un resquicio en la niebla ahora y los verían: una mancha con forma de galera en la niebla. Jasón sintió que a los argonautas no les quedaba mucha fuerza para luchar. Recordó la macabra visión del esqueleto, balanceándose por los tobillos en la brisa a la entrada de Eea. Fue lo primero que vieron cuando llegaron al final del sendero del bosque: una advertencia para cualquiera que pudiera considerar siquiera traicionar al rey Eetes o a su gente. Sin duda, la muerte del desgraciado había sido insoportablemente dolorosa y prolongada.

Ahora podía discernir más de una voz. La cadencia urgente de las palabras sugería un desacuerdo, aunque no acalorado. Miró a su alrededor, tratando de localizar a Dáscilo, y estuvo muy tentado de llamarlo para que le tradujera. ¿Pero y si luego tropezaba en la oscuridad con algún aparejo?

No se podía hacer nada. Si los habían visto, lo sabrían muy pronto.

La conversación se detuvo. Los halcones siempre se quedaban en silencio antes de lanzarse sobre su presa. Se concentró en los ruidos a bordo del *Argo*. El crujido de las maderas, el murmullo del agua contra el casco, incluso el latido de más de treinta corazones... Parecía inconcebible que no fueran capaces de oírlos. Podía sentir los ojos de los colcos sondeando la niebla, pero no tenía la sensación de que la niebla se hubiera disipado.

Quizá los dioses todavía estaban de su lado.

Una orden vociferada y el silbido de los remos que abrían el agua, un poco más cautelosamente esta vez. Jasón jadeó, consciente de que él, como los demás, había estado conteniendo la respiración. Temblaron en

sus bancos unos instantes hasta que los ruidos se desvanecieron en la niebla, y luego un poco más, hasta que estuvieron seguros de que no había trampa. Cuando Anceo les hizo una señal para que remaran una vez más, todo el cuerpo de Jasón temblaba de frío y de pánico reprimido. Ya no le importaba tratar de disimularlo. Aun así, él y Meleagro intentaron mantener la calma en el ritmo de las paladas mientras el *Argo* se alejaba más de la orilla.

Esta vez habían logrado evadirse de sus perseguidores, pero no era necesario que les recordaran que el enemigo estaba ahora delante y detrás.

* * *

El miedo de la presa pronto fue reemplazado por otro sentimiento, más desesperado aún. Durante varias horas después de que la galera depredadora de la Cólquida se hubiera deslizado hacia la niebla, la rutina de períodos esporádicos de remo seguidos de cualquier descanso que pudieran permitirse comenzó a entumecer sus mentes. El tiempo perdió todo significado y, en aquel mar de nubes, cualquier sentido de la proporción. Los argonautas apenas notaron el oleaje que se acumulaba bajo la quilla.

Meleagro había tomado el timón, dejando de lado que también renunciaría a su período de descanso. El *Argo* crujía y se balanceaba, los remeros se estiraban y remaban. Ninguno de los argonautas dormidos se movía, a pesar de las incomodidades.

En un banco libre junto a la proa, Anceo despertó sobresaltado. Se limpió la saliva de la boca, momentáneamente inconsciente de su entorno. Su quejido al despertar provocó algunos murmullos y una mirada o dos. Las cabezas se volvieron hacia atrás. Se quedó quieto durante unos momentos mientras sintonizaba sus sentidos con la sensación que lo inquietaba. Sintió que la proa se elevaba debajo de él con un suave oleaje que acariciaba el casco hasta la popa. Entonces lo supo.

Se quitó la manta y se dirigió hacia la cubierta del timón. Meleagro estaba apenas despierto. Su cabeza se inclinaba hacia delante y, cuando se inclinaba demasiado hacia delante o hacia un lado, se sacudía hasta quedar semidespierto.

–Ya es suficiente. Descansa un poco. Hay un banco en la parte de atrás que todavía está caliente.

Meleagro giró su grueso cuello y murmuró su agradecimiento. Anceo lo vio tambalearse hacia la proa. No lo culpaba. El hombre estaba trabajando más allá de todos los límites razonables, después de todo.

Pero los había conducido a mar abierto.

V

–Todos de pie para honrar al rey Eetes, rey de reyes, señor y amo de Cólquida...

El aludido pasó apresuradamente junto a su ministro principal, reflejando en cada línea de su rostro carmesí la ira que lo consumía. La reunión, convocada a último momento, sería breve y muy dura. Los otros nueve miembros del consejo observaron cómo tomaba asiento, mientras esperaban el breve gesto que les permitiría sentarse a ellos mismos.

No hubo ninguno.

Eetes los escrutó uno por uno, con una mirada que podría haber derretido el vidrio. Sus palabras eran mesuradas, pero hervían a fuego lento en un caldero agitado.

–Os colgaré a todos si me obligáis, si decís cualquier cosa que me desagrade. Por mi causa, habéis disfrutado de riqueza, poder e influencia durante demasiado tiempo. Por mi causa, la gente inclina la cabeza cuando os ve. Y por mi causa, os habéis vuelto perezosos. Descuidados. Ciegos. ¿Y así es como mostráis vuestra gratitud? –Golpeó la mesa con su grueso puño y todos los miembros del consejo se estremecieron–. ¿Y bien? ¿Es así?

–No, mi señor.

–Por supuesto que no, Gran Rey.

Eetes hizo a un lado las perogrulladas murmuradas con un gesto desdeñoso.

–Me temo que mi verdugo estará ocupado esta noche. Vosotros dos. –Señaló con el dedo a dos jóvenes delgados y de cabello oscuro, al

mismo tiempo que sus finos labios se curvaban hacia atrás para revelar los dientes–. A la soga no le importa que mi sangre corra por vuestras venas. Vuestro hermano Frontis será desollado vivo, como todos los traidores. Las próximas palabras que pronunciéis serán todo lo que impedirá que os pase lo mismo.

Citisoro se aclaró la garganta y abrió la boca, pero una mirada gélida le impidió pronunciar palabra alguna.

–¿Te he dado permiso para hablar?

Negó con la cabeza.

–Tú. –Eetes hizo una seña a su ministro de nariz ganchuda–. ¿Se ha enviado un mensaje a todos los vasallos y a cada ciudad costera a una semana de viaje desde aquí?

El hombre inclinó la cabeza obsequiosamente.

–Negarles la tierra, el agua y el fuego, y detenerlos, mi señor, por cualquier medio necesario. Yo mismo di las instrucciones a los jinetes.

El rey lo miró con sus ojos oscuros.

–¿Las almenaras?

–Ya están encendidas, mi señor.

Eetes gruñó.

–Puedes irte, por ahora.

–Mi señor, a mí también me gustaría ir. Medea es mi prometida y estos perros la raptaron. Sería...

–¡No! –Eetes dio una palmada en la mesa, haciendo que los otros hombres se sobresaltaran. Zar Mortadza ni se inmutó–. No, te necesito aquí, Mortadza, para mantener a tus albaneses bajo control. –Al ver la expresión de disgusto en el rostro del poderoso jefe, suavizó el tono–. Pero te prometo que los aqueos serán tuyos cuando regresen. Haz lo que quieras con ellos.

Se volvió hacia su ministro y señaló la puerta. El hombre hizo una reverencia y les dedicó a los hermanos Citisoro y Argos una sonrisa pícara mientras salía. Cuando la puerta se cerró tras él, y se vio envuelto por las sombras del corredor, levantó los ojos al cielo y exhaló un suspiro de alivio. Escuchó las primeras palabras vacilantes de uno de los príncipes mientras se alejaba apresuradamente.

–Os colgarán –susurró para sí mismo–. A ambos.

VI

Eleusis, doce meses más tarde

Las sombras de los cipreses se extendían por los campos de Eleusis, como lanzas a punto de atravesar a los alguaciles de las granjas. Se avecinaba justo el tipo de noche que esperarían, dado que estaban a finales de verano. El canto vespertino de los pájaros era alegre, estridente, y la luz del atardecer aún mantenía la calidez.

Aun así, los hombres se quedaron de pie, intercambiando miradas preocupadas. El rey Céleo había sacado un puñado de cebada de la cesta que le ofrecían y ahora la examinaba con incredulidad. Nunca antes había visto algo así, al menos en cincuenta años. Las espigas parecían haber sido carbonizadas por las llamas. Las frotó entre el pulgar y el índice, y vio cómo se convertían en polvo.

–Es así en todos los campos, mi señor.

–¿No hubo señales de advertencia?

–¡Ninguna, mi señor! ¡Ocurrió en cuestión de días!

–¿Cuánto se ha visto afectado?

El alguacil tragó saliva con fuerza.

–La mayor parte, mi señor.

–¡Sé más preciso!

–Ocho partes de diez.

Un ruido de desesperación escapó de la parte posterior de su garganta, tras lo cual apartó los granos ennegrecidos como si estuviera manipulando barro hirviendo.

–Los graneros. Dímelo con franqueza.

–El año pasado hubo una mala cosecha. No necesita...

–¡Dímelo! –espetó.

–Dan para unas pocas semanas, mi señor. Un mes, si somos ahorrativos.

Los otros hombres asintieron con aire solemne.

–Y luego...

* * *

Céleo miró hacia el sol poniente.

–Luego moriremos de hambre.

–Os ruego que me perdonéis, mi señor, pero ¿y el ganado?

El rey frunció el ceño al otro alguacil. Su voz ronca se adaptaba al rostro curtido por el clima y el cabello gris y áspero.

–Cuando hayamos despiezado y curado la carne de todos los animales sacrificados, ¿qué haremos entonces?

–He oído que los atenienses tienen grano en abundancia. ¿No podríamos hacer trueque?

La mirada que Céleo le dirigió lo silenció.

–No tengo dudas de que las noticias de esta... «plaga» ya les han llegado. Pero no pueden oír hablar de nuestros graneros vacíos, ¿me oís? Por vuestras vidas, la de cada uno de vosotros. Y las de vuestros hijos. Cruzarían las colinas en un santiamén. ¡Grandes dioses misericordiosos, sólo podemos esperar que lo pasen peor!

–Sí, mi señor.

–Por supuesto.

Céleo se quedó pensativo mientras los alguaciles esperaban instrucciones. La visita inesperada de la madre de Perséfone el año anterior nunca se le había olvidado, y ahora volvía a estallar con su presencia. Tiempos difíciles, había predicho, con ojos tan duros y oscuros como la obsidiana. «Necesitarás ser perspicaz», había dicho.

El sol casi tocaba los picos del monte Pateras y las altas crestas que se abrían hacia el golfo de Corinto. Según contaban las historias, escondida en algún lugar entre las rocas más sólidas se encontraba la única fuente de ayuda que le quedaba a Eleusis. No había garantías de

que alguien que intentara semejante viaje regresara. Lo que sí era seguro, sin embargo, era que sus rivales lo derribarían si no actuaba con decisión. Y habría un hombre que clamaría por su cabeza con más ahínco. Apartó la mirada del horizonte y miró a un alguacil y a otro.

–Toda la cebada que puedas salvar, por mucho esfuerzo que te cueste, debes intentarlo. –Luego añadió algo que era tanto para ellos como para sí mismo–. Buena suerte.

* * *

Cuando llegó a la cima de Eleusis, vio a sus hijas haciendo girar un aro en el aire, alrededor del cual habían atado cintas de colores. A poca distancia, un grupo de chicos desnudos hasta la cintura se lanzaban una pelota de cuero. Entre ellos, lo sabía, estarían Triptólemo y su hijo menor, Demofonte, que sin duda estarían atentos a lo que ocurría. Éste, al menos, mostraba algunos signos de poseer el espíritu adecuado. Desconfiado de los demás, difícil de complacer, lento para las lágrimas. Mientras que Triptólemo era, pensó, el hijo de su madre, Demofonte era del mismo estilo que su padre. Sus hijas compartían elementos de ambos. Aunque ahora jugaban como ninfas del agua, Céleo se había asegurado de que estuvieran familiarizadas con una daga. Sus risas llegaron hasta él, llenándolo de melancolía.

Más allá, al sur, el mar susurrante. Cerró los ojos e inspiró hondo. El olor salado era tenue, pero nunca dejaba de tranquilizarlo, de aliviar el dolor abdominal. Pasara lo que pasara, las olas siempre llegaban, día y noche. Empezó a bajar la colina para darle la noticia a la reina.

VII

Al amanecer, cuando una brisa que soplaba directamente desde popa había barrido la mayor parte de la niebla, la magnitud del peligro que corrían los argonautas quedó clara. No se veía tierra. Hasta donde alcanzaba la vista en cualquier dirección, no había nada más que la inmensidad del mar Inhóspito. Para empeorar las cosas, las nubes que se oscurecían habían ocultado por completo el sol.

No tenían comida. Nada más les quedaba para llenar los estómagos que letargo y angustia. Los argonautas estaban pálidos, demacrados y enfermos. Anceo agradeció que hubieran bajado el mástil antes de escapar del río Fasis. Dudaba de que ahora tuvieran la energía para hacerlo.

–No se gana nada remando. Nadie sabe dónde está la costa.

Anceo asintió, pero no miró a Jasón.

–Se avecina una tormenta. Puedo olerla.

–Y yo verla –dijo Meleagro con una débil sonrisa.

Anceo no reaccionó.

–¡Descansa un poco, hombre! Pronto lo agradecerás.

Jasón subió los pocos peldaños que conducían a la cubierta del timón.

–Escuchadme, argonautas. La buena noticia es que no habrá más paladas durante un tiempo. La mala noticia es...

–Estamos perdidos, ¿no es así, Jasón?

Era Idas. Sin embargo, su sarcasmo e ira habituales estaban ausentes.

–Estaba a punto de decir que pronto habrá una tormenta, pero, para responder a tu pregunta... Sí. Lo estamos.

Cuando la tripulación aún contaba con fuerzas, mientras el *Argo* cortaba las aguas cerca del archipiélago, sin duda aquello habría despertado quejas y disenso. Pero Jasón miraba fijamente en medio de un silencio oscuro. Notó que Medea estaba acurrucada en la cabina de proa. Podía sentir sus ojos buscándolo, pero su rostro no traicionaba ninguna emoción. Se preguntó cómo estaría Oileo.

–Puede que las Parcas nos sonrían todavía. El viento, cuando se acelere, puede llevarnos a tierra o puede hundirnos. Algo que no creo que ocurra. Los dioses no nos habrían traído hasta aquí para luego arrojar el mar sobre nosotros. Así que sed firmes, sed fuertes. Si Anceo o Meleagro nos dicen que cambiemos nuestro peso, lo haremos sin dudarlo. Y una cosa más: si necesitáis mear o cagar, ¡ahora es el momento de hacerlo!

Hubo algunas sonrisas cansadas. Unas cuantas.

En la proa del *Argo*, Medea molió las últimas ortigas que había cogido en Cólquida en un mortero; la simplicidad del acto fue una distracción bienvenida de la miseria de su situación. Frunció el ceño cuando oyó el traqueteo y detuvo su trabajo, afinando los oídos al ruido que supuso que provenía de los aparejos del barco. Luego se volvió hacia Oileo y sus ojos se abrieron alarmados. Temblaba como la cuerda de una lira y le castañeteaban los dientes. Ya había visto eso antes: era la última resistencia de su cuerpo contra la fiebre, que lo estaba matando. Dejó el mortero y quitó una de las mantas que cubrían su cuerpo. Jasón desearía rendirle homenaje a su amigo por última vez. Ella tampoco quería perdérselo: con cada muerte, Hécate le enseñaba más sobre la vida. Fue a buscarlo.

* * *

Oileo sigue a Hera por los túneles irregulares y cristalinos del monte Olimpo. Un foco de luz cálida la acompaña, aunque no lleva antorcha y sus pasos no hacen ruido mientras se desliza sobre las rocas afiladas. Pasan por las entradas de enormes cámaras resonantes. Desde el interior de algunas llegan risas que tintinean como gotas de agua. Otras son

silenciosas, aunque siente vastas presencias numinosas acechando en el interior. No tiene sentido del tiempo. Podría estar caminando mucho tiempo, incluso días.

Entran en una cueva enorme y ladeada, erizada de estalagmitas y estalactitas que adquieren un inquietante brillo turquesa a medida que Hera se acerca. Pasa a través de ellas como si no estuvieran allí. No tiene la sensación de caminar o de ir a la deriva detrás de la diosa. Sólo está... siguiéndola.

Hay una miríada de túneles y grutas inhóspitas, pero Hera se dirige a una de ellas sin dudarlo. Sin su brillo natural, sería impenetrable, pues es más negra que la noche. Puede sentir las sombras rozándole la piel.

Entonces una luz brillante y fría explota ante sus ojos y se da cuenta de que están a punto de abandonar la montaña. Emergen en un estrecho precipicio que le revuelve el estómago. Oye el espejeo de los cristales de hielo. Hera se ríe de él.

–¡No tienes por qué temer una caída hacia la muerte aquí, hombre mortal!

Sin embargo, no puede resistirse a mirar por el borde hacia una cambiante corona de espesas nubes. Se imagina cayendo a ciegas al suelo a través de ellas y el pensamiento es infinitamente más aterrador que ver la tierra acercándose a toda velocidad hacia su rostro. Aparta los ojos y mira hacia arriba. Una gran extensión de cirros entrelaza el cielo tan firmemente como las cañas en una canasta. Ni siquiera la visión de Linceo, el vigía de vista sobrenaturalmente aguda, podría penetrarla.

Ahora aparece a la vista un edificio extraordinario, encaramado en una cornisa de roca que sobresale de la ladera de la montaña. Hay miles de aberturas circulares en su techo abovedado de bronce, así como puertas de todas las formas y tamaños alrededor de sus paredes. Oileo oye un murmullo apagado, tan suave como las olas que golpean la orilla. A medida que se acercan, los bisbiseos se transforman en voces humanas: susurros y medias verdades, promesas y maldiciones. El parloteo incesante es más soporífero que alucinante.

–Ésta es la Casa del Rumor.

Hera no mira hacia atrás.

–Nadie sabe de dónde vino, ni siquiera los dioses. Algunos dicen que era una mortal, que llegó aquí de niña. Que los Titanes no querían castigar su insolencia reteniéndola, sino que se encariñaron con ella y con sus maneras inquisitivas. Mientras tanto, dicen que sus padres murieron de pena, creyéndola muerta. El rumor se convirtió en ella, y ella en el rumor. ¿Te suena esto familiar?

Los ojos de Oileo pasan una vez más por encima del techo abovedado, que brilla con un rayo de sol. Se parece a una colmena, sólo que menos regular.

–A través de estas aberturas, ella escucha todo lo que sucede en la tierra y el mar. No hay nada que atraviese la roca del Olimpo, pero la mayoría de los dioses dicen que puede oír lo que sucede, no obstante. Tiene su utilidad.

Hera cruza el umbral de bronce y entra en la casa. Sus dos habitaciones están escasamente amuebladas, como la cabaña de un campesino. En el centro arde un pequeño fuego en un hogar y, escondida en el rincón más alejado, hay una cama con unas colchas de estampados brillantes. Otra puerta conduce desde esta habitación a lo largo de un pasillo hasta un gran salón. A juzgar por los rayos de luz que Oileo puede ver, es la que tiene la cúpula de bronce perforada. Una vieja bruja está sentada en una silla de bronce en una actitud de intensa concentración. Sobre los hombros lleva un manto raído. Está inclinada hacia delante con una oreja vuelta hacia una pequeña abertura en una pared. El ojo más cercano a la puerta está entrecerrado. Incluso cuando se aleja de la abertura, el estrabismo permanece.

–¡Señora Hera! ¡Esto es una sorpresa! ¡Una agradable sorpresa!

Su voz ronca lastima los oídos de Oileo y su apariencia ejerce un efecto similar sobre sus ojos. Ha visto piel reseca como la de ella en un cadáver, descolorida incluso donde se riza alrededor de las encías. Los ojos, pequeños y brillantes, miran a Oileo con intenso interés.

–¿Es un mortal?

–Quiero saber algo.

–¿Quién de los que me visitan no lo quiere?

Oileo capta un rastro de tristeza en la voz seca.

–Zeus habla de un mortal que ya ha nacido y que restaurará la fe de los hombres.

–¿Éste?

La voz de Hera surge como el silbido de una ola que se estrella contra las rocas.

–¡Éste no, tonta!

Rumor se sienta y se acomoda en su mueble, mientras se coloca una manta sobre las piernas. Se rasca la frente con un dedo huesudo, mientras el susurro urgente de las voces se arremolina a su alrededor.

–Un mortal... Un salvador... –murmura para sí misma–. Un salvador, sí, y un mortal. ¿Qué he oído? ¿Qué he oído?

Oileo escucha su aliento repulsivo y se arriesga a mirar a Hera, pero el rostro radiante de la diosa permanece parcialmente apartado de él. Picos de luz salen de la tiara y su túnica brilla de manera tentadora.

Aún tiene suficiente sentido común como para no actuar de acuerdo con sus deseos, aunque ha decidido hacer la pregunta cuando sea el momento adecuado: «¿Por qué estoy aquí?».

–Lo siento, Vuestra Divinidad, pero hoy tengo la cabeza nublada, las nubes son espesas. En días como éste, me limito a este óculo. Golpea la pared junto al agujero. ¿Podríais..., podríais darle un poco de néctar a una anciana? ¿Para calentar sus huesos?

Se oye un crujido como el agua que se convierte instantáneamente en hielo. Hielo tan frágil como la paciencia de Hera, piensa Oileo.

–Bébelo.

El vaso de bronce que está en la mesilla junto a Rumor ahora está lleno de un jarabe de color ámbar. Sorbe del vaso y sus ojos se ponen en blanco en un éxtasis infantil. Cuando termina, se limpia la boca con el dorso de la mano y suspira con un placer prolongado. Es una de las cosas más horribles que Oileo ha visto jamás.

–Ahora dímelo.

–Por supuesto, por supuesto, señora Hera. De repente, mi mente está tan clara como un manantial de montaña... Hay una mujer que se jacta de un niño de oro ante todos los que la escuchan, en los rápidos arroyos de Ftía. Un niño enérgico; un líder nato de hombres; destinado a una

grandeza de corta duración, según dice ella. Envidia, resentimiento... miedo... todo ha llegado a mis oídos desde entonces. La madre no es muy querida, pero nadie ha dudado de sus predicciones. ¿Podría ser ésta, mi dama Hera?

La luz de Hera parpadea.

–Puede ser. ¿El nombre?

–La madre se llama Tetis y su hijo...

–Aquiles.

–Sí, Aquiles. –Rumor suena un poco decepcionada–. Ya lo sabías.

El nombre tarda un momento en registrarse en la mente de Oileo.

Tetis.

Aquiles.

¡Peleo! Había oído al líder de los mirmidones mencionar a su hijo varias veces, pero no a su mujer, Tetis.

Cuando Hera parece estar reflexionando sobre algo, Oileo se da cuenta de que ha habido un cambio en su aura. Pierde el carácter del humo y se fusiona en... nada que pueda encontrarse en la tierra, eso es seguro. Algo así como oro fundido y marfil, aunque sin el borde afilado de una semejanza.

Mientras tanto, el ojo bueno de Rumor gira hacia Oileo e inclina la cabeza hacia él.

–¿Qué haces tú aquí? –pregunta.

Sin previo aviso, ella desenrosca un dedo huesudo y lo señala. Oileo se congela.

–¡No!

* * *

Jasón se tambaleó por la pasarela. Su corazón se hundió cuando vio el rostro de Oileo. A pesar del aire fresco, la cara del guardaespaldas estaba empapada de sudor.

–¿Cuándo empezó esto?

–Tenía fiebre durante la noche, pero está empeorando y ha comenzado a murmurar, mientras duerme. Creo que invoca a los

dioses.

–¿Qué pasa con la herida?

El codo obstinado de Oileo estaba apretado contra ella y, cuando Jasón intentó levantarlo, lo maldijo en voz baja, aunque mantenía los ojos cerrados.

–¿Cuál?

–¿Qué quieres decir?

–Se golpeó la cabeza cuando chocamos contra aquel otro barco, en el Fasis. Mira.

Medea giró la cabeza de Oileo hacia un lado. Incluso a la luz tenue de una lámpara de aceite, pudo ver que la hinchazón en su frente había aumentado. Se maldijo a sí mismo. Oileo se había convertido en algo más que un compañero de tripulación para él: era lo más cercano a un hermano mayor, o quizás incluso a un padre, dada su edad.

–Lo hago lo mejor que puedo, Jasón, y he usado la mayor parte de mi loción en él. No me permite mirar más de cerca. Las pocas hierbas que tenía, las he presionado en la herida. Necesito juntar más.

Jasón se agachó junto a ella y le besó la frente.

–Lo sé. –La rodeó con un brazo–. Cuando lleguemos a tierra.

–Tus hombres pensaron que estaba tratando de matarlo. En la playa. Lo vi en sus caras. –Se apartó y levantó la barbilla–. Les he oído murmurar que estoy haciendo lo mismo contigo.

Miró el verde arremolinado de sus ojos, pero no pudo leer qué emoción había en su interior. Se dio cuenta de que, en el poco tiempo que llevaban juntos, nunca lo había hecho. ¿Sabía siquiera si quería hacerle daño? Sintió el agarre de unos dedos fríos alrededor de su corazón.

–¡Jasón! ¡Aquí atrás! –El grito vino desde popa. Sonaba como si fuera Anceo. Un gruñido de frustración escapó de su garganta.

–Ve, Jasón. No tengo ninguna intención de hacerle daño. Tampoco a ti.

De mala gana, se puso de pie y se abrió paso entre los avíos y la jarcia con el corazón más pesado que antes, sin darse cuenta de la caída de la

temperatura ni de la brisa cada vez más fuerte. La idea entró en su mente cansada, sin que nadie la hubiera llamado. Pero ¿y los demás?

* * *

La tormenta estalló al poco rato. La mayoría sintió el oleaje del mar en el estómago. Las arcadas de uno provocaron el vómito de muchos. Aquellos que calcularon mal la oportunidad recibieron un bocado de salmuera mientras buscaban a tientas la borda y los efectos fueron doblemente eméticos.

Ahora, las olas negras golpeaban el casco, enviando columnas de espuma furiosa a las caras de quienes no miraban por la borda. Tras resbalar, Anceo se apresuró a tomar el timón, maldiciendo al viento con los dientes apretados. El esfuerzo de intentar mantener la proa de cara a cada ola se le grababa en la cara.

El mar Inhóspito atacó al *Argo* con furia diabólica. Cada impacto retumbante hacía que la galera se tambaleara de tal manera que corría el riesgo de ser desviada y tragada entera, sin dejar ni una astilla que delatara su existencia.

Un chasquido irregular rasgó el aire, como un árbol herido. Una de las barras del timón se soltó de las manos de Anceo, quien la miró como si lo hubiera mordido. Se subió a la barandilla, protegido de la furia de la tormenta por la popa, y sacó la cara hacia fuera. Una fina niebla le hizo tomar aire, pero, en el instante justo antes de cerrar los ojos, vislumbró que el remo del timón alcanzaba el punto más alto de una ola y desaparecía.

La expresión sombría de su rostro cuando agarró las barras del timón fue suficiente para Jasón y Meleagro. Intercambiaron una mirada cómplice mientras estaban sentados encajados entre el banco y la cubierta húmeda. Meleagro permaneció sentado en posición durante un momento y luego entró en acción, subiendo los escalones del timón de rodillas, agarrando el brazo de Anceo con una mano y la barandilla de popa con la otra.

–¡Hazlo virar! –le gritó al oído–. ¡No tiene sentido luchar contra esto!

Anceo parecía horrorizado.

–¡Podría matarnos!

–¡Cuestión de tiempo!

Por un momento escalofriante, la proa del *Argo* quedó suspendida sobre una ola. El impacto contra el agua hizo que todos se sacudieran, expulsados de sus asientos. Alguien gritó de dolor.

–¡Hazlo! ¡Quizá tengamos suerte!

Meleagro le dio una palmada en la espalda y comenzó a avanzar lentamente hacia los escalones. Sintió una mano carnosa en el hombro.

–¡Quédate quieto! ¡Ayúdame!

El timonel parecía asustado, derrotado incluso. Meleagro asintió.

–¡Un gran empujón en esa caña del timón, sí! –Otro estruendo y un silbido de espuma en la cubierta–. ¡La hacemos girar completamente o lo pagaremos caro!

–¡Dime cuándo!

Meleagro ya estaba avanzando como un cangrejo hacia la cubierta del codaste de popa. Quería que la parte más sobresaliente de la proa estuviera en el punto más bajo, como un cerdo en su momento de comer, porque la presión sobre el remo de dirección restante sería más ligera. Perdió el equilibrio cuando la galera coronó otra ola y se deslizó sobre las rodillas, gateando como un cordero recién nacido.

Se acercaba una ola poderosa. Pero, cuando se puso de pie, resbaló de nuevo y fue a parar más lejos de la barandilla. El *Argo* comenzó a hundirse. Se arrastró por la cubierta, arañando las traicioneras tablas como si fuera el borde de un acantilado. Logró aferrarse justo antes de que el barco volviera a levantarse.

–¡Ahora! ¡Hazlo ahora!

Anceo murmuró algo en voz baja. Una plegaria, tal vez.

No pasó nada.

El *Argo* comenzó a trepar resueltamente hacia la siguiente ola, pero la proa que había golpeado a la galera colca en la boca del Fasis ahora se hundió en el piélago. Fue como si hubiera chocado contra un muro de piedra.

Los argonautas se sacudieron de donde estaban agazapados y se alzaron más gritos de dolor y miedo. Un torrente de agua se estrelló contra la cubierta, cubriendo la proa y ocultando a Medea y Oileo. Jasón miró horrorizado, dispuesto a saltar y ayudar.

–¡Quédate abajo!

Anceo lo miraba con rabia, como un Poseidón furioso, con la barba empapada y la túnica pegada a los voluminosos hombros. Jasón se agachó de nuevo, maldiciendo con los dientes apretados. Recordó la sección de la proa que el armador de barcos Argos había añadido. Hecha de roble sagrado del santuario de Dodona, había dicho.

«Te hablará cuando no sepas lo que hay en tu propio corazón».

Jasón cerró los ojos con fuerza, recitando mentalmente cada oración que recordaba a medias. La verdad era que no tenía oído para ellas.

«Esto pasará...».

Abrió los ojos y miró alrededor. La fatiga ahora hacía que arrastrara las extremidades, le gritaba que se durmiera. No podía estar seguro de haber oído la voz, pero en cualquier caso no lo tranquilizó.

Las sentinas ahora eran una corriente húmeda y oscura de agua que se movía de un lado a otro, enfriándoles los pies. Y el barco comenzó su inexorable ascenso hacia la perdición. La enorme ola que estaba más allá de la siguiente seguramente sellaría su destino. Y aun así no lograba virar.

El *Argo* se sacudió por la ola. Oyó algunos gritos y órdenes ladradas, pero tenían una calidad extrañamente distante. Sintió una presión que se acumulaba contra la parte baja de su espalda y miró alrededor. El agua de la sentina fluía hacia su banco.

El barco estaba iniciando un giro que ganaba impulso a medida que el remo de dirección se hundía profundamente. En el timón, Anceo sintió una tensión repentina e intensa en el brazo cuando el agua empujó el remo de dirección lejos del casco. La barra del timón comenzó a temblar e imaginó la fuerza del mar doblándola más allá de su límite de tensión. Pero el *Argo*, de alguna manera, se estaba deslizando hacia un viraje alrededor del remo, como si la mano de un dios lo estuviera protegiendo.

–¡A estribor! –gritó–. ¡Todos a estribor!

Lo cual era más fácil de decir que de hacer. Cuando comenzó a escorarse para dar el giro, los argonautas luchaban contra la gravedad y contra los tablones resbaladizos. Se arrastraban y arañaban todo lo que podían encontrar para agarrarse, gruñendo y gimiendo y esforzándose con los últimos vestigios de su fuerza. Pólux y Calais, entre los más ágiles de la tripulación, fueron los primeros de los remeros de estribor en llegar a la barandilla de babor. Empujaron a los demás hacia el otro lado y, poco a poco, el *Argo* comenzó a equilibrarse.

–¡Está virando! ¡Un poco más!

Detrás de Anceo, Meleagro se arrojó sobre la cubierta del timón, agarrándose a la barandilla con las puntas de los dedos. Para cuando llegó a su punto más bajo, el *Argo* estaba de costado sobre una ola imponente que oscurecía las cubiertas. Jasón oyó a alguien reír. Pensó que podría ser Idas, mostrando una valentía testaruda hasta el final. El hombre tenía agallas, eso debía admitirlo.

–¡Aguantad! ¡Aguantad, cabrones! –Anceo despotricaba ahora–. ¡Está funcionando!

Jasón se sacudió de encima su inacción. Anceo le estaba gritando, porque era uno de los pocos que no había logrado cruzar a estribor. Se arrastró por la pasarela, lo que fue considerablemente más fácil, ya que ahora estaba escorada a babor mientras atravesaba la estela de la ola anterior.

Cuando la inmensa oleada de la siguiente montaña de agua empezó a hacer efecto, el *Argo* había virado de alguna manera tres cuartas partes hacia dentro, un poco más que su propia longitud. La popa empezó a levantarse, pero, esta vez, todos habían previsto el efecto.

Aunque algunos aparejos y el remo de timón de repuesto empezaron a deslizarse hacia la proa, ninguno de los argonautas perdió el control. Jasón recorrió la longitud del barco en busca de alguna señal de Oileo y Medea, pero, en medio del caos, los restos y el agua, no vio nada. La popa se elevó más y más hasta que parecía que estaban a punto de deslizarse por un precipicio. Los nudillos de Anceo se habían puesto blancos tratando de mantener el agarre en el timón, pero ahora se le

soltaron y lo agitó con un grito de consternación. Comenzó a deslizarse fuera de la cubierta, pero entonces sintió que una prensa le agarraba la muñeca. Meleagro le sonreía, enajenado, aunque las venas de su grueso cuello se erguían tan orgullosas como cuerdas.

–¡No es el momento de desertar!

El *Argo* empezó a ganar velocidad. La fuerza de la ola hizo zumbar las maderas y el equipo. La tripulación, que apretaba sus cuerpos magullados contra los bancos y el casco, empezó a cansarse por el esfuerzo de evitar ser arrojados contra la esquina de un banco o las cuadernas.

Sin embargo, en las fauces de la ola, de algún modo el barco se mantuvo en pie. El agua seguía entrando, pero nadie se atrevió a soltarse para achicarla. Anceo, ayudado por Meleagro, se puso de pie y rodeó con los brazos el puntal que sostenía el único remo de dirección que quedaba, como en adoración de su resistencia. Decidió no intentar maniobrar el barco. Ahora sólo la Fortuna sería su piloto. A poca distancia de él, Meleagro se había desplomado contra la barandilla de popa, agarrándola por encima de la cabeza con ambas manos. Compartió una sonrisa nerviosa con el timonel.

Por encima del rugido y el silbido del mar y del traqueteo de los aparejos, las armas y el equipo, nadie intentó hablar. Parecía inconcebible, mientras se desplazaban a toda velocidad por el mar embravecido, que no hubiesen acabado arrojados por la borda.

El tiempo pareció ralentizarse, y el rato se hizo eterno. Se habían acostumbrado tanto a los hundimientos y sacudidas repentinas, a ser rociados por olas tan frías que les quitaban el aliento, que no se dieron cuenta de que las nubes empezaban a levantarse. Y no lo hicieron hasta que, dos horas después, la tormenta comenzó a amainar y la sensación de cabeceo en lugar de balanceo comenzó a aliviar la tensión en los músculos.

Intercambiaron miradas incrédulas. Etálides, el heraldo, gritó de alegría. Habían pasado algunas semanas desde la última vez que tuvo algún parecido con el aristócrata de lengua persuasiva que había subido a bordo por primera vez. La mayoría de los argonautas ya eran

indistinguibles entre sí: las barbas hacían juego con el color de las bolsas que rodeaban sus ojos y las túnicas estaban todas igualmente sucias y deformes.

Cuando quedó claro que habían salido del peligro, todas las miradas comenzaron a volverse hacia la cubierta del timón. Jasón se puso en pie, con unas piernas que se habían convertido en gelatina. No creyó que fuera necesario decir nada y simplemente señaló a Anceo. Sus aplausos se unieron a los gritos y vítores.

Aunque intentó ocultar una sonrisa bajo la espesa barba, Anceo les hizo señas con impaciencia para que se detuvieran.

–¡Basta! Están alterando el equilibrio, idiotas.

Jasón caminó por la pasarela dejando caer una palabra tranquilizadora aquí y allá y revisó las peores heridas. El brazo del escudo de Peleo sangraba, el mismo que se había magullado gravemente en la desesperada lucha al pie de la Montaña del Oso, pero el herido ignoró las atenciones de Jasón.

Llegó hasta los feroces gemelos tracios. Mientras Calais le echaba agua en la boca a Zetes, notó el desgarro ensangrentado en la camisa.

–¿Cómo ha pasado esto?

Calais señaló el mástil.

–No es demasiado grave.

Siguió adelante. La mayoría de la tripulación había recibido golpes y tenía hematomas, algunos claramente muy dolorosos, pero no había nada que hacer hasta que llegaran a la orilla, si es que llegaban. Con el rabillo del ojo, mientras hablaba con un remero de proa, notó movimiento en la cabina.

Medea.

Terminó su conversación y se agachó bajo el dosel. Aunque desaliñada y empapada, sus ojos desafiantes todavía le aceleraban el corazón.

–Tienes sangre en la frente.

Se la tocó con timidez.

–Un pequeño corte. ¿Y tú?

–Bien. ¿Cómo está Oileo?

Se le tensó la mandíbula.

–La herida se reabrió.

El guardia estaba apoyado contra el mamparo, temblando bajo su vellón como si fuera presa de la debilidad. Jasón miró a Medea con alarma. La túnica de Oileo estaba teñida de un escarlata oscuro y el rostro era una máscara de cera.

–¿Oileo?

El herido parpadeó y se lamió los labios.

–Agua –graznó.

Jasón miró a Medea.

–Por supuesto que le doy –dijo ella, a la defensiva.

Jasón destapó su frasco y se echó lo poco que quedaba en la boca, aunque la mayor parte se derramó por la barbilla.

–Sobrevivimos. Sobrevivimos y tenemos que dar las gracias a Anceo y Meleagro por eso. –Miró a Medea, para luego dirigirse de nuevo a Oileo–. Y cuando vuelvas a sostener una lanza, podrás agradecérselo a ella.

–Si no lo sacamos de este barco hoy, no verá otro amanecer, Jasón. Está casi más allá de cualquier ayuda que yo pueda brindarle.

–Nos dirigimos al sur nuevamente.

Notó que los ojos de Jasón se habían vuelto un poco vidriosos.

–Lo sé.

–No puede morir. –Se puso de pie y apartó el dosel–. No puede.

VIII

Céleo estuvo a punto de darse por vencido varias veces, pues el camino de Eleusis al monte Parnaso era arduo y peligroso. Durante los últimos días, había estado caminando por una cresta montañosa que ofrecía una vista espectacular de un amplio valle hasta un acantilado aún más escarpado que se encontraba enfrente. De un lado, una caída hacia una muerte segura, miles de codos más abajo; del otro, frecuentes desprendimientos de rocas amenazaban con pulverizar el camino, así como a cualquiera que estuviera en él. Incluso lo habían advertido de los bandidos que se escondían en los estrechos barrancos del río, para quienes los viajeros exhaustos y distraídos eran presa fácil. Al menos estaba agradecido de haberlos evitado.

Se quitó el pétaso y bebió un largo trago de su odre de agua. No le habían faltado manantiales a lo largo del camino. Ésa era otra cosa por la que estar agradecido. Mientras saboreaba el trago, estiró el cuello en un vano esfuerzo por ver el Parnaso, a la vez que el sol de poniente le hacía entornar los ojos. Tras secarse el sudor de la frente, se miró las manos córneas y callosas, por un lado y luego por el otro, examinando los pliegues de las arrugas como si aquellas líneas le resultaran desconocidas. Se preguntó cuántos inviernos más tendría para vivir si las cosas no mejoraban, milagrosamente. Estaba seguro de que hacía veinte años habría completado el viaje de casi cien estadios en cuatro días. Era el quinto y todavía quedaba mucho camino por delante. Pero claro, no tenía un gran entusiasmo por lo que le esperaba al final de su viaje. Deseaba de todo corazón que no hubiera sido necesario.

Se palpó la piel, ajustó el peso de la bolsa de cuero sobre el hombro, donde le provocaba un roce, y emprendió la marcha por el camino en dirección al calor sofocante del valle, acompañado por el agudo canto de las cigarras y el zumbido de los mosquitos.

Cuando vio los Fedriades, notó que los acantilados estaban bañados por una sombra fresca. Lo habían advertido de que era imposible no identificarlos. El sendero se desvió hacia el desfiladero que los separaba y, a través de un espeso bosquecillo de cipreses y laureles, se filtraba el sonido tintineante del agua. Podía oler su dulzura a treinta metros de distancia.

Al acercarse, vislumbró una cabaña de madera, antigua y decrépita, que ofrecía una puerta de entrada a la grieta en las rocas. Más abajo en el sendero, había un grupo de pequeñas construcciones, desde las que ahora podía oír el balido de las cabras, atravesado por los gritos cansados de un pastor. Para el visitante, el lugar parecía tan común como cualquier otra comunidad montañosa remota.

Un hombre con cejas espesas que se elevaban como mechones de búho, vestido con una túnica blanca con cinturón, se le acercó desde el pequeño asentamiento. Tenía una jarra en una mano, de la que vertía algunas gotas de líquido. Examinó al recién llegado con ojos oscuros de los cuales se desvaneció levemente la cautela.

–Bienvenido, forastero.

Céleo hizo una mueca mientras se quitaba la bolsa del hombro. Ahora que había dejado de caminar y estaba a la sombra de los cipreses, su túnica sucia y empapada de sudor se le pegaba a la piel como una compresa fría. No quería nada más que bañarse.

–Me han dicho que podría buscar consejo por aquí. Consejo divino.

El hombre notó que su rostro se contraía un poco cuando pronunció la palabra «divino».

Un escéptico.

–Es cierto que aquí, en Delfos, Gea elige hablar a través de la sacerdotisa, a veces. Por un precio.

Céleo sabía que aquello iba a suceder, pero, sin embargo, la avaricia con la que el hombre apretó los labios lo irritó.

–¿El precio?

–Una ofrenda. Y algo justo para cubrir el coste del sacrificio.

Respiró profundamente. Estaba cansado, sucio y preocupado, y no estaba dispuesto a regatear. Se tironeó la túnica húmeda del pecho.

–Así sea.

El hombre inclinó la cabeza.

–Por favor, sígueme. Puedes elegir tu sacrificio. Recuerda que estás honrando a una gran deidad, y los dioses pueden ofenderse muy deprisa.

El hombre caminó ligeramente encorvado hacia las chozas donde había varios animales, los cuales emitieron un sonido de advertencia cuando se acercaron, como si supieran lo que se avecinaba.

–¿Has venido desde lejos?

–Eleusis.

–He oído hablar de ella. Un largo viaje. ¿Tu nombre?

–¿Es necesario?

El hombre se detuvo en seco y lo evaluó con ojos inteligentes.

–¿Nos engañarías? ¿O a ti mismo, antes de que la consulta haya comenzado siquiera? En realidad, hay muy pocas reglas aquí, forastero, pero las que observamos deben obedecerse estrictamente. La pureza lo es todo.

Apretó la mandíbula.

–Soy Céleo, rey de Eleusis.

La expresión del hombre no cambió. Se puso la mano en el pecho.

–Y yo soy Poliído.

Céleo resopló.

–Veo que tus reglas son algo unilaterales. ¡El hombre que ve mucho!

–Ése es mi nombre. –Poliído sonrió seráficamente–. No es un engaño.

Retomaron la marcha.

–Debes comer cuando tengas la respuesta que necesitas. –Recibió una mirada aguda antes de continuar–. ¡Las leyes de la hospitalidad por sí solas excluyen cualquier donación adicional, por supuesto!

Llegaron a un corral y Céleo señaló una cabra.

–El primal blanco.

–Una elección muy propicia. Y tu...

Céleo sacó un grueso anillo de oro.

–No me pidas más.

Poliído se lo quitó y lo levantó para que recibiera el sol, haciéndolo girar con dedos ágiles.

–Por favor, espera allí. –Hizo un gesto hacia el santuario–. Mi hijo estará contigo en breve.

* * *

Por un rato, Céleo observó el sol poniente. Cuando ya comenzaba a impacientarse, oyó el golpeteo de una puerta contra su marco desde el interior del grupo de árboles. Un muchacho de aspecto serio, con rizos espesos y oscuros, se le acercó. Céleo observó la corona de laurel que llevaba.

–Por favor, seguidme, señor. Debéis lavaros antes de entrar.

Céleo frunció el ceño, pero siguió al muchacho hacia el grupo de árboles. Llegaron a una alberca lustral junto a la cabaña. Un cucharón de madera colgaba de un gancho. El sonido del agua corriendo era más fuerte ahora, al igual que el aire dulce y fresco. La idea de lavarse con el agua cristalina le levantó el ánimo.

–Volveré en breve –dijo el muchacho.

Céleo se desnudó y se echó el agua por encima, jadeando por la frialdad que le hacía picar la piel. El agua y el alegre trino de los pájaros pronto comenzaron a vigorizarlo. Miró alrededor para comprobar que estaba solo y, por capricho, sumergió su túnica en el agua y la frotó con fuerza. Incluso después de escurrirla, se pegaba a los contornos de su cuerpo envejecido, lo que lo hacía sentir un poco ridículo. El chico regresó, lo miró de arriba abajo, pero sus ojos no delataron ninguna reacción. Llevaba un plato de bronce sobre el que había un montón de vísceras poco atractivas. Sólo reconoció el hígado oscuro y el corazón rosado.

–El primal ha sido sacrificado. A partir de este punto, no debéis ver nada. –Le entregó una venda de lana–. Por favor, señor, hablad sólo

cuando os invite la profetisa y bajo ninguna circunstancia intentéis quitaros la venda. Eso tendría consecuencias.

Aunque el chico hablaba como si estuviera repitiendo palabras que había pronunciado muchas veces, había frialdad en el último comentario. Céleo asintió y el chico le aplicó la venda con fuerza.

–Debo guiaros a través de la puerta y al bajar al desfiladero. Puede ser resbaladizo. Por favor, permitidme ayudaros.

Céleo respiró profundamente y sintió que la sangre comenzaba a zuñirle en los oídos.

–Estoy listo.

Atravesaron la antigua puerta y recorrieron un camino de piedras lisas que se sentía muy frío incluso a través del cuero de las sandalias. Privado de la vista, el olor a musgo húmedo, a polipodios y helechos le resultaba más penetrante. El agarre del codo del muchacho era seguro y avanzaron con paso firme por el camino que se dirigía en espiral hacia el fondo del desfiladero. La temperatura descendió en picado y tuvo la sensación de verse envuelto por las sombras de los Fedriades. El sonido del agua se desvaneció un poco y, por encima de él, se sorprendió al oír el zumbido de las abejas.

El muchacho sintió que se tensaba un poco.

–Ya casi llegamos –susurró.

Otras sensaciones competían por su atención. Sintió un calor repentino a ambos lados de las caderas y pudo oír el suave crepitar de las llamas. Ahora el aroma de las hojas de laurel asadas, la corteza de canela y otras hierbas más dulces lo hicieron sentir un poco mareado. Luego se detuvieron y el muchacho lo dejó por un momento. Tras un breve sonido de raspado, lo hicieron sentarse en un taburete. Un olor a almizcle muy leve, no desagradable, le acarició las fosas nasales. Aunque no podía ver nada, sabía con certeza que estaba frente a una mujer, oculta por las sombras.

–Sé sincero.

Céleo elevó el rostro. La mujer se alzaba sobre él y sus palabras estaban distorsionadas por las paredes de roca irregulares. No era exactamente la voz de una anciana, aunque ciertamente tampoco la de

una mujer joven. Tenía un fuerte acento, un poco impaciente. La lengua se le había pegado al paladar. Deseó haber pedido agua.

–Vengo de Eleusis, donde soy el rey. El año pasado, nuestras cosechas fracasaron y pasamos hambre. Este año, tomé la decisión de sembrar cebada de primavera. Ya la habíamos cultivado con éxito antes, pero no esta vez. La espiga negra la ha arruinado. Nuestros graneros están casi vacíos y mucha gente morirá. Mía es la carga de la responsabilidad. Tú... éste... es mi último recurso. Mi propia familia se las arregla con poco, al igual que los habitantes del pueblo. En resumen: estamos desesperados –añadió en un susurro apenas audible.

Silencio.

Céleo escuchaba atentamente. Era como si tanto el chico como la sacerdotisa se hubieran esfumado.

–Por eso estoy aquí.

Silencio.

¿Se estaban burlando de él?

Le surgió el impulso de quitarse la venda de los ojos.

–El cuenco.

Oyó al chico pasar junto a él y, momentos después, el sonido pegajoso y enfermizo de la carne al ser recogida y volteada.

Céleo creyó oír un suspiro. Tuvo escalofríos.

–Ahora los pájaros, las abejas. Descríbelas.

El rey abrió la boca, pero nada dijo. Oyó los pasos del muchacho. Al cabo de unos momentos, el roce de sus pies y los pasos se desvanecieron. Céleo experimentó la desagradable sensación de los ojos de la mujer clavándose en él desde las sombras. Una vez más, sintió una imperiosa necesidad de quitarse la venda de los ojos. Sin embargo, un miedo pavoroso en la boca del estómago lo contuvo.

El muchacho regresó.

–Dos están agitados, inquietos. El tercero..., menos. Favorece el tronco. Las frondas..., las ignoran. –Respiró profundamente–. Sólo he visto a un alcaudón. Revoloteaba hacia la izquierda. Nada.

Céleo había inclinado la cabeza hacia un lado para escuchar mejor al muchacho. Entonces miró hacia arriba, deseando desesperadamente leer

la expresión de la sacerdotisa. El fondo del desfiladero estaba frío y su túnica húmeda lo hizo estremecer. El agua corría por la cara de las rocas, pero un silencio helado cubría todo lo demás.

«Debo ver su rostro».

Movió nerviosamente la mano derecha, pero la atrapó a tiempo y la sostuvo sobre su regazo con la izquierda. Escuchó al muchacho moverse, a su lado.

–La diosa ha hablado. –La voz sonaba cansada, como si la breve comunión con lo divino la hubiera envejecido–. Tengo una respuesta.

El sonido de un traqueteo lo sobresaltó. Vino directamente de la posición frente a él, por encima de la línea de sus ojos. Le hizo rechinar los dientes, subiendo y bajando..., subiendo y bajando..., subiendo y bajando. Entonces la sacerdotisa comenzó a tararear. Tenía la sensación de que se balanceaba. Pero luego comenzó a sentirse mareado...

–Saca provecho del pavor de la consorte de Urano, cuando los altares se manchan del rojo de la granada. Una llanura fértil será tuya para segar, después de que las lágrimas borren las manchas. Llora, Céleo. Llora y repara el vituperable sacrificio.

El traqueteo alcanzó un tono ensordecedor y luego se interrumpió. Podía escuchar su corazón latiendo contra las costillas. Le provocó náuseas. Sintió unas manos en la articulación del brazo que lo persuadían de levantarse.

–La consulta ha terminado –susurró el muchacho.

* * *

No se quitó la venda hasta que lo llevaron de nuevo fuera de la puerta. La luz dorada y el calor, el canto de los pájaros y el parloteo de las cigarras lo inundaron. El joven lo vio entrecerrar los ojos y alejarse con paso vacilante, con los ojos oscuros y llenos de preocupación. Céleo salió de la sombra y se sentó en un banco de piedra mientras un torbellino de pensamientos se arremolinaba en su mente.

No se dio cuenta de que el chico se había unido a él, con las manos entrelazadas a la espalda.

–¿Han sido claras las palabras de la profetisa, señor?

Céleo graznó:

–¿Puedes traerme un poco de agua, muchacho?

–Por supuesto.

Cuando se fue, el rey de Eleusis enterró la cara entre las manos y lloró.

IX

La tripulación se parecía más a náufragos que a guerreros, a refugiados de una guerra brutal y despiadada. Ahora que la amenaza que representaba la tormenta había pasado, el *Argo* se arrastraba a lo largo de la poco atractiva costa, impulsado por remeros cuya hambre era intensa y salvaje. Se acercaron a una almenara de fuego, en lo alto de un peñasco, y pudieron ver otra a lo lejos. El efecto fue particularmente desmoralizador. Aunque habían pasado por aquella costa antes, les parecía tan ajena como inhóspita. Aquí, calas hostiles que no ofrecían ningún anclaje; allí, árboles que se amontonaban en la costa.

Jasón miró a Meleagro mientras se balanceaba hacia atrás para atacar el remo y, cuando logró captar su atención, preguntó:

–¿Reconoces esto?

Meleagro negó con la cabeza. El príncipe de Calidón parecía exhausto, pero nunca lo diría. Jasón miró a Anceo.

–¿Ves algo familiar? No les queda mucho a nuestros hombres.

Anceo lo miró desde el timón.

–Nada.

El timonel estaba tan hambriento e irritable como cualquiera, probablemente más. Era el más corpulento de todos y, además, tenía más responsabilidades. El remo se movía ahora lento y apenas tocaba el agua. La reciente tormenta había, al menos, refrescado el aire.

Entonces se puso rígido y empezó a escudriñar la costa con más atención. Golpeó el timón y, por primera vez en muchos días, volvió a sonreír ampliamente, hendiendo su espesa barba.

–La veréis enseguida. En esa cala echamos el ancla. Fue donde nuestros amigos, los hermanos colcos, abrieron la boca para decir quiénes eran.

–¿Echamos el ancla?

–¡No! –Ahora se volvió hacia Jasón–. ¡Estoy pensando en los gordos cochinillos que hay en los bosques, cerca de los tíos de las chozas!

Se acercaban a la tierra de los *mossynoeci*, donde les habían ofrecido hospitalidad, en cierto modo, durante el viaje a la Cólquida. Jasón recordó lo rápido que se había agriado la situación cuando se desviaron hacia territorios prohibidos, y cómo el grito ahogado que salió de sus chozas mientras se daban un festín de carne los había alertado de la presencia de cautivos. Liberarlos había sido una lucha lúgubre y desesperada para Jasón, Oileo, Dáscilo y los gemelos tracios. De no haber acudido en su ayuda el resto de los argonautas, jamás habrían salido vivos de allí.

–¡Y ahora están esas pequeñas islas!

Jasón miró por la barandilla de babor. Las reconoció, aunque parecían mucho más pequeñas.

–Déjalos que se los coman, Anceo.

–Si os animáis un poco –anunció, lamiéndose los gruesos labios–, ¡veréis jugosos trozos de cerdo dando vueltas sobre una hoguera para la cena!

Hubo algunos vítores exhaustos y siguieron el nuevo ritmo que había establecido Jasón, a pesar de que las paladas eran irregulares. Continuaron avanzando con dificultad bajo el sol poniente, que ahora comenzaba a calentarles la espalda. Tenía un efecto revitalizante, que ayudó a hacer más limpias sus paladas, unificando el sonido de los remos. Pasaron un río y notaron, una vez más, que los hombres que remaban en canoas cargadas de carga atascaban sus remos en el agua y les dirigían miradas temerosas al pasar.

Al cabo, Anceo frunció el ceño. Murmuró algo en voz baja.

–¿Qué pasa?

–Veo humo.

Jasón intercambió una mirada con Meleagro.

–¡Bien! ¡Ya están cocinando!

–Humo oscuro. Mucho. ¡No desviéis la mirada del barco!

Se detuvieron en la misma playa de guijarros de la que partieron hacía poco más de una semana, enclavada en un valle boscoso. Sucedieron tantas cosas desde entonces que parecía que habían pasado eones desde entonces. Saltaron por la borda con las piernas débiles, y empujaron el barco hasta una barrera de alisos y avellanos en las orillas del arroyo. Cualquier barco que los estuviera buscando tendría pocas dificultades para localizar al *Argo*, pero estaban demasiado destrozados para preocuparse. Un pequeño grupo de niños, apagados y pálidos, los observaba atentamente mientras se esforzaban por llegar a la playa desde el *Argo*. Una vez que lo hicieron y los sucios extraños dirigieron su atención hacia ellos, los niños chillaron y se alejaron para alertar a los demás. Fue entonces cuando los argonautas vieron las pocas cabañas ennegrecidas que estaban frente al asentamiento.

–¿Esto lo hemos hecho nosotros? –preguntó Jasón a Meleagro–. No recuerdo haber prendido fuego a nada.

Detrás de él, Idas agitó la lanza hasta que una de las mujeres de aspecto miserable se volvió hacia él, protegiéndose los ojos. Hizo la señal universal para indicar que querían comer y le guiñó un ojo, a cambio de lo cual recibió una mirada de desprecio.

–Mala suerte o no, siguen estando asquerosamente gordos. Pueden prescindir de un poco de cerdo.

Jasón no le hizo caso.

–¡Dáscilo, ven aquí!

El mariandino se acercó con dificultad. De todos los argonautas, su rostro atormentado mostraba los peores estragos del agotamiento. No obstante, escuchó atentamente mientras Jasón le encargaba que averiguara qué había sucedido con la tribu, mientras el resto de la tripulación rescataba sus pertenencias empapadas y sucias.

–¿Me ayudas, Jasón?

Meleagro sostenía a Oileo y, aunque podía levantarlo con bastante facilidad, sortear la resbaladiza rampa del barco era peligroso para ambos. Jasón se maldijo y se apresuró a acercarse.

* * *

Los argonautas ya habían montado el campamento y varias hogueras lucían encendidas en la orilla a una distancia respetuosa de las cabañas. Jasón y Medea lograron despojar a Oileo de la túnica sucia y empapada de sangre y lavar la herida con agua hervida. Compartieron la misma mirada de preocupación cuando se dieron cuenta de que podían levantarle el codo del costado, que había mantenido apretado obstinadamente contra él todo el tiempo. El brazo era pesado y flácido, y no pronunció una palabra de queja mientras se ponían a trabajar.

–Necesito buscar algunas hierbas, Jasón –murmuró Medea.

–¿Crees que encontrarás lo que necesitas?

Asintió.

–Entre los árboles, junto al arroyo, habrá ortigas, tal vez tomillo silvestre, tal vez otras hierbas también, si esta gente remueve el suelo allí. Las hierbas crecen mejor en la tierra removida.

–¿Crees que sobrevivirá?

La intensidad de los ojos azules de Jasón había sido lo primero que le había llamado la atención, allá en Eea. Eran inquietos e inquisitivos, y la preocupación por su amigo desde entonces era conmovedora. Le parecía cruel ser franca con él.

–Hago lo que puedo, Jasón.

La vio irse y le hizo una seña a Dáscilo. Juntos, fueron a hablar con los *mossynoeci*. Aunque había algunos jóvenes hoscos y carnosos y mucha gente mayor, no se veían guerreros entre la multitud reunida. De cualquier manera, por cautelosos que fueran los *mossynoeci*, no había deseo de lucha en ellos: eso estaba claro.

–Dáscilo, intenta preguntarles de nuevo.

Un hombre anciano emergió del centro de la aldea cuando la multitud de aldeanos se abrió respetuosamente para dejarlo pasar. Tenía el pelo largo y ralo atado en un moño sobre un hombro y un tocado de plumas. Como todos los hombres que habían visto, su pecho estaba desnudo y cada centímetro de su carne estaba tan arrugado como una fruta disecada. Lo sostenían a ambos lados una mujer y una niña, que le

pareció familiar. Con una sacudida repentina, se dio cuenta de que era la hija del inmenso guerrero con el que había luchado y a quien los hermanos colcos hicieron pedazos con su propia lanza. El reconocimiento se registró en sus ojos al mismo tiempo.

Las breves palabras del anciano, cuando finalmente surgieron, fueron secas y agrietadas. Las pronunció como si fuera consciente de que le quedaban muy pocas por decir. Se volvió hacia Dáscilo, que tamborileó con los dedos contra el pecho y se aclaró la garganta, como solía hacer cuando estaba nervioso.

–Ah... Dice que no somos bienvenidos aquí.

Jasón levantó las manos en señal de paz.

–No tenemos intención de causaros ningún daño. No podemos deshacer el derramamiento de sangre, sólo queremos descansar y comer.

Mientras esperaba que Dáscilo improvisara una traducción, intentó leer el rostro del anciano, pero su boca fruncida no delataba ni un atisbo de emoción. Los ojos de la muchacha que estaba a su lado, por otro lado, le quemaban como brasas ardientes.

–Por favor, decidnos quién hizo esto a la aldea.

El anciano parpadeó con fuerza. La muchacha que estaba a su lado le susurró algo y sus ojos se posaron en los de Jasón. Detrás del destello de ira había una tristeza insondable y Jasón tuvo que apartar la mirada.

–Dice que hombres de Cólquida. En botes con velas rojas y blancas.

Aunque lo había sospechado; aun así, se sintió deprimido.

–Pregúntale por qué.

El anciano miró a Jasón a los ojos mientras hablaba.

–Dice que lo sabes muy bien.

El anciano dio la vuelta y se alejó cojeando. La entrevista había terminado. La joven se volvió hacia Jasón y escupió a sus pies. Entonces, oyeron un grito proveniente de una de las cabañas. Los argonautas dejaron lo que estaban haciendo y miraron hacia arriba.

–¿Alguien está sufriendo?

Jasón se volvió hacia Dáscilo.

–¡Pregúntale!

El anciano desestimó la traducción con un gesto de la mano y sin volverse, incluso cuando el grito se repitió, ahora más fuerte.

–Sé lo que significa esto.

Jasón se volvió hacia Medea, que se había apresurado a unirse a ellos.

–¡Espera! –La tomó del brazo–. ¿Qué pasa con Oileus? ¡Te necesita!

Ella se quitó el brazo de encima y lo miró con el entrecejo fruncido.

–Esa mujer está de parto y podría morir ahora. Y también el bebé que lleva consigo. Tu amigo vivirá más.

Abrió la boca para protestar, pero Medea ya se alejaba apresuradamente en dirección al anciano. Para asombro de Jasón, comenzó a hablarle con fluidez y tranquilidad en su propio idioma. El hombre detuvo su andar y se volvió hacia ella, sorprendido, lanzándole a Jasón una mirada suspicaz. Los otros *mossynoeci* comenzaron a murmurar entre sí con interés por la intervención de Medea, mientras que los agudos gritos de dolor se convirtieron en gemidos prolongados.

La conversación terminó con el anciano inclinando la cabeza en señal de concesión y ofreciendo una última palabra, antes de regresar con cautela al asentamiento.

–Logré oír eso –comentó Dáscilo–. El anciano dijo que, pase lo que pase, sólo ella.

–¿Qué está pasando?

Medea lo miró como si fuera un memo.

–El bebé viene de nalgas. Voy a ayudar.

Mientras se alejaba apresuradamente, Jasón se volvió hacia Dáscilo.

–¿Qué sabe ella de esas cosas?

–Las mujeres nacen con habilidades que puede que ningún hombre posea. –Dáscilo se encogió de hombros–. O eso es lo que siempre me dijo mi padre.

X

Mientras dos cerdos macho de gran tamaño y pelambre negra se asaban en espetones y un caldero de agua hervía, los argonautas conversaban en voz baja alrededor de las fogatas, mirando con frecuencia al mar. Parecía poco probable que el barco cuya tripulación había aterrorizado a los Habitantes de las Cabañas regresara pronto, pero lo que temían era la galera que los perseguía. Aunque ninguno de ellos lo admitía, ahora estaban agradecidos en privado por la iniciativa de Medea, por mucho que los hubiera horrorizado en su momento. Tal vez habían descubierto el cadáver desmembrado. Tal vez por eso la costa todavía estaba despejada. De cualquier manera, la experiencia cercana a la muerte en la furia de la tormenta los había sacudido mucho. Los rostros pálidos sugerían que aún podían sentir el movimiento enfermizo de las olas en las extremidades.

Dáscilo y Orfeo habían preparado un blanco de tiro con arco con un poco de madera blanda a la deriva para distraer sus pensamientos de los enfurecidos perseguidores de Cólquida y de la cháchara de Acasto sobre la magia negra de Medea. Lo fijaron al tronco de un árbol en la orilla y dibujaron un círculo en el centro.

–¿Al mejor de tres? –dijo Dáscilo.

Orfeo asintió y midieron cincuenta pasos.

Periclímeno era uno de los argonautas más tranquilos, un lancero alto y delgado de la arenosa Pilos, una comunidad remota en la costa occidental del Peloponeso. Observó a los dos hombres mientras se acercaban a sus arcos. Le agradaban. Dáscilo, el joven anatolio serio, era uno de los pocos hombres capaces de arrancarle conversación al tímido

bardo. En medio de la bebida y las bromas bruscas de muchos de los miembros de la tripulación, Orfeo y Dáscilo habían conservado una actitud distante y eran fieles a su carácter, a pesar de ser dos de los remeros más jóvenes.

Junto a él, Butes soltó un sonoro eructo. Periclímeno se puso en pie y se alejó de la fogata.

–¿Os importa si me uno?

Orfeo y Dáscilo se miraron.

–En absoluto –dijo este último tras un momento–. ¿Pero no prefieres la lanza?

–Sí, pero no tengo nada en contra del arco. De hecho, tengo el mío. Iré a buscarlo.

Los dos amigos se encogieron de hombros y lo esperaron. Cuando regresó con un arco y una aljaba, notaron por primera vez su leve cojera.

Periclímeno los pilló mirando su pierna.

–Un accidente de caza –dijo–. Cuando era niño. Seré el tercero.

Orfeo disparó primero. Su flecha salió demasiado alta, pero al menos golpeó el tronco del pino. Chasqueó la lengua y se hizo a un lado para que tirara Dáscilo.

El mariandino hizo un disparo largo y lento, pero su flecha atrapó un buen trozo de la madera del blanco.

–No está mal –murmuró Periclímeno–. Una muerte segura.

El pilio plantó los pies y dobló las rodillas varias veces con una mueca, lo que hizo que Orfeo sonriera burlonamente a su amigo. La velocidad del tiro los tomó a ambos por sorpresa. La flecha se clavó profundamente en el centro de la diana y Periclímeno se mantuvo en el sitio hasta que estuvo seguro. Hubo un rugido de aprobación de los demás argonautas.

Periclímeno le ofreció a Dáscilo una sonrisa conciliadora.

–Tenéis dos más cada uno. A ver si podéis partir el asta.

–Mataría por un poco de vino –dijo Idas, durante una pausa en la conversación–, pero el agua de aquel arroyo tendrá que bastar. ¿Vienes?

Butes negó con la cabeza.

–Más tarde.

–¿Qué estás mirando?

–A él. –Butes señaló a Xantías–. ¡Oye, Alegre! Ven aquí un momento.

Xantías estaba sentado con las piernas cruzadas, tallando un pequeño bloque de madera de saúco. Volvió sus fríos ojos azules hacia él por un momento y continuó raspando la madera para darle la forma de las patas delanteras de un león.

–Estoy ocupado.

–¡Por fin he recordado dónde te había visto antes! ¡Fue en Atenas!

La mano de Xantías quedó inmóvil, pero no miró a Butes. El ceño permanente de su rostro se profundizó aún más.

–Hace unos años. Un grupo se arrojó sobre ti, ¿recuerdas? En el mercado. Te agradeció que hubieras librado al istmo de Corinto de aquel malhechor al que llamaban Pitiocantes. Los empujaste a un lado, pensando que te estaban robando, justo cuando yo pasaba por allí y te miré a los ojos, ¿no?

–Me confundes con otro.

–¿Estás seguro? ¿O fueron ellos quienes te confundieron?

Los argonautas habían interrumpido sus conversaciones para observar el curioso intercambio. El propio Jasón no había intercambiado más que unas pocas palabras con Xantías durante todo el viaje, pero, mientras que el silencio de Orfeo nacía de un dolor privado, el de Xantías era vehemente y taciturno. Sin embargo, su habilidad con la espada hablaba por sí sola: era uno de los luchadores más feroces a bordo del *Argo*, y sólo tenía unos pocos años más que Jasón.

En ese momento, los gritos y los cánticos cortaron cualquier discusión o pensamiento. Cogieron las armas y se pusieron en pie, esperando un ataque.

–Parece que están celebrando una maldita boda allí –gruñó Telamón.

–Las perspectivas de beber algo acaban de mejorar.

Jasón le hizo una seña a Dáscilo.

–Iremos a echar un vistazo. No pierdas de vista a Oileo.

Mientras Meleagro y los gemelos tracios se unían a ellos y se alejaban, Idas puso las manos en jarras y miró a Oileo. El guardia de Yolco

todavía temblaba, a pesar de estar cubierto de zaleas.

–Que no pierda de vista a Oileo, dice –murmuró–. Como si fuera a marcharse a alguna parte, ¿verdad?

Cuando Jasón, Dáscilo y Meleagro atravesaron la primera hilera de cabañas, se encontraron con una visión extraordinaria. Mientras Medea bailaba y hacía piruetas con una antorcha encendida en torno a un bulto en el suelo, alrededor del cual se enroscaba en actitud protectora una mujer pálida, exhausta pero feliz, una multitud de *mossynoeci* aplaudían y saltaban. Algunos golpeaban tambores y otros tocaban estridentes flautas de hueso.

Meleagro se cruzó de brazos y se rio.

–¡Pronto los ha conquistado!

–¿De qué va todo esto?

–Sé qué es esto –dijo Calais, y Zetes asintió con cordura–. Es muy común en Tracia. Está realizando un resplandor. Ha asistido a la parturienta y ahora mantiene a los malos espíritus alejados del recién nacido.

En ese momento, los ojos de Medea se encontraron con los de Jasón. Su rostro estaba sonrojado y sonreía como nunca antes la había visto, sin reservas y efusivamente. Esto le hizo contener la respiración. Luego Medea se alejó, agitando la antorcha con cuidado sobre la madre y el bebé. Cuando terminó, sus hombros subían y bajaban, agitada por el esfuerzo. Se apartó las trenzas de un soplido y le entregó las antorchas a la madre del bebé, quien le besó las manos. Después los esquivó para unirse a los argonautas, y los aplausos se desvanecieron abruptamente.

–Parece ser que la escarcha aún no se ha derretido para nosotros.

–¿Puedes culparlos? –dijo Medea, mirando de reojo a Meleagro mientras pasaba a grandes zancadas–. Les causasteis un gran sufrimiento. Ahora debo purificarme en el arroyo.

Meleagro enarcó una ceja mirando a Jasón.

–Y yo debería lavarme esa loción apestosa.

* * *

No se había desnudado delante de otra mujer desde la estancia en Lemnos. No había pasado mucho tiempo antes de que él e Hipsípila se acostaran, pero dudaba de que algo similar sucediera con Medea. Desde su huida de la Cólquida, apenas parecía la misma persona. A pesar de su buen humor en la plaza del pueblo, ahora estaba silenciosa y pensativa.

El agua estaba fría, pero, después de acostumbrarse a ella, lo vigorizó y agudizó sus sentidos. Los restos de la loción de Medea dejaron un breve rastro turbio en el agua mientras corría más allá de su cintura. Hizo una bola con su túnica y la frotó bajo el agua mientras, con el rabillo del ojo, observaba a Medea. Estaba sentada en la orilla y hundía las piernas lánguidamente en el agua, con mirada distante.

–¿No vas a entrar?

Ella le dirigió una mirada de reproche.

–Nunca antes me he bañado con un hombre.

Jasón hizo un amplio gesto.

–¡Es un baño grande!

Su sonrisa se desvaneció al ver que ella permanecía seria. Se encogió de hombros y se sumergió bajo el agua, frotándose el cabello y el rostro vigorosamente. Cuando emergió unos momentos después, sintiéndose como una persona diferente, Medea se había deslizado dentro del agua. Le daba la espalda parcialmente, se quitó el vestido y lo arrojó a la orilla. Los ojos de Jasón se abrieron de par en par al ver sus omóplatos trabajando bajo la piel clara. Tragó saliva con fuerza, se frotó los brazos y se obligó a apartar la mirada cuando se volvió hacia él.

–¿Te sientes mejor? –preguntó por encima del hombro.

–Un poco.

Jasón se sumergió bajo el agua y nadó unas cuantas brazadas. Había decidido preguntarle cuando emergiera.

–Este viaje es duro para nosotros, pero debe ser particularmente severo para ti.

Medea inclinó la cabeza hacia atrás, apretando su cabello en el agua.

–Sí.

–¿Sigues pensando en Frontis?

Se volvió hacia él, la línea del agua apenas ocultaba la curva de sus pechos.

–Todavía lo lloro, sí, por supuesto.

–¿Y crees que lo que hicimos los habrá retrasado?

Una sonrisa perpleja se abrió paso en sus labios.

–Tal vez. Pero ésa no fue la única razón.

–¿Por qué, entonces?

–Soy una mujer en un barco de hombres asustados que están muy lejos de casa. Ninguno de vosotros sabe cuánto tiempo podréis vivir, Jasón. ¿Crees que no he visto la manera en que me miran? Pero están equivocados si piensan que soy débil. Y tú también.

Sus palabras le enviaron una fría onda a lo largo de la columna vertebral, templando su ardor.

–Sé que no eres débil.

Se sumergió bajo el agua y resurgió cerca. Oyó el agua susurrar mientras la atravesaba. Cuando se volvió, esta vez no pudo apartar la mirada. Sus trenzas estaban pegadas a la piel como si intentaran en vano ocultar los círculos oscuros de sus pezones. Se estremeció levemente y él notó que se le ponía la piel de gallina en los brazos y el estómago, que en otras circunstancias eran tersos. Se le había suavizado un poco la mirada, borrados los pliegues del entrecejo.

–¿Y bien? –preguntó, deteniéndose frente a él–. ¿Te agrada lo que ves?

Él tragó saliva.

–Mucho.

Medea se apretó contra él y Jasón sintió que tenía una erección, mientras el beso derretía su determinación. Sintió que ella tensaba los labios en una sonrisa tímida y se inclinaba hacia él, haciéndolo gemir en respuesta. Se apartó de golpe y lo miró a los ojos.

–¿Así que esto es lo que impulsa las pasiones de los hombres?

La besó con fuerza y amasó su piel con fuerza, agarrando sus nalgas y atrayéndola hacia sí. Los labios se separaron de nuevo y levantó un dedo de advertencia, que se posó en su barbilla.

–Todo lo que tengo puede ser tuyo algún día. –Volvió a endurecer la mirada–. Pero, si me maltratas, Jasón...

Él asintió y trató de atraerla.

Medea habló con firmeza.

–No.

–¿No? ¿Por qué no?

–Porque pierdo más de lo que crees. Ésa es la razón. –Para su intensa frustración, ella se dio la vuelta y se dirigió al banco. La vio alejarse con incredulidad–. Y creo que necesitamos toda la protección que Hécate pueda proporcionarnos. No te esperaré: quiero recoger algunas hierbas.

Jasón cerró los ojos y se hundió en el agua.

* * *

Tras secarse con la ropa hecha un ovillo y vestirse otra túnica, se ajustó la espada al cinturón. De repente, se quedó helado.

Medea lo había visto mientras se ponía el vestido.

–¿Qué pasa?

Inclinó la cabeza hacia la extensión del arroyo.

–Sígueme.

El barco estaba exactamente donde lo había visto por última vez, parcialmente oculto en un grupo de sauces. La verga todavía colgaba del mástil en un ángulo triste, pero por lo demás parecía estar en buen estado.

–Éste era el barco de Melas. –Trazó la línea de la borda con la mano, como para acordarse de la vida que había dejado atrás–. ¿Encontraste a mis sobrinos aquí?

–En una de las cabañas, atados.

–Vi la forma en que te miraban antes. Ahora veo que estaban enfadados contigo y con ellos mismos por haber sido tomados prisioneros.

Los ojos de Jasón recorrían todos los contornos del barco. Dio un paso atrás y puso las manos en las caderas.

–¿En qué estás pensando?

–Lo vamos a coger. Lo vamos a usar para que nos ayude a llegar a casa.

Una nube de duda cruzó el rostro de Medea.

–No lo entiendo.

–Lo entenderás.

* * *

Anochecía y las hogueras del campamento proyectaban largas sombras a lo largo de la costa de guijarros cuando Jasón aireó su sugerencia. Recibió una respuesta decepcionante.

–Esto es lo que pienso. –Idas cortó un trozo de carne con su cuchillo, se lo puso en la boca y chupó el jugo de sus dedos, aparentemente disfrutando de la sensación de expectación que estaba creando–. Creo... creo que quieres meter en él los vellones y navegar, dejándonos a nuestra suerte.

A su lado, Butes, el luchador, enarcó las cejas. Jasón no podía decir si era un gesto de acuerdo o no.

–Te agradezco que compartas esto, Idas. ¿Alguien tiene algo que valga la pena responder?

El aludido se limpió la boca con el dorso de la mano. Su sonrisa reveló sus pequeños y afilados dientes.

–O que quieras tener un tiempo a solas con ella. –Le lanzó una mirada despectiva a Medea–. De lo más cómodo.

Jasón notó que Acasto sonreía con sorna ante el comentario. Había sentido su influencia maligna en acción varias veces durante las últimas semanas, sin poder explicar por qué.

–¿No has oído lo de turnarse en el barco, seis a la vez?

–A mí me gusta bastante la idea. –Todos se volvieron hacia Meleagro, que estaba recostado sobre un codo, parcialmente vuelto hacia el mar–. Pero siempre se necesitará un piloto experimentado. No tenemos tantos.

–A mí me parece bastante fácil –murmuró Anceo–. Cualquier niño podría hacerlo.

–En aguas tranquilas, estoy de acuerdo.

–Y podría explorar por delante del *Argo*. Nos daría una advertencia temprana de otros barcos sin llamar la atención. Me gusta.

Jasón sintió que parte de la escarcha entre él y el timonel comenzaba a descongelarse.

–¿El tiempo que pasamos gruñendo a los remos nos ha convertido a todos en idiotas? –Telamón se rascó la barba cobriza con frustración–. ¡Ese muchacho colco lo detectaría a una milla o más de distancia! ¡Es su maldito barco!

Sentada en las sombras que se alargaban, Medea sintió que los ojos de los argonautas se volvían hacia ella.

–¿Y bien?

–Lo haría, estoy de acuerdo.

–¡Pues bien!

–Pero sólo estará en un barco.

Peleo puso los ojos en blanco.

–¿De verdad necesitas que te recuerde que tiene otros dos hermanos?

–Se quedaron en Eea.

–¿Cómo puedes estar segura de eso? ¿O estás aliada con ellos?

Medea le sostuvo la mirada con firmeza.

–Porque odian el mar.

Peleo apartó la mirada primero.

–Haz lo que quieras, Jasón.

XI

–No puedes arrastrarnos en el remo tú solo, ¿sabes, Dedos? –dijo Meleagro con una sonrisa irónica–. Mantén el ritmo.

Las mejillas juveniles de Dáscilo se sonrojaron. El timonel tenía razón, pero con cada palada que daban se acercaban más a su hogar, a sus amigos y parientes. Era comprensible que el corazón se le acelerara, que los labios se le curvaran en una sonrisa.

Se acercaron al promontorio del cabo Aqueronte, sobre el que se encontraban los túmulos gemelos de Idmón el vidente y de *Tifis*, el irascible timonel. Su propia etapa de la travesía había comenzado de la manera más desfavorable posible con aquellas dos muertes repentinas. Aunque todavía alzaban copas en honor de ambos hombres, era la pérdida de *Tifis* la que más sentían. Sus habilidades como marinero, según decían, eran incomparables. Dáscilo no podía evitar mirar a Anceo cada vez que se hacía esta observación: podía ver que el comentario le dolía, incluso ahora. Y, para ser justos, parecía una falta de tacto notable. Dáscilo no podía hablar de las habilidades de *Tifis*, ya que no había sido testigo de ellas. Sin embargo, Anceo los hizo sentirse orgullosos a todos y, a pesar de eso, sus logros eran lamentablemente pasados por alto. Pero, a decir verdad, estos argonautas eran el grupo de hombres más bastos que había visto nunca.

–¡Silencio en el barco! ¡Remos tranquilos!

La urgencia en la voz de Anceo cortó los pensamientos de hogar de Dáscilo.

–¡Remadas de retroceso! ¡Remadas de retroceso!

–¿Qué sucede?

–¿Qué está pasando?

–¡Sólo haced lo que dice!

–¿Anceo? –preguntó Jasón, alarmado por la mirada atormentada en el ancho rostro del timonel.

–Veo velas rojas y blancas. No es lo más indicado –gritó–. ¡Girad en los asientos!

No discutieron. La maniobra era una con la que ya estaban familiarizados. Girar en los asientos y tirar del remo que les ofrecía el hombre que estaba detrás de ellos le permitía a Anceo hacer retroceder el *Argo* con mucha más facilidad.

–Remos tranquilos, de tres en tres. Girad.

Dáscilo sintió una punzada de profunda decepción cuando la tentadora perspectiva de su aldea se alejó de la vista detrás del promontorio que casi habían rodeado. Ejecutaron el movimiento limpiamente y ahora se balanceaban sobre las suaves olas costeras.

–¿Cuántas velas? –preguntó Meleagro.

–Solo una.

–¿Seguro?

–Muy seguro. Presión ligera.

Con cierta dificultad, los dos barcos atracaron uno junto al otro. Un pequeño grupo de exploración, formado por Jasón, Anceo, Meleagro, Linceo y Dáscilo, trepó por el empinado acantilado que conducía a la cima del cabo Aqueronte. Los túmulos gemelos que contenían las frías cenizas de Idmón y *Tifis* les provocaron un escalofrío, al igual que algo que Linceo señaló en la cima del siguiente promontorio.

Otra almenara.

Aunque no era la primera que veían, aun así lo sintieron como un golpe en el estómago. Un recordatorio de que no podía haber paz para ellos, ni siquiera una pértica de tranquilidad por cada milla náutica que avanzaran a lo largo de aquella costa hostil. Que una muerte espantosa los acechaba, día y noche. Intentaron apartar ese pensamiento de su mente mientras se agachaban junto a los túmulos y miraban hacia abajo, hacia el pueblo de los mariandinos.

Desde allí, un observador incauto podría ser perdonado por pensar que la escena parecía pacífica. La galera colca se balanceaba anclada, el ganado pastaba en una ignorancia atemporal. Los aldeanos, poco más grandes que hormigas a aquella distancia, iban y venían a su antojo. Los argonautas, sin embargo, preveían dificultades, peligros y, posiblemente, violencia. Dáscilo estaba especialmente agitado y tamborileaba los dedos sobre las rodillas con furia apenas contenida.

–Podríamos sorprenderlos. Caer sobre ellos como un solo hombre. Sólo hay una nave, ¿no?

–Esperamos.

Dáscilo entró en conflicto consigo mismo como nunca antes. No estaba en su naturaleza cuestionar a un líder, ni siquiera a uno tan joven como Jasón, pero había asuntos más profundos en juego.

–¿Esperar qué, Jasón? Podrían estar sacando las espadas mientras estamos sentados aquí.

–No lo están haciendo.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque no veo señales de ello, por eso. –Lynceo mantuvo la voz serena–. Además, están en inferioridad numérica. ¿A qué pueden recurrir? Como mucho, a amenazas de lo que el resto de los colcos nos harán más tarde, no de lo que pueden hacer ahora. Ésta es mi suposición, de todos modos.

Meleagro se mostró impresionado.

–Parece que tu mente finalmente se está poniendo a la altura de esos ojos con los que ves a lo lejos.

–Siempre lo ha estado. Sólo que he decidido dejar que esos bocazas de Idas y Butes, Peleo y su malhumorado hermano, hablen por ellos. No les gusta la idea...

–¡Shhh! ¡Mirad!

Siguieron la línea que marcaba el dedo de Jasón. Un grupo de guerreros armados había emergido al borde de la ribera, a unos cientos de metros de donde los argonautas yacían tumbados sobre la hierba salvaje.

–¡Dioses! ¿Qué están tramando?

Muy arriba, el sol estaba despejando las últimas nubes y el grupo de argonautas de repente se sintió muy expuesto. Cuando estaban al nivel del mar, el promontorio sobre el que ahora yacían estaba claramente definido. Cualquiera que mirara hacia arriba podía verlos. Se había levantado una suave brisa y ahora les llegaban palabras débiles desde abajo.

–¿Qué dicen?

Dáscilo negó con la cabeza.

–Demasiado bajo.

–¿Crees que nos vieron?

Linceo no respondió, sino que se arrastró sobre el vientre hacia la cima de la cumbre. Los tallos ásperos de la hierba le rozaban la nariz y, por un instante espantoso, pensó que iba a estornudar. Se apretó las fosas nasales con fuerza hasta que la sensación pasó y, una vez desaparecida, inclinó la cabeza hacia un lado, avanzando lentamente.

Ahora los veía. Estaban mirando hacia arriba. Uno de los colcos los estaba apuntando con su lanza. Se volvió hacia los demás. Intercambiaron palabras, pero se fundieron con el susurro de la hierba.

Jasón susurró:

–¡Deberíamos irnos de este lugar mientras aún podamos!

Linceo se arriesgó a mirar hacia abajo otra vez.

–¡Esperad!

Detrás de él, escuchó que el escabullirse de los tres hombres se detenía abruptamente. Linceo tuvo una visión de otra nave colca que se dirigía hacia el *Argo* en ese mismo momento, convencido de que estaban a punto de quedar atrapados. Sus propios sentidos le gritaban que huyera.

–¡Se están yendo!

Jasón dejó caer la cabeza sobre la hierba y esperó a que la tensión abandonara sus extremidades. Trató de recordar la última vez que estuvo libre de esa tensión constante, en cada tendón de su cuerpo, pero fue incapaz de hacerlo. ¿Tanto hacía desde que se sintiera relajado, en los días dorados de Lemnos?

–Están regresando a su barco. –La observación de Linceo interrumpió todos los pensamientos–. Nos toca una larga espera hasta que se hayan marchado.

XII

Antes de regresar a los barcos, esperaron con calma en la cima del cabo Aqueronte, hasta que se convencieron de que los colcos se habían marchado. La noticia provocó algunas miradas nerviosas, pero la perspectiva de tierra firme, comida y su primer vino en muchos días ejercía una poderosa atracción. No tardaron demasiado en empezar a arrastrar al *Argo* y a su hermano adoptivo hacia los guijarros, junto a un grupo de barcos pesqueros. La galera colca que partía se había convertido en poco más que un punto en el horizonte. Cuando las sombras comenzaron a alargarse, la mayoría de los argonautas, liderados por Dáscilo, ya habían bajado sus equipos y los dos vellones. Oileo acababa de ser transportado por Anceo y Meleagro, y ahora estaban esperando en los guijarros, pero Jasón miraba algo arañado en un banco de remo.

Un símbolo del mal de ojo.

Le tomó un momento averiguar quién había ocupado el asiento, pero no tuvo que pensar mucho para caer en la cuenta: Acasto.

Caminó por la pasarela, casi empujando a Eufemo, el corredor.

Tras recorrer la distancia entre proa y popa, contó otras seis señales, todas del mismo tamaño, aunque grabadas por manos diferentes.

–¿Qué te preocupa?

–¡Esto! –Jasón lo miró con fiereza–. ¿Los has visto?

–Hasta ahora no. El Ojo. –Eufemo se rascó la cabeza–. Algunos de ellos son supersticiosos, al parecer.

–No, no son supersticiosos. Sólo subversivos. –Jasón apretó los puños y se dirigió a grandes zancadas hacia los tablones de abordaje.

Acasto miró a Peleo con complicidad cuando vio que Jasón se acercaba con expresión pétrea. Éste lo agarró por el cuello, haciéndolo balbucear de dolor y conmoción.

–¡Tú, cobardica astuto y escurridizo!

–¡Tranquilo, tranquilo! –Meleagro se apresuró a tomarlo de la muñeca–. Sea lo que sea, déjalo ir.

El rostro de Jasón estaba a un palmo del de Acasto. En medio del miedo que había en sus ojos, encontró también desafío y algo más. Se dio cuenta, mientras lo soltaba y lo empujaba, de que era un halo de triunfo.

Los argonautas intercambiaron miradas de alarma y preocupación y, en algunos casos, de diversión.

–¿Vas a hacernos eso también al resto de nosotros, Jasón?

Entre pesadas respiraciones, se volvió hacia Idas. El odio mutuo palpitó entre ellos.

–¿Idas, que no teme a nada, ni hombre ni bestia ni dios, arañando el Ojo en su banco? ¿Te estás ablandando?

La mueca de desprecio del aludido se volvió venenosa.

–¿Eso es lo que tienes que alegar? ¿Y tú?

Peleo y Telamón se cruzaron de brazos y miraron a Jasón. Cuando su ira se desvaneció, comenzó a ser consciente de la locura de su reacción impulsiva.

–No cambia nada, Jasón –dijo Medea, poniéndose a su lado–. Seguiría utilizando mis habilidades para ayudar a estos hombres, independientemente de lo que piensen de mí, mientras estén en tu barco. –Los miró a cada uno de ellos por turno, sin pestañear–. Pero si alguna vez pretenden hacerme daño, si creen que hacer un pequeño dibujo en una madera será suficiente para ayudarlos, entonces son unos estúpidos. –Se volvió hacia Dáscilo e inclinó un poco la cabeza–. Ésta es tu casa y ellos respetarán a tu gente. Ahora nos vamos.

Idas le lanzó a Jasón una mirada cortante mientras pasaba junto a él. Peleo y Telamón tardaron en bajar los brazos y alejarse.

–Ten cuidado –dijo Meleagro–. Eso no fue prudente.

–Sentí siempre que ese chico conspiraba y maquinaba a mis espaldas, pero no tenía pruebas. Hasta ahora. ¡Se lo merecía!

–No sé por qué está aquí. –Se volvieron hacia Xantías, a quien no habían visto enganchando su equipo tras ellos. Bajo su entrecejo fruncido, sus ojos azules eran fríos–. No es un guerrero.

Meleagro observó la espalda de Xantías, que se retiraba, y respiró profundamente.

–Entonces, si planea algo, ¡asegúrate de no complacerlo tan fácilmente, Jasón!

* * *

Mientras se abrían paso a través del valle en el que se encontraban las casas de los mariandinos, un par de aldeanos con bigotes tupidos, vestidos con jubones negros y gorras de fieltro, se separaron silenciosamente de las sombras de algunos árboles y levantaron los brazos en señal de saludo. Dáscilo se adelantó a toda prisa y los abrazó con cálido afecto. Jasón observó con interés que los argonautas eran recibidos con más frialdad que en su viaje de ida, cuando entraron en los muros de adobe de los asentamientos. Las bocas sonreían, pero los ojos no. Sospechaba el motivo.

Les llegó de pronto el sonido de una conmoción cuyo origen quedaba fuera de su vista, pero que venía del edificio principal que dominaba la plaza del pueblo. Voces elevadas, un chillido de alegría, una voz más profunda que se quebró por la emoción. Y entonces el propio Lico, jefe de los mariandinos, dio un paso adelante. En su rostro, al menos, había alegría pura por el regreso de su hijo, sano y salvo. Se dieron instrucciones apresuradas a las mujeres para que mostrasen toda la cortesía hacia los argonautas, tal como habían experimentado en la primera ocasión. Su primera prioridad, insistió Jasón, era limpiar y remojar la herida de Oileo. Medea había logrado verter unas gotas de infusión de ortiga entre sus labios, pero eso no supuso ninguna mejoría.

* * *

La noche era firme cuando los argonautas se bañaron y les devolvieron sus túnicas, así como los faldones de repuesto. Tras lavarse en el arroyo, ahora se secaban en un marco alrededor de una hoguera encendida con ese propósito. Los ancianos de los mariandinos ocupaban los taburetes colocados alrededor de un fuego mientras Jasón y los más destacados de los argonautas se sentaban frente a ellos. La tripulación ya había aceptado la jerarquía sin una discusión formal. Todos excepto uno parecían, si no contentos, al menos tolerantes con el estado de las cosas. Butes le dio un codazo a Idas, quien gimió cuando un poco de vino se derramó de su copa.

–¡Mira a Alegre! –Butes se rio entre dientes–. Parece que Jasón acaba de insultar a su madre.

Xantías, escondido en las sombras que provocaba el fuego junto con los otros argonautas, los jóvenes y las mujeres de la aldea, proyectaba una imagen de orgullo herido.

Idas se chupó los dientes.

–Tiene una opinión muy alta de sí mismo para ser un cachorro.

–Sí, y creo que intuyo el motivo.

En ese momento, Cástor y Pólux regresaron de su guardia, arrojando a un lado sus capas mientras entraban en el círculo de luz. Pólux era particularmente consciente del elevado rango del que gozaba allí. Su derrota del líder tribal hostil Amico en un combate de boxeo mortal todavía era tema de conversación en el pueblo.

–No hay nada que informar, Jasón –anunció, aceptando una copa de vino de una joven con una reverencia que provocó una sonrisa–. Sin peligro a la vista. Zetes y Calais están allí ahora.

Jasón asintió y señaló los taburetes que los gemelos tracios habían desocupado. Durante una pausa en la conversación, Lico apuró su propia copa y su rostro se ensombreció. Se volvió hacia Dáscilo, le dio una palmadita en la rodilla y siguió un intercambio de palabras quedo y prolongado durante el cual, incluso a la luz juguetona del fuego, Jasón estaba seguro de que una mirada de alarma le había cruzado el rostro. Dáscilo se aclaró la garganta.

–Mi padre dice: «Ahora debo contaros todo lo que ha sucedido aquí hoy, antes de que llegarais». Confirma que los hombres de la lejana Cólquida os están buscando. Lo sabemos, por supuesto. Ellos, y muchos otros barcos como el suyo, están visitando cada ciudad y pueblo de importancia a lo largo de la costa del mar Inhóspito. Se han encendido almenaras en cadena para alertar a estos lugares. Mi padre dice que querían construir otra. –Se dio la vuelta en su taburete y señaló hacia el cabo Aqueronte–. Allá arriba. –Enfrentó a Jasón, que sintió que se le helaba la sangre–. Mi padre les dijo que ése es un lugar sagrado y se enfadaron, pero decidieron no hacerlo, por ahora. Sin embargo, han proferido amenazas. Quemarán cualquier lugar que les falte al respeto y no hable con ellos. Desollarán vivos a todos los hombres y venderán a todas las mujeres y niños como esclavos si oyen o ven que han prestado ayuda a los «piratas de Acaya». Éstas son las palabras exactas que utilizaron.

La noche era cálida y algunas cigarras esperanzadas mantenían un estridor desganado, pero las palabras de Dáscilo parecieron silenciarlas. Jasón apartó la mirada. El peligro al que habían expuesto a Lico y su comunidad era impensable y excedía con creces cualquier favor que les hubieran hecho al librarlos de Amico y su tribu hostil. Podían esperar poca hospitalidad a partir de ahora; incluso se les negaría el anclaje. Al menos estaba contento de su decisión de mantener los vellocinos de oro envueltos en los encerados. Una cosa era que se enteraran de su éxito al robarlos de la Cólquida, pero otra era verlos. Una sola palabra suelta podría ser fatal, si otra galera los visitaba.

Se volvió hacia Dáscilo.

–A tu padre, por favor, dile que lo sentimos de verdad. Que zarparemos al amanecer y que registraremos el lugar para asegurarnos de que no quede ningún rastro nuestro.

Lico miró a Jasón con aire pensativo mientras le transmitían la traducción. Inclinó la cabeza y se retorció el bigote durante unos momentos antes de volverse hacia su hijo. Mientras se producía otro intercambio quedo, las copas de los argonautas se volvieron a llenar y se repartió más carne asada, junto con varios quesos. Por los gruñidos de

satisfacción y los murmullos de risas que los rodeaban, parecía que los argonautas al menos estaban contentos.

Los ojos de Jasón buscaron a Medea. En ese momento, mientras ella escuchaba atentamente a la esposa de Lico y permitía que sus encantos actuaran sobre ella y otras ancianas, el corazón le dio un vuelco. Tenía una forma seductora de escuchar, la cabeza ladeada con una leve sonrisa y un ocasional movimiento alentador. Era una mujer de muchos rostros. Allí, aquella noche, estaba la mujer recatada y leal que algún día podría ser su esposa. Además, sus cuidados con Oileo lo habían mantenido con vida. Pero la sangre de Eetes corría por sus venas. Había demostrado lo despiadada y fría que podía ser. Recordó la facilidad con la que despachó a un guardia en la Cólquida, cómo ordenó que desmembraran a su sobrino sin pestañear. Como si fuera consciente de su atención, se giró y le dedicó una sonrisa lánguida antes de volver a la conversación.

Dáscilo se aclaró la garganta una vez más, lo que provocó que el murmullo de la conversación se desvaneciera.

–Mi padre quiere mencionar algo más, Jasón, algo... que teme que pueda hacer que te desanimes. Como yo.

–Estamos escuchando.

–El barco de la Cólquida no fue el único que se detuvo aquí. Fue el segundo en tres días, y probablemente no el último. –Jasón miró al anciano mientras su hijo hablaba. Sus ojos brillaban al otro lado del fuego. ¿Había una reprimenda detrás de esta advertencia? Pensó que sí–. El primero no era de Eea, ni siquiera de la cólquida. Su vela era diferente. Era de... ¿Cómo se dice? Sí, de un reino vasallo. El rey Eetes tiene aliados, pero también ayuda mercenaria y de otro tipo, que exige cuando la necesita. De cualquier modo, todos tienen algo en común: los estrechos por los que debes navegar en el mar Inhóspito estarán bloqueados por muchos barcos, Jasón. Demasiados.

Ahora era su turno de apartar los ojos bajo la mirada fija de Jasón, como si no pudiera soportar dar esa noticia aplastante. Bajó la voz.

–Estáis atrapados.

Hubo maldiciones en voz baja y murmullos a su alrededor, pero conocía a los hombres lo suficiente como para saber cuándo estaban reprimiendo cualquier muestra externa de falta de control. Jasón sentía como si le hubieran llenado la cabeza con plomo fundido. Había esperado una persecución implacable, por supuesto, pero no había considerado la posibilidad de un bloqueo total, instigado por otras tribus. Se dio cuenta en retrospectiva de lo tonto que había sido al subestimar la influencia de Eetes cuando llegaron por primera vez a Eea y sólo vieron otros tres navíos. Los barcos y la arrogante presunción de Melas y sus hermanos, las advertencias de Medea y la modesta reunión de la nobleza local y los señores de la guerra en los salones de palacio en vísperas del festival de los toros, en conjunto, les habían dado más que un indicio de su poder. Era una pista a la que ahora deseaba haber prestado más atención.

–¿Es ésta la opinión de tu padre, Dáscilo?

–Éstas son las palabras de los capitanes de los barcos, Jasón. Quieren que cada tribu que habita esta costa sepa lo gravemente afrentados que se sienten.

Jasón inclinó la cabeza en agradecimiento y se volvió hacia los otros argonautas en la primera fila de taburetes.

–Y ahora, si nos perdonáis, debo hablar con estos hombres.

Jasón les hizo señas a todos para que se acercaran y ellos arrastraron sus taburetes más cerca. Estaba a punto de invitarlos a hablar cuando Dáscilo se aclaró la garganta una vez más. Sin pensarlo, Jasón le lanzó una mirada y levantó las manos a la defensiva. No podía tolerar más problemas, reales o imaginarios.

–Hay otra manera de escapar, Jasón, pero mi padre dice que será ardua.

«¡Por supuesto que sí!», quiso gritar de frustración, mientras Dáscilo comenzaba a traducir.

–Entonces será mejor que la escuchemos.

–Aunque tus dioses pueden haberte arrebatado tu rápido regreso, no te han abandonado por completo... Hay un gran río llamado Istros[1] en la orilla occidental de este mar. La posibilidad de que escapes por él no

habrá pasado por la cabeza de los colcos. O, si lo ha hecho, la considerarán tan remota que ni la tendrán en cuenta. Se dice que fluye durante una gran distancia hacia las tierras de pueblos que, al no tener ningún problema contigo, te dejarían tranquilo. Incluso podrían ayudarte.

Cuando Jasón vio que no había más información disponible, suspiró decepcionado.

–¿En qué nos ayuda esto, más allá de encontrar un lugar donde escondernos por un tiempo?

–No, Jasón, me malinterpretas. Se dice que este poderoso río tiene afluentes casi tan anchos que podrían llevarte a mares más seguros, a muchas millas náuticas de los ojos y oídos del rey Eetes.

Jasón lo miró parpadeando.

–¿Eso es posible?

–Lo siento, Jasón. Nadie puede decir con seguridad a dónde conduce. Nadie aparte de la gente que vive por allí.

Idas chasqueó la lengua.

–Que te crezcan alas y vuelvas a casa habría sido una sugerencia más útil.

Jasón apenas podía estar en desacuerdo. Sin embargo, agradeció a Dáscilo y volvieron a su discusión.

–Consideremos a qué nos enfrentamos, si lo que dice es cierto...

–¡Seguramente tenemos que asumir que lo es! –Acasto no estaba sentado en la primera fila. Su mera voz hizo hervir la sangre de Jasón.

–Estoy de acuerdo, lo que significa que o continuamos con nuestro rumbo actual y de alguna manera luchamos para abrirnos paso...

–¡Ese camino nos lleva a la locura! –resopló Butes.

–¡Basta! ¡Déjame hablar, por favor! –Las cejas del ateniense se arquearon, pero dejó que Jasón continuara–. O luchamos para abrirnos paso o... de alguna manera usamos el segundo barco que tenemos ahora para crear un engaño. Hasta ahí, creo, en cuanto a la ruta directa. Si esto no funciona, navegaremos lo más lejos que podamos a lo largo de esta costa, usando el barco de la Cólquida para explorar el camino, tal vez, antes de arrastrar al *Argo* a la orilla y ocultarlo... –No tenía ningún

deseo de hacer esto, y menos de cómo lograrlo–. Luego nos internaremos por tierra hasta los archipiélagos. Y como tercera opción, no veo otra que dirigirnos a ese río que mencionó, el Istros, y navegar lo más lejos que podamos río arriba, tal vez hacia otro mar. Al menos nos daría la oportunidad de escondernos durante un tiempo, hasta que se den por vencidos y podamos dirigirnos hacia los estrechos.

–¿Crees que Eetes se dará por vencido? –preguntó Peleo, con el entrecejo fruncido–. Yo no.

–Estoy de acuerdo –dijo Telamón.

–Querías regresar antes del solsticio de invierno, Jasón –dijo Meleagro en voz baja–. Si tomamos este derrotero, las rutas marítimas se cerrarían mucho antes de que pudiéramos volver. Sabes lo que eso significaría.

–Soy consciente de ello.

La muerte de su madre. Y de su padre, si aún vivía. Miró el cielo. La luna estaba casi llena: tenían que estar en casa para la siguiente.

–¿Y el vellocino? –Etálides, el heraldo, habló ahora, recuperando algo de su comportamiento aristocrático–. Todo hombre tiene un precio. Y si el rey Eetes gobierna a través del miedo, como parece que lo hace, tal vez haya una manera de superar ese miedo.

–Oro –intervino Butes–. Estás hablando de oro, ¿verdad? Eetes tiene mucho de eso. Lo sé mejor que nadie: cogí un poco. No podemos acercarnos a lo que él ofrece.

Etálides esperó pacientemente a que el zumbido de aprobación se apagara.

–No cualquier oro. Tenemos dos vellones, que es uno más de lo que esperábamos. ¿No se podría utilizar uno de éstos, el más pequeño, para sobornar a una de las tribus cercanas al estrecho para que nos ayude?

Jasón lo consideró, pero instintivamente rechazó la idea. Dudaba de que funcionara y, en cualquier caso, tenía planes para el segundo vellón.

–¿Y si esa tribu nos engañara? Perderíamos, varias veces. Es un gran riesgo, Etálides.

–¿Puedo hablar, Jasón? –La voz profunda pertenecía a Orfeo, que había estado prácticamente mudo desde que había negociado la paz en aquella misma orilla, muchos días atrás. Tuvo el mismo efecto que en

aquel momento: todos se detuvieron y escucharon, aunque sólo fuera por curiosidad.

–Por supuesto.

–Esas visitas que Eetes y sus aliados están haciendo a lo largo de la costa tienen como objetivo que nadie tenga dudas de sus amenazas y la capacidad de llevarlas a cabo. –Entonces, sonrió con torpeza–. Pero ¿cómo pueden estar seguros de que no fuimos arrastrados por el mar en aquella tormenta? Por lo que sabemos, quizá crean que nos ahogamos. No han sabido nada de nosotros desde... desde que se ocuparon del cuerpo de Frontis, ¿no? ¡Ésa es nuestra gran ventaja! ¡Que somos fantasmas para ellos!

Una marea creciente de murmullos recibió la bienvenida observación de Orfeo.

–¿Y bien, Jasón? No pareces estar de acuerdo.

Anceo y él intercambiaron una mirada. Tampoco el timonel, al parecer, coincidía.

–Convengo en que podrían pensar que el mar nos ha tragado, sí. Pero sólo por ahora. ¿Cuánto tiempo hasta que descubran que seguimos vivos? ¿Cómo podemos estar seguros de que otro barco no nos está siguiendo, que interrogan a los *mossynoeci* mientras hablamos? Tal vez eso nos dé un día o dos.

Con el rabillo del ojo, Jasón pudo ver que Idas dibujaba una mueca como las que solía hacer antes de aportar un comentario sarcástico. Se volvió hacia él.

–¿Quieres hablar?

–Estoy de acuerdo con Jasón aquí, lo cual es inusual, en lo que respecta a renunciar a uno de los vellones. –Idas bajó la voz–. Pero veo que debo ser yo quien plantee la otra opción que ninguno de vosotros se atreve a mencionar.

–Cíñete a hablar claro. –Meleagro arrojó a un lado la pata de pollo que había comido. No sentía un gran afecto por Idas–. Déjalo ya.

–Puede que no te guste esto, Jasón, pero hablaré claro. No podemos vencer a Eetes en batalla, pero tenemos algo con lo que podemos

negociar, aparte de esos vellones. –Señaló a Medea con la cabeza–. La tenemos.

Jasón apenas pudo creer lo que acababa de escuchar. Pero, cuando vio que Idas hablaba en serio, y no oyó a nadie expresar su desacuerdo, una furia negra se apoderó de él.

–Tenemos a Medea –dijo con los dientes apretados–. ¿Qué hay con eso?

–Sé lo cara que debe ser para ti, Jasón. Pero incluso después de ese asunto con el Ojo, diría que también lo es la seguridad de tus hombres. ¿Estoy en lo cierto? Si la entregamos, él nos permitirá atravesar el estrecho. Cancelará el bloqueo.

La lenta sonrisa que se dibujó en el rostro de chacal de Idas y el asentimiento de Acasto hicieron que Jasón apretara los puños. Estaba a punto de acercarse a él cuando Meleagro habló.

–Una mala idea. Esto trasciende el rapto de una hija díscola, Idas. Le hemos quitado algo mucho más valioso incluso que su oro. Le hemos quitado su honor y no se detendrá ante nada hasta recuperarlo, no si quiere mantener su reino intacto y a sus súbditos dóciles. La venganza debe llevarse a cabo, de lo contrario lo perderá todo. ¿Estamos de acuerdo en eso?

–¡Sí!

–De acuerdo.

Idas hizo un gesto evasivo, pero Jasón se dio cuenta de que su argumento había dado en el blanco. Socavar su autoridad era algo de lo que disfrutaba y, en el afecto que sentía por Medea, tenía muchos motivos y medios para seguir intentándolo. Los argonautas guardaron silencio. Mientras la ira de Jasón se calmaba, miró al otro lado del fuego. Dáscilo y su padre los estaban observando: Jasón se preguntó si el anciano tenía alguna idea de lo que acababan de discutir. No le habría sorprendido que así fuera; el joven era reflexivo y perceptivo, aunque no fuera un guerrero por naturaleza. Y las historias de su viaje con los aqueos le serían de gran utilidad para cuando asumiera el cargo de jefe de la aldea, algún día.

Jasón oyó el ruido de unos pasos ligeros detrás de él y sintió una mano que se posaba en su hombro. Levantó la vista y vio a Medea. Su presencia acalló las conversaciones que acababan de comenzar de nuevo. Hubo un intercambio de miradas incómodas, especialmente con Idas, que se encogió de hombros y vació su copa de vino.

–También me gustaría decir algo, si me lo permites.

El silencio se profundizó. Por regla general, a las mujeres nunca se les ofrecía semejante cortesía.

–Todos estamos escuchando –dijo Jasón, después de un momento. Le dirigió una sonrisa alentadora.

–Cuando dejemos este lugar, todavía puede haber ayuda para nosotros, en el oeste de este mar.

–Continúa.

–Hay una pequeña isla, Cianida, habitada sólo por una persona. Es la hermana de mi padre y se llama Circe.

Idas resopló.

–¡Esperas que pidamos refugio a la hermana del mismo hombre que quiere desollarnos a todos vivos! ¿Crees que somos estúpidos, mujer?

Hubo otros ruidos de burla, aunque ninguno tan vitriólico como el suyo. Medea parpadeó en dirección a Idas como un gato soñoliento.

–Sí y no, no lo creo. Circe vive al otro lado del mar porque hace años tuvo una pelea con él y desde entonces no han vuelto a hablarse. Ella lo odia.

–¿Una pelea sobre qué?

Se volvió hacia Jasón con los labios fruncidos.

–La misma razón por la que Eetes se enfadó conmigo. Quería que se casara con uno de sus aliados, pero ella se negó. Le pidió que abandonara su culto. También se negó a eso. Ahora vive en paz, en esta isla.

Jasón la miró con dudas.

–¿Y se siente segura así?

–Supongo que sí. No la he visto ni he oído hablar de ella en mucho tiempo, pero un día, hace un año, llegó un mensaje en un barco mercante diciendo que todavía vivía allí, sola, aparte de su ganado.

Telamón habló.

–No me gusta.

–Es un refugio para nosotros, para descansar, comer y beber, lejos de Eetes y de sus hombres. –Miró a Telamón de arriba abajo–. Si no te sientes seguro, puedes marcharte de la isla.

El insulto percibido hizo que se le erizara la barba cobriza. Se dio la vuelta y escupió al suelo. Medea se volvió hacia Jasón.

–Esto es todo lo que quiero decir. La decisión la dejo en tus manos.

Jasón la observó irse, sumido en sus pensamientos.

–Basta de charla por esta noche –dijo, casi para sí mismo–. Sea cual sea el camino que elijamos, debemos marcharnos mañana por la mañana. Tengo una sugerencia más antes de que volvamos a llenar nuestras copas. Nuestro pequeño y fiel barco necesita un nombre y creo que tengo uno: el *Tifis*.

Hubo un momento de silencio mientras se procesaba la sugerencia. Luego se oyó un rugido de aclamación y muchas copas tintinearon en honor de los caídos.

Al cabo de un rato, Jasón se alejó del grupo de hombres y se sentó en un tronco, bajo la copa de un antiguo tejo. Recordó el día en que *Tifis* murió de repente a apenas un tiro de piedra de donde él estaba sentado, todas aquellas semanas antes. Y la espantosa muerte de Idmón, empalado por los colmillos del jabalí en la vega, a poca distancia. La tierra de los mariandinos era un lugar fatídico. Estaba ansioso por seguir su camino, pero no veía una forma clara de avanzar, y ahora se le estaba acumulando un dolor de cabeza enervante.

Por el rabillo del ojo vio que Medea se acercaba con una copa en la mano. Se sentó a su lado.

–Toma. Bébete esto, Jasón. Te ayudará.

–¿Qué hay dentro?

–He encontrado algunas hierbas de floración tardía esta mañana. Las mujeres de este pueblo son ingeniosas. –Cuando Jasón vaciló, ella añadió–: ¿De qué tienes miedo?

Jasón se llevó la taza a los labios, pero, al no oler nada, dio un sorbo. Tenía un ligero sabor a almendras y no era desagradable. Una parte

ínfima de su conciencia se preguntaba si se deslizaría hacia el olvido y no despertaría más. Trató de ignorarlo, pero la visión de todos aquellos ojos grabados en los bancos había despertado algo inquietante y primitivo en lo más profundo de su ser.

–Gracias.

–Dormirás mejor después de esto.

Estiró la mano y estrechó la de Jasón.

–Quiero decir «gracias» por lo que dijiste. Tu sugerencia, antes. Podría ser nuestra mejor opción. –Ella inclinó la cabeza en señal de acuerdo y le apretó la mano. Se alegró de que no la retirara: el calor de su piel aliviaba la tensión. Miró a Oileo, envuelto en una manta junto al fuego.

–Él tiene la misma suerte que yo de tenerte cerca. ¿Ha bebido algo de esto?

–Se tragó hasta la última gota.

* * *

La palpitación en la cabeza de Oileo se desvanece y se transforma en el chapoteo de las olas contra una orilla de guijarros. La dulce muerte está a sólo unos momentos de distancia y se siente como una bendita liberación.

Está preparado.

Bajo sus pies, el crujido familiar de las agujas de pino, cálidas y secas. Se detiene en la sombra moteada de los árboles y observa, su presencia aún desconocida para ella. En el aire fresco de la tarde, puede sentir la piel de gallina, y no sólo por las sombras que refrescan su sudor. Ha sido un viaje largo e innecesario.

Quince días.

Nunca había estado fuera durante tanto tiempo.

El rey Pelias, inquieto y aburrido, había ordenado la expedición de un momento para otro. Surgieron problemas en Atenas, amenazas de un reino rival, según corría el rumor, y él quería ver por sí mismo, bajo la

apariencia de una reunión pacífica de reyes, qué oportunidades de progreso personal podía tener aquello.

No lo habían desairado del todo, pero su llegada sin dar aviso fue recibida con una suspicacia indisimulada y una animadversión apenas velada. Incluso el regalo de un exquisito cuenco de cristal de roca había sido recibido con una ceja arqueada y un breve asentimiento por parte del altivo rey, cuya mente estaba claramente en asuntos más urgentes. Se les había concedido una visita guiada por el palacio. Destacaba sobre un promontorio inexpugnable que dominaba unas vistas impresionantes de las llanuras, las colinas cubiertas de pinos e incluso el mar. En comparación, el palacio de Yolco parecía un granero con aspiraciones más elevadas. En otras circunstancias, Oileo podría haberse divertido con la reacción malhumorada de Pelias, pero estaba demasiado enojado y añoraba su hogar. En su opinión, el astuto rey Egeo de Atenas había recorrido el estrechísimo sendero entre la amistad con los huéspedes y la circunspección con la habilidad de una cabra montés. El alojamiento que les habían ofrecido era bastante cómodo, pero distaba mucho de ser regio; los guardias armados eran discretos, pero visibles; la audiencia concedida a Pelias, casi descortés por su brevedad.

Pero ahora está en casa.

Y Teodora todavía no lo ha visto.

Se llena los pulmones, saboreando el momento. El sol del atardecer derrama su luz dorada sobre el mar y, después del calor sofocante del día, la tierra vuelve a respirar el aire cargado de aroma de pinos. Está de pie, de espaldas a él, en el otro extremo del embarcadero, acariciando distraídamente sus brazos cruzados. Cuando se acerca, su cabello castaño queda momentáneamente coronado por el sol poniente. Siente un aleteo en el pecho. Ahora está en el embarcadero y una madera antigua cruje bajo sus pies. Ella se da la vuelta y la sorpresa es reemplazada por una mirada de euforia. Sus ojos color avellana se entrecierran y, en su amplia sonrisa, el pequeño y atractivo espacio entre sus dientes delanteros. Se acaricia la tripa. Oileo sigue el movimiento en el momento en que una brisa tenue presiona el vestido de lino contra el cuerpo. Con la delgada mano rodea la suave elevación

que provoca el útero. Oileo abre los ojos de par en par ante la súbita comprensión.

–¡Oileo! –grita ella. Extiende los brazos y corre hacia él, que se acerca ansioso por recibir el abrazo.

–No.

Se sobresalta, como si lo hubieran sacado de un sueño. Una vez más, se encuentra en la imponente cámara del Monte Olimpo. Anhela a su esposa y a su hijo no nacido. El fugaz vistazo le ha hecho doler el corazón. Ansía la luz dorada que se le acaba de negar. Es indescriptiblemente cruel. Ni siquiera la cascada de luz que rompe los tonos rocosos del gris cobalto es comparable. Hera finalmente ha vuelto su mirada completa hacia él, y eso calma su frustración en un instante. La cálida luz se ha fusionado en un rostro que es humano. Ella trasciende la belleza. Sus ojos son como fragmentos de hielo cristalino. Su resplandor es demasiado brillante para discernir detalles, pero aquí hay un ligero indicio de labios, allí el rastro de pómulos afilados. Se estremece y cierra los ojos con fuerza, esperando quedar cegado, pero la luz es tolerable porque ella la ha hecho así.

–Abre los ojos.

Oileus hace lo que se le ordena, lentamente.

–Llegará el momento en que puedas volver a mirar el rostro de tu esposa. Y de tu hijo.

–¿Mi hijo?

–Un niño.

–¿Cuándo? –grazna.

–Pronto. Por ahora, el último y obstinado hilo de tu vida mortal se sostiene y hay trabajo por hacer. Cuando termine y el hilo se rompa, obtendrás el deseo de tu corazón. Será mi regalo.

–¿Qué? ¿Qué es lo que quieres?

–Compartimos un propósito común. Debes ayudar a Jasón. Los dioses deben tener su adoración y yo quiero mi venganza.

–¿Por qué yo? ¡Mi cuerpo está roto!

–Se curará.

Oileo tirita. Su piel no ha experimentado ninguna sensación de temperatura aquí, hasta ahora. Un viento frío sopla a través de la cámara de Zeus y siente la presencia de otra deidad. Se ha vuelto sensible a esto. Mira a Hera, embargado por un repentino temor, e intenta alejarse arrastrando los pies de su aproximación.

No tiene sentido. Ella se eleva sobre él en un abrir y cerrar de ojos, tallada en hielo negro. Siente su inmenso poder en la boca del estómago, como la tensión que se acumula en las profundidades del suelo antes de un temblor de tierra. Tiene tres cabezas, pero los rostros son demasiado oscuros para verlos. Excepto los ojos. Como astillas pulidas de obsidiana, brillan a la luz que proyecta Hera. Es a la vez aterradora e irresistible, y él descubre que la está mirando boquiabierto, sin pestañear.

Oileo dirige los ojos a Hera una vez más, buscando tranquilidad.

–Hécate está aquí.

La información no hace nada para aliviar su miedo.

–¿Hécate? ¿Qué quieres de mí?

El siseo llena sus oídos como si el suelo de la cámara estuviera repleto de serpientes.

–Sirve a mi sacerdotisa. Le debes la vida.

* * *

–¡Jasón! –El bello rostro de Etálides estaba lleno de alegría–. ¡Se trata de Oileo! ¡Rápido!

Jasón se levantó y corrió con Medea hacia el fuego junto al cual se estaba secando la ropa de los argonautas. Todos estaban amontonados alrededor de su cuerpo supino. Podía ver una forma que se movía debajo de las mantas mientras corría. Se deslizó entre los argonautas y se agachó junto a Oileo, que parpadeaba como quien está confuso.

–¿Los dioses? –graznó–. ¿Dónde están?

–¡Una pregunta que me suelo hacer a menudo últimamente! –dijo Meleagro.

La visión de Oileo se centró en las formas borrosas sobre él y frunció el entrecejo.

–¿Dónde estoy?

Jasón le sostenía la mano, débil pero cálida.

–¡Estamos con los mariandinos! Tú... Ha pasado mucho tiempo, pero estamos lo suficientemente a salvo, por ahora. ¡Es bueno tenerte de vuelta en el mundo de los vivos! ¿Quieres un poco de agua?

Oileo gimió e intentó apoyarse sobre los codos. Sintió una oleada de mareos y Jasón lo sostuvo.

–¡Tranquilo! ¡Tranquilo! Dale un poco de agua.

–Voy a buscarla –dijo Medea.

Peleo la observó mientras se dirigía hacia las sombras junto a la casa de Lico, y miró a Acasto, que enarcó las cejas. El líder de los mirmidones se alejó silenciosamente del grupo.

–¿Cómo te sientes? –preguntó Jasón.

–Como una mierda.

–Lo pareces –observó Idas.

–¿Tu herida?

–Arde un poco. ¿Tienes vino?

La ocurrencia hizo reír a los argonautas. Meleagro extendió la mano para coger su copa.

–¿Crees que es una buena idea?

Jasón se encogió de hombros.

–¿Por qué no?

–No te toca a ti tomar esa decisión. ¡Dámelo! –Jasón lo ayudó a echarse un poco entre los labios, pero gran parte le goteó por el cuello, lo que lo hizo maldecir–. Huelo como un cochino. Necesito un baño.

Mientras tanto, Peleo siguió a Medea y la alcanzó cuando terminó de servir de una jarra.

–¿Qué has puesto allí?

Ella lanzó un grito ahogado, en estado de conmoción. Cuando su corazón se calmó, respondió:

–Es agua.

–¿Agua y qué más? Te vi moliendo algo antes. ¿Qué era?

–Hierbas.

–Querrás decir veneno, ¿no?

Medea bebió un poco de la taza, tratando de controlar el temblor de la mano. La presencia de Peleo siempre la inquietaba. Tenía un corazón de pedernal y era absolutamente inflexible, no muy diferente de su propio padre. Le habían sacado un diente en una pelea feroz en los salones de Eea y no había dicho ni una palabra. Se preguntó si todos los hombres en su parte de Tesalia eran como él.

–Eso no prueba nada.

–Entonces, ¿por qué no bebes un poco tú? Todavía viven, ¿no?

Peleo la miró con los ojos entrecerrados y le hizo un gesto para que le diera la copa. Bebió un poco, sin apartar los ojos de ella. Luego sus labios se estiraron. Medea sospechó que esto era lo más cerca que podía estar de una sonrisa.

–¿Crees que no sé a qué sabe el jugo de la amapola? ¿En qué sitio del Hades has estado excavando, mujer? Sé que no florece tan tarde.

–Aquí sí –susurró Medea.

Él bebió un poco más antes de devolverle la copa.

–Te estaré vigilando. –Medea se dio la vuelta y se estremeció cuando él la cogió del codo–. No lo gastes todo ahora. Voy a querer más.

XIII

Los pastores lo encontraron tambaleándose en las estribaciones del monte Pateras, una figura salvaje y desaliñada. Tenía los labios agrietados y los ojos hundidos y, a pesar del calor del día, la piel estaba fría y húmeda.

Les tomó unos instantes reconocerlo como Céleo, el rey de Eleusis. Intercambiaron miradas perplejas mientras él repetía, una y otra vez, la misma frase:

–Hay que hacerlo.

El más anciano, un hombre increíblemente arrugado con sólo un puñado de dientes aún alojados en sus encías, se llevó el índice a la sien a espaldas de Céleo. Los otros murmuraron preocupados y lo entregaron al alguacil de la granja más occidental. Desde allí, Céleo fue escoltado de regreso a su megarón por otro par de manos.

Cuando oyó la conmoción en el patio, la reina Metanira salió corriendo del pórtico y se puso una mano sobre la boca al verlo. Consciente de que otros la estaban mirando, respiró profundamente y se recompuso. Sintió que Demofonte se aferraba a su pierna.

Triptólemo jadeó.

–¿Papá?

Céleo lo miró, murmurando.

–«Vituperable»... Eso fue lo que dijo ella. «Vituperable». Sí, eso es lo que dijo.

–Ayúdalo a entrar –dijo Metarina, convenciéndolo para que saliera del pórtico–. Gracias por traerlo. Podemos arreglarnos desde aquí.

–Y lo es...

Los alguaciles se inclinaron y uno de ellos señaló la salida con la cabeza. Cuando se fueron, Metanira bajó apresuradamente las escaleras hacia él.

–Calídice, una bebida. Sésara, saca un poco de agua para bañarlo. Demo, tráele fruta a tu padre.

–¡Debe hacerse!

–Mamá, ¿qué está diciendo papá? –quiso saber Sésara–. ¿Por qué me mira como...?

Metanira batió palmas.

–¡Date prisa!

Calídice le dio un suave empujón a su hermana hacia el pozo que estaba fuera del patio.

–Te ayudaré con un cubo –dijo, con una sonrisa tranquilizadora–. Espérame ahí afuera.

Triptólemo y Metanira lo ayudaron a subir los escalones y colocaron un cojín en el trono antes de sentarlo.

–Gracias, mi amor –dijo, besando a Triptólemo en la cabeza–. Ahora puedes irte.

Lo vio salir del megarón después de volver la vista atrás varias veces. Ya a solas con su esposo, se volvió hacia él.

–¡Céleo! Los has asustado. ¡Contrólate!

Lo cogió de las muñecas para que se centrara en sus ojos. La mirada del rey se afianzó lo suficiente para convencerla de que le prestaba atención. Estaba a punto de decirle que se relajara, que comiera y bebiera algo, que descansara y se bañara antes de hablar, pero tenía la intuición de que necesitaba liberarse de su carga de inmediato, antes de que lo que fuera corroyera su mente por completo.

–¿Qué oíste? ¡Cuéntamelo todo, amor mío!

* * *

Jasón se levantó antes del amanecer y miró hacia el mar. Había levantado la última guardia al caer la noche. Las estrellas estaban borrosas y la luna era una astilla, por lo que había pocas posibilidades

de ver un barco hasta que estuviera demasiado cerca para que se pudiera hacer algo al respecto. Se reconcilió con las palabras de Orfeo: tal vez los colcos habían supuesto que el *Argo* se había perdido en el mar y que su tripulación estaba muerta. Tal vez todo lo demás no fuera más que una demostración de fuerza; una oportunidad para que el señor de la guerra Eetes ejerciera su poder.

El resto de los argonautas comenzó a despertar. Con las primeras luces del alba, se mostraron listos para partir, ahora que estaban repletos de suficiente vino, fruta, pan, queso y embutidos para unos días más. Tener un segundo barco significaba más provisiones y, por eso, incluso los escépticos ahora guardaban silencio. Medea salió de los aposentos de las mujeres con un manto sobre los hombros y una bufanda atada al cabello. Parecía renovada, pero todavía se mostraba recelosa de los argonautas.

Dáscilo salió de la casa de Lico con un zurrón colgado de un hombro y el arco en el otro. En su cinturón, un cuchillo largo.

–¿Vas a algún lado, Dedos?

–¿Me aceptaréis?

Los argonautas vitorearon.

–¿Convenciste a tu padre?

Hubo un aluvión de palabras detrás de él y Lico cogió a Jasón por los hombros. Tenía los ojos húmedos, pero, a tan corta distancia, Jasón ahora podía ver que sus rasgos afables eran engañosos. Su agarre era fuerte y había una dureza detrás de la mirada que hizo que sus palabras llegaran a buen puerto.

–Dice: «Traedlo de vuelta. Estamos orgullosos de él».

Traducir sobre la marcha de esta manera quebró la fachada valiente de Dáscilo. Las lágrimas brotaron de sus ojos y abrazó al padre con fuerza antes de besar a la madre en ambas mejillas. Los argonautas miraron y ninguno permaneció impasible ante la conmovedora escena. Sus propios pensamientos inevitablemente se dirigieron a casa, aunque en ese momento el hogar parecía más distante que nunca.

Se pusieron en marcha en columna, saludando a los habitantes del pueblo. Como prometieron, habían registrado cada palmo por donde

estuvieron para asegurarse de que no quedara rastro de su presencia. El *Argo* se deslizó en el mar sin apenas resistencia, como si estuviera ansioso por seguir su camino, y el fuerte viento del sudeste hizo que los remos pudieran permanecer dentro de la borda mientras navegaban. En el *Tifis*, Anceo capitaneaba a Butes, Idas, Xantías, los gemelos tracios y un remero hosco de Orcómeno, en Beocia. El barco era rápido pero asustadizo, y hacía que el control del *Argo* pareciera bastante fácil en comparación, como un perro de caza experimentado junto a un cachorro ansioso.

El viento cambió al norte, pero no pusieron mano en los remos en todo el día, salvo cuando fondearon ambos barcos al mediodía y al anochecer. Se las arreglaron para evitar a cualquier alma viviente durante un par de días y noches. Había señales de habitantes, madera trabajada, un barco pesquero lejano, una columna de humo tierra adentro, pero nadie se atrevía a desafiarlos.

Fue en la segunda tarde cuando Butes e Idas saltaron por la borda y arrastraron el *Tifis* hasta la costa con amplias sonrisas. Los barcos habían atracado en las mismas costas de color gris oscuro que sabían que encontrarían durante los próximos días. Dáscilo les recordó que el Pueblo de Hierro era solitario y sus miembros no habrían considerado la posibilidad de entablar relaciones con los colcos, incluso si se hubieran detenido allí para aventurarse en la oscura franja de árboles.

Mientras encendían los fuegos, Butes e Idas se divertían imitando a alguien. Ese alguien sin duda era Xantías, por la manera en que caminaba con cara de pocos amigos.

–¿Queréis compartir la broma? –gruñó Telamón.

–¡Mi nombre no es Xantías! –Butes intentó imitar un altivo acento sarónico–. ¡Y deja de llamarme «Alegre»!

–¡La próxima vez que esté en Atenas te meteré en una jaula! –se enfureció Xantías, y señaló con el dedo al luchador.

Butes e Idas se rieron a carcajadas. Jasón tuvo que apartar la mirada: era cierto que la voz de Xantías sonaba aflautada cuando estaba enojado.

–¿Qué pasa entonces? –preguntó Meleagro.

Xantías apretó y aflojó los puños.

–¡Mi nombre es Teseo, hijo del rey Egeo de Atenas!

La playa se quedó en silencio. Las sonrisas en los rostros de Butes e Idas se desvanecieron. Se miraron el uno al otro antes de estallar en carcajadas de nuevo. Butes estaba eufórico.

–¡Sabía que te había visto en Atenas antes! Te dije que se lo sonsacaría, Idas. –Se volvió hacia el joven fornido–. Pero hijo de un rey... No, no me lo creo. Ni siquiera por un instante.

–¿Quién eres realmente, muchacho?

Xantías se acercó a ellos, arrojó la lanza y dio la vuelta a la maltratada vaina de cuero de su espada. Por un momento, pareció que iba a desenvainar y atravesar a Butes o a Idas con ella. Idas tardó en nivelar su lanza. En cambio, Teseo arrojó la espada hábilmente al aire y la atrapó.

–¡Mírala! ¡Adelante!

Comenzó a desenredar el cordel de la empuñadura justo cuando el sol del atardecer emergió detrás de una nube. Los rayos oblicuos se reflejaban en las serpientes doradas, entrelazadas a lo largo de todo el puño. Hubo silbidos de reconocimiento cuando los argonautas se acercaron y la miraron. Las colas de las serpientes abrazaban un pomo de marfil, formando espirales antes de separarse en el comienzo de la hoja y girar una sobre la otra, mirándose a los ojos. El bronce había sido fundido a la perfección: incluso los remaches que sujetaban las serpientes a la espiga y a la hoja eran casi invisibles.

–Ahora veis por qué nunca se ha apartado de mi lado.

–¿De dónde sacaste esto? –Butes miró a Teseo con sospecha y su barba le sobresalió como la proa del *Argos*–. He vivido toda mi vida a la sombra de la Acrópolis y del palacio real, y nunca te he visto venir de allí.

–Debido a que he tenido un poco de suerte en la vida.

El rostro de Butes se encapotó.

–Intenta decir eso mismo otra vez con esto alojado en tu garganta, niño bonito.

Teseo se encontró mirando el borde de una punta de lanza que había partido su barba rala. Levantó la barbilla y apuntó con sus ojos de color azul hielo a Butes, sonriéndole. Rápido como una serpiente, la apartó y dio un paso adelante para darle un cabezazo. El luchador se tambaleó hacia atrás, agarrándose la nariz ensangrentada, pero no cayó. Teseo levantó la espada y la atrapó, listo para atacar.

–¡Basta! –Jasón saltó entre ellos–. ¡Basta! Te lo merecías, Butes. Considérate afortunado de haber recibido sólo esto. Cada hombre tiene sus límites y ahora somos un poco más sabios acerca de dónde están los de ambos. Guardadlo para los colcos y para quienquiera que intente bloquear nuestro camino a casa.

El fuego en los ojos de Teseo se apagó y, tras envainar la espada, se alejó a paso lento hacia la orilla del agua para apagar la ira. Con las cejas levantadas y expresiones divertidas, los argonautas se ocuparon de montar el campamento. Cuando se encendieron los fuegos, Orfeo tocó la lira. Su música ejerció el habitual efecto calmante sobre los hombres mientras escuchaban y la pelea anterior desapareció del primer plano de sus mentes.

Oileo se había sentado apartado de los demás y sacudió la cabeza ante la breve pelea. Al ver su oportunidad, Medea se unió a él, llevando un vaso del que se elevaban volutas de vapor.

–¿Quieres compañía?

Él le sonrió brevemente.

–La de ellos..., no tanto en este momento. ¿La de la mujer que me salvó la vida? Eso es diferente. Especialmente si es vino.

–No, vino, no. Pero tienes que beberlo, a menos que quieras enfermar otra vez.

Disfrutaron de un silencio agradable unos instantes, escuchando el mar que golpeaba la playa. A ella le agradó que él bebiera su poción sin cuestionarla.

–¿Todavía duele? ¿La cicatriz?

–En realidad, no. Sólo si me muevo con brusquedad.

–Ah. Esto es una mejoría. Todos estábamos preocupados por ti.

–La verdad es que no recuerdo mucho de todo eso.

Ella miró la taza, pero luego apartó la vista hacia otro lado.

–¿Puedo preguntarte algo?

Oileo arrojó una piedra hacia el borde del agua.

–Adelante.

–Durante tus sueños febriles mencionaste a los dioses por su nombre...

Respondió con firmeza.

–Estaba delirando, ¿no?

–También a una mujer. Teodora.

Notó que él apretaba la mandíbula y que parpadeaba. Le afligió la posibilidad de haber entrado en un terreno que no tenía derecho a invadir.

Él suspiró.

–Teodora era mi esposa.

–Lo siento –dijo ella, cuando parecía que él no diría nada más–. ¿Qué le pasó?

–Tuvo... una especie de hinchazón aquí –señaló el pecho–, que se extendió por debajo del brazo. Un día supe que le dolía, la despertaba por la noche, pero no me dejaba mirar. Se apretaba el brazo contra el dolor, así, y decía que se le pasaría. No fue así, por supuesto. Empeoró. Fueron semanas difíciles para ella. La vi... consumirse ante mis propios ojos. –Sacudió la cabeza y pudo ver el dolor insondable en sus ojos, pero la leche de amapola le estaba aflojando la lengua. Se le ocurrió que no le había preguntado qué había en la bebida porque ya lo sabía–. Estaba embarazada en aquel momento. Para la siguiente luna llena, cuando soñé que seríamos tres, ya no estaba. El niño se fue con ella.

Extendió la mano y le tocó el hombro. Él sorbió y le guiñó el ojo, pero Medea sabía que estaba luchando por contener las lágrimas. Parecía que estaba a punto de levantarse, pero luego sus hombros se hundieron.

–En uno de esos sueños oí que era un niño. De Teodora, mi hijo no nacido, quiero decir.

–¿Lo oíste? ¿De dónde?

–No te burles de mí ahora, pero fue... fue una diosa quien me lo dijo. ¡Hera, nada menos! Cuando Jasón me comentó que escuchaba voces, pensé que había perdido el juicio, pero ahora...

–¿Dónde la viste?

–Ésa es la cuestión. –Levantó un dedo–. Creo que estaba en el Olimpo. Los vi a todos en mi sueño. Hera, el Tonante, Apolo, Afrodita... Rumor. –La miró para ver si se estaba burlando de él, pero Medea parecía pensativa–. Incluso vi a otra que podría interesarte. Hécate.

–¿La viste?

En ese mismo momento, Jasón se unió a ellos y se dejó caer sobre la grava.

–¿He interrumpido algo? –Miró alternativamente a uno y a otro antes de levantar las manos–. Veo que sí.

–Espera, es sólo que...

Jasón negó con la cabeza.

–Terminad vuestra conversación, necesito aclararme la cabeza de todos modos.

Ambos lo vieron alejarse, haciendo crujir los guijarros por la playa mientras se enfrentaba a sus pensamientos, ahora que la irritación había fulgurado y muerto.

–Ve con él. Te necesita –dijo Oileo, con una sonrisa fugaz.

XIV

Aún no había amanecido cuando Triptólemo oyó el suave ruido de pasos en el exterior. En la pequeña cama que había junto a la suya, su hermano Demofonte dormía profundamente, con los brazos por encima de la cabeza. Tiró un poco más arriba la colcha sobre el pecho de Demofonte y se puso las sandalias antes de asomarse por la puerta. En el crepúsculo, vio una figura encapuchada que dejaba atrás el patio. Salió por la puerta, la cerró suavemente detrás de él y la siguió.

La capa le arrastraba. Sabía que era su madre, que se deslizaba por los campos hacia la orilla y el embarcadero unido al pequeño promontorio. Aunque el primer gallo aún no había cantado, había actividad en la orilla, recortada contra el horizonte rosado. Dos pescadores revisaban sus redes y otra pareja estaba cargando cajas pesadas en un barco pintado de colores alegres que solía viajar entre Salamina, Egina y las ciudades del continente. Su madre se apresuró a ir hacia el capitán de la embarcación, tras una breve vacilación en la que se ajustó más la capa. Fue uno de esos momentos clave en los que pensaría a menudo en años posteriores, uno que debió estar impregnado de dudas, horror y dolor irreversible. En ese momento, sin embargo, parecía tener poca importancia.

Hubo una larga conversación. Triptólemo se dio cuenta de que el asunto era secreto por la forma en que su madre se inclinaba hacia el capitán y miraba por encima del hombro. Las dos siluetas se quedaron quietas por un momento. Incluso a esa distancia, Triptólemo podía sentir la carga de la balanza, el peso de las consideraciones que debían estar en pugna.

Luego, un asentimiento, una breve reverencia, y todo terminó.

La abrupta partida de su madre lo tomó por sorpresa. Detrás de él, la luz del amanecer estaba despuntando sobre las colinas del Ática. Puesto al descubierto, se agachó. Sabía que lo había visto por la forma en que ella aceleró el paso. Se puso de pie y desmenuzó los tallos de hierba que había arrancado del suelo. Cuando Metanira llegó hasta él, sus ojos brillaban.

–¿Qué estás haciendo aquí? ¿Viniste solo?

Él asintió, con los ojos muy abiertos.

–Sólo quería asegurarme de que estabas a salvo. Lo siento.

Su enojo se desvaneció. Miró alrededor y le pasó el brazo por los hombros, persuadiéndolo para que regresara al pueblo.

–Escucha, esto es sólo entre tú y yo, pero... estaba tratando de hacer un trato, a espaldas de tu padre, por grano. Ya tiene suficientes preocupaciones como para saberlo. ¿Entendido?

Triptólemo asintió con entusiasmo.

–Buen chico. Vamos, cocinemos unos huevos.

Esperaba que la luz todavía fuera lo bastante pobre como para ocultar sus lágrimas.

XV

Fue tal y como temían. Otro pueblo incendiado, uno que ni siquiera habían visto en su viaje a la Cólquida, y menos aún aprovechado. Cuando desembarcaron, Medea hizo el signo apotropaico con el pulgar y el índice. La mitad de los argonautas se quedó cerca de los barcos mientras los demás se abrían paso a través de la extensión de árboles hacia un claro, al otro lado de un arroyo. Una bandada de cuervos se alzó con un tronar de alas cuando los vio emerger de los árboles. Los restos humeantes de ocho o nueve casas circulares y un recinto de mimbre, más o menos intacto, eran todo lo que quedaba del asentamiento.

Pero fue la visión de cinco cuerpos carbonizados dispuestos en círculo, con las extremidades enroscadas, lo que captó y mantuvo su atención. El aire retenía el hedor acre de la carne y la grasa quemadas, y varios de los argonautas carraspearon y escupieron mientras se adentraban en el claro con la reverencia de quien entra en un santuario.

Peleo pinchó uno de los cuerpos con la culata de la lanza.

–Éste ha sido destetado hace apenas dos años, si acaso un día más.

–Malditos sean los dioses.

–Hace mucho que los dioses se han olvidado de este lugar –gruñó su hermano Telamón, arrugando la nariz–. ¡Esto es obra de ellos; de los parientes de esa bruja tuya!

–Hay una razón por la que los abandonó. –Jasón mantuvo la voz serena, receloso de los dos mirmidones cuando la sangre les hervía–. Creo que querían que viéramos esto. Era para llamar nuestra atención.

–Crees eso, ¿no?

Acasto estaba observando el intercambio. Le agradaba que se volvieran contra Jasón.

–Lo que demuestra que saben que todavía estamos vivos –dijo.

–¿Cómo? –Jasón lo miró con enojo–. ¿Cómo lo demuestra?

–No lo demuestra –murmuró Peleo, de mala gana.

Meleagro se apoyó en la lanza.

–Todavía hay algo de calor en ellos. Me sorprende que no hayamos visto velas colcas en el horizonte.

–Se están volviendo temerarios, están desesperados. –Jasón comenzó a sentir náuseas al observar la horripilante escena–. Deberíamos irnos. Quiero convocar una asamblea en la playa.

–Según mis cálculos, estamos a dos días de navegación del estrecho. Tres como máximo. Estos colcos pueden estar advirtiéndonos a nosotros o a la gente de la costa para que no nos ayuden. Tal vez ambas cosas. –Los ojos de Jasón recorrieron a cada uno de ellos, mientras se dejaban caer sobre los guijarros de la pequeña cala, exhaustos–. Pero yo, por mi parte, no creo que sepan que estamos vivos. Lo que acabamos de ver muestra lo frustrados que están: frustrados y enojados. Eso es bueno para nosotros si seguimos así.

–¡No lo es para estos desgraciados, que están viendo sus aldeas quemadas hasta los cimientos!

–No, Peleo, no lo es, tienes razón. Así que navegaremos hacia Cianida, la isla de Circe, para escondernos y llenar nuestras cestas, hasta que tengamos noticias de los barcos que bloquean el estrecho. No pueden esperar allí para siempre.

–No me gusta. –Telamón se tiró de las cuentas de la barba, como solía hacer cuando estaba agitado–. Si esto es lo que decidimos hacer, ¿por qué no buscar otro lugar? –Miró de reojo a Medea–. Algún lugar donde no vivan los parientes de ese cabrón malvado de Eetes.

–Es una mujer, Telamón. Una mujer que vive sola, por extraño que parezca. ¿Qué hay que temer?

* * *

Mientras los argonautas discutían, a muchos estadios de distancia, los *mossynoeci* observaban con renovado temor cómo la galera se acercaba a la costa y echaba el ancla. Habían visto antes las velas rojas y blancas. Algunas de sus casas eran ahora ruinas carbonizadas a causa de los hombres crueles que habían traído. Cuando los jóvenes y las niñas se apresuraron a entrar en el pueblo para alertar al consejo, los asaltantes ya se dirigían pavoneándose hacia sus chozas con las armas desenvainadas.

El anciano de la aldea salió a su encuentro cojeando, sostenido por una muchacha que había heredado el espíritu de su difunto padre y sentía el mismo desdén por los forasteros.

–¿Dónde están?

El anciano sabía que su hora casi había llegado: en los últimos días, pasaba más tiempo dormido que despierto. El miedo hacía tiempo que había perdido la capacidad de conmoverlo, pero su cuerpo y su mente estaban ahora tan cansados que incluso había perdido la capacidad de temer por los demás. Miró a los dos orgullosos jóvenes príncipes, uno de pie con las manos en las caderas, el otro sujetando el pomo de su espada, y vio a los mismos muchachos colcos que habían llorado cuando los ataron y mantuvieron cautivos apenas unas semanas antes. Ninguno de ellos, al parecer, lo reconoció: tal vez todos los ancianos eran iguales para la nobleza colca.

Se volvió hacia la muchacha.

–Pregúntale de quién está hablando.

El muchacho cambió de idioma sin esperar una traducción.

–Los piratas aqueos. No pongas a prueba mi paciencia.

–Mira a tu alrededor, muchacho.

–Estás hablando con el nieto del rey Eetes, el príncipe Citisoro.

–Mira a tu alrededor, nuestras casas. Las mismas que tu pueblo ha destruido.

–Justo lo que merecíais.

–Esos asaltantes hicieron lo mismo que tú. Es por eso que todos sois iguales para mí. No han regresado.

–¿No los has visto?

–No han regresado. Te diré lo que dije a los hombres del segundo barco, aunque de poco nos sirvió. Por la muerte y la destrucción que trajeron aquí los aqueos, los maldije para que tuvieran una muerte dolorosa. –El anciano se tocó las plumas del tocado–. Entonces oímos rumores de que un barco pintado se había perdido en una tormenta: los pescadores de la costa dijeron que lo vieron hundirse. Si mi último deseo se ha cumplido, entonces podré morir feliz.

–No hemos oído tales rumores a pesar de ser minuciosos.

–¡Minuciosos, dice! –El anciano se aclaró la garganta, que se convirtió en una tos que sacudió sus pulmones de manera alarmante, haciendo que Citisoro retrocediera con disgusto.

–Esta conversación lo ha cansado. ¡Es la misma conversación que ya tuvo con vosotros!

El príncipe miró a la muchacha de arriba abajo con el entrecejo fruncido. Ella tembló un poco de miedo y rabia mientras rodeaba con un brazo protector al anciano. Citisoro se volvió hacia su hermano Argos, quien sacudió la cabeza después de unos momentos. Citisoro despidió al anciano con un gesto.

–Podemos regresar.

La muchacha tenía ganas de escupirle, pero lo pensó mejor, especialmente teniendo en cuenta la frágil mentira que su tío abuelo acababa de utilizar. No tenía idea de que fuera a decir algo así, pero la chamana que habían traído los aqueos y que realizó el milagroso resplandor había sido amable.

* * *

Los hermanos colcos observaron alejarse al anciano, encorvado y apoyado pesadamente sobre la muchacha. No sentían lástima por él: habían sido tan maltratados en ese pueblo que poco faltó para que murieran, pero la venganza privada no era una de sus principales preocupaciones.

Citisoro miró por encima del hombro a la tripulación. Los más obedientes estaban de pie con los brazos cruzados, esperando órdenes,

pero la mayoría estaba apoyada contra el casco del barco, mirando al mar o desenterrando guijarros con los dedos de los pies para rozar el agua.

–Míralos, la escoria. Melas eligió lo mejor y nos dejó la escoria.

–Están aburridos. Se quejan de que los que los precedieron los dejaron sin nada. –*Argo* se volvió hacia las chozas quemadas y vio la almenara que ardía en lo alto del siguiente promontorio–. Y tal vez tengan razón.

–¿Qué estás diciendo?

–¡Vamos, hermano! ¿En serio? –Bajó la voz, a pesar de que no había nadie tan cerca como para oírlo–. Es una misión inútil y tú lo sabes. ¡Nunca los encontraremos! Podrían estar a medio camino atravesando el mar ahora mismo, o debajo de él si lo que dice el anciano es cierto.

–¿Y tú crees que lo es?

Argo se encogió de hombros.

–Tal vez.

–¿Qué opción tenemos? Eetes nos mataría. ¿Crees que lo haría?

–Sin duda.

–Bueno, entonces no hay elección. Tenemos que seguir navegando.

–¿Por qué? ¿Por qué no podemos aprovechar al máximo este rumor sobre su hundimiento?

–¡Debes haber perdido la cabeza! ¡No hay pruebas! ¿Y qué pasa con Frontis?

–¡Y tampoco hay pruebas de que sigan con vida! –espetó Argos–. ¿Se supone que debemos navegar hasta que naufraguemos o se amotinen? Odio el mar casi tanto como odio a Melas. Y a Frontis, el traidor.

Citisoro sacudió la cabeza para mostrar su desacuerdo, pero no pudo encontrar ningún argumento con el que contradecirlo. Estaba demasiado cansado y, en el fondo, pensaba lo mismo.

–¿Qué estás maquinando, si me atrevo a preguntar?

Argos le dirigió una sonrisa maliciosa.

–Mira, allí. ¿Qué ves?

–Nubes, pájaros. –Suspiró–. No sé a qué te refieres.

–¡La almenara! Si el fuego se extingue, la caza de Jasón y sus perros habrá terminado. Es sencillo.

Los ojos de Citisoro se abrieron alarmados.

–No. ¡Creo que has perdido la cabeza en el mar! Nos despellejarían vivos si...

–No lo haríamos nosotros, idiota. Uno de estos Habitantes de las Cabañas lo haría. Cada hombre tiene un precio y estoy seguro de que recuerdas lo codiciosos que son del oro, como los cerdos de las trufas. ¡Y no tienen nada! Mientras ninguno de la tripulación de escoria se entere, todo andará bien. –Citisoro abrió la boca, pero no le salió ninguna palabra–. Una bolsa de polvo ahora, otra cuando esté hecho. Ve y dile a la tripulación que descansaremos aquí por la noche mientras, no sé, los fustigamos con rumores de que nuestros aqueos ya están muertos, o algo así. Tal vez incluso podríamos plantar la semilla de que Melas fue el responsable. ¡En qué árbol podría convertirse!

En contra de su mejor criterio, Citisoro se alejó con dificultad para informar a la tripulación.

XVI

Mientras los otros argonautas estiraban las piernas o se dejaban llevar por la conversación, Jasón resopló y miró fijamente el mar. Medea se unió a él al cabo de poco.

–Fue la elección correcta, Jasón.

Asintió, distante.

–Circe también podrá limpiar... ¿Cómo lo llamas? ¿El miasma? La contaminación de lo que le hicimos a Frontis. ¿Es ésta la única razón por la que sugeriste Cianida? ¡No es suficiente!

–No, Jasón, no fue sólo por eso. Relájate, estás cansado. Puedo darte algo para ayudarte a reposar.

–¿Otra de esas pociones?

–Te traeré una.

Los guijarros crujieron bajo sus pies cuando recuperó el cuenco que se había estado calentando en el fuego. Rajó la cabeza de amapola con su cuchillo y vertió la leche amarilla en un cuenco, al que agregó algunas ortigas molidas. Cuando el agua empezó a burbujear, la vertió en el cuenco ayudándose con unas pinzas improvisadas. No oyó, y menos aún vio, que Peleo aparecía a su lado. El corazón le dio un vuelco.

–¡Tranquila, princesa!

Lo miró con ojos temerosos. Estaba a punto de preguntarle de dónde había venido cuando se dio cuenta del sendero que conducía desde la orilla hacia unas dunas cubiertas de hierba. Era evidente que la había estado observando, y pensar en ello le provocó náuseas.

–Tendrás que hacer más de ese pequeño brebaje.

Levantó la barbilla hacia Telamón.

–Mi hermano y yo queremos un poco.

Su rostro se endureció.

–No quedan muchas vainas de semillas.

Peleo apartó la tela que ocultaba una pequeña cesta, revelando docenas más.

–No me mientas, mujer.

Ella abrió otra vaina con un golpe hábil, mirando a Peleo con enojo, pero el mirmidón negó con la cabeza.

–Y ahora las ortigas. Quiero lo mismo que Jasón. –Medea torció el gesto y lo miró–. ¡Me refiero a que quiero las dos cosas! –espetó él–. Quiero las ortigas y quiero llegar a casa y ver a mi hijo. Vivo. Tú no tienes hijos propios, así que no entiendes lo que pasa cuando los tienes. ¿Cómo podrías? Te recuerda que algo late, en lo más profundo. Algo contra lo que ningún hombre puede luchar. –Se dio un golpecito en el corazón con un dedo sucio–. No creas que esto es fácil para ninguno de nosotros.

Medea no dijo nada, aunque el breve destello de humanidad no pasó inadvertido. Cuando la poción estuvo lista, le dio dos tazas a Peleo y le llevó el tazón más grande a Jasón.

–Guarda un poco para Oileo. Hay suficiente para dos.

Jasón se fijó en las mejillas sonrojadas.

–¿Estás bien?

–Estoy bien. Limítate a beber.

* * *

Más tarde, Jasón llamó a la tripulación para que se reuniera junto a los dos barcos. Se quedó atrás mientras los argonautas subían con dificultad por las tablas de abordaje hasta que todos los demás abandonaron la playa. Percibía que Peleo lo estaba esperando. El mirmidón golpeó el suelo con su lanza y le susurró al oído:

–No me fío de ella. Tú tampoco deberías hacerlo.

La advertencia podría haberlo desconcertado, pero la bebida que le había dado Medea había debilitado la tensión de las extremidades y aclarado sus pensamientos. Cuando todos los demás ya estaban a bordo, Jasón dio un paso hacia delante y tropezó al perder contacto con la tabla con un pie. Maldijo y, cuando miró hacia arriba, se encontró con la mirada ceñuda de Peleo.

XVII

En aquel mismo momento, mientras el rey Céleo dormitaba junto a un brasero en el megarón, Metanira sacó a sus hijas del patio con una mano mientras sostenía una cesta de flores en el pliegue de su otro brazo. Vaciló en la entrada y les acomodó los pañuelos que llevaban a la cabeza para que cubrieran más la frente, provocando las quejas de disgusto de las jóvenes.

–Mamá, ¿qué pasa?

Metanira no miró a Sésara, la más bonita de ellas, la más joven y su favorita. Sentía agolparse lágrimas incontrolables que le escocían los ojos.

–Pronto –susurró–. Al valle, ahora.

Cuando pasaron entre dos casas, evitando la vía principal, un hombre con una espesa barba incipiente se interpuso frente a ellas.

–¿Qué vais a hacer con la miserable cosecha, eh?

Lino.

El hombre no era amigo de su familia. Más de una vez había hecho comentarios mordaces sobre cómo su propio clan podría proporcionar una mano más firme al mando. Su voz sonaba enojada y tenía influencia. Sin duda, ya la estaba usando en contra de su familia. Decidió que entablar una conversación con él sería un error y lo esquivó.

–¡Eso es! ¡Huye! –La voz de Lino se apagó cuando doblaron una esquina–. ¡No podréis esconderos para siempre!

–¿Eleusis se va a morir de hambre, mamá? –preguntó Sésara. Como no recibió respuesta, continuó hablando–. Es lo que dice la gente.

–¡Shhh! –la acalló Calídice, la mayor y ya con una cabeza sabia sobre sus jóvenes hombros.

Se apresuraron por las calles de tierra compacta con rostros abatidos, evitando el contacto visual con otros habitantes del pueblo, hasta salir de la franja oriental de Eleusis, a través de campos de cebada podrida en dirección a una ribera colorida. Los plátanos y los robles estaban atravesados por un arroyo tintineante. Siempre habían ofrecido paz y tranquilidad: hoy, era el aislamiento lo que Metanira buscaba.

–Ya basta, madre –dijo Calídice, arqueando una ceja–. Está claro que no estamos aquí para recoger flores.

–No. No estamos aquí para eso.

Paseó la mirada de un par de ojos suspicaces al siguiente, recordando escenas de sus vidas y dándose cuenta de que los recuerdos eran borrosos. Durante mucho tiempo, Metanira estuvo convencida de que era estéril. Había agotado todos las pócimas y oraciones antes de comenzar a aceptar lo inevitable. Entonces, dieciocho veranos atrás, quedó encinta de Calídice. El parto fue largo y difícil, y juró no volver a soportarlo nunca más. Sin embargo, doce meses después nació Demo. Al año siguiente, Sésara, prematuramente. Aunque a menudo discutían, como hacen todos los hermanos, su llegada en tan rápida sucesión, estaba segura, explicaba su feroz lealtad mutua. Todas eran delgadas pero bien formadas, con un cabello negro y sedoso que, de tan oscuro, brillaba con reflejos azules bajo el sol. Los ojos, también oscuros debajo de unas cejas espesas, podían pasar de la ira relampagueante a la alegría en un instante. Las voces eran tan puras como el agua de deshielo primaveral, y sus habilidades con la lira y la flauta, hechizantes. Muchos eran los comentarios de sus coterráneos eleusinos sobre el origen divino de aquellos dones. Pero incluso esas habilidades, al parecer, tenían límites.

–¿Mamá?

Metanira respiró profundamente.

–Niñas, vuestro padre no se encuentra bien. Como sabéis, se culpa a sí mismo por el fracaso de esta cosecha. Y por la pobreza de la anterior. Otras cosas también le han pesado mucho...

–¿Perséfone y el infame tebano?

–Sí. Creo que la echa de menos: era muy querida para él...

–¡Y para nosotras! –añadió Sésara–. La echo de menos.

–Lo sé. Significa que vuestro padre no está en sus cabales. E ir a consultar al oráculo en este estado de ánimo... Lo ha contaminado con una manía; la dificultad del viaje y el consejo, claro está. –Miró a cada una de ellas para ver si sus palabras cuidadosamente elegidas habían facilitado el paso de lo que iba a seguir. No lo habían hecho–. Mis queridas niñas, debéis abandonar Eleusis hasta que sea seguro que regreséis. –Colocó una mano tranquilizadora sobre el brazo de Sésara mientras se le atoraba la voz en la garganta–. Y, por todos los dioses, espero que esto no sea por mucho tiempo.

–¿Mamá?

–Escuchad...

–¿Mamá?

–¡Escuchad! –Su tono brusco hizo que las quejas se detuvieran–. Temo lo que vuestro padre podría haceros si su mente falla o si esta gente llega a él. O, peor aún, si toman el asunto en sus propias manos. He oído el nombre de Cerción murmurado en rincones oscuros últimamente, más de una vez. Estas cosas no son sólo historias violentas para hacer que los niños se comporten bien.

–¡No lo harían! ¿Seguramente...?

La mirada que Metanira le dirigió a Demo respondió a su pregunta no formulada.

Aunque le temblaba la voz, Calídice cuadró los hombros. Cogió a sus hermanas de las manos.

–¿Cuándo?

–Mañana. He pagado al capitán del barco. Zarpa para Egina mañana. Debe ser entonces.

En ese momento, una abubilla dorada se posó en la rama de un roble cercano y comenzó su suave pero persistente reclamo.

–Parece que el pájaro está de acuerdo contigo –dijo Calídice, distante.

Sésara comenzó a llorar y se abrazaron con tanta fuerza que pronto las lágrimas brotaron libremente. Se quedaron así, a la sombra del roble

frondoso, con los pájaros trinando y las cigarras estridulando, durante mucho tiempo.

XVIII

Metanira no podía estar segura de que el barco la estuviera esperando como habían acordado. Con la mente llena de emociones contradictorias, salió de Eleusis seguida por sus hijas y un único guardia de confianza que llevaba una lámpara. Faltaba poco para el amanecer y el frío otoñal impregnaba el aire. Le dolía el corazón por la inminente partida de sus amadas niñas. Y la cabeza, por miedo a que el capitán del barco la hubiera engañado.

Ahora las jóvenes dejaron caer los bolsos de cuero y se agacharon detrás de un montículo frío y húmedo, a cien metros de la orilla, mientras Metanira y el guardia esperaban a que sus ojos se acostumbraran al susurro de luz que describía el horizonte. Se quedaron en silencio y escucharon el suspiro del mar.

No vieron nada.

El guardia deslizó una de las láminas protectoras de la lámpara que daban al mar hacia arriba y hacia abajo unas cuantas veces y esperó.

Nada.

La silueta del barco empezó a surgir de la penumbra mientras las olas empujaban la proa hacia ellas.

El corazón de Metanira se hundió. La pérdida del anillo de plata, que le había dado como anticipo, era la menor de sus preocupaciones.

–Hazlo otra vez –susurró.

El guardia asintió y repitió la señal.

Contuvieron la respiración y luego exhalaron cuando quedó claro que algo andaba mal.

No tenía otro plan, salvo enviarlas por tierra para que se las arreglaran por sí mismas. Observó al guardia. Había algunas canas en el pelo que le caía por la nuca, pero era fuerte y confiable. Tal vez podría...

Un destello de luz de lámpara brilló desde la orilla. Metanira suspiró.

–Vamos.

Con el guardia a la cabeza, se acercaron al barco. Oyeron un revuelo a bordo y luego distinguieron la figura del capitán de pie junto al timón: la lámpara estaba sujeta a un gancho sobre el alcázar de popa. Tenía una barba que sobresalía hasta cierto punto y, como la mayoría de los marineros, la piel alrededor de sus ojos estaba tan arrugada como una cáscara de nuez.

–Te tomaste tu tiempo, Glauco.

–Lo siento –murmuró–. La llama se apagó y no pude hacer que se encendiera de nuevo. Estoy solo, así que debemos irnos pronto.

Pasó la mirada sobre las tres chicas y Metanira observó su expresión. Pero, en la luz incierta, no podía decir qué estaba pensando.

–¿Listas?

Ahora que había llegado el momento, Metanira dudaba si podría soportarlo hasta el final. El pánico corría por sus venas mientras luchaba por llenar los pulmones de aire. Se le notaba en el rostro y sus hijas corrieron hacia ella, apretándola como si estuvieran contando sus últimos suspiros.

–¡Volveréis a mí, os lo prometo! Y si seguís adelante, avisadme. ¡Debéis hacerlo! ¡Decidlo!

–¡Lo haremos, mamá!

–¡Lo prometemos!

–¡Cuidaos mutuamente! ¡Nunca os perdáis de vista!

Calídice, en circunstancias normales, habría puesto los ojos en blanco. Ahora, sentía una carga de responsabilidad presionando sobre los delgados hombros.

–No permitiré que eso suceda.

Oyeron a Glauco arrastrando lo pies mientras giraba hacia el este.

–Señora, perdonadme –susurró–. Es hora...

El capitán miró a Metanira, expectante. Ella inhaló y se secó los ojos, luego le entregó una pequeña bolsa de tela. La cogió y miró dentro. Levantó las cejas y pasó un dedo apreciativo por el borde de la copa dorada, olvidando momentáneamente todos los pensamientos del viaje. Luego la guardó y le hizo un breve gesto con la cabeza.

–Amanece. Éstas son las mejores condiciones para navegar. Debemos irnos.

Mientras Glauco desataba la amarra, Metanira besaba la frente de cada una de sus hijas, saboreando sus propias lágrimas.

–¡Volved a mí!

–¡Lo haremos, mamá, lo haremos!

–Mi señora...

Con el corazón apesadumbrado, Metanira aceptó la mano de Glauco y volvió al embarcadero. Su taciturno guardaespaldas había estado sujetando la popa y entonces la soltó; su rostro no mostraba emoción alguna.

Glauco se colocó en el banco central y las alejó remando del pequeño promontorio, ayudado por un suave viento del noreste que ahora jugaba con los pañuelos de las muchachas mientras estaban de pie, balanceándose un poco después de cada palada, mirando las figuras cada vez más oscuras de su madre y el guardia hasta que se perdieron contra el terreno elevado que se alzaba detrás de ella.

Alguien más había estado observando toda la escena desde detrás de un pino en la playa alta. Se rascó la espesa barba incipiente con las uñas cuando quedó claro que las hijas de Metanira no iban simplemente a visitar a parientes lejanos ni estaban haciendo ningún otro recado. El hombre sonrió. Luego susurró para sí mismo:

–El ojo de Zeus, que todo lo ve y todo lo comprende, también contempla estas cosas. Y la justicia, envuelta en niebla, trae maldad incluso a los reyes que la han expulsado cuando no han tratado directamente con ella o con su propio pueblo.

Sólo una vez el obediente guardia miró por encima del hombro hacia Eleusis con el entrecejo ligeramente fruncido antes de reanudar su

vigilancia del barco, que se hacía cada vez más pequeño. Sólo cuando fue un punto distante en el horizonte, se dieron la vuelta.

Cuando Metanira y el guardia pasaron al lado del árbol, Lino ya se había marchado.

Segunda Parte

Cianida

I

Los argonautas atracaron el *Argo* y el *Tifis* un poco más tarde aquel día, en una estrecha franja de arena que pronto dio paso a colinas bajas y árboles densos. Fue sólo cuando ambos barcos estuvieron a salvo en tierra y se dedicaban a rutinas que casi podían realizar con los ojos cerrados, que Jasón notó una tensión peculiar en el aire. Miró alrededor, con la esperanza de localizar el origen. A veces había sentido algo similar en las laderas del monte Pelión, justo antes de ver un lobo acechando entre la maleza. No había nada obvio, y lo atribuyó al momento de una tarde clara en la que el día aún no ha dado paso al anochecer y el aire es cálido y tranquilo.

Los argonautas comieron casi en silencio esa noche, con la mayoría de rostros pensativos a la luz de las fogatas. El poco vino que quedaba se había bebido en tranquila contemplación, al son de las cuerdas de la lira de Orfeo y de canciones tranquilas. Cuando las últimas notas fueron absorbidas por el silencio del mar, hubo un suave aplauso. Jasón apuró el último trago de la bebida que Medea le había preparado y encontró un lugar para descansar, mirando hacia las dunas donde Cástor y Pólux hacían la primera guardia.

Por los ruidos de las zaleas que se golpeaban y los gruñidos y toses, Jasón supo que los argonautas se estaban preparando para pasar la noche, aunque al principio él mismo no pudo dormir. Buscó estrellas fugaces con el rabillo del ojo, como solía hacer cuando cuidaba sus rebaños en el monte Pelión. Sin embargo, pronto sintió que la infusión comenzaba a drenar el peso de sus miembros y fue envuelto por el sueño.

Se vio caminando por un campo de trigo, hacia el sol poniente. Los tallos se inclinaban bajo el peso de las espigas maduras y pesadas, que estaban bañadas por la luz dorada del atardecer. Delante de él había una joven. Sólo podía verle la cabeza y los hombros, por los que caía un cabello tan oscuro que adquiría un brillo azulado con la luz oblicua. Los pasos eran ligeros y, aunque no podía verle el rostro, percibió su alegría. Ahora se le ocurrió por qué las espigas de trigo le rozaban el pecho. Era muy joven, aunque no tenía idea de cuántos inviernos había visto. Esos detalles carecían de importancia para un muchacho que tenía el resto de la vida esperando para abrazarlo. Oyó el tintineo de una risa, pero venía de todas partes y de ninguna, como la lluvia en un cielo sin nubes.

Tenía una sensación de bienestar celestial. Aunque estaba corriendo, sus miembros eran flexibles y fuertes, así que no se cansaba. Miró hacia la inmensurable bóveda del cielo y sonrió. Entonces, su atención volvió a centrarse en la muchacha que iba delante, que lanzó un gritito de dolor y se desplomó en el trigo. Jasón se rio y fue a ayudarla a levantarse. Cuando llegó al lugar en el que estaba seguro de que había desaparecido de la vista, su sonrisa se desvaneció. Aunque los tallos estaban aplastados, no había señales de ella. Sintió que el pánico le inundaba la boca del estómago y se volvió de un lado a otro, buscando el rastro de algún surco, de un agujero incluso, que pudiera delatar por dónde se había ido. Muy por encima, los vencejos volaban en círculos, se lanzaban en picado y piaban, ajenos al chico solitario que estaba abajo.

¡Eireni!

Quería gritar su nombre.

¡Eireni!

Sintió que los pulmones se le estrujaban y era incapaz de respirar. Intuyó la presencia de alguien inclinado sobre él y abrió los ojos de golpe. Medea lo miraba desde arriba, con las trenzas recogidas en una bufanda.

–¿Jasón?

Con el corazón palpitando con fuerza, miró alrededor, temiendo haber despertado a los demás. Se sorprendió al verlos inmóviles en la penumbra que se acercaba.

–Terrores nocturnos, Jasón –susurró Medea–. Sólo un sueño. Estás cansado más allá de todo límite.

Le tocó la frente.

Jasón se incorporó y se frotó la cara.

–¿Grité? ¿Dije algo?

–No gritaste nada...

–Bien...

–... pero te oí susurrar un nombre: Eireni. ¿Era tu hermana?

Apretó la mandíbula. Miró hacia otro lado y asintió.

–Y ella... Nunca la conociste, ¿verdad?

–No quiero hablar de eso.

Después de un momento, inclinó la cabeza.

–Como quieras. ¿Puedo traerte otra infusión?

–No. ¿Quién dice que no son responsables de estos sueños? –le respondió secamente.

–No, Jasón. Estás cansado, como ya te he dicho antes. Eso es todo.

Consciente de que habría podido ofenderla, quiso arreglarlo:

–Pelias, entonces. Toda esta miseria, esta muerte, vuelve a él. No tendré paz hasta que lo vea morir. Con gran dolor.

Miró las dunas junto a la playa y las siluetas de Cástor y Pólux. Estaba a punto de ir a hablar con ellos para distraerse de su sueño, mientras comprobaba si todavía estaban despiertos. En cambio, se apoyó en los codos y apretó la mano de Medea.

–Estoy agradecido, pero intentaré dormir.

Medea logró esbozar una débil sonrisa y se envolvió el manto que llevaba sobre los hombros mientras regresaba a sus propios cobertores, aunque sus pensamientos estaban lejos del descanso.

El cansancio no tardó en apoderarse de él. En algún momento, fue vagamente consciente de que Cástor y Pólux habían vuelto para cambiar la guardia, pero no tenía ni idea de quién los había sustituido. Se obligó a recordar la visión de su hermana, a echar un vistazo fugaz a

su rostro, pero no pudo. Durante las siguientes horas, durmió profundamente, a pesar del aire frío. No sabía qué lo había sacado de su sueño, pero sus sentidos estaban despejados cuando volvió en sí. Se sentó y miró a lo largo de la playa. Los argonautas estaban esparcidos por la orilla, inmóviles salvo por unos pocos espasmos y, aquí y allá, algunos hombres que se giraban de lado. Sintió una oleada de camaradería y afecto y se preguntó si ellos, a su vez, alguna vez sentían lo mismo. Se apoyó en un codo y luego se recostó. Pero entonces, a pesar de los ronquidos y los ocasionales balbuceos, percibió la misma tensión peculiar del aire, como si Orfeo hubiera apretado algunas de las clavijas de afinación de su lira. Tras quitarse la zalea, se sentó una vez más. Los argonautas seguían inmóviles y, mar adentro, a la débil luz de la luna, la costa estaba despejada.

Un movimiento furtivo le llamó la atención y le hizo girarse. Una sombra se escabullía en la oscuridad. A su lado, Oileo no se había movido. Cogió la espada y, teniendo cuidado de no despertarlo, fue tras la silueta. Pasó junto a las mantas en las que Medea había estado durmiendo y, por un momento escalofriante, supuso que ella se estaba asegurando la huida.

Oyó susurros insistentes. Jasón apuntó con la espada y la usó para apartar las altas hierbas que tenía ante él. Medea estaba de rodillas con la espalda en ángulo hacia él. Se agachó para observarla. Tenía algo pálido en la mano que movía sobre la palma mientras susurraba. Por un momento fugaz, pensó que podría haberla oído pronunciar el nombre de Pelias, pero las palabras eran rápidas, imperiosas y no tenían ningún sentido para él, excepto una: Hécate.

El nombre de Hécate era lo suficientemente claro.

¿Una maldición?

Su devoción por la terrible diosa lo preocupaba. ¿Había tenido razón su padre cuando intentaba poner fin a ese extraño culto? Y ahora se dirigían a una isla para buscar refugio con otra persona cortada del mismo paño. Se quedó mirando un momento más, tratando de memorizar algunas de las palabras, y luego se retiró. Se recostó sobre la zalea. El efecto de la bebida de hierbas de Medea había desaparecido

hacía tiempo y, a pesar de sus reservas, quería otra. Cuando oyó sus pasos regresando sobre la suave arena, decidió no pedirle nada y se puso de lado hasta que un sueño agitado finalmente lo invadió.

II

–Mi señor, la situación se ha tornado grave.

–¿Grave? ¿Cómo? –preguntó Pelias, rey de Yolco en Tesalia–. Dijiste que simplemente estaba cansada..., fatigada por el parto.

–Os ha llamado, mi señor. Tal vez sea mejor que vengáis.

Pelias emitió un gruñido ahogado y subió las escaleras. El médico lo siguió, retorciéndose las manos. En sus peores momentos, la magulladura en su mejilla, resultado de aquella coz que sufrió siendo niño, se volvía de un morado lívido. Tal y como lucía en aquel preciso momento.

El aire de la habitación estaba viciado por la falta de circulación y el sudor febril. Pelias arrugó la nariz.

–¿Por qué no están abiertos esos postigos? –espetó–. ¿Qué clase de experto eres?

–Hay quienes creen que purgar el cuerpo de la fiebre de esta manera es lo mejor, mi señor.

–Y yo no soy uno de ellos. ¡Hazlo!

El médico hizo una reverencia y abrió las contraventanas justo cuando Filómaca, despatarrada en la cama, emitía un gemido de malestar. Dos jóvenes sirvientes mojaron unas compresas en un jarro de bronce y se las aplicaron en la frente. La reina obligó a su cabeza a retroceder hacia la almohada, dejando al descubierto su garganta, que estaba cubierta de sudor.

–¿Por qué no puja? –Señaló hacia sus piernas–. ¿Por qué no estás ahí, preparándote para recibirlo?

El médico apartó más la banda de lino de los ojos y se aclaró la garganta.

–El niño está insensible. En cambio, debemos concentrar todos nuestros esfuerzos en la reina. Lamento...

–¿Qué? ¿Cómo que insensible? ¿No lo has intentado de nuevo?

–Lo he intentado muchas veces, mi señor, sin éxito.

El brazo del rey se estremeció, pero logró contenerlo. Golpearlo no serviría de nada. Filómaca volvió a gemir y movió la cabeza de un lado a otro, haciendo muecas de incomodidad. A Pelias se le secó la garganta.

–¿No podría estar durmiendo?

–Lo siento, mi señor –dijo el médico, mirando a la reina con preocupación–. ¡Mysa, agua más fría! Disculpe, mi señor.

Ahora la voz de Filómaca comenzó a elevarse. Se agarró a la colcha y levantó las caderas cuando el dolor aumentó.

–¡Deja ya las compresas! ¡Ven aquí, rápido! –El médico miró a Pelias–. Debemos dar a luz al niño.

Pelias permaneció clavado en el lugar.

–¿Mi señor?

–¿Crees que nunca he visto sangre? ¿Que nunca he visto nacer a un niño? ¡Hazlo!

–Por supuesto, mi señor.

La sirvienta entró corriendo con otro jarro de agua, controlando el paso cuando vio lo que había sucedido en su ausencia. La contracción aumentó y la espalda de Filómaca se arqueó con ella. El dolor que experimentó fue tan agudo que el grito tardó unos instantes en formarse antes de desgarrar el aire. Agarró las colchas con tanta fuerza que las venas del dorso de las manos palpitaron. Y entonces apareció el niño, con la piel de un tono azul pálido.

Un niño. Nacido muerto.

Una imagen apareció ante los ojos del rey; una imagen que no había visto en muchos meses.

III

A la mañana siguiente, los argonautas partieron a remo contra un ligero viento de proa, impulsados por la sensación de que los colcos y sus aliados los estarían esperando en el horizonte. La tripulación del *Tifis* en particular, de la que ahora estaba al mando Meleagro, encontró agotador el fuerte oleaje en el mar, y no pasó mucho tiempo antes de que Dáscilo y Orfeo vomitaran por la borda, privando al barco de un tercio de los remos. Cuando la costa de Anatolia era poco más que una fina mancha gris y habían estado en el mar toda la mañana, el contorno púrpura de Cianida comenzó a materializarse desde la neblina distante, como Medea dijo que sucedería. El *Argo* ya estaba a medio camino, impulsado por la fuerza de una corriente que el *Tifis* ahora había comenzado a experimentar, y que hizo que remar fuera un poco más fácil.

A primera hora de la tarde, un mosaico de laderas boscosas y los bordes rocosos de la isla habían emergido a la vista. El *Argo* había estado esperando a que el *Tifis* se pusiera un poco al día, y sólo entonces comenzó a remar entre el flanco occidental y Tracia, a unas siete u ocho millas náuticas. Mientras rodeaban la isla, nadie pudo ver señal alguna de habitación humana. Media milla más allá, a bordo del *Tifis*, Calais y Zetes contemplaron el horizonte occidental con anhelo. Meleagro comprendió por qué habían comenzado a charlar con entusiasmo en su propia lengua. Trató de imaginar cómo sería volver a pisar tierra helénica. Los gemelos no tenían que cruzar el estrecho cuando llegara el momento. Habían hecho más que suficiente para ganarse el pasaje de

regreso a la costa tracia, desde donde podrían dirigirse por tierra hacia el interior con pleno honor.

Sentado en la proa, Oileo observó el sol brillando sobre el mar Inhóspito y, por primera vez, comenzó a pensar que era un nombre injusto. Una sensación de bienestar se filtraba en sus huesos por primera vez desde la lesión casi fatal, aunque Meleagro descartó su oferta de tirar de un remo.

Las costas del norte de Cianida eran menos intimidantes y ofrecían alguna perspectiva de un fondeadero seguro. Con cada brazada que daban, la comodidad del lugar se hacía más evidente. Pasaron por una profunda hendidura en las rocas, frente a una ensenada de arena y cubierta por un denso bosque de robles. Profundos manantiales brotaban de debajo de las rocas, y el valle contiguo a los acantilados estaba sombreado por espesos alisos. Más lejos, había una bahía de mayor amplitud, moldeada por la naturaleza con tanta perfección como la luna creciente. La arena, allí donde no llegaban las sombras alargadas que proyectaban los tilos y los cipreses, era tan fina que casi resultaba doloroso mirarla a la luz del sol poniente. Un sendero serpenteaba cuesta arriba desde la costa, a través de una franja de árboles, hasta un grupo de edificios hechos de piedra antigua. Un tintineo de campanas y el balido cauteloso de las cabras llegaron a oídos de los argonautas.

El *Argo* se adelantó de popa y todos los hombres a bordo sintieron que sus frenos se desvanecían ante la belleza desnuda de la isla y su coro de pájaros. En cuanto el navío chirrió contra la playa, notaron que una figura llamativa emergía de los cipreses, golpeando contra uno de los troncos los últimos restos de un cuenco de libaciones. Los observaba atentamente mientras empezaban a desembarcar. Jasón se protegió los ojos y no pudo evitar mirar el pelo blanco que le caía más allá de la cintura. A esa distancia, si no fuera por su estatura, se habría podido decir que superaba los ochenta años.

Entonces, un par de perros se unieron a ella y la rodearon de manera protectora.

–El tamaño de esos perros... –dijo Butes a Idas, sin apartar la vista de ellos–. Odio a los perros.

–¿Quieres decir que les tienes miedo? –intervino Peleo–. Vosotros, los atenienses, os asustáis de vuestra propia sombra.

–Entonces, ve a presentarte, grandullón.

–Buenas noticias para ti, amigo mío. No son perros. –Idas se acercó más a él–. Son lobos.

–¡Vete a la mierda!

–Tiene razón. Ahora, ¿qué hace una anciana de pelo blanco con un par de lobos? ¡Oye, Telamón, mira esto!

El hermano de Peleo parecía disgustado.

–Nos prometió que encontraríamos hospitalidad. –Se rascó la barriga–. Nos destrozarán antes de que pueda oler el vino. ¿Dónde está Jasón?

Mientras Jasón ayudaba a Medea a bajar de la rampa, miró en primer lugar a la mujer y luego a las bestias grises que la acompañaban. Medea se puso rígida al ver a su tía. Por unos momentos, las dos mujeres se observaron. Los cuarenta pasos que las separaban parecieron un abismo. Entonces Circe levantó los brazos y Medea se apresuró a cruzar la arena para abrazarla, ajena a los lobos. Los argonautas la miraron con asombro mientras las bestias la olfateaban antes de reposar sobre sus patas delanteras.

–Ese cáliz dorado que robé de la Cólquida es tuyo si corres hacia ellos sin que te destrocen –dijo Idas, volviéndose hacia Butes.

–Puedes quedártelo.

Los argonautas habían comenzado a montar el campamento con la eficiencia habitual cuando Medea regresó para hablar con Jasón. Luego, se apresuró a unirse de nuevo con su pariente.

–Circe nos invita a tomar un refrigerio –señaló hacia la colina–, allá arriba. Además, habrá comida caliente al atardecer, pero no se permite la caza. La caza está prohibida en esta isla.

–Entonces, ¿qué es la comida caliente: hierba quemada? –El comentario de Idas provocó algunas risitas.

–Prohibido para cualquiera, excepto para ella.

–Qué vergüenza. Oigo cencerros de cabra que me llaman.

–No. Recibimos lo que nos dan y hacemos los comentarios adecuados al respecto. –Idas miró a Jasón con dureza, pero luego se encogió de hombros–. Y, de todos modos, corre el rumor de que esos animales fueron personas que llegaron aquí antes que nosotros y abusaron de su amistad como huéspedes. Pensad en eso antes de coger las lanzas.

Los argonautas se rieron y se pusieron en camino mientras Jasón esperaba al *Tifis*.

* * *

–Allá. ¿Habéis visto eso? –Dáscilo detuvo su palada y los otros remos se hundieron en el agua chocando unos con otros.

Meleagro chasqueó la lengua.

–¡Vamos, piensa en el ritmo!

Sin embargo, inclinó hacia atrás su pétaso y miró en la dirección que señalaba Dáscilo. En ese momento, algunas gaviotas volaban en círculos sobre la punta de un árbol que atravesaba el cielo azul entre una cresta de robles.

–No te consideraba un augur, Dedos.

–Está hablando de un destello de luz –gritó Oileus desde el otro extremo del barco–. Como el del sol en una espada. Yo también lo vi.

Rodearon la costa occidental de la isla y un viento suave comenzó a llenar la vela. Meleagro llamó a recoger los remos, lo que permitió a los cansados argonautas acomodar los cuerpos sobre las cañas y disfrutar de la sensación del sol en la espalda. Pasaron frente a una cueva que se abría ante ellos desde el interior de un bosque de un verde intenso y, poco después, por una hermosa bahía de arena deslumbrante, medio cubierta por sombras invasoras. El *Argo* había hecho tierra, pero no vieron señales de ninguno de los tripulantes. Mientras arrastraban el *Tifis* hasta la orilla, apareció Jasón.

–¿Oileo? ¿Qué estás...?

Oileo levantó una mano desafiante y tiró de una cuerda de amarre antes de levantarse la túnica.

–¿Ves?

La cicatriz que le bajaba por el costado había perdido su enrojecimiento, pero estaba llena de costras y era tan gruesa como el dedo de un bebé. Jasón la miró e hizo una mueca.

–Una más para tu colección.

–Si no fuera por Medea, dudo de que pudiera admirarla.

Se miraron el uno al otro durante unos momentos antes de abrazarse.

–Vamos, estamos ahí arriba.

* * *

La alquería situada en lo alto de la colina ofrecía una magnífica vista del mar Inhóspito en casi todas las direcciones. Dominando el patio frente al salón principal había un olivo de una antigüedad imposible, pero que aún daba frutos. Sus raíces subían y bajaban de la tierra polvorienta como el tronco de una serpiente disecada: dos de ellas abrazaban un betilo[2] ovoide tan antiguo como el árbol en cuyo regazo se apoyaba.

Circe sonreía mientras Medea le hablaba junto a un muro bajo, más allá del cual había un precipicio que conducía a un prado idílico. Se volvió para mirar brevemente a los recién llegados, pero, en ese fugaz momento, Oileo sintió que sus agudos ojos grises le perforaban los huesos hasta la médula. De perfil, la nariz pequeña y ligeramente ganchuda le recordaba a los halcones que solía ver posados sobre los muros de Yolco. Su pelo blanco contrastaba tan marcadamente con su piel tersa y de tono aceitunado que parecía imposible adivinar cuántos inviernos había visto. Pero no era una anciana.

–Ya puedes dejar de mirar –dijo Jasón, ofreciéndole a Oileo una pequeña taza de arcilla.

–¿Qué es esto?

–Peras fermentadas.

Oileus olió dubitativamente.

–Parece repugnante.

–Si quieres impresionarla, ahora es el momento de beberlo. Te está mirando.

Oileo lo bebió de un trago con la mirada de quien espera beber veneno y saborea el néctar.

–¿Dónde consigo más?

–Ten cuidado, ¿quieres? No comeremos durante un tiempo y necesito que tengas la mente alerta.

–¿Por qué? ¡Estamos más seguros aquí que en semanas! A menos que tengas miedo de los animales. –Oileo paseó la vista por los distintos corrales de ovejas, cabras, cerdos y aves de corral–. Muchos animales.

–Alguien tiene que mantener la cordura. Esta gente se habrá caído de espaldas al anochecer.

Mientras Jasón hablaba, Peleo pasó tambaleándose con una mirada confusa en su rostro.

–Muchos animales –confirmó.

Jasón se acercó a Medea y la mirada mordaz que ella le dirigió le hizo pensar que había elegido un mal momento. Circe volvió la mirada hacia él y experimentó la misma sensación elemental que había tenido cuando Medea lo miró por primera vez. Bajó la voz.

–Muy amable de tu parte compartir tu vino, pero mis hombres..., después de tanto tiempo en el mar, han perdido todos los modales. ¿Podemos ocultarlo? ¿Por ahora?

Los ojos de Circe se arrugaron y se volvió hacia Medea.

–No ha hablado tu idioma en muchos años, Jasón. Se lo explicaré.

Cualquier otra persona que hablara el idioma de la Cólquida le sonaba gutural a Jasón, pero no estas dos mujeres. Sus voces eran tan potentes como el humo. Circe inclinó amablemente la cabeza hacia él, pero no se acercó a las jarras de vino, por lo que le hizo una seña a Oileo para que los ayudara. Dejaron una jarra apoyada en la mesa y llevaron las demás al interior, agachándose para pasar por debajo del dintel del edificio principal. Las paredes eran una mezcla de piedra, madera y zarzo, lo que les daba un aire de gran antigüedad. Las vigas bajas les hacían sentir que tenían que caminar agachados, pero, en contraste, el hogar empotrado en la pared trasera era profundo.

Un caldero de bronce descansaba sobre un trípode, y un curioso torno sobresalía de él en ángulo recto. Una gran cantidad de utensilios,

de madera y bronce, colgaban de ganchos a ambos lados del hogar. Sobre estantes curvados por el tiempo, ollas con tapa con caracteres descoloridos pintados sobre ellas. La luz parpadeante de las lámparas de aceite hacía temblar las líneas grabadas. Varias habitaciones, algunas separadas por cortinas, otras por puertas, conducían desde el salón. Un banco largo estaba apoyado contra una de las paredes y había taburetes de madera apilados en otra esquina. Oileo dejó las jarras en el banco y se sentó.

–¿De qué va todo esto? Medea dijo que vivía sola.

–Sí. –Jasón se encogió de hombros–. Tal vez pertenecieron a quien estuvo aquí antes que ella.

Oileo se levantó y trazó los símbolos que había en uno de los frascos con el dedo.

–Aprendí algunos caracteres del asesor del palacio en Yolco. Nunca había visto unos como éstos antes. –Levantó la tapa y olió lo que contenía, retrocediendo ante el olor penetrante–. ¡Por todos los dioses! ¿Qué es esta mierda?

Una risa tintineante hizo que volvieran rápidamente la cabeza hacia la puerta.

–Lo siento, estaba... Sólo teníamos curiosidad...

–Ortigas.

–Ortigas, cierto.

Circe miró a Jasón y luego a Oileo con una sonrisa seráfica antes de hacerse a un lado. No dijo nada más, pero la señal de que debían marcharse era bastante clara. Oileo se agachó debajo del dintel detrás de Jasón antes de darse la vuelta y señalar con la cabeza el banco y los taburetes.

–¿Tienes muchos invitados? ¿Aquí?

–¿Invitados?

–Gente... comiendo, bebiendo... aquí. –Hizo las señas universales para estas acciones y el rostro de Circe se iluminó.

–Sí... ¡Más tarde!

Vio que adaptaba ligeramente la mirada para observar la antigua cicatriz en la línea del cabello y, aunque su sonrisa no vaciló, leyó algo

que desapareció tan pronto como lo tomó en consideración.

–Más tarde.

* * *

Circe había sacrificado una cabra con tal destreza que hizo callar a los argonautas, que intercambiaban miradas y arqueaban las cejas. Ni una sola gota de sangre había tocado su estola: había cogido un cuenco de sangre y lo había vertido sobre la piedra sagrada con una oración silenciosa pero perentoria. La única ayuda que había aceptado fue para desollarla y colocarla en un asador sobre el hogar. Oileo y Jasón la observaban de cerca mientras espolvoreaba hierbas sobre la carne, pero no se preocupó de ocultar nada. Los sorprendió mirándola mientras trabajaba.

–*Rigani, rigani*, *dendrolivano* –dijo, señalando dos manojos de hierbas–. Mi jardín de hierbas... exo... err, fuera. ¿Sí?

La cabra resultó suculenta; las hierbas, maravillosamente aromáticas. Había más vino, un tinto almibarado procedente de sus, en apariencia, ilimitadas reservas, así que los argonautas pronto se emborracharon por completo. También Jasón y Oileo.

Exigieron a Orfeo que recuperara su lira y él accedió tocando un alegre y eufórico ritornelo con aires de esperanza y camaradería.

Entonces Circe comenzó a cantar.

Incluso los animales en sus establos y corrales suspiraron de satisfacción, y los lobos grises gemelos se acercaron y se acomodaron junto a ella, haciendo que los argonautas más cercanos dieran un salto por la sorpresa. No importaba que las palabras fueran ininteligibles para los argonautas: su voz temblorosa permitía que hasta la última gota de sentimiento se filtrara en sus conciencias. Transmitía soledad y satisfacción, soledad y paz, desesperación y asombro, y los hipnotizó a todos. Incluso Medea comenzó a balancearse y tararear suavemente. Sin decir palabra, Orfeo tomó una vez más su lira y tocó una melodía que complementaba el canto de Circe como si lo hubieran ensayado juntos todos los días de sus vidas.

Cuando terminó, el aire todavía temblaba y resonaba, y nadie se atrevió a romper el hechizo aplaudiendo o vitoreando. Los argonautas sólo pudieron asentir con la cabeza en reconocimiento de la belleza de lo que acababan de presenciar. Circe le susurró algo a Medea, quien entró en el salón y regresó con más vino.

Todos bebieron hasta saciarse. El vino les robó la fuerza de las piernas y la tensión de las mentes, y luego iniciaron el regreso por la colina hasta la playa cargados con canastas de comida sobre aquellas piernas que se habían convertido en gelatina. Se durmieron tan pronto como estuvieron cubiertos por las zaleas y en cuanto las cabezas tocaron las almohadas.

IV

Aquella misma tarde, el rey Pelias se desplomaba en su trono, mirando distraídamente el crepitante fuego de la chimenea. Las sirvientas pintadas se dedicaban calmadas a sus quehaceres en los aposentos de las mujeres, susurrando entre ellas cuando estaban seguras de que no podían oírlas. El par de guardias que estaba de pie junto a las puertas del megarón solía cuadrar un poco el torso desnudo cuando las chicas cruzaban el pasillo, pero, en esta ocasión, fueron ignoradas.

Ahora otra joven apareció por una puerta lateral, retorciéndose las manos. Miró a otra, su hermana, que estaba fuera de la vista y recibió un gesto de aliento.

–¿Padre?

Ninguna respuesta.

–¿Padre?

Pelias se movió.

–¿Querrás algo antes de que nos retiremos a dormir?

Los guardias miraron con interés. La hija de Pelias, vestida con una falda con volantes de colores brillantes que combinaban con los ricos tonos de los frescos de la pared, parecía extrañamente desamparada. Aunque tenía una cintura estrecha y su vestido dejaba al descubierto unos pechos respingones, no era la favorita de los varones. Los hombres de Pelias a veces comentaban en la sala de guardia que le faltaba la piel más oscura, la altura y la altivez de su hermana mayor, quien, a diferencia de esta niña malhumorada, captaba y mantenía la atención masculina.

Pelias, era cierto, parecía no estar escuchando. La pérdida de su madre había dejado a las chicas con el corazón destrozado, pero él no era capaz de mostrar ninguna compasión aquel día. Le hizo un gesto de desdén. La hija hizo una reverencia y se alejó apresuradamente, al borde de las lágrimas. Después de unos momentos, Pelias levantó la vista y señaló al guardia de mayor rango.

–Tú.

El guardia hizo una reverencia y se acercó, deteniéndose a una distancia respetuosa del trono, con la mirada baja.

–Necesito que encuentres a un viejo vidente que... que me ha aconsejado antes, en este palacio. Él... no sé dónde puede estar, pero haz que me lo traigan. De inmediato.

–Mi señor.

El guardia chasqueó los dedos y se le unieron otros dos que estaban de servicio en el pórtico. Aunque no cuestionaron sus órdenes vagas y apresuradas, un gesto ceñudo fugaz comunicó la dificultad de la tarea.

–Hacedlo lo mejor que podáis, muchachos.

La pareja saludó y desapareció en las calles de Yolco, iluminadas por las estrellas.

* * *

Los guardias tardaron gran parte de la noche en localizar al vidente. Tuvieron suerte. El viejo había planeado viajar al día siguiente a las alturas del monte Pelión para comunicarse con los dioses. Cuando se enteró de que se exigía su presencia en palacio, puso un cepo en sus labios y se guardó los pensamientos para sí mismo.

El vidente fue escoltado hasta una terraza soleada sobre los aposentos privados de Pelias. El rey había pasado gran parte de los últimos días allí, meditando. El aire cargado de pinos y el leve olor a mar le despejaban la cabeza. Le gustaba especialmente el coro optimista de los cantos de los pájaros al amanecer.

–¿Mi señor?

El vidente intentó hacer una reverencia. Pelias observó la postura en cuclillas, torpe y artrítica, sin hacer comentarios.

–Por favor, siéntate. ¿Un poco de agua o de vino?

Cuando lo desestimó, el rey se sirvió una copa de un jarro de oro antes de sentarse y escuchar la calma distante del mar. El vidente apoyó las manos en el cayado y esperó. Se dio cuenta de que el bigote del rey había vuelto a crecer y que su barba canosa estaba más poblada que la última vez que lo había visto. Su fuerza vital se percibía disminuida, aunque su actitud era igualmente altiva y cortante.

–La reina ha muerto tras dar a luz a un niño muerto. –Pelias mantuvo la mirada fija en el mar, aunque el vidente sintió que su atención estaba muy centrada en él–. Un niño.

Un murmullo incoherente precedió sus palabras.

–Una doble tragedia, mi señor. Lo siento mucho.

Pelias tomó un sorbo de vino. Le tembló un poco la mano mientras volvía a apoyar la copa.

–Nunca he olvidado tus palabras, la última vez que fuiste invitado aquí. Lo que auguraste se cumplió, más o menos como dijiste que sucedería. Tienes un don poco común.

–Un don... –Las encías del vidente subieron y bajaron–. Sí, de hecho. Y también una carga.

–Entonces..., tal vez deberías desahogarte. Tal vez podríamos ayudarnos mutuamente. ¿Qué dices?

–¿Mi señor?

–Mucho antes de la muerte de la reina, presté atención a tu interpretación de mis visiones. Sacrifiqué en honor a Hera con tanta energía como lo he hecho durante mucho tiempo con el Agitador de la Tierra. Para... respetarla, para apaciguarla, como la Diosa Madre merece. De hecho, el mes anterior –miró fijamente al vidente–, sacrifiqué una hecatombe a mis expensas. Y la carne asada de cien cabras mantuvo llenas muchas tripas en muchos kilómetros a la redonda, ¿entiendes? Quizás incluso tú mismo te beneficiaste.

–¿Inmaculadas?

Pelias alzó las manos.

–En la medida de lo posible, dadas las circunstancias. Una cabra es una cabra, al fin y al cabo.

El vidente gruñó evasivamente.

–¿Y bien? ¿No es eso piadoso?

–Un acto piadoso, mi señor.

–¡Y, sin embargo, la consorte del Tonante no lo cree así! –Pelias se masajeó el puente de la nariz mientras sus emociones se calmaban–. Todavía alberga amargura y rencor en su corazón, o lo que sea que pase por uno entre los olímpicos. –Pelias esperó una respuesta, pero sólo escuchó la respiración agitada del vidente–. ¿Por qué?

–Los dioses no tienen obligación de responder a nuestros sacrificios. Debes saberlo. Tal vez las Parcas hayan influido en este asunto.

Pelias cerró los ojos y dejó que la suave brisa le acariciara la frente como un bálsamo. Quería mantenerlos cerrados un rato más, pero aún no había dicho lo que quería decir. Respiró profundamente.

–No ha habido noticias de mi hijo. Ni tampoco del *Argo*.

–Tu hijo sigue vivo. El *Argo* aún navega.

Pelias abrió los ojos de golpe y los volvió hacia el vidente.

–Pareces muy seguro de ti mismo.

Pero el vidente estaba mirando fijamente al mar y sus ojos se habían puesto vidriosos. Empezó a tararear desafinadamente. Pelias había visto esto antes y sabía que no debía interrumpirlo, aunque su corazón acelerado lo instaba a hacerlo.

–Tu dilema es cruel...

–¿Qué?

El vidente lo ignoró, aunque el zumbido de su cantinela adquirió la cadencia de las olas que bañan la orilla.

–No recompenso los epigramas. ¡Quiero respuestas!

Entonces empezó a reírse entre dientes y su voz aguda, cuando emergió, no era la suya.

–Quiere que el *Argo* sea destruido pero que su hijo sea salvado... Quiere una cosa pero no la otra... Un dilema cruel... ¿Y qué es esto...?

El torso del vidente se sacudió y parpadeó hasta recuperar la conciencia. Pelias lo observó con curiosidad mientras su pecho frágil

subía y bajaba.

–¿Y bien? ¿Qué viste?

–Algo que nunca había visto antes... Una presencia oscura que eclipsaba la luz. ¡Una entidad terrible, mi señor!

–Habla claramente.

Sin que se lo ofreciera, el vidente se llevó la copa de Pelias a los labios. Un poco del líquido carmesí le goteó por la barbilla. No le dio importancia al ceño fruncido de Pelias mientras la volvía a colocar sobre la mesa.

–Hay otra a la que debes apaciguar, mi señor.

–¿A quién?

–La terrible diosa Brimo. ¡Hécate se acerca!

V

Mientras los argonautas dormían, un consejo de sapeirianos, colcos y otros anatolios, convocado apresuradamente, se reunió junto a sus barcos en la playa a un estadio o dos al este del estrecho. Hubo muchos movimientos de cabeza y conversaciones tranquilas. No había amor entre las tribus y el llamado a las armas había estado desgarrado por la sospecha y el miedo mutuos. Y ahora, no les cabía duda, las cosas estaban a punto de llegar a un punto crítico.

El príncipe Melas de Cólquida, nieto favorito del Gran Rey Eetes, caminó al frente de los guerreros. Sus rasgos oscuros, por los que lo llamaban «el Negro», brillaban de ira. Detrás de él estaba un líder de uno de los estados vasallos de Cólquida. Los guerreros guardaron silencio.

–Nuestro barco acaba de regresar –dijo, esperando que el hombre de detrás de él tradujera–, y puedo confirmar que otras almenaras a lo largo de la costa ya no están encendidas. –Observó las reacciones de los hombres reunidos alrededor mientras se transmitían las palabras. Tenían suficiente experiencia como para no revelar sus verdaderos pensamientos, pero Melas podía notar que algunos estaban aliviados. Eso profundizó su desprecio por ellos–. Espero que esto se deba a que ya han encontrado a los aqueos. Espero castigarlos yo mismo, como castigamos a todos los que nos ofenden.

La traducción terminó y las olas golpearon la orilla mientras los presentes consideraban las palabras. Un jefe sapeiriano habló en un colco vacilante.

–Entonces, ¿el asunto está terminado? ¿Nos vamos a casa ahora?

Los labios de Melas se curvaron con frustración.

–Los demás están liberados. A ti todavía te obliga el juramento hacia mí, hasta que se ponga el sol de mañana.

El jefe le sostuvo la mirada por un momento antes de inclinarse en una reverencia.

VI

Unas voces airadas sacaron a Jasón de su profundo sueño y parpadeó al abrir los ojos. Las cenizas de la fogata que había a su lado estaban frías y el resto de los argonautas seguía roncando. El sol estaba un dedo por encima del horizonte y la playa, bañada por un resplandor rosado intenso. Retiró la zalea, se frotó la cara y escuchó.

Por encima de la calma del mar, nada. Era demasiado temprano incluso para las cigarras, aunque el extraño balido de una cabra le aseguró que no era el único ser vivo despierto.

Entonces lo oyó de nuevo. Voces de mujeres que venían de la alquería. Consideró despertar a Oileo, pero, aunque decidió no hacerlo, el hombre ya se estaba moviendo. Cuando vio a Jasón vigilante a su lado, se despertó de golpe y cogió la espada, haciendo una mueca estremecida cuando la herida se encendió de dolor.

–¿Qué? –susurró.

–Voces. Enfadadas.

Se aclararon la boca con agua de los odres y subieron la colina, tratando de evitar el crujido de las agujas de pino bajo los pies. Cuando estaban a mitad de camino, vieron a Medea y Circe discutiendo bajo el antiguo olivo. Se escondieron entre los árboles que bordeaban el camino. El comportamiento lánguido de Circe del día anterior había desaparecido. Ahora estaba repleta de ira. Medea intentaba mantener su posición, pero a los hombres les quedó claro, a pesar de la ignorancia del idioma, que estaba a la defensiva.

Entonces Circe se detuvo y giró la cabeza hacia el camino. Los ojos de Medea la siguieron. Los corazones de Oileo y Jasón dieron un vuelco.

Aunque estaban seguros de que estaban fuera de la vista, podían sentir el calor de la mirada inquisitiva de Circe marcando los troncos de los pinos. Luego se dirigió a Medea con mirada cortante, levantó las manos en el aire y se dirigió a su casa. Medea abrazó un velo sobre sus hombros y caminó hacia ellos, con la cabeza gacha. Cuando se acercó, giró por un sendero de cabras que serpenteaba entre los árboles en lo alto de la cresta de la isla y desapareció de la vista.

Jasón miró a Oileo y le indicó por señas que tomaría el camino por donde había desaparecido Medea. Su compañero asintió e inclinó la cabeza hacia la casa de Circe. Jasón salió de las sombras y se arrastró por el camino de cabras cuando estuvo seguro de que Circe estaba fuera de la vista. Oileo esperó hasta que se hubiera marchado y miró hacia la alquería. Oyó un sonido metálico y supuso que estaba preparando el desayuno, lo cual, como su estómago gruñía en ese mismo momento, le pareció bien. Aunque había comido tan bien como cualquier otro la noche anterior, su apetito había regresado con fuerza después de la fiebre.

Caminó de puntillas hacia el edificio principal, tratando de ignorar el movimiento de orejas y las miradas curiosas de algunos de los animales. Un par de cerdos resoplaron y se alejaron de él, lo que lo dejó paralizado. Se oyó a sí mismo haciendo un ridículo sonido de arrullo para calmarlos y se detuvo: eran los lobos a los que temía y no podía verlos. Entonces vislumbró a Circe ajetreada por el patio trasero. Llevaba una gran bandeja de bronce. Una muy pulida.

La levantó por encima de la cabeza, inclinándola un poco de un lado a otro.

Por unos momentos, se quedó mirándola sin comprender. Pero entonces se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Miró en dirección al mar antes de retroceder alrededor de la línea de edificios, frotándose la cara, mientras su mente se aceleraba. La respuesta era clara, pero le hizo perder las esperanzas. Se apresuró a bajar por el mismo camino, manteniéndose entre las sombras frescas, mirando hacia arriba, adonde había visto a Jasón por última vez.

Consideró la posibilidad de tratar de encontrarlo y contarle, y enterarse de qué había tratado la discusión. Pero ¿realmente importaba? Lo que estaba a punto de suceder, sí. Así que se apresuró a regresar a la playa, donde el resto de los argonautas se estaban estirando y lavando las caras.

Meleagro lo miró con curiosidad mientras giraba el cuello.

–¿Tienes prisa por decirnos que ha preparado tocino?

Oileo miró a su alrededor y esperó hasta que los demás reanudaran lo que estuvieran haciendo. Llevó a Meleagro a un lado y le explicó lo que había visto en un susurro perentorio.

–Voy a necesitar unos pocos víveres, el *Tifis* y algunos hombres. Es necesario que Orfeo y Dáscilo estén entre ellos. No se lo digas a los demás hasta que sea necesario: tienes que mantenerla tranquila por un tiempo todavía.

Meleagro lo pensó y asintió. Posó una mano carnosa sobre su hombro.

–No hagas ninguna estupidez ahora.

* * *

Una luz moteada caía sobre la espalda de Medea mientras caminaba por el sendero. Daba vueltas y más vueltas a su anillo en el dedo, hecho de pizarra negra. A Jasón no le había gustado desde que lo vio por primera vez.

Se detuvo y levantó la cabeza, como un ciervo que percibe un olor en la brisa.

–Hola, Jasón.

–Podría haber sido cualquiera.

–Pero no fue así. Eres más ligero al andar que la mayoría de tus hombres.

Jasón llenó de aire los pulmones, disfrutando de la mañana mientras el sol comenzaba a extraer la fragancia de los pinos. Los pájaros trinaban a su alrededor, pero, ajena a todo ello, Medea llevaba una pesada carga.

–Te vi discutiendo con tu tía. ¿De qué se trataba? –Como no respondía, se detuvo frente a ella–. Mírame, Medea.

–Frontis. Le pedí la catarsis. Por lo que hice –añadió, con una nota de frustración cuando Jasón la miró parpadeando–. Por su cuerpo.

–¿Y?

–Se niega a purificarme. Está enfadada. Dice que los dioses, mis dioses, me habrán abandonado.

Jasón pensó en la ausencia de voces en su propia mente. La repentina desaparición, reflexionó, había ocurrido más o menos al mismo tiempo.

–¿Y dónde nos deja esto? ¿A todos nosotros?

Medea miró hacia otro lado.

–Deberíamos estar listos para abandonar esta isla mañana por la mañana, como mucho por la tarde, si Hécate lo permite. Si el miasma no la ha ofendido tanto.

–Podemos hacerlo. Al menos habremos descansado y llenado nuestras cestas. No es tan malo, ¿verdad?

–No quiere volver a verme nunca más.

Jasón estaba a punto de dejar pasar el comentario, pero se contuvo. El hecho de que apenas viera a su tía era irrelevante: lo que importaba era que se rompiera otro fino hilo que la unía a su hogar y a su pasado. ¿Serían los recuerdos y la ropa que llevaba puesta todo lo que quedaría de su vida anterior? Extendió la mano para abrazarla y, esta vez, ella no se resistió.

VII

Oileo, Dáscilo, Orfeo, Linceo el de la vista aguda, Eribotes, un alfarero del continente, y Teseo, con Anceo al timón, sacaron el *Tifis* de las doradas arenas de Cianida antes de que Jasón regresara. Convencerlos de que partieran en la misión resultó mucho más fácil de lo que había imaginado: tener coscurros, fruta y queso para ellos solos ayudó a resolver el asunto. Los vientos eran favorables una vez que dejaron atrás a remo el extremo noroeste de la isla, pues sólo había unas pocas nubes dispersas en el cielo. Eligieron una ruta a medio camino de la costa tracia para que no fuera demasiado obvio que habían zarpado de la isla de Circe.

Había algo intensamente liberador en el viaje, como si fuera un anticipo de un regreso al archipiélago. Al principio, la vela se hinchó y ondeó. El grupo de argonautas se relajó y bromeó, aunque Oileo mantenía una mirada atenta a la meseta de Cianida mientras comenzaba a deslizarse hacia el azul brillante del horizonte norte.

Mientras que a los demás se les había dado una descripción deliberadamente vaga de lo que él y Jasón habían presenciado, Oileo no envidiaba a los que todavía estaban allí. Se preguntó qué clase de atmósfera habría.

–Yo diría que la entrada al estrecho está en el horizonte. Mirad.

Oileo había estado tan concentrado en observar a Cianida que olvidó mirar hacia el sur más de una vez. Ahora la costa de Anatolia era visible, de color púrpura, salpicada aquí y allá con verde mar. El rostro de Anceo se tensó incluso mientras hablaba.

–Barco a la vista. Preparaos.

Una mirada por la borda de babor y las sonrisas se desvanecieron. El barco todavía estaba a una milla náutica o más de distancia, pero parecía estar virando hacia ellos. Los siete argonautas se quitaron los petasos y los reemplazaron por pañuelos de lino, que era lo más parecido que habían visto usar como tocado a los colcos.

–No habléis, ¿entendido? Sólo tú, Dáscilo. Y mantened la vista dentro del barco. Recordad cómo la gente común en Eea no se miraba entre sí. –Todos asintieron, y Oileo se volvió hacia Anceo y Dáscilo–. Sabéis qué hacer. –Se permitió una sonrisa fugaz–. Confiamos en ambos.

El timonel murmuró algo, pero su barba se había vuelto tan espesa que no vieron que sus gruesos labios se movían.

El *Tifis* ahora se arqueó hacia el barco que se acercaba. Su vela oblonga era enorme, pero el casco no parecía mucho más ancho que el suyo. La tela, notaron todos, era blanca. Oileo tardó unos momentos en recordar dónde habían visto algo parecido antes, pero Dáscilo se le adelantó en decirlo.

–Sapeiriano –susurró–. Vecinos de Cólquida.

–Al menos no es esa serpiente de Melas reclamando su juguete –dijo Teseo.

–No es bueno. –Oileo se volvió hacia Dáscilo–. Supongo que entenderán el colco, pero, ¿los entenderás tú?

–No hay nada que podamos hacer ahora. Callad, todos.

Cuando el barco sapeiriano cerró la brecha a un par de tiros de arco, Anceo empujó el timón para que el *Tifis* comenzara a virar un poco al sur.

–Dedos, es hora de que ocupes mi lugar.

Oileo le guiñó un ojo a Dáscilo, pero el joven tenía los ojos muy abiertos y dudaba. Se subió valientemente al timón mientras Anceo ocupaba su lugar, haciendo que el barco se inclinara un poco bajo su volumen. Por encima del silencio que siguió, la vela onduló y las maderas crujieron. La brecha se cerró a la mitad.

–Sacad los remos –susurró Anceo.

Oileo le dirigió una mirada estupefacta.

–¿Por qué asustarlos?

–¡Sacad los remos! –repitió entre dientes–. Manteneos ocupados. ¡Apenas unas paladas, no más!

Oileo sintió que se le revolvía el estómago. ¿Había perdido la cabeza? Sospechaba que la tensión de su situación casi lo había destrozado en el Fasis.

Los remos se hundieron en el agua sin aumentar la velocidad, pero al menos los hizo mirar hacia delante. Vio a Dáscilo estirar los brazos y cuadrar el pecho, bostezando antes de levantar un brazo perezoso en señal de saludo. Oileo sintió que el casco del otro barco se nivelaba, a tiro de piedra, no más. Con el rabillo del ojo, contó los remos. Diez, a babor. No era una galera grande, pero los superaban en número más de tres a uno. Y eran tipos grandes, todos. Tiró de su remo desabridamente.

–*Gamarjoba* –gritó Dáscilo, alegremente.

Hubo una respuesta brusca, no del todo amistosa, luego una pausa que, para Oileo, fue profundamente incómoda. Sintió que muchos pares de ojos examinaban el bote.

–Remos tranquilos –susurró Anceo–. Bebed.

Oileo fingió fatiga y aburrimiento, mirando a los hombres de enfrente mientras bebía un largo trago de su odre. Volvió los ojos hacia Dáscilo. El joven mariandino estaba recostado contra la popa. Miró al cielo e hizo un gesto general como para indicar que no era una tarea tan mala. Luego hizo una pregunta, que provocó que el otro timonel frunciera levemente el entrecejo. Para sorpresa de Oileo, el hombre era viejo y curtido por el clima. Y completamente calvo.

Un encogimiento de hombros evasivo. Los argonautas, fingiendo desinterés, se habían dado cuenta de que había cierta inquietud. El timonel se volvió hacia ellos y les ladró una pregunta que, estaba claro, Dáscilo no entendió. Mantuvo una actitud benevolente, pero todos podían sentir que su mente corría a toda velocidad. La tensión crecía a cada instante y, ahora, los otros remeros comenzaron a mirarlos con sospecha. Teseo soltó un eructo y echó la cabeza hacia atrás, soplando el aire de sus mejillas como si estuviera profundamente aburrido.

Dáscilo habló.

–*Chven viq'avit Cyanida*.

–*Cyanida?*

–*Diakh!* –Se repitió el nombre de la isla, pero, con otras palabras. Una nota de cierta sorpresa sonó clara–. *Msubuki*... ah... ¿Una luz intermitente, *diakh*? –El rostro de Dáscilo se crispó cuando notó que había caído en el griego por un momento, pero corrigió su error sin problemas. El capitán calvo enarcó una ceja y pareció algo impresionado. Dáscilo se dio cuenta y agregó–: *Kali gizhia*. *Circe!* –Por si acaso, también se hizo un círculo en la sien con el dedo índice y se puso bizco–. ¡Y sola!

El rostro del otro lado del agua se arrugó como un saco de cuero viejo y se rio entre dientes, haciendo un círculo en su propia sien. Repitió con entusiasmo una palabra que, para Oileo, podría haber sido «bruja» o «loca». Asintió con la cabeza en señal de estar en sabio acuerdo y vio que Linceo y Orfeo imitaban el gesto. Todos sintieron que el hielo se derretía y se animaron un poco.

Una voz diferente les hizo admitir que se habían equivocado. Hubo un intercambio entrecortado a bordo del bote sapeiriano. El remero que lo había iniciado se volvió hacia los argonautas con ojos suspicaces. Oileo dejó su odre de agua y arrastró los dedos debajo de su banco en busca de la espada. Un leve roce detrás de él le indicó que Orfeo acababa de recuperar el arco.

–¿Por qué no se van a la mierda? –dijo Oileo en voz baja.

Teseo murmuró que estaba de acuerdo.

Frente a ellos, Oileo vislumbró al sapeiriano inclinándose y diciéndole algo al hombre que se encontraba en el banco de adelante. Los dos tenían cabello grueso y rizado. Cuando miraron por encima de la borda, ambos mostraron la misma mirada de profunda desconfianza. Sus ojos pasaron por la vela colca y luego escudriñaron los rostros de los aqueos. Su capitán se volvió hacia Dáscilo y le preguntó algo, inclinando la cabeza hacia la isla.

–*Akhlos viq'avit*... Muy cerca, cuando lo vimos. –Dáscilo frunció el ceño y señaló con la mano en dirección a Cianida–. ¡Qué pérdida de tiempo!

Era peligroso cambiar al griego, pero estaba claro que no podía encontrar el modismo en colco. El timonel hizo una mueca y se encogió de hombros, señalando hacia el este. Dáscilo se vio obligado a protegerse los ojos mientras seguía el dedo del hombre.

Oileo notó que Dáscilo se ponía rígido. Recuperando la compostura, puso los ojos en blanco y maldijo.

–*Chven ts'avalt*. –Se volvió hacia los argonautas y bajó la voz–. Interceptaremos. –Anceo miró sin interés. Se dio la vuelta–. Otro barco. –Dáscilo dio una palmada en la borda y se puso más serio. Miró a los argonautas y gritó–: ¡Remad, hijos de puta!

Oileo y Anceo intercambiaron una mirada, pero, para su sorpresa, el otro timonel levantó la mano y dio a sus hombres sus propias instrucciones. La conversación, al parecer, había terminado. Oileo y los otros argonautas resistieron la tentación de mirar hacia fuera por temor a que eso los traicionara. Una vez más adoptaron las expresiones abatidas que habían puesto al comienzo del encuentro.

El *Tifis* ahora estaba mirando al este y Dáscilo mantuvo el rumbo, aunque la vela estaba floja. Al poco, el barco sapeiriano estaba fuera del alcance del oído y se dirigía de regreso hacia la costa de Anatolia. A Dáscilo le flaquearon los ánimos al timón.

–¡Bien hecho, Dedos!

–¡Bravo!

–Vamos –terció Teseo con ceño–. Guardaos las felicitaciones para más tarde.

Oileo le dio una palmada en la espalda mientras intercambiaba lugares con Anceo.

–Si salimos de ésta de una pieza, te voy a emborrachar tanto que no podrás mover la lengua.

–¡Moveos! –Anceo estaba siguiendo al nuevo objetivo–. Vamos a llegar tarde. Linceo, ¿qué...?

–Rojo y blanco. Es colco.

–Muy bien –gruñó el timonel–. Tenemos algo de trabajo que hacer. Y contamos con un poco de brisa. ¡A por ello!

VIII

–¿Por qué se acerca la bruja? –Idas señaló a Circe, que cargaba una cesta por el camino que llevaba a la playa–. Prefiero la vista desde allí arriba.

Telamón la miró y se encogió de hombros tras soltar un eructo.

–A quién le importa dónde comemos.

–Siempre que traiga ese vino con miel –añadió su hermano.

Butes alzó la ceja.

–Deja regusto.

–¡Pues dame el tuyo! –rugió Peleo–. ¡Miserables atenienses adoradores de vírgenes! ¡Todos tenéis estómago de niñas!

Vieron a Circe acercarse con paso firme sobre la arena polvorienta.

–¿Qué tienes ahí, princesa? –preguntó Idas.

La sonrisa de Circe sólo se desvaneció un poco, aunque no lo miró.

–Pan, queso..,. ah..., *mtsvadi*...

Idas se rascó la cabeza.

–No sé qué...

–Carne en pinchos... cocinada a fuego vivo. –Medea apareció en la playa alta, con sus sandalias en la mano–. Podrías ayudarla, ¿no?

Circe miró a Idas y a Butes por debajo de sus pestañas, y ambos se frotaron las manos.

–¡Primeros! –murmuró Butes.

* * *

Idas tuvo que agacharse bajo el dintel para entrar en el salón de Circe, pero Butes era más bajo. Miraron alrededor, a las antiguas paredes, con el entrecejo fruncido. Circe estaba de pie junto al hogar, blandiendo un

par de tenazas y una olla de barro. Con ella, los dos lobos domesticados, acurrucados y durmiendo. Se pusieron de pie cuando vieron entrar a los hombres, mostrando los colmillos, con los ojos amarillos clavados en el umbral. Al oír que se movían, Circe se volvió para ver a los argonautas y se enderezó.

–¡Fuera! Ah... Yo... Ah... Ellos...

Idas miró a Butes y los dos levantaron las manos a la defensiva, retrocediendo hacia la puerta. Circe apareció poco después con una bandeja de pinchos de carne en cubos, espolvoreada con hierbas. Se la entregó a Idas, cuyos ojos se abrieron de par en par. El apetitoso olor hizo que su estómago saltara de alegría.

–Un momento, por favor.

Volvió a entrar y regresó con dos jarras de barro, rebosantes de vino de pera. Se las entregó a Butes y luego los acompañó, mirando hacia la extensión del mar centelleante a la izquierda.

–Ve. Yo... voy a traer más.

Butes e Idas se pusieron en camino por el sendero, ansiosos por alejarse de los lobos, pero tomándose su tiempo para no perder ni un bocado de aquel almuerzo. Circe se unió a ellos al poco con otro par de jarras. Para Jasón, nada en su comportamiento sugería que había estado en una discusión apasionada apenas unas horas antes. De hecho, irradiaba buen humor. Había más carne ensartada y pan relleno de queso de cabra, espolvoreado con romero. El vino de pera se acabó enseguida, y, a través de la tranquila traducción de Medea, Circe expresó su pesar por no haber preparado más.

El sol se acercaba a su cenit y, acompañado por la soporífera corriente de resaca de las suaves olas contra la orilla, hizo que los argonautas pronto se sintieran somnolientos y con las extremidades pesadas. Extendieron sus zaleas contra las suaves dunas que bordeaban la costa, inclinando sus sombreros pétasos sobre el rostro para protegerse del resplandor del sol. Jasón sólo pudo tomar unos pocos bocados antes de que Medea se levantara, ofreciéndole una sonrisa fugaz. Abrazó su manto con fuerza sobre sus hombros mientras caminaba, luciendo más pálida y delgada que cuando la había visto por primera vez sentada

junto al estanque de rocas en Cólquida. A veces se olvidaba de la terrible tensión que ella también estaba sufriendo.

Bebió un trago del vino de pera que había en su copa y, por capricho, lo volcó en la playa. Observó el líquido dorado que manchaba la arena, sumido en sus pensamientos. Algunos de los argonautas ya estaban profundamente dormidos: los ronquidos de Peleo habían adquirido un silbido molesto desde que le habían arrancado un diente en Eea. Jasón se preguntó qué estaría haciendo la pequeña tripulación del *Tifis*, qué habrían visto. Las acciones de Circe eran inquietantes, pero seguramente Oileo lo habría mencionado si hubiera visto que enviaba algún tipo de señal en respuesta. Además, se marcharían de la isla en cuestión de horas, así que también era inútil. Bostezó y pensó en cerrar los ojos como el resto de los hombres.

Miró a su alrededor en busca de Circe. Había estado al borde del agua, con las sandalias en la mano, como Medea apenas unos momentos antes, pero ahora no la veía. Reparó de nuevo en el vino que había desperdiciado y sintió un escalofrío de inquietud. El dulce hidromiel que se había servido a los argonautas en el megarón de Eetes... Eso era lo que le había recordado el vino de pera. El hidromiel se elaboraba con miel de rododendro. Aunque Medea había negado que fuera venenoso, el efecto en algunos de sus hombres resultó ser muy poderoso.

Los ronquidos a su alrededor eran inusualmente profundos. Tiró la copa a un lado con una maldición y se acercó a Meleagro, dándole un golpecito en el hombro.

No hubo respuesta. Lo cogió por el hombro y lo sacudió, pero el cuerpo duro del guerrero estaba tan flácido como el de un niño dormido. Etálides, el heraldo, era el que estaba más cerca de Meleagro, así que se apresuró a llegar hasta él y le dio una bofetada en las mejillas. Aunque su respiración se entrecortó por un momento, permaneció profundamente dormido. Jasón levantó la vista y encontró a Medea, pero ahora estaba en el otro extremo de la playa, de espaldas a él.

–¡Ven aquí! –gritó, haciéndole señas con impaciencia.

Al percibir la urgencia en su voz, Medea recogió el dobladillo de su vestido y se acercó apresuradamente. Llegó un tanto sonrojada y se

enganchó las trenzas sobre la oreja.

–¡Míralos a todos! ¿Qué opinas de esto?

Medea sostuvo la mirada de Jasón y miró a Meleagro. Le pellizcó el lóbulo de la oreja con las uñas con la fuerza suficiente para dejar una impresión en forma de media luna. El príncipe de Calidón ni siquiera se movió.

–Los han drogado, ¿no?

Estaba a punto de hablar, instintivamente lista para defender a su tía, pero luego se detuvo.

–Entonces, ¿por qué no duermes?

–Sólo bebí un poco. Esto es igual que aquel hidromiel, allí en...

–¡Vamos, dilo! ¿Me acusaste entonces y me acusas ahora? –Se le encapotó la mirada–. ¿Por qué?

–No estoy... No te acuso ahora... Yo... ¡Mira! ¿Crees que ella pudo haber hecho esto?

Medea frunció el ceño.

–Sí.

–¿Por qué razón? ¡Nos vamos de aquí pronto!

–No lo sé. Iré a buscarla ahora. –Echó un vistazo al mar–. Aquí llegan los demás.

Jasón vio la vela roja y blanca, y sintió que su pánico se disipaba un poco.

–Bien. No puedo despertarlos yo solo...

Volvió a mirar y sus ojos se centraron en la galera que se acercaba desde el este. Acababa de rodear el promontorio, a menos de una milla náutica de distancia. Se protegió los ojos del sol.

–¿Jasón?

–Ése no es el *Tifis*. ¡La perra nos ha engañado! –Miró a Medea y sus ojos azules eran feroces–. ¡Respondieron a alguna señal! ¡Trae un poco de agua!

Mientras Jasón ponía su odre sobre la cara de Meleagro, Medea miró a su alrededor en busca de algo que fuera adecuado y, al no encontrar nada, se apresuró a llegar a la orilla para recoger un poco de agua de mar con las jarras de vino vacías. Meleagro escupió el agua y sus ojos

oscuros parpadearon somnolientos. Jasón le dio una palmada en las mejillas por si acaso.

–¡Levántate! ¡Levántate! –El príncipe de Calidonia agarró la muñeca de Jasón con fuego en los ojos–. ¡Estamos a punto de ser atacados y te han drogado!

Aunque frunció el entrecejo, Meleagro pudo ver que Jasón estaba nervioso. Se incorporó mientras Jasón señalaba el barco que se acercaba.

–Es colco. Tenemos que hacer que los demás se levanten. ¡Ahora!

Medea ya había despertado a Etálides y Eufemo rociándolos con agua de mar y el ambiente se había vuelto blasfematorio de tantas maldiciones cansadas. Al tratar de levantarse, Meleagro estuvo a punto de irse al suelo de nuevo, pero logró apoyar una rodilla mientras el mareo se desvanecía.

–¡No estamos en condiciones de luchar!

Recogió unos cuantos vasos y se dirigió tambaleándose hacia el mar, donde se dejó caer, esperando que el contraste de temperatura le estimulara las extremidades. Tuvo el efecto que deseaba y regresó para echar agua sobre las caras de Idas y Butes, que habían bebido más que la mayoría. Se tambalearon como corderitos recién nacidos e Idas lanzó un puñetazo confuso a Meleagro, pero perdió el equilibrio. El calidón los arrastró por las túnicas hasta el agua y los arrojó al mar, mientras que los otros que habían sido reanimados hicieron todo lo posible por despertar a los demás.

La galera colca, mientras tanto, se había acercado a unos pocos tiros de arco y sus remeros, percibiendo un objetivo debilitado, aumentaron el ritmo acompañándolo de un agudo grito de guerra.

IX

Oileo sintió que la herida le palpitaba, pero no se atrevió a mirar hacia abajo por miedo a ver una mancha carmesí que se extendía por su túnica ya sucia. El sudor goteaba a chorros de los hombres a bordo del *Tifis* mientras remaban con más fuerza. Aunque el viento de proa era débil, la corriente de las olas que golpeaban la costa occidental de Cianida interfería con sus paladas. Cada soplo de viento era seguido por una maldición, mientras que los gruñidos desesperados indicaban que los remos estaban demasiado sumergidos en el agua. Una bandada impasible de gaviotas posadas sobre las rocas observó su costoso avance. Todos los hombres a bordo compartían la misma emoción: ojalá pudieran desarrollar sus propias alas para abalanzarse sobre el enemigo. La matanza que pudiera estar sucediendo en la playa quedaba más allá de toda imaginación.

Habían perdido de vista la galera colca hacía ya un buen rato. Lo único que tenían a su favor era que estaba haciendo el camino largo hacia su destino final. Oileo miró a Orfeo y a Teseo. No eran los hombres más corpulentos entre los argonautas, pero tenían un corazón fuerte y remaban más allá de sus límites.

En el timón, la expresión de Anceo era sombría. Apretaba y aflojaba el puño de su mano libre, deseando agarrar el mango de su hacha de guerra, pero sintiéndose tan impotente como el resto de los que estaban en el balandro.

* * *

En la playa reinaba la confusión. Todos los argonautas estaban empapados: algunos se agitaban entre las olas como si se estuvieran ahogando; otros recobraban el sentido más rápidamente, pero ninguno estaba en condiciones de luchar. El barco colco se había acercado lo suficiente como para que pudieran distinguir los rasgos del timonel mientras lo guiaba hacia la orilla.

–¡Coged todos los escudos que tengamos!

Meleagro miró por encima del hombro, hacia el camino que conducía a la alquería de Circe.

–Jasón, quizá debamos retirarnos allí. Es una posición que tal vez podamos mantener.

–¿Hasta cuándo? –Telamón se tiró de la barba–. ¿Hasta que se vayan a casa a cenar?

Los ojos de Jasón no se apartaban del *Argo*. Nunca iba a olvidar la sensación de horror que había experimentado cuando se habían retirado del palacio y se encontraron a los colcos en el amarradero. Esta vez, para colmo, había dos vellones guardados a bordo.

–Si lo incendian, estamos acabados

–Eres un tonto si crees que eso es lo primero que harán cuando desembarquen –le espetó Peleo–. ¡Tienen la sangre que hierve! –Señaló con el pulgar a Meleagro–. Hacemos lo que él dice. ¡Escudos, por aquí!

–¡No! –Peleo miró a Jasón, sorprendido por el tono de su voz–. Tenemos una ventaja. El momento en el que son más vulnerables es cuando bajan del barco, del mismo modo que nos pasaría a nosotros. Entonces es cuando debemos atacar.

–¿Cuántos arcos tenemos, Jasón?

Se volvió hacia Meleagro y la locura de su sugerencia lo golpeó duro. Los dos arqueros más capaces estaban en el *Tifis*. Echó un vistazo a la galera colca. A menos de cien pasos. Los remos se hundían en el agua hambrientos de pelea. Sólo había dos arcos en la playa: los de Etálides, que no los tenía por su arma favorita, y los de Periclímeno de Pilos, a quien todavía sentía que apenas conocía. Periclímeno lo observaba de manera paciente, esperando instrucciones. Aunque su cabello oscuro y rizado estaba tan despeinado como su barba, tenía un aire tranquilo.

–¿Tienes flechas en tu aljaba?

–Ocho.

–¿Y Etálides?

Periclímeno se encogió de hombros.

–Menos, creo.

–¿Tienes la cabeza despejada?

–Sí.

Jasón se volvió hacia Meleagro y Peleo.

–Démosles una bienvenida que no olvidarán fácilmente.

Peleo resopló. Para sorpresa de Jasón, la hostilidad de su mirada se disolvió.

–Sí... ¿Por qué no?

–¡A mí! –Enseguida, los argonautas estaban escuchando mientras Jasón esbozaba el plan–. Y a mi grito, nosotros... ¡Miradme! Cuando dé la orden, nos retiraremos primero a las lanzas, luego a la pista que sube. Manteneos alerta... Eufemo, mírame. ¡Malditos sean! ¡Los veréis muy pronto! Si llegan hasta nosotros, perderemos nuestra ventaja, ¿entendéis?

Aunque Eufemo asintió mecánicamente, Jasón lo vio mirar de nuevo a la galera colca. El corredor era normalmente agudo y fiable, pero las drogas lo habían dejado con los ojos vidriosos. Se preguntó si siquiera sería capaz de cargar la honda y mucho menos de disparar con ella.

–Entonces, a moverse.

Formaron una media luna, girando hacia el este cuando la galera colca intentó cambiar de rumbo en los últimos treinta metros antes de hacer tierra. Si su timonel tenía un ojo lo suficientemente agudo, pensó Jasón, seguramente ya habría notado el andar inestable de algunos de los argonautas.

Era una hermosa tarde para luchar por sus vidas. El sol estaba lo bastante alto como para no favorecer a ninguno de los dos bandos. Miró a los hombres que estaban a ambos lados de él y, una vez más, experimentó una cálida oleada de camaradería cuando su corazón comenzó a acelerarse. Los dos arqueros estaban en cada extremo de la media luna; en el medio, Eufemo manoseaba una bolsa de cuero con

municiones. Habían traído numerosas jabalinas al comienzo del viaje, pero sólo la mitad estaban todavía en uso. Cinco lanzas más tomadas de la aldea de los *mossynoeci* habían sido clavadas por el cabo en la arena detrás de ellos. Habría sido una cabeza de playa bastante frágil en el mejor de los casos. Las drogas, que aún se filtraban con el sudor de sus cuerpos, la debilitaban aún más.

–¡Resistid, hombres del *Argo*! –gritó Jasón–. ¡Los derribaremos a todos antes de que toquen la arena!

El hervidero de voces de los colcos rugió por encima de las olas y el chapoteo de los remos. Se oyó un parloteo apremiante unido a unos gritos perentorios, luego el ruido hueco de los remos que se levantaban y de las armas que se cogían. Un momento después, la quilla silbó en la arena y luego una cacofonía de peleas, chapoteos y gritos, y los argonautas vieron al enemigo por primera vez: hombres toscos, de huesos grandes y rasgos romos.

Eufemo logró cargar un tiro, pero su puntería fue mala. Golpeó la proa de la galera con un fuerte golpe, pero en la prisa por desembarcar, ninguna de sus presas lo notó. La primera flecha de Etálides pasó por encima del barco, así que buscó con cierta torpeza otra en la aljaba. Sintió que se le aceleraba el corazón hasta un ritmo nauseante y que las piernas se volvían gelatinosas. A su lado, Pólux lo estabilizó con una palabra cortante.

Los argonautas notaron con consternación lo poco profunda que parecía ser el agua cuando los colcos la vadearon: apenas por encima de sus rodillas. También tuvieron la presencia de ánimo para desplegarse, sabiendo que su enemigo estaba en inferioridad numérica. En la primera fila, un guerrero con el torso desnudo y una espesa barba incipiente surcada por una cicatriz, a apenas veinte pasos de Periclímeno, se inclinó hacia delante cuando una flecha se le clavó en el esternón. Otro, a su izquierda, detuvo el paso por un momento fatal cuando su casco de cuero se deslizó sobre sus ojos. Una jabalina lanzada por Jasón le dio en la garganta y la punta le atravesó el cuello.

La segunda flecha de Periclímeno pasó silbando junto a su corpulento objetivo y se clavó en el hombro de un guerrero más delgado justo

cuando saltaba al mar. El impacto le abrió la boca y tragó un trago de agua salada mientras se hundía. Cuando emergió, vomitó bilis mientras arañaba el casco con los dedos.

El primer colco que llegó a tierra arrojó su lanza a Eufemo, cuyos pies se habían hundido en la arena y se negaban a moverse a pesar de su grito silencioso para reaccionar. La lanza tembló clavada en el estómago y sólo entonces se tambaleó hacia atrás, cayendo de espaldas, tirando del asta mientras su agresor sacaba una espada curva. Pólux se lanzó hacia delante y arremetió contra su costado expuesto con la espada que había robado en Lemnos. El filo mordió profundamente, pero otro guerrero había llegado a tierra firme a sólo unos pasos de él, portando un pequeño escudo redondo y una espada más larga. Al ver el peligro que corría su gemelo, Cástor blandió la lanza para protegerlo y le gritó que retrocediera. La media luna se aplanó y retrocedió en medio de gritos de pánico, y aún más hombres saltaron al agua.

–¡Dejadlo! ¡A las lanzas! ¡A... las... lanzas!

A todos se les rompió el corazón tener que abandonar a Eufemo, aunque estuviera mortalmente herido. Desde luego, era una actitud impropia de todos esos relatos de valor que habían escuchado junto al fuego.

Mientras otros avanzaban en tropel, un grupo de colcos se formó sobre el velocista como lobos alrededor de un cadáver. Las puntas de las lanzas destellaron mientras entraban y salían de su cuerpo. Los argonautas lo vieron retorciéndose y estremeciéndose. Por encima de los gruñidos de sus esfuerzos, sus gritos de «¡Madre!» quemaban los corazones y los oídos como ácido.

Entonces, unos cuantos guerreros, salpicados de sangre, les rugieron, desafiándolos. Uno escupió sobre el cuerpo de Eufemo, otro le retorció el cabo de la lanza en la ingle.

Idas y Butes salieron disparados de la línea, bramando, con saliva salpicándoles los labios. Los colcos sonrieron y les hicieron señas para que se acercaran.

–¡No! ¡No! ¡No! –El grito agudo hizo que la pareja frenara el paso.

La orden de Jasón era tanto un grito de angustia como un mandato, pero funcionó. La pareja retrocedió, con los rostros contorsionados por la rabia.

–¡Atrás! –Lanzó su última jabalina con furia. No debía fallar. Le arrancó las piernas a un guerrero–. ¡Ahora! –Jasón miró alrededor mientras su plan comenzaba a fracasar–. ¡Ahora! ¡Ahora! ¡Lanzas ahora!

Solo tres de las cinco lanzas fueron sacadas de la arena y arrojadas. Una falló. La neblina roja de la ira, la profusión de ruido, el miedo, el pánico y las drogas conspiraban para robarles el juicio.

Un espeluznante crujido del asta de una lanza... Unos pocos ruidos aislados de bronce mientras helenos y colcos se defendían y protegían. Las flechas de Periclímeno habían dado en el blanco: quedaban dos en su aljaba y no había tiempo para tensarlas. Todos los nervios de su cuerpo le zumbaban para que diera un paso atrás y las usara, pero había lucha cuerpo a cuerpo alrededor.

–¡Ahora! ¡Al sendero! –Los gritos de Jasón perforaban sus pensamientos–. ¡A la pista! ¡Lanzas! ¡Recoged las lanzas!

Meleagro le dio un golpecito en el hombro a Peleo.

–¡Retrocede, hombre!

Peleo se encogió de hombros sin mirar.

–¡Hermano! ¡A mí!

–¡Mantén la línea!

–¡Mantén la línea! –repitió Jasón.

Veinte pasos más adelante, los argonautas tendrían la ventaja de contar con un terreno más alto y un camino estrecho.

Los tracios Calais y Zetes tuvieron que avanzar a toda velocidad para sacar de la arena el último par de lanzas. El segundo retrocedió con destreza para evitar un salvaje corte de espada del colco que iba en cabeza. Mientras los hermanos tracios retrocedían hacia el camino que conducía a la alquería, hicieron pequeñas incursiones, dando puñetazos y tajos, bufando como gatos salvajes y maldiciendo con los dientes apretados a cualquier colco que se atreviera a abalanzarse sobre ellos. Al

ver la eficacia de su estrategia, otros argonautas intentaron lo mismo, pero con poco resultado.

El camino estaba a sólo quince..., diez pasos de distancia. Luego un simple salto. Pero, entonces, un par de colcos pasó como un rayo junto a Cástor y Pólux. En el extremo opuesto de la fila, Jasón percibió el pánico y captó una imagen borrosa de la acción. Cuando se dio la vuelta, Pólux estaba boca abajo e inmóvil. Hubo una pelea por su cuerpo. Un escudo de torre, revestido de piel de vaca –no podía ver quién lo llevaba–, se plantó frente a su cuerpo postrado. La escaramuza atrajo a otros colcos, que intuyeron una masacre. Uno de ellos estaba entre los argonautas, lanzando tajos como un salvaje. El otro se agarró el vientre y se tambaleó hacia atrás.

–¡No más! ¡No más! ¡Quedaos aquí!

–¡Nos estamos separando!

–¡Mantened la línea!

–¡Esperad!

Meleagro hizo retroceder a un argonauta, Etálides, que se dirigía a unirse a la refriega.

Algo zumbó sobre la cabeza de Jasón y otro colco cayó. Oyó la cuerda del siguiente disparo, tensada al límite de su resistencia, apenas a treinta centímetros por encima de su cabeza. La última flecha de Periclímeno hizo caer a su objetivo, rígido como un árbol. Unos dáctilos de asta temblorosa sobresalían del corazón del guerrero. No se movió.

Cástor arrastró el cuerpo sin marcas de su hermano por debajo de las axilas, lejos de la lucha. Jirones de piel de vaca ondeaban en la cara del escudo, detrás del cual Peleo estaba asestando frenéticos golpes. Junto a él, la espada de Telamón, agachado, nunca se detenía. El camino estaba a la distancia de una mano y los escudos se acercaban.

–¡Ahora! ¡Detrás de ellos!

Jasón resbaló en una roca lisa, pero mantuvo el equilibrio. Algo golpeó su escudo, haciendo que se le entumeciera el antebrazo. Entonces percibió la elevación gradual del sendero, las hierbas que le rozaban los tobillos y la sombra tranquilizadora de algunos algarrobos

que se alineaban a sus pies. Un poco más arriba, los animales de Circe comenzaron a balar y a gruñir al oír ruidos de violencia que se acercaban a ellos.

Al ver que el impulso de su ataque disminuía, los colcos que iban más atrás se dispusieron a ascender, con la intención de cortar la retirada de los argonautas. Jasón desvió la estocada de una lanza en la pantorrilla expuesta, pero sólo pudo patear la cara del guerrero que la blandía. Su espinilla atrapó una mandíbula pesada, enviando un rayo de dolor a lo largo del hueso.

–¡Más por aquí! –Por encima de la estridente ráfaga de golpes contra los escudos, dudaba de que su voz hubiera llegado–. ¡Más por aquí!

Mientras bailaba para evitar otras lanzas que se dirigían a sus pies, vio a Meleagro acercarse a él, y los dos comenzaron a cortar las puntas erizadas que se lanzaban hacia delante como víboras de bronce. Jasón vislumbró un rostro familiar en medio de los colcos que luchaban, pero luego se fusionó en el agolpamiento de labios curvados y dientes al descubierto y desapareció.

Sintió un dolor abrasador a lo largo del talón. Golpeó la cabeza contra una punta de lanza que cortó una línea nítida a lo largo de su piel al tratar de retirarse. Meleagro lo cubrió mientras se tambaleaba a un lado, desvió una lanza cortante con su escudo y pateó la garganta del hombre que la había arrojado mientras trepaba por la pendiente. El colco se tambaleó hacia atrás, jadeando, y sin tener en cuenta su lanza.

Jasón vio que otros evaluaban la pendiente, la cobertura desfavorable y los cuerpos desplomados sobre ella. El ataque aquí tuvo un punto vacilante. Jasón apretó los dientes contra el dolor en su pie e intentó llenar de aire los pulmones ardientes. Debajo de él, la playa estaba sembrada de cuerpos. Uno de ellos intentó ponerse en pie, pero tenía el costado abierto. Más lejos, Eufemo yacía inmóvil en la sombra de su propia sangre. Los argonautas jadeaban en busca de aire. En la luz moteada, los cuerpos brillaban con sudor y sangre. Los estoques colcos estaban rayando las piernas de los argonautas con verdugones con cada paso hacia atrás que daban. Dos carros, a lo largo, apenas podrían avanzar por el sendero y a Jasón le pareció que sólo eso les permitía

mantener la calma. Esto y el abigarrado muro de escudos que, incluso ahora, los colcos intentaban destrozar con sus propias manos. Algunas de las manos no tenían armas y era difícil ver a quién pertenecían. En semejante tumulto, los puños, los pies y los codos eran más efectivos.

–¡Jasón!

Meleagro estaba señalando hacia la aglomeración de cuerpos. Varios colcos habían atravesado la línea y una masa agitada de veinte o más parecía estar no lejos de ella. Sólo la densidad de hombres les impedía blandir las espadas con mayor fuerza. La lucha estaba en juego. Mudo de fatiga, con los pulmones en llamas, Jasón se adentró en la maraña pestilente. Con el rabillo del ojo, donde los ataques habían fallado momentos antes, vio una gota de sudor cuando un guerrero de cabello oscuro retrocedió ante un golpe dirigido a su cabeza. Un momento después, un dolor venenoso le atravesó la pantorrilla. Una luz cegadora brilló ante sus ojos y su grito ahogado atrajo una mirada desesperada de Meleagro. La luz del sol se reflejó en un estoque y luego, trepando entre los árboles, en el hombre que lo blandía, cuyo rostro había vislumbrado antes.

Melas el Negro, príncipe de Eea.

X

El débil alboroto de la lucha les llegó antes de que doblaran el promontorio. Aquí, un grito; allí, el chasquido sordo de las armas contra la madera. Los hombres a bordo del *Tifis* estaban exhaustos, con las túnicas pegadas a los lomos, el cabello goteando sudor por la espalda y la cara.

Siguieron avanzando mientras el horror que se desarrollaba en la costa se hacía más visible con cada palada. Anceo había aprendido del maestro timonel cómo ocultar toda emoción.

–¡Ojos en el barco!

Los argonautas y, supuso Anceo, todos los demás hombres con la suerte de haber navegado bajo su guía lo oirían gruñirles en sueños hasta sus últimos días.

Los guerreros colcos, con los pechos desnudos y los cascos cónicos, se arremolinaban en el sendero. Sólo el hecho de que no se movieran libremente sugería que todavía quedaba algún argonauta con vida. En sus miradas quedaba patente el pánico.

Oileo, Teseo, Dáscilo, Orfeo, Eribotes y Linceo, todos al unísono, dejaron de remar para mirar por encima del hombro. Bastaba con echar un vistazo. Oileo recordó cuando, de niño, se le había caído un panal y, al volver, lo encontró plagado de hormigas.

–¡Ojos en el barco! –rugió Anceo.

Era una tortura oír y no ver. Detrás de ellos, sonidos de desesperación y hombres que se defendían de la muerte. Delante, un mar centelleante y gaviotas volando en círculos, ajenas a los esfuerzos de los hombres de abajo. Anceo le pidió a Poseidón que recogiera el balandro y lo

empujara hasta la orilla, mientras los argonautas remaban con pasión. Estaban tan concentrados en dirigirse hacia la playa que se llevaron una sorpresa cuando la quilla raspó la arena. Junto a ellos, tan cerca que casi podían tocarla, había otra galera colca, mucho más grande que el *Tifis*. Anceo ya estaba saltando por la borda mientras la quilla aún se deslizaba por la arena, seguido por Oileo y Orfeo, que temblaban de expectativa, miedo y cansancio.

Oileo cogió a Dáscilo por el codo cuando estaba a punto de saltar.

–Haz que cada uno cuente, pero no te apresures.

El mariandino hizo un ligero gesto de asentimiento antes de lanzarse al agua.

Frente a ellos, una visión de ultratumba. Cuerpos esparcidos en actitudes de dolor desde el borde del agua hasta el sendero que conducía a la alquería, donde se agrupaban. La mayoría de ellos eran colcos, al parecer. Anceo vadeó la proa del barco enemigo justo cuando un par de cuerpos se balancearon frente a él, boca abajo, con el pelo largo lavado por las olas. Los empujó a un lado con una mueca. Detrás de él, Orfeo y Dáscilo, con los arcos a la altura de las cabezas. Oileo, Eribotes y Teseo habían despejado el otro lado del *Tifis* y estaban casi en la orilla. Uno de los colcos de retaguardia se giró y los vio. Miró una segunda vez y gritó a los demás para advertirlos.

* * *

Jasón se tambaleaba cuesta arriba mientras un mismo pensamiento palpitaba en su mente: «No te desanimes».

Su mundo se redujo al delgado filo del estoque, sin atreverse a apoyar su peso sobre la pierna derecha con heridas punzantes; ni siquiera a parpadear. Jasón apretó los dientes.

–¡Traidor! –Melas le espetó en colco antes de abalanzarse sobre él.

Fue un movimiento calculado con frialdad, destinado a obligar a Jasón a dar un paso atrás. La pierna herida cedió bajo él y se desplomó en el suelo, pero logró levantar el escudo por instinto. La espada de Melas se deslizó por su cara mientras lo atacaba. Jasón estaba apoyado

en el brazo de la espada y su propia respuesta fue tan débil que Melas pudo patearle la muñeca. Los dedos entumecidos perdieron el agarre de la espada de su padre. El estoque se dirigió hacia su rostro y el borde del escudo de Jasón recibió la peor parte del golpe. Sintió que la punta le abría un corte en el cuero cabelludo cuando la hoja se flexionó.

Todo el color y la sensación de sus últimos momentos se enfocaron con nitidez. Los valientes argonautas finalmente rindiéndose, el graznido de una gaviota y el balido de una cabra en el patio junto a la casa de Circe. El aroma de pino y tierra cálida.

Melas tenía el pie plantado sobre él. Jasón notó el polvo que cubría los dedos. Pisó fuerte donde supuso que estaría la rodilla. Tal vez lo dejaría cojo; un recordatorio permanente del momento en que mató al hombre que lo había liberado.

Oyó un crujido espeluznante, lo sintió a través del cuero de su sandalia. Una pierna extendiéndose más allá de sus límites, reventando el delicado cartílago y los tendones detrás de su pequeño escudo de hueso. Melas se dobló sobre la pierna rígida y el estoque golpeó el escudo de Jasón para desplomarse con fuerza junto a su cara. El colco bramó de sorpresa y de dolor, lo que le permitió a Jasón ponerse de rodillas y usar el escudo como muleta para alcanzar la espada. Los rasgos oscuros de Melas se deformaron de rabia mientras se colocaba encima de Jasón, con el pelo lacio pegado a la frente, y le arañaba la cara con ambas manos. La espada de Jasón se deslizó entre los dedos extendidos, le rompió los dientes y le atravesó la garganta.

Cautivado por el destello de dolor indignado en los ojos de Melas, Jasón sacó su espada de un tirón, haciendo una mueca cuando el bronce rasgó contra los muñones destrozados de los dientes. Se quitó a Melas de encima de las piernas y lo dejó ahogándose en su sangre. Pero todavía se sentía presa del pánico ante la posibilidad de que cualquier otro enemigo pudiera atacarlo. Así que se obligó a ponerse en pie, apoyándose en la pierna izquierda en el mismo momento en que vio a Calais y Zetes caer exhaustos. Jasón se mordió las oleadas de dolor y se tambaleó hacia los tracios, impulsado por el recuerdo de los gritos de Eufemo en la playa. Vendería cara su vida, por ellos. Los vio intentar

levantarse a sólo unos metros de él, pero unas manos poderosas los apartaron: Jasón ni siquiera pudo discernir de quién eran. Entonces llegó junto a ellos, cubriéndolos con el escudo, pero el peso imposible de media galera llena de guerreros lo obligó a bajar el brazo y la pierna herida se dobló. Sintió que un líquido cálido le caía sobre la cara desde arriba –sudor, tal vez sangre–, antes de que los gemelos fueran arrastrados y otras formas oscurecieran el trozo de cielo impecable. Jasón sintió una mano poderosa que lo agarraba por la túnica y lo obligaba a enderezarse, y vislumbró a Meleagro, con los dientes apretados, sin espada pero con el hombro apoyado en el hueco de un escudo que ni siquiera era suyo. Alrededor, los argonautas sólo se mantenían en pie debido a la presión de los cuerpos. No había delicadeza, ni habilidad, ni previsión. Sólo hueso, músculo y fuerza de voluntad. Cualquiera que se deslizara al suelo corría el riesgo de ser pisoteado hasta la muerte o perforado con el cabo de una lanza colca: la melé sólo permitía golpes hacia arriba y hacia abajo.

Jasón sintió un martillazo en el muslo, que lo dejó sin fuerzas y le hizo desplomarse. Giró la cara a un lado justo cuando el borde de un escudo golpeaba contra él y sintió que le desgarraba la mejilla. Entonces se encontró cara a cara con un colco, salpicado de sangre, que apretaba los dientes podridos. Jasón hundió la frente en la nariz bulbosa que tenía delante y le aplastó el tabique nasal. El hombre se deslizó hacia abajo: otro ocupó su lugar y los argonautas retrocedieron dos codos más en el sendero. Ahora estaban a mitad de camino y, veinte pasos más atrás, el patio se abría de par en par: un campo de exterminio marcado por un olivo antiguo.

La línea de argonautas se dobló sobre sí misma y Jasón sintió que el peso desaparecía de sus pies. Se preguntó si tal vez estaría muriendo. Se sintió bien y, por un momento, el latido de la pantorrilla se desvaneció. Luego se dio cuenta de que lo estaban llevando en vilo y empujando hacia atrás. Sintió que se le estrujaban los pulmones. Un poderoso mareo lo envolvió. A su lado, Peleo y Telamón luchaban con valentía, pero sus rostros eran máscaras de agotamiento. Los colcos rugieron,

sintiendo que había llegado su oportunidad. Renovaron el impulso y los argonautas se deslizaron aún más hacia su destino.

Hubo una oleada de actividad, parcialmente oscurecida por las ramas de los pinos que bordeaban el camino. La aplastante presión que empujaba el escudo de Jasón contra su pecho se alivió un poco, lo suficiente como para permitirle respirar. Aspiró aire fétido. Los pies, lastimados y magullados, ganaron tracción en el suelo una vez más. Un solo grito se convirtió en un alarido generalizado de desorden. En la parte de atrás de la multitud, los cascos cónicos se retorcían y los cuerpos se estremecían.

Rugidos familiares y un ruido sordo espeluznante. Apenas creyendo lo que veían sus ojos, Jasón vio a Anceo arrancando la cabeza de su hacha del cuerpo de un colco. El sol iluminó las gotas de sudor de su barba cuando dio otro golpe. Entonces, en medio del pánico, el ronroneo de las cuerdas de los arcos y los acordes de los gritos. La música del arco sonaba más dulce que la lira de Orfeo. Una y otra y otra vez, el golpe seco y el golpe sordo instantáneo de su carga. Las filas traseras de los colcos se debilitaban, aunque, para horror de Jasón, también vio a un argonauta caer con ellos. No pudo distinguir quién era. Aquellos que intentaban contraatacar fueron aniquilados por una matanza frenética como Jasón nunca antes había presenciado. Los rostros de los guerreros frente a él, momentos antes contorsionados por la sed de sangre, ahora suplicaban. La espada de Jasón no mostró clemencia. A su lado, Telamón, Meleagro y Peleo se convirtieron en un mecanismo de trilla humano. Todo terminó enseguida. Los colcos que mostraban signos de vida fueron tajados hasta que sus extremidades dejaron de estar unidas a los cuerpos.

Luego se pusieron de rodillas o se dejaron caer boca abajo mientras el ardor de los pulmones se calmaba. En medio de la bulla de los gruñidos, los jadeos y la respiración agitada, las cigarras chirriaban, las cabras balaban su coro eterno y el sol brillaba en un cielo impecable. Era un hermoso día para estar vivo.

XI

En las jornadas transcurridas desde la muerte de Filómaca y el parto de su hijo nacido muerto, el rey Pelias se había convertido en un recluso. Mientras permanecía en sus habitaciones, los mayordomos y escribas dirigían los asuntos del palacio. Había sido una temporada pletórica para el lino. Los almacenes estaban llenos de cestas tejidas por mujeres cautivas que se sentaban con las piernas cruzadas en las orillas del río Anauro y cotilleaban sin gran cariño sobre sus recuerdos desvanecidos en las lejanas orillas del archipiélago mientras, de vez en cuando, espantaban libélulas con sus ágiles dedos. Pronto, se necesitarían todas las manos para la cosecha de uvas y los estridentes festivales que vendrían después. Todo esto pasaba de largo para Pelias, como los barcos mercantes que iban y venían por el reluciente golfo de Pagasético.

Nunca se había engañado pensando que un gran amor lo unía en matrimonio con Filómaca. Solía burlarse de los mercaderes cada vez que oía historias de gobernantes pintados y depilados de la lejana tierra de Egipto que, desde el amanecer de los tiempos, habían adornado templos y mausoleos con imágenes de sus reinas consortes. Ahora no se burlaba de ellos. El peso imposible de la edad y la memoria le hacían encorvar los hombros y le dolía el corazón.

El día del funeral, los gallos habían cantado y el sol se había colado por las contraventanas de su habitación, bañando el espacio vacío junto a él con una luz dorada. Era consciente de que iba a ser el gran día entre todos los días. Quería acabar con eso de una vez, y le convenía oír que

su actitud sádicamente enérgica se interpretaba como eficiencia y resistencia reales. Pocos sabían que no era así.

Más tarde oyó que describían a la cantidad de ciudadanos que se alineaban en el camino que conducía desde las puertas del palacio hasta el cementerio como «respetable», pero no había oído hablar de ninguno de ellos. Pudo comprobarlo él mismo mientras cabalgaba con cara de piedra en el carro tirado por una pareja de caballos enjaezados, mientras escuchaba los murmullos del pueblo sobre cuánto había envejecido su rey, de la noche a la mañana. Detrás de él, sus hijas, el féretro fúnebre llevado por los esclavos más imponentes, con el torso desnudo, y las plañideras cerrando la marcha, tirándose del pelo y arañándose las mejillas.

Filómaca fue enterrada en su tumba con la debida solemnidad, acompañada de algunas de sus posesiones más preciadas, incluido el primer regalo que le hizo Pelias: un collar de turquesas. Un día, reflexionó con tristeza, sus huesos serían apartados y él se uniría a ella.

Y por fin, afortunadamente, todo había terminado. Fue sólo cuando subió a su carro, con la sandalia deslizándose del estribo, que la vio, cubierta con una estola de color crema. Había cometido el error de mirarlo directamente. Tal vez sintió que sus ojos oscuros lo miraban con furia como brasas ardientes: después de todo, no había visto a nadie más. Cuando reparó en su presencia, la mujer se dio la vuelta, pero era demasiado tarde. Aunque su expresión no cambió, pensó en ella mientras hacía el viaje de regreso a su triste palacio.

La viuda Alcimede, madre de Jasón.

XII

La sed les abrasaba la garganta.

Una vez que la espantosa tarea de despachar a los colcos terminó, sólo quedó una necesidad. Los argonautas se tambaleaban, mareados, magullados, doloridos por una multitud de laceraciones, entumecidos por los gritos de Eufemo que resonaban dentro de sus cráneos, hacia la alquería. Vaciaron jarra tras jarra de agua del salón de Circe. Cuando se acabaron, sacaron más del pozo que había detrás. Cuando los estómagos estaban llenos a reventar, sólo pudieron sentarse en el banco que sacaron al patio, o desplomarse junto a los muros, con el pecho agitado y las manos temblorosas por la euforia y el horror de lo que acababan de aguantar.

Medea fue de herida en herida, haciendo lo que podía con lo poco que fue capaz de conseguir. Algunos de los argonautas la miraban con furia, desconfiados de sus atenciones. Idas se la sacudió de encima, a pesar de los tajos enconados en ambos brazos.

–Jasón, tu pierna. Tienes que lavarla de nuevo en el mar –alzó la voz y se volvió hacia todos los que estaban en el patio–: Todos debéis bañaros en el mar. ¡Nunca había visto tantos cortes! ¡Se infectarán si no lo hacéis!

Las miradas que recibió fueron pétreas, angustiadas y vacías. Ninguno de ellos habló.

–¿Dónde está? –preguntó Jasón después de unos momentos.

Medea miró hacia otro lado.

–No lo sé. Cuando comenzó la lucha, vine a buscarla. Podría estar en cualquier parte de esta isla.

Oileo se unió a ellos. Estaba cubierto de manchas de sal, polvo y sangre que no era suya. Se puso en cuclillas sobre unas rodillas que chasquearon, lo que le provocó una mueca de incomodidad.

–El plato de bronce que usó. Está donde lo dejó.

Jasón hizo una mueca de dolor y levantó la pierna herida sobre un cubo boca abajo.

–Vienen más –resopló–. Eso es lo que tenemos que asumir.

–No podemos quedarnos aquí, eso es seguro. –Oileo miró el sol–. Todavía quedan seis o siete horas de luz.

–No podemos remar. Ni siquiera podemos navegar. Mira a tu alrededor. Hemos sufrido muchos golpes. Perdimos a Eufemo y a Eribote; podemos perder a otros si sus heridas empeoran. Casi perdimos a Pólux. Nos quedamos esta noche.

Entonces Jasón habló más alto.

–Ella tiene razón. Tenemos que tratar estas heridas: todas y cada una de ellas. –Se volvió tristemente hacia Oileo y se estremeció cuando el dolor le atravesó la pantorrilla–. Nos quedamos.

* * *

Fue mientras se bañaban, tan cautelosos como unos viejos inválidos, cuando lo oyeron. Un gemido agudo y tembloroso, como el de un animal en tormento. Parecía venir de las laderas boscosas al este de la alquería.

Oileo se secó el agua de mar de la cara.

–¿Qué ha sido eso?

Jasón le había dado la espalda antes de que el gemido se desvaneciera.

–Es ella. Llorando por su gente.

–Echamos a perder su pequeño idilio, ¿no?

–Medea vino aquí para la catarsis: sólo la hemos contaminado más.

–¿Y de quién es la culpa? –espetó Oileo–. Esta gente no es muy amable con los forasteros, ¿verdad? Abusaron de los ritos de hospitalidad dos veces y otras tantas fueron castigados. Tal vez la buena gente de la Cólquida pueda aprender una lección de esto.

Oileo se sacudió el agua de los brazos y caminó a grandes zancadas hacia la playa.

Arrastraron los cuerpos, más de cuarenta, hasta la galera colca. No por respeto. Muchos de ellos recibían patadas, y desde luego todos fueron arrojados al barco sin ceremonia. Butes estaba abriendo las bocas de los que habían caído cerca del sendero con su cuchillo. Jasón se apoyó pesadamente sobre una lanza y lo miró con disgusto.

–¿Qué estás haciendo? Tenemos que despejar la playa, prenderle una antorcha al barco, honrar a nuestros muertos.

Idas pasó junto a él con una mueca de desprecio.

–Está buscando botín.

–¿Qué?

–Uno de estos cabrones tenía un diente de oro –murmuró Butes sin levantar la vista–. Lo juro.

Jasón sacudió la cabeza y se alejó cojeando.

–Hay un montón de lanzas allí –le dijo Jasón a Dáscilo, que se abría paso entre los cuerpos con una mirada de disgusto.

–¡Lo encontré! –gritó Butes.

Jasón no le hizo caso y se abrió paso, a través de la arena manchada y revuelta, hacia donde estaba Eufemo. Oyó un doble crujido cuando Butes intentó liberar el diente. Odiaba al ateniense casi tanto como odiaba a Idas, pero, con cada encuentro, su admiración por el coraje de ambos hombres en el calor de una pelea crecía. Lo que aún hacía que los odiara más.

A Jasón le resultó muy duro enfrentarse a la idea de tomar el cuerpo mutilado de Eufemo. Cuando al fin lo hizo, no pudo reconocerlo. El salvajismo del enemigo no se había saciado tras clavarle una pica en la ingle, ni siquiera después de perforarle el vientre. Le habían abierto la cara hasta el hueso, dejando al descubierto los incisivos, como si fuera un perro gruñón. Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas mientras se esforzaba por tragar. Eufemo había muerto en agonía, separado de sus compañeros pero a plena vista de ellos, a muchas leguas de casa y llorando por su madre. Jasón dudaba de que pudiera olvidar alguna vez

aquella voz lastimera. Tal vez se reencontraría con ella algún día, en la morada de Hades.

A pesar de la impresión inicial que Jasón tuvo de Eufemo como un joven hosco y distante, no tardó mucho en apreciarlo. Aunque nunca resultó ser el guerrero más feroz, era el mejor atleta que Jasón hubiera visto jamás. Pero sobre todo fue su amigo, la primera persona que había conocido en Yolco. Lo echaría mucho de menos. Apartó la mirada y cerró los ojos, llenando los pulmones de aire marino.

No había ninguna posibilidad de moverlo, de llevarlo consigo. Sería incinerado allí, donde había caído, junto con su compañero de tripulación, Eribotes el alfarero.

* * *

La mayoría de los cuerpos habían sido retirados de la playa y gran parte de la sangre rastrillada con ramas, cuando Jasón escuchó a Medea gritar.

–¡No!

Se giró para verla arrodillada junto a un guerrero de pelo largo y rubio al pie mismo de la pendiente. Antes, Jasón había pasado por encima del cadáver con desagrado: era el que Anceo casi había desmembrado con su hacha. Medea tenía un aspecto desolado, con la cabeza inclinada, balanceándose hacia delante y hacia atrás, mientras los argonautas se dedicaban a sus espantosos asuntos en los alrededores, recogiendo el último de los cadáveres. Jasón se le acercó. Le pasó un brazo por los hombros y miró más de cerca el cuerpo. A pesar de lo brutal de sus momentos finales y de las horribles heridas, su rostro estaba sereno y tenía los ojos verdes muy abiertos. Jasón experimentó un escalofrío desagradable. Incluso sin la luz vital animándolos, se parecían mucho a los de Medea. De hecho, ahora que examinaba su rostro, las similitudes estaban en todas partes.

Jasón le cerró los ojos para siempre, lo que provocó que las lágrimas rodaran por las mejillas de Medea. Hizo el ademán de secárselas, pero ella apartó la cabeza de golpe y sollozó entre las manos. Aunque no

emitía ningún sonido, los hombros subían y bajaban mediante violentos espasmos. Oileo se les unió y, tras arquear una ceja, articuló una pregunta con los labios, pero sin sonido alguno: «¿Quién?». Él respondió de la misma forma: «Hermano». Oileo esbozó una mueca y dejó caer los brazos a los costados, sin saber qué hacer para mejorar la situación.

–Medea, ¿éste era tu hermano? –preguntó Jasón, en voz baja.

Durante unos momentos, mientras luchaba por controlar sus emociones, no pudo responder. Jasón sintió una repentina y abrumadora oleada de compasión y tristeza por ella. No se le había permitido llorar a su primo Frontis. Incluso se había sentido obligada a usar su cadáver para frenar a sus parientes, que la perseguían, y hacer una declaración a los argonautas: «No me subestiméis». La única persona que podría haber limpiado esta contaminación era su tía Circe, pero su fría negativa a realizar la catarsis había herido profundamente a Medea, cortando un segundo vínculo con su vida anterior. Luego, Circe la había traicionado. Y ahora esto. Un tercer corte y, por lo que Jasón sabía, el más cruel. ¿Cuánto más podría soportar Medea? Se secó los ojos con el dorso de la mano y respondió con voz trémula.

–Sí. Se llama Apsirto.

Miró a Oileo, que sacudió la cabeza con incredulidad.

–Lo siento, Medea.

Quería decir más, hacer más, pero sintió que ella necesitaba estar sola. Jasón se puso de pie de nuevo, tratando de imaginar a aquel hermano en Eea. Recordaba a un guerrero de pelo rubio en la mesa del rey, pero había estado demasiado lejos, en el humeante megarón, para registrar algo más sobre él. Entonces sintió una oleada de náuseas en la boca del estómago. ¿También sabía sobre su sobrino Melas, a quien Jasón había enviado en el mismo viaje emprendido por Apsirto?

–¿Qué pasa? –preguntó Oileo.

Jasón miró alrededor. El cuerpo de Melas todavía estaba desplomado de lado junto a un algarrobo: Periclímeno se dirigía hacia él. Jasón señaló con el dedo el cuerpo con los ojos muy abiertos, y la mirada en el rostro de Oileo sugirió que lo había entendido de inmediato.

La visión del cuerpo desfigurado de otro primo, por henchido que hubiera estado en vida por el orgullo rencoroso, seguramente sería demasiado para ella. Oileo subió apresuradamente la pendiente e interceptó a Periclímeno, mientras inclinaba la cabeza hacia Medea. Periclímeno miró a Jasón con curiosidad, pero luego pareció hacer la conexión. Lo estiraron y lo llevaron a la orilla, con Jasón tambaleándose detrás para ocultar el cuerpo. Incluso en la muerte, los ojos oscuros y astutos de Melas lo miraban fijamente, burlándose de él.

–¡No! –dijo Jasón cuando llegaron a la orilla del agua.

–¿Qué? ¿Cuál es el problema?

–Éste no va con los demás. Puede ir a la deriva por sí solo, para siempre.

Periclímeno hizo una mueca, pero no se opuso. Él y Oileo se metieron en el agua hasta la cintura y Jasón los vio empujar el cadáver, escupiéndole por si acaso. Sintió que la pierna se acalambraba con un dolor renovado y se metió en el agua para limpiarla de nuevo.

* * *

Desde la cresta de los pinos, Medea miró hacia abajo, a los argonautas, mientras dejaban caer gavillas de leña en la galera de la Cólquida. Aunque la recolección de hierbas por lo general la llenaba de alegría y de una sensación de pacífica soledad –pues para ella las dos eran una sola cosa–, sentía pesado el corazón y los pensamientos se amontonaban como nubes de tormenta.

Los helenos creían, según le había dicho Jasón, que el destino de los hombres dependía de los hilos tejidos por diosas, de las que algunos decían que eran hijas de la Noche. Esto los relacionaba con Hécate, a quien Oileo afirmaba haber visto en sus sueños. Medea había visto las bayas negras y las flores de la belladona que cultivaba Circe, así como las hojas purpúreas de la mandrágora. De hecho, miró hacia abajo y vio algunas en su cesta. No era ningún secreto que su tía tenía un conocimiento insuperable de hierbas y pociones: los cacharros de barro que cubrían los estantes de su hogar rebosaban de ellas.

¿Quién, entonces, estaba hilando los hilos de los hombres de allí abajo? ¿La propia Medea? Consideró lo sencillo que sería tijeretearlos a todos y acabar con el asunto. Por la muerte y destrucción gratuitas que habían causado en su nombre. Su hermano Apsirto era inocente, aunque careciera de carácter. Ninguna cantidad de tiempo borraría jamás la imagen de su cuerpo destrozado y de sus ojos ciegos mirándola, ni el horror de su primo Frontis siendo destrozado. Por Jasón y sus hombres. Por ella.

Acarició la raíz de mandrágora y cerró los ojos, viéndose a sí misma preparándola, extrayendo hasta la última gota de potencia. Pero no. Se habían dicho palabras y se habían cruzado líneas y... no. Nunca había sido su estilo jugar con el miasma de esta manera.

Sus pensamientos se dirigieron a Jasón. Le interesaba cuando hablaba del Hado y el Destino, cuando sus pensamientos se alineaban. Cuando sus hombres luchaban en el sendero, tres veces se había encontrado cubriéndose la cara ante su inminente perdición. Tres veces en las que había evitado la muerte. El valor era una cualidad que poseía, y una belleza que ella nunca había visto antes, a pesar de la suciedad y los harapos. Muchos hombres se habían pavoneado y habían presumido ante ella, tratando de llamarle la atención. Incluso su padre incitó a varios de ellos a hacerlo. Sin embargo, con Jasón... Había momentos, cuando lo veía tirar de las amarras del *Argo* y sus músculos se tensaban, bañados por la luz dorada del atardecer, en los que entendía por qué lo buscó para que la ayudara a liberarse de su prisión.

El jugo de amapola le había soltado la lengua y los pensamientos, pero un velo delgado aún guardaba la esencia de su carácter, como una telaraña fina como una gasa. No dudaba de que una parte de él estaba rota, desde el mismo momento en que había nacido. ¿Cómo no iba a estarlo, dado el abandono forzado y apresurado al que había sido sometido? Ella tenía las habilidades para hacer daño, pero también el instinto para sanar y, gracias a Jasón, prevalecía este último. A veces, la carga que soportaba lo volvía vulnerable, humilde, incluso, o ingenuo y fuera de lugar. La línea era muy delgada.

Observó a los otros argonautas trabajando. El barco ya estaba listo para empezar a arder. Vio a Oileo caminando sobre la arena, lejos de Jasón, y se alegró de haberlo atendido, de salvarle la vida. Era una excepción, junto con, tal vez, uno o dos más. Había levantado la cortina para ver más allá de esta vida, y ese conocimiento le resultaba atractivo. Quería saber más sobre sus sueños febriles, sobre su afirmación de haber visto a Hécate. Pero en cuanto al resto...

Si un hombre se definía por la compañía que frecuentaba, ¿qué sería de ella si pasaba más tiempo con aquellos piratas, que la miraban con un desdén y una lujuria apenas velados? «Bruja», la llamaban, o «princesa», con evidente sarcasmo. Los hombres eran todos iguales, sólo diferían en el idioma y las costumbres. Tal vez tuvieran coraje, si eso era lo que poseían quienes luchaban como animales acorralados, pero seguían siendo animales de todos modos.

Ahora estaba de nuevo en el patio. ¿Qué había sido de Circe? ¿Esperaba que la dejaran sola una vez más? ¿O tal vez ocupaba el tiempo tejiendo maldiciones para execrar a su sobrina desobediente? Ellos siempre tuvieron razón: había sido un error acudir allí.

Y estaba segura de que esos presuntos argonautas se lo recordarían con tono burlón y malhumorado.

XIII

La llamada a palacio llegó apenas un par de días después de que Alcimede lo viera por última vez. Nada de esto la sorprendió, salvo quizá la rapidez. Parecía que su esposa apenas se había enfriado en la tierra cuando el mensajero ya había sido enviado a Dimini.

Llegó mientras recogía los huevos de las gallinas que cacareaban y escarbaban en el recinto polvoriento. El gallo ya no la atacaba desde que su rival, del que lo había tenido que separar, había muerto. Aquella muerte anuló parte de la agresividad del gallo hasta volverlo dócil. Ahora parecía disfrutar de sus atenciones e incluso comía de su palma. De hecho, el mensajero se presentó mientras lo alimentaba. Nada más levantarse, reparó en él, que la miraba con lascivia desde la puerta. Tenía la cara delgada y llevaba esa barba puntiaguda que tanto se había puesto de moda en el palacio.

–¿Qué quieres?

–Más bien se trata de lo que quiere el rey, querida. Y lo que quiere, tiende a conseguirlo –sonrió y se echó hacia atrás el sombrero–. Como estoy seguro de que ya sabes.

–¿Ahora?

Miró los huevos que ella sostenía en el pliegue de su falda.

–Puedes dejarlos primero en algún lugar donde no se rompan.

Su niñera apartó la cortina a un lado, apoyándose pesadamente en su bastón. La nariz del mensajero se arrugó mientras la miraba de arriba abajo. Estaba increíblemente arrugada.

–Vete –graznó–. Yo me ocuparé de ellos.

XIV

Mientras pasaba entre las sombras jaspeadas de los árboles frutales, Alcimede se convenció de que la llamada tenía algo que ver con Jasón. Sintió el calor que irradiaba la tierra, aunque, por una vez, no le produjo ningún placer. El mensajero había desistido de sus esfuerzos por hablar con ella mientras caminaban. Percibió, por su pronta aquiescencia, que a menudo lo ignoraban.

Su mente se concentró en un solo pensamiento. El estómago le había aleteado de inquietud toda la mañana, antes de la llegada del mensajero, y era difícil sacudirse la convicción de que, de alguna manera, había previsto la llamada a palacio. Aunque sólo había sostenido a Jasón durante unos breves momentos después de su nacimiento, lo había llevado en su vientre durante ocho lunas llenas. Eso era suficiente. Su nodriza estaba de acuerdo: lo que Jasón sentía, ella también lo sentía. Como le pasó a la pequeña Eireni... Dulce Eireni... Su corazón todavía se dolía por su hija. El sufrimiento aún tenía poder para doblarla por la mitad.

Se dio cuenta de que se estaba presionando el vientre cuando el mensajero miró por encima del hombro con el entrecejo ligeramente fruncido. Los ojos pasaron de las manos a su rostro, pero no dijo nada. Se preguntó si él lo sabía.

* * *

Al fin llegaron a las puertas de Yolco. Pasaron por el recinto sagrado, y luego los edificios encalados y descascarados se cerraron sobre ella. Se preguntó por qué se había sentido atraída por el funeral unos días antes.

¿Fue por respeto a una mujer que apenas conocía y no tenía motivos para amar? Se detuvo para dejar pasar a un anciano, que la observó atentamente mientras descansaba sobre su bastón y se secaba la frente. ¿O era la necesidad de ver sufrir a Pelias, tal y como habían sufrido ella, Jasón y Esón?

En la entrada del palacio, un par de guardias se hicieron a un lado. Sintió sus miradas en la nuca, así que se subió el quitón sobre los hombros. Se le aceleró el corazón con la expectativa de entrar en el megarón. Habían pasado veinte largos años y los recuerdos amenazaban con abrumarla.

Entró, armándose de toda su dignidad. Era algo tan familiar y tan vago a la vez... Un fuego intermitente ardía en el hogar. El salón estaba tranquilo, pero no vacío. Algunos presumidos aristócratas que sostenían cálices de vino estaban sentados en un banco bajo los frescos que ella había encargado una vez. Los sirvientes pasaban silenciosamente por el otro extremo de la chimenea. No reconoció a ninguno de ellos. La miraban sin interés antes de desaparecer por un pasillo.

Convencida de que le pedirían que esperara junto al hogar, se detuvo. El mensajero caminó unos pasos antes de darse cuenta de que los de Alcimene habían cesado. Se volvió con una expresión de leve fastidio.

–¿Señora? Debéis seguirme.

Sintió un hormigueo de interés elevarse desde el banco del lado opuesto del megarón junto con el desvanecimiento de la conversación de los jóvenes. Sus sonrisas podían escucharse. Siguió al mensajero por las escaleras hasta las habitaciones de Esón, el verdadero rey, el único rey.

XV

Después de prender fuego al barco de la Cólquida, hicieron una pira para Eufemo y Eribotes mientras un chivo se asaba en el hogar de Circe. Cuando terminaron de comer, el cielo brillaba de rosas y dorados, pero el aire había perdido su chispa. La muerte de dos compañeros más ejercía un efecto lóbrego sobre los argonautas, así que la tarde transcurrió con una conversación tranquila y desganada. La mayoría de ellos también sufría de un dolor considerable. Mientras saqueaban la casa de Circe en busca de lino para curar las heridas, cojeaban, maldecían y se encogían a medida que cada hematoma, cada corte, se agravaba.

Medea había preparado una pasta para la herida de Jasón, que ahora vendaba con lino hervido. Comentó lo afortunado que era de que la hoja fuera un estoque, ya que dejaba una incisión estrecha y limpia que tenía buenas posibilidades de curarse. Jasón se detuvo cuando estaba a punto de pronunciar el nombre de Melas. Mientras observaba cómo atendían a Calais y a Pólux, Oileo bromeó diciendo que Medea corría el riesgo de momificarlos, pero sus comentarios ni siquiera auguraron una sonrisa.

–Mientras estábamos a punto de ser descuartizados, anciano –dijo Peleo, señalándolo con el dedo–, tú estabas en tu barco de recreo, tomando el sol.

–Si no hubiera sido por nosotros, no estaríamos hablando ahora. Digo «nosotros». La verdad es que fue Dedos quien los disuadió. Dedos y su divino dominio de ese lenguaje canino suyo. Un «gracias» bastaría.

Peleo miró a Dáscilo, pero su expresión no se suavizó.

–Lo diré yo entonces. «Gracias», Dedos. –Cástor le guiñó un ojo–. Cambiaste el rumbo, todos vosotros. De lo contrario, él podría no estar aquí –dijo, señalando con la cabeza a su hermano.

–De nada.

–Orfeo, deja de quejarte y levanta esa sartén, ¿quieres? –Oileo chasqueó la lengua–. ¿Naciste en un granero? ¡Eso no es una sartén! ¡Me refiero a esa cosa que está ahí, junto al hogar!

Impasible como siempre, Orfeo desenganchó la sartén de bronce y un cuenco deslustrado que había a su lado. La apiló con el resto de cachivaches que Oileo estaba envolviendo en una manta.

Acasto apareció a su lado.

–¿Estás pensando en cambiar a cocinero de palacio cuando dejes de ser guardaespaldas de palacio?

–No. –Oileo notó la llamativa ausencia de heridas en el hijo de Pelias–. No quiero que esa bruja atraiga a más de sus matones mientras sigamos aquí.

–Aún podría encender una almenara.

–¿Entonces a qué estás esperando? Será mejor que cortes todos los trozos de madera que encuentres. ¡Adelante!

Acasto se demoró como si estuviera leyendo el tono de su voz. Luego se alejó con un resoplido.

* * *

Se dirigieron hacia donde estaban Eufemo y Eribotes mientras las sombras se alargaban por la playa, arrastrándose sobre las pocas manchas oscuras que quedaban. Orfeo encendió la leña y las llamas pronto se apoderaron de los troncos de la base. No era nada grandioso, no tenían la energía para elevar la pira más allá de la altura de sus rodillas, pero las palabras de Jasón fueron sentidas y apropiadas. Desenvainó la espada y todos estaban listos para armar un estruendo con sus armas cuando, cortando sus pensamientos, se oyó un grito visceral.

–¡Po-ti-nia! ¡Po-si-do-na! ¡He-ka-te!

Se giraron de un lado a otro. El lamento de duelo que habían escuchado antes provenía del bosque, al este de la alquería. Pero esta vez nacía en algún lugar de la cresta boscosa, al oeste.

–Está invocando a los dioses... –observó Dáscilo–. Circe.

–¡Ya lo entendí! ¿Qué más?

Dáscilo estaba a punto de responder cuando Medea dio un paso adelante, traduciendo en breves ráfagas:

–«Con ojos de madre que se vuelven furiosos, convoca su ira, muéstrales el camino. Odio desatado, violencia desatada... Que astillen sus barcos... Que astillen sus huesos...».

–Está bien, basta.

–Encuéntrala, Dedos –dijo Idas, con la boca llena de pan–. Y atraviésala con una flecha, por favor. Suena como un gato callejero.

–Quiere detener su paso al otro mundo. Vamos a ahogar su voz.

Jasón golpeó la espada contra la cara del escudo y los demás lo siguieron. El rítmico crujido de las armas se elevó fácilmente por encima de los gritos de Circe y, cuando Jasón terminó su encomio en voz alta, los bosques y las crestas de Cianida habían quedado extrañamente tranquilos. Incluso los pájaros, las cabras y las cigarras habían enmudecido.

Los argonautas miraron alrededor, escudriñando el paisaje en busca de señales de vida. Jasón tuvo un escalofrío involuntario, preguntándose por el poder de aquella mujer. Luego volvieron a caminar por el sendero, atraídos por el olor del chivo asado.

XVI

–Mi señor –dijo el mensajero con gran cortesía–, la señora Alcimede está aquí.

Oyó un gruñido desde el interior de la cámara antes de que el mensajero se marchara. La puerta estaba entreabierta, así que se acercó. Cuando vislumbró la habitación que no había visto desde el nacimiento de Jasón, se quedó sin aliento.

Pelias estaba de pie junto a la ventana abierta con las manos entrelazadas a la espalda, mirando al mar. Lo primero que notó fue su cabello canoso, rizado sobre el borde púrpura de la túnica. Luego las arrugas en la piel entre la oreja y la barba, y el peso suelto sobre su cuerpo, antaño poderoso. El tiempo no había sido amable con él. Le proporcionó una pizca de consuelo. Luego se volvió para mirarla y la lívida marca del accidente de la infancia reflejó la luz oblicua del sol.

Le hizo una señal para que se sentara en un taburete junto a una mesita cuya superficie estaba decorada con azulejos de colores. Pero ella seguía contemplando la habitación. Adivinando sus pensamientos, no la apresuró hasta que se volvió a mirarlo.

Sólo entonces se sentó, rechazando la bandeja de plata con uvas que le ofrecieron.

–¿Por qué estoy aquí?

Él le entregó una sonrisa triste.

–Una buena pregunta. Una que me he hecho a menudo en los últimos tiempos. Por desgracia, Cloto, Láquesis y Átropos no nos acompañan para responder por nosotros. Pero, de todos modos, aquí estamos.

Su mandíbula se tensó.

–¿Por qué?

Pelias arrancó un puñado de uvas y se acomodó en su sofá. Por un momento, permaneció en silencio, lo que permitió que ella pudiera escuchar el trino de los pájaros y el suspiro distante del mar.

–Desde la muerte de Esón, ha llegado a mi conocimiento que has estado viviendo en un alojamiento que no es apropiado para una mujer de tu anterior..., de tu categoría.

–¿A ti qué te importa dónde vivo?

–Dimini es una covacha, habitada por campesinos viejos. Quedará abandonada mientras estemos vivos. Ambos lo sabemos.

–¡Sin embargo, allí es donde nos desterraste! ¡Donde mi marido fue asesinado! Puede que para ti sea una covacha, pero para mí es un hogar.

Dejó las uvas a un lado.

–A Esón no lo mataron por orden mía.

Cuando sus miradas se encontraron de nuevo, él pareció quedar desconcertado.

–Estás mintiendo.

–Si Esón no hubiera matado al capitán que condujo a los soldados hasta tu puerta, yo me habría encargado de ejecutarlo.

–Entonces, ¿por qué tus hombres no se lo llevaron? ¿Acaso los mataste tú? ¿Para qué lo querías de todos modos? Como si no te bastara con el sufrimiento que nos has causado durante todos estos años... Ese capitán tuyo... –escupió la palabra–. Él dijo que no tenía por qué ser una carnicería. ¿Qué otra cosa podía significar eso?

Bajó los ojos ante su mirada fulminante.

–Mi único hijo, Acasto, se escabulló con Jasón a bordo del *Argo*. ¿Lo sabías? Quería saber qué podríais haber tenido que ver con eso.

–¡Mentiras! Estás malhumorado. ¡Te compadeces de ti mismo! Quieres que te haga sentir mejor. ¿Es eso? O tal vez estés buscando sentirte peor.

–¿Peor? ¿A qué te refieres?

Alcimede observó sus rasgos en busca de alguna señal de engaño.

–Jasón me contó sobre la condición que le impusiste. Todavía quedan varias lunas nuevas antes del solsticio de invierno, pero pretendes

terminar conmigo antes, ¿verdad?

Se rio con desdén, con un ladrido seco.

–Sí, le impuse una fecha para que regresara. ¿No es acaso razonable? ¡No quiero que se me acerque sigilosamente, dentro de muchos años, y me ponga una espada en la garganta! Pero en cuanto a amenazarte... ¿Qué clase de monstruo crees que soy?

–Esón dijo...

–¡Esón ya está muerto! –No quería que su voz sonara tan brusca, pero vio que sus labios se contraían–. Esón ya está muerto, Alcimede. ¿Qué objeto tendría que yo... que...? –Miró hacia otro lado de nuevo–. Si no hubiera salido de tus labios, habría dicho que se originó en algún viejo marinero varado en el puerto. La idea es injuriosa y no quiero oírla más.

Pelias parecía derrotado, así que sospechó que estaba diciendo la verdad.

–Lo que haya podido hacer tu hijo no es asunto mío. Los espíritus impetuosos de los jóvenes están fuera de nuestro control. Pero todas y cada una de las desgracias que puedan sobrevenirte son culpa tuya. ¡Lo que has hecho, nadie puede deshacerlo por ti! ¡Vive contigo mismo!

Se puso de pie, temblando de ira, pero la mirada de Pelias permaneció fija en el mar.

–Hace semanas envié un barco mercante hacia el este. Le dije a su tripulación que no regresara hasta tener alguna noticia del *Argo*. Cuando llegue ese día, te llamaré de nuevo. Me alegró verte hoy, Alcimede, aunque tú no puedas decir lo mismo.

Quería instarlo a que la dejara en paz. Decirle que no era una esclava a su entera disposición. Pero, en este asunto, tenían un interés común. Así que simplemente se dio la vuelta y se marchó.

XVII

Durmieron en las playas. Pero aún rendidos, montaron guardia en parejas. Ninguno de ellos discutía la necesidad de vigilar tanto a un lado como al otro, de la misma manera que vigilaban el mar iluminado por las estrellas.

–Observa la niebla marina de las orillas –dijo Cástor, guiñándole un ojo, cuando fue el turno de Jasón.

Al principio, no vio nada más allá de las crestas de las olas oscuras iluminadas por la luna. A su lado, Oileo luchaba por mantenerse despierto después de haber sido despertado de un sueño profundo. Intentó hablar con él para distraerse del creciente temor que le apretaba el corazón, pero pronto se rindió ante los gruñidos y las respuestas monosilábicas. En cambio, se volvió para mirar la luna, tratando de calcular cuántos días más podrían tener en el mar antes de que las aguas se volvieran demasiado traicioneras. Cualquiera que fuera la decisión que tomara, Tánatos estaba al acecho. De los argonautas, en ese mismo lugar; o de su madre y de su padre si es que aún vivía, allá donde estuviesen. ¿Había una elección más cruel? ¿Eso lo convertía en un cobarde por lo que estaban a punto de hacer o era la única opción sensata? Cuando Jasón volvió a mirar hacia el agua, los vio.

No era como la niebla que habían visto ondeando en cortinas espesas sobre las orillas del Fasis, ocultando su huida. No era como ninguna niebla que hubiera visto antes. Formas espectrales se desplazaban hacia él tomando forma humana en ocasiones. En otras, en cambio, parecían animales o seres amorfos antes de desaparecer. Miró a Oileo para comprobar si estaba viendo lo mismo, aunque se desanimó al descubrir

que tenía los ojos cerrados. Lo pinchó con el cabo de la lanza y señaló hacia la niebla con la punta. Los ojos de Oileo brillaron y se frotó la cara cansada.

–¿No crees que parecen las sombras de los muertos de Cólquida, de camino hacia...? Bueno, hacia donde les corresponda marchar –susurró Jasón.

–Bah. ¡No van a ninguna parte! Esos perros traidores no se lo merecen.

Una de las formas se alejó de las otras, casi hasta la orilla. Le dio la sensación de que le crecían dos brazos, que se elevaron hacia arriba y hacia fuera antes de desaparecer en la noche. Ambos se estremecieron involuntariamente, mientras una risa sin alegría se les escapaba entre los dientes.

–Necesito un poco de vino –dijo Oileo–. Incluso aceptaría un poco de esa inmundicia que sirvió la bruja.

* * *

A la mañana siguiente, cargaron el *Argo* y el *Tifis* con todas las provisiones que pudieron encontrar, junto con algunas hierbas y raíces que Medea había recolectado. Cuando estaban dando una última revisión al patio, Anceo señaló una zanja poco profunda. Los argonautas la miraron sin gran interés. Los residuos en las tres copas de arcilla posadas en el pequeño montón de tierra excavada eran bastante claros: leche, miel, vino. La mayoría de ellos, todavía rígidos y doloridos, se alejaron a recoger otras baratijas mientras pudieron. Medea, sin embargo, se ajustó más el manto sobre los hombros cuando lo vio.

–Deberíamos irnos ahora.

Se pusieron en camino por el sendero, con Jasón apoyándose pesadamente en el hombro de Oileo.

–¿Qué pasa? –preguntó Jasón, cuando estuvieron de vuelta en la playa–. Parecías asustada allí arriba.

–Ha estado invocando a los muertos.

Jasón compartió una mirada con Oileo mientras ambos recordaban la niebla que cambiaba de forma de la noche anterior.

–¿Puedes hacer algo por mí?

–¿Qué pasa?

–¿Puedes traer un par de esos cacharros que Circe usaba para almacenar hierbas?

–¿De ahí arriba?

–¡Sí, de ahí arriba! Apenas puedo andar, ¿no lo ves?

–¿Por cuánto tiempo vas a cantar esa canción?

Jasón le sonrió.

–Todo el tiempo que pueda.

Oileo puso los ojos en blanco y se marchó por la pendiente. Regresó poco después con un par de recipientes de barro.

–¿Qué vas a hacer con esto?

Jasón señaló el túmulo de ceniza oscura con la lanza. Oileo asintió y, entre los dos, llenaron los recipientes hasta el borde con los restos incinerados de Eufemo y Eribotes antes de volver a colocar las tapas.

–Al menos, una parte de ellos podrá volver a casa.

–¡Sí, y Eufemo seguirá compitiendo por ver quién llega primero! –añadió Oileo con una risita.

Medea no pudo evitar conmoverse por el simple gesto de Jasón. Sintió que la balanza de su decisión de abandonar la Cólquida se inclinaba, un poco, a su favor.

No hubo voces disidentes sobre el siguiente destino, aunque la perspectiva de alejarse de sus hogares en lugar de dirigirse hacia ellos les apesadumbraba. Sin embargo, la perspectiva de encontrarse con otras galeras colcas, o con las de sus aliados, hizo que la decisión fuera unánime, ayudada por un viento favorable y otro cielo impecable.

Se dirigieron al delta del legendario río Istros.

Tercera parte

El barco en llamas

I

Las colinas de Egina eran una profusión de terebintos de drupas moradas. Durante los dos primeros días, Calídice, Demo y Sésara pasearon por ellas y exploraron las calas rocosas de la isla con puñados de frutos resinosos para alimentarse. El barco de Glauco permanecía amarrado en el puerto norte a la espera de que el viento cambiara.

No lo hizo.

En cambio, la isla se acurrucó bajo un manto de calor que agotó la energía de todos los habitantes, hasta que incluso las jóvenes se vieron obligadas a ceder y regresar al puerto más fresco, donde una pareja de ancianos había accedido a alojarlas a cambio de tareas domésticas. El mar brillaba en la neblina de calor que desprendían las rocas de la bahía, que eran demasiado incómodas para sentarse durante unos instantes, incluso después de sumergirse primero en el agua.

Mientras regresaba de llenar su cubo en el pozo, Calídice vio a Glauco, que la miraba ceñudo bajo su pétaso, a la sombra de unos terebintos, con la cara roja y perlada de sudor.

–¿Un poco de agua?

Se echó hacia atrás el sombrero y asintió, aceptando el cucharón con poca gracia. Calídice se metió el pelo bajo el pañuelo de la cabeza, donde lo dejó incluso cuando él le lanzó una mirada impaciente.

–¿Qué?

–Pareces preocupado. ¿No te han pagado?

–Sí.

–¿Y bien? Al menos puedes irte de aquí cuando vuelva el viento.

Por unos momentos, no respondió. Luego frunció el ceño.

–Con las manos vacías.

–¿Qué?

Repitió tanto el gesto con la lengua como la queja.

–¡Con las manos vacías! Esto es, ¡sin cargamento!

–¿Por qué?

–Por la misma razón por la que yo estoy aquí atrapado, escuchando a una chica que no se ocupa de sus propios asuntos. Un barco mercante de Meganisi no ha llegado tal y como debería haber hecho hace días. Soy su agente en el continente. –Se secó la frente con irritación–. Y otro barco de Chipre también viene con mayor retraso.

Calídice lo miró mientras él seguía contemplando el golfo Sarónico. Les había hablado con escaso respeto desde que dejaron Eleusis. Así que tomó de nuevo el cucharón y se apresuró a ir en busca de sus hermanas.

* * *

Esa noche, las tres hermanas tocaban distraídamente la flauta y la lira en el patio de su alojamiento, a la vez que cantaban viejas canciones que habían aprendido junto al hogar en Eleusis. Sus melodías se elevaban por encima del trino vespertino de los pájaros y los chismes de los ancianos agrupados alrededor del puerto que jugaban a las tabas. Los habitantes del pueblo pronto cayeron bajo el hechizo de la música lastimera, hasta que uno de ellos se levantó de su mesa y llamó a la puerta de la pareja de ancianos que alojaba a las hermanas.

Estaban a mitad de una canción popular de Tracia cuando la mujer encorvada tosió cortésmente y las invitó a tocar en la plaza, para entretener a los lugareños. Calídice miró dubitativamente a Demo y a Sésara, pero éstas no parecían compartir las mismas resistencias que ella. Estaba cansada y acalorada, y los calambres menstruales habían minado su resistencia. A regañadientes, aceptó.

Dispersos por la plaza se encontraron a un par de docenas de lugareños, la mayoría hombres, que se giraron en cuanto la anciana las presentó, como si ella fuera su propietaria. Las hermanas hicieron una

reverencia un tanto desganada, pues incluso Sésara empezaba a lamentar la decisión. No obstante, se sentaron en los tres taburetes que Glauco había dispuesto para ellas. Su estado de ánimo de unas horas antes era un lejano recuerdo. Calídice olió el vino que le flotaba en el aliento mientras ajustaba las clavijas de afinación de la lira, levantando las cejas hacia Demo, que entrecerró los ojos y apartó un pelo de la flauta.

Desde la primera palabra que salió de los labios de Sésara, los aldeanos se quedaron en silencio. Al abordar la tercera canción, una petición a una diosa desconocida para regresar al hogar, el número de espectadores se había duplicado. Cuando terminaron, las chicas sintieron el escozor de las lágrimas en los ojos, así que decidieron hacer una pausa para respirar. Tras el último aplauso, el silencio dio paso al fragor de las olas. Sésara se levantó para aliviarse.

Ni Demo ni Calídice vieron al joven bajarse del taburete y seguirla hacia las sombras del atardecer. Mientras Sésara se agachaba junto a un roble antiguo, oyó el débil zumbido de la plaza del pueblo y miró hacia las primeras estrellas del atardecer, preguntándose si su madre también estaría mirando el mismo trozo de cielo.

Un ruido de sorpresa escapó de su garganta cuando vio la figura del joven de pie a diez pasos de donde ella estaba agachada.

–¡Vete, por favor!

Se bajó la falda y dio un paso hacia atrás, casi tropezando con la raíz de un árbol.

El joven se puso un dedo sobre los labios.

–Sólo quiero hablar.

Sésara miró por encima del hombro. Había venido solo, pero le estaba bloqueando la salida. Era ligera de pies, pero sospechaba que tendría que ser rápida para evadirlo. ¿Por qué habría dejado las sandalias en la plaza?

Como si leyera sus pensamientos, él se abalanzó. Ella quiso gritar, pero su movimiento repentino la dejó sin aliento y corrió, con el sonido de pasos rápidos acechándola por detrás.

Tras acortar la distancia en apenas un instante, la alcanzó. Sésara gritó antes de que él le cerrara la boca con sus manos calientes y húmedas.

Cuando estuvo seguro de que le bastaba una para contener los bramidos, movió la otra para tirar de la falda. La joven trató de defenderse, pero el chico era fuerte y logró tirarla al suelo para poder montarla a horcajadas. Pensó que su atacante ya había hecho esto antes, así que redobló sus esfuerzos para lastimarlo.

* * *

La mitad de los habitantes del pueblo había oído el grito, al menos aquellos que no estaban ya profundamente ebrios. Calídice y Demo se miraron, con los ojos muy abiertos, antes de salir en busca de su hermana. Glauco las siguió a trompicones, volcando la silla y la copa de vino en el proceso. Detrás de él fueron algunos otros hombres, más por la emoción de romper la monotonía.

–¡Sésara! –gritaron las chicas, y, cuando no hubo respuesta, volvieron a gritar–. ¡Hermana! ¿Dónde estás?

Llegaron a la casa donde se alojaban. Las paredes encaladas las miraban en silencio. No había regresado, eso quedaba claro.

–¡Sésara!

Vieron a Glauco, que levantó la barbilla de manera interrogativa.

–¡Sésara! –gritó Calídice, ignorándolo–. ¿Dónde estás?

Las palabras de su madre resonaban dentro de su cabeza. «¡Cuida bien de tus hermanas!», le había implorado. «Especialmente de tu hermana menor», le habían dicho sus ojos.

¿Por qué no la había acompañado?

Se apresuró a seguir por el polvoriento camino que salía de la ciudad. Lejos del puerto alegremente iluminado y de las lámparas de aceite de las casas, la oscuridad envolvía la isla.

–¡Sésara!

Sintió que el pánico crecía en su interior. Una pequeña multitud de personas estaba detrás de Glauco ahora, algunas con linternas. Vio una lanza entre ellos.

Calídice se sujetó el cabello y giró sobre sus talones. El rostro de Demo estaba pálido como la luna. Se apresuró a seguir adelante hasta

dejar atrás la última casa y la silueta extensa del viejo roble. Oyó un ruido, como si unas piernas lucharan por agarrarse a un suelo polvoriento. Luego, un grito ahogado. Siguió el ruido y vio su origen.

–¡Sésara! –Se lanzó hacia las sombras.

Captó el destello de una forma pálida, a cuatro patas, medio desnuda, y los delgados tobillos de su hermana. La imagen desató algo dentro de ella. Sintió un torbellino en el pecho como el oleaje de un mar embravecido y sintió que se estrellaba contra su corazón. Llevaba la mano sobre el cálido mango de la daga de su padre que estaba en el bolsillo de la falda. El joven se quedó paralizado por un momento e intentó ponerse de pie, pero una débil patada de Sésara le hizo perder el equilibrio. Calídice se acercó a él y le hundió la daga en el costado, debajo de las costillas. Entró con tanta suavidad que la retiró y lo apuñaló una y otra vez. El chico se desplomó con un gruñido confuso.

Alrededor, el mundo estaba en silencio. Sólo registró el golpe de su puño cerrado contra el cuerpo del chico y una abrumadora sensación de alegría cuando vio que Sésara salía de debajo de él. Vio que movía los labios, pero no oyó nada. Tenía la mejilla ensangrentada y magullada.

Luego echó el brazo hacia atrás y se preparó para un golpe más.

Un fuerte apretón le sujetó la muñeca y, en un instante, todo el ruido y las sensaciones volvieron a sus oídos.

–¡Basta!

Era la voz de Glauco. Y, por detrás, oyó el agudo grito de Demo. Luego, otras personas la rodearon y sintió que la llevaban. Vislumbró a alguien de pie junto al joven, a una mujer. El chico parecía inmóvil. Se miró la mano, manchada de sangre oscura, y notó que temblaba.

II

El litoral occidental del mar Inhóspito se extendía en una interminable muralla de olmos y fresnos que se dilataba hasta el mar y que sólo se mantenía a raya por una franja de playa. De vez en cuando, rompiendo la uniformidad de la costa, aparecía una ensenada y un río, al que acudían a beber corzos junto a cigüeñas y garcetas. Ninguno de estos humildes cursos de agua les hizo creer que habían llegado al Istros. Cuando los argonautas se acercaban lo suficiente como para investigar, oían el ruido de los pájaros carpinteros y el trino de docenas de especies de pájaros que no conocían. Todo esto les habría gustado, pero dos cosas les pesaban mucho: las incomodidades de sus heridas y el miedo a ser perseguidos.

Medea hacía lo que podía con lo que logró coger de Cianida y lo poco que encontró en las laderas boscosas, pero el mejor bálsamo era el agua del mar. A quienes se tomaban el tiempo de lavarse las heridas con regularidad les iba mejor. Idas tenía heridas en ambos brazos y en el costado: una de ellas en particular estaba roja y enconada. Fue la segunda noche después de la retirada de la isla de Circe cuando finalmente le pidió a Medea que la examinara.

Las hogueras ardían a lo largo de la playa y Linceo, campeón de natación y observador de vista aguda, incluso había logrado atrapar algunas lubinas negras, que ahora estaban en cocción. Idas se había quitado la túnica sucia y se había acostado de lado para que Medea pudiera atender sus heridas. Jasón lo observaba por el rabillo del ojo.

Le habló en voz baja.

–¿Por qué no me miras cuando te hablo?

Ella no dijo nada.

–He notado que nunca nos llamas a ninguno por nuestro nombre. Excepto a Jasón. ¿Crees que eres demasiado valiosa para tratar con nosotros, princesa? ¿Es eso?

–Tu brazo. ¿Puedes moverlo, por favor?

–¿Y bien? ¡Responde a mi pregunta!

Lo hizo esperar unos momentos.

–¿Usáis tú o tus compañeros mi nombre? –Mientras se debatía por responder, ella lo interrumpió–. ¿Aparte de «bruja» o «princesa»?

Le dirigió su sonrisa de chacal con desdén y luego hizo una mueca cuando ella vertió un vaso de agua de mar sobre su costado.

–Esto podría doler.

–Y bien que te gustaría, ¿no?

La dejó trabajar en silencio un rato antes de intentar una táctica diferente.

–Sé sincera conmigo: ¿sabías que tu tía, la bruja, nos atraparía en esa isla? –No esperaba una respuesta, pero le gustaba la forma en que sus labios hacían pucheros cuando estaba enojada–. Apuesto a que esperabas que tuviera éxito...

Jasón lo escuchó y, tras arrojar la leña que estaba astillando, estuvo a punto de acercarse, pero Oileo lo cogió por el codo y sacudió la cabeza. A continuación, se quitó la túnica y la arrojó al suelo. Idas frunció el entrecejo mientras se acercaba, señalando la herida del costado con el dedo índice.

–¿Ves esto? Dime, ¿lo ves?

–Tendría que ser ciego para no verlo. Es igual a la que tienes en la cabeza. ¿Qué quieres decir?

–Lo que quiero decir, maldito ingrato, es que sin ella yo sería otro montón de cenizas frías, esparcidas a los cuatro vientos. Como lo que queda de Eufemo y Eribotes ahora mismo. Sin ella, tendríamos una playa llena de hombres retorciéndose y quejándose de que sus heridas están supurando. Así que deja de causarle penas, ¿entiendes?

Idas se chupó los dientes delanteros.

–Ya puedes irte, Oileo.

–Medea, ¿quieres un poco de vinagre para ese rasguño?

El rostro de Medea se suavizó un poco. Respondió en voz baja:

–Estoy bien, gracias.

Cuando se marchó, bajó la vista hacia Idas y lo miró fijamente con unos ojos enmarcados por kohol. Su siseo sibilante lo desconcertó.

–Conozco mil maneras de hacerte morir con gran dolor. Hombres mucho más poderosos que tú acabaron de esta manera porque mi diosa, Hécate, me ha protegido toda la vida. Sería demasiado fácil contra ti, pero no me presiones. Digo los nombres cuando pido la venganza de Hécate. ¿Me entiendes ahora, «Idas de la lanza robusta»?

Luego su rostro volvió a serenarse y añadió, con total naturalidad:

–Hierve la ropa. Tu mugre es mala para la herida.

Le secó la herida una vez más, se levantó y se fue.

Momentos después, Idas jadeó de intenso dolor, como si lo hubieran marcado con una lanza al rojo vivo, pero la sensación desapareció tan rápido como había surgido.

* * *

Se acercaba la tarde del tercer día desde que zarparan de Cianida cuando el paisaje empezó a cambiar drásticamente. La costa se aplanó y los árboles se diluyeron en verdes llanuras aluviales. Vieron varios riachuelos que serpenteaban hacia el mar antes de que la desembocadura de un gran río se abriera sobre la barandilla de babor, el doble de ancho que el Fasis. Los dejó atónitos y sumidos en un silencio sobrecogido. Como no había ningún lugar donde anclar en las traicioneras orillas, decidieron seguir río arriba, remando directamente hacia el sol poniente. No había viento y, al parecer, tampoco corriente. Las limícolas eran su única compañía y una exuberante tranquilidad cubría la tierra.

Acasto había estado ceñudo todo el día y Linceo sintió que quería decir algo. En el banco de enfrente, miró hacia el otro lado y respiró profundamente mientras tiraba de su remo.

–Vamos, sácate eso del pecho.

–¿Yo?

El vigía puso los ojos en blanco.

–¿Quién más?

–Es que... no entiendo por qué tuvimos que navegar tan lejos. Tendremos que volver por el mismo camino, después de todo. El verano se está agotando y...

–Sí, lo entiendo.

El ceño de Acasto se profundizó.

–¿Y bien? ¿Qué piensas?

–Estás preguntando a la persona equivocada. Si Circe puede ver aunque sea la mitad de bien que yo, habría podido seguirnos la mayor parte del primer día desde el punto más alto de esa isla. Suponiendo que vinieran otros barcos, ¿a dónde más tendrían que seguirnos? Difícilmente podríamos aventurarnos en el mar, ¿no? Así que seguimos adelante.

Los dos barcos remaron, con el *Tifis* a la cabeza, durante un par de millas náuticas más, hasta que la luz comenzó a decaer. Pasaron por una sucesión de islas desde las que las cigüeñas alzaban el vuelo con un frenético batir de alas. En esta tierra extraña, el canto de las cigarras fue reemplazado por el interminable croar de legiones de ranas, que los miraban pasar en el crepúsculo.

Atracaron en la orilla norte del Istros, donde amarraron los barcos a estacas clavadas en la tierra blanda. Luego acamparon. Los víveres escaseaban una vez más, por lo que tuvieron que conformarse con pan duro, queso, aceitunas y lo que pudieron rescatar de las cestas. Todos habían estado atentos a los corzos y gamos que vieron en el camino, decididos a cazar alguno para la cena del día siguiente.

Jasón, Oileo y Meleagro hicieron la primera guardia. La conversación era esporádica y hubo frecuentes miradas en dirección a los bosques negros de álamos y chopos, a un tiro de lanza de distancia. Los chillidos desconocidos de los depredadores nocturnos y el chasquido de las ramas, sin impedimentos por el paisaje llano, les ponían los nervios de punta. Más de una vez sus manos se estremecieron en busca de las armas que tenían a su lado.

–¿Crees que algún heleno habrá llegado tan lejos antes que nosotros? –preguntó Oileo.

A la luz crepitante de las hogueras, Meleagro parecía dubitativo. Y exhausto. Ahuyentó los mosquitos, atraído por el resplandor.

–Comerciantes, tal vez.

–¿Comerciantes de qué, exactamente?

Al percibir que Meleagro estaba demasiado destrozado para hablar, Jasón respondió.

–¿Pieles de ciervo, astas...? Nuestros tracios dijeron que estamos en una antigua ruta del ámbar.

Se sumieron una vez más en un silencio agradable. Un lobo aulló en algún lugar profundo de la oscuridad de los bosques. Oileo atizó el fuego con el cabo de la lanza.

–Sería más interesante si comerciaran con vino. –Luego quedó inmóvil mientras se inclinaba hacia delante, mirando a los árboles–. Algo se acerca.

Meleagro se frotó la cara y, tras coger la espada, los tres se agacharon junto al fuego, mirando fijamente la oscuridad. Varias formas oscuras se habían movido desde la línea de árboles y se dirigían hacia ellos, a ras del suelo. Se oyó otro aullido, más cercano esta vez.

–¿Lobos?

Meleagro sacudió la cabeza, con los ojos fijos en las figuras torpes.

–¿Están arrastrándose? –susurró Oileo. Pero Jasón y Meleagro no respondieron. Luego se oyó un gruñido profundo, seguido de más.

–¿Qué diablos...?

–¡Cerdos! –Jasón se puso de pie.

–¡Sshh! –Oileo lo arrastró hacia abajo–. Luz.

La punta de su lanza apuntaba hacia un haz que parpadeaba entre los árboles. Uno de los cerdos entró en los confines más alejados del resplandor de los fuegos y se agitó en el suelo del bosque. Era una cosa enorme y negra con pelo enmarañado y rizado. El aullido del bosque se convirtió en ladridos que se detuvieron de repente.

El trío oyó un búho o, al menos, una imitación pasable. Había algunos entre los argonautas con una gran habilidad para imitar el

ululato de apareamiento de una lechuza, que engañarían incluso al más alerta de los vigilantes. El cerdo husmeó en el suelo, luego perdió el interés y se escabulló entre las sombras, seguido por el resto. La pequeña punta de luz desapareció, dejando a Oileo, Jasón y Meleagro mirándose.

–Eso merece la pregunta de si una lonja de tocino por la mañana vale una pelea con un porquero –dijo Oileo.

–Una pandilla entera. –Meleagro sonrió–. ¿De quién es la próxima guardia?

III

–¿Quién es? El rey ha pedido que no lo molestaran.

Los ojos del guardia se movieron del mensajero al alto desconocido, y luego al rostro curtido por el clima bajo el sombrero de paja, a quien reconoció vagamente. El mensajero se secó la capa de sudor de la cara con el dorso de la mano. Había estado haciendo recados durante la mayor parte del día y el tono del guardia lo irritaba.

–¿Dónde está?

–En el carro.

–¿Ha salido?

El guardia chasqueó la lengua.

–No, está... taciturno. ¿Sabes?

–Estará más amenazante si no lo molesto con esta noticia.

–¿Cuál es?

–Su barco ha regresado. Éste es el patrón.

El guardia miró al extraño.

–¿Qué pasa con él?

–Un pasajero.

El rostro del guardia registró la creciente importancia de la llegada de los hombres. Se hizo a un lado.

–Entra.

El mensajero atravesó el megarón vacío y entró en un pasillo fresco a la izquierda, que conducía a un pequeño patio, en un extremo del cual estaban las cuadras de los caballos favoritos del rey, un par de sementales castaños, y un establo reformado. Un rombo de luz matinal hacía brillar los radios y el capuchón de bronce del carro de Pelias,

quien, con las manos en las caderas, estaba dando órdenes breves a un artesano. Frunció el ceño al mensajero y a los hombres que lo acompañaban. Cuando reconoció al capitán del barco, la irritación se disipó.

–Hazlo –dijo sin mirar atrás, y siguió al mensajero al interior–. Llévalos a mis habitaciones.

Pelias estaba sin aliento después de subir las escaleras unos momentos más tarde. El patrón hacía girar el ala de su sombrero una y otra vez entre el pulgar y el índice. Miró la jarra de agua y las tazas, con la boca completamente seca. Pelias cerró la puerta tras él.

–¡Bueno, habla!

El capitán se aclaró la garganta.

–Mi señor, algunas novedades sobre el *Argo*.

IV

El *Argo* y el *Tifis* serpentearon río arriba a primera hora de la mañana siguiente a través de una tenue niebla. En ambas orillas, los árboles se unían a otros árboles para formar un bosque casi inmutable. Aquí y allá se separaban, dejando un solitario grupo de chozas primitivas hechas de espeso zarzo limitadas por muretes de juncos atados. Cuando el hambre empezó a devorarlos, rodearon otro meandro del río y, en la orilla sur, vieron a un par de boyeros desmontados vestidos con pieles y botas negras. Uno blandía una vara. Conducían una manada de ganado pálido con enormes cuernos rectos hacia una solitaria sombra en la orilla del río. Dijeron algunas palabras al ganado y observaron cómo los barcos se acercaban a ellos con ojos azules llenos de recelo.

Meleagro tomó la decisión de atracar en la orilla sin consultar a los demás. El *Argo* hizo lo mismo, aunque los remeros maldijeron cuando recibieron la orden de meter las palas en el agua para evitar embestir a sus propios camaradas.

–Sólo unas pocas –dijo Jasón, levantándose con cautela de su banco.

Se sentó en la orilla arcillosa y se sorprendió al ver a Calais y Zetes justo detrás de él. Meleagro ya estaba tratando de entablar conversación con la pareja de boyeros, pero sus ojos hundidos estaban llenos de desconfianza e iban como flechas de él a los demás y viceversa.

Entonces, Calais les habló en tracio, y la cautela se evaporó de los rostros de los pastores. Respondieron en una lengua sibilante y temblorosa, y, aunque los dos idiomas, uno al lado del otro, parecían no tener relación para el resto de los argonautas, se hizo evidente que se entendían. Cuando no era así, los pastores recurrían a señas con las

manos: dedos abiertos para astas, o los hacían girar para referirse a algún otro tipo de bestia.

Se despidieron con vigorosos gestos de cabeza y sonrisas, algo que los argonautas no habían visto a menudo en los gemelos.

–Más vale que todas estas tonterías tengan que ver con comida –refunfuñó Telamón.

Zetes frunció el entrecejo.

–Negociamos por suministros. Río abajo. Vamos.

Mientras remaban, vieron que los boyeros sujetaban un cubo a un extremo de un balancín, lo hacían girar y soltaban el otro extremo para bajarlo al río. El crujido del balancín sonaba como si anunciara su inminente colapso. Cuando Peleo apostó que se volcaría antes de que se perdieran de vista, Calais resopló con desdén.

–¡Ha estado allí al menos doscientos años!

* * *

Detectaron el humo en el cielo justo antes de ver las casas circulares, agrupadas en medio de un claro. Los aldeanos los habían visto primero, por eso iban armados con guadañas y lanzas largas. Cuando los dos barcos levantaron los remos, se oyeron silbidos y gritos. Desde las casas circulares, aparecieron más hombres en edad de luchar, hasta que duplicaron su número. Calais y Zetes en el *Tifis* fueron los primeros remeros en ponerse de pie, gritando palabras amistosas de saludo. Las armas apuntadas se relajaron un poco.

Jasón oyó el sonido metálico y sordo del bronce. Miró a su alrededor para ver a los tracios, que llevaban un par de cuencos que habían cogido del hogar en casa de Circe. Unas pocas palabras más de saludo, una cabeza inclinada en dirección a los boyeros y la hostilidad de los aldeanos prácticamente desapareció.

Un grito salió de la proa del *Argo*.

–¡Un monstruo! ¿Lo veis? ¡Podría ser Zeus, que viene a castigarnos!

–¡El saco arrugado de Poseidón! ¡Míralo!

Oileo ahuecó las manos alrededor de la boca para formar una bocina.

–¡Salid del barco, idiotas!

Sus palabras provocaron una estampida hacia la rampa de embarque. Jasón había dejado sus armas a bordo. No había forma de recuperarlas en medio del éxodo. Se volvió hacia Calais.

–¿Por qué no están...?

Los aldeanos sonreían. La boca ancha de un hombre mayor revelaba un solo diente.

–*Bubalus!* –dijo, y se rio entre dientes, señalando a la bestia que se acercaba–. *Bubalus bubalis!*

Jasón no pudo evitar dar un paso atrás. Todos los hijos de Helas habían escuchado las historias de la capacidad del Tonante para cambiar de forma: generalmente en la búsqueda de ninfas. ¿Iba detrás de Medea?

Zetes le dio una palmada en la espalda a su hermano cuando vio la expresión de Jasón.

–¡Búfalo! Mira: búfalo de agua. ¡Muy grande!

Ahora que Jasón la observaba con más atención, aquella criatura con cuernos en forma de media luna se parecía a los toros de bronce que había uncido en Eea. Pero el coloso que se deslizaba por el río era aún más grande. Sus poderosos hombros se movían hacia arriba y hacia abajo mientras braceaba junto al *Argo*, observándolo con ojos extrañamente humanos.

Oileus le dio un codazo en el hombro y fue a buscar a su equipo.

–Creo que se ha encaprichado contigo, Jasón. ¡Fíjate!

Sintió que un escalofrío le recorría los huesos. El búfalo no le quitaba los ojos bovinos de encima cuando pasaba. Tuvo una visión fugaz de las alucinaciones inducidas por los narcóticos en la isla de Samotracia, cuando él y los argonautas fueron iniciados en el culto de los cabiros. Era la visión de una mujer agarrada a un altar de mármol, cuyos ojos se deslizaban hacia él con un miedo mortal. No pudo evitar sentir que algo le estaba siendo comunicado, por ridículo que fuera el pensamiento.

–Los aldeanos dicen que acampemos aquí y nos unamos a ellos. ¡Incluso hay vino!

Hubo una ovación y los argonautas comenzaron ansiosamente a descargar su equipo.

–¿Jasón? –Medea posó la mano en la parte baja de su espalda. Observó los hombros y los cuernos del búfalo que se alejaba–. ¿Has visto algo?

Él miró fijamente sus ojos verdes. A veces los iris giraban como una canica, haciendo que sus pensamientos fueran imposibles de leer. Pero ahora eran tan límpidos como un estanque de rocas. Sintió que su inquietud se aliviaba y le sonrió.

–Algo hermoso.

El entretenimiento improvisado había descongelado los últimos temores restantes de los aldeanos. Aceptaron los dos cuencos con rápidas reverencias a Calais y Zetes, y dieron la bienvenida a los extraños a su humilde aldea como si fueran invitados reales. Jasón rodeó a Medea con el brazo y se unieron a los demás. Echó una última mirada al río por encima del hombro y, en lo más recóndito de sus sentidos, creyó oír una conversación susurrada.

V

–¿Quién hablará por la chica? –A medida que pasaba el tiempo, comenzaron los murmullos entre los eginetas reunidos en la plaza. El anciano del pueblo miró a su alrededor–. ¿Y bien?

Las tres hermanas miraron alrededor y no encontraron mucha simpatía en los rostros de los lugareños. Incluso la pareja en cuya casa se alojaban se había excusado. Calídice sintió que se le subía la bilis al ver al anciano desaliñado y encorvado de pie junto a la estatua de Horcos que presidía la plaza. Los lugareños claramente lo veneraban, pero, para ella, el objeto era una masa de arenisca tan desgastada que parecía como si un niño la hubiera tirado en la playa.

Las chicas no habían dormido nada, y la brillante luz del sol les hacía arder los ojos. Además, la mejilla de Sésara estaba hinchada y dolorida. Apoyó la cabeza en el hombro de Calídice, quien al rodearla con el brazo la sintió temblar. Apenas había hablado desde su terrible experiencia.

–En ese caso...

Glauco se puso de pie.

–Lo haré yo.

Más murmullos. Más cabezas juntándose y sacudiéndose.

–El mercader. Muy bien. Y tu interés en ellas es, ¿nos lo recuerdas a todos?

Glauco se encogió de hombros.

–Mi interés en ellas ha quedado saldado. Me pidieron que las trajera aquí desde Eleusis, en el continente.

–¿A cambio de un pago o por un gesto?

Glauco inclinó la cabeza.

–Ambas cosas, podría decirse. Podría apelar al favor de su familia. Después de todo, las traje hasta aquí sanas y salvas, como podéis ver.

Su último comentario provocó incluso algunas risitas. Demo miró a la multitud. Por cada rostro que reconocía de la noche anterior, había otros dos que no le resultaban familiares. Estaba segura de que algunos isleños debían de haber viajado cierta distancia para ver a la asesina y sus hermanas. Eso le hizo hervir la sangre.

–Pronto tendrás la oportunidad de hablar. ¡Quizá para explicarnos por qué su padre quiso enviarlas al extranjero en primer lugar! –El anciano disfrutó de la risa que siguió y la devolvió con una sonrisa–. Por favor, sentaos.

Hizo una seña a un hombre y una mujer que estaban cerca. El hombre, tal vez de unos cuarenta inviernos, estaba sentado con la espalda recta y las manos apoyadas en las rodillas, mirando fijamente a la distancia. A su lado, vestida de luto, había una mujer, sorbiéndose la nariz y secándose los ojos. El anciano se inclinó hacia delante.

–Cuando estés listo.

Entonces el hombre se puso de pie, evitando la mirada de todos.

–Seré breve –anunció con gravedad–, porque esto es una carga terrible para nuestra familia. Anaxandro era nuestro único hijo, nuestro amado muchacho, con sus mejores primaveras por delante. Es... era... un joven talentoso, orgulloso, educado para ser respetuoso de los dioses y de todos vosotros. No era perfecto. ¿Quién lo es? Pero jamás nadie había tenido una mala palabra para él. Iba a ser nuestro consuelo en la vejez y vuestro protector, junto con los demás jóvenes de la isla. Ahora se ha ido y estamos destrozados.

A su lado, la mujer empezó a sollozar sobre un trozo de lino. Aquel sollozo entre lágrimas frente a la multitud desató varios más, y pronto todo el puerto estaba llorando.

Se volvió hacia las hermanas y extendió un dedo.

–Se ha ido por culpa de estas extranjeras. ¡Estas tres brujas... enredadoras..., estas sirenas que lo apartaron del camino! ¡Muerte a todas ellas!

Se hizo el silencio mientras tomaba asiento y luego, después de un momento, hubo un primer aplauso lento, seguido por otro hasta que toda la plaza resonó, amenazante. Calídice extendió las manos, con las palmas hacia arriba, y sus hermanas las estrecharon.

–No miréis hacia arriba –susurró, mientras algunos de los presentes comenzaban a silbar y escupir.

El anciano tardó una eternidad en restablecer el orden. Para ello tuvo que levantar las manos y convencerlos de que guardaran silencio. Cuando se oyó de nuevo el chapoteo de las olas, señaló a Glauco.

–El mercader.

Calídice no supo si había una mueca de desprecio en el rostro del anciano, pero su tono lo sugería. Glauco se presionó las manos contra los muslos para luego ponerse de pie, sin gran entusiasmo.

–Hombres y mujeres de Egina. Tengo oídos para vuestra ira. La escucho. Yo también soy padre y ciudadano. –Se volvió hacia las hermanas e hizo un gesto vago en su dirección–. No hago ningún comentario sobre el incidente. La niña dijo que simplemente iba a... hacer sus necesidades, y no tengo motivos para dudar de ello. –Glaukos esperó a que los abucheos de burla se calmaran antes de continuar–. Al fin y al cabo, ¿no éramos nosotros la razón por la que las niñas cantaban y tocaban su música aquí mismo, donde ahora estamos todos reunidos?

–¡Estaban lanzando su hechizo en la casa de esa anciana!

–¡Sí! ¡Querían ser liberadas! ¡Y caímos ante las voces de estas sirenas!

Aunque el rostro de Glauco proyectaba calma, Calídice podía ver por la tensión de su mandíbula que la paciencia se le estaba agotando. No olvidaba su temperamento del día anterior.

–Yo fui una de las voces que les pidió que tocaran. Eran melodías bastante familiares, ¿no? –El silencio que siguió fue alentador–. ¿Y bien? ¿No lo eran? ¿Canciones de regreso al hogar, aires campestres y cosas así?

–Entonces, ¿por qué vinieron aquí?

Esa pregunta deshizo el delgado hilo que Glauco había logrado tejer. Hubo burlas acaloradas. Se volvió hacia las hermanas y una nube oscura

pareció cruzar su rostro. Respiró profundamente y esperó a que el ruido se calmara una vez más.

–Responderé esto lisa y llanamente, aunque quizá no os guste escucharlo. Su familia me pidió que las trajera aquí porque sus vidas corren peligro en casa. Un clan que busca alianzas y hace avances no deseados: ésa es la razón. Esperaban que les dierais la bienvenida, en consonancia con las buenas relaciones previas entre nuestras dos ciudades. Su belleza no es un gran regalo para ellas. Podría decirse que este mismo incidente es prueba de ello.

Gritos furiosos estallaron por toda la plaza. Calídice apretó las manos de sus hermanas con más fuerza hasta que Sésara soltó un casi imperceptible jadeo de dolor. El mercader se mantuvo firme y, en ese momento, un robusto brote de respeto germinó del suelo. Se tambaleó un poco donde estaba en pie, apretando y soltando los puños, pero permaneció enraizado, como un farallón frente a una gran ola. Su determinación lo salvó y, como no olieron sangre en el agua, la rabia se apaciguó, aunque las miradas feroces y los murmullos continuaron.

El anciano, sintiendo que había llegado el momento, se puso en pie.

–¿Hay algo más que quieras añadir antes de que se levanten las manos? Si es así, hazlo breve.

–Sí, maestro, lo hay. No soy un hombre de guerra. –Alzó las manos como para enfatizar el punto–. Nunca lo he sido. Mi sustento es el comercio y confío en las buenas relaciones, en la amistad entre ciudades y estados, no en la hostilidad. La hostilidad es ruinosa para un hombre de mi profesión. Pero os aconsejaría cuidadosamente sobre este punto. Ejecutar a esta muchacha... –Hizo un gesto hacia Sésara con más seguridad ahora–. Bueno, podría ser ruinoso para todos vosotros. Eleusis no es un estado con el que se pueda jugar. Tiene aliados poderosos.

–¿Es esto una amenaza? –gritó el mismo cabeza caliente que ya había hablado.

–Si es una amenaza, entonces me amenazo a mí mismo. Y también a mi sustento. –La respuesta de Glauco fue rápida y las hermanas

comenzaron a admirar su ingenio rápido–. No tengo más interés en una guerra que vosotros. Ninguno de vosotros.

Hizo un gesto con la cabeza al anciano y se sentó. El anciano golpeó una piedra con el cabo de su bastón.

–Ahora hablaré con el consejo. –Sus ojos se volvieron hacia Sésara–. No hay apelaciones en esta isla.

VI

Se estaban formando placas de nubes grises sobre Dimini y las gallinas no tenían apetito por el grano. Alcimede las miró con el entrecejo fruncido y apartó la cortina de su casa.

–Éste es el tercer día sin huevos. ¿Crees...? –Su vieja nodriza estaba apoyada contra una pared, pálida como la leche. Alcimede se quedó paralizada y dejó caer el cuenco–. ¡Despoina!

Se apresuró a entrar para ayudarla a sentarse en un taburete. Sintió que su corazón latía tan rápido como el de un pájaro asustado.

–¿Qué pasa?

La nodriza le tocó la frente con una mano frágil.

–Nada, querida. Sólo los años. A veces, me alcanzan.

Alcimede le acercó un vaso de agua, pero la nodriza lo tomó con tan escasas fuerzas que tuvo que sujetárselo.

–Señora Alcimede, ¿estáis ahí?

La voz la tomó por sorpresa: necesitó un momento para ubicarla. Mientras la cortina ondeaba con la brisa, reveló un rostro delgado y barbudo. El mensajero del rey. Bajó la cabeza. Nada de lo que pudiera presagiarle una citación en palacio podía ser bueno. No después de su última visita.

Sintió los dedos de la niñera en su muñeca y los miró. Huesos cubiertos de una piel tan fina como las alas de un murciélago. Parecía imposible que alguna vez la hubieran llevado en brazos y acariciado su cabello. ¡Dioses, cómo amaba a esa mujer!

–Vete, querida. Ya me siento mejor –graznó–. Escucha lo que tiene que decir. Tal vez algo bueno pueda surgir de algo malo.

Alcimede la besó en la frente y las lágrimas espontáneas le escocieron los ojos.

* * *

Esta vez, el mensajero no hizo ningún esfuerzo por entablar conversación. Lo oyó toser un par de veces, casi disculpándose. Había refrescado. No hacía frío, pero las nubes presagiaban lluvia. Dudaba que llegara a sentir las gotas si caían. Tenía la sensación de ser empujada hacia un precipicio, incapaz de resistirse.

Los ciudadanos de Yolco continuaban con sus fastidiosas rutinas diarias. Pero, esta vez, los miraba sin verlos. Sin embargo, en el pórtico del palacio, sí advirtió a uno de los guardias: su rostro, con las comisuras de los labios curvadas hacia abajo, reflejaba su propio estado de ánimo. Siguió al mensajero de pies ligeros hacia el megarón y se sorprendió cuando retrocedió para dejarla allí.

Pelias estaba sentado en el trono, aferrado a los apoyabrazos de pórfido. Un guardia alto y delgado hasta la demacración estaba de pie junto a él. El rey tenía los ojos oscuros bajos, pero los levantó brevemente para mirar a Alcimede. Inmediatamente, una fuerza tranquila y una tristeza la invadieron antes de que él los bajara de nuevo. Una sensación de pesadez se apoderó de todo el palacio, a pesar del brillante resplandor del fuego de la chimenea que animaba los coloridos frescos.

–La señora Alcimede.

Dudó antes de respirar profundamente y entrar.

–¿Un refrigerio?

–No.

–Muy bien. –Tenía que esforzarse para escuchar su voz–. Te dije que te llamaría cuando tuviera noticias, ¿no?

–Sí.

–Por favor, siéntate.

Levantó la mano unos centímetros antes de dejarla caer nuevamente sobre el apoyabrazos.

–El barco que envié al este regresó ayer con noticias. Me gustaría explicar la situación, pues es relevante a su manera. –Respiró profundamente mientras ella plegaba las faldas para sentarse–. Tal vez sepas que los estrechos que conectan el archipiélago con el mar Inhóspito están controlados, gravados, por Troya. La mayoría de los barcos mercantes con negocios en esas partes distantes no van más allá. Todo lo que llevan se descarga en otros navíos. Otra razón por la que las noticias se pierden o... o se hacen borrosas. –Hizo un gesto expansivo con la mano–. No había noticias del *Argo*. En cambio, el persistente interrogatorio del capitán en varios puertos por lo visto hizo que aumentaran las sospechas, por lo que un día tomó la decisión de irse a la mañana siguiente. Por lo visto, el riesgo de ofenderme se vio atenuado por el miedo a ser interrogado por los troyanos. Esa noche, se le acercó un hombre que, como es natural, asumió que era un espía. El hombre afirmó haber sido miembro de la tripulación del *Argo*, pero que fue abandonado en una costa lejana, más allá del Helesponto, junto con un hombre de gran tamaño y arrogancia que se hacía llamar Heracles. Pasó algún tiempo con este Heracles antes de tomar la decisión de regresar por sus propios medios a Helas. Esa misma noche, un pescador local confirmó el último avistamiento del *Argo*, varios días antes de su propia llegada...

Alcimede, impaciente ante el relato de Pelias, lo interrumpió.

–¡Es una buena señal! –Su rostro se iluminó momentáneamente antes de que la mirada intercambiada por Pelias y el extraño lo atenuara–. ¿No es así?

Pelias negó con la cabeza con gravedad.

–Si la historia se detuviera ahí, tal vez. Algunas semanas después, mientras regresaba a pie, se dio cuenta de que se había establecido un bloqueo en la boca norte del estrecho. –Pelias suspiró–. Parece que un barco de los helenos había logrado robar algo de gran valor al Gran Rey Eetes. Pero ese barco se perdió en el mar. Hubo informes de tormentas a lo largo de toda la costa y desde entonces no ha habido rastro de él. Ese barco no puede haber sido otro que el *Argo*.

Pelias se volvió hacia Alcimede, pero su intensa mirada le hizo desviar la vista. En ese momento fugaz, la mujer sintió que las emociones del rey estaban en gran conflicto. Después de todo, no deseaba que el *Argo* regresara, ni tenía ninguna expectativa de que lo hiciera después de una misión tan imposible. Pero tampoco había contado con que su hijo estuviera a bordo. Su único hijo. Un silencio incómodo se apoderó del megarón.

–No te creo.

Pelias se rio secamente.

–Pensé que dirías esto.

–Inventas a un hombre, que casualmente fue... abandonado, sólo para aparecer en el momento exacto en que el capitán de tu barco se aburre de la situación. Patético. ¿Me tomas por tonta? ¡Dudo de que tu capitán haya dejado siquiera Yolco!

–Es cierto, mi señora. Todo.

Alcimede se volvió hacia el guardia con sorpresa. Lo miró de arriba abajo y notó que estaba desarmado. También desaliñado, a pesar de que su voz insinuaba que era de buen origen.

–¿Y cómo lo sabes? ¿Quién eres?

–Soy el que habló con el capitán, el que una vez remó en el *Argo*, antes de ser abandonado. Mi nombre es Polifemo, hijo de Elato, rey de Larisa.

Alcimede notó varias cosas que se repetirían una y otra vez en su mente en los días siguientes. La orgullosa expresión de la boca de Polifemo cuando reveló su nombre y su polis; el ligero tic en el rostro de Pelias, como si la declaración del nombre de otro rey en su salón fuera un insulto. Cualquier duda tenaz se desvaneció en su mente. Otros pensamientos y preguntas surgieron para reemplazarlas.

–¿Y se espera que renuncie a que Jasón esté vivo debido a qué? ¿A un bloqueo? ¿Una suposición de que, como no ha regresado, debe estar muerto? –Incluso mientras pronunciaba las palabras, sintió que la esperanza comenzaba a calentar su sangre–. ¿De verdad has renunciado a tu propio hijo, Pelias, sólo por las palabras de este hombre?

¡Escuchaste por ti mismo que no tiene pruebas firmes de ninguna de las dos cosas!

Pelias no se conmovió. Miró a Polifemo de nuevo.

–¿Y bien? Continúa.

Polifemo equilibró el peso sobre sus pies e hizo una mueca de incomodidad.

–Sólo puedo ofrecer lo que yo mismo escuché, mi señora. Corrí riesgos considerables al revelar mi identidad para preguntar por qué había tantos barcos en la desembocadura del estrecho. Recordad que yo remaba en ese barco y me había encariñado con algunos de los tripulantes. Estaba ansioso por saber qué les había pasado. No creo que nos abandonaran, a Heracles y a mí, deliberadamente...

Pelias rebufó de puro fastidio.

–Tal vez puedas ir al grano.

Una mirada de irritación nubló el rostro de Polifemo.

–El bloqueo se levantó, según me dijeron, siguiendo una orden de los propios colcos. Y dado que ellos fueron, al parecer, los que sufrieron la pérdida de algún tesoro precioso, debemos creer que estaban satisfechos de que el *Argo* no regresaría. Nunca. El último avistamiento fue del barco navegando en la niebla que precedió a una tormenta. Una muy peligrosa. Es...

–Hasta que Jasón no sea encontrado...

La voz de Alcimede se quebró y Polifemo suavizó su tono.

–Señora Alcimede, sólo vi una pequeña parte del mar Inhóspito, pero esto fue suficiente para confirmar lo que otros dicen sobre él. Es una vasta, oscura y caprichosa extensión de agua. Una flota entera podría pasar toda una vida buscando una sola galera y no encontrar nada. De hecho, una flota podría pasar todo ese tiempo buscando otra flota y el resultado sería el mismo. –Cuando vio que el mensaje por fin parecía haber traspasado sus defensas, agregó un último comentario–. Lo siento.

Pelias también vio que los labios le temblaban.

–Podemos estar seguros de que el rey Eetes dedicó todos sus esfuerzos a apoderarse del *Argo* y a recuperar lo que fuera que se habían

llevado. Lo que no ha dicho este joven es que el bloqueo estaba compuesto por barcos de estados vasallos. Utilizó un sistema de almenaras a lo largo de toda la costa. Prendió fuego a pueblos enteros en su búsqueda de información. Ha hecho nuestro trabajo sucio por nosotros. Por eso... –Sus palabras se fueron apagando–. Por eso debo comenzar el duelo por segunda vez bajo la misma luna.

Alcimede sintió que sus esperanzas se desmoronaban. Por segunda vez ese día, le empezaron a escocer los ojos. Levantó una barbilla orgullosa.

–Dime, Polifemo, dime la verdad. ¿Cómo era..., cómo...?

–¿Cómo se comportó Jasón?

Ella asintió, agradecida por la intuición del príncipe.

–Hubo peleas, mi señora, y él fue valiente. Y si el *Argo* efectivamente llegó a la Cólquida... esto será algo para la historia.

–¿Hay algo más?

Pelias parpadeó ante su tono desapasionado. Sacudió la cabeza.

–Nada.

Alcimede se sacudió el polvo de las capas de la falda. Aunque sabía que volvería a acumularse de regreso a Dimini, sintió que era un pequeño gesto de desafío. Se puso de pie. Pelias la observó. Había una mirada en sus ojos... Se volvió hacia Polifemo.

–Puedes irte ahora. Toma prestada una montura si lo deseas. Transmítele mis respetos a... a...

–Elato.

–Perdóname. Elato.

El príncipe larisano asintió con rigidez y cruzó el salón a grandes zancadas, apoyándose más en una pierna. Pelias lo vio marcharse y sintió que se le aceleraba el pulso. Se aclaró la garganta.

–¿No te quedarás un poco más? ¿Para hablar?

Ahí estaba.

–No –respondió ella, con aire de superioridad–. No lo haré.

VII

La absolución de Calídice debería haber sido una fuente de alivio, si no un motivo de celebración. No lo fue. Ya no eran bienvenidas en la isla. Esto importaba poco para ellas, pero resultaba un golpe muy duro para Glauco y su negocio. No había un veredicto claro sobre si las chicas habían practicado brujería, aunque se aceptó que el chico había cometido un grave error. Incluso se argumentó que una mujer casada habría dado licencia al marido agraviado para emprender la misma acción sumaria que Calídice. Sin embargo, no se hacían ilusiones sobre lo que realmente determinaba el veredicto y sabían que no tenía nada que ver con Dicea. La justicia podía verse anulada por otros factores. La advertencia de Glauco sobre las hostilidades con Eleusis podía haber sido exagerada, pero claramente funcionó, y ahora su medio de vida se había visto perjudicado mientras las hermanas andaban libres. Su resentimiento hervía a fuego lento mientras se agarraba al timón. No había pronunciado una palabra desde que aceptó el veredicto. Ni siquiera respondió a Demo, que le había preguntado adónde irían. Mientras la rocosa costa de Egina se perdía en la distancia, las chicas se miraron y acurrucaron juntas a la sombra del palo de proa. Calídice miró hacia el sol naciente y se inclinó hacia sus hermanas.

–Navegamos rumbo al sur –susurró.

El sol ya había pasado su cenit y los estómagos de las hermanas gruñían de hambre cuando Glauco las condujo alrededor del diminuto istmo de una pequeña isla verde y montañosa, separada del continente por no más de unos pocos cientos de codos al sur. Sólo después de arrojar la guindaleza al muelle se volvió hacia ellas.

–¿Alguna de vosotras sabe cazar? –Las chicas se miraron entre sí–. ¿O incluso encender un fuego?

–Ambas cosas –declaró Calídice.

–Bien, tú...

–Pero no tenemos nada con que cazar.

Glauco chasqueó los dedos con impaciencia.

–Ahí. Debajo de esa manta.

Calídice se abrió paso hasta el bulto que había junto a la caja del mástil. Al apartar la manta, no pudo evitar enarcar las cejas.

–¿Pensé que habías dicho que no eras un hombre de guerra?

Glauco se burló de ella.

–Mentí.

* * *

Les llevó el resto de la tarde atrapar una cabra perdida y asarla al fuego. Cuando terminaron de comer, las sombras se alargaban sobre la costa de la pequeña bahía de guijarros y la temperatura había bajado. El comportamiento hosco de Glauco mejoró un poco gracias al suave vino tinto.

–¿Dónde estamos? –preguntó Calídice.

Dejó escapar un suave eructo y se recostó sobre los codos.

–En Poros.

–¿Por qué estamos en Poros?

Miró alrededor y respiró hondo.

–Yo estoy en Poros porque me deben un favor y necesito compensar la pérdida que causasteis. –Calídice estaba a punto de protestar, pero la hizo callar levantando un dedo y sacudiendo la cabeza–. Vosotras estáis todas aquí porque es donde voy a dejaros. No se me ocurre un lugar más seguro que esté a un día de navegación de vuestra casa. –Bebió un trago de su odre–. Eso si es que todavía tenéis un hogar.

Aquello fue demasiado para Sésara. Enterró la cabeza entre las manos y lloró. Demo la atrajo hacia su pecho, susurrándole palabras

tranquilizadoras. Los ojos oscuros de Calídice relampaguearon mientras temblaba de ira.

–Y así es como eliges cumplir con tu deber, ¿no? ¿Molestando a una chica? ¿Abandonándonos aquí?

Glauco no se conmovió.

–Tu madre quería que os llevara lejos. Lo he hecho, dos veces. No me pagó por nada más. –Se levantó y se aflojó el cinturón. Por un momento de horror, Calídice pensó que podría estar a punto de usar la fuerza para imponerse sobre ella, como el chico de Egina–. Pero, como soy un hombre de honor, os llevaré a un pueblo en las colinas, donde os ocuparéis de vuestros asuntos y me dejaréis a mí con los míos.

Cogió el arco, la aljaba y un par de odres de agua, y se alejó por un sendero para hacer sus necesidades. Demo lo vio irse, con un alivio mezclado de resentimiento. Sus ojos se posaron en el odre de vino y una sonrisa traviesa estiró sus labios.

–Hermanas, llenad nuestras copas. Yo voy a llenar la suya.

Sésara se secó las lágrimas.

–¡Demi! –se sorbió la nariz–. ¡No puedes!

–¡Puedo y lo haré!

* * *

Al ver que un buen rato más tarde no había regresado, Calídice fue al barco a buscar la lira y la flauta. Calentadas por el vino, para el que no tenían mucha resistencia, pronto estaban haciendo música junto a un fuego crepitante, disipando su miedo al anochecer que se acercaba. Al poco, habían perdido la noción del tiempo y se estaban abriendo paso entre los aires campestres que habían aprendido desde que empezaron a caminar. No se dieron cuenta de que una embarcación de casco oscuro había rodeado el istmo y se estaba acercando al barco de Glauco. Fue el sonido de la piedra del ancla al caer al agua y una andanada de instrucciones lo que interrumpió su canto. Las notas de la lira de Calídice se desvanecieron en la noche purpúrea.

–¡No os detengáis por nosotros! –Un hombre alto, bien proporcionado y de cabello oscuro y ondulado saltó sobre los guijarros de la bahía. Tenía el torso desnudo y, cuando aterrizó, los músculos de la parte superior de su cuerpo temblaron, tensos y delgados. Se pasó la mano por el pelo y la levantó en un gesto de apaciguamiento–. ¡Por favor, señoras! ¡Ha sido encantador! –Tenía un acento distintivo, marcado y diferente al de cualquier voz aquea que hubiera oído antes.

Se le unieron otros dos hombres, y las muchachas los observaron con profundas dudas. Uno de ellos era bajo, rechoncho y de cara chata. Todo en su apariencia era opuesto a la de su amigo. El tercero era bastante mayor, tal vez en su cuadragésimo verano. El cabello gris era espeso, áspero, de cejas negras y pobladas. Llevaba dos bolsas de marinero sobre los hombros. Las chicas captaron el ruido de la agitación del líquido de los odres de agua o de vino que transportaban.

Calídice los miró por encima del hombro. Glauco no era la mejor de las compañías, pero todas se sentían vulnerables sin él. Dirigió sus ojos a la espada, envuelta en una tela aceitada. Glauco había dejado sus otras armas a bordo. Percibió que, a su lado, Demo atraía a Sésara hacia ella con ademán protector. ¿Dónde demonios se había metido el marinero?

El más alto de los recién llegados levantó las manos nuevamente. Había captado la mirada de Calídice y supo interpretarla correctamente.

–¡Por favor! –dijo–. Sólo queremos beber un poco de vino y hablar. Como puedes imaginar, la conversación se resiente cuando pasas más de un día con la misma compañía.

Calídice miró a los otros dos. Si bien el hombre mayor le resultaba indiferente, el de la napia aplastada no le causaba buena impresión. Y el más alto era demasiado encantador.

–Tenemos un poco de vino, así que sois bienvenidos a compartirlo. ¿De dónde venís?

–¡Ah! –dijo, acomodándose en la playa con las piernas cruzadas–. Eso está mejor. De Citnos. Con una breve parada en Serifos, al este de aquí. ¿Y vosotras?

Calídice había oído hablar de Citnos, pero no tenía idea de dónde estaba.

–De Egina.

–¿Solas?

–No, solas no.

Demo le sostuvo la mirada hasta que bajó los ojos.

–¿Tu vino?

–Aquí lo tienes –dijo Calídice.

Se encogió de hombros y bebió a grandes tragos, de manera ruidosa. Mientras el hombre más alto hablaba de la pesca en Serifos, su amigo escupió el líquido y vomitó.

–¿Qué te pasa?

–¡Esto es una porquería!

–Es la resina –declaró Calídice, reprimiendo una risita–. Cuesta acostumbrarse. Nuestros hombres pueden soportarlo.

El napias lo arrojó a un lado.

–Vuestros hombres son cerdos.

–Discúlpalo –continuó el más alto–. Si no fuera alfarero, especializado en jarras con estribo –dijo–, podría ganarse la vida decentemente con su red. Pero la bodega de su barco está repleta de cerámica y su artesanía es muy solicitada.

Parecía ajeno al hecho de que, más allá de alguna que otra respuesta monosilábica, ninguna de las chicas había dicho nada. Calídice sentía las miradas de sus dos compañeros de barco de vez en cuando. La miraban con atención, pero, cada vez que se volvía hacia ellos, asentían con la cabeza en acuerdo con las observaciones del otro que hablaba.

Ya había caído la noche y quedó claro que Glauco no regresaría pronto. El alfarero finalmente dejó de hablar e intercambió miradas con sus amigos.

–Decidme –dijo–, ¿dónde están vuestros compañeros de tripulación? ¿O navegáis por las aguas de por aquí para vivir de la música? Estamos confundidos.

–No, tenemos un guardián –empezó Demo–, pero está fuera...

–¿Un guardián? –miró a Sésara con el ceño fruncido–. Parece que ha fallado estrepitosamente en su deber. ¿O tal vez es incapaz de controlar su temperamento?

–No fue responsable, y tampoco es asunto tuyo.

–Ya veo. Bueno, no importa. ¡Una persona menos para beber nuestro vino!

Cuando el alfarero dejó de hablar, hubo un silencio incómodo, cargado de miradas furtivas hacia todos lados. Calídice se puso de pie de repente.

–Vamos, hermanas. Necesitamos encontrar algo de leña: las llamas se están apagando.

Ofreció la mano a Sésara y a Demo, quienes, después de un momento de desconcierto, se sacudieron el polvo y se levantaron. El alfarero las imitó de un salto.

–Permitidme ayudar.

–No. Sabemos dónde encontrarla.

–Insistimos. –El alfarero hizo un gesto hacia los dos hombres–. Vamos, holgazanes. También necesitamos leña.

Se pusieron de pie lentamente. El alfarero apoyó la mano en el hombro de Calídice, que se estremeció y la apartó de un manotazo.

–¡Perdóname! Sólo iba a preguntarte tu nombre...

–No te interesa su nombre. –Todos se sobresaltaron ante la voz que surgió del crepúsculo–. Quítale la mano de encima.

La expresión del alfarero se agrió cuando Glauco salió de las sombras de los árboles que bordeaban el sendero de las cabras. Dejó caer los dos odres llenos de agua, que se desplomaron a un lado como animales hinchados. Calídice sintió una oleada de alivio cuando vio que tenía dos flechas sujetas en los dedos.

–Id a beber vuestro vino a otro sitio.

–No hay necesidad de esa hostilidad, amigo mío. Nosotros...

–Sé lo que eres. Coge a tus dos perros y vete.

El hombre rechoncho lo miró con enojo y dio un paso adelante. El alfarero extendió una mano para contenerlo.

–¿Qué? ¿Qué quieres decir con que sabes lo que somos?

–¿Por qué te detendrías en Sérifos antes de navegar hasta aquí? Está más lejos que Citnos. Mentiste. ¡Sois *shekelesh*![3]

Calídice vio un destello en los ojos del alfarero, pero no pudo interpretarlo.

–¿Y usas esto contra nosotros? ¿Que estemos cansados? –Lo descartó con un gesto–. Deja el arco y ven a beber. Dinos, tráele al hombre un poco más de vino.

El hombre de cabello plateado se dio la vuelta y se dirigió al barco. Glauco clavó una flecha en la arena y colocó la otra en el arco.

–Dile a tu hombre que se detenga.

–¿Qué?

Dinos siguió caminando y ahora estaba a sólo unos pasos del barco.

–¡Dile que se detenga!

–¡Estás loco!

–¡Última oportunidad!

Glauco se movió hacia un lado para conseguir un mejor ángulo. El sol se había puesto y, a una distancia de sólo treinta pasos, su objetivo era poco más que una silueta. Sésara dejó escapar un pequeño grito de pánico y las hermanas se alejaron apresuradamente del fuego en dirección a Glauco, evitando quedar en su campo de tiro.

Dinos estaba ahora en la rampa de abordaje. Puso un pie sobre ella y se giró para ver qué estaba pasando. Cuando oyó el crujido del arco y el golpe de la cuerda, trepó los últimos metros de la rampa. La flecha le golpeó la columna con la fuerza de un mazo. Abrió la boca para gritar de sorpresa y agonía, pero ya no tenía aliento.

–¡No!

El alfarero cayó de rodillas y las hermanas miraron a Glauco con horror.

–¿Por qué...?

Pero Glauco no estaba escuchando. Había preparado su otra flecha y estaba balanceando el arco entre el alfarero y su compañero.

–¡Levántate!

El alfarero emitió un ruido de angustia y, a cuatro patas, hizo un repentino esfuerzo por alcanzar la espada en su envoltorio

impermeable. Glauco respiró hondo y soltó su última flecha, que ronroneó contra el cuello del alfarero, quien cayó de bruces sobre los guijarros. El napias tenía los ojos muy abiertos por el miedo y la ira. Dio un paso hacia el barco, donde Dinos se deslizaba contra la rampa en su agonía. Al juzgar que la distancia era demasiado grande, fue hacia la espada. Glauco se le había anticipado y, cuando se lanzó hacia el arma, le dio una patada brutal. Cogió la espada y tiró de la tela. Mientras el otro se tambaleaba sobre los guijarros crujientes, Glauco le hundió la hoja en el vientre. Se desplomó hacia atrás con un suspiro y, con los ojos fijos en el cielo, quedó inmóvil.

Las hermanas miraron horrorizadas. Glauco torció el gesto mientras limpiaba la espada en la túnica del hombre herido.

–¡Vamos! ¡Llamadme bestia y bruto! Veo que tenéis ganas de hacerlo. Luego podéis ir a ver qué estaba a punto de recoger el otro en el barco. –Levantó la barbilla hacia Dinos, tendido sobre la rampa de embarque.

–¿Dónde estabas?

–Observando. Escuchando.

–¿Así que dejaste que nos asustáramos? ¿Dejaste que me tocara?

–Pero no lo hizo, ¿verdad? Puso su mano sobre tu hombro, y fue entonces cuando di un paso adelante. Quería saber de qué trataba todo esto.

Calídice sacudió la cabeza y acarició el cabello de Sésara distraídamente. Glauco hizo un ruido de exasperación y se acercó al barco, empujando a Dinos hacia las aguas poco profundas del bajío. Desapareció de la vista por un momento antes de que una lanza fuera arrojada por la borda y se estrellara contra la playa. La siguió otra, luego una jabalina, un garrote con clavos y, por último, un arco. Lo oyeron pisar fuerte sobre las tablas del barco, murmurando y tirando cosas a un lado.

–No mintió sobre las jarras de estribo: hay docenas aquí. Muy bien hechas: puedo venderlas.

Luego se quedó en silencio. Salió unos momentos después, agarrando una bolsa con cordón y luciendo una sonrisa triunfante. A la luz del fuego, desató los cordones y eligió un exquisito collar. Las hermanas se

acercaron, tratando de no mirar los cuerpos. Entre cada colgante de oro con forma de animal había piedras ovoides de lapislázuli, muy pulidas y estriadas con matices de pirita.

–¡Hermoso! –susurró con asombro, hurgando en la bolsa y recuperando varias otras piezas de joyería labradas en oro y plata.

–Vamos, anímate. –Le arrojó una pulsera de plata a Calídice–. También hay lingotes de metal allí dentro.

–Yo... no puedo...

La sonrisa de Glauco se desvaneció.

–¿Por qué no? ¿De dónde crees que sacaron esto, eh? Estos perros se aprovechan de gente como tú, pero hoy se sintieron atraídos por la playa equivocada, como polillas a la llama. Toma, ten las otras chucherías. El collar es mío.

Sésara escogió un broche de pelo dorado.

–Es hermoso –susurró.

–Espera un momento, hermana. –Demo tomó la muñeca de su hermana y la bajó suavemente. Le frunció el ceño a Glauco–. ¿Qué quisiste decir con *shekelesh*? ¿Quiénes son?

Glauco estaba examinando una de las piedras de lapislázuli.

–Magnífico –murmuró.

–¿Y bien?

–¿Y bien qué?

–¿Quiénes son... eran?

Glauco agitó la cabeza.

–¿Estáis al tanto de todo lo que sucede en el gran mundo? ¿Más allá de los muros de vuestro palacio? –Se guardó el collar en el bolsillo–. *Shekelesh*. Piratas. Hace tiempo que corren rumores de barcos de casco negro que atacan a las galeras mercantes en el archipiélago, pero aún más este año. Algunos dicen que vienen del oeste, pero yo no lo sé. Vale la pena llevar armas.

–¿Y sus cuerpos?

Demo parecía en conflicto. Había vislumbrado un par de pendientes colgantes, tachonados de piedras preciosas. Le enfermaba pensar en ladrones robando posesiones queridas de jóvenes de su edad. Recordó

la piel pálida del chico de Egina cuando estaba encima de Sésara. La pequeña e inocente Sésara. Le ponía los pelos de punta. ¿Todos los hombres habían sido creados así?

–Los quemamos. Tomamos lo que queremos y nos vamos por la mañana.

Calídice parecía horrorizada ante la perspectiva.

–¿Para ir adónde? ¡No podemos seguir moviéndonos de isla en isla!

Glauco recuperó el collar y lo sacudió suavemente frente a sus ojos.

–¿Por qué no? –dijo, sonriendo–. De todos modos, los vientos y las lluvias volverán pronto. ¿Por qué no aprovecharlo al máximo?

VIII

La comida era excelente: tiras de venado sobre pan negro, cebollas, queso espolvoreado con una fina hierba roja... Y vino. Más tarde coincidieron en que le faltaba algo de la uva helénica, pero aun así les alivió las extremidades y les suavizó el ánimo. A todos, excepto a Jasón. A medida que el dolor de la pierna disminuía, una presión enervante había empezado a acumularse entre sus sienes. Pensamientos sombríos se arremolinaban en su mente y recordó los vívidos sueños de la noche anterior, en los que había regresado a Yolco para encontrarlo como un páramo carbonizado y humeante. Se disculpó por no participar en el festín, pero prefirió alejarse un poco para apoyarse contra un árbol, en el pequeño bosquecillo cercano. Una vez solo, cerró los ojos y aspiró hondo el aire fresco. Cuando los abrió, Medea se había unido a él.

–No te he oído llegar.

–¿Tienes dolor?

Sacudió la cabeza.

–Eres muy malo para mentir, Jasón. Bebe esto. La leche se estropeará pronto y tendré que tirar el resto.

Jasón cogió la taza, disfrutando de la sensación de que le calentaba las manos mientras bebía.

–Esto sabe diferente.

–¿Te parece?

Sintió que sus miembros se volvían más ligeros y la tensión en los hombros comenzó a disminuir. Por un momento, pensó que las piernas iban a ceder.

–Siéntate, Jasón. Descansa. Traeré una manta.

Quiso protestar, pero las palabras de Medea eran como un bálsamo. Oleadas de fatiga comenzaron a invadirlo.

–Sólo un momento –murmuró.

* * *

La conversación alrededor del fuego fue difícil entre los argonautas y los aldeanos. Más allá de los gestos básicos con las manos, los viajeros dependían en gran medida de Calais y Zetes para las traducciones, pero los irascibles gemelos se cansaron pronto y se dedicaron a sus propias prioridades. Incluso Dáscilo estaba perdido con el lenguaje de los aldeanos. El anciano, que lucía un bigote tupido y una raya blanca en su espeso cabello oscuro, le sonrió cuando vio que la boca de Dáscilo se movía sin palabras mientras intentaba darle sentido a las que desconocía. El anciano se señaló a sí mismo y repitió:

–*Crobyzoi! Crobyzoi!*

Oileo se inclinó y, forzando una sonrisa, susurró:

–¿Qué está diciendo? ¿Ése es su nombre? Es el peor nombre que he escuchado en mi vida.

–¡Zetes! –dijo Dáscilo–. Oye, Zetes, ¿cuál es su palabra para «tribu»?

Zetes le lanzó una mirada de irritación.

–¿Qué quieres decir con «tribu»?

–¿Qué quiero decir? Como en..., como en el nombre de la gente. ¡Esta gente!

Zetes interrumpió su conversación con un aldeano y, con la boca llena de pan y cebolla, intercambió algunas palabras breves con él antes de volverse hacia Dáscilo.

–Esta gente son los *crobyzoi*. Son amigables, a diferencia de los cinocéfalos, que viven en la orilla norte.

Oileo resopló y un poco de su vino brotó de sus fosas nasales, lo que le provocó una mueca. Esto hizo que Medea soltara una risa tintineante que los argonautas nunca habían oído antes. Oileo se sonó la nariz.

–¿Los «cinocéfalos»?

–¡Sí! –respondió Zetes, irritado–. Los Cabezas de Perro. Jóvenes iniciados que viven como salvajes. ¿Ahora puedo volver a lo mío? ¿Intentar conseguir una mujer aquí?

–Esos Cabezas de Perro –dijo Oileo, imitando un hocico que sobresalía de su cara mientras se dirigía al anciano–. ¿Es una gorra que llevan? Gorra, ya sabes... ¿O son simplemente muy feos? ¿Como Idas?

Ante esto, los que estaban sentados cerca del yolco no pudieron contenerse, incluso Butes. Idas le hizo una mueca.

–¿De qué te ríes, imbécil?

–De mi propia broma.

Mientras los argonautas bebían, Medea tocó el codo de Oileo.

–Quiero preguntarte algo.

La sonrisa de Oileo se desvaneció.

–Entonces, pregúntame.

–Me estabas hablando de Hécate, antes de que nos interrumpieran, hace días.

–Ya te dije que eran delirios. Mi mente estaba enferma.

–¿Pero la viste?

–Sí, la vi. –Bajó la voz y miró alrededor–. Soñé que me estaba muriendo, y parece que así era, pero ella y la Diosa Madre me dijeron que necesitaba vivir un poco más antes de volver a ver a mi esposa.

Medea escuchó atentamente con los labios entreabiertos.

–Tengo tantas preguntas sobre este asunto...

–Y no tengo respuestas.

–Pero no me lo estás contando todo.

–¿Por qué dices eso? –Oileo tomó un trago de vino–. ¿Por qué me miras así?

–Porque te reías hace un momento y ahora estás frío y serio.

–¿Siempre eres tan persistente? –Ella sonrió.

–Ya os he dicho que no soy como vuestras mujeres griegas.

–Prométeme que no me volverás a preguntar sobre esto después.

La sonrisa se desvaneció.

–Lo prometo.

–En mi sueño, Hera dijo que necesitaba vivir para cuidar de Jasón.

–¡Esto es bueno! Vivirá una larga vida, estoy segura.

Oileo negó con la cabeza.

–Tal vez solo hasta que regrese a Yolco. –Hubo más risas alrededor de la fogata, pero Medea y Oileo se quedaron en silencio–. Y, por salvarme la vida, también debo servirte.

–¿A mí? –Articuló la palabra, señalándose a sí misma con sorpresa.

–A ti.

Medea cogió la copa de Oileo y bebió un poco de vino.

–No quiero que me sirvas –dijo en voz baja–. Tu amistad es más importante.

–Entonces el asunto está zanjado. –Le guiñó un ojo y terminó el vino–. Ah, y una cosa más. Parece que su hijo –señaló a Peleo con la cabeza, sin mirarlo– será el salvador de los aqueos.

Ambos se rieron, sin darse cuenta de que Peleo los estaba observando atentamente.

–¿Dónde está Jasón? –preguntó.

–Descansa.

–¿Está dormido? –Peleo miró a Medea. La luz de la fogata caía sobre la mitad de su rostro y él no podía leer su expresión–. ¿Dónde está?

Su tono brusco hizo callar a los demás, e incluso los *crobyzoi* sentados alrededor del fuego se giraron para mirarlo.

–Junto a los árboles, allí. Quería estar solo.

Peleo se quedó absolutamente inmóvil, como una serpiente a punto de atacar. Luego se puso de pie de un salto y cogió el pomo de su espada.

–No confío en...

Jasón emergió de la oscuridad, cojeando levemente. Cuando notó que todos los rostros se volvían intensamente hacia él, les contestó con una sonrisa perpleja.

–¿Qué me he perdido?

Peleo miró alternativamente a Medea y a Jasón y volvió a su lugar en la hierba, con las piernas cruzadas y el entrecejo fruncido.

–Qué amable de tu parte unirte a nosotros –murmuró Oileo, ofreciéndole un poco de vino.

–¿Te sientes mejor? –preguntó Medea.

–Sí, y tengo algo que decir. –Levantó la copa–. Hemos navegado más lejos que cualquier heleno antes que nosotros, tal vez más lejos de lo que cualquier heleno jamás lo haga, pero no podemos ir más lejos.

Hubo un momento de silencio.

–¿Por qué no? El río es ancho. –Pólux parecía perplejo–. La corriente es bastante fácil.

Jasón sabía que, de todos ellos, Pólux y Cástor eran los que menos prisas tenían por regresar. Al defender a su joven hermana, habían agraviado a un poderoso clan de los Atridas. La enemistad de sangre en Esparta sobreviviría a ambos.

–Porque no podemos huir para siempre. Ha llegado el momento de regresar a casa. ¡Mañana nos dirigiremos hacia los estrechos!

Al principio, por el silencio y las miradas intercambiadas, Jasón pensó que había malinterpretado su estado de ánimo. Entonces se oyó un rugido de vítores y aplausos. Los aldeanos miraron a los argonautas alarmados hasta que Calais les explicó lo que había dicho Jasón. El anciano asintió sabiamente con la cabeza y levantó la copa, repitiendo una palabra determinada como si la tuviera en gran veneración.

–Creo que dice: «¡Bebed!».

–No, conozco esa palabra –lo corrigió Dáscilo–. Coraje.

Mientras el resto de los argonautas chocaban sus copas, Jasón se colocó entre Medea y Oileo. Éste lo miró enarcando una ceja. Advirtió que, tras su sonrisa, tenía los ojos un poco vidriosos.

–¿A qué viene todo esto?

Jasón se inclinó hacia él y le habló en un susurró.

–Las oí de nuevo, amigo mío, muy claramente esta vez. Me dijeron que lo hiciera. ¡Eso es!

* * *

Abastecidos de comida y agua, partieron tarde a la mañana siguiente, un poco torpes a pesar de haberse bañado en el río. Aunque ni Zetes ni ninguno de los demás argonautas habían encontrado un amor fugaz en

el pueblo, algunas de las mujeres habían lavado sus ropas de repuesto y habían reparado túnicas y faldones muy desgarrados usando tendones de los lomos de los ciervos rojos que habían sido sacrificados la noche anterior. Incluso habían intercambiado algunas pieles, que la tribu había estado preparando para que les duraran los meses de invierno que se avecinaban, a cambio de otro par de cuencos de bronce de Circe.

Pasaron junto al solitario balancín, que parecía una horca cuando nadie lo usaba para recoger agua. El río estaba particularmente tranquilo, con sólo una bandada de cigüeñas que, asustadas por la aparición de los dos barcos, se elevaban en el aire con un batir de alas. El río estaba tan vidrioso que la luz rasante del sol resaltaba el vilano de cardo que se había acumulado en su superficie. Se detuvieron para almorzar sin prisas, contentos de volver finalmente a casa, parsimoniosos ante la perspectiva de encontrar resistencia en el camino. El suave fluir del Istros, la monotonía de la remada y el ensimismamiento en sus propias reflexiones hicieron que la tarde transcurriera rápido y la luz se apagara casi sin que se dieran cuenta.

Un frío temprano fue el primer recordatorio de que el verano había pasado su apogeo. Atraídos por una ensenada natural, amarraron el *Argo* y el *Tifis* uno al lado del otro para pasar la tarde, muy animados por la perspectiva de volver a entrar en el mar Inhóspito al día siguiente, así como por la sensación de que los colcos seguramente habrían suspendido la persecución infructuosa.

Habían recogido leña aquella misma mañana, pues era una tarea difícil cuando caía la noche y ya estaban cansados. Mientras saltaban chispas en la leña, oyeron el primer aullido de un lobo, al que no le prestaron especial atención. Hubo algunas muecas de incomodidad cuando se agacharon sobre la hierba fría. Aunque a nadie se le habían infectado las heridas, todavía estaban rígidos y doloridos.

–Toca algo meloso –dijo Anceo, después de que todos se hubieran llenado el estómago–. Algo que compense la falta de dulzor en este vino.

–Aprendí esto de un bardo en una pequeña isla del archipiélago –dijo Orfeo.

–¡Pues que me den con una lanza! ¡Es la primera vez que te oigo decir algo en semanas!

Orfeo se encogió de hombros, pero se sonrojó. Recuperó la lira y sus dedos acariciaron las cuerdas mientras ajustaba las clavijas. Entonces empezó.

–Ahora los vientos más cálidos de la primavera soplan... Ahora los valles de oro y verde rebosan... Aquí, ay aquí, dichoso, donde alientan las sombras y los fantasmas de tu presencia se manifiestan...

Un aullido repentino y las palabras de Orfeo se desvanecieron en el crepúsculo. Las cabezas de los argonautas se giraron rápidamente hacia el bosque. Un punto de luz vacilante emergió de la hilera de árboles. Engendró un collar de tres, siete, once luces más. Entonces empezó el cántico, un aullido agudo acompañado de un choque de bronce.

–¿Qué, en nombre de los dioses...?

–Cinocéfalos –dijo Dáscilo.

Calais y Zetes fueron los primeros en tomar las armas. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, empezaron a distinguir las formas de hombres que portaban antorchas, híbridos monstruosos. Jasón miró y se le cubrió el corazón ante el cruel giro del destino.

–Estamos en la orilla norte –dijo a nadie en particular–. Medea, ponte detrás de nosotros. ¡Argonautas! ¡Otra media luna! Periclímeno, Orfeo, Dáscilo... ¡Dispersaos! ¿Cuántas flechas tenéis?

Jugaron torpemente con sus aljabas.

–Menos que antes.

Jasón se volvió hacia Periclímeno.

–Entonces, por todos los dioses, haced que cada una cuente.

El aullido alcanzó un tono diferente cuando otro guerrero repitió el estribillo. Se oyó otro choque de armas. «¿Había dicho Zetes algo sobre los jóvenes iniciados?», pensó Jasón. Aguzó la vista y el oído.

–¡Son sólo chicos! ¡Se dispersarán fácilmente!

Peleo trataba de aliviar la rigidez de los hombros.

–No nos podemos permitir que nos hagan retroceder, muchachos. ¡No son horas para un baño!

–¿Estamos listos?

–¡Espera!

–¿Listos ahora?

–¡Sí!

–Avanzamos junt...

Los cinocéfalos cargaron.

Mientras corrían, el aire se desgarraba con las llamas de las antorchas. Llevaban pieles de lobo que les cubrían la cabeza, atadas aquí y allá con correas de cuero. Las piernas estaban cubiertas con pantalones de piel, aunque iban a pecho descubierto. Parecían delgados, hambrientos y sucios. Eso era todo lo que Jasón recordó antes de que estuvieran sobre ellos. Ninguno de los arqueros fue capaz de lanzar más de un par de flechas. Tampoco se inmutaron cuando varios de ellos cayeron.

Los que evitaron las lanzas chocaron contra los escudos con un coraje temerario. Una docena irrumpió a través de la línea de argonautas, desatando un hedor salvaje. Jasón sintió un extraño y frío desapego por el caos, los gritos, el ruido del metal contra el metal y la madera.

Sus hombres. Los vellones a bordo del *Argo*. La comida y el agua. Todo se perdería. Todo. Y Medea...

Se preparó para el ataque de un iniciado.

Podía ver por la mirada salvaje de sus ojos, que brillaban en la hoguera, y por sus dientes al descubierto, que no habría ninguna finta, ningún hábil juego de lanza. Sólo fuerza bruta. Jasón se arrodilló y se preparó para ensartarlo. Su pierna herida se estaba curando rápido, pero todavía estaba rígida y dolorida. Esperaba que no le fallara.

Entonces el joven saltó con una gracia asombrosa. Lo habría superado en ese único salto si Jasón no hubiera lanzado su escudo contra la pierna trasera. El borde lo atrapó y lo hizo agitarse, aterrizando varios pasos detrás de él con un fuerte golpe.

Más adelante, otro guerrero. Éste tenía la lanza en ristre. Uno de los dos acabaría con él.

Entonces, resonó un grito agudo y agonizante.

Jasón se arriesgó a mirar hacia atrás. Medea estaba agachada junto al iniciado. Una espada brilló en su mano cuando la retiró del corazón del guerrero. Lo miró, desorbitada y primordial.

Le transmitió ardor. Apretó la mandíbula y cambió de opinión. Esperó hasta que la figura aullante estuvo a unos pasos de distancia y luego se levantó, barriendo el escudo y apuñalando, por debajo del brazo, con la lanza. Los ojos del guerrero siguieron la punta de bronce. Intentó desviarse y apuñalar. La punta lo siguió y le atravesó el costado. El golpe del joven se marchitó y rozó la cara del escudo de Jasón. Cayó de rodillas, pero luego se desplomó sobre la hierba y se quedó inmóvil.

El caos reinaba alrededor. Formas oscuras, iluminadas de lado por las hogueras o por las antorchas que arrojaban a los argonautas, algunas siluetas de pie, otras luchando en el suelo. Jasón fue rechazado por otro joven con cabeza de lobo que lo atacó por sorpresa, pero tropezó con un cuerpo. Se hizo a un lado y clavó la punta de la lanza en la piel de lobo, donde supuso que estaría el cuello del joven.

A su derecha, Anceo pisoteaba a un joven para liberar su hacha. A su lado, Calais y Zetes estaban cortando y tajando, demasiado feroces para los jóvenes.

–¡Jasón! –gritó Medea.

Había un grupo de cabezas de lobo. Un argonauta estaba en el suelo, inmóvil. Otro luchaba contra dos por su cuenta. Torpe en sus movimientos, herido.

Etálides.

Jasón volvió a meter el hombro en el escudo, como le había visto hacer a Meleagro. Cargó contra el enemigo, enroscando a uno de ellos y derribando a otro. Sus pies perdieron el agarre en la hierba, resbaladiza por la sangre. Se puso de pie. El joven debajo de él tenía una espada curva, que golpeó débilmente hacia él, de revés. La parte plana del bronce le mordió la pierna. Jasón le bajó el borde del escudo en la cara, pero aun así el guerrero se obligó a ponerse de pie. Con el segundo y el tercer golpe, se desplomó.

Etálides hundió su lanza en su agresor, con las dos manos. Luego la soltó, tambaleándose hacia atrás en dirección al río. Los aullidos habían cesado. En su lugar, se oían jadeos sin aliento y gruñidos de esfuerzo. Los jóvenes vestidos de lobo tenían la sorpresa y la ferocidad de su lado, pero ambas habían menguado. Uno de ellos arrojó su lanza y

corrió hacia el crepúsculo. Jasón lo apuntó con una de sus jabalinas, pero falló por varios pies y el arma aterrizó en silencio.

–¡El *Argo* está en llamas!

La voz seguramente estaba en la cabeza de Jasón, una proyección de sus peores pesadillas.

–¡Fuego!

Se dio la vuelta. Había fuego, pero no en el *Argo*. Quedaban algunos de los cinocéfalos, pero la lucha había desaparecido de sus corazones. Ahora retrocedieron juntos, con los ojos temerosamente yendo de un argonauta que avanzaba a otro. Meleagro y Oileo estaban entre ellos. Parecían crecer en estatura a medida que los iniciados se encogían. Jasón vaciló.

Vio a Orfeo arrodillado sobre un cuerpo, con sus manos ágiles trabajando furiosamente. Parecía que estaba tratando de tapar una herida.

–¡Necesito vendas! –Su voz, normalmente rica, sonaba seca y agrietada.

Jasón sintió una mano furiosa en su hombro que lo hacía girar. Estaba mirando los ojos feroces de Telamón. Gotas de sangre manchaban su barba rojiza. Lo salpicó con saliva mientras hablaba, enfurecido.

–¿Dónde están los cubos? ¿Dónde, dímelo?

–En el *Argo*. En la proa.

Con un resoplido, se marchó.

Etálides. ¿Dónde estaba el heraldo?

–¡Etálides!

Hubo una exhalación entrecortada.

–Aquí.

Una forma oscura estaba encorvada al borde del agua, agarrándose el costado. Jasón cogió una antorcha desechada y corrió hacia él. La llama había quemado la resina y se estaba apagando, pero proporcionaba suficiente luz. Demasiada. Las manos de Etálides temblaban, oscuras por la sangre que incluso ahora goteaba entre sus dedos.

–¡Espera aquí!

–No voy a ninguna parte –le dijo a la espalda de Jasón, que se alejaba.

Jasón se lanzó hacia el *Argo*, pero recordó que no quedaba lino. Telamón y Peleo estaban solos tratando de apagar las llamas que se extendían a lo largo del mástil escalonado del *Tifis*. La tela de la vela crepitaba con fuego.

Se tiró del pelo y miró a un lado y a otro. Uno de los cinocéfalos, un joven sucio, se arrastraba a cuatro patas intentando levantarse. Jasón corrió hacia él y le dio una fuerte patada en el costado. El chico se dio la vuelta, agarrándose el vientre, del que una línea oscura y profunda manaba sangre. No llevaba nada adecuado. Encontró lo que buscaba en otro cadáver vestido de lobo, aunque la ropa estaba sucia. Jasón arrancó tiras de los pantalones con manos temblorosas, arrojando un par hacia Orfeo mientras corría, gritando su nombre.

Etálides estaba acurrucado, balanceándose para levantarse o movido por oleadas de dolor.

–Estoy aquí –dijo Jasón con dulzura–, así que mueve la mano.

Jasón tuvo que apartar los dedos de Etálides, resbaladizos por la sangre, de su costado. La palma del heraldo estaba fría y húmeda. La herida parecía una boca parcialmente abierta. El heraldo comenzó a farfullar incoherencias. Una serie de nombres y de invocaciones a los dioses se convirtieron en un suave murmullo antes de que se desplomara. Jasón lo abrazó fuertemente, sin importarle que su espalda quedara expuesta, que el *Tifis* ardiera o que Telamón, Peleo y otros maldijeran y gritaran a su alrededor.

Se dio cuenta de que había alguien más a su lado. A pesar de las privaciones, Medea de alguna manera mantenía una fragancia que era siempre limpia, como el romero. Sintió su mano cálida entre sus omoplatos. Susurraba algo. Una oración, se dio cuenta, cuando escuchó a Hécate entre otras palabras que no entendía. Se volvió hacia el fuego a bordo del *Tifis*. Era claro que estaba fuera de control, aunque Peleo, Telamón y, con ellos ahora, Idas y Butes, se negaban testarudamente a rendirse.

A unos pocos metros de distancia, Orfeo estaba sentado en cuclillas, cual centinela distante. Jasón apretó la mano de Medea y se unieron a él.

El rostro juvenil de Dáscilo los miró fijamente, con los labios entreabiertos y pálidos a la luz de las antorchas. Un pequeño ruido escapó de la parte posterior de la garganta de Jasón y se tambaleó hacia atrás, agarrándose la cara con incredulidad.

–¡Levantadlo! –gritó a Medea, apretando los puños–. ¡Ayudadlo!

Oileo se apresuró a acercarse, captando la mirada impotente en los ojos de Medea.

–No, no, el chico no –murmuró Jasón, en voz baja.

Oileo se arrodilló junto a Dáscilo y comprobó el pulso. Aunque un lado de su rostro estaba hinchado y amoratado, la herida fatal –ahora podía verla– estaba en la ingle y no había una parte de su faldón que no estuviera saturada de sangre.

–Descansa en paz, muchacho. –Le cerró los ojos–. No te olvidaremos.

Oileo se volvió hacia Jasón, que lo miraba con fiereza. Sacudió la cabeza con tristeza.

–¡No! ¡No puede ser! ¡Le prometí que lo llevaría de vuelta a casa!

–Está muerto. Se ha ido con valentía. Algunas promesas no se pueden cumplir.

Jasón sintió que algo se rompía en lo más profundo de su ser. Empezó a temblar. Oileo lo vio caer de rodillas y golpear la hierba.

–¡No, no, no, no!

Oileo se levantó sobre unas rodillas que crujieron y lo tomó por los hombros.

–Jasón –dijo en voz baja–, el *Tifis*. Aún hay tiempo. No puedo pensar en una mejor manera de ponerlo en su nuevo camino. Él y Etálides. Siempre se llevaron bien.

Jasón se secó los ojos, consciente de que otros argonautas lo estaban observando. Mordiéndose con fuerza el dolor, ayudó a llevar a Dáscilo hacia el *Tifis* en llamas, pasando por encima de armas, zaleas y algunas cestas de comida que habían sido rescatadas.

–Ya podéis dejarlo, muchachos –gritó Oileo, mientras se dirigía como un cangrejo hacia el pequeño barco.

–¿Qué? –Telamón se secó la frente, dejando un rastro de sudor, ceniza y sangre. Sus ojos desorbitados reflejaban el fuego mientras permanecía

de pie en la proa, con el pecho agitado. Luego miró hacia el cuerpo que transportaban y su expresión se suavizó.

–Hermano, mira. –Saltó y señaló por encima del hombro. Peleo se unió a él y los dos mirmidones observaron, con las manos en las caderas, cómo primero el cadáver de Dáscilo y luego el de Etálides eran deslizados por la borda con toda la dignidad posible en aquel momento.

Habían llegado justo a tiempo. Para entonces, las llamas bailaban por todo el casco. El *Argo* no había sido tocado, pero algunos de ellos lo empujaron un poco más río abajo para asegurarse. Luego regresaron para observar la solemne ceremonia.

Idas cogió un odre de vino y bebió un largo trago. Lo tapó y lo arrojó al suelo, alzando la lanza en dirección a los bosques negros que se agolpaban contra ellos.

–¡Vamos, miserables, malolientes cobardes! ¡Estamos aquí, perros! ¡Probadnos!

Arrojó una bola de flema hacia los árboles y recuperó su bota de vino, que dejó caer al suelo justo detrás de la luz que arrojaban las hogueras. Butes se unió a él unos momentos después y luego otros argonautas se alejaron del ardiente *Tifis* hasta que sólo quedaron Jasón y Medea, Orfeo y Oileo.

Acasto miró alrededor. Captó la mirada distante de Idas. No había posibilidad de unirse a él y a Butes, así que se sentó a poca distancia de Teseo. El ateniense estaba sentado con las piernas cruzadas, arrojando tallos de hierba a la hoguera.

–¿Te importa si me uno a ti?

La voz de Acasto sacó a Teseo de su ensoñación, que miró hacia un lado antes de sacudir la cabeza. El pequeño fuego chisporroteó y silbó, mientras los ojos de Acasto se deslizaban hacia Teseo unas cuantas veces. El ateniense estaba mirando fijamente hacia la orilla opuesta. De perfil, parecía Apolo: pelo rubio oscuro y espeso, labios carnosos, nariz fina y ligeramente respingada, y una mandíbula nítida. Como Apolo, era una belleza fría.

–¿Qué? –preguntó, bruscamente–. Puedo sentir que me estás mirando. Di lo que tengas que decir ahora mismo.

Acasto resopló.

–Vi lo que hiciste, allí. Te metiste bajo la lanza y mataste a dos, de derecha y del revés. –Agitó la mano, imitando el movimiento–. No he visto nada igual.

Teseo lo miró de arriba abajo y frunció el entrecejo.

–Se consigue con la experiencia.

–¿Por qué me miras así?

–Un día, cuando mi padre muera y yo me convierta en rey de Atenas, la gente me juzgará. La gente con menos coraje que yo tendrá en cuenta mi virtud como rey. Lo acepto, aunque no me guste. Estoy aquí para poner sus juicios fuera de toda duda. ¿Por qué estás aquí?

–¡Por las... por las mismas razones!

La ira se encendió en los ojos de Teseo.

–Te he visto matar a los bebrices. Pero desde entonces no has vuelto a quitar una vida. Ni una sola vez. ¿Has perdido las ganas?

–¿Qué...? Yo...

–Nunca hay sangre en tu ropa.

–Yo... ¡Yo uso una lanza! ¡A distancia! Yo...

Teseo lo interrumpió con un gesto de desprecio.

–Cuando cobro una vida, reconozco que necesito paz y tranquilidad.

Acasto lo miró un momento más. Asintió y se levantó.

IX

Tras lavarle el pelo, Alcimide peinó a Despoina.

–¿Sabes? –graznó la nodriza–. Cuando eras pequeña, apenas podía...

Alcimede puso los ojos en blanco.

–... apenas podía pasar el peine por mi cabello –dijeron al unísono–. Era muy espeso.

–Y ahora míralo.

Despoina apoyó los dedos huesudos en la muñeca de Alcimede. Estaban tan secos como la leña.

–Todavía conservas tu belleza, mi niña. A pesar de los estragos del tiempo.

Alcimede discrepó en silencio y ayudó a la nodriza a llegar a su pequeño catre, armado con mantas y pieles viejas.

–También solías decirme que nunca me acostara con el pelo mojado, que eso provoca dolores de cabeza y pesadillas.

–Tonterías.

Acomodó a su nodriza de costado y fue a encender otra lámpara. Faltaba aceite de oliva, así que se dedicó a buscar restos aquí y allá en los frascos y tarros que llenaban los estantes. Había suficiente para seis lámparas: una menos que la semana pasada, que era una menos que la semana anterior. Mientras Alcimede se ocupaba de la tarea, no era consciente de que Despoina todavía notaba esas cosas, agradecida de que al menos su vista no le hubiera fallado todavía. Observó la delgada figura de Alcimede, que se movía afanosamente por la pequeña casa de adobe.

–Todavía no me has contado lo que pasó en el palacio –dijo.

Alcimede enderezó la espalda.

–No. No te lo he contado. ¿Es suficiente esta luz?

–Suficiente. ¿Y entonces?

–Jasón no va a volver.

–¿Qué?

–Todos se han perdido en el mar. Eso es lo que dijo uno de los marineros que habían sido abandonados. Tal vez podamos hablar de ello mañana.

Esperaba que el cansancio en su voz pudiera disuadir a la anciana de seguir hablando.

–¿Lo vio con sus propios ojos?

–No. Mencionó rumores de que habían llegado a la Cólquida y los habían perseguido, pero que remaron en medio de una tormenta. No se los ha vuelto a ver desde entonces, a pesar de los grandes esfuerzos por encontrarlos... Para recuperar lo que se les había robado.

–Entonces sigue vivo. ¡Estoy segura!

Alcimede no respondió, pero se quitó el vestido y se puso un camisón sobre su delgado cuerpo. Hacía frío y las oscuras puntas de sus pezones presionaban contra la tela.

–¿Y qué hay de Pelias?

–¿Qué hay de él?

Despoina se rio entre dientes.

–¡Te conozco mejor de lo que te conoces a ti misma, mi niña! –Levantó un dedo y la miró–. Se siente solo, ¿no? Se compadece de sí mismo. Te pidió que te quedaras un rato más. Es obvio que no aceptaste, pero una vocecita interior te sugirió que te quedaras y hablaras.

Alcimede se volvió hacia ella.

–¡Cómo se descontrola a veces tu vieja mente!

Miró a Despoina. Las ojeras de sus ojos eran oscuras contra la piel pálida, casi translúcida, surcada por mil arrugas. ¡Pero esos ojitos pequeños y brillantes! ¡Qué astutos eran todavía!

–¿Sería tan malo hablar con él?

–¿Con el asesino de mi marido, el verdadero rey? ¿Con el hombre que exilió a mi único hijo? ¡Sí!

–O con el único hombre que puede darte una vida fuera de esta pocilga.

–Nuestra pocilga, al menos.

–Él te permitió... nos permitió a nosotras... permanecer en los salones del antiguo rey, ¿no es así?

–¡No quiero su caridad!

Despoina dejó que el temperamento de Alcimede se calmara.

–No quiero que pases el resto de tus días aquí, en estas condiciones.

–Pues es algo con lo que soy feliz.

Despoina le dirigió una débil sonrisa. De repente, sintió que los párpados se le hacían pesados.

–Tráeme otra manta, mi niña. Estoy lista.

–¿Lista?

Chasqueó la lengua.

–Para dormir.

Alcimede terminó de atarse el pelo y sacó una manta de su catre. Luego apagó todas las lámparas menos una. Por capricho, se metió en el catre de Despoina y la abrazó. Sintió que las manos de su niñera le apretaban los brazos brevemente. Alcimede arrimó la barbilla al pelo húmedo y observó el fantasma de la luz de la lámpara temblando en la viga del techo. Despoina estaba respirando profundamente en unos momentos. Se quedó así, contenta y cálida, hasta que sus propios ojos empezaron a parpadear lentamente, momento en el que besó la frente de Despoina, se dirigió a su propio catre y se quedó dormida casi al instante.

X

Un bufido furioso despertó a Jasón antes del amanecer.

Se giró de lado y vio a Medea agachada sobre los cuerpos de los cinocéfalos, con las palmas de las manos sobre ellos y los dedos bien abiertos. Miró a su alrededor para ver quién más estaba despierto. Orfeo estaba sentado con las rodillas dobladas para protegerse del frío, tan indescifrable como siempre. Cerca de allí, Oileo también se movía.

–*Aoroi! Biaithanatoi! Agamoi! Ataphoi!*

El gélido susurro de Medea provocó un escalofrío involuntario en la columna de Jasón. Miró a Oileo, pero los ojos del guardaespaldas estaban fijos en ella.

–*Aoroi! Biaithanatoi! Agamoi! Ataphoi!* ¡Por muerte prematura, violenta, solteros, muertos e insepultos!

Repitió esto sobre cada cadáver, asegurando el peor castigo posible para la arrogancia de los iniciados. A partir de entonces, serían almas inquietas condenadas a vagar por la faz de la tierra para siempre. Cuando terminó, todos los argonautas se habían levantado. Entonces frunció los labios y bufó a los cadáveres con los dientes apretados. No tuvo en cuenta a los argonautas mientras intercambiaban miradas y se dirigió a la orilla del río para lavarse.

* * *

La niebla matutina aún se elevaba en el Istros cuando soltaron las amarras del *Argo*. La visión del casco ennegrecido de la pequeña embarcación colca, a la que se habían aficionado tanto, los afectó profundamente. Incluso para Idas, el cínico más empedernido, era

difícil no leer algún vaticinio en la visión de un barco que contenía los restos carbonizados de dos antiguos camaradas, lejos de casa.

Apenas se pronunció una palabra durante toda aquella mañana, y tampoco por la larga tarde. No había señales de barcos enemigos ni sensación de que estuvieran cerca. Era como si el mar Inhóspito hubiera liberado al *Argo* de su presencia y ya no le importara ni supiera nada de su reaparición.

Mientras el *Argo* se alejaba de sus amarres a remo, Alcimede se despertó sobresaltada. Levantó la cabeza de la almohada unos centímetros, tratando de captar lo que fuera que la había despertado de un sueño profundo. La pequeña habitación estaba quieta y silenciosa. Sus ojos tardaron unos momentos en adaptarse a la penumbra. Todo estaba donde lo había dejado la noche anterior. Veía la frágil espalda de Despoina frente a ella.

Dejó caer la cabeza sobre la almohada y sus ojos, a punto de cerrarse, parpadearon y se abrieron de par en par. La habitación era sepulcral. Incluso los gallos del pueblo estaban en silencio. Tras quitarse la colcha, se dirigió al viejo catre de la nodriza.

–¿Despoina?

Silencio.

Colocó una mano suavemente sobre el hombro frío y rígido y lo supo de inmediato.

El dolor, el tipo de dolor aplastante que te deja sin aliento, ya lo había experimentado antes: con el nacimiento de Jasón y su partida inmediata, con la enfermedad de la pequeña Eireni, al ver su rostro indefenso. Luego vino el asesinato de Esón. Y ahora la Muerte se había deslizado en su casa durante la noche para llevarse a su amada nodriza, el único hilo delgado que unía sus recuerdos como un collar invaluable.

Agarró las sábanas de Despoina y las apretó hasta formar puños mientras su cuerpo se enroscaba como un feto. Oyó los lamentos y los gemidos, pero se desentendió de ellos mientras todo su cuerpo zumbaba y se convulsionaba con una y otra oleada de dolor crudo.

Fueron sus vecinos quienes la oyeron. Forzaron la frágil puerta con facilidad y la encontraron sollozando desconsoladamente,

balanceándose sobre las ancas. Al principio, la mayoría se mostró comprensiva. Le ofrecieron compañía y toda la comida que les sobrase en los días siguientes. Al tercer día, cuando se planteó el asunto del entierro de Despoina, los murmullos de desaprobación de las mujeres mayores, la mayoría de ellas vestidas con los chales negros de las viudas, dejaron clara su opinión sobre un funeral cerca del pequeño pueblo.

En ese momento, uno de los hombres que primero había oído sus gritos en aquella sombría mañana tuvo la amabilidad de cavarle una tumba en un bosquecillo de cerezos, en la ladera este de Dimini. Se disculpó porque su amigo, que había accedido a ayudarla y podría haber hecho un trabajo más limpio, estaba indispuesto a causa de una fiebre. Alcimede le dio las gracias sinceramente antes de irse. El bosquecillo estaba escondido junto a la antigua tumba de cámara que albergaba a generaciones de gobernantes de Dimini. Despoina le haría compañía a Esón desde allí.

Acompañada únicamente por el estridente coro de cigarras y un lagarto verde que apareció en una roca cercana, tras verter vino y aceite en la tierra seca, Alcimede raspó la capa superficial del suelo sobre el cadáver y las pocas posesiones preciadas con una pala de cobre. Cuando terminó, se protegió los ojos, hinchados por las lágrimas, y miró el agua brillante del golfo Pagasítico, a unos ocho estadios de distancia.

Experimentó una cálida y fugaz sensación de calma eterna. Respiró hondo y se volvió hacia el pueblo.

Los lamentos llegaron a sus oídos antes de cruzar las puertas, así que apretó el paso para ver si podía ayudar. La gente se apresuraba hacia una de las casas de la izquierda, apenas separada de la suya. Vio las miradas angustiadas en los rostros, los brazos alzados y desesperados. A medida que se acercaba, comprendió que los gritos escalofriantes de dolor crudo sólo podían presagiar una cosa. Alcimede vio al padre, de rodillas y tirándose del cabello. Sabía que la madre estaría dentro, siendo consolada. El hijo, si estaba en lo cierto, apenas había vivido cuatro estaciones. Alcimede se ajustó el chal, porque había experimentado un escalofrío, y se acercó a su vecina, que vivía entre las dos casas.

–¿Puedo...?

–¡No! –La mano extendida y el estallido de ira la detuvieron en seco–. No, tú... tú simplemente mantente alejada.

Alcimede palideció de la sorpresa y miró las caras de los presentes, una tras otra. Algunos de ellos le devolvieron un gesto de desaprobación, pero se dio cuenta de que ninguno podía sostener el intercambio durante mucho tiempo.

–¿Qué te pasa, Litsa?

–El otro día te vi volver de Yolco, pálida y demacrada. ¿Me entiendes ahora?

–¿Entender qué? –Alcimede sintió que las lágrimas le hacían picar los ojos–. ¿Qué he hecho?

Litsa arrugó la frente y otro grito desgarrador surgió de dentro de la casa.

–Tú trajiste la fiebre que se llevó a ese hermoso niño, eso es lo que pasó. Y a Despoina –añadió, en voz baja.

Un pequeño grito de dolor escapó de la garganta de Alcimede.

–¡Despoina era vieja, Litsa! ¡No tenía fiebre, ni yo tampoco!

–No te apresures... –dijo otro, pero fue interrumpido rápidamente.

–Entonces, ¿por qué no te acercas a ella?

Los labios del hombre se movieron, pero no salió ningún sonido. Chasqueó la lengua y miró hacia otro lado. Alcimede se tambaleó en el lugar, sintiendo que su mente estaba a punto de aplastarle el cuerpo. Se apresuró a volver a casa y cerró de un portazo, sollozando hasta quedarse dormida.

* * *

En los días siguientes, a medida que más habitantes de la ciudad se contagiaban de fiebre, era como si los pies de Alcimide pudieran congelar el suelo que pisaban. Observó cómo algunos la miraban con recelo y cómo otros apartaban la vista cada vez que pasaba por allí. Otros, sin embargo, cuando advertían su pálida figura, incluso hacían el signo apotropaico a sus espaldas para alejar el mal. El primero en

hacerlo no fue alguien de Dimini, sino un chapucero de ungüentos adscrito al palacio de Yolco y un chismoso incorregible. Con el sobrante que había conseguido apartar, intercambiaba su espesa y empalagosa pasta en las ciudades cercanas de Tesalia.

–¡Quemaduras, sarpullidos y heridas! –solía gritar–. ¡Alivia todo esto y más!

Atraía a los clientes tanto a través del comercio de chismes como de ungüentos. Siempre que sus obligaciones le permitían viajar a Dimini, a Pefkakia y, muy de vez en cuando, a otros lugares, se llevaba a casa un generoso botín en las alforjas de su viejo burro. Una mirada conspiradora a derecha e izquierda y, mientras vertía la pasta en cualquier recipiente que le ofrecieran, los chismes fluían: que si la ira del rey y su soledad. Que si los santuarios abandonados. O las aventuras amorosas de las hijas de Pelias. ¡Una de ellas, nada menos que sacerdotisa!

El burro escuchaba todo esto con paciencia, moviendo las orejas mientras soportaba las moscas y las medias verdades.

El hombre de ojos saltones era el espía perfecto.

La casa de Esón, comenzaba el rumor, estaba maldita. Su miasma seguía a su último miembro superviviente como una nube de humo. El hombrecillo astuto, que estaba sentado en su taburete vendiendo sus productos bajo un toldo raído, no la miraba a los ojos. Incluso el hombre que había cavado la tumba de Despoina sólo pudo ofrecerle una sonrisa triste antes de continuar con sus asuntos.

Tenía la imperiosa necesidad de llamar a la puerta de su antiguo hogar, que ahora era la residencia del delegado militar de Pelias, un hombre severo llamado Anaktor. Pero la puerta estaba cerrada y no había nadie dentro. Anaktor rara vez estaba allí y, ahora que lo pensaba, incluso si estuviera, era poco probable que la recibiera amistosamente.

El séptimo día después de la muerte de Despoina, las cosas llegaron a un punto crítico. Había pocos niños en Dimini. Los que vivían allí eran inquietos y sin dirección ni, aparentemente, disciplina. Algunos de ellos estaban sentados trazando líneas en el polvo con palos cuando ella pasó, de regreso del pozo. El mayor tendría nueve o diez inviernos; el más

pequeño, tal vez cinco. Balanceando el cubo de agua sobre la cabeza, sus labios se estiraron cuando los vio, lo que fue lo más cercano a una sonrisa que pudo reunir.

Al verla, se sorprendieron dos veces. El mayor se puso de pie y le escupió. La hostilidad golpeó a Alcimede con tanta fuerza que, mientras se cubría la boca, el cubo se desequilibró y cayó al suelo, empapándole los pies y la falda. Lanzó un pequeño grito de sorpresa, justo cuando la madre de uno de los niños se lo llevó rápidamente con una mirada hostil.

Algunos de los aldeanos se detuvieron y la miraron. El vendedor de ungüentos se echó hacia atrás el sombrero de paja y se rascó la barbilla cubierta de barba con una mueca de desprecio. Alcimede se cubrió la cara y corrió a casa, abandonando el cubo en la plaza. Entró y cerró de un portazo antes de desplomarse en el suelo y sollozar descontroladamente. Incluso cuando las lágrimas se calmaron, permaneció así mientras las sombras trepaban por la pared y la luz meliflua del anochecer caía sobre Dimini.

Alguien llamó a la puerta. Al principio, perdida en sus pensamientos, no se dio cuenta. Cuando el golpe se repitió, se puso de pie y abrió un palmo.

El rey Pelias estaba en el umbral, con las manos entrelazadas a la espalda. Llevaba una espada en un tahalí tachonado y una capa, sujeta en el hombro derecho con un broche de oro del tamaño del puño de un niño. A poca distancia de él había un guardaespaldas con casco y el cabo de la lanza clavado en la tierra. Más allá, los habitantes de Dimini observaban con curiosidad. Miró a Pelias y a los aldeanos con sorpresa.

–Señora Alcimede, ¿estoy molestando?

Resopló y recuperó la compostura.

–No.

–¿Puedo entrar?

Notó que un par de ciudadanos se inclinaban juntos, intercambiando palabras. Miró hacia atrás. La pequeña casa no estaba en condiciones de recibir al rey de Yolco, ni siquiera a uno como Pelias. Abrió más la puerta y se hizo a un lado. Pelias se agachó bajo el dintel, arrugando la

nariz ante el olor rancio y la sensación ruinosa de las dos humildes habitaciones. No logró borrar la expresión de desagrado a tiempo.

–¿Te sientes feliz ahora? ¿Viendo esto? –El labio de Alcimede comenzó a temblar–. ¿Viendo el daño que causaste? ¿Y bien? ¿Te alegras? ¡Vamos, echa un buen vistazo y sal de aquí!

Pelias no se movió.

–No, señora Alcimede. Esto me aflige. Me aflige hasta lo más profundo de mi ser.

Se secó los ojos y se alisó la falda. Luego, miró hacia otro lado.

–Te agradezco tu preocupación. Y ahora puedes marcharte.

Pelias suspiró y se sentó en un taburete. El cinturón de cuero que llevaba crujió en señal de protesta.

–Éste no es lugar para una mujer de tu posición. Aquí, dentro de esta choza, rodeada de esos campesinos. –Hizo un gesto vago con la mano en dirección a la calle–. ¿Crees que no me doy cuenta de su proceder, de sus habladurías? En cuanto huelen la sangre, esta gente se da un festín con ella. ¡Y todo para sentirse mejor con respecto a su propia inutilidad! ¡Esón era el único hombre digno entre ellos! Él y algunos otros...

–¿Por qué estás aquí?

–Sí... Por qué estoy aquí... ¿Podrías sentarte, por favor? ¡Me pones nervioso!

Alcimede frunció el ceño y se sentó en el único taburete que había en la casa, alisándose las faldas. Pelias notó el gesto y tragó saliva. Había algo convincente en la nobleza debajo de los harapos.

–Desde la muerte de la reina Filómaca, ciertos asuntos religiosos han sido descuidados. La piedad, al parecer, ha caído en desuso en el palacio. Dudo de que mi sacerdote sepa siquiera la diferencia entre Zeus del Olimpo y Zeus del patio. De queso y vino, higos y membrillos... Oh, es todo un experto en eso. Nuestra joven sacerdotisa tiene la lengua de una arpía y la moral de un turón. Si el bienestar de una ciudad está realmente vinculado a la piedad que hay en ella, ¡estamos todos condenados!

Pelias la miró expectante. Alcimede era inescrutable.

–¿Por qué me preocuparía esto?

–¡Porque puedes desempeñar funciones en el palacio que corresponden a tu condición! No tengo interés en estos asuntos ni aptitud para ello. Soy un hombre de guerra, señora Alcimede, no un predicador. Tuyos pueden ser el pequeño megarón y los aposentos de la suma sacerdotisa, así como la tierra y la administración que conlleva. ¡Se puede confiar en que no dejarás que esa parte del legado de Esón se arruine! ¿Y bien? ¿No te atrae esta perspectiva?

Sí, pero no quería traicionar su dolor admitiéndolo. Se preguntó qué había detrás de la oferta. Nada de lo que había dicho era nuevo para ella: la propia Despoina había hablado a veces de la sacerdotisa de Yolco que, según se rumoreaba, pasaba más tiempo arreglándose los rizos frente al espejo, mimada por doncellas con esponjas y perfumes, que haciendo sacrificios frente a las efigies del culto.

–Lo pensaré. –Las palabras salieron de su boca antes de que tuviera tiempo de reconsiderarlas–. Te agradezco la oferta.

El rostro de Pelias se contrajo de frustración, pero sabía que no debía insistir. Giró las manos con las palmas hacia arriba.

–No puedo pedir más. Me marcho. No hace falta que me acompañes a la puerta.

En cuanto se fue, Alcimede miró alrededor de la habitación. Podía entender perfectamente la actitud de Pelias hacia el lugar. Tenía hambre y sed. Había un mendrugo de pan y un poco de queso igualmente duro en un plato agrietado junto a la ventana. El agua que había sacado se había secado hacía tiempo sobre el polvo de la plaza del pueblo. Respiró profundamente y salió a la luz que se desvanecía. Un hombre mayor estaba ordeñando una cabra, otro esparcía maíz para sus gallinas. Al otro lado de la plaza, el mercachifle de ungüentos y su burro se habían ido. Algunas personas se volvieron hacia su puerta cuando se abrió, pero los ignoró y se detuvo sorprendida.

Su cubo ahora colgaba del poste que sostenía la cerca de juncos. Dentro había cuatro granadas maduras. Miró alrededor y se preguntó quién podría haberlo devuelto, pero nadie la miró a los ojos. Se dirigió

al pozo sintiéndose un poco más segura de la decisión que ya había tomado.

A mitad de camino hacia Yolco, mientras pasaban por un olivar, el guardia de Pelias se atrevió a hacer una pregunta.

–¿Cuál es vuestra opinión, mi señor?

Pelias, que había estado meditabundo y en silencio desde que dejara Dimini, se volvió hacia él.

–Todas las olas se rompen.

XI

Glauco y las tres hermanas llegaron a las costas meridionales de Ceos tras pasar una breve noche en una pequeña isla deshabitada, a un día de navegación al este de Poros. Estaban cansadas, hambrientas e irritables, lo que hizo que el desembarco fuera aún más bienvenido. En un pequeño pueblo portuario intercambiaron una serie de jarras de estribo, que habían sacado del barco *shekelesh*, por un pollo y un poco de vino, y masticaron malhumoradas pan y queso mientras esperaban a que se asara la carne. El granjero con el que Glauco hizo el trueque le proporcionó poca información útil y, al igual que las hermanas, aparentemente ignoraba la existencia de los *shekelesh*. Durante el resto de ese día, no vieron otro barco. Con poco que hacer aparte de comer, dormir la siesta y bañarse, las hermanas aceptaron que partir a la mañana siguiente era la mejor opción.

Sin embargo, lo que sí preocupaba a Calídice era algo que había decidido no mencionarles a Sésara y Demo. Habían encontrado una albufera, a la que los isleños habían llevado sus burros para que se refrescaran después de viajar por los empinados senderos de la colina. Las muchachas decidieron bañarse en ella. Casi habían olvidado que Glauco estaba cerca y, cuando las vio chapoteando en el agua, Calídice advirtió la expresión de su rostro. Cuando lo miró con enojo, él se retiró a las rocas sobre la laguna. Se dio cuenta de que había sido una ingenua al identificarlo como un guardián. ¿En qué se diferenciaba, se preguntó, de cualquiera de los otros hombres con los que se habían encontrado recientemente?

* * *

Zarparon a la mañana siguiente y llegaron a la costa oeste de Citnos poco después del mediodía. Glauco arrió la vela cuando la isla se alzó enorme ante ellos, verde bajo una brumosa corona de nubes.

–¿Por qué has bajado la vela? –preguntó Demo.

Glauco no le hizo caso y empujó suavemente la caña del timón. Incluso debajo de su pétaso, se vio obligado a protegerse los ojos mientras escudriñaba la costa. Murmuró algo en voz baja antes de emitir un ruido de satisfacción y señalar un promontorio más al sur.

–Para que puedas practicar a izarla.

–¿Qué?

–Me refiero a que la levantes. Me has visto hacerlo lo suficiente. Necesitáis ganaros el sustento, chicas. Me estoy cansando de hacerlo todo. ¿Y si me mataran o enfermara? ¿Qué haríais entonces? Así que demostradme qué tal se os da –dijo, dejándose caer sobre un banco.

Las chicas pusieron los ojos en blanco para luego quedarse observando las distintas cuerdas y estayes. A Glauco le quedó claro de inmediato que no habían estado prestando atención. Demo comenzó a juguetear con uno de ellos.

–Déjala –suspiró Glauco–. Eso es una braza. Está fija porque no quiero cambiar de rumbo.

Demo lanzó un suspiro de fastidio.

–Son éstos, ¿no?

–Correcto. Se llaman brioles. Es más fácil soltarlos de dos en dos, al mismo tiempo. –Glauco las observó mientras se esforzaban con las cuerdas, chasqueando los dedos entre ellas cuando las fibras les quemaban la piel de las palmas–. Bien, ahora volved a atarlos.

–¿Cómo?

–¿Nunca habéis hecho un nudo?

–¡Por supuesto que sí!

Glauco gruñó a causa de la ineptitud de las chicas. De pie tras Calídice, le quitó la cuerda de las manos. Ella percibió el olor a sudor, a vino rancio, y se sobresaltó cuando la piel áspera de él le raspó el dorso de la mano. Por un breve momento, se miraron el uno al otro con los sentimientos a flor de piel: ella con repulsión y él con ira. Quería

gritarle por la forma en que lo hacía sentir inferior a pesar de todo lo que había hecho por ellas. El momento pasó. Mientras el barco se balanceaba, la verga crujió contra el mástil.

–Todas sentadas –dijo, con desdén.

* * *

Aquella tarde consiguieron alojamiento en un pequeño pueblo de paredes limpias y encaladas, de pintorescas calles adoquinadas, a lo largo de las cuales las flores brotaban de las macetas o caían de las jardineras en una profusión desenfrenada de colores. Las hermanas fueron a dar un paseo por lo alto de un promontorio que dominaba una serie de calas rocosas antes de descender a una pequeña meseta cubierta de hierba, cargada de un aroma intenso a flores silvestres. Observaron a los delfines actuando en la estela de los pocos barcos mercantes que llegaban a su puerto seguro. Uno o dos de los capitanes miraron con interés cuando pasaron navegando y las saludaron con la mano. Con el mar centelleante alrededor, masticaron queso y aceitunas, y sintieron que la tensión de sus miembros se aliviaba en el aire salado. La larga lengua de tierra les daba la impresión de estar en el mar sin ninguna de las privaciones del barco de Glauco.

–¿Creéis que volveremos a casa este año? –preguntó Sésara.

Durante unos momentos, ninguna respondió. Estaban tumbadas sobre una manta y disfrutaban de la sensación del sol calentando los párpados.

–¿Hmm? –dijo Calídice, con gesto soñador.

Sésara bajó el rostro, apesadumbrada.

–¿Iremos a casa este año? –repitió.

A casa.

La sola idea le desbarató la agradable ilusión de que todo estaba bien en el mundo. Calídice se incorporó sobre los codos y respiró profundamente.

–No creo que sea este año, Sessa –dijo, acariciando el brazo de su hermana–. Tus mejillas se ven mucho mejor ahora. El aire del mar te

sienta bien.

–Extraño a mamá y papá, a nuestros hermanos pequeños. Y a Perséfone. Especialmente a ella.

Calídice miró a Demo. La hermana mediana tomó asiento a su lado.

–Lo sé, pequeña. Todas lo sabemos. Pero esto es lo mejor. Por ahora.

–Espero que la gente no se esté muriendo de hambre.

–¡Tres bocas menos de las que preocuparse!

Calídice pensó que tal vez su hermana había juzgado mal su intento de ligereza, pero los labios de Sésara se curvaron en una sonrisa.

–La tuya especialmente. ¿Me has dejado aunque sea una aceituna?

Se quedaron en silencio cuando vieron que Glauco se aproximaba por el sendero.

–¿Puedo unirme a vosotras?

–Si quieres. –Calídice no tomó en cuenta la mirada de Demo–. Pareces muy satisfecho contigo mismo.

–Porque me gusta esta isla. ¿Y a ti?

–Es bastante agradable. Preferible a subir y bajar de tu barco todos los días.

–Entonces puede que tengamos suerte.

–¿Cómo?

Glauco cogió las últimas aceitunas que quedaban y habló mientras comía.

–Porque he oído que una galera mercante particularmente opulenta llegará hoy, desde Meganisi. Y todos saben lo rica y gorda que es la isla del viejo Minos.

–¿Y por qué esto te hace feliz?

–Porque vamos a llevarnos todo lo que haya a bordo.

–No.

–No lo haremos.

Glauco miró a Sésara con las cejas arqueadas. Ésta observó a sus hermanas y resopló con desdén, sacudiendo la cabeza.

–¿Cómo esperáis sobrevivir al invierno sin comida? ¿Tenéis reservas en alguna parte? ¿O es ésta la razón por la que estás aquí?

Calídice entrecerró sus ojos oscuros.

–Esto ha sido especialmente desagradable.

–La verdad a menudo lo es.

–¿Por qué eres tan bestial a veces? –preguntó Sésara.

Otro barco de vela cuadrada pasó por el promontorio, que Glauco inspeccionó cuidadosamente por un momento.

–Déjame decirte algo, princesa. Puedes despreciarme tanto como quieras, pero sé cómo sobrevivir. De hecho, hubo un tiempo en que tu padre confió en mí por esta misma razón.

–¿Qué?

–¡Ja! Eso te ha sorprendido, ¿no? Antes de que se convirtiera en rey, luchamos juntos contra los atenienses. Repelimos una incursión cuando aparecieron sobre las colinas un día de primavera. Incluso diría que le salvé la vida. Tu madre me miraba con buenos ojos. Puede que me hubiera casado con ella algún día, pero yo no era de la estirpe adecuada. Céleo sí. No tenía ni idea de que le gustara, pero por lo general conseguía lo que quería y en mí, su viejo amigo, veía una amenaza. Eso fue todo. –Glauco hizo el gesto de dejar caer una piedra desde lo alto. Las tres hermanas se quedaron en silencio–. Como ya no me sentía bienvenido en mi propia polis, aprendí a ganarme la vida en el mar. Y me iba bien hasta... hasta lo que pasó en Egina. Nadie querrá hacer negocios con Glauco y su aquelarre de sirenas, directa o indirectamente. ¡La casa de Céleo arruina una vez más el sustento de Glauco! –Calídice apretó los labios y miró al suelo–. Pero, aunque esto sea lo que está escrito en las estrellas para mí, no lo aceptaré. Así que... –Se levantó de repente y sus rodillas chasquearon, provocándole una mueca de dolor–. Haréis lo que os diga y os ganaréis el sustento en esta hermosa isla. No pido mucho.

–¿Y qué es eso? –preguntó Demo, hoscamente.

–Vosotras cantáis y tocáis vuestra música. Aquí mismo. Cuando llegue el momento. Cuando yo lo pida.

–¿Música? ¿Y en qué te ayuda eso?

Él les dirigió una sonrisa maliciosa.

–Porque tenéis talento para llamar la atención.

XII

El *Argo* había superado la isla de Circe sin incidentes. Anceo no perdió el tiempo tratando de que los argonautas concentraran la vista hacia el interior del barco: hacía tiempo que se habían vuelto lo suficientemente hábiles como para remar con los ojos vendados y aun así hacer un contacto decente con el agua. Cianida había estado cubierta por las nubes bajas, pero los argonautas todavía creían que podrían ver un destello desesperado de bronce si alguien lo intentara.

La capa de nubes se había vuelto progresivamente más siniestra con cada mañana, hasta que, el quinto día, Anceo apenas logró dirigirlos hacia una cala de guijarros y rocas antes de que la lluvia torrencial comenzara a azotar contra el dosel erigido apresuradamente. Detrás de la franja de guijarros, varias pequeñas cuevas excavadas por el mar proporcionaban una protección ideal contra la borrasca. Cuando la lluvia finalmente amainó y las olas parecían demasiado furiosas para aventurarse en ellas, decidieron descansar, ya caída la noche. La mayoría de los hombres había logrado arrancar algunos puñados de arbustos de aulaga, pero les costó mucho que prendieran fuego, y aun así éste apenas duró unos instantes. Tendrían que depender los unos de los otros para calentarse.

La situación era más agradable para Jasón y Medea. Una parte de él se sintió aliviada cuando se tomó la decisión de abandonar el *Argo* por el día. Él y Medea habían descubierto que sus miradas se posaban cada vez más en el otro desde que habían entrado por primera vez en el Istros. Desde la derrota de los cinocéfalos, también habían sentido algo más,

algo que hacía que los dedos se frotaran en lugar de descansar sobre la piel del otro.

–¿Estás lo suficientemente abrigada? –murmuró.

El espolón de roca que separaba su cueva de las demás y el anochecer que se acercaba añadían una sensación de intimidad que no habían sentido desde su precipitada huida de la Cólquida.

–*Diakh*.

Le cubrió el cuerpo con su zalea y se tumbó de lado a su vera. El suelo de la cueva no era liso, pero, al colocar todas las mantas y pieles de repuesto que tenían, la cama improvisada resultó cálida, aunque no cómoda. Medea, de espaldas, se presionó contra su pecho y él respondió envolviéndola en sus brazos. Sintió que las trenzas le rozaban la barbilla y respiró el aroma de hierbas frescas. Le llamaba la atención una vez más lo bien que olía en comparación con todo lo demás a bordo del *Argo*. Ella se aflojó la estola y le permitió que pasara la mano bajo la ropa. Su piel se sentía como alabastro cálido y percibió la sonrisa cuando su respiración se aceleró. La mujer extendió la mano y le acarició la mejilla con dedos lánguidos. Incapaz de resistir más, la besó con avidez. Ella se giró para permitírselo.

Se derritió tanto contra la joven que, incluso si el estruendo y el silbido del mar oscuro no lo hubieran silenciado, incluso sin la pantalla de roca, no le habría importado. Su mano se deslizó hacia el calor de la entrepierna. Ella se retorció un poco ante el toque, pero luego le permitió explorarla, pues sentía la necesidad que había en él. Cuando sus dedos inexpertos comprendieron ese cuerpo ajeno, ella gimió suavemente y comenzó a balancear las caderas al ritmo de su mano. Al borde del precipicio, sujetó su muñeca y se arqueó mientras alcanzaba el clímax, jadeando en busca de aire. Él buscó a tientas el cinturón. Cuando las oleadas de placer la habían atravesado, se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

–Para, Jasón –susurró, deteniéndole la mano–. No.

Él exhaló entrecortadamente.

–¿Por qué?

–Porque... –se mordió el labio–, porque arriesgo demasiado.

–Quieres decir... un niño.

No respondió durante unos momentos.

–Más que eso.

–¿Más?

–Hécate me favorece tal como soy.

–¿Hécate? ¿Crees que una diosa...? –Cambió de rumbo cuando sintió que ella se ponía rígida–. Quiero decir... ¿Crees que ella quiere que evites esto para siempre?

En la penumbra de la cueva, podía percibir que sus ojos lo miraban y brillaban, leyendo su alma.

–Por el tiempo que quiera ser su sacerdotisa, sí.

–Pero ¿qué pasa con nosotros?

–Jasón, nada está escrito en las estrellas. Ni siquiera Hécate sabe lo que sucederá. Si llegamos a tu casa y tengo un lugar allí... Pero, debes creerme, necesitaremos su ayuda antes de que eso ocurra.

Jasón tragó saliva, preguntándose si alguna vez tendría otra oportunidad de estar a solas con Medea durante el viaje.

–Lo entiendo.

–Bien. –Lo besó antes de susurrarle al oído–: Lo que acabas de hacer, hazlo de nuevo.

Cuarta parte

Un mar de sirenas

I

A la mañana siguiente se embarcaron temprano, después de un desayuno que apenas calmó su hambre. Una vez más, se habían quedado sin provisiones, justo cuando sabían que más las necesitaban. Soltaron las amarras y remaron hacia el sur, en dirección al estrecho, con los músculos tensos por la expectación. Si realmente había un bloqueo, lo sabrían en las próximas horas. Tuvieron que soportar un soplo de viento en contra, lo que hizo que remar fuera difícil y frustrante, pero al menos frenó la tentación de mirar por encima del hombro para ver si podían estar en problemas. Sin embargo, los ojos oscuros de Anceo permanecieron inescrutables.

Alrededor del mediodía llegaron a la entrada del estrecho. El mar Inhóspito se agitaba y retumbaba contra los riscos hostiles.

–Al menos la corriente está a nuestro favor –se vio obligado a gritar Anceo–. ¡Pronto pasaremos las Rocas Cianeas!

Siguieron remando y la corriente empezó a tirar del casco mientras describían un arco hacia la boca abierta del estrecho. Jasón se volvió hacia Meleagro mientras movía su remo.

–¡Ni un solo barco!

–Estuvieron aquí.

–¿Tú crees?

–Lo sé. Puedo sentirlo.

–Mira hacia delante –dijo Anceo.

El *Argo* ganó velocidad. La corriente viva y el ímpetu de remar les hicieron atravesar el agua. Las Rocas Cianeas, azules y espeluznantes, quedaron atrás rápidamente y hubo una ovación en medio del barco.

Parecía inconcebible que pasaran tan rápidamente por un punto de referencia que les había causado tantas dificultades en el viaje de ida. Al cabo de poco tiempo, la cala al pie del santuario de Fineo se hizo visible y el *Argo* se deslizó hacia la cuenca en calma. Cuando estuvieron amarrados, los argonautas subieron con cuidado al embarcadero, donde vieron un par de esquifes de pesca. Jasón miró en dirección al promontorio. Unas cuantas gaviotas volaban en círculos sobre la meseta en la cima. Oileo se unió a él y siguió la dirección de sus ojos.

–¿Qué pasa?

Jasón no dijo nada durante unos instantes.

–No lo sé. Pero necesitamos agua. ¡Odres! ¡Llenadlos todos!

Mientras se alineaban en el manantial al pie de los acantilados, un puñado de aldeanos emergió de las chozas. Los observaron con cauteloso interés.

–¿Fineo? –preguntó Jasón–. ¿El rey Fineo?

Una mujer con el cabello atado en un pañuelo sacudió la cabeza y condujo a sus dos hijos al interior de la choza. Antes de que lo acompañaran adentro, uno de ellos saludó a Jasón y él levantó la mano en respuesta.

Mientras que algunos de los argonautas se quedaron atrás para vigilar, el resto se dispuso a presentar sus respetos a Fineo, aunque esta vez no se arriesgaron a la peligrosa escalada por la pared del acantilado. Eligieron en cambio el camino más largo y sinuoso de la pendiente. A pesar del sol brumoso y la suave brisa, el santuario tenía una sensación aún más desolada que la última vez. El muro bajo que delimitaba el lugar parecía haberse derrumbado en varios puntos más. De hecho, vieron que el santuario en el centro estaba hundido. Jasón se acercó a la cortina que ondeaba en la entrada y, tras desenvainar la espada, se agachó para pasar por debajo.

–¿Fineo?

No hubo respuesta. En el pasillo, las telarañas y el polvo habían comenzado a dominar el espacio.

–¿Arpía?

Miró a Oileo, que se encogió de hombros y parecía igualmente desconcertado. Pasaron por el corredor y entraron en la habitación en la que habían visto a la carnosa esposa de Fineo retozando con un extraño, tantas semanas atrás. Había un plato de fruta mohosa sobre la mesa, pero nada que indicara una ocupación más reciente. Oileo pasó un dedo por la madera. Dejó un surco distintivo e inspeccionó la espesa acumulación de polvo en la yema de su dedo.

–Revisemos el sótano y nos vamos –dijo Jasón.

El sol apenas había teñido de rosa el horizonte a la mañana siguiente cuando se dispusieron a zarpar. Los espacios vacíos en el sótano de Fineo, donde antes no vieron ninguno, hablaban a las claras de la decadencia del santuario, incluso en el poco tiempo transcurrido desde la última vez que los argonautas estuvieron allí. En otro tiempo, había suficiente comida y bebida para abastecer a una tripulación hambrienta durante una semana. Ahora, apenas quedaba suficiente queso y carne curada para pasar los próximos días. Y eso sólo si lo racionaban.

Mientras cargaban el *Argo*, uno de los aldeanos, un hombre de mejillas hundidas salpicadas de barba blanca, se acercó tímidamente a Jasón con un odre de vino. Jasón lo aceptó amablemente y llamó a Zetes y Calais. La poca información que soltó la dio por iniciativa propia.

Un barco había chocado contra las rocas en el estrecho y tres colcos, desertores, según insinuó, habían intimidado y exprimido a la pequeña comunidad durante seis noches y otros tantos días. Idea los había recibido con agrado. Del destino de Fineo no sabían nada.

No todos los barcos habían regresado al este. Pero les suplicó que aceptaran el humilde obsequio, así como las bendiciones de sus dioses.

No añadió nada más a esto. El hombre no le parecía a Jasón un testigo fiable, pero de todos modos sus palabras lo inquietaron mucho. Le dio las gracias y, después, el *Argo* se alejó del pequeño puerto para adentrarse en el estrecho.

II

Aquella misma mañana, Alcimede se encontraba frente a la tumba circular del rey Esón. La ladera de la colina aún mostraba la cicatriz reveladora de su entierro: el corredor de entrada a la tumba no había sido debidamente rellenado. La forma de su ejecución reflejaba la actitud de su entierro: brutal y poco digno. En aquel momento doloroso, el comentario de Pelias le había echado sal a sus heridas abiertas: «¡Agradece que haya tenido el entierro que tuvo!».

Ahora, las lilas de verano cubrían la pendiente alrededor de la cual revoloteaban abejas y mariposas. Un palmo del dintel de piedra sobre el acceso era todo lo que insinuaba el interior de la bóveda en voladizo. Cuando se acercó, las flores, antes inmóviles debido al aire sin aliento, se balancearon con una suave brisa. Alcimede cerró los ojos e inspiró hondo el dulce aroma, a la vez que trataba de amoldar su oído al interior de la ladera.

Por debajo del zumbido perezoso de las abejas, silencio. No un silencio opresivo ni intimidante. Para ella, era más como la ausencia de opinión, solemne y antigua. Se remetió la falda y se recostó en la pendiente, observando las débiles volutas de nubes que se desplazaban por el cielo. Allí, lejos de las miradas llenas de prejuicio, calentada por la misma tierra que cubría a su nodriza y a su amado esposo, finalmente tuvo la respuesta.

III

El barco de la isla de Minos no llegó el día que Glauco había sugerido. Por suerte. La revelación sobre la relación con su madre había sido inquietante, pero de maneras que no podían definir. Calídice recordó cómo se había retraído ante su contacto cuando les mostró cómo plegar las velas del barco, el olor metálico de su sudor y sus manos ásperas. No quería imaginarlas en la piel de su madre, si es que alguna vez la habían tocado. Pero también sintió cierta amargura hacia su padre. No eran tan tontas como para pensar que todo era simple en las relaciones entre hombres y mujeres, pero la sugerencia de que su progenitor fue deshonroso en sus tratos con los demás ganaba algo de fuerza a la luz de su comportamiento extraño y profundamente preocupante antes de su apresurada partida.

Habían estado disfrutando de un baño por la tarde en las aguas color turquesa de la bahía cuando Glauco apareció en la playa, llamándolas a tierra. Se dio la vuelta cuando salieron del agua con la ropa pegada al cuerpo, mientras se secaba.

–Ha sido avistado hacia el sur. Debéis prepararos. –Las hermanas nunca lo habían visto tan agitado. Se acariciaba la barba oscura hasta sacarle punta mientras sus ojos recorrían de arriba abajo un tramo de la bahía–. Aseguraos de estar visibles. Y de ser oídas. Todo lo que necesitamos es que los distraigáis durante unos momentos: a la tripulación, al capitán, a quien sea que esté a bordo.

–¿Nosotras? –Calídice dejó de secarse el pelo–. Pensé que habías dicho que no participaríamos en lo que sea que vayas a hacer.

–Correcto.

–¿Entonces?

–Es imposible que haga esto sólo, pero no será necesario –le dedicó a Calídice una breve y enigmática sonrisa–. Ésta es más de lo que parece.

* * *

El barco tardó una eternidad en llegar, pero al menos resultó ser el que esperaban. Tenía una gran vela rectangular azul y tanto la proa como la popa sobresalían del agua. Se inclinó mientras describía un elegante viraje hacia el puerto contra la brisa del sur. Incluso a una distancia de casi media milla, a las chicas les pareció el barco más largo de cuantos habían visto hasta el momento. Calídice sintió que se le aceleraba el pulso. No era sólo la perspectiva inminente de lo que se suponía que debían lograr con su música, sino una sensación de algo exótico, una prueba de vida más allá de su propio y limitado ámbito. Habían oído hablar de Creta, por supuesto, y de la leyenda de su primer rey, Minos, que había muerto generaciones antes de que ellas nacieran. Era una de las historias más comunes que los padres y abuelos contaban a los niños junto al hogar, como lo habían hecho con ellos mismos. Y aquí, ahora, había una galera que había zarpado de esa misma isla. Parecía un acto sacrílego incluso considerar hacerle algún daño. Pero entonces, se dijo a sí misma, también contenía hombres. Una tripulación de hombres que habían estado en el mar durante muchos días. Sésara se dio cuenta de que Calídice se mordía el labio. Desde los acontecimientos en Egina, los nervios de su hermana menor estaban encrespados, tanto que le recordaba a un pajarito asustado.

–¿Qué pasa, Cali?

–¡Nada! –Forzó una sonrisa–. Me preguntaba con qué deberíamos empezar. ¿Alguna sugerencia?

–Con «el regreso a casa», obviamente –declaró Demo.

Calídice tocó algunas notas de apoyatura en la lira para calmar los nervios. En apenas unos momentos, las chicas se pusieron a desempeñar sus papeles con la misma serenidad experta que habían tenido toda la vida. De hecho, había algo liberador en aquello. Rodeadas de agua

resplandeciente, acariciadas por una brisa fragante con la luz dorada del sol incidiendo en sus rostros, rara vez se habían sentido tan vivas y tan libres. Sus aprensiones pronto dieron paso a un sentimiento parecido a la euforia, la cual encontró una expresión adecuada en la música.

* * *

No quedaba ni un solo hombre a bordo de la galera bajo cubierta. El mercenario chipriota se volvió hacia el timonel.

–¡Qué bien que lo hayas organizado!

El timonel se quitó el sombrero de paja fingiendo agradecer el reconocimiento y, a continuación, sus ojos se deslizaron de la vela a la costa y de vuelta. El agente egipcio se unió al mercenario. Lo olió antes de verlo. A pesar del hedor del barco después de tantos días en el mar, todavía apestaba a perfume. Lo miró de reojo. Sus ojos delineados con kohol eran mayormente inescrutables, pero vio que se entrecerraban al divisar a las chicas.

–No pensé que fueran tu tipo.

El egipcio volvió su mirada inquietante hacia él y se alejó.

Dos marineros cretenses, en la barandilla, lo miraron con complicidad y volvieron a saludar a las chicas, a la distancia de un buen tiro de jabalina.

Mientras bailaban en el promontorio, fingieron ignorar a la tripulación que las miraba con malicia, pero los hombres sabían que simplemente estaban siendo coquetas. Sus largos cabellos lisos se agitaban con el balanceo de sus cuerpos. Cuando el viento soplaba sobre ellas, los vestidos blancos se pegaban a la piel, exponiendo las esbeltas pantorrillas. Incluso si las chicas hubieran estado tan quietas como estatuas, se habrían quedado mirando, pero la música era encantadora, especialmente la voz de la más pequeña de ellas. Entonces levantó los brazos y comenzó a hacer girar las muñecas mientras se contoneaba. Incorporó un saludo y una risa de niña a sus palabras, y la ligera pausa en la canción hizo que los marineros gritaran de alegría.

También divirtió a las chicas, aunque hicieron un pequeño gesto de desdén mientras continuaban tocando.

El chipriota golpeó la cubierta del timón con el extremo de su lanza.

–Vamos demasiado rápido, hombre. ¿Qué prisa tienes?

Echó un vistazo a la vela.

–Enróllala, ¿quieres?

–Arrizar. La palabra es arrizar.

Otro mercenario salió de la bodega, haciendo todo lo posible por no perder el contenido de su cubo de basura mientras subía la escalera y se acercaba a la barandilla.

–¿Qué es todo este ruido? ¿Por los huevos de Zeus, de dónde...? ¡Oye, oye! ¿No puedes echar el ancla o algo así?

–¡Viciosos insaciables! –murmuró el timonel.

–¡Aquí no! –gritó el chipriota–. ¡Tíralo por el otro lado, salvaje! ¡Estas palomas no quieren verte derramando tu mierda por la borda! Ahora pliega esa vela. A las fulanas no les importará si llegamos una canción o dos más tarde.

El chipriota miró a los dos jóvenes cretenses, con el torso desnudo y lampiños. Tenían los ojos pegados a las chicas. Probablemente eran de la misma edad.

–¿Y bien? ¡Adelante! ¿No has escuchado nada de lo que te han dicho? ¡La vela, si quieres seguir mirando boquiabierto! –Le guiñó un ojo al timonel y volvió a su lugar en la barandilla de cubierta, silbando a modo de comentario.

* * *

El pequeño buque mercante zarpó a remo desde la ensenada y su timonel se levantó el pétaso al pasar frente a la enorme galera con su vela arrizada. Todos a bordo lo ignoraron por completo, excepto el hombre de rostro tenso con su tocado blanco y ojos delineados. Se agarró a la barandilla de cubierta y miró al timonel mientras lo alcanzaba. No respondió cuando Glauco inclinó su sombrero hacia él,

quien sintió que una gota de sudor le corría por la espalda cuando los ojos del hombre lo perforaron, escrutando sus pensamientos.

Un repentino grito de alegría desde la barandilla opuesta hizo que el sujeto frunciera el entrecejo y se diera la vuelta. Gritó a la tripulación, señalando a lo largo de la cubierta. Glauco escuchó muchos «esh» y «ash» en el idioma bárbaro y lo mantuvo en la mira con el rabillo del ojo mientras levantaba el arco y apuntaba, lo que no era fácil en el mar. Cuando el hombre se volvió para mirarlo, se encontró un arco tenso. Su boca formó el primer indicio de un ruido cuando la flecha ronroneó en su pecho.

–¡Arriba! ¡Arriba! –dijo, sibilante.

Justo cuando el rostro sorprendido observó por la cubierta del timón, los dos bandidos de Citnos salieron del escondite del casco y dispararon un par de flechas. La primera pasó zumbando junto a la oreja del timonel y aterrizó sin hacer ruido en el mar. La segunda lo golpeó de lleno en la cara. Se desplomó donde estaba y la cabeza calva golpeó la cubierta con un ruido sordo. La ráfaga de flechas atrajo a otros dos hombres que miraron al pequeño y traicionero barco que estaba a su lado antes de desaparecer de la vista. Cuando reaparecieron, habían tensado los arcos.

Uno de ellos tenía un pequeño casco redondo que brillaba bajo el sol rasante. El golpe de la cuerda de su arco fue seguido por un grito de dolor. Glauco se giró y vio que uno de los bandidos había sido herido en el hombro. El segundo mercenario apuntó, pero de repente sacudió las caderas y se inclinó hacia delante. Glauco vislumbró a dos arqueros de pie sobre el promontorio y el destello de los vestidos blancos mientras las tres hermanas bajaban por la pendiente y se alejaban.

–¡Bajad las armas! –gritó Glauco–. ¡Se os perdonará la vida! ¡Bajadlas!

Por un momento, no pasó nada. La galera se balanceó un poco sobre las olas que la empujaban hacia el promontorio. Glauco avanzó con cautela a lo largo de la cubierta de su barco, examinando la embarcación que tenía enfrente con la proa levantada. Entonces aparecieron dos pares de manos, seguidas de cabezas oscuras que se balanceaban. La

proa de Glauco se movió de manera brusca mientras la apuntaba hacia ellas.

–¿Más hombres?

Ambas cabezas se sacudieron vigorosamente al unísono.

–¡La bodega! –se oyó un grito lejano desde la orilla.

Glauco les lanzó una mirada feroz.

–¿Y bien? ¿Soldados en la bodega?

Volvieron a negar con la cabeza.

–¡No! –gritó uno de ellos, con voz aguda y un ligero acento.

Glauco se sentía inclinado a creerlos.

–¡Voy a subir a bordo! ¡Quedaos donde estáis!

Miró al herido, que jadeaba de dolor. La flecha seguía incrustada en la carne. Había que extraerla y limpiar la herida enseguida. Había visto a un hombre morir de una muerte horrible por una infección que se propagó a causa de una herida similar.

–Cuídalo –le dijo al bandido de barba espesa.

El joven remero temblaba en el banco. Estaba desarmado y tal vez no esperaba un intercambio tan violento. Glauco le guiñó un ojo.

–Llévame más cerca.

* * *

Cuando ya el sol bañaba las casas encaladas y la galera había sido llevada a tierra con éxito y anclada, los aldeanos comenzaron a festejar. Después de beber hubo bailes. Nunca, ni en su imaginación más descabellada, habían visto semejante cargamento. Los restos de oro y plata por sí solos valían una pequeña fortuna y, sin embargo, se encontraban entre los bienes más modestos, junto con los troncos de ébano y un colmillo de marfil. Las copas de cerámica fina de Egipto competían con un cáliz dorado bicónico, sobre cuyo origen los aldeanos especulaban con regocijo. Glauco lo expuso todo en la carretera del puerto después de tomar su parte de oro y plata. Sabía que habría disputas sobre qué hacer con el botín, que con toda probabilidad acabarían a golpes. Entonces lo llamarían al día siguiente para

resolverlo, lo que le haría quedar como un hombre sensato y engrandecería su reputación.

En cualquier caso, las hermanas brillaban por su ausencia, tal y como había imaginado. Así que fue a buscarlas, llevando consigo una pequeña caja de madera.

El ruido de la celebración se desvaneció detrás de él cuando dobló un camino que se alejaba de la parte frontal del puerto para adentrarse en las colinas de Citnos. Las encontró sentadas en unas rocas. Hablaban en voz baja y, cuando lo oyeron acercarse, guardaron silencio.

Calídice habló primero.

–Lo que acabas de hacer va en contra de todas las leyes de la naturaleza.

–¿Estarías dispuesta a marchitarte y morir sólo para demostrar tu moralidad? –Las palabras sonaron particularmente convincentes después de las copas de vino consumidas. De hecho, había ensayado lo que quería decirles mientras emprendía la subida a la colina–. La mayor parte de la mercancía jamás habría llegado a estos aldeanos. –Hizo un gesto vago con los brazos–. Se lo habrían quitado para comerciar con unas pocas personas mucho más ricas. Hombres que viven muy lejos de aquí y no piensan en nada más que en sí mismos. Tal como han ido las cosas, la mitad de esta isla tendrá ahora el invierno más seguro de su historia.

–Sigue siendo un error –dijo Sésara con tristeza.

No obstante, la caja que llevaba consigo había logrado captar sus miradas.

–Hay comida caliente y vino allí abajo. La gente pregunta dónde están esas hermosas «enredadoras» que les han traído tanta alegría. Usé la palabra que ese anciano seco usó para denostaros en Egina. Parece que la gente de Citnos ha abrazado a sus sirenas. –Depositó la caja a los pies descalzos de las hermanas. Era pesada e hizo un poco de ruido de sonaja, tal y como él pretendía–. Venid cuando estéis listas.

Sonrió y comenzó a bajar la colina.

Cuando se fue, Sésara se deslizó de la roca y se acercó a la caja. A pesar de sí mismas, todos sintieron que sus corazones se aceleraban con

la expectativa. Miró de nuevo a Calídice.

–¡Vamos, ábrela! –susurró, tratando de reprimir una sonrisa.

IV

Una semana de remar sin descanso había hecho mella en los argonautas. Ahora, el tenue contorno gris de la Montaña del Oso se recortaba contra el cielo del atardecer. Entre los terrígenos y los antiguos amigos huéspedes ahora hostiles de Kalos Limen, era difícil decidir a quiénes querían evitar más. Así que amarraron el *Argo* y se prepararon para la noche, con la esperanza de estar de espaldas a la montaña al acabar el día siguiente.

El estado de ánimo en el grupo era tan ligero que hacía juego con la luz del sol poniente. Jasón, que había estado guardando un último odre de vino para una velada como aquella, lo hizo aparecer como un prestidigitador, lo que provocó vítores entre la tripulación, sobre todo cuando empezó a llenar las copas. Estaba a punto de ponerse rancio, pero un chorro de agua le quitó las aristas. Mientras todos se relajaban junto a las fogatas, aceptaron la recarga de vino y permitieron que la lira de Orfeo los pusiera a la deriva.

Meleagro, en particular, parecía distante. Jasón se unió a él junto al fuego y, durante unos momentos, permanecieron en silencio.

–¿Estás pensando en volver a casa? –preguntó Jasón, después de un rato. Meleagro sonrió brevemente, pero no dijo nada–. Yo también. Por primera vez en..., no sé..., semanas, siento que realmente podemos lograrlo.

–Pero todavía te sientes culpable, ¿verdad? ¿Por Dáscilo?

Jasón asintió lentamente y se volvió hacia él. Siempre le habían impresionado los ojos amables en el rostro de aquel auténtico guerrero.

–Por todos los hombres que hemos dejado atrás, pero por ninguno más que por él.

–Era un joven decente. Un día, su padre se enterará de lo que hizo y sentirá que se le hincha el corazón. Él conocía los riesgos, Jasón. Todos los conocemos.

Jasón no parecía convencido. Era la mirada en el rostro de Lico, el padre de Dáscilo, lo que lo perseguía. Unos ojos orgullosos cargados de súplica. De alguna manera, le haría llegar las noticias de lo ocurrido.

–Dímelo con franqueza, Jasón. –Miró a Medea, sentada junto al fuego más alejado con Oileo–. ¿Qué esperas cuando llegues a casa?

Jasón se encogió de hombros y arrojó al fuego algunas ramitas que había estado cortando.

–Que Pelias renuncie al trono.

Meleagro se rio suavemente.

–No te pregunté qué estabas soñando.

–¡Hizo un juramento! Junto a su hogar. En un salón lleno de guerreros, algunos de ellos aquí.

–Nadie esperaba que volviéramos, Jasón. No te dará nada. Y menos sin luchar.

–¿Y? ¿Lucharías?

Meleagro frunció el ceño.

–Ésta es tu disputa. Cada uno aquí tendrá sus propios problemas a los que enfrentarse, muy pronto. Para entonces estarán hartos de la visión de las lanzas y de las ampollas en las manos. Además, no nos necesitarás. Todos hemos visto lo que eres capaz de hacer ahora.

Jasón se tragó su decepción y miró hacia otro lado.

–¿Y a ti? ¿Qué te espera?

–¡Una mujer muy enfadada llamada Atalanta! Te he contado que quería venir. Más allá de eso... –Sacudió la cabeza–. No lo sé. –Meleagro tomó un trago de vino y su actitud cambió sutilmente, como si se hubiera cerrado la puerta a cualquier otra discusión. Jasón miró a Medea, que estaba a punto de levantarse–. Una vez encontré algo encerrado en un cofre que pertenecía a mi madre, Altea. Yo era sólo un muchacho, y supongo que ella pensó que no sabía cómo abrirlo. Pero

no era tonto. Entre las galas, las joyas doradas y las ropas finas había un bulto envuelto en tela aceitada. –Separó sus gruesas manos hasta cubrir el largo del antebrazo de un hombre y se rio–. De este tamaño. Pensé que podría ser mi primera espada. Puedes adivinar lo decepcionado que me sentí cuando vi que era sólo un trozo de madera. Un tronco de madera chamuscado y partido. Se lo mostré y le pregunté qué hacía en el cofre.

Jasón le ofreció lo que quedaba del vino del odre y Meleagro asintió con la copa extendida.

–Recibí un golpe en la oreja acompañado de algunas palabras punzantes. Pero nunca olvidé la expresión de su rostro. No era ira, sino miedo.

–¿Por qué? ¿Qué era?

–¡Leña! Nada más y nada menos. Me la arrebató y se fue furiosa a devolverla a la caja. Nunca volví a ver ese cofre, hasta poco antes de que partiéramos en este viaje. Fue Atalanta quien me lo contó cuando se calmó lo suficiente. Mi madre siempre la quiso y debió de haberle confiado algunos de sus últimos suspiros. No sé cómo lo logró. Yo estaba con ella la mayor parte del tiempo.

Hubo aplausos y una fuerte rivalidad por elegir la siguiente canción de Orfeo. El bardo sonrió y comenzó a rasguear una de las suyas. Los argonautas volvieron a quedarse callados y expectantes.

–Continúa –instó Jasón–. ¿Qué dijo?

Meleagro bajó la voz. A Jasón le resultó evidente que no había compartido esto con ningún otro miembro de la tripulación.

–Ocurrió siete días después de nacer. Un parto duro en un invierno largo y frío. Quizá no te lo creas, pero fui un bebé enfermizo. Mi madre estaba descansando junto al hogar. Mientras dormía, vio a tres ancianas tejiendo en un telar en la plaza polvorienta y desierta de un pueblo. No la miraron cuando pasó por allí, pero una de ellas le habló con una voz horrible y quebrada: «La respuesta es que tu hijo sólo vivirá mientras la leña arda en el fuego». Mi madre se despertó y vio que mi padre acababa de colocar un leño en el hogar, uno de una pila que había

cortado fuera. Lo apartó con la espada. Las llamas no habían hecho mucho daño. Después de eso, quiso mantenerlo a salvo.

Jasón sintió que otros ojos los observaban. Se dio la vuelta y vio por el rabillo del ojo que Oileo y Medea habían estado escuchando.

–¡Así que por eso siempre cortas un poco de madera decente antes de encender el fuego!

Meleagro extendió su vellón y dobló un extremo para usarlo como almohada. Se recostó, con las manos detrás de la cabeza.

–¡Muy observador para un pastor! Ahora, déjame descansar. Estoy muy cansado. –Le guiñó un ojo y se dio la vuelta.

Jasón miró fijamente las llamas, reflexionando sobre su propio destino. En la danza resplandeciente del fuego, trató de imaginar el hogar en el megarón de Yolco, las columnas ricamente decoradas y el trono, construido en una de sus paredes. Y a Pelias, y la expresión de sorpresa en su rostro cuando entrara Jasón, liderando un séquito de argonautas. Conmoción y miedo. Y respeto, cuando arrojara uno de los vellocinos frente a él. Se levantaría lentamente y retrocedería, cediendo el trono...

¿Era un sueño, como había dicho Meleagro con una sonrisa? ¿O montaría una defensa furiosa y armada? Tuvo la visión de una lucha cuerpo a cuerpo contra Pelias, con su madre observando. Estaría orgullosa del hombre en el que se había convertido y lo animaría mientras terminaba con el odioso intruso.

Entonces. asuntos más inmediatos ocuparon su mente. Jasón había asumido que navegarían directamente a Yolco, pero ¿podrían los demás exigir que el *Argo* se desviara primero a sus propios hogares? Trató de captar algunas de las otras conversaciones por encima del crepitar de las hogueras, ahora que Orfeo había guardado la lira. A veces lo hacía incluso antes de terminar una canción, como si la musa lo hubiera abandonado. Y una vez que estaba en la bolsa de cuero, no había forma de persuadirlo para que la recuperara. Era una peculiaridad con la que se habían encariñado, por mucho que lo reprendieran por ello.

–... para conseguirme otro vellón: las noches son cada vez más frías.

–¡Sí, pronto llegará el mes de las lluvias!

Jasón no podía identificar bien la voz –quizá fuera Linceo–, pero estaba de acuerdo con el sentimiento. Miró al cielo. Un paramento de nubes oscurecía las estrellas, pero la noche anterior había vislumbrado la luna vieja menguando rápidamente. Cuando llenara sus cuernos, los barcos serían arrastrados a tierra o almacenados en cobertizos hasta la próxima temporada de navegación. Empezó a llevar la cuenta de cada día del viaje que habían perdido por una razón u otra antes de sacudir la cabeza para aclarar las ideas.

Se estremeció. La noche era cortante. Se levantó para buscar a Medea.

* * *

Los vientos favorables los llevaron al estrecho del Helesponto en pocos días. Una vez que pasaron la Montaña del Oso y a sus espaldas quedó finalmente el horror de aquella costa, los pensamientos se dirigieron hacia lo que los esperaba en el hogar de cada uno. Ahora reconocían puntos de referencia –un grupo de árboles aquí, un tramo de costa allá– con más claridad que en cualquier otro lugar del mar Inhóspito, a pesar de que sólo habían pasado por el mismo lugar dos veces. Con la proximidad del estrecho, se fue haciendo silencio y la atmósfera a bordo se volvió más tensa. Como había dicho el propio Jasón, ésta era la puerta de entrada a aguas más amistosas. Antes de eso, Troya era la palabra en boca de todos los argonautas. Al anochecer, encontraron una amplia y aislada bahía en la costa norte de Proponto, donde un promontorio rocoso les impedía ver el canal principal.

Después de que todos descansaran durante un par de horas y llenaran los estómagos, dejando poco en las reservas, comenzaron a amontonarse en el *Argo*. Las sombras se alargaban a lo ancho de la playa y dentro del agua. Jasón comenzó a contarlos a bordo, ya que algunos habían querido explorar más allá de la bahía. El error que había llevado a que Heracles, Hilas y Polifemo fueran abandonados en aquel mismo mar todavía le ponía el corazón en un puño, aunque parecía que había pasado una eternidad. Aunque todos habían andado a tientas en la oscuridad, maldiciendo al timonel por levantar el campamento en mitad

de la noche, había sido responsabilidad de Jasón asegurarse de que sus hombres estuvieran a salvo a bordo. Había fracasado. Había hecho falta la luz rosada del amanecer para revelar que Heracles, el guerrero más grande que habían conocido, su escudero y Polifemo no estaban entre ellos. La tripulación casi se había amotinado, un hecho que, como una herida abierta, nunca le permitieron olvidar.

Aunque sabía que era un gesto inútil, recorrió con los ojos la costa en busca de algún rastro de los tres hombres, como lo había hecho cada momento pasado en el Proponto.

V

Glauco se sentó en la ladera rocosa que dominaba el puerto y tiritó. En el horizonte se acumulaban nubes de un gris oscuro que hacían que los barcos pesqueros salieran corriendo a refugiarse. Reflexionó sobre el puñado de éxitos que habían registrado desde el ataque al navío cretense que, estaba claro, había venido de lugares tan remotos como la lejana tierra de los faraones. Nunca tuvo en sus manos semejante recompensa, así que empezó a lamentar su generosidad. No sería tan generoso con el próximo barco, si alguna vez volvía a aparecer uno. Había hablado con los isleños reclutados sobre la necesidad de ser selectivos y cautelosos. A largo plazo, intentar asaltar todos los barcos de otras islas sería ruinoso para Citnos, ya que los capitanes simplemente evitarían el lugar en favor de otros destinos más seguros. Las únicas personas que atraerían serían otros piratas, y eso también resultaba peligroso.

Habían utilizado un caballo para transmitir mensajes desde los puestos de vigilancia apostados a lo largo de la costa, pero la isla era montañosa y, después de la segunda pasada, se había quedado cojo. Los dos últimos éxitos se habían anunciado mediante almenaras, pero este sistema también tenía sus fallos. Algunos barcos cambiaron de rumbo y nunca llegaron. Otros, simplemente no eran los adecuados. Uno estaba vacío y lo habían dejado pasar después de que todo estuviera listo. Fue divertido reutilizar el barco egipcio. Los carpinteros habían diseñado una proa más plana, haciendo que su perfil anterior fuera irreconocible, y las mujeres cosieron una nueva lona blanca para reemplazar la azul, que habían cortado sección por sección como botín adicional.

Sin embargo, con los despojos más escasos, los hombres se habían frustrado y era más difícil organizarlos. El bandido herido de flecha sobrevivió, aunque su brazo ahora tenía un movimiento limitado y por ello se declaró reacio a participar en más operaciones. El otro, con una espesa barba incipiente, brutalmente fuerte, le parecía impredecible y peligroso. Glauco se había dado cuenta de que les molestaba que un extraño les diera órdenes. Era evidente que el brillo inicial de su reputación se había desvanecido. El bruto se apropió de más de lo que le correspondía en el botín cretense y, lo que era aún más preocupante, se había interesado de forma lasciva por las tres hermanas. Su actuación, al menos, nunca dejaba de encantar a los barcos que pasaban por allí. Uno de ellos casi se había estrellado contra las rocas que se alzaban a unos cuantos codos bajo el agua, más allá del promontorio.

A pesar de su éxito, las chicas también estaban perdiendo el interés. En su opinión, toda la empresa no estaba a su altura. Aquella mañana, las había visto paseando por el sendero costero y esperaba que reaparecieran pronto. Tenía hambre y había lluvia en el aire. Si no regresaban pronto, el pan que había traído se estropearía.

Un rato después, cuando se levantaba para marcharse, las vio. Cuando se acercaron, su conversación se desvaneció. Nunca habían perdido la aprensión en su presencia y eso lo irritaba. ¿Era el responsable del estado de ánimo de todos en esa miserable isla?

–Chicas, ¿algo de comer? –Calídice miró fijamente al cielo–. El pan está recién salido del horno. O lo estaba.

Les dio un cuenco y señaló un frasco.

–Alcachofas en escabeche. Muy buenas.

Comieron en un silencio tenso. Cuando terminaron, Calídice se sacudió las migas del vestido.

–Gracias. ¿Había algo que querías decir?

«Que sois unas mocosas ingratas», pensó.

–Sólo que sé lo que hay en vuestros corazones. Que anheláis volver a casa.

–¿Eso es todo? –dijo Demo, arrugando los párpados.

De las tres, Glauco la encontraba la menos refinada. También era la menos atractiva. Impresionante, sin duda, pero con ojos pequeños y brillantes y una cara agria en reposo.

–¿Qué más? –añadió Calídice.

–Mirad hacia arriba. ¿Qué veis?

Calídice y Sésara levantaron la vista.

–Nubes. Nubes grises. ¿Qué hay con eso?

–El mes de las lluvias se acerca rápidamente. En días como hoy, las rutas marítimas ya están sosegadas. Pronto, sólo unos pocos pescadores valientes se aventurarán a salir. No sería justo saquear sus cestas ahora, ¿no?

–Obviamente. –Demo extendió la mano y sintió la primera gota de lluvia.

–Miradlo así. Una galera más como la primera y habréis terminado con todo esto. Podréis iros a casa. Os llevaré yo mismo.

–¿Y tú?

–Déjame terminar. –Empezaron a caer más gotas de lluvia, salpicando las rocas expuestas que había alrededor–. Puede que regrese, puede que no. Esto no es asunto tuyo. Lo que sí lo es, sin embargo, es lo que podríais lograr con una captura más. He estado pensando en esto. De vuestros padres, como rey y reina, la gente de Eleusis espera que les provean en tiempos difíciles. Algo que no pudieron hacer después de la mala cosecha de este año. Tampoco podían permitirse comprar grano de otro lugar. –Hizo una pausa para que sus palabras se asimilaran. Ahora sabía que había captado su atención–. Esta isla no es un lugar para que os quedéis más tiempo del necesario, lo sé. Pero pensad en lo que podréis canjear, en casa, con otro botín como el primero. Con una parte mayor, ¿no? Ahora me entendéis, creo. ¡Podríais importar suficiente grano para llenar los estómagos de vuestra gente, dos veces, durante todo el invierno! –Se dio cuenta de que incluso los labios de Demo se tensaron ante esta perspectiva–. Quizás incluso exigir la devolución de esa chica que oí que mencionasteis. Perséfone. No lo sé.

Los ojos de Sésara se iluminaron, pero Calídice permaneció escéptica.

–¿Y en qué se diferencia esto de lo que has estado haciendo hasta ahora?

–¡Esta gente no es fiable! Los barcos pequeños no les interesan y no vale la pena el riesgo. Así que nos toca esperar a que otro barco grande navegue hacia esta bahía y luego todo habrá terminado. Podréis volver a casa con algo para darles a vuestros padres y ayudarlos en sus problemas. ¿Y vosotras? También seréis ricas.

Calídice asintió después de unos momentos. La lluvia comenzaba a empaparles el cabello, así que se levantaron.

–¿Qué te hace pensar que un barco así llegará? Tú mismo dijiste que los días de navegación pronto terminarían. Además, ¿podemos confiar en que nos lleves a casa después?

La miró directamente a los ojos.

–Por supuesto que sí. Porque ya os salvé la vida una vez y no he hecho nada que os haga dudar de mí desde entonces. Y, en cuanto a ese barco, tengo la sensación de que llegará pronto y con tiempo de sobra. También en esto debéis confiar en mí.

VI

Anceo estaba nervioso. Se le notaba en el rostro y cada vez que se humedecía los labios gruesos o se rascaba la espesa barba. Se había alejado con sus zaleas para intentar dormir una o dos horas antes de levar anclas, pero no parecía que hubiera descansado en absoluto. El viento, al menos, era favorable, aunque no especialmente fuerte. También habían experimentado su repentino rolar en esas aguas una vez antes. Insistió en que los argonautas remaran durante la primera milla náutica, diciendo que eso le daba mejor agarre en el agua. Jasón no estaba tan seguro de que tuviera sentido: *Tifis* ciertamente nunca había dicho nada parecido, pero todos podían ver que estaba tratando de tranquilizarse. Todos sentían la urgencia de la corriente, en particular cuando alcanzaron la calada y parecía que la quilla del *Argo* se deslizaba sobre el agua. Cuando comenzó a anochecer, llamó a levantar remos, que todos arrastraron a bordo agradecidos.

Mientras los demás comían o bebían, Jasón sintió el impulso de ir a ver a Medea, cuyos ojos imaginaba que podía sentir ocasionalmente fijados en su espalda. Anceo, sin embargo, había ordenado que permanecieran sentados. Aunque habían visto otras embarcaciones trabajando en los canales del Proponto, mantuvieron la distancia. Ahora se extendía un silencio antinatural en los estrechos un poco inquietante. Jasón, en cambio, dirigió sus pensamientos a Medea. Tal y como temió en su momento, no pudo repetir las intimidades que compartieron en aquella cala rocosa, muchos días atrás. Recordaba aún cómo ella se mostró tan segura con su cuerpo, tanto que le resultaba inconcebible que fuera la joven virgen y él un amante experimentado. Tenía que darle

las gracias a Hipsípila por eso. Como un puñetazo en el estómago, recordó que un día habría muchos niños bastardos caminando por las calles y playas de Lemnos. Todavía no le había contado a Medea toda la verdad sobre su estancia en la isla, pero saldría a la luz con el tiempo. Las mujeres mismas sin duda se acordarían de ello cada vez que miraran hacia abajo. Se preguntó qué aspecto tendría Hipsípila con el vientre hinchado. Sacudió un poco la cabeza y se obligó a centrarse, en cambio, en las orillas bordeadas de árboles que pasaban por su lado, pero entonces las imágenes de la reina lemnia y Medea se alternaron en su mente. Ansiaba una de las infusiones de hierbas de la muchacha para calmar la mente.

–Nos están vigilando –declaró Meleagro, limpiándose la boca después de beber un trago de agua.

Jasón miró hacia donde señalaba: un grupo de hombres del lado de babor, con las lanzas clavadas en el suelo y escudos ovoides apoyados en los muslos. Tal vez quince, a poco más de un tiro de lanza de distancia. En la penumbra cada vez más profunda, era difícil discernir sus rasgos, pero sus actitudes no parecían particularmente hostiles.

–¡Hay más, allí! –La voz era la de Pólux.

Un coro de comentarios y observaciones quedas se extendió de un lado a otro por la cubierta. Había más guerreros, abajo. Tal vez otros diez, entre ellos un muchacho joven, perfectamente desnudo, que fingía dispararles un arco, moviendo los labios para imitar el sonido de la cuerda o el ruido sordo de la flecha. Luego los árboles se volvieron más densos, ocultando la actividad en el interior.

* * *

Ya había anochecido. Sólo quedaban estrellas y una luna creciente para orientarse. Pero incluso estas luces de guía a veces eran veladas por tenues nubes. Aquí y allá, veían faroles de pequeños asentamientos en las orillas, que apenas proporcionaban señales de vida. Desde luego, no se podía confiar en que dieran una indicación de dónde podía empezar la costa. Como le había ocurrido al *Tifis* cuando navegaban al amparo

de la oscuridad, en la dirección opuesta, el agua también empezó a jugarles una mala pasada. En un momento se deslizaba, guiando al *Argo* de cabeza por su canal antes de que chocaran con una corriente invisible y frenara el impulso. Aquellos que habían conseguido descansar un poco se despertaban de golpe cada vez que esto sucedía.

En algún momento durante la noche, Jasón consiguió acurrucarse en su banco, enganchar el brazo bajo el banco para evitar los efectos de la corriente, y dormir un poco. Entraba y salía del sueño y fue vagamente consciente de que Meleagro se movía a su lado para unirse a Anceo al timón. Esperó el crujido de los escalones mientras Anceo descendía para descansar, pero nunca pasó. Abrió los ojos de golpe, un rato después, y vio la corpulenta figura de Anceo al timón una vez más, y oyó el coro de ronquidos. Luego se quedó dormido otra vez.

* * *

Cuando la luz del amanecer comenzó a brillar en el horizonte, el *Argo* todavía estaba en el estrecho. Jasón se despertó sobresaltado, sin saber dónde estaba. Anceo seguía al timón, frotándose los ojos. Parecía destrozado. Frente a él, Meleagro estaba haciendo gárgaras con agua, que escupía por la borda. Detrás de ellos, el resto de la tripulación también empezaba a despertar. Vio a Medea sentada en la proa, con las rodillas dobladas hasta la barbilla, mirando el paisaje que pasaba. Se preguntó qué estaría pensando.

Jasón escudriñó la costa del puerto, buscando en vano un punto de referencia familiar. Cuando recorrieron la región por primera vez, meses atrás, aquella parte del Helesponto había estado envuelta en oscuridad. Advirtió que Meleagro lo estaba mirando.

–El fornido dice que Troya no queda ya muy lejos.

Habían esperado estar lejos de la entrada al estrecho para entonces. Jasón miró la vela con rizos. Aunque ondeaba de vez en cuando, colgaba flácida la mayor parte del tiempo. La fuerza de la corriente era lo único que los impulsaba.

–¿Cuánto tiempo ha estado así el viento?

–Un buen rato –dijo Anceo sin mirarlo–. Tenemos que remar.

Jasón asintió.

–¡Remos! Despertad a cualquiera que remolonee.

Acasto parecía haber resucitado de entre los muertos cuando Butes lo empujó con la punta del pie. Le dirigió una mirada furiosa al timonel, pero no se quejó mientras se enjuagaba la boca, se frotaba el cabello y hundía su pala en el agua. Quienes se habían levantado antes pudieron comer algo.

* * *

El sol había despejado el horizonte cuando el canal comenzó a estrecharse un poco hacia el punto de estrangulamiento. Más allá se extendía el archipiélago y la libertad. Ahora estaban lo suficientemente cerca como para olerlo.

Entonces la vieron, a unos diez estadios o así de distancia, dominando la llanura que la rodeaba.

Troya.

Jasón recordó las luces en lo alto de las torres de vigilancia mientras pasaban bajo el magistral pilotaje de *Tifis*, tantas semanas atrás. De lo que ninguno de ellos había sido consciente, excepto quizás el propio *Tifis*, era de la gran bahía que ahora se abría de par en par, llegando hasta las murallas de la ciudad. Podían ver galeras mercantes ancladas y ya podían escuchar el distante zumbido de la actividad alrededor. La naturaleza había sido generosa con los troyanos. Una larga cresta de tierra abrazaba la bahía, protegiéndola del mar abierto. No era de extrañar que los barcos amarrados en el interior estuvieran inmóviles.

Anceo empujó las cañas del timón para que el *Argo* pudiera alejarse de la entrada hacia la costa norte del estrecho. Frunció el ceño cuando el barco permaneció en el centro.

–¡Vamos, vamos! –murmuró, mientras una ráfaga de viento le hacía volar el pelo hirsuto sobre los ojos. Echó un vistazo a la amplia popa, pero no vio ningún rastro de corriente adversa–. ¡Aumentad la velocidad!

Jasón y Meleagro intercambiaron una mirada, pero remataron con más fuerza. Otra ráfaga, corta y fuerte, les arrojó el pelo sobre los ojos, que apenas había sido recortado desde que habían comenzado el viaje. Alguien maldijo, otro murmuró en la parte central de la cubierta.

–¿Qué es esto? ¡Ni una nube en el cielo!

–Anceo –dijo Jasón–. Dos barcos.

El timonel siguió su mirada. Habían avistado al *Argo*. Un par de galeras de remos se dirigían hacia ellos, a media milla náutica de distancia en la bahía.

Y ahora un viento del norte empujaba al *Argo* hacia ellos. Los barcos troyanos estaban remando en su dirección, pero habían recogido la vela. Los remos subían y bajaban con la gracia de las alas de un águila. Anceo se quedó paralizado. Su mirada saltaba de los barcos a la boca del Helesponto y se relamía los labios mientras hacía sus cálculos. Reunió toda la calma que había aprendido al observar a *Tifis*. Se inclinó hacia delante.

–Una milla hasta el mar abierto. –La mirada en sus ojos transmitió la advertencia a Jasón y Meleagro de inmediato.

–Aumenta la velocidad, pero no los quemes.

–¡Aumentad la velocidad, muchachos! –gritó Anceo–. ¡Remada tras remada! ¡Seguid al hombre que tengáis delante!

Los argonautas respondieron y el *Argo* se movió con rapidez. Nadie hablaba. Los remos resonaban al unísono, acompañados por los jadeos entrecortados. Las ráfagas se hicieron más insistentes y, cuando el *Argo* se inclinó ligeramente hacia babor, los remeros sintieron que las palas de sus remos se pegaban en una especie de almíbar. Telamón atrapó un cangrejo y otros remos chocaron con el suyo. Hubo maldiciones. El propio Telamón gruñó. Su remo había quedado libre.

Anceo miró hacia la boca de la bahía. Los barcos se habían acercado, les ganaban distancia. Era evidente que sabían exactamente cómo aprovechar mejor las corrientes del estrecho.

–¡Y... tirad...! ¡Y... tirad...! –gritó–. ¡Nos estamos aguantando!

No lo hacían.

Se acercaron otras tres pértigas al archipiélago. Jasón y Meleagro estaban dando una buena marca, pero los argonautas empezaban a fatigarse. La mirada de Anceo recorrió los bancos de arriba abajo.

Eran buenos hombres. A veces, sin duda, díscolos y egoístas. Pero la mayoría de ellos habían demostrado su valía en innumerables pruebas. La mayoría. Según Oileo, llegaron a la Cólquida como campeones, pero regresaban como ancianos. Lo había dicho en broma, pero era una verdad innegable, después de meses remando en bancos duros, después de tantas peleas y tanta tensión.

Oileo tenía los dientes apretados y su rostro parecía exangüe. Había rozado la muerte no hacía mucho tiempo. Los tracios parecían feroces y frescos, al igual que los gemelos espartanos, Cástor y Pólux. Los mayores eran los que parecían sufrir más: Butes y Telamón habían perdido la forma y empujaban los remos con la espalda; Peleo y Periclímeno, probablemente el mejor arquero, parecían demacrados y agotados...

Otra mirada a los barcos troyanos.

En las últimas paladas habían virado a babor, apuntando a la punta de la cresta de la bahía. ¡Por todos los dioses! Casi podía leer sus mentes. ¿Por qué perseguir al enemigo cuando puedes interceptarlo?

Y ahora había otra galera en la persecución, a cierta distancia. No había oído ninguna trompeta ni campana, pero ¿se molestarían siquiera en eso?

El viento del norte era menos racheado, pero más constante. Una pequeña misericordia, ya que perjudicaba a los troyanos, cualesquiera que fueran sus tácticas. Las barras del timón estaban rígidas en sus manos. Si aliviaba la presión, podía sentir que el *Argo* se dirigía hacia el enemigo. Pero si mantenían el rumbo actual, los adelantarían hasta interceptarlos.

Otra mirada a la tripulación. Estaban remando para salvar sus vidas y lo sabían, pero sus rostros delataban una resistencia que se estaba agotando seriamente.

El viento cruzado se hizo más insistente, lo que puso más tiesos los remos del timón.

A poco más de media milla del mar abierto, los barcos troyanos se dirigieron hacia la punta de la cresta de la bahía. Claramente esperaban que el *Argo* pasara por allí, así que ¿por qué no iban a hacerlo?

Hubo un grito de dolor de uno de los remeros exhaustos. Telamón. Su hermano Peleo giró la cabeza hacia él, pero no tenía aliento para animarlo.

–¡Vamos, muchachos! ¡Ya casi llegamos!

Se les rompería el corazón si supieran que todo su esfuerzo sólo había servido para recorrer la mitad de la distancia. Miró la vela. Seguramente se verían empujados hacia el camino de los troyanos.

Otro rugido de dolor. Oileo. El hombre se aferraba con fuerza a la caña y hacía gestos de sufrir.

–¡Levantad remos en tres paladas! –Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera reconsiderarlo–. ¡Desplegad la vela!

Tifis había hecho lo mismo en el estrecho del Bósforo con un viento a favor. Después del tercer golpe, las palas de los remos rasparon contra las bordas y los argonautas cayeron unos sobre otros mientras luchaban por desplegar la vela. Meleagro tuvo la presencia de ánimo para tirar de la verga mientras Anceo abría las cañas del timón. La vela se hinchó y el *Argo* se inclinó hacia babor tan repentinamente que Pólux fue lanzado hacia el mar. Se habría caído por la borda si Idas no lo hubiera agarrado de la muñeca y tirado de él hacia abajo. Los dos se miraron a los ojos por un momento. Ni siquiera se habían hablado desde que Idas lo insultara en Samotracia. Ahora sonreían y reían con delirante agotamiento.

El *Argo* se escoró hacia las naves troyanas, a no más de setenta pértigas de distancia. Incluso si no las alcanzaban, se estrellarían contra las rocas que acechaban bajo el promontorio de la bahía.

–¡Responde! ¡Responde! –gritó Anceo.

Ahora podía distinguir figuras a bordo de las galeras. Algunas estaban de pie. Supuso que eran arqueros o lanceros. Podía imaginar la expresión de alegría e incredulidad en sus rostros. Sintió que los remos del timón se sacudían en su mano cuando el viento soplaba. *Tifis* había hablado de los traicioneros vientos del norte que se levantaban de los

cielos despejados: los etesios, los había llamado, pero dijo que eran raros más allá del mes de la vendimia.

Los dioses caprichosos probablemente estaban disfrutando de esto, como en un tablero de damas.

–Anceo... –Jasón había visto el peligro.

Todos lo habían visto: el alivio de estar lejos de los remos había durado poco.

–¡Lo he visto! ¡Lo he visto! –Sintió que las muñecas se le empezaban a debilitar por la presión del agarre del timón de babor.

Los argonautas se inclinaban sobre las bordas, observando impotentes cómo se desenredaban los hilos de su destino.

–¡A estribor! ¡Pasad al otro lado!

Volvieron los rostros hacia él, exhaustos y temerosos. Entonces, respondieron: un éxodo torpe.

–¡No todos! ¡No todos!

Quedaron unos pocos: aquellos completamente destrozados por los remos.

El *Argo* se niveló y la presión a través de las barras del timón se alivió. La proa se deslizó hacia el mar abierto.

Anceo se rio de alegría. Consideró ordenarles que se sentaran en sus bancos una vez más, pero sólo haría falta una mala palada para detener el vuelo. E incluso en su mejor momento, al comienzo del viaje, no podrían haber esperado igualar esa velocidad.

El barco troyano líder estaba ahora a sólo veinte pértigas de distancia. Todos podían distinguir los cascos cónicos y las corazas de cuero de los arqueros que se preparaban para apuntar. La segunda galera estaba casi a popa. Sus remadas seguían siendo limpias, pero el *Argo* se alejaba... media eslora... una eslora.

La brecha se amplió. La proa del *Argo* abrió un surco mientras galopaba por el estrecho. Una flecha apuntada al centro del barco cayó a unos pocos metros de babor. Ejerció un efecto aleccionador, borrando sonrisas de triunfo. Luego dos más. El viento se llevó la primera, pero la segunda habría golpeado la caña de un remo si hubieran estado remando.

El mástil crujió y los ojos de Anceo se dirigieron hacia él. Los estayes estaban tensos y tiraban de las cornamusas alrededor de las cuales estaban asegurados. Sólo hacía falta que una sola pieza de aparejo se aflojara o se rompiera, y el desastre caería sobre ellos con alas negras.

Al norte, las nubes habían comenzado a formarse, todavía a horas de distancia, aunque los vientos ya habían refrescado.

Inconscientes de la situación, algunos de los argonautas levantaron los puños y lanzaron insultos a los troyanos que los perseguían. Captó la mirada de Jasón: estaba claro que él también se sentía incómodo con eso. Semejante arrogancia sólo podía invitar a Némesis.

El *Argo* siguió avanzando. Los troyanos desaparecieron de la vista mientras giraban la línea hacia popa. «Estos hombres no son tontos», pensó Anceo. Aunque la carrera para detener a los impostores había terminado, sólo necesitarían izar sus mástiles para atrapar el mismo viento de través. La brecha se ampliaría hasta que desplegaran las velas, pero quién sabía cuál sería su actuación entonces. Incluso podrían robarles la ventaja.

Se guardó las dudas para sí mismo. La tripulación del *Argo* no necesitaba escucharlas, no después de lo que acababan de hacer.

El extremo norte de la bahía estaba ahora a menos de treinta y tres pértigas. Sólo tendrían que virar hacia el sur para atrapar el viento de popa. No era el rumbo que los habría llevado a cruzar el archipiélago, pero la prioridad era huir de sus perseguidores. La cuestión residía en cuánto desearan los troyanos atraparlos. Y eso dependía de cuánto supieran. ¿Se comportaban de manera tan obstinada con cada barco que eludía las cuotas? ¿O tal vez era porque había llegado hasta ellos la noticia de unos piratas que debían ser detenidos? Parecía improbable que el mensaje viajara tan lejos desde la Cólquida, pero no más que cualquier cosa que hubieran logrado ellos mismos. ¡Por los dioses! ¡Vaya historia podrían contar si lograban deshacerse de esos troyanos!

–¡Meleagro! ¿Qué está pasando detrás de nosotros?

El calidón miró por la popa del *Argo* para ver mejor. Rápidamente apartó la cabeza del camino de cualquier flecha.

–¡Aguantando!

–¿Velas?

Meleagro asintió.

–La primera. La segunda está siendo izada ahora.

Alcanzaron la punta de la bahía, a seis pértigas a babor. Era palmeada, como las patas de un ave marina, con pequeñas calas arenosas entre garras rocosas. Apenas lo suficientemente ancha para que una pentecóntera fuera arrastrada hasta la orilla en algunos lugares. Delante, el mar subía y bajaba, oscuro y amenazador, a pesar de los esfuerzos del sol por iluminarlo.

–¡Así! ¡Así!

Había un zumbido de emoción, atenuado por la comprensión de que aún no eran libres. No hasta que los troyanos desaparecieran en la distancia. El propio Jasón experimentó un revoloteo de inquietud en el estómago, a pesar del coro triunfante de manos que golpeaban las bordas.

Anceo hizo que el *Argo* rodeara el promontorio, lo más cerca que se atrevió, y apuntó su proa hacia el sur. Hostigadas por los vientos etesios, las olas estaban salpicadas de espuma. El efecto en el *Argo* fue alarmante. Se sacudió y se estremeció mientras se escabullía a favor del viento, resoplando una bruma salobre sobre los remeros de proa. Agachada a la sombra del palo de proa, Medea se cubrió el cabello con un velo y giró la cabeza a un lado cuando la sal le escoció los ojos.

–¿Barcos? –preguntó Anceo, agarrando las cañas del timón, tanto como para mantener el equilibrio en la resbaladiza plataforma del timón.

Tanto Jasón como Meleagro miraron por la borda. Las flechas ya no eran la amenaza.

–Se están quedando atrás –dijo Meleagro. Volvió a mirar–. Pero todavía no se han rendido.

Lo más preocupante para Anceo era la forma en que el *Argo* había comenzado a cabecear cuando poderosas olas se agitaban bajo su quilla. Algunos de los argonautas se pusieron lívidos. Poco después, Teseo fue el primero en vomitar por la borda. Aunque lo hizo fuera del barco, provocó un efecto de contagio en otros. No pasó mucho tiempo antes

de que la alegría de entrar por fin en el archipiélago fuera sustituida por el temor, ya familiar, de que las tablas del *Argo* se partieran bajo la irresistible fuerza del mar. Al este, vieron una interminable costa arbolada, jalonada por un sinfín de playas apacibles en las que, en cualquier otra circunstancia, podrían haberse detenido a descansar.

Un par de millas al oeste, una pequeña isla sin nombre, bordeada por dos mucho más pequeñas, apenas más grandes que un peñasco, sobresalía del fondo del mar. Unas pocas millas más al sur, una isla mucho más grande. Anceo tenía un vago recuerdo de que *Tifis* la había mencionado una vez. Leucofris, una isla utilizada por algunos, a los que había llamado «tontos», como punto de parada en ruta hacia el Helesponto. Los vientos etesios, bajo los cuales ahora navegaban hacia el sur, podían detener un barco durante semanas. Deseó que *Tifis* hubiese estado allí para tomar el timón. ¿Y si los vientos se mantenían durante días, semanas incluso? Estaba seguro de que el viejo marinero idearía un plan, pero él no tenía ninguno. Pasó el tiempo y llegaron a la punta norte de Leucofris. Anceo se sentía delirante mientras una ola tras otra de agotamiento se estrellaba contra él, amenazando con hacerlo caer en el mismo sitio donde luchaba por mantenerse en pie, sólo para que una descarga de pánico lo reanimara y le recordara el peligro en el que estaban. Meleagro se levantó de su banco y se acercó a la cubierta del timón. Le hizo un gesto para que se marchara.

–Estoy bien. Siéntate.

Se había instalado una atmósfera febril a bordo del *Argo*. Sabía que debían detenerse pronto para orinar, comer, beber, incluso para sentir la tierra bajo sus pies después de haber estado en el mar durante casi un día entero, salvo la breve parada de la noche anterior. ¡Demasiado tiempo sin pisar en firme!

Poco rato después, comenzó a tambalearse sobre el timón como un cordero recién nacido. Le tomó unos momentos darse cuenta de que el viento había cambiado al oeste, que el *Argo* se estaba escorando. Estaba tan cansado que al principio no registró lo que decía Meleagro. Vio sus ojos amables y su cuello grueso y, entre ellos, los labios que se

movieron... Alguien dijo que se habían ido. Fue esa expresión la que atravesó la niebla de su extenuación.

–¿Ido?

–Se han ido, los troyanos. ¡Lo dejan estar! Así que ya puedes bajar de ahí.

Resopló con incredulidad y se agarró de los brazos de Jasón y Meleagro mientras descendía de la cubierta del timón con las piernas temblorosas. El *Argo* seguía siendo azotado por las olas y el resto de los argonautas estaban apretados contra el casco.

Lo vitorearon y eso le llenó el corazón. Meleagro ocupó su lugar al timón y Jasón le dio a Anceo su manta. En el espacio entre el banco de remos delantero y la cubierta del timón, se agazapó y se vio absorbido por el sueño.

Mientras Anceo dormía, apareció a la vista una amplia bahía tras el promontorio, de más de ocho estadios de longitud. Pasaron junto a unos cuantos barcos mercantes, con doble ancla, y, a pesar del viento, navegaban bien sobre las olas. Todos los capitanes que había conocido le dijeron que la cautela crece con la experiencia, no con la seguridad, y si ésa era la decisión a la que habían llegado todos aquellos sujetos... Meleagro examinó las cubiertas y los perfiles hasta quedar satisfecho, antes de dirigir el *Argo* hacia la playa. A pesar de todo, evitó acercarse, por si acaso.

* * *

Apenas los argonautas echaron el ancla y colocaron el mástil, empezó a llover, lo que les hizo soltar maldiciones a diestro y siniestro mientras buscaban torpemente los cierres del dosel. Cuando terminaron, se acurrucaron debajo de él, mientras escudriñaban la costa y la playa alta en busca de señales del enemigo.

–Allí –dijo Linceo, señalando una cresta cercana bordeada de palmeras datileras y otros árboles.

Mientras los argonautas seguían la línea marcada por su dedo, comenzaron a caer gruesas gotas sobre el dosel, mientras que el viento

oblicuo empujaba ocasionalmente ráfagas de agua a través de los numerosos huecos de la lona. El vigía se vio obligado a alzar la voz.

–La vegetación es densa y la cresta ofrece una buena vista del mar. Tiene que ser mejor que quedarse aquí.

Jasón lo consideró. Se sentía demasiado destrozado para moverse, pero acurrucarse en el barco y empaparse los dejaría helados, rígidos y malhumorados.

–Preparad la rampa. Coged las pieles y las espadas.

A pesar de los murmullos de descontento, se lanzaron por la arena hacia la cresta, dejando a Anceo con su merecido sueño. Los que llevaban escudos los levantaron por encima de las cabezas mientras corrían, sin importarles que algunos de ellos no estuvieran protegidos por pieles.

La sugerencia de Linceo era buena. Las palmeras proporcionaban un dosel natural y el suelo debajo de ellas estaba relativamente seco, aunque la cantidad de dátiles maduros caídos era decepcionante. Permanecieron allí un buen rato, momento en el que les gruñeron los estómagos y se tornaron irritables y bruscos. Cuando dejó de llover, el sol se hizo visible entre las nubes enviadas a toda velocidad por las persistentes ráfagas de viento terral.

–Necesitamos agua y comida –dijo Jasón–. Quiero llenar todos los odres que tenemos. ¿Quién viene?

–Necesito estirar las piernas –dijo Oileo.

Después de unos momentos, Zetes y Calais levantaron sus lanzas, seguidos por los otros gemelos, Cástor y Pólux.

–Me apunto –dijo Teseo.

Ninguno de ellos parecía especialmente entusiasmado, pero Linceo levantó la mano en el último momento.

–El resto de vosotros, miserables cabrones, puede al menos intentar encender un fuego para cuando regresemos. No querréis dejar esa tarea al más viejo, ¿verdad? –dijo Oileo a Jasón mientras se iban–. O al que casi no lo cuenta.

Con un odre de agua debajo de cada brazo, comenzaron a descender por la pendiente densamente arbolada. A medida que el suelo se

nivelaba, los árboles se aclaraban para revelar una exuberante pradera que cambiaba de tono cada vez que el viento aplanaba la hierba. Entre los tallos que se enganchaban en sus sandalias había matas de plantas de un amarillo brillante. Jasón se agachó para arrancarlas cuando pasaron.

Oileo frunció el entrecejo.

–¿Qué estás haciendo?

–Estoy recolectando hierbas.

–No, estás recolectando hierbajos. ¿Por qué?

–Es uña de caballo –dijo Jasón–. Medea dice que es buena para tratar infecciones, fiebre y cosas así.

Una sonrisa sardónica se dibujó en los labios de Oileo.

–Me preguntaba por qué de repente te parecía tan interesante la flora y la fauna de Anatolia.

–Cállate.

Caminaron en un silencio amistoso durante unos momentos, hacia un bosquecillo de sauces. Oileo se volvió hacia Jasón.

–¿Vas a ser un buen aprendiz y molerás todos los ingredientes?

–¿Quieres callarte de una vez? –Jasón le dio un puñetazo en el brazo, haciendo que Oileo soltara su odre de agua–. Te lo merecías.

El regreso de un cálido sol entre parches de nubes grises alentó el canto de los grillos del campo y el aire se volvió pesado con el aroma de los asfódelos, que ahora salpicaban la hierba con estrellas blancas y amarillas. Jasón cerró los ojos y respiró hondo, imaginando que estaba guiando un rebaño por las laderas del monte Pelión. Se alegró de alejarse del barco y del resto de la tripulación durante un rato. El esfuerzo de remar y las imágenes de los camaradas muertos, que no hacían más que aumentar, lo estaban tensando en demasía. A veces, sentía que la cabeza y el corazón se le estaban volviendo de piedra, que las emociones se le resecaban hasta dejar un único pensamiento: la venganza.

Mientras sus pies crujían sobre la hierba, oyó a Calais.

–Me ponen nervioso, hermano.

–¿Qué? –preguntó Jasón, con los ojos entrecerrados.

Zetes respondió sin mirarlo.

–Los asfódelos.

–¿Por qué?

–Porque marcan la entrada al inframundo, por eso.

Oyeron el balar de las cabras. Sonaron algunos cencerros, pero luego las notas se detuvieron. Justo delante, el suelo tenía un declive y apareció la cabeza de una cabra mientras subía la cuesta a saltos. Cuando los vio, dejó de masticar. Los tallos de hierba le colgaban de un lado de la boca. Un cabrero la arrastró hacia atrás, gritándole como hacen todos los hombres encargados de cuidar rebaños en cualquier lugar del mundo. Les dirigió una mirada dura a los argonautas antes de guiarla de vuelta por la pendiente.

Jasón compartió la misma mirada sospechosa con sus hombres. Por el breve vistazo que le había echado sabía que el hombre era corpulento y tenía la cabeza rapada, salvo por una larga coleta de pelo. Zetes se encogió de hombros y escupió en la hierba. Descendieron por la pendiente y se alegraron de encontrar una laguna, alimentada por un pequeño arroyo que se alejaba en la distancia.

Cinco pastores más le echaron otras tantas miradas hostiles mientras se dirigían hacia el lago. También llevaban el pelo rapado, y la mayoría vestía la misma túnica colgando de un hombro, exponiendo físicos de los que estaban claramente orgullosos. El hombre que habían visto miró por encima del hombro a los argonautas mientras se disponían a rellenar sus odres, susurrando a los demás. Hablaban en voz baja y Jasón no dudó de que ellos eran el tema de la conversación. Un par de cabras se separaron del grupo de cinco, hasta que los pastores tiraron de ellas con brusquedad, arrancando a los animales balidos de dolor.

Un silencio incómodo se apoderó del valle mientras ambos grupos se evaluaban mutuamente, hasta que se instaló una frágil tolerancia y reanudaron la conversación en voz baja, como suelen hacer los extraños cuando están cerca. Con los odres llenos, Cástor y Pólux se quitaron las túnicas y se metieron en el agua para enjuagarse el cuerpo.

Se oyó un grito de los pastores y los espartanos se giraron para mirarlos. Linceo miró al resto de los argonautas. La respuesta a su confusión se limitó a encoger los hombros de manera cautelosa.

–Creo que quiere saber de dónde somos –murmuró Cástor, retorciéndose el pelo–. La frase habitual de la gente que no sabe limitarse a sus propios asuntos.

–¡De muy lejos de aquí! –gritó Pólux–. ¡De un lugar donde los hombres roban ganado mejor que ustedes, sucios matones!

Los pastores fruncieron el ceño.

Cástor miró a su hermano con enojo. Apenas los habían separado unos instantes en el momento de su nacimiento, pero él siempre se tomó muy a pecho eso de ser el hermano mayor.

–Deja de agraviarlos –murmuró–. No necesitamos más problemas.

–¡Si vas a robar cabras, al menos aprende a manejarlas primero! ¡Quitadles los cencerros, ya que estáis en ello!

Cástor chasqueó la lengua y negó con la cabeza en dirección a su hermano, aunque estaba claro que los hombres no tenían ni idea de lo que decían los espartanos. Uno de ellos le dedicó una sonrisa conspiradora, dejando al descubierto la falta de dientes delanteros. Se dio unos golpecitos en el costado de la nariz y señaló por encima del hombro, más allá de la laguna, y luego se pasó un dedo por la garganta

–¿*Wilusi*, eh?

Pólux se inclinó hacia su gemelo.

–¿Qué están diciendo?

–¿No has aprendido nada en este viaje? –Levantó la barbilla hacia el noreste, desde donde ahora se desplazaba un ominoso banco de nubes–. Los *wilusi* son los troyanos. Tienen el poder aquí, y estos idiotas se la están jugando al robar ganado bajo sus narices.

Pólux miró por encima del hombro a los cuatreros. Las miradas que les devolvían eran inquietantes.

–Uno de ellos se parece a Menelao, el que intenta dejarse crecer la barba.

El pastor captó la mirada de Cástor y su rostro se ensombreció.

–Un parecido superficial. Nada más.

–¿Crees que la venganza de sangre todavía se mantiene?

Cástor le gruñó.

–¿Va en serio la pregunta? Por supuesto que sí. No puedes menospreciar a los atridas y esperar que todo se acabe. Por lo que sabemos, podrías haberle roto la mandíbula.

–Se lo merecía –murmuró Pólux.

–Ya hemos hablado de esto. –Cástor se lavó la cara una vez más antes de volverse hacia la orilla–. Pero sí, se lo merecía.

Uno de los pastores se rio entre dientes y miró a Pólux. El espartano les lanzó un beso con la palma de la mano, provocando una andanada de insultos a cambio.

–Tienes un talento especial para poner de los nervios a la gente, ¿lo sabías? –dijo Cástor mientras volvían hacia la orilla.

–Lo que pasa es que todavía pensáis que soy un niño. Me aburre. –Miró a los cuatreros–. ¿Qué os pasa? ¿No os laváis? ¿Tenéis miedo del agua?

–¡Pólux! –Jasón tenía el entrecejo fruncido–. Ahora no.

El barbudo hizo un gesto con la cabeza hacia los argonautas y todos avanzaron, sacando pecho. Mientras pasaban junto a Linceo, uno de ellos le dio un codazo en la mandíbula al vigía, que se estrelló contra la orilla.

–¡Eres un perro pulgoso! –gritó Cástor.

Cuando el pastor se volvió para mirar a Cástor, Jasón sacó el cuchillo de cobre de su bolsa y se lo clavó en el vientre como si estuviera lanzando un disco. El hombre emitió un gruñido sin aliento y se tambaleó hacia atrás, agarrando el mango. Jasón, con los ojos muy abiertos, lo vio tirando del mango con un agarre cada vez más débil. Se desplomó de costado, con la sangre derramándose de sus labios como un borracho que vomita vino.

Entonces el valle estalló en gritos y en un estruendo de pies. Los pastores sacaron sus garrotes y se llevaron los bastones al hombro. Algunos también llevaban cuchillos. De hecho, el que habían visto primero se lo pasó de una mano a la otra, mientras se agachaba antes de lanzarse contra Calais. El tracio levantó la lanza y saltó a un lado, perdiendo el equilibrio sobre la hierba resbaladiza. Mientras caía, clavó la punta de la lanza en tierra y escupió al hombre cuando estaba a punto

de abalanzarse sobre él. Aun así, el pastor intentó blandir el puñal contra la garganta de Calais y vio cómo pasaba a un pelo de su piel. Zetes lo apartó de un pisotón y comenzó a deslizarse por la orilla hacia el arroyo, llevándose consigo la lanza de Calais.

–¡Detrás de mí! –gritó.

Cinco hombres se enfrentaban a cuatro. El terreno de la matanza era traicionero. Cabras asustadas correteaban por todas partes. Raíces antiguas serpenteaban desde la capa superficial suelta a lo largo de la orilla, que apenas era lo suficientemente ancha para que pasaran dos carros de frente. A un lado, una pendiente hacia el arroyo; al otro, una elevación hacia el prado por el que acababan de pasar los argonautas. Los ladrones vacilaron cuando un par de espadas y otras tantas lanzas los apuntaron, pero luego, al ver que Cástor y Pólux seguían trepando por la orilla, atacaron.

Su lucha tenía la misma delicadeza que su pastoreo. Un poderoso golpe de garrote a dos manos casi le hizo soltar la lanza a Jasón. Por un fugaz momento, su costado quedó expuesto. Otro ladrón cortó con su cuchillo, rasgando un gran jirón en la túnica de Jasón. Pero en el momento en que su brazo estaba extendido, Teseo le clavó la punta de la espada en las costillas. Mientras se tambaleaba hacia atrás, apretando el codo contra el costado, la lanza de Jasón le golpeó la base del cráneo, derribándolo. Cayó tan rígido como un árbol.

Otro se abalanzó sobre los gemelos tracios, esquivando las puntas de sus lanzas y haciendo que Calais cayera de espaldas. Los otros dos se echaron sobre los espartanos, que lograron deslizarse bajo los bastones que se balanceaban hacia sus cabezas.

–¡Lucha con éstos!

Pólux revoloteaba sobre las puntas de sus pies mientras se dejaba llevar por la emoción que corría por sus venas. Los cuatreros entendieron el mensaje bastante bien. Miraron por encima de los hombros al oír cómo se movía detrás de ellos.

El que había derribado a Calais se encontró con que ahora lo estaban estrangulando. La pareja que estaba frente a los espartanos les farfulló algo, señaló a su camarada herido, y dejaron caer sus garrotes.

–¡Tranquilízate con él, Calais! ¡Que mire!

El tracio parecía disgustado, pero lo empujó a un lado y le permitió que jadeara en busca de aire, mientras se agarraba la garganta.

–No hay cuchillos. ¿Ves? ¡Tienes lanzas en la espalda!

La sospecha y la incredulidad cruzaron los rostros de los cuatreros. Sus ojos pasaron por el esbelto físico de Pólux. Meses de remar y una vida dura habían reducido a Cástor a un peso similar. Los ladrones asintieron, moviendo los hombros y burlándose.

Los espartanos levantaron los puños, cedieron terreno unos metros y esperaron. El primero cargó y se preparó antes de lanzar un golpe imprudente. Cástor levantó el codo izquierdo y se retorció justo cuando aterrizó el golpe. Le dolió, como sabía que le sucedería, pero bajó el codo para atrapar el brazo del contrincante mientras le golpeaba la nariz con la cabeza. El tabique nasal del hombre se estrujó con un chasquido satisfactorio y, cuando echó el cuello hacia atrás, Cástor aprovechó el impulso para barrer la pierna de su oponente y tirarlo al suelo, clavándole los nudillos en la garganta, por si acaso.

Pólux arrugó la nariz.

–¡Te estás volviendo perezoso!

Cástor no levantó la vista.

–Ocúpate de tu propia pelea –dijo, comprobando el pulso del hombre herido.

Pólux rechazó cada golpe torpe que le lanzaban. Furioso por ser objeto de burlas, su oponente lanzaba golpes a lo loco y pronto empezó a respirar con dificultad. Entonces rugió e intentó una patada feroz a la entrepierna. Pólux saltó a un lado y movió el dedo en dirección a él.

–¡Ahora, ahora!

El débil gemido de una trompeta de guerra se extendió por el valle.

–¡Acaba con él antes de que le clave una lanza en la espalda!

Teseo corrió cuesta arriba. Pólux ladeó la cabeza. Esperó a que el ladrón se pusiera a tiro, esquivó el golpe dirigido a su nariz y le asestó un fuerte derechazo bajo las costillas. El hombre se desplomó de dolor cuando perdió el aliento. Pólux se preparó y asestó un gancho que

envió al ladrón al suelo. El espartano sacudió los nudillos magullados con una mueca.

Teseo gritó a los argonautas.

–¡Tenemos que irnos! ¡Ahora!

–¿Hermano?

–Mis manos se están ablandando.

Cástor sacudió la cabeza.

–Ése tiene un cráneo como un caballo.

–¡Muévete, ahora mismo!

–¿Qué puedes ver, Teseo? –preguntó Jasón mientras vaciaba un poco de agua sobre la cabeza de Linceo para reanimarlo.

–Carros que vienen hacia aquí. No son ladrones de ganado, eso es seguro.

–¿Troyanos?

–¿Cómo saberlo? –Teseo guardó silencio por un momento–. Están armados.

Jasón maldijo.

–¿Puedes abrir la boca?

Linceo la movió con cautela y asintió.

–¡Por favor! –graznó el último ladrón–. Me voy, ¿de acuerdo?

–¿Acabo con él ahora? –preguntó Calais.

–Date prisa.

Cuando se dio cuenta de que su destino estaba decidido, el ladrón empezó a farfullar:

–¡Ne! ¡Ne! ¡Ne!

Sus ojos iban de un argonauta a otro, pero, al no encontrar rastro de simpatía en ninguna de sus miradas, intentó ponerse de pie de un salto. Calais le dio un fuerte codazo en la coronilla que lo dejó casi desmayado, y luego lo arrastró hasta el arroyo. El agua fría lo reanimó y, mientras se agitaba en el agua, Calais murmuró una rápida oración antes de sacar un cuchillo de una vaina que llevaba alrededor del cuello. Lo pasó rápidamente por la garganta del hombre.

El tracio lo ignoró mientras se agarraba la garganta y la sangre oscura se filtraba entre sus dedos.

–Ahora nos vamos.

Con los nervios a flor de piel, Cástor y Pólux deslizaron un par de lanzas por las presillas de los odres de agua y se las colgaron a los hombros como si llevaran un cerdo atado. Las bolsas de cuero se balanceaban y hacían que las astas de las lanzas se arquearan de manera alarmante.

Volvieron sobre sus pasos por la pendiente hacia el prado justo cuando una cabra balaba detrás de ellos, lo que hizo que Oileo se detuviera en seco.

–Ni se te ocurra pensarlo –dijo Jasón, sin mirar atrás.

–¡Moriremos de hambre!

–¿Dónde están esos carros?

Teseo se unió a ellos, mirando por encima del hombro.

–No los veo. Se han escondido detrás de una elevación por allí. A media milla o más. Creo que han dejado un pueblo, tal vez una guarnición. Vi una columna de humo.

–¿Oyes eso? ¡Dioses del cielo, Oileo!

Pero su amigo ya estaba corriendo hacia las cabras.

Jasón lo oyó mientras quitaba los cencerros y les susurraba palabras tranquilizadoras a los animales.

–Vamos, bonitas. Vamos, vamos...

–¡No hay tiempo, subid aquí! –espetó Jasón.

Teseo puso los ojos en blanco.

–Voy yo.

Reaparecieron enseguida, guiando a un par de cabras. Oileo golpeó a una en el trasero con un palo para convencerla de que subiera la pendiente.

–¿Ves? –dijo, sonriendo ante la cara de piedra de Jasón–. ¡Así es como se hace!

Tras un breve recorrido de marcha pesada, en el que las cabras se detuvieron dos veces para pastar, Linceo le dio un golpecito a Jasón en el hombro.

–Teseo tenía razón. A cuatro estadios de distancia. Cuatro carros se dirigen hacia nosotros.

Jasón respiró profundamente, sin querer traicionar ni un destello del pánico que palpitaba dentro de su cráneo.

–Entonces tenemos que correr. Oileo, si no se mueven más rápido, déjalas.

Aceleraron el paso. Calais y Zetes se ofrecieron a quitarles las lanzas a Cástor y Pólux, y ellos aceptaron con gusto, con la cara roja y perlada de sudor. Mientras se detenían para hacer el cambio, Teseo miró hacia atrás. Sin cobertura hasta que llegaran a los árboles de la pendiente, todavía a dos estadios de distancia, no cabía duda de que los habían visto.

–¡Vamos, vamos!

Cuando empezaron a trotar, oyeron las primeras voces débiles detrás de ellos. «Un reto», pensó Jasón.

–El viento ha cambiado de dirección –jadeó Oileo–. Eso es bueno.

Jasón lo miró mientras se abría paso entre la hierba. Se había producido un cambio sutil en el comportamiento de Oileo desde que dejó atrás la muerte. Estaban siendo perseguidos por una banda de hombres enfurecidos que, seguramente, supondrían que ellos eran los ladrones de cabras, pero parecía estar disfrutándolo. Jasón supuso que los aurigas no se detendrían a preguntar. Los arrasarían sin más.

Otra voz les llegó, ronca y clara. Jasón sintió el miedo en el estómago. Se arriesgó a mirar otra vez y se sintió aliviado al ver que los carros no habían ganado mucho terreno. Sus caballos parecían haberse complicado con la hierba.

–¡Vamos, más rápido!

Les ardían los pulmones. Aunque las cabras marchaban a buen ritmo, los tracios se estaban quedando atrás. Incluso Linceo parecía apagarse.

Una de las lanzas crujió y Calais lanzó un gemido de sorpresa. Los gemelos redujeron la marcha y caminaron a paso lento. Jasón corrió hacia ellos y alivió la presión en medio del asta, agarrando la lanza en el punto débil. Al percibir sus forcejeos, los aurigas lanzaron un grito y restallaron los látigos.

–¡Vamos! ¡Vamos! –gritó Jasón. Mientras se dirigían hacia la hilera de árboles, a cien pasos de distancia, la lanza astillada mordió la piel de la

palma de Jasón. El dolor brutal le hizo llorar los ojos y le robó el aliento mientras se apresuraba, ajustando el agarre.

Ahora era una carrera dramática. Hombre contra caballo. Por cada diez codos que los argonautas avanzaban, los caballos ganaban veinte, y aun así los árboles estaban a unas diecisiete pérticas de distancia. El golpeteo de los cascos se amortiguaba con la hierba, pero el giro de los ejes del carro, el gemido de los rieles y los estribos, el crujido de los arneses de cuero y los jadeos entrecortados de los caballos llegaban a los argonautas con un estruendo bajo, como el de una tormenta que se acercaba.

Jasón sentía que las piernas se le volvían de plomo. Movió el brazo libre con todas sus fuerzas. Las cabras pasaron a su lado a saltos, impulsadas por un miedo primario. Oileo se puso a su altura y luchó por mantener el ritmo mientras agarraba las correas. En otras circunstancias, la visión de los animales arrastrándolo podría haber sido cómica. Quería bramar para que los argonautas prepararan el barco, pero no podía reunir el aliento, sentía que se estaba ahogando debido a la fatiga y el pánico. Otro hombre gritó en su lugar, a la desesperada. Teseo.

A veinte pasos de los árboles, el estruendo de los carros que los perseguían comenzó a intensificarse. El chasquido de un látigo sonó tan cerca que casi podía sentir el desgarro del aire a su paso.

Diez pasos más y alguien se tambaleó con un gemido desesperado. Jasón se giró para ver una corona de rizos dorados.

Teseo cayó como un pesado fardo.

Jasón soltó la lanza, que se rompió. La fuerza de los odres cargados de agua era irresistible, lo que hizo que Calais y Zetes perdieran el equilibrio y chocaran entre sí. Había una cruel inevitabilidad en todo aquello: llegar tan lejos sólo para caer a pocos pasos de la cobertura de los árboles. ¿Ésa sería la historia del viaje? Jasón apenas tenía aliento en los pulmones para llegar hasta Teseo, y mucho menos para defenderse. Oyó el ronroneo y el siseo de una flecha que se hundía en la tierra a escasos centímetros de la cara de Teseo, lo que hizo que su cuerpo se sacudiera como si lo hubiera mordido una víbora.

–¡Arriba! –jadeó Jasón, que cayó de rodillas–. ¡Levántate!

Con el rabillo del ojo vio los carros en formación de cuña, a treinta pasos, no más. Vislumbró los cascos cónicos y las plumas ondulantes mientras pasaban velozmente por un parche de sol. Eran anatolios de piel oscura, jóvenes y llenos de vitalidad. El arquero líder apuntaba, pero parecía hacerlo muy alto. Al menos se ahorrarían su próxima flecha.

Teseo estrechó su mano extendida y sus miradas se cruzaron. Un entendimiento mutuo surgió al instante. Nunca hubo un gran afecto entre ellos, pero al menos en aquel momento se mantendrían firmes y lucharían hasta el final, hermanos de armas. Jasón lo puso de pie. Vio a Oileo avanzando hacia ellos, lanza en mano, después de haber soltado las ataduras de las cabras. De todos los argonautas, era el mejor hombre con el que caer.

Otra flecha silbó sobre él, lo que le hizo agacharse instintivamente. Vio a Calais arrastrando a Zetes lejos del pequeño grupo, preparándose para hacer su propia defensa y separar los carros. Los guerreros tracios nunca dejaban de impresionarlo. Nadie vendería su vida tan cara como ellos.

Se oyó un rugido y Oileo se dio la vuelta, confundido. Jasón tardó un momento en comprender. Ahora el segundo carro giró hacia un lado y su arquero se preparó, pero tenía los labios apretados mientras apuntaba. Los gritos no provenían de él ni de ninguno de sus compañeros. El arquero se estrelló contra la barandilla lateral con el asta de una flecha hundida en el pecho. Cuando el carro se tambaleó, los caballos se espantaron y el conductor tuvo que dar un golpecito a las riendas para separarlos.

Otro par de flechas se cruzaron en el aire y Jasón vio siluetas que se apresuraban entre los árboles. Reconoció el cuerpo esbelto de Periclímeno y ahora la grácil figura de Orfeo, que se apoyaba junto a un tronco para apuntar.

–¡Retrocede! –rugió Telamón–. ¿A qué esperas? –Jasón nunca se había sentido tan aliviado por ver al entrecano mirmidón.

Jasón se secó la mano en la túnica y se volvió hacia Oileo.

–¡La lanza! –Habría preferido una jabalina, pero la llegada de los argonautas le había devuelto un poco de resistencia–. ¡Ahora retrocede!

Sabía que no lo haría, pero necesitaba espacio. Eligió su objetivo, el primer arquero estaba seleccionando otra flecha, corrió unos pasos y dejó volar la lanza. Tenía el brazo rígido y el lanzamiento carecía de fuerza, pero el arco fue preciso y la cabeza letal. Su objetivo sintió que giraba hacia él y bajó el hombro, dejando expuesta la nuca. La punta le separó las vértebras y se desplomó del carro como si fuera un muñeco de trapo.

Los demás aurigas ya habían visto suficiente. Bajo una lluvia de flechas, los conductores hicieron girar las riendas con un grito y se alejaron por el prado, mirando a sus dos compañeros caídos con expresiones tristes.

–¡No! –dijo Jasón, levantando la mano hacia los árboles–. Ahorrad las flechas.

–¡Os habéis tomado vuestro tiempo! –dijo Oileo, cerrando los ojos y encarándose al cielo, mientras los otros argonautas emergían de los árboles.

–¿Valió la pena todo eso? –gruñó Telamón, tirándose de su barba cobriza–. ¿Por un par de cabras flacuchas?

Oileo lo miró con los ojos entrecerrados.

–Cabrón desagradecido.

La cara de Telamón se abrió lentamente en una sonrisa y se echó a reír con su risa sibilante. Le dio una palmada en la espalda a Oileo cuando pasó a su lado para recoger las correas. Una cabra lo estaba mirando, pero se alejó corriendo con un balido cauteloso.

–¡Tu cara feísima la está asustando, hombre! Deja esto para el encantador de cabras.

VII

A dos días de navegación del *Argo*, al oeste, el escriba del palacio estaba terminando su revisión de las tablillas más recientes del santuario. Se agachó bajo el dintel para entrar en el taller, donde un alfarero de rostro solemne estaba envolviendo una tela de saco húmeda alrededor de la base de una enorme jarra de arcilla, observado por su joven aprendiz.

–Hola –murmuró el escriba, mientras inspeccionaba los estantes que se movían bajo el peso de cuencos y tazas cocidos y sin cocer.

El alfarero no le prestó atención, simplemente se mordió la lengua cuando advirtió que la tela que tenía no era lo bastante grande. Chasqueó los dedos con impaciencia, señalando hacia la puerta, donde otras tiras rasgadas yacían amontonadas. El alfarero miró dos veces cuando entró la mujer alta y delgada, recogiéndose las faldas mientras cruzaba el umbral. Se limpió la mancha de engobe de la frente con el dorso de la mano sucia y miró al escriba en busca de una aclaración.

–Ésta es la dama Alcimede, que ahora preside el santuario de Potnia.

El alfarero inclinó la barbilla, provocando que sus mejillas temblaran. La aludida asintió y sonrió al niño de ojos muy abiertos, mientras él le entregaba la tela a su maestro.

–No veo otras ruedas en tu taller. ¿Estás solo?

–Sí, mi señora. Yo y el niño.

–Ya veo. –Sonrió de nuevo al pequeño, vestido con harapos sucios. Debajo del delantal de cuero podía ver que su vientre, al menos, no estaba hundido–. Sin embargo, la tablilla registra más de doscientas piezas que fueron a parar únicamente al palacio. ¿Es correcto?

–Yo... Es decir, nosotros, realizamos más de cuatrocientas piezas el año pasado.

Alcimede parecía impresionada.

–¿Y se te recompensa bien?

Notó que la mirada de orgullo se desvanecía un poco.

–Apropiadamente, mi señora.

Detrás de la cabeza del alfarero había un pequeño estante con tres figurillas rudimentarias de la diosa. La del medio llevaba una jarra sobre el hombro.

–Ya veo –repitió, sin estar segura de cómo interpretar la respuesta cautelosa del alfarero–. Bueno, al menos eres un hombre honesto y trabajador. En la fundición de al lado hay suficientes lingotes para armar a una multitud de soldados, pero ningún herrero que los use. Los tejedores estaban dormidos y parece que nos faltan cuatro ovejas y una cabra. –Se volvió hacia el escriba–. ¿Estoy en lo cierto?

Él inclinó la cabeza.

–Por desgracia, sí.

Alcimede respiró profundamente.

–Creo que he visto suficiente. Déjame presentar mis respetos a la diosa y podrás llevarme de regreso. Gracias a ambos.

Fuera, el aire era fresco y claro, a diferencia del olor agrio de los pequeños y abarrotados talleres. Aunque había salido bajo el sol, tendría suerte si regresaba al palacio antes de que lloviera. Sintió que el suelo se elevaba cuando se acercó a los muros bajos del santuario y entró por la abertura. Chasqueó la lengua al ver que las malas hierbas y los matojos se adentraban en el santuario, en consonancia con la falta de piedad que había presenciado en su primera visita. El rey pedía poco a los talleres y a la sacerdotisa encargada del mantenimiento del santuario. Recibían las materias primas que necesitaban y se esperaba que produjeran un mínimo para la diosa y para el palacio. Potnia protegía el arroyo, una fuente vital de agua para Yolco. Aquella impiedad sólo podía tener un resultado.

Entró en el santuario. El yeso de las paredes había visto días mejores, pero la efigie de una diosa de vientre hinchado que levantaba las manos

sosteniendo dos jarras de agua le pareció respetable. Las ofrendas que le habían hecho eran poco. Se cubrió la cabeza con el velo, se arrodilló y cerró los ojos. No era muy versada en oraciones a Potnia, pero su corazón le decía que lo primero que debía susurrar era una disculpa. Y entonces...

Se oyó un grito agudo desde fuera. Abrió los ojos de golpe. Los agujeros en la cara de la efigie la miraron fijamente.

–¡Válgame la diosa, no!

Era el escriba.

Oyó un leve roce en la dirección de los talleres, así que se apresuró a salir para ver qué estaba pasando.

El escriba estaba señalando hacia el norte. Una banda de hombres armados, cuarenta, tal vez cincuenta, había emergido de las colinas alrededor del monte Pelión y marchaba hacia Yolco.

–Regresa al palacio de inmediato. Alerta al rey. Alerta a Pelias. ¡Date prisa!

El rostro delgado del escriba parecía presa del pánico.

–¿Y tú?

–Yo protegeré el santuario. ¡Ve!

El tono cortante atravesó sus dudas. Asintió y se apresuró a bajar la pendiente hacia el sendero que discurría por la costa. Fuera del grupo de talleres, el alfarero, el niño y los dos tejedores la miraron con terror en los rostros.

–¿Mi señora? –dijo la más rechoncha de las tejedoras, retorciéndose las manos.

–¿Y bien? ¡A Yolco! ¡Corre!

Los tejedores bajaron apresuradamente la pendiente y luego la miraron. La alfarera no se había movido.

–¿Señora Alcimede? ¡Debéis venir!

–Mi lugar está aquí ahora.

La imagen de la obstinada negativa del rey Esón a huir de los salones de Dimini, y la de su querida nodriza Despoina, se mostró ante sus ojos. Había algo más grande que su seguridad inmediata en juego. El abandono y la destrucción del trono de la diosa de Yolco era

inconcebible. Significaría el fin de la ciudad, estaba segura de ello. Varias personas en su vida le habían mostrado el significado de ser valiente por un principio, por algo más grande que el individuo: aquellos a los que amaba. Ahora era su turno de encontrarse con su destino. Tenía una sensación abrumadora de que estaba a punto de rebelarse el significado que le quedaba a su vida. No renunciaría a ello.

–Aquí estaré a salvo. ¡Vete! –insistió.

El alfarero acompañó al niño mientras la observaba con una mezcla de admiración y confusión. Los tejedores ya estaban a medio camino hacia la carretera de la costa. Todos miraban al norte mientras se apresuraban hacia el palacio, así que pronto se perdieron de vista. Los asaltantes que avanzaban debían de haberlos visto, pero no mostraron señales obvias de acelerar el paso. De repente, el terrible estruendo de aquella fatídica noche en el palacio, veinte inviernos antes, resonó en sus oídos. Recordó el miedo que se infiltró en sus huesos, un miedo que le robaba el aliento de los pulmones, no por ella, sino por el bebé inocente que yacía mamando de su pecho. Se puso las manos sobre el corazón y cerró los ojos, meciendo al niño que llevaba mucho tiempo ausente, tratando de revivir de las cenizas de su memoria el calor, la oleada imposible de amor que sentía por él. «Jasón... Jasón...».

Se dio cuenta de que estaba susurrando una nana, cuyas palabras volvían a ella con la misma facilidad que una plegaria repetida a menudo. Sintió que las lágrimas le atravesaban los párpados y le resbalaban por las mejillas. La llegada de los guerreros despertó algunos sentimientos reprimidos que se habían alojado en su interior. ¿Era su nombre lo que oía o el susurro de las hojas en la brisa?

La diosa...

Caminó de regreso al santuario para esperar su destino.

VIII

Los argonautas que se habían quedado para custodiar el barco observaron con cierta perplejidad cómo llevaban a las cabras hasta la cima, pero la visión de Jasón y el grupo de exploración, pálidos y destrozados, los devolvió a la realidad. Cuando Medea vio el desgarro en la túnica de Jasón, así como la fina franja de sangre en su piel, se apresuró a acercarse, pero él la tomó por los hombros y le besó la frente.

–Estoy bien –susurró–, pero tenemos que zarpar.

Lo miró atentamente durante un momento antes de asentir y regresar a la popa. Subieron las cabras por la rampa de embarque, cuyos balidos hicieron que Anceo se despertara de golpe, confundido. No tardaron en izar el ancla y el mástil, y ya se alejaban a remo de la playa, con muchas miradas ansiosas fijas en la hilera de palmeras datileras.

Sólo cuando estuvieron fuera de la bahía y Anceo volvió al timón, la conversación se reanudó. Cuando Jasón le explicó a Meleagro y al timonel lo sucedido, Anceo guardó silencio durante unos momentos. Se frotó los ojos para quitarse los últimos restos de sueño.

–Dos lados de un cuadrado, Jasón.

–¿Qué quieres decir?

–Quiero decir que, cuando rozamos por primera vez aquellos barcos troyanos en el estrecho, vimos las murallas de la ciudad al final de la bahía, unos veinte estadios al sur, diría yo. Ésa era la parte superior del cuadrado. –Empujó un poco las barras del timón para enderezar al *Argo*–. Luego entramos en los archipiélagos y giramos hacia el sur. Esos barcos estuvieron con nosotros durante, ¿cuánto? ¿Ocho o nueve millas

náuticas antes de que se rindieran? Meleagro, aseguras que a partir de entonces gobernaste el barco hacia la playa. Ése es el lado del cuadrado. Cuando os dirigisteis hacia el interior y encontrasteis la laguna, os dirigíais al centro de ese cuadrado. Eso significa que Troya estaba a cincuenta estadios de distancia. Esos carros eran exploradores troyanos, sin duda alguna.

Jasón miró a Meleagro con las cejas enarcadas.

–Impresionante.

–Soy carpintero, muchacho –dijo Anceo, dándose un golpecito en la sien–. Conozco el arte de la geometría.

–No me interesan los cuadrados ni los triángulos. –Todos se volvieron hacia Oileo–. ¡Simplemente llévanos a través del archipiélago y fuera de este condenado barco!

* * *

El viento del oeste se calmó al fin. Un aullante viento etesio los tomó a todos por sorpresa, lo que provocó un gran gemido cuando Anceo se vio obligado a virar la proa hacia el sur para seguirlo. El mar se agitó y las olas se cubrieron de espuma. Jasón sintió que se le hundía el corazón y reprimió con fuerza el impulso de gritar de frustración. Golpeó el banco de remo con el puño y miró por la borda, sin querer hablar con nadie, y cerrando los párpados cada vez que el rocío punzante le empapaba la cara.

El viento se mantuvo fuerte toda la tarde y hasta la noche, y los argonautas vieron pasar la costa con un estado de ánimo abatido. Sobre la barandilla de babor, la tierra retrocedió bruscamente y un gran abismo la separó del siguiente promontorio, un par de millas náuticas más al sur. Luego, tan rápido como se había levantado el viento, se desvaneció y dejó la vela flácida. Ahora se encontraban a media milla de una isla.

El remo era esporádico y la luz se estaba apagando antes de que Anceo gritara: «Remos tranquilos». Saltaron al agua fría y tiraron de los cabos hacia la playa hasta que la quilla del *Argo* chocó contra la arena.

Entonces arrojaron el ancla por la borda y vadearon hasta la orilla, mirando alrededor en busca de señales de vida. La isla parecía desierta.

Sacrificaron las dos cabras rápidamente y las espetaron sobre el fuego, mientras que otros despojaron a un espino de sus pomos, aunque su sabor era muy agrio. A pesar de que estaban rígidos y doloridos, la carne les devolvió un poco de ánimo. Cuando cayó la noche, los argonautas amontonaron las hogueras, extendieron sus zaleas y se acomodaron para pasar la noche. Jasón les dijo que él haría la primera guardia y, al poco tiempo, comenzaron los ronquidos.

Medea estaba tan cansada que no podía dormir. Cada vez que cerraba los ojos se le pasaban por la cabeza las imágenes del cuerpo desmembrado de Frontis, del rostro de cera de Apsirto y de sus horribles heridas. Pero, sobre todo, el de su tía Circe, que la maldecía. Tras ver cómo aparecían las estrellas en el cielo, se rindió. Jasón estaba sentado a poca distancia, con las rodillas dobladas y una manta sobre los hombros. Le gustaba que no la hubiera presionado después de su momento en las cuevas marinas, cuando había usado su devoción por Hécate para frenar el ardor del guerrero. Desde entonces, respetó la distancia, sin insistirle en acostarse juntos por la noche.

Y eso era lo que ella necesitaba la mayor parte del tiempo. Pero a veces, como en ese preciso momento, deseaba sentir su calor. Así que se levantó para unirse a él.

–¿Cómo está tu pierna? –preguntó en voz baja.

–La curaste, como has hecho con todas las heridas que hemos sufrido. Ni una sola se ha enconado. –Le dirigió una cálida sonrisa–. ¿Sabes lo que significa mi nombre en nuestro idioma?

–No.

–«Sanador». Por derecho, éste debería ser tu nombre, no el mío. –El núcleo del fuego que los separaba se desmoronó con un crujido, desatando un montón de chispas doradas–. Mira: ¡hasta los dioses están de acuerdo! –Medea rio y se pasó al otro lado del fuego para sentarse lo más cerca posible. Él le colocó la manta sobre los hombros y sus cabezas se inclinaron juntas–. ¿Te imaginas nuestro primer fuego en el

hogar del palacio, sin más remos, cuando finalmente sea mío? –Al ver que no respondía, Jasón agregó algo más–: ¿No te gusta esta idea?

Desde luego que le gustaba. La cuestión es que él había dicho «mío», no «nuestro». Eso la agravió, muy a su pesar. ¡No había soportado tanto sufrimiento a cambio de nada menos que un hogar! Después de todo, él no habría salido vivo de la Cólquida si no fuera por ella. No la encontraría sumisa, como otras mujeres aqueas. Nunca le había tolerado esa falta de respeto a nadie.

–Por supuesto. Jasón, ¿puedo preguntarte algo? –Él asintió con un murmullo, pero Medea sintió que su mente divagaba–. Si el destino así lo decretara, ¿estarías contento de ser rey de tu pueblo y gobernarlo con justicia durante el resto de tu vida, después de todo esto? De esta aventura. Todavía eres joven, ¿no?

–Después de cuanto hemos vivido, si nunca más volviera a remar sería más que feliz.

Medea sonrió, pero sintió que su pregunta no había sido respondida con franqueza. Pensó que era una lástima que no le quedaran más amapolas, pues si él bebiese un poco del jugo sería más sencillo discernir lo que albergaba su corazón. Así que simplemente se conformó con dejarle un beso en la mejilla.

–Ahora creo que puedo dormir –dijo, antes de retirarse a sus propias mantas.

IX

El trino agitado de los pájaros anunció su llegada, como cuando un gato se acerca demasiado a la nidada. Oyó una conversación entrecortada, áspera y nerviosa. Luego escuchó el crujido de la cerámica. Primero una o dos piezas, luego una gran cascada de fragmentos que la hicieron estremecerse mientras se arrodillaba ante la diosa.

Unos pasos crujieron en la tierra seca, fuera de los muros del santuario, y un aliento áspero, como el de un hombre corpulento que se ha esforzado demasiado. Bajó la mirada hacia la pequeña pila de ofrendas y sus ojos pasaron por la espada de bronce. No tenía empuñadura y parecía delgada y endeble, como si nunca hubiese sido pensada para la batalla. La idea de armarse llegó tarde y de repente. La esperanza de que no fuera necesario parecía estúpida. La recogió justo cuando se acercaron unos pasos y una sombra se extendió por el suelo.

Estalló una andanada de gritos furiosos y sorprendidos. Órdenes, sin duda, pero no las entendía. Lo primero que vio fueron las grebas de bronce, moldeadas alrededor de sus gruesas pantorrillas. Tenían tachuelas y círculos concéntricos trabajados en ellas. Podría haberlas admirado en otras circunstancias. Miró al guerrero que estaba a unos pasos, cuyo cuerpo casi llenaba la entrada del santuario. Sus ojos eran azules y estaban inyectados en sangre, dentro de un rostro ancho y sucio. Tenía el pelo rubio, crespo, largo y espeso, pero fue la mera presencia del hombre lo que disolvió todo su coraje anterior. Incluso sin su capa de lana y su broche dorado en forma de rueda de carro, sus hombros habrían destacado. La cadena de músculos que descendía por el cuello hablaba de un inmenso poder. Gritó las mismas dos palabras y

la saliva brotó de sus labios. Se puso de pie, obligándose a no soltar la espada. Él la miró con desprecio y desenvainó lánguidamente su propia espada. Por un momento, pensó que tenía la intención de atravesarla con ella y dio un paso hacia atrás, encontrando el asiento de piedra del santuario con el talón. Para su asombro, él parecía querer mostrársela, captar la poca luz que había con la espada. Sus ojos lo miraron fijamente y luego bajaron hacia el arma. Cayó en la cuenta de lo que él quería que viera justo cuando otro guerrero, mucho más joven y delgado, entró en la habitación.

La espada no estaba fundida en bronce. Al principio, pensó que podría ser de plata, pero el brillo era inusual. Entonces él se abalanzó hacia delante y ella gritó. El esperado momento de dolor no llegó. En cambio, levantó la espada de bronce que blandía ella con la punta de la suya y le gruñó que la aguantara extendida. Lo hizo con mano temblorosa, preguntándose si pretendía que peleara con él. ¿Era acaso para eliminar la mácula de mancillar un santuario con la sangre de su sacerdotisa? Mientras su mente se aceleraba, él levantó la espada y cortó la de bronce. Dejó caer lo que quedaba de ella con un grito. La espada del asaltante había atravesado el bronce y la ofrenda cayó al suelo en dos partes. Ambos hombres rugieron de risa. El más grande dio un paso adelante y la cogió por el brazo, arrastrándola fuera de la habitación a través de la neblina invisible de su hedor.

La empujaron fuera del santuario y sintió un palmetazo punzante cuando la parte plana de una espada golpeó contra sus nalgas. El impacto degradante le arrancó lágrimas, pero apretó los dientes y se obligó a no llorar mientras se reían, concentrándose en cambio en la destrucción sin sentido que la rodeaba. Había docenas de hombres entrando y saliendo de los talleres, llevándose todo el botín que podían encontrar. La cerámica no les interesaba: tiraban al suelo las jarras y los vasos baratos junto con algunas de las piezas más intrincadas.

El estrépito le alteraba los nervios y se preguntó cuántos cuencos y tazas más había hecho el alfarero. Tal vez habían encontrado su almacén. Quizá, se preguntó con un sentimiento de repulsión, estaban destrozando estatuillas de la diosa Potnia. Cerró los ojos y rezó

fervientemente a las Erinias Vengadoras. La cogieron por el brazo, le retorcieron la piel y la empujaron al suelo. Le ardió con un dolor momentáneo, arrancándole más lágrimas.

Ninguno de los guerreros era tan imponente como el primero que había visto. Se preguntó de dónde habían salido. El idioma no se parecía a ninguno que hubiera escuchado antes. Se oyó un ladrido de triunfo y se giró para ver a un hombre que salía de la forja con un collar de oro. Otro intentó arrebatárselo para mirarlo más de cerca. Lo empujó con un golpe en el pecho y los dos se enfrentaron hasta que el jefe les dio una orden. Ahora todos miraban hacia el palacio. Se habían aburrido del escaso botín del santuario. En la ciudad encontrarían más riquezas que saquear. Y más matanzas que perpetrar.

Vio que algunos de los asaltantes que se encontraban junto al camino se ponían rígidos y lanzaban un grito. Las risas y sonrisas de los demás se desvanecieron y el jefe se abrió paso hacia el frente, exigiendo saber qué estaba sucediendo. Alcimede escuchó el débil ruido de cascos antes de verlos. Olvidada por los invasores durante un momento, se apresuró a avanzar hacia el sendero de la costa antes de que un par de ellos la persiguiera y la arrastrara de vuelta. Alrededor de la estribación baja, vio brevemente una nube de polvo y, dentro, las siluetas de unas cuantas parejas de caballos. El líder soltó una serie de órdenes apresuradas, poniendo las muñecas una sobre la otra, lo que le hizo comprender que iban a atarla. Encontraron una correa de cuero y la obligaron a llevar los brazos detrás de la espalda. Se resistió, pero sólo lo suficiente para retrasarlos un poco. Si se resistía demasiado, habría provocado que la golpearan. Luego la empujaron, lo que hizo que se tambaleara hacia atrás. Tuvo que apoyarse en las rodillas de otro hombre, que la golpeó en la cabeza. Un dolor punzante hacía que le ardieran los oídos, así que decidió no tentar a la suerte.

El retumbar de los cascos se hacía cada vez más fuerte. Escuchó una orden ocasional y, aunque no podía entenderlas, comprobó que sabían cómo lidiar con los carros. El grupo se dispersó. La mayoría tomó posiciones en las suaves pendientes, pero otros se situaron más allá del camino, en la llanura más abierta que se perdía en la arena de la costa.

Podía ver la nube de polvo que se elevaba justo más allá de la estribación, quizás a tres pletros de distancia. Los dos hombres asignados para vigilarla estaban tensos, preparados. Ambos tenían un par de jabalinas para acompañar las espadas. «Queridos dioses», pensó. «Que no todos tengan las mismas hojas con la que acaban de cortar la espada de bronce».

Un par de caballos castaños pasó a toda velocidad por la estribación. Uno de los asaltantes cayó como un fardo al suelo, con una flecha sobresaliendo del vientre. Luego, otra pareja y tres más, cuatro, casi en fila. Podía ver a los aurigas recortados en el polvo, inclinados sobre la barandilla, con los dientes apretados. Compartiendo los estribos había lanceros con casco, que golpeaban con el brazo a todo lo que se movía. Seguramente no había otra manera de distinguir entre amigos y enemigos en el polvo, ni de escuchar órdenes por encima del rugido de los gritos de guerra. Miró a los dos asaltantes. Estaban parloteando el uno con el otro, señalándose o haciendo gestos amplios. Otros hombres se desplegaron. La fila de aurigas pasó y luego... Nada. Alcimede miró con incredulidad. Seis carros y otros tantos lanceros o arqueros. ¿Eso era todo?

Los hombres apostados en la llanura parecían ser un cebo. Con un movimiento de las riendas, los caballos giraron para perseguirlos. Sólo un carro se volvió para enfrentarse a los que se encontraban en la pendiente. Entonces se detuvo. El conductor levantó un escudo forrado de piel por encima de la barandilla, mientras el arquero se ponía a trabajar. Uno de los asaltantes se retorció cuando la flecha dio en su hombro. Un par de jabalinas se cruzaron en el aire. Una golpeó contra la rueda. La otra se clavó en la cruz del caballo de la izquierda, que se encabritó de dolor y casi hizo caer a los pasajeros. Los asaltantes cargaron, aullando como lobos.

En total debían ser unos cuarenta, incluyendo la pareja que custodiaba a Alcimede, de la que ahora se habían desentendido. Corrieron por la pendiente y tomaron el camino. El auriga hizo girar las riendas y, a pesar de la terrible herida de un caballo, logró ponerse en marcha. Alcimede tiró de las ataduras de cuero, como si intentara que

los caballos ganaran velocidad. Justo cuando el carro ganaba impulso, otra jabalina golpeó la grupa del caballo y acabó con cualquier esperanza. El dolor provocó que se encabritara de tal manera que lanzó tanto al conductor como al guerrero. Un par de jabalinas se estrellaron contra la parte inferior del estribo. El espectáculo era tan horrible que Alcimede no pudo seguir observando.

No escuchó el retumbar de los cascos en medio de tanta confusión. La nueva nube de polvo estaba disfrazada por el velo de la anterior y a través de ella aparecieron un par de sementales negros, que echaban espumarajos mientras tiraban de sus yugos. El joven auriga estaba concentrado en su tarea y, a su izquierda, ataviado con una coraza de bronce y un casco de colmillo de jabalí, vio a Pelias blandiendo una espada reluciente. Dos de los invasores se habían quedado congelados en el sitio como si hubieran visto al mismísimo Ares abalanzándose sobre ellos. La espada les cortó el cuello con tanta precisión como si estuviera segando trigo. Un tercero fue despedido hacia un lado como un muñeco de trapo y su cuerpo aterrizó en un ángulo roto. Detrás de Pelias, dos carros más, en fila, seguidos por un cuarto, cerrando la marcha. Aunque el terreno era irregular y los jinetes traqueteaban en los carros, su equilibrio era asombroso.

–¡Despacio! ¡Ahora! ¡Despacio! –gritaron los guerreros en los estribos.

Los aurigas tiraron de las riendas y los caballos respondieron, permitiendo a los guerreros lanzar sus pares de jabalinas. Mientras la sorpresa se mantuvo, los asaltantes se convirtieron en blancos fáciles. Todos menos uno fueron golpeados. Uno de los carros se detuvo por completo, y de él saltó con gracia un arquero. A Alcimede le pareció que había colocado una flecha incluso antes de tocar el suelo. Dos proyectiles dieron en el blanco antes de que volviera a subir al vehículo y los caballos partieran al galope.

En el caos que siguió, los ojos de Alcimede se movían rápidamente hacia todas partes. Hubo una lucha feroz junto al carro afectado y vio con consternación al jefe atacando a una figura que intentaba cubrirse. Ninguna armadura que conociera podría soportar la fuerza de aquellos

golpes y el filo perverso de su terrible espada. Cuando la primera oleada de carros había eliminado a sus víctimas en la playa alta y se dieron la vuelta para enfrentarse al mayor número de carros que se encontraban enfrente, ya era demasiado tarde tanto para el guerrero como para el auriga. El carro de Pelias había aminorado la marcha y también estaba girando. Un asaltante lo había perseguido, tratando de hacerlo caer del estribo. Pelias fue tomado por sorpresa y sus pies lucharon por agarrarse. Alcimede se puso de pie tambaleándose y gritó. Las ruedas del carro todavía estaban en movimiento, así que Pelias giró en la misma dirección, haciendo que su atacante perdiera el equilibrio. Empujó el pomo de su espada hacia atrás con toda la fuerza que pudo reunir. Le dio al asaltante en el costado, dejándolo tendido en el suelo. Pelias saltó del estribo, tropezó, recuperó el equilibrio y clavó su espada en el vientre del hombre. Se arrastró de nuevo a bordo del carro y gritó al conductor que lo llevara de vuelta a la refriega, dejando al joven asaltante desangrándose en el polvo.

Ahora que el impacto de la segunda oleada de carros había disminuido, los guerreros se reagruparon, dándose cuenta de que todavía superaban en número a los yolcos. Se mantuvieron firmes y, con su impulso bajo control, los caballos parecían no estar dispuestos a cargar contra la multitud que gritaba. Con apenas escudos ligeros para defenderse de los golpes furiosos, los yolcos saltaron de los carros y retrocedieron mientras los conductores tiraban de las riendas. Un par de caballos se encabritó y atacó con sus patas delanteras, golpeando a un hombre directamente en la cara. Lo derribó con tanta fuerza que ya no se levantó.

Más cerca de Alcimede, un auriga cayó hacia atrás, atravesado por una lanza. Otro retrocedió ante una flecha que había golpeado su coraza. Los caballos de Pelias, solos ahora, tomaron impulso y ganaron la cabeza para un segundo ataque. A ambos lados, los asaltantes se prepararon para atravesarlo con la lanza mientras cabalgaba hacia ellos. Alcimede respiró hondo ante su coraje. Parecía temerario hasta que se dio cuenta de que unos hombres a pie corrían hacia la refriega. Podía oír sus jadeos antes de verlos pasar la estribación. El aire era húmedo y

traía el fuerte olor de una lluvia inminente. Dos hombres se hincaron sobre una rodilla para apuntar mejor con los arcos. Los faldones descubrieron sus poderosos muslos. Llevaban cascos de bronce. Era la guardia personal del rey, en torno a una decena.

Los arcos silbaron en un acorde perfecto. En la masa de cuerpos, era imposible que las cabezas con púas no encontraran carne. Dos hombres cayeron, desplomándose sobre los suyos, y el impulso del asalto a los carros asediados se debilitó. Ahora se encontraban atrapados entre una tercera oleada de yolcos y el propio Pelias, que avanzaba con los dientes apretados y la espada en alto. Un hombre arrojó su lanza y levantó los brazos en vano. Todavía estaba parloteando, pidiendo clemencia, cuando una flecha le golpeó la ingle. Sus súplicas se convirtieron en gritos de dolor abrumador. La forma en que se convulsionaba y se retorcía desanimó a los demás.

Los lanceros yolcos cargaron contra ellos para perseguirlos. Sólo su jefe se mantuvo firme, pero no hacía más que mirar a un lado y a otro con incredulidad ante el repentino cambio de fortuna. Pelias golpeó con su espada. El sonido sordo reverberó por toda la llanura. Alcimede vio la mirada de sorpresa cuando pasó a su lado y el guerrero se tambaleó hacia atrás, ileso.

Entonces una flecha se le clavó en la espalda.

La muerte del jefe marcó el fin del ataque. Un puñado de asaltantes que aún permanecían en pie arrojaron las armas y levantaron las manos, suplicando a Pelias mientras el auriga aminoraba la marcha de su carro y él desmontaba. Sin embargo, el interés del rey estaba en otra parte. Había visto a Alcimede observando el derramamiento de sangre y ahora se apresuraba hacia ella.

–¡Por todos dioses, lo siento! –repitió, mientras sacaba un cuchillo de su cinturón y cortaba las ataduras de cuero. La cogió por los brazos y la miró a los ojos, suplicante–. ¡Lamento haberte dejado expuesta a esto!

Alcimede sacudió la cabeza, tratando de forzar una sonrisa, pero fue incapaz de contener durante más tiempo las lágrimas. Pelias la atrajo hacia su pecho, que todavía se agitaba por el esfuerzo de la lucha. Sus

sentimientos eran una tormenta de conflictos, pero el principal era el alivio.

En cuanto se dio cuenta de lo que estaba haciendo, se apartó de Pelias. Él no se resistió. Alcimede vio las miradas cómplices que intercambiaban los guardaespaldas. Más allá, hacia la bahía, otros yolcos caminaban entre los caídos, comprobando si aún vivían. Vio a un hombre limpiando las heridas de los aurigas heridos. La valentía del primer conductor y del arquero la había conmovido profundamente, así que pensó que debía presentar sus respetos. Se abrió paso entre los cuerpos, tratando de no dejar que sus ojos se detuvieran en los cortes y la piel perforada que supuraba y manchaba la tierra. Ignoró al hombre que escupió a los asaltantes temblorosos y a otro que los abofeteó para que guardaran silencio, y encontró a los hombres que había ido a ver. La cabeza del auriga había sido destrozada por la espada del jefe, exponiendo una masa gris en el interior. El arquero era un poco mayor. Notó que tenía la piel más suelta alrededor de la barbilla. Sobresaltó al guardia que lavaba las heridas con su jarra de agua. Instintivamente, extendió la mano hacia los párpados del hombre, pero Alcimede le pidió que esperara un momento. Miró sus ojos color avellana sin vida y susurró una oración de liberación. Luego, con la cabeza, le indicó al guardia que prosiguiera y se alejó.

El *lawagetas*[4] de Pelias, su comandante del ejército, se quitó el casco emplumado y se pasó los dedos por el pelo largo y húmedo. Alcimede tardó un momento en reconocerlo: Anaktor, que ahora controlaba teóricamente los salones de Dimini. Había servido a Pelias toda su vida adulta y estaba ferozmente orgulloso de la posición que tenía. Se aclaró la garganta.

–Mi señor. ¿Qué hacemos con estos perros?

Pelias estaba observando a Alcimede con una intensa curiosidad. Miró sin interés.

–Envía a uno de vuelta. Quítale el dedo antes. Los otros... –Se trazó una línea en la garganta–. ¡Y encuéntrame esa maldita espada! Quiero esa espada.

X

La noche siguiente, Jasón observó las nubes oscuras que pasaban sobre los cuernos de la luna creciente. Habían estado a punto de zarpar aquella mañana, pero las drizas no tardaron en traquetear ante otro viento etesio y las olas se agitaron hasta volverse amenazadoras. La frustración se hizo más intensa en su interior y lo fue desgastando hasta que se sintió frágil. Incluso los intentos de Medea por calmar su ira resultaron efímeros. Pasaron una velada agitada junto a las hogueras, con el estómago parcialmente lleno y sin vino para aligerar el estado de ánimo. La lira de Orfeo les proporcionó algo de consuelo, pero no duró mucho. Jasón se fue a orinar junto a un grupo de pinos. Oyó el susurro a mitad de la micción. Casi se salpicó los dedos de los pies.

«Amanece, Jasón. ¡Debe ser el amanecer!».

Su respiración se aceleró y, aunque sabía que estaba solo, sus ojos se lanzaron a la arboleda que se oscurecía. Cuando regresó con los argonautas, Oileo notó que el ceño se le había suavizado.

–Qué satisfacción, ¿no?

Sonrió y bajó la voz.

–¡Mañana! Lo siento en el agua.

Medea lo miró ceñuda y le dio una palmada en la pierna.

Aquella noche durmió más profundamente que en muchos días.

* * *

Jasón se despertó sobresaltado antes del amanecer, ansioso por irse. A medida que sus ojos se acostumbraban, las siluetas dormidas de los argonautas comenzaron a hacerse más nítidas. A su lado, Medea dormía

sobre ambas manos, respirando suave y regularmente. Jasón extendió la mano para quitarle una trenza suelta de los labios y ella se movió, pero no se despertó. Recordó el viejo truco de *Tifis* de olfatear el aire, adivinando el clima. Para Jasón, el aire frío olía como cualquier otra mañana, pero su convicción seguía siendo firme. Enrolló su zalea y caminó hacia la orilla. El *Argo* se balanceaba de un lado a otro con cada ola, paciente y expectante.

Éste sería el día en que navegarían de vuelta a casa.

* * *

Remaron hacia el oeste un rato sobre un mar tan plano y tranquilo como cualquiera que hubieran encontrado en el viaje. La mañana estaba nublada y era húmeda, así que pronto arrancaron a sudar mientras avanzaban con dificultad hacia el oeste. Después de un par de horas de trabajo, la costa de Lesbos apareció como una fina mancha en el horizonte, sin ninguna otra tierra a la vista.

Se había levantado un suave viento del noreste y dieron la bienvenida a la llamada de Anceo para que remaran con calma. Izaron el mástil, lo aseguraron en su caja y desplegaron la vela con amplias sonrisas. No tardó el viento en girar al noroeste, y fue como si el propio Poseidón los estuviera reteniendo. Las nubes, que se habían estado acumulando al norte, en la lejanía, ahora se elevaban hacia ellos en amenazantes guirnaldas. El aire refrescó.

Anceo se volvió hacia Meleagro.

–Nunca había visto algo así antes –murmuró. El *Argo* ahora comenzó a balancearse mientras el mar cobraba vida y las olas salpicadas de espuma golpeaban contra el casco–. Estamos atrapados aquí, en medio de la nada.

Se volvieron hacia Jasón, que sabía lo que presagiaban sus miradas. Sacudió la cabeza y maldijo su suerte.

–Hazlo.

Anceo abrió la caña del timón y la proa del *Argo* viró. El balanceo enfermizo se convirtió en un cabeceo más suave a medida que las velas

atrapaban el viento. Jasón miró el horizonte occidental y agradeció no ver tierra. Acercarse tanto a casa para que ahora lo alejaran de ese destino le habría hundido el corazón.

Al viento le crecieron los dientes y el mar se convirtió en un paisaje de montañas de agua cambiantes y crestas de espuma. El *Argo* se deslizaba con valentía por los valles y las laderas, pero las olas hervían cada vez que su proa se hundía en ellas. Después de enrollar la vela, los argonautas se aferraron a cualquier cosa fijada al casco por miedo a golpearse los huesos mientras traqueteaban por la pasarela. Nubes oscuras brillaban en lo alto y fuertes gotas de lluvia salpicaban el entablado.

–¿No deberíamos guardar el mástil? –preguntó Jasón.

Anceo apretó las mandíbulas con disgusto.

–¡Por supuesto que deberíamos! ¡Pero no podemos!

–¿Crees...? –Sin inmutarse, la boca de Jasón se llenó de agua de mar mientras hablaba. Escupió por la borda–. ¿Crees que las brazas están lo bastante apretadas?

El timonel ni siquiera lo miró.

–Si Poseidón quiere romper nuestro mástil, ¡lo romperá! ¡Ningún nudo en la tierra puede detenerlo!

Jasón miró a Meleagro, que observaba el intercambio con los labios apretados. Ambos sabían lo fatalista que se había vuelto Anceo durante el viaje, lo irascible que estaba.

Meleagro sacudió la cabeza y miró por la borda el mar enfurecido, preguntándose qué estaría haciendo Atalanta en ese preciso momento. Sentimientos desconocidos se agitaban en lo más profundo de su ser. Una vez había oído a alguien decir que la experiencia preliminar de la muerte era similar a que alguien caminara sobre tu tumba. Sabía que en el fondo era un pragmático impasible, con una creencia inquebrantable en sus cualidades como guerrero y como hombre. Pero no podía quitarse de encima la sensación de que alguien había arrojado su leño al fuego.

Apretó los dientes y se armó de valor para cambiar de opinión. Miró a través de la popa a Jasón, un hombre que mostraba sus sentimientos

más abiertamente que la mayoría a bordo del *Argo*. En ese momento estaba mirando hacia la proa. Poco después, Medea captó su mirada. Ambos rostros se suavizaron. Era como si hubieran cruzado los sesenta codos de galera y se hubieran abrazado.

La lluvia ahora caía a borbotones sobre la cubierta.

–¡Por lo menos, sube al dosel! –dijo Peleo–. ¡A no ser que quieras ahogarte en el barco!

Meleagro se volvió hacia el líder de los mirmidones. A pesar de la situación cada vez más desesperada, le sonrió al guerrero, que parecía una rata ahogada.

Anceo miró las nubes. Peleo tenía razón. Si no levantaban el toldo, todos tendrían que sacar agua de las sentinas hasta que tocasen tierra.

–¡El toldo! –gritó, mientras se limpiaba el agua de la cara con el dorso de la mano. Le picaban los ojos–. ¡Y deprisa!

XI

La tormenta no cedió durante dos días y dos noches. Durante gran parte de la borrasca, la mitad de la tripulación permaneció tumbada y gimiendo, arrastrándose sólo para vomitar por la borda antes de desplomarse con desgana en cualquier espacio maloliente en el que pudieran hacerse sitio. Las sentinas rebosaban de una mezcla indescriptible de vómito, orina y salmuera. La primera noche, Jasón se tambaleó hasta Medea, que sólo aceptó un odre de agua y un trozo de pan empapado. A partir de entonces, se negó a dejar que nadie se acercara a ella y los miraba ceñuda si se aproximaban.

El trabajo de gobernar el barco se volvió demasiado para un solo hombre. Anceo y Meleagro ya no podían soportar más que unas pocas horas de resbalones y sacudidas por la cubierta del timón. Media docena de otros se turnaron, incluido Jasón. Sus únicas instrucciones fueron mantener el viento cerrado a popa. Siempre, lo cual era más fácil de decir que de hacer. Perdieron la cuenta de la cantidad de veces que el *Argo* se balanceó en la cresta de una ola, presentándose de través a la siguiente. Cada vez, la mano milagrosa de Tritón parecía guiarlo para que siguiera avanzando hacia su destino invisible.

Aparte de los frecuentes roces con la muerte, la experiencia más desconcertante para muchos fue la desintegración de uno de los guerreros más respetados. Peleo se despertó la primera noche gritando como un bebé que experimenta terrores nocturnos.

–¡Apagadlo! ¡Apagadlo! ¡Aquiles! –Telamón estaba a su lado, tranquilizándolo, preguntándole qué le pasaba. A pesar del frío, la frente de Peleo estaba perlada de sudor y su pecho se agitaba–. Mi niño

estaba en llamas. Él... él trataba de alcanzarme. ¡Gritaba mi nombre mientras las llamas lo consumían!

–Pesadillas, hermano. Sólo visiones. Vuelve a dormir.

La noche siguiente ocurrió lo mismo. La paciencia de Telamón se había agotado más que la del resto de los argonautas. Le dio una bofetada a Peleo y lo contuvo hasta que el terror pasó.

–¿Y bien? –gruñó, aunque sus palabras se perdieron en el viento–. ¿Qué estáis mirando todos?

El resto de los argonautas se derrumbó con un suspiro, envolviéndose en sus propios mundos estrechos, lejos del infierno sacudido por la tormenta de viento y agua.

En la alborada rosácea de la tercera mañana, el aire se sentía pesado y aletargado sobre un mar bruñido. El suave balanceo de las olas había sumido a la tripulación en un sueño profundo. El hambre y la sed habían hecho el resto. El débil zumbido y el parloteo de la gente se mezclaban con los gritos de las gaviotas y el perezoso golpeteo del agua contra el casco.

Fue el repentino golpe y el ruido metálico de un mástil y un gancho de agarre lo que hizo que los primeros argonautas se movieran aturdidos y se pusieran en pie. Jasón se despertó con un par de ojos oscuros en un rostro profundamente bronceado que lo miraban desde la cubierta de un gran barco. Un mercante, cayó en la cuenta con retraso. Con un coro cansado de quejas y murmullos, se frotaron las caras y buscaron odres de agua que habían estado vacíos durante la mayor parte del día. Cuando Meleagro buscó a tientas su espada, los rostros que los miraban fruncieron el entrecejo.

–No. Creo que es una mala idea...

–¿Dónde estamos? –graznó Jasón. Su lengua llena de sarro estaba pegada al paladar.

–Esto es Amnisos, amigo mío. Nosotros...

–¿Amnisos? ¿Dónde diablos está eso?

–Has llegado a Creta. –Los ojos oscuros se arrugaron con desconcierto–. ¡Tierra de los cretenses!

El nombre tardó un momento en registrarse en el cerebro de Jasón. Miró a un rostro curioso y a otro. No había ningún problema a la hora de entenderse: hablaban el idioma tan bien como los argonautas. Sin embargo, tenían un acento tan espeso como el almíbar.

–¿Agua? –preguntó Meleagro–. ¿Comida?

Arrojaron un odre de agua al *Argo*, luego otro. Meleagro cogió con torpeza uno de ellos. Sacó el tapón y luego se detuvo, ofreciéndoselo primero a Jasón, quien rechazó el gesto.

–Dadle uno a la mujer primero –ordenó a alguien en medio del navío. No hubo murmullos.

–¡Mantened los remos!

La orden del barco mercante sobresaltó a Jasón. Sospechaba de alguna trampa y se levantó sobre unas piernas que se habían convertido en gelatina. El *Argo* estaba siendo remolcado hacia la amplia desembocadura de un río poco profundo, de unas veinte o treinta pértigas de anchura. A la derecha había un cabo bajo y rocoso, donde otros barcos, galeras y embarcaciones mercantes se mecían anclados. A pesar del aire ruinoso de muchos de los edificios antiguos en ambas orillas, el puerto estaba ocupado porque había marea alta. Un grupo de mujeres y niños señalaban al *Argo* y hablaban con entusiasmo. Jasón oyó un fragmento de conversación: era el barco que los pescadores habían informado al amanecer que estaba a punto de encallar, sólo que en absoluto estaba abandonado, y desde luego la tripulación no eran espíritus. Otros se rieron.

Un par de marineros ató la popa del *Argo* a un noray disponible y uno de ellos llamó con entusiasmo a Anceo.

–Puedo salir por mí mismo –dijo, con los dientes apretados, arrastrando su saco de viaje sobre un hombro y aguantando su hacha en el otro.

Sin inmutarse, los marineros ayudaron a los argonautas a pasar sobre las regalas en el muelle. Idas se encogió de hombros ante la mano que le ofrecían. Se estabilizó con el cabo de la lanza mientras transportaba su bolsa al muelle. El ruido revelador de metal provocó algunas miradas sagaces. El corazón de Jasón se aceleró cuando permitió que

depositaran los vellones en el suelo empedrado, aún liados con fuerza en sus lonas enceradas. Aunque el hombre gruñó bajo su peso, no batió ni una pestaña y los dejó sin ceremonias mientras se giraba para ayudar al próximo tripulante. El propio Jasón se quedó rezagado para esperar el turno de Medea, que lo miró fijamente, pero aceptó ayuda para pasar por la borda. Mientras desembarcaba, surgió un murmullo de interés, pero dejó atrás a los lugareños e ignoró sus miradas.

Cuando todos los argonautas habían desembarcado y buscaban en vano un lugar para escapar del sol, Jasón miró alrededor para ubicar al capitán de la galera. Tuvo la impresión de que los lugareños los habrían molestado de estar más cerca, pero podía ver las narices arrugadas y oír los comentarios susurrados: los argonautas olían como los mil demonios. Se acercó a quienes los habían ayudado. Estaban amarrando el barco mercante, ajenos al calor y el polvo.

–Os agradecemos vuestra ayuda. Hemos permanecido en el mar durante muchos días y estamos desesperados por comida y agua. –La garganta de Jasón ardía–. Por favor.

Se miraron entre sí.

–Hay un pozo en la plaza –dijo uno–. Podéis usarlo.

Regresaron a su trabajo.

Aquella actitud brusca tan repentina confundió a Jasón, teniendo en cuenta su entusiasmo previo. Trató de ignorar su inquietud mientras dirigía a los demás hacia donde el hombre había señalado. Un grupo se alejó como pudo con los odres para llenarlos de agua, apenas capaces de poner un pie delante del otro: Acasto, Teseo, Cástor, Pólux, uno o dos más. Los miembros más jóvenes de la tripulación, advirtió Jasón.

Se volvió hacia los demás, que se habían desplomado a poca distancia, a la sombra de un grupo de árboles frutales. Los lugareños pasaban por delante con cierta premura, y se quedaban mirándolos. Los señalaban sin reparo alguno, especulaban en voz baja, y luego perdían el interés. Ninguno de los argonautas los tuvo en cuenta. Apoyaron las cabezas contra los delgados troncos, apenas cubriendo de manera protectora las armas y algún que otro botín. Era un milagro que todavía estuvieran vivos, pensó Jasón. Vio a Medea aceptando un higo de una joven que

parecía hipnotizada por ella. Su vestido, que alguna vez había sido elegante, ahora colgaba informe y sucio, pero, distante y con la espalda recta, todavía tenía una figura llamativa. Jasón estaba a punto de acercarse a ella cuando alguien le tocó el hombro. Se giró y vio un rostro curtido que lo miraba inquisitivamente. Llevaba un tocado al estilo egipcio y tenía una barba espesa, salpicada de gris. Aunque sonrió mientras se disculpó por sobresaltar a Jasón, sus ojos oscuros no suavizaron la expresión.

–¿Eres el capitán de ese barco?

Jasón miró por encima del hombro de su interlocutor. La multitud no le prestaba atención, aunque había un joven delgado y de mirada vivaz que lo observaba desde debajo de un toldo del que colgaban jaulas de pájaros coloridos.

–Lo soy.

–Bienvenido a Amnisos. Mi nombre es Pijasiros. –El hombre miró alrededor con indiferencia. Aunque fingía despreocupación, Jasón podía ver que estaba nervioso–. Quizá pueda ayudarte.

–Jasón de Yolco, en Tesalia. ¿Quién es ese hombre?

–Mi esclavo. No le hagas caso. ¿Yolco, dices? –Pijasiros le dirigió una mirada astuta–. Sin embargo, tienes el aspecto de los hombres que han visto más aventuras que unos pocos días navegando desde el continente.

Los ojos de Jasón le quemaban. No tenía energía para aquel tipo de discusión. En realidad, para ninguna discusión.

–No, como dices. –Miró alrededor en busca del grupo que había ido en busca de agua–. Disculpa. Mi tripulación está hambrienta. Nosotros...

–Tengo una villa, no lejos de aquí. A cambio de buena comida y agua, puedes contarme más. Tenemos mucho vino, y la fuerte uva cretense se considera incomparable para aliviar los miembros cansados. Reúne a tus hombres y sigue a mi esclavo cuando se marche. Espero poder hablar más, Jasón.

Observó con sorpresa la espalda de Pijasiros, que se alejaba. Una vez más, sintió un atisbo de sospecha, pero la promesa de sustento la

atenuaba: los argonautas no le agradecerían que la rechazara. Oileo se había unido a él. A pesar del calor, estaba pálido y tenía ojeras.

–¿Qué quería? –Cuando Jasón se lo explicó, Oileo se encogió de hombros–. No les importará si es una trampa. Tienen demasiada hambre. Yo digo que vayamos, con precaución.

Por el rabillo del ojo, Jasón observó al esclavo de Pijasiros. No tenía que hacer un gran esfuerzo por pasar inadvertido, pero, mientras veía a la gente pasar a su lado, se dio cuenta de que era igualmente invisible para ellos. Los odres de agua llegaron poco después. Sus portadores parecían haberse mojado y estaban muy reanimados. Mientras Jasón reunía a los otros argonautas, bebieron hasta saciarse.

Medea se quedó atrás y él le habló en voz baja.

–No has hablado conmigo en días. ¿Estás enfadada?

Lo miró con sus feroces ojos verdes. La última vez que había pasado un momento tranquilo a su lado, junto a la fogata, hacía apenas unas noches, se había mostrado tierna, vulnerable incluso, pero ahora su expresión no le dejaba ninguna duda sobre sus pensamientos.

–Abandoné una vida de futuro sufrimiento por otra mucho peor. Esto es indigno de mí. Ni las ratas viven así.

No la culpaba.

–No siempre será así, Medea. Ya podríamos estar en Yolco.

Hizo un pequeño ruido, como si tragara saliva, y se alejó después de beber un poco de agua. Jasón sintió que se le hundía el corazón. Medea era tan impredecible como los vientos y él había dejado en sus manos su destino. ¿Todas las mujeres eran así?

XII

El guardia cretense oyó los pesados pasos en la escalera y se obligó a abrir los párpados. Si alguien se permitía apoyar la cabeza sobre los brazos en el borde del muro durante más de un momento, el mar centelleante y la suave brisa resultaban irresistibles. Pero no sería bueno que lo pillaran durmiendo. Se frotó la cara y aspiró una bocanada de aire.

–¿Y bien? –El último escalón crujió detrás de él y el segundo guardia subió a las losas, sacándose la suciedad de las palmas de las manos–. ¿Disfrutaste de tu sueño?

El joven soltó una risa seca.

–Ojalá. –Dio un trago a su jarra de agua y se la entregó al otro–. ¿Y bien? ¿Quiénes son?

–Asaltantes del mar –dijo, limpiándose la boca. El espeso vello de sus muñecas se le pegaba a la piel–. Sin duda. Pero han aparecido como restos flotantes y parecen una mierda.

–¿Y?

El otro hombre se encogió de hombros.

–Que hemos hecho nuestro trabajo. O al menos yo, porque tú no hiciste nada. El mensajero ya está a medio camino de regreso al palacio.

–¿Habrá relevo?

El otro hombre lo miró con sus ojos oscuros y los labios formaron una sonrisa torcida.

–Estabas dormido. ¡Mírate! –Sacudió la cabeza–. Escucha, muchacho, ahora hablo en serio. Algún día pronto seré relevado del servicio. Me iré al otro extremo de esta isla y pasaré el resto de mis días rodeado de

la risa de mis hijos y el sonido de los cencerros de las cabras. Y de mis propias viñas. –Lo señaló con el dedo–. Pero si te atrapa alguien más, te delatarán. No es...

–¡No estaba dor...!

–¡Escúchame! No vale la pena correr el riesgo de hacer la vista gorda. Si esto llega al palacio, tanto tú como tu compañero de guardia estaríais muertos. Ambos recibiríais un castigo ejemplar. Es un hombre duro, un cabrón. He visto lo que pasa en estos casos y no resulta agradable.

El joven se dio la vuelta, con cara de pocos amigos, y asintió. El otro dejó que su ira se calmara. Había hecho lo mismo a lo largo de los años, más de una vez, y había estado a punto de pagar el precio. Se acercó y alborotó el cabello rojizo del joven.

–El relevo está de camino.

XIII

Jasón miró al esclavo, que sacó un poco de pan de su bolsa de cuero, sin mostrar prisa alguna por irse. Había pasado un rato, y el calor se había hecho aún más intenso a medida que la suave brisa desaparecía por completo. Los argonautas estaban nerviosos y los ánimos se crisparon. Aquellos que habían desoído las sugerencias de no beber demasiada agua parecían doloridos, y hacían muecas cuando los calambres estomacales se disparaban por el vientre. Por el rabillo del ojo, Jasón vio que el esclavo se ponía de pie y se alejaba, mirándolo por encima del hombro. Algunos miembros de la tripulación tuvieron que ser ayudados a levantarse. Todos se veían en un estado deplorable. Pasaron entre las filas de puestos, en los que la gente intercambiaba vajillas, en su mayoría baratas, aunque había algunos cuencos bien hechos. Apartados del camino, se fijaron en varios santuarios de piedra desmoronados en honor de deidades desconocidas. Más adelante llegó el dulce y empalagoso aroma del incienso y el perfume, que era casi demasiado potente después de tantos días en medio del hedor del *Argo*. Todos repararon en el puesto que vendía montones de artículos de lino. Sus túnicas y faldones no tenían arreglo.

El esclavo los alejó del camino principal y los llevó hacia una playa de arena, detrás de la cual se alzaba una colina rocosa. Un poco más tarde, después de rodear el espolón del valle del río, se encontraron con una gran villa de dos pisos, protegida del bullicio del puerto. La casa, que parecía impresionante cuando rodearon la colina, contaba una historia diferente vista más de cerca. Desde los cimientos hasta la altura de los hombros de Jasón, las paredes de sillería parecían chamuscadas en

algunos sitios, pero eran lo suficientemente sólidas y estaban bien labradas. Por encima de esto, los muros parecían haber sido construidos con los escombros de su destrucción. No obstante, el exterior envejecido de la villa la revestía de una respetabilidad desvaída.

El esclavo abrió la puerta y se apartó para dejar entrar a los argonautas. Idas y Butes lo contemplaron con desconfianza. Impasible, él los miró a los ojos y ni siquiera parpadeó cuando Butes bajó a trompicones los tres peldaños que daban a un fresco pasillo.

–A la derecha, luego a la izquierda. El amo os espera en el vestíbulo.

Los argonautas serpentearon por el pasillo, que apenas era lo bastante ancho para que pasaran los hombros de Anceo. Sus armas rozaban el ladrillo expuesto y avanzaban lentamente para no desportillar nada de su botín. Pasaron por el cubículo del esclavo a la derecha, iluminado por un par de lámparas de aceite, y giraron a la izquierda hacia un salón rectangular que daba a un pórtico. El lugar estaba bien elegido. Más allá de la delgada franja de arena fina, enmarcada por dos pilares gemelos, había una vista magnífica del mar. Habría sido imposible para cualquiera que mirara desde allí pasar por alto al *Argo* yendo a la deriva hacia la orilla.

Pijasiros estaba en ese momento vertiendo mijo en una jaula de mimbre suspendida del techo, donde había una pareja de pájaros exóticos, similares a los que habían visto en los muelles. El colorido plumaje y el alegre trino proporcionaban un agradable contraste con el gris del interior. Se había quitado el pañuelo de la cabeza, y ahora quedaba al descubierto un pelo ralo y gris, perlado de sudor.

–Bienvenidos, caballeros. Por favor, aceptad un refrigerio. –Se secó la frente e hizo una seña a los argonautas para que pasaran al pórtico donde se había dispuesto un trío de mesas de caballete–. Podéis dejar vuestras armas y vuestro equipo aquí. Estarán seguros.

Otro esclavo estaba en ese mismo momento sirviendo vino en copas de barro mientras espantaba las moscas que zumbaban alrededor de las bandejas de pan, queso, pescado y carne a la parrilla.

–¡No hay necesidad de apresurarse! Hay suficiente para todos –dijo Pijasiros, cuando todos dejaron caer su equipo sin contemplaciones y se

pusieron a comer como langostas. Sin embargo, cuando vio a Medea entrar en el salón, sus ojos se deslizaron hacia Jasón y luego hacia ella con sorpresa.

–Mi señora. ¿Os gustaría..., os gustaría comer y beber en privado? Hay una habitación adyacente que una vez tuvo una pila lustral y podría... Hay agua recién sacada, si queréis...

Sin esperar una respuesta, dio una palmada y el esclavo que los había acompañado desde el muelle le hizo un gesto para que lo siguiera. Los labios de Medea se abrieron brevemente en agradecimiento.

Pijasiros arrugó la nariz ante la desagradable ráfaga que la brisa terral trajo al interior. Habían transcurrido muchos años desde que había pasado una noche en el mar; más aún desde que había empuñado una espada con ira. Estos hombres estaban claramente hartos de ambas cosas en las últimas semanas. No esperaba ver a una mujer, pero, si era un botín de alguna costa lejana, la vigilaban con una notable ligereza.

Sus ojos inspeccionaron al hombre de hombros anchos, labios gruesos y rosados y barba hirsuta. El hacha que apoyaba contra el marco de una puerta parecía demasiado pesada para que cualquier hombre la levantara, y mucho más para que la blandiera. Otro hombre con ojos de poeta y mandíbula de boxeador, a pesar del cansancio en su rostro, exudaba poder y nobleza. Los dos más delgados, embadurnados de remolinos y símbolos, parecían unos crueles rateros. Pocas veces había visto un grupo de piratas tan dispar y desesperado. Hombres jóvenes, que apenas podían afeitarse, mezclados con guerreros envejecidos de rostro duro. Empezó a preguntarse si eran los adecuados para sus propósitos.

Pero entonces, bajo el cansancio, empezó a ver la cautela; la forma en que caminaban por el pórtico mientras se llenaban la boca, con los ojos puestos en el movimiento a través de la playa y la colina y de regreso a él, sospechando algún engaño. Era instintivo. Dudaba de que fueran conscientes de ello. Que habían estado viviendo codo a codo con la muerte y el peligro durante algún tiempo estaba fuera de toda duda, y ninguna cantidad de entrenamiento principesco dentro de la corte de un rey podría recrear ese tipo de experiencia.

Pijasiros esperó pacientemente a que Jasón comiera y bebiera antes de interrogarlo. Si tuviera tres oportunidades para identificar al capitán del barco, éste no sería a quien elegiría entre ninguno de ellos. Se creía un hábil juez de hombres, pero la piel tirante sobre los pómulos prominentes y los ojos azules intensos eran los rasgos de un presumido o, podría admitirlo, de un corredor.

–Bueno, ¿no tenía razón con lo de la uva cretense?

–Sí, la tenías.

Pijasiros miró a su esclavo y palmeó.

–Vamos, muchacho. Llena las copas. –El esclavo recuperó una jarra y sirvió las copas de los argonautas mientras él se llevaba a Jasón aparte–. Entonces, Jasón de Yolco, cuéntame sobre tu hogar, tu padre y cómo llegaste a Meganisi. No sois comerciantes, ¿verdad?

Jasón apretó la mandíbula y miró hacia otro lado.

–Creo que mi padre ha muerto. Mi hogar es Yolco.

Pijasiros se rascó la barba, pensativo.

–¿Crees que está muerto? Mi esposa falleció hace unos años, Jasón, en esta misma casa. Puede que lo hayas notado por la ausencia de alegría que hay entre estas paredes. Desapareció en el aire con ella, con su último aliento. Es palpable, ¿no? –Le dedicó una sonrisa triste–. ¡Pero no tengo ninguna duda sobre su muerte!

–No lo sé con seguridad. Estaba vivo cuando zarpamos, pero... –hizo un gesto con el brazo vagamente, abrumado por el cansancio–. No sé... Algo, algún sentimiento, me hizo pensar que ahora está muerto.

–Lo entiendo y lo siento. ¿Y qué haces aquí?

–Nada en concreto. Nos azotó una tormenta. Cuando salimos del estrecho, esperábamos cruzar con seguridad el archipiélago. El mar tenía otras ideas.

–¿El estrecho? ¿Qué demonios estabais haciendo allí si no comerciabais? ¿Acaso los teucros, los troyanos, no siguen controlando esas aguas?

A pesar del cansancio de Jasón, el conocimiento de su anfitrión latía con cierta relevancia, como un faro en un mar agitado.

–Sí, las controlan. ¿Has estado allí?

Sacudió la cabeza con firmeza.

–¡He viajado a muchos lugares y nunca me he sentido atraído por esa región! Debéis de ser valientes, aunque valientes que están pasando por momentos difíciles.

Jasón quería dar por terminada la entrevista. Captó las miradas interrogantes de Oileo desde el pórtico.

–Teníamos un asunto particular en un reino lejano y ahora hemos terminado con él, gracias a los dioses. Hemos perdido hombres, amigos que compartían todos nuestros problemas, y ahora, como dices, estamos muy mal. Te agradecemos tu hospitalidad, ciento y mil veces. Creo que has restaurado algo de nuestros ánimos, y estamos listos para nuestra partida. –Se tironeó del trapo que una vez había sido su túnica–. ¿Dónde podemos bañarnos, cambiarnos de ropa, llenar nuestras cestas antes de irnos? Debo regresar a Yolco mientras el mar todavía lo permita. Debo hacerlo. Ya te hemos agobiado bastante.

–Amigos míos, ¡ni siquiera habéis empezado a agobiarme! Por favor, no hay prisa. La brisa terral es tan poco útil para navegar como lo son los brazos y las mentes cansadas para remar, ¿no? –Jasón notó que el acento del hombre había flaqueado un poco. Tuvo la impresión de que lo había estado disimulando–. Todo lo que pediste se puede organizar desde aquí, aunque puede que nos lleve un día o dos.

Jasón miró a su alrededor con incertidumbre. La villa era bastante espaciosa, pero no para tres docenas de hombres y una mujer, y mucho menos si se agregaba el servicio de su anfitrión. Pijasiros leyó sus pensamientos y asintió con la cabeza mientras matizaba su afirmación.

–Por supuesto, aquí sólo tenemos dos baños. Arriba y la vieja pila aquí abajo, donde... donde tu dama ahora está haciendo sus abluciones. ¡Pero la Fortuna brilla para ti otra vez! Hay un manantial no muy lejos de aquí, y no nos falta lino fino en Amnisos. De hecho, sólo el palacio produce suficiente para casi toda la isla.

–¿El palacio? ¿Quién gobierna aquí?

Pijasiros parpadeó antes de hablar.

–Tenemos un rey, por supuesto, un hombre de... –Suspiró–. Pero basta de charla, por ahora. Puedo sentir tu fatiga. Hay diez habitaciones

sólo en este piso, seis arriba. Por favor: insufla algo de vida a esta vieja casa. Quédate por la noche al menos. Después de todo, no será fácil encontrar espacio para una tripulación así sin previo aviso, ¡ni siquiera para un nativo como yo! –Se inclinó y guiñó el ojo.

–Primero, como dices, tal vez los baños sean nuestra prioridad.

XIV

A tiro de piedra, el mar oscuro se agitaba contra la playa, silbando en retirada atemporal. Algunos de los argonautas ya estaban dormidos, acurrucados sobre las piedras del pórtico, con el estómago agradablemente lleno por primera vez en muchos días. El vino suave, el murmullo de una conversación tranquila y el suspiro de las olas habían hecho el resto.

El efecto de las túnicas frescas, negociadas al por mayor en el mercado de Amnisos, el baño, el lavado en agua cristalina de manantial y la comida caliente habían sido transformadores. Y ahora Medea estaba sentada sobre una zalea junto a Jasón, luciendo una estola que una vez había pertenecido a la esposa de Pijasiros. Le había susurrado que cualquier cosa era preferible a los trapos apestosos que llevaron durante tantos días.

Pijasiros dejó caer otro leño en cada uno de los braseros y regresó a su taburete, donde se puso una manta sobre los hombros.

–Para volver a la pregunta, joven, nunca he vivido en tierra firme. Pero el rey justo de unos es el tirano de otros. –Acasto estaba a punto de discrepar, pero se dio cuenta de que varias personas lo miraban fijamente. Sintió que se le enrojecían las mejillas–. Pero añadiré esto: no creo que siempre haya sido así en Meganisi. Es una tierra muy antigua con una historia orgullosa. Algunos dicen que el propio Tonante se puso celoso de su riqueza y su dominio sobre el archipiélago. Dicen que ordenó a su hermano, el Agitador de la Tierra, que la arrasara y lo hizo, más de una vez. Mira a tu alrededor: hay evidencia de fuego y

devastación, pero nada de esto ha sido causado por las manos de ningún hombre.

–¿Y a ti? –preguntó Jasón–. ¿Te gustaría volver a aquellos días?

Pijasiros lo evaluó con la mirada: el chico entendía enseguida. Desestimó la pregunta con un gesto.

–Quiero que vuelva la justicia, Jasón. No importa a manos de quién.

El comentario quedó flotando en el aire durante unos instantes.

–¿Qué injusticia has experimentado, anciano? –Oileo ignoró el entrecejo fruncido de Jasón y miró a su alrededor–. Te va bien, ¿no?

Los ojos de Pijasiros se endurecieron tanto como su acento.

–Comparado con muchos, sí. Pero este Minos es diferente, aunque algunos dicen que fue su padre quien lo inició todo. –Oileo y Jasón intercambiaron una mirada: el rostro de Pijasiros estaba retorcido por la amargura–. Un... ¿Cómo lo llamarías? Un oportunista desvergonzado: sí, ésa es la palabra. La destrucción de tantas ciudades, la pérdida de tanta vida... Una oportunidad para enriquecerse, para absorber poder, para eliminar el culto a las antiguas deidades. Para enumerar cada cabeza de oveja, cada onza de cobre, cada grano de cebada con el que nos desangra. ¡Sus escribas son parásitos! Infestan el palacio como piojos: un palacio que antaño fue un faro de gobierno justo en todos los archipiélagos. Y ahora incluso desalientan el uso de nuestro... ¡No, dilo bien, castiga el uso de nuestro idioma! ¡Un ultraje! ¡Qué arrogancia tan escandalosa!

La voz alzada de Pijasiros había hecho que uno o dos argonautas se despertaran de su sueño confundidos y buscaran sus armas. Jasón captó la mirada penetrante entre él y su esclavo y el pasaje de una advertencia silenciosa. Oileo también la había visto.

–Tú y este sirviente tuyo, ese tipo astuto de ahí... Tu sangre y la de este rey, este Minos, no es la misma. ¿Estoy en lo cierto?

Pijasiros respiró profundamente, consciente de la mirada de desaprobación de su esclavo.

–Tienes razón, por supuesto. –Sonrió y sacudió la cabeza ante su propio arrebato–. Perdonadme. Mis problemas y los de esta isla no son asunto vuestro. Diré sólo una cosa y luego las leyes de la hospitalidad

ordenan que debemos considerar esta conversación en particular cerrada. Rezo para que los vientos sean favorables para ti y tus hombres, Jasón, para que todos puedan regresar a casa. Pero ten cuidado mientras estés aquí: mantén a tus hombres cerca y evita cualquier enfrentamiento. De esa manera no atraerás las miradas del palacio. Y sus oídos. No sé qué pensaría Minos de una tripulación como la tuya.

Jasón recordó la llegada del *Argo*, aquel mismo día. Los habían recibido bastante bien, tanto como cualquier sucio forastero armado podría esperar ser recibido. El chapoteo de las olas atravesaba el crepúsculo y la noche estaba tranquila. Levantó la palma de la mano y sintió el calor de la propia mano de Medea agarrándola.

–Todo saldrá bien, pero gracias por el consejo. Y por todo lo que has hecho.

Pijasiros inclinó la cabeza hacia un lado y miró por encima del hombro a su esclavo. Su voz sonó curiosamente desanimada.

–De nada.

* * *

Jasón se despertó sobresaltado. En el otro catre, las rodillas de Medea estaban dobladas hacia el pecho, con la espalda en ángulo, lo que le impedía ver su rostro. Estaba inmóvil como una estatua.

Escuchó atentamente, pero no pudo oír nada más allá del susurro del mar. Miró hacia las lámparas de aceite en la repisa debajo del fresco agrietado que representaba lirios y papiros. El sirviente de Pijasiros las había llenado antes de mostrarles el piso de arriba, pero ahora ardían débilmente. Habían estado durmiendo un tiempo que les pareció demasiado.

–¿Qué fue...?

Se volvió hacia él.

–¡Shhh!

En la penumbra, su perfil lo fascinó. Las líneas de la barbilla, de sus labios, eran sutilmente diferentes a las de las mujeres aqueas. Un poco

menos severas, tal vez. El más mínimo indicio de desaprobación le hacía dibujar un mohín, advirtió, aunque no era ninguna princesa malcriada.

–¿Has oído voces?

Jasón asintió.

–Gente hablando rápido pero en voz baja.

–Lo mismo.

Se quedaron en silencio. Jasón se acercó a la ventana y empujó las contraventanas a un lado. El crujido podría haber despertado a los muertos. Ignoró el reniego de Medea. Lo ignoró porque, a pesar de la oscuridad ambiental, estaba seguro de haber visto una sombra alejándose de la pared de enfrente.

XV

Los argonautas estaban desayunando con coscurros en el pequeño patio que había más allá del pórtico cuando oyeron los golpes en la puerta. Se quedaron paralizados por un momento y luego se apresuraron a buscar sus armas en el pasillo.

Era demasiado tarde.

Los hombres armados ya habían rodeado la villa mientras otros avanzaban a grandes zancadas por el pasillo.

–¡Soltadlas! ¡Soltadlas ahora!

La orden vino de uno de los hombres que entraba por la retaguardia. Llevaba un casco antiguo con colmillos de jabalí y una coraza de bronce, aunque los demás vestían gambesones de lino. Todos llevaban escudos altos y lanzas, excepto el soldado raso, que ahora les apuntaba con una espada de bronce y la sacudía con insistencia apuntando al suelo. Los argonautas estaban en inferioridad numérica y sólo unos pocos habían llegado a tiempo a las armas. Se quedaron clavados en el sitio y la mayoría de las miradas se volvieron hacia Jasón. Tragó saliva y sacudió la cabeza al cabo de unos momentos. Pijasiros se apresuró a entrar en la habitación, abriéndose paso entre los guerreros que abarrotaban su sala, con el rostro enrojecido.

–¿Qué es este ultraje? ¡Fuera! ¡Fuera, todos! Estos hombres son mis huéspedes: viola las leyes de la hospit...

–¡Basta! –El soldado irguió los hombros. Estaba bien afeitado y su rostro joven contrastaba con el grueso cuello. Parecía engrandecido, rebosante de energía–. Basta, anciano. No os haremos daño si no

intentáis nada atrevido. Estamos aquí para escoltaros hasta el palacio. A Minos le gustaría conoceros.

–Y a nosotros nos gustaría irnos. Estábamos a punto de dirigirnos a nuestro barco.

El capitán miró a Jasón de arriba abajo.

–Tu barco está incautado.

Jasón tenía el corazón en un puño. Quería gritar de frustración. Se había levantado un leve viento del sur, que ofrecía una posibilidad de zarpar. Una ventana fugaz, además, según Pijasiros. Miró fijamente al capitán, reprimiendo con fuerza el impulso de lanzarle un puñetazo. Medea apareció a su lado y el rostro del capitán se suavizó. Se volvió hacia sus hombres con una ceja levantada y hubo gruñidos lascivos. Dio un paso hacia el capitán, ladeando la cabeza de un lado a otro como si lo estuviera examinando. Lo sorprendía y estaba claro que lo inquietaba, a pesar de su mueca de burla. Medea cerró los ojos y susurró un encantamiento. Cuando terminó, abrió los ojos de golpe y soltó una maldición hacia el soldado con un pequeño soplo de aire. Él se estremeció.

–Iremos. Y si no cumples tu palabra, morirás con dolor. Te lo prometo. –Pasó a grandes zancadas a su lado, para luego detenerse y mirarlo, de guerrero a guerrero–. ¿Y bien? ¿A qué esperáis, conejos?

El capitán hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta y pasó junto a ella rozándola con el hombro.

–¡Lo siento, Jasón! –dijo Pijasiros, con gesto suplicante–. Te juro que nunca quise que esto sucediera. Cuidaré de vuestras armas, te lo juro.

«Los vellones». En su cegadora frustración por no poder salir de la isla, se había olvidado de ellos por un momento. Se encogió de hombros al ser empujado y miró a Pijasiros con fiereza.

–Mi fardo. No lo abras. ¡No lo mires! –dijo entre dientes. Los ojos de Pijasiros se volvieron hacia él–. Es valioso para mí y sólo para mí. El sudario de mi padre. Prométeme que lo esconderás hasta que regresemos. ¡Prométemelo!

Jasón podía ver la confusión en su rostro. Un fardo muy caro para un simple sudario, parecía estar pensando. Era una excusa patética, lo supo

tan pronto como lo dijo, pero no esperaba aquella situación. A Jasón se le pasó por la cabeza que tal vez sólo había llamado más la atención sobre el asunto cuando hubiera sido mejor no decir nada.

–Lo haré. Por mi vida.

–¡Marchando!

Jasón miró con enojo al hombre que lo pinchaba con su lanza, y lanzó una mirada más a su anfitrión antes de que lo escoltaran.

–¿Adónde vamos? –preguntó una vez que todos estuvieron fuera, mientras los conducían por el sendero que pasaba frente al emporio. Por segunda vez en dos días, los argonautas fueron objeto de escrutinio y especulaciones animadas.

–Al palacio, a unos estadios de aquí –respondió el capitán, sin mirarlo.

Pasaron por delante del *Argo*, que se balanceaba obedientemente en su anclaje. Había otros dos guardias armados en el muelle, observándolos mientras pasaban. No osaba pensar en lo que podría haber sucedido con los vellones en caso de mantenerlos a bordo, pero su seguridad tampoco estaba garantizada donde habían quedado ahora. Algo en Pijasiros le inquietaba. No podía precisar qué. La naturaleza fortuita de su saludo el día anterior. O tal vez su actitud, o la villa en sí y la forma en que parecía esconderse en el espolón rocoso como si buscara ocultarse.

–¿Así es como tu rey saluda a todos los forasteros, haciéndolos marchar a punta de lanza? ¿O es esto lo que pasa por hospitalidad en esta isla? –El capitán lo ignoró; dio la impresión de no escucharlo siquiera. Era inútil, pero irritarlo, introducir algún artificio de duda o amenaza, era lo único que Jasón podía pensar en hacer. Miró hacia atrás para ver a Medea, cuyos ojos podía sentir clavados en la espalda–. Tiene razón, ya sabes.

Por un momento, el capitán no dijo nada, aunque Jasón podía notar que había llamado la atención de los guardias.

–¿Sobre qué? –preguntó con cansancio.

–Morirás con dolor. Si rompes tu palabra.

Jasón vio que la mandíbula del joven se tensaba un poco. Bajó la voz y caminó junto a él.

–Todos lo hemos visto; todos nosotros, estas últimas semanas. Ella daña desde lejos. Mírala. ¡Vamos, mira!

El capitán no pudo evitarlo y sus ojos atravesaron a Jasón mientras regresaban al camino que tenían por delante.

–Se identifica con Hécate. Es su sacerdotisa sagrada.

El capitán escupió a la calle.

–Eres patético.

* * *

El camino se apartó del mar y comenzó a ascender. El sol, oculto sólo por tenues nubes, comenzó a calentar el aire, aunque carecía del entusiasmo de un día de pleno verano. Los olivares plateados se volvían más abundantes a ambos lados del camino y, más allá de ellos, a la izquierda, vio una cresta defendible. Jasón retrocedió hasta Oileo y Meleagro.

–No me gusta esto. Si quisieran acabar con nosotros, este sería el lugar perfecto.

Ambos miraron fijamente a los guardias que marchaban a ambos lados de ellos. Oileo negó con la cabeza.

–No, no lo creo.

El camino atravesaba un desfiladero y luego llegaba a una amplia avenida, donde los árboles se apartaban para revelar una vista extraordinaria: filas de casas de comerciantes que antaño eran grandiosas pero que ahora estaban en mal estado. Las paredes de algunas parecían haber sido aplastadas por la gran mano de un cíclope y nadie se había molestado o atrevido en restaurarlas. Entre las ruinas, algunas habían sido reconstruidas y todavía estaban revestidas de yeso y de cal más o menos fresco. El camino estaba pavimentado, pero la maleza asomaba por algunas de las grietas. A tiro de piedra, a la izquierda, pasaron por enormes fosas circulares que alguna vez debieron contener grano o aceite, pero que ahora estaban ahogadas por fragmentos de cerámica y desechos. Al final del camino había dos amplios tramos de escalones, rematados con un pavimento irregular.

Los argonautas habían estado hablando entre ellos al acercarse, pero ahora se sumieron en un silencio sobrecogido. El edificio que tenían ante ellos, que se alzaba en majestuosas gradas, parecía haber sido creado en tiempos inmemoriales por la antigua ladera en la que se extendía y que, en ese mismo momento, estaba siendo reclamado por la Madre Tierra. En lo alto de muchos de los tejados, grabados con nitidez contra el azul del cielo cretense, se alzaban hacia el cielo cuernos de toro tallados en piedra. Había muchos huecos entre ellos, tan visibles como dientes faltantes.

Y luego otra maravilla, que los miraba brillando a la luz del sol desnudo: en la entrada del palacio, en lo alto de una amplia escalera, se alzaba una estatua de bronce agachada sobre un pedestal con una lanza clavada en el suelo. Las únicas estatuas de este tipo que habían visto fundidas en bronce eran unas toscas figurillas que apenas llegaban a la altura de las espinillas. Este gigante se alzaba sobre el acceso al palacio como un titán. Estaba de cara a la costa, pero tenía la cabeza inclinada hacia un lado, alerta a las intrigas de los recién llegados.

–¡Parece Heracles! –susurró Butes.

Jasón tuvo que darle la razón. Cuando estuvo a su altura, apenas resistió el impulso de extender la mano y tocarlo. El escultor, quienquiera que fuese, había conseguido la imagen más realista de un guerrero jamás vista antes por el guerrero. La piel era perfecta, la musculatura impecable. Incluso los pliegues de la ajustada falda de lino y los mechones de la barba habían sido resaltados con todo detalle. Ningún argonauta pasó por debajo del pedestal sin mirarlo con pasmo.

* * *

Los guardias subieron rápidamente los escalones, disfrutando del efecto que la vista tenía sobre los desprevenidos forasteros, y los llevaron por un corredor pintado con imágenes de una procesión que se habían atenuado hasta adquirir tonos casi espectrales. Una vez que la impresión inicial del extenso palacio se desvaneció, hubo más signos del paso del tiempo. En una magnífica terraza aquí y en un pórtico allá,

cipreses, matorrales y malezas habían comenzado a oscurecer las piedras. Era más una ciudad en ruinas que un palacio, pero su vasta grandeza trascendía el destino de los muros. Una vez superada la entrada, los argonautas se internaron en una serie de pórticos entre gruesos pilares de troncos de árboles invertidos, pintados en rojos y negros descoloridos y desconchados.

Por todas partes había jarras de arcilla de todos los tamaños y formas. Algunas eran tan antiguas que los colores de sus bandas onduladas, antaño intensos, exponían la terracota original. La luz del sol irrumpió sobre los argonautas en los pozos de luz que iluminaban los frescos eternos de hombres con faldones y mujeres deslumbrantes, cuyo encanto permanecía intacto a pesar de los estragos del tiempo, el fuego y la destrucción, o quizás incluso a causa de ellos.

En un momento dado, salieron a un gran patio rodeado de muros desmoronados, más escalones y pórticos. Los trabajadores estaban montando bancos provisionales y un toldo en el centro. Pasaron por una antecámara ricamente pintada hacia una sala del trono, en la que se estaba celebrando una ceremonia. Los ojos oscuros y felinos miraron sin interés a los argonautas. Luego se sumergieron en más sombras y cámaras más frescas, pasando por escaleras que parecían serpentear hacia la misma roca de la colina.

–¿Tienes la sensación de que estamos dando vueltas en círculos? –dijo Idas, volviéndose hacia Butes. Un guardia lo escuchó y le sonrió–. ¿Qué estás mirando, guapito?

El guardia se paró en seco y parecía dispuesto a golpearlo con el cabo de la lanza, pero una voz enojada lo hizo moverse a un lado.

–Muévete. ¡Quítate del camino!

Una figura joven y robusta se acercó a toda velocidad por el pasillo. Atravesó las barras de luz y sombras con los puños apretados, pasó junto a Jasón y el capitán, que se hizo a un lado sin mirar atrás. Detrás de él iba una chica más joven, cuyo vestido azul arrastraba por las losas. Tenía ojos grandes y oscuros y un cabello castaño rebelde, atado con un pañuelo. Jasón tuvo la impresión de que lo había percibido sin volverse hacia él. Dejó un leve rastro de incienso y aceites perfumados a su paso.

La siguió con la mirada, pero vio el rostro desaprobador de Medea y se dio la vuelta.

La columna de hombres se detuvo.

El guardia frunció el ceño.

–¿Qué está pasando ahí atrás?

Jasón miró a su alrededor. El chico se había detenido frente a alguien a la sombra de un pilar, Idas o Teseo, y lo estaba mirando fijamente. Había algo tan extraño en su actitud como en su apariencia. Aquel rostro joven y desproporcionado se asentaba sobre un cuello grueso y unos hombros caídos. Jasón tuvo un fugaz recuerdo de un joven simplón en el monte Pelión. Los pastores lo llamaban «tocado por dios» y la gente era tan brusca como protectora con él, nadie tanto como el propio Jasón. Recordó al chico balanceándose hacia delante y atrás, gesticulando salvajemente, a veces gritando. La presencia de Jasón lo calmaba la mayor parte del tiempo.

El chico ahora dibujó unos cuernos con los índices, a la vez que los sujetaba contra sus sienes y resoplaba como un toro. Vio a Teseo fruncir el ceño y volverse hacia Idas, quien se rio de él. El chico, al percibir la burla, se agachó y se lanzó de cabeza contra el vientre de Teseo, empujándolo contra la pared que tenía detrás, lo que lo hizo jadear de dolor. Los otros argonautas se quedaron atrás, desconcertados ante semejante actitud, y sin saber si implicarse o no.

–¡Asterión! ¡No! –La chica tiró de los hombros del muchacho–. ¡Asterión!

Teseo luchó por liberarse, pero era evidente que el chico le estaba aplastando los pulmones.

–¡Quítate de encima, muchacho! –susurró Idas con los dientes apretados. Miró con enojo al guardia más cercano, que se encogió de hombros y apartó la vista hacia otro lado. Fue Jasón quien tomó cartas en el asunto.

–¡Dije que te quitaras de encima, imbécil!

Idas lo agarró por el otro hombro, pero ni él ni la joven pudieron moverlo. Sus pies arañaban las losas y resoplaba de ira. Cuando los ojos de Teseo comenzaron a salirse de sus órbitas, Idas dio un paso atrás y

clavó su rodilla en el costado del muchacho, haciéndolo tambalearse hacia un lado y liberando a Teseo, que se desplomó en el suelo, resoplando en busca de aire como un pez varado.

Entonces, el chico volvió su mirada siniestra hacia Idas, mientras se agachaba una vez más. El capitán se movió por el pasillo.

–¿Qué está haciendo fuera ahora? –Aunque la pregunta iba dirigida a la chica, Jasón notó que no la miraba– ¡Llevadlo abajo! –Chasqueó los dedos hacia los guardias más cercanos–. ¡Ahora!

Los guardias respondieron y lo rodearon justo cuando ya se abalanzaba de nuevo. El chico luchó con furia, como si le fuera la vida en ello. Consiguió apartar a los primeros dos y fueron necesarios otros cinco para obligarlo a caer al suelo. Y ni con eso dejó de gritar de manera lastimera.

–¡No tan fuerte! –gritó la joven–. No sabe lo que está haciendo. ¡Por favor!

Los gritos del muchacho habían atraído a una pequeña multitud de trabajadores desde el patio. La mayoría eran jovencitas de mirada vivaz que llevaban faldas de colores y adolescentes con torsos bronceados y cabello tan oscuro como la noche. Algunos ancianos de barba blanca movieron la cabeza en señal de desaprobación, pero ninguno parecía particularmente sorprendido. Jasón se volvió hacia la chica del vestido azul.

–¿Quién es?

Ella inhaló y se tocó los ojos con el dorso de su delicada muñeca, a la vez que alisaba su falda. Por fin, el joven fue contenido. Se marchó por la escalera más cercana, a través de una brizna de luz solar, hacia la oscura inmensidad de los sótanos del palacio. Sólo entonces la dama se volvió hacia el rostro interrogativo de Jasón.

–Mi hermano –susurró.

Teseo se había puesto de pie, con la mandíbula temblando por la sorpresa, el dolor y la ira. La chica estaba a punto de irse también, pero antes sus miradas se cruzaron por un momento, lo que provocó que el rostro de Teseo se suavizara.

–Lo siento –dijo, y se apresuró a recorrer el pasillo.

* * *

El capitán los condujo por una serie de escalones hasta un amplio rellano, decorado con escudos de piel de buey en forma de ocho y lanzas cruzadas. Pasaron por unos soportes piramidales en los que había ranuras para hachas dobles. Anceo se detuvo al lado de una para pasar los dedos por la hoja.

–Me están empezando a gustar estos bárbaros –murmuró.

Por fin, se detuvieron en un pasillo amplio y fresco, iluminado por un tragaluz unos metros más abajo, frente al cual había una habitación de la que provenía el tenue murmullo de una conversación. Un guerrero con faldón entró en el pasillo, armado de una espada. Mantuvo una breve conversación con el capitán de la guardia y sus ojos pasaron por los argonautas. Jasón no pudo evitar mirar el elaborado tocado cilíndrico.

–Esperaréis aquí o, si lo preferís, os llevaremos de vuelta al patio de arriba. Están preparando refrescos para vosotros –anunció–. Podéis pasar a la habitación de al lado o al patio. Tú –dijo, señalando a Jasón–. Serás quien hable con el rey, junto a cinco compañeros. No más. De esa manera, los mensajes no se confundirán al transmitirlos.

Se hizo a un lado, sin dejar apenas tiempo a Jasón para hacer su selección.

–Oileo, Meleagro, Anceo, Idas. Y Medea.

Observó la ceja levantada de Idas. No podía recordar quién le había dicho una vez que mantuviera a sus enemigos cerca, pero prefería tenerlo con él que conspirando a sus espaldas. Además, eso halagaría el ego de Idas.

Los otros argonautas se alejaron en silencio, cubiertos de sudor. Los cinco respiraron profundamente y entraron en la habitación. Cualquiera de las dos figuras que vieron era suficiente para captar y mantener la atención de un hombre de inmediato, pero fue la presencia de una en particular lo que les heló la sangre.

Desde la derecha, la luz inundaba la espaciosa habitación como si cayera por una cascada. En el extremo más alejado había una galería,

marcada por tres columnas rojas bajas y bordeada de flores. A la izquierda, flanqueado por un par de hachas dobles y frescos descoloridos de grifos, estaba sentado el rey Minos, con las manos en las rodillas. Tenía una barba incipiente de color gris acero y una mandíbula ancha que alargaba sus labios, finos y rectos. El cabello brillaba, oscuro y ondulado, justo por debajo de los hombros. Aunque había carne de sobra por encima de la cintura, tenía un pecho ancho y poderoso. Sus ojos pasaron por encima de Jasón y sus compañeros como si estuviera comprobando si llevaban armas.

Pero no era Minos quien les llamaba la atención. Apoyado en su lanza, con sólo un faldón ajustado, poco más que un taparrabos, estaba la misma estatua que habían visto al entrar. Aparte de su barba prominente, no tenía ni un pelo. Su piel brillaba como si acabara de hacer ejercicio, bañarse y untarse de aceite. Se estiró un poco más, haciendo que las capas de músculo nervado ondularan por el torso. Miró a los argonautas con un rostro curiosamente inexpresivo. Los visitantes de la cámara del rey no lo impresionaban ni le interesaban. Simplemente estaban allí, como los pilares de piedra que sostenían el alto techo.

–¡Hemera! –murmuró Idas–. ¡Aquí hay brujería!

Los delgados labios de Minos se tensaron ante el comentario. Asintió con la cabeza al capitán, que hizo una reverencia y dio un paso atrás.

–¿Brujería?

Jasón apartó la mirada del titán y se volvió hacia el rey.

–Se refiere a la estatua: a él.

–Ah. No sería el primero en decirlo. Simplemente un escultor realizó una estatua a semejanza de Talos. –La voz lenta y rica de Minos retumbó con gravedad–. Talos es mi guardaespaldas. Una vez fue un miserable niño de la calle, ¿te lo puedes creer? Todo piel y huesos. Su talento para la lucha superaba al que tenía para el robo, así que lo perdoné y lo crie yo mismo, más o menos. Es la esencia de la lealtad.

Los argonautas contemplaron a Talos, que simplemente frunció los labios ante la mención de su nombre. Minos golpeó con el dedo el brazo del trono, ahora muy serio.

–Perdonaréis mi brevedad, pero estamos en tiempos muy ajetreados. ¿Por qué habéis navegado hasta Meganisi?

–No lo hemos hecho –dijo Jasón–. Una tormenta nos trajo hasta aquí. De no ser por ello, estaríamos de camino a casa. El viento cambió esta mañana.

–¿De dónde venís?

–Del mar Inhóspito. Teníamos asuntos con un rey allí. Lo arreglamos y necesito volver antes de que los mares se vuelvan demasiado peligrosos.

Minos enarcó una ceja.

–¿Asuntos relacionados con el destronamiento de un rey?

Esto sorprendió a Jasón.

–No, no allí. Eso ocurrirá en Yolco, si los dioses quieren. El trono es mío por derecho.

–¿Y el botín que tenías en tu barco? –Miró a Medea–. ¿Pillaje?

–Es legítimo. Tengo una tripulación a la que satisfacer. Yo...

Minos resopló.

–No podría estar menos interesado en tus bolsas de metal. Mira a tu alrededor. No queremos eso. –Se pasó la lengua por debajo del labio superior como si estuviera intentando sacar la comida atrapada en sus dientes, sin apartar la mirada del rostro de Jasón–. Me interesan tus intenciones, Jasón de Tesalia.

Jasón miró a Oileus. Su mirada traicionaba el mismo pensamiento. ¿Cómo sabía tanto sobre ellos?

–La respuesta a tu pregunta, Jasón, es Pijasiros.

–Supe que era una serpiente tan pronto como lo vi –bufó Idas.

Jasón levantó una mano en advertencia.

–¿Pijasiros? ¿Te dijo todo esto?

–Oh, no. El hombre me desprecia, pero no es el guardián de los secretos que le complace pensar que es.

–Pero ¿qué tiene que ver con esto? Nos ofreció comida y refugio.

Minos se rio entre dientes.

–¿De verdad crees que es tan honorable? ¡Si lo tolero es sólo porque lo compadezco!

–No hizo nada deshonroso. No nos hizo marchar a ningún lado a punta de espada.

–Tampoco hay nada deshonroso en proteger tu reino y a la gente que lo habita. Pijasiros vive en el pasado, cuando su gente dominaba aquí, hace generaciones. El Agitador de la Tierra terminó con eso.

–Entonces, ¿por qué le tienes lástima?

–¡Oh, vamos! ¡Entiéndelo, Jasón! Podría haber caminado por estos patios y corredores si las Parcas lo hubieran ordenado, como sus antepasados, y eso lo amarga. Pero ésa no es la razón principal. Has visto esa casa destartalada en la que se tambalea. La muerte de su esposa lo dejó destrozado, con nada más que recuerdos y conspiraciones para ocupar su mente. –Levantó las manos y las dejó caer sobre los apoyabrazos del trono–. Sólo me sorprende que aún no te haya pedido que le devuelvas su hospitalidad con un favor.

–¿Qué clase de favor?

–Matarme.

Jasón frunció el ceño y miró a los otros argonautas. Sus rostros reflejaban su propia confusión.

–No, no lo creo. E incluso si lo hiciera, nos habríamos negado, por supuesto. Ya te lo he dicho: sólo queremos volver a casa.

–Si hubiera querido evitarlo –dijo, inclinando la cabeza hacia el gigante que guardaba la guardia–, Talos habría agujereado tu barco con una roca, como ya ha hecho con muchos otros barcos piratas.

Jasón no lo dudaba. Miró al guardia, pero éste simplemente parpadeó con lentitud y lo miró directamente.

–Entonces nos permitirás irnos.

La mirada de Minos era firme y desconcertante.

–¡Por supuesto que no! Sólo tenéis que veros. Sois criaturas marinas demacradas, que apenas visten sacos de lino. ¡Ningún hombre en mi posición permitiría que unos viajeros que han sufrido tanto se fueran en ese estado! Y en cuanto a la dama aquí presente... Bueno, seguramente debe ser una reina y será recibida como tal. –Hizo una seña al capitán de la guardia–. No quiero saber nada de eso. Podemos acomodaros y alimentaros a todos. Hay baños en el patio norte y se os traerá ropa.

Quedaos con esos sacos si es necesario, pero podemos encontraros túnicas que realmente os vayan bien. Estamos en medio de un festival. Talos aquí desempeñará un papel central esta noche y vosotros seréis mis invitados. Y ahora... –Se levantó bruscamente–. Como dije, tengo asuntos que atender. Os dejo en sus buenas manos.

Antes de que Jasón pudiera objetar nada, Minos ya estaba a medio camino hacia la terraza, con Talos unos pasos detrás de él, caminando con rigidez, como si sus músculos no le permitieran acercar los brazos a los costados. Jasón lo vio alejarse, con el corazón apesadumbrado y la mente cansada llena de recelo.

XVI

El sol se estaba poniendo cuando el último de los argonautas salió del cuarto de baño y se adentró en el calor de la tarde. Tenían a su disposición una serie de habitaciones que ofrecían una hermosa vista del valle del río a unos cientos de pérticas de distancia. Jasón estaba apoyado en una balaustrada de piedra en un extremo de una pequeña área común, pero no podía encontrar placer en la vista.

–Un truco de magia barato –insistió Idas, que estaba detrás de él–. ¡Cualquiera podría montar algo así, si tuviera tiempo!

–Lo habríamos visto moverse, respirar –dijo Teseo, que había cortado una sección delgada de madera de olivo y estaba sentado con las piernas cruzadas, tallando la punta de una lanza–. Imposible.

–Estoy de acuerdo con Alegre –gruñó Telamón–. Imposible.

Los ojos oscuros de Orfeo habían estado siguiendo la conversación como si estuvieran viendo una pelota siendo lanzada de un lado a otro. Y ahora la atrapó.

–Todos vimos una estatua cuando entramos y por eso aceptamos que era una estatua. Parecía una, se comportaba como una. –Los argonautas se giraron hacia él sorprendidos. En las pocas ocasiones en que se atrevía a hablar, siempre tenía toda la atención, aunque sólo fuera por curiosidad–. Si hubiéramos buscado al humano, podríamos haberlo visto. Pero, por supuesto, no lo vimos. No teníamos ninguna razón para hacerlo.

Idas le dedicó a Orfeo su sonrisa de chacal y lo señaló.

–¡Ahí lo ves! Lo que yo decía. El niño es un prodigio.

El tema cambió al festival y Oileo se unió a Jasón, frotándose la barbilla recién afeitada.

–Tenía razón, ¿sabes?

Jasón lo miró y volvió a perderse en la lejanía.

–¿A qué te refieres?

–Esta ropa. –Oileo se tironeó de la túnica a la altura del pecho–. ¡No me sentía tan limpio desde... desde Lemnos!

Al ver que Jasón no respondía, estiró la espalda, que hizo un chasquido y le provocó una mueca de dolor.

–¿En qué estás pensando?

Jasón tocó la pared con la uña del pulgar.

–Ese guardia de ahí abajo, que finge no estar escuchando, y aquel otro de allí, con las dos espadas. Su trabajo es el de mantenernos aquí dentro, no el de mantener a raya a los invasores.

–¡Y yo me lo beberé todo hasta secarlos, como una sanguijuela!

Una oleada de risas saludó la voz áspera de Telamón. Oileo arrugó la frente.

–Son sólo guardias, Jasón. Estarían allí incluso sin nuestra presencia. ¡Vamos, hombre! No estropees la diversión que está a punto de comenzar. Tal vez incluso podamos bailar con algunas de las fulanas que hemos visto. Son...

Oyó pasos ligeros detrás de él y se dio la vuelta. Una mujer alta, con una cinta de lino al pelo y faldas de capas brillantes, había entrado en el pórtico. Sus ojos inteligentes miraron a Oileo de arriba abajo con reproche.

–He venido por la señora.

Los argonautas se habían quedado en silencio en las sombras del anochecer y ahora uno de ellos silbó débilmente. El ceño de la mujer se profundizó, pero no se dio la vuelta.

–Estoy aquí.

Medea apareció desde una pequeña cámara que habían despejado para ella.

–Por favor, sígueme.

La capacidad de Medea para disimular la sorpresa o la ansiedad no había disminuido. En cualquier caso, siguió a la mujer hacia las sombras de los pasillos del palacio.

* * *

Medea y la mujer caminaron por el lado oeste del patio, que se estaba preparando para el festival. Se habían dispuesto bancos alrededor del perímetro y el personal del palacio estaba armando un altar temporal con ladrillos y piedras apiladas en un rincón. Medea pasó junto a una mujer con espesos bucles de cabello, que sudaba mientras trabajaba. Estiró la espalda y puso las manos en las caderas, apartando un poco de cabello de la comisura de su boca, mirándola abiertamente. La forma en que las sombras de la tarde caían sobre su rostro la hacía lucir muy hermosa. A ninguna mujer corriente de la Cólquida se le habrían permitido tales libertades.

A mitad del patio, la escolta de Medea descendió unos escalones y atravesó la antesala hasta una cámara con un trono apoyado contra una pared, flanqueado por grifos gemelos que yacían entre palmeras y papiros. Un pequeño fuego ardía delante del trono mientras que, a la izquierda, detrás de un muro bajo, había una pila lustral. De ella emergía una muchacha con aspecto de ninfa con el pelo castaño atado para evitar que se mojara, lo cual dejaba al descubierto un cuello esbelto. Cuando Medea se acercó, la miró brevemente antes de que dos jóvenes asistentes la envolvieran en una toalla y la llevaran a una pequeña habitación más allá. Sus delicados pies dejaron marcas húmedas en las piedras. Medea tardó un momento en darse cuenta de que ya la había visto antes, ese mismo día. Era la joven que caminaba detrás del extraño muchacho que atacó a Teseo.

–La sacerdotisa os pide que esperéis aquí. Le gustaría hablar contigo en unos momentos. ¿Te apetece un refrigerio?

Medea sacudió la cabeza negativamente. La muchacha inclinó la cabeza y salió por la antesala.

–¿Por qué no tomas asiento? –dijo una voz melodiosa desde la habitación de al lado–. Aunque no ése.

Medea se sentó al final del banco de piedra, junto al trono. Se arregló la falda por debajo de las rodillas y miró alrededor de la habitación. En el ardiente crepúsculo de la cámara, ahora podía ver que las bandas decorativas de color castaño rojizo se habían desvanecido y agrietado en varios lugares. El sol que salía por el este expondría los defectos de la habitación cada mañana.

Escuchó que se daban instrucciones en voz baja y el suave tintineo del equipo cosmético en una bandeja. Unos instantes después, la joven salió de la habitación. Medea, sorprendida por la transformación, la observó deslizarse hacia el trono. Se había convertido en una joven diosa. Sobre el cabello llevaba una diadema de plata de dos bandas. Una túnica larga con franjas verticales en zigzag azules y amarillas llegaba hasta el suelo, debajo de la cual caía una falda con volantes, bordada con rosetas doradas. Sus ojos estaban delineados con kohol espeso, con una pronunciada línea ascendente en la comisura exterior. Expuestos por el ajustado corpiño, los pezones respingones habían sido recubiertos con pintura dorada. Para Medea, sin embargo, la fachada de majestuoso autocontrol era frágil. Una de las asistentes de la sacerdotisa le secó la frente y retrocedió un paso para observar el efecto general antes de colocarle un nudo sacro en el escote del corpiño.

Aparentemente satisfechas, sus asistentes inclinaron la cabeza y las dejaron solas. Medea creyó oír un leve suspiro escapar de los labios pintados de la muchacha, pero por lo demás estaba silenciosa y pensativa. Cuando finalmente habló, fue poco más que un susurro.

–¿Qué piensas de nuestra isla?

Medea la miró de reojo, pero ella estaba contemplando fijamente las llamas.

–Lo mismo que tú.

Se quedó en silencio unos momentos.

–¿Es tan obvio?

–Para mí, sí. Para los demás... No, no lo creo.

–Llevas tu cautiverio como una túnica de seda. ¿Cómo llegaste a estar con esos hombres?

–¿Dije que me capturaron? ¿Alguien lo dijo?

La chica frunció el entrecejo mientras miraba a Medea.

–Responde a mi segunda pregunta, entonces.

–Dejé mi tierra natal libremente. No soy esclava de ningún hombre. –Medea miró hacia el patio, donde podía ver las piernas de los transeúntes preparándose para el festival–. Ni lo seré. Por eso hui. –La muchacha emitió un murmullo de aprobación.

–Tu voz es rara. ¿Estás muy lejos de casa?

–¡Podría decir lo mismo de cada voz que oigo! –Medea se rio con suavidad–. Pero dices lo que piensas y eso me gusta. Yo era la hija del rey. No me faltaba nada, pero lo necesitaba todo. –Se volvió hacia la sacerdotisa–. ¿Responde esto a tu pregunta?

–Con elocuencia.

El fuego chisporroteó y silbó en su cuenco, atrayendo la atención de la muchacha hacia él.

–¿Cómo te llamas? –preguntó Medea.

–Kawara. Pero todas las sacerdotisas aquí se llaman «Ariadna», porque somos siervas tan sagradas de la diosa, y así es como me conocen. –Se apartó un mechón de pelo de la frente con una uña larga–. ¿Por qué me miras así? Tienes unos ojos extraños.

–¿Tu título te hace infeliz?

–¡Eres tan directa en tus preguntas! Yo... No, no es así.

–Entonces, ¿por qué tu voz se volvió más grave cuando dijiste «siervas tan sagradas»? –Los labios de Kawara se separaron, pero no surgieron palabras. A pesar de la tenue luz, Medea vio que su cuello se sonrojaba–. No tienes que responder a esta pregunta. Ya sé la respuesta.

Los ojos de la joven relampaguearon hacia Medea.

–¡Eres muy arrogante!

–No quiero ofenderte. Tal vez paso demasiado tiempo en compañía de hombres groseros. Perdóname. –Medea esperó mientras la joven se recomponía–. ¿Puedo preguntarte algo?

–Lo harás de todos modos.

–¿Por qué me llamaste?

Medea sabía que una pregunta tan simple la alteraría, aunque era probable que se las arreglara para decírselo a su debido tiempo. Tal vez tenía razón sobre sus modales.

–Muy bien –dijo la sacerdotisa–, hablaré sobre el tema. Pensé que había algo diferente en ti en el momento en que te vi. Y, ahora, estoy segura. Me gustaría que te convirtieras en mi Portadora de Llaves.

–¿Tu Portadora de Llaves? –Medea arrugó la nariz–. ¿Qué es esto?

–Quiero decir, me gustaría que estuvieras a mi lado. Paso la mayor parte de mi tiempo como Ariadna. –Hizo un gesto con el brazo a su alrededor–. Permanezco aquí, presidiendo ritos para propiciar a Poseidón, vigilando a las serpientes domésticas, cuyo comportamiento presagia un desastre inminente; realizando sacrificios o recibiendo ofrendas a la Gran Diosa para evitar la hambruna, para mantener fértiles a nuestras mujeres. Ésta es una tierra antigua con enemigos nuevos y viejos, pero no podemos luchar contra los mayores peligros. Violentos temblores han destruido muchas vidas aquí, desde el comienzo de los tiempos. Estas mismas paredes aún tienen las marcas. –Señaló hacia delante, a la pared del fondo–. Esa pila donde no es un baño. Sé que mis asistentes me maldicen a mis espaldas por hacer que la llenen y la vacíen, pero se lo merecen. En esa pila, colocada en el suelo, honro al Agitador de la Tierra con oraciones. Él me posee. Yo, sola, estoy en sus dominios. –Se volvió hacia Medea–. Sobre mí, únicamente sobre mí, descansa la seguridad de esta isla y de todas las personas que viven en ella. ¿Puedes empezar a imaginar la carga? Me gustaría tener a alguien con quien compartir estos deberes, el peso de esta responsabilidad y sus secretos. Alguien con quien hablar. Las recompensas pueden ser grandes.

–¿Estás sola?

Oír a alguien expresar sus pensamientos la hirió. Kawara apartó la mirada y rápidamente se secó los ojos con la yema del dedo meñique.

–Puedo estarlo.

–¿Aunque hay otras muchachas aquí de tu edad? Las he visto.

–No puedo hablar con ellas, más allá de lo que me permiten mis obligaciones. Además..., sus vidas son diferentes.

–¿Y tu hermano?

–Asterión es mi medio hermano. Tengo hermanas.

–¿Hermanas? Yo también tengo una y la echo de menos. ¿No te hacen compañía?

–No. Son demasiado jóvenes. Todavía se aferran a las faldas de nuestra madre. –Hubo una oleada de risas en el patio. Medea las ignoró mientras pensaba en el joven que había visto antes–. Mi propio padre... Se le consideraba insólito por no tener hijos con otras mujeres. –Kawara negó con la cabeza–. Asterión no es su hijo.

–Oh...

–¿Esto te sorprende?

–En mi país, la reina no viviría para enterarse de los rumores.

–Asterión se esconde avergonzado la mayor parte del día. Y hay quienes dicen que los dioses lo han castigado aún más con su apariencia. Solía ser un chico bastante bondadoso, pero la manera en que se le trata lo ha vuelto amargado y cruel.

–¿Todavía te quiere?

–Alguna vez, supongo. Pero no encuentro consuelo en tener un medio hermano. Lo temo tanto como lo compadezco. –Medea instintivamente extendió la mano y Kawara la tomó–. Gracias. Debes de pensar que soy débil. Débil y patética.

–No. –Medea le apretó la mano–. En absoluto. He vivido la misma vida que tú, incluso más dura, y me alegro de estar libre de ella. Lo sentí tan pronto como te miré a los ojos.

Kawara levantó la barbilla y se compuso una vez más.

–¡Aún serías una hermosa Portadora de Llaves!

Las mujeres se miraron y se rieron.

–¿Y la Portadora de Llaves debe adorar a tus dioses?

La sonrisa de Kawara se endureció.

–No. ¡Debe adorarme a mí!

Cuando Medea se dio cuenta de que hablaba en serio, retiró la mano con delicadeza.

–Te agradezco tu oferta, pero no podría soportar una vida así de nuevo. Además, ofendería a mi diosa. Lo siento, Kawara, pero me iré con Jasón y sus hombres. Por la mañana.

La sacerdotisa inhaló y se secó los ojos de nuevo cuando aparecieron los obstáculos.

–No lo creo, princesa Medea. Mi padre, el rey, tiene otros planes para ellos.

–¿Qué quieres decir con esto?

–Quiero decir que él...

No terminó. El capitán de la guardia había entrado rápidamente en la antecámara y observó a las dos mujeres. Le dirigió a Medea una mirada penetrante y ella se dio cuenta de que no era ningún tonto.

–El festival está a punto de comenzar. Tú, señora, debes dejar a Ariadna ahora. –Se hizo a un lado.

Medea se levantó con cautela y miró a la sacerdotisa, pero la muchacha había aprendido a convertir su rostro en mármol inescrutable cuando la situación lo requería. La entrevista había terminado.

XVII

Los argonautas observaron el festival con poco interés hasta que sacrificaron los cerdos a la diosa y les permitieron comer y beber. Ni siquiera las bailarinas lograron distraerlos de su hambre durante demasiado tiempo. A pesar del estado deplorable de algunas partes del palacio, parecía que las despensas, al menos, se habían mantenido en buen estado. Complementando la carne y el pescado había un suministro interminable de rica comida y vino. En los últimos momentos, el volumen de las conversaciones y las risas en el patio había aumentado de manera constante, lo cual no era decir poco, ya que había más de doscientos hombres, mujeres y niños.

Sentada junto a Jasón, Medea permanecía hermética. Apenas había podido sacarle unas pocas palabras desde que empezaron las celebraciones. Justo enfrente de ella, Kawara se había convertido en Ariadna. Medea la observaba como un halcón. Después de haber cumplido con sus solemnes deberes en el altar, tomó asiento cerca de Minos.

Oileo había notado la mirada preocupada de Jasón y la rodilla inquieta que rebotaba arriba y abajo, así que le llamó la atención. Jasón se disculpó y se unió a él.

–¿Qué pasa?

–¿Has visto a los guardias apostados alrededor del patio?

–Sí, seguro que siempre están ahí. El Minos está paranoico porque teme que el monstruo sin pelo se vuelva contra él. Quizá por eso está solo: tuvieron una pelea.

Jasón miró al otro lado del patio. En ese momento, el rey Minos se estaba arreglando la capa. Sólo el capitán de la guardia estaba de pie junto a él.

–¿Y dónde está su Talos?

Las agudas notas de una trompeta de guerra hicieron que Jasón se sobresaltara. El centro del patio empezó a despejarse.

–Creo que estamos a punto de averiguarlo –dijo Oileo.

Tanto él como Jasón miraron alrededor, casi esperando ser acorralados en medio de todo aquello, pero el interés de los espectadores se centraba en otra cosa. Tres hombres estaban siendo arrastrados hacia la luz del atardecer: uno de ellos, vieron los argonautas, suplicaba. Los otros dos parecían estar en un estado lamentable. Sus ropas colgaban en jirones sobre los delgados cuerpos, y el cabello estaba despeinado y grasiento. Cualquiera que fuera su destino, parecían resignados a él.

En ese momento, el más joven de los tres se liberó del agarre de los guardias y corrió hacia los argonautas, con el rostro enloquecido por el terror. El parloteo de los espectadores se volvió alborotado cuando un guardia corrió tras él, lo agarró por el cabello rojizo y lo tiró hacia un lado. Chilló de dolor y sollozó lastimeramente, hundiendo los talones en el suelo mientras lo arrastraban de vuelta al centro. Los argonautas intercambiaron miradas de desaprobación.

–¿Qué es esta locura? –murmuró Anceo.

–Guardias volviéndose contra guardias –se burló Idas–. Es un pasatiempo para esta panda de endogámicos.

Después de una breve lucha, los captores giraron a los tres prisioneros para que se enfrentaran al rey y la multitud se quedó en silencio. Al otro lado del camino, Jasón vio que el rostro de Minos se ensombrecía. Se dio un golpecito en la rodilla con el dedo mientras sus ojos recorrían al trío antes de señalar a uno de los guardias.

–Mi señor, como la diosa es testigo, estos hombres de Chipre han sido declarados culpables de piratería. En cuanto a este otro, un guardia del rey, admitió haberse quedado dormido durante el servicio.

Un murmullo de especulaciones surgió cuando se dictó sentencia sobre este último. Idas escupió al suelo, sacudiendo la cabeza.

–Menudo atajo de idiotas. Estamos a punto de ver cómo se derrama sangre por una simple siesta.

Jasón miró su expresión de disgusto y recordó la reacción que había tenido al ver al ladrón Prometeo siendo devorado vivo por los buitres. La injusticia de aquello había hecho que sus ojos relampaguearan.

El dedo del rey Minos dejó de tamborilear y pronunció una sola palabra:

–Talos.

Los dos piratas se pusieron rígidos bajo el control de los guardias, pero el joven redobló sus esfuerzos por escapar. Lo esposaron contra el suelo mientras la multitud rugía en señal de aprobación. Los argonautas se giraron y vieron a un gigante con armadura que caminaba a grandes zancadas entre las sombras en el extremo sur del patio. Estaban seguros de que era el mismo hombre sólo por su estatura antinatural y su larga lanza. Desde los tobillos hasta la cara, apenas se veían sus rasgos debajo de las faldas curvas y las placas de bronce. Incluso el cuello y la mandíbula estaban ocultos por el bronce. Sobre la cabeza llevaba un casco con penacho y cuernos. El penacho de crin de caballo se balanceaba hacia un lado mientras salía resueltamente.

A medida que se acercaba al rey, los rayos oblicuos del sol irrumpieron sobre la armadura. El efecto fue apoteósico. Aunque debieron haber presenciado antes el desfile del dios de la guerra ante ellos, la multitud respiró hondo. Jasón sintió que se le aflojaba la mandíbula. Un murmullo recorrió las filas de argonautas.

–Los dioses tengan piedad de ellos –susurró Meleagro.

A su lado, Jasón sintió que Medea temblaba. La miró sorprendido, preguntándose si tendría fiebre. Cuando intentó llamar su atención, ella negó con la cabeza.

Ahora Talos estaba de pie frente al rey. Hizo una reverencia y su señor inclinó la cabeza en respuesta. Entonces el guerrero se giró para mirar a los prisioneros. Un charco oscuro comenzó a extenderse a los pies de uno de ellos, lo que hizo que el guardia que lo sujetaba diera un

paso hacia atrás. Los otros guardias retiraron las espadas y, para asombro de los argonautas, las arrojaron a los pies de los condenados antes de tomar posiciones al lado de Minos. Claramente, su gesto deportivo no llegó a ser temerario.

–Tomad vuestras armas y luchad –dijo el capitán de la guardia.

No estaba claro si era algo con lo que contaban. Por un instante, se quedaron observándolas. Luego las agarraron y se miraron entre sí, con los ojos muy abiertos para transmitirse unos a otros su necesidad de cooperar. Los espectadores bramaron una vez más. A Jasón le pareció que algunos restos residuales de honor retenían al guardia pelirrojo: el juramento que todos habían hecho para proteger a los suyos, tal vez. Los chipriotas no tenían esos escrúpulos. Se abalanzaron a una sobre Talos.

El gigante ni se inmutó. Esperó hasta el último momento antes de levantar el cabo de la lanza y clavarla entre los ojos del pirata que cargaba hacia su izquierda. El crujido de la madera contra el hueso resonó en todo el patio. Cayó al suelo como si lo hubiera golpeado una roca. En un movimiento fluido, Talos hizo un barrido con la lanza al otro lado del cuerpo y envió al segundo hombre como un rayo lejos de él antes de que pudiera intentar un golpe. La multitud estalló en carcajadas, pero Talos ni siquiera miró hacia atrás. Ahora acechaba al guardia. Fueron los pasos lentos y siniestros que dio lo que heló la sangre a Jasón: eran los movimientos de alguien con una creencia inquebrantable en su indestructibilidad.

El guardia, al menos, había sido entrenado con la espada. Era evidente en la forma en que sus instintos tomaron el control donde sus protestas sumisas habían fallado. Se agachó y retrocedió, sin dejar que sus pies se juntaran demasiado, manteniendo el equilibrio. Dio vueltas de un lado a otro, tratando de cansar al guerrero, tal vez, o ganar tiempo con la esperanza de que uno de los chipriotas pudiera atacar por la retaguardia. Luego miró detrás de él a los argonautas y Jasón tuvo la inquietante sensación de que sus ojos se encontraron con los suyos. ¿Estaba buscando ayuda?

Su táctica era acertada. El segundo pirata se había levantado sobre las rodillas ensangrentadas. El primero yacía despatarrado como había caído. Jasón dudaba de que alguna vez volviera a erguirse. Aun así, el guardia le gritó algo, llamándolo furiosamente a su lado. Era imposible escuchar lo que decía por encima de los gritos de los espectadores. Jasón miró a Medea, que estaba pálida. Su pose era un reflejo del de la sacerdotisa cretense.

–¿Por qué te marchas a la habitación que te han otorgado?

Su cabeza apenas se giró.

–Debo quedarme.

–¿Por qué?

Medea no le hizo caso. Miró a la sacerdotisa y tuvo la impresión de que se estaban intercambiando palabras silenciosas. Entonces el chipriota actuó, con la espada destellando mientras movía los brazos. Jasón le vio recuperar una piedra de la pequeña pila que no se había usado para el altar. A poca distancia, Idas estaba de pie, ahuecando las manos alrededor de su boca.

–¡Su cabeza! ¡Su... cabeza!

Al escuchar aquello, se volvió hacia Idas. Su rostro era una máscara atormentada de frío, miedo y determinación. El guardia le gritó de nuevo y el pirata corrió hacia la izquierda, poniendo a Talos directamente entre ellos. El gigante tomó nota de la precaria situación, aunque sus ojos todavía parecían desprovistos de emoción cuando se giró para mirar a ambos hombres. El guardia se adelantó en cuclillas y luego corrió, entre gritos. En cuanto tomó la decisión, Talos se apresuró a ir a su encuentro. El pirata arrojó la espada a un lado y se colocó a toda velocidad a su espalda, se preparó y arrojó la piedra, que golpeó la placa de bronce entre los omoplatos con un sonido metálico.

Talos se tambaleó hacia delante.

Por un instante, en el que los corazones de todos los presentes quedaron helados, pareció que iba a perder el equilibrio. Hubo una inhalación: todos sabían lo difícil que sería para un cuerpo tan grande levantarse sin ayuda. Pero logró recuperar el equilibrio, aprovechó el impulso para comprobar su dirección, y hundió la lanza en el vientre

del guardia, cuya espada sólo pudo cortar el aire limpio. Los argonautas estaban a apenas veinte pasos de distancia. Oyeron la explosión del aliento. Vieron sus ojos abiertos de par en par por la conmoción y la agonía abrasadora. Oyeron a Talos rugir, tirando del asta mientras el impulso lo empujaba hacia delante y el brazo hacia atrás. A pesar de su tamaño y del peso de la armadura, logró girar, liberar la lanza y tajar con ella hacia el pirata. Un arco perfecto, formado por la sangre del guardia, salpicó el suelo a pocos centímetros de los pies de los argonautas, repiqueteando como una lluvia suave. Fue tal la exhibición del titán que minó hasta la última gota de determinación del chipriota. Sus ojos se dirigieron a la espada, pero Talos había leído sus intenciones y se interpuso. El pirata miró hacia las piedras sin usar, con el pecho agitado. Luego se volvió una vez más para buscar a Jasón. Corrió hacia él.

Fue un acto tan inesperado que Jasón sólo pudo estremecerse cuando el hombre se arrojó al suelo frente a él, se agarró a las rodillas, e imploró con un balbuceo sollozante de súplicas y juramentos. El hombre apestaba como un turón. El terror en sus ojos se grabó a fuego en la mente de Jasón. Pero Talos se lanzó hacia él, saliendo del sol dorado en dirección a las sombras del complejo del palacio occidental.

Escuchó a Idas bufar entre dientes apretados.

–¡Lucha!

Les llegó el roce de los pies de Talos en el suelo polvoriento, que se acercaba más y más. Y su respiración áspera, junto con el tintineo amortiguado de la armadura de bronce. Todo lo demás estaba en silencio.

–¡Levántate, hombre! –dijo una voz diferente. La de Butes.

Talos se había detenido y apuntaba la lanza a la espalda del hombre. Una pausa y luego se la clavó en la columna vertebral. La boca del pirata se abrió en un grito silencioso y Jasón vio cómo la luz se desvanecía en sus ojos asustados. Apartó la mirada, que fue a coincidir con la de Talos, mientras arrancaba la punta de la lanza. Vio dos abismos negros, donde no encontró emoción alguna. La ausencia de

cejas contribuyó a que esa frialdad fuera todavía más patente. ¿Tan trivial era para él quitarle la vida a alguien?

Escuchó susurros. Por un momento, pensó que las voces que habían estado ausentes durante tanto tiempo estaban de vuelta. En un momento así, las habría recibido con agrado. A su lado, Medea también tenía los ojos fijos en el gigante a la vez que murmuraba una maldición. Conocía el poder de su mirada. De hecho, Talos parpadeó lentamente, dirigiendo esos pozos abisales primero a Jasón y luego a la mujer. Podría haberse dado la vuelta, saludar al rey y abandonar el patio. Después de todo, su trabajo estaba hecho. O podría haber levantado su lanza contra ella, y luego contra él.

No hizo ninguna de las dos cosas. La lanza flotó a treinta centímetros del suelo y se tambaleó un poco. Jasón vio que fruncía el ceño en un momento de confusión. Luego se volvió y marchó hacia Minos. El sol poniente iluminó una arruga, nada más, en el revestimiento de bronce donde la roca le había golpeado la espalda. Se paró frente a Minos, hizo una reverencia y dejó el patio entre silbidos y una ovación.

El resto permaneció dentro de aquella escena macabra. El chipriota que estaba frente a Jasón seguía de rodillas, desplomado a un lado como si estuviera borracho. Veinte metros más allá, el guardia de pelo rojizo yacía boca abajo en un amplio charco de sangre, con las manos metidas bajo el vientre como un gato durmiendo la siesta. El pirata que estaba al otro lado del patio no se había movido desde que lo habían golpeado en el cráneo. Los tres cuerpos estaban en una línea ordenada.

Minos se puso de pie. De inmediato, recibió los aplausos antes de darse la vuelta y entrar en las sombras de los aposentos reales. Nada más desaparecer, un grupo de esclavos empezó apresuradamente a limpiar el patio. El festival había terminado por ese día.

XVIII

Aunque la noche era suave y fragante, los argonautas masticaban con tristeza el pan, el queso y el vino que habían cogido de las mesas del patio. Ni siquiera la lira de Orfeo pudo romper el hechizo. Los guardias seguían patrullando los pórticos bajo la balaustrada, iluminados ahora por una multitud de lámparas y braseros, y un perro aullaba en la inmensidad, más allá del palacio. Con una copa de vino en la mano, Jasón no dejaba de revivir la matanza del patio. Aunque intentó borrar aquella horrible imagen cerrando los ojos, el rostro agonizante del pirata chipriota había quedado grabado a fuego en su mente, así como el rostro del autómata insensible que lo había despachado. Se preguntó si, con el tiempo, sería capaz de olvidar los horrores que habían presenciado durante el viaje. Lo dudaba. Los gritos de Eufemo en la playa de Cianida todavía le revolvían el estómago, por ejemplo. Oileo se agachó junto a él, acompañado por el crujido de sus extremidades y una mueca de dolor.

–Este lugar nos está afectando a todos, no sólo a ti. –Jasón lo miró por un momento antes de asentir–. Parece como si estuviésemos al borde del fin de los días.

–Lo sé. Las paredes desmoronadas, el lujo, la forma en que la gente disfruta de las ejecuciones, el monstruo sin pelo, o incluso ese chico extraño que fue a por Teseo. ¿A qué venía todo eso?

–Sólo sé que necesitamos escapar.

El sonido de unos pasos alertó a los argonautas. El capitán de la guardia entró rápidamente en el pórtico alrededor del cual estaban recostados, blandiendo una antorcha. Jasón se puso de pie.

–El rey Minos solicita que te unas a él. Puedes traer a los mismos de la otra vez, no más.

–¿Qué pasa si nos negamos? –preguntó Oileo.

El guardia lo observó fijamente.

–¿Tan estúpidos sois los habitantes del continente?

Jasón podía sentir la mirada de chacal de Idas desde el otro lado de la habitación. Respiró profundamente.

–Vamos.

Aunque los guardias hablaban en voz baja entre ellos, mirándolos una o dos veces, los cinco argonautas marcharon silenciosos y pensativos mientras cruzaban el patio vacío. Los cadáveres habían sido retirados, aunque una mancha oscura de arena marcaba el lugar donde había caído el guardia condenado. Luego entraron en los apartamentos reales bien iluminados.

La ausencia de Talos hacía que la cámara real pareciera aún más espaciosa que antes, a pesar de las sombras apiñadas proyectadas por los braseros. En su lugar había cinco guardias de tamaño considerable, armados con lanzas y espadas con cinturón. Dos flanqueaban el trono, otros tantos estaban enfrente y un quinto permanecía de pie más atrás, en la penumbra de los pilares. A diferencia de Talos, sus rostros alertas observaban a los argonautas con interés.

Los ojos del rey Minos los recorrieron a todos antes de posarse en Jasón.

–¿Dónde está la mujer?

La mandíbula de Jasón se tensó.

–Pidió que la dejaran sola.

Minos parecía ligeramente divertido.

–Ya veo. ¿Qué te pareció nuestro festival?

–Preferiría con mucho ver la puesta de sol sobre el monte Pelión, alteza.

Los labios de Minos se curvaron en una sonrisa.

–Pero seguramente te habrá impresionado Talos.

–¿Dónde está?

–Descansando.

–¿De nuevo en su pedestal? –preguntó Idas con una mueca de desprecio. Aunque Minos lo ignoró, el comentario logró romper el silencio.

–¿Nos convocaste para decirnos que somos libres de irnos? –preguntó Jasón.

–Os quedaréis esta noche. En calidad de invitados, espero.

Meleagro estaba de pie junto a él. Jasón captó su entrecejo fruncido.

–¿Y cuál sería la alternativa?

–Déjame ser claro contigo antes de que nos retiremos para descansar. Incluso sin la ropa cara con la que os he obsequiado, pude ver que tú y tus hombres tenéis cualidades. Los buenos hombres son difíciles de encontrar. Por lo que a mí respecta, recompenso la lealtad con gran generosidad, de la misma manera que castigo la falta de disciplina con dureza. Ese guardia inepto que viste... No creo que fuera su primera falta. Desgraciadamente, hay que dar ejemplo, ¿no es así?

Jasón no dijo nada.

–Quiero que tú y tus hombres estéis a mi servicio, no como esclavos, por supuesto, sino como guardianes leales de Meganisi. Esta isla puede ser convulsa. Es más, espero que haya problemas antes de que termine el año. La insurrección casi puede olerse en el viento, gracias a mi atenta vigilancia. –Los ojos de Minos le lanzaron a Jasón un destello amenazador–. De hecho, te topaste con la amenaza de la que hablo en cuanto pisasteis esta isla. –Al ver el ceño de Jasón, agregó–: Me refiero a Pijasiros, por supuesto.

–¿Puedo hablar, majestad?

El rostro de Minos se contrajo de ira ante la interrupción de Oileo. Lo miró de arriba abajo.

–Habla.

–Tú mismo dijiste que sentías pena por este Pijasiros. No parece el tipo de persona por la que preocuparse si, como dices, se pasa el tiempo vagando en su antigua casa.

Minos se rio entre dientes.

–El hombre es un lobo disfrazado de armiño, no te equivoques. Hay muchos en esta isla que lo admiran, pero ni siquiera he mencionado una

amenaza aún más grave. Mientras la gente como Pijasiros susurra y conspira, los buitres han comenzado a dar vueltas en círculo. A principios de este año, la ciudad portuaria de Falasarna fue atacada por piratas marinos del oeste. Muchos hombres murieron y los piratas regresarán. Eso es lo que dice la gente.

–Pero, gracias a tu vigilancia, tienes suficientes hombres para hacer frente a cualquier amenaza, ¿no? ¡Y tienes al mismísimo Talos! ¿Quién osaría enojarlo?

–Necesito más. –La ira salpicaba su voz–. Quiero más.

–No podemos –declaró Jasón–. Lo siento, alteza, pero debemos zarpar.

–Claro que sí. Y, la próxima temporada, traerás hombres contra nosotros. ¡Así sois los continentales! Bien que lo sé, pues su sangre es la mía. Tu elección es simple, Jasón. Estás conmigo o contra mí.

–Ni lo uno ni lo otro.

Jasón se sentía abrumadoramente cansado. El tono de su voz tenía un filo que no deseaba, que provocó que el rostro de Minos se pusiera rígido, frío. Apreció con claridad que los argonautas arrastraban los pies como anticipo a la violencia.

Uno de los guardias tosió y, ocultándose la boca, le susurró algo al rey. Los ojos de Minos se abrieron.

–Te lo preguntaré por última vez, y puedes consultar a tus compañeros. ¿Mi oferta te parece bien?

–No necesito hablar con ellos, alteza. Mi respuesta sigue en pie.

La respiración de Minos se hizo más pesada.

–Te he brindado una generosa hospitalidad y tu actitud me apena, Jasón de Tesalia. Ahora me han informado de que uno de tus hombres atacó a mi hijo esta tarde y entonces...

–Atacó a uno de mis hombres, sí... –Jasón miró a los argonautas confundido–. ¡Sin razón! La única violencia fue...

–¡Silencio! Abusáis de mi hospitalidad en un día sagrado, en el que los dioses se interesan mucho por nuestros asuntos, y por eso no tengo ninguna duda en sentenciaros a juicio por combate. –Señaló a Idas con

el dedo, pero también a Jasón–. Vosotros dos lucharéis mañana, durante el último día del festival.

Los aludidos se miraron, asombrados.

–Nadie en el mundo me obligará a luchar contra uno de mis hombres.

El rostro de Minos se iluminó divertido.

–De hecho, no lo haréis, aunque la tensión que percibo entre ambos podría ser un buen espectáculo. Para que quede claro, ambos lucharéis mañana, pero contra mi campeón, Talos. Dos lanceros, apuesto que mejores luchadores que los campesinos de esta tarde, plantearán un desafío más duro para Talos. ¡Éste es terreno sagrado, caballeros! Durante siglos, los concursos sagrados de salto de toro solían tener lugar en este mismo patio. Simplemente estoy respetando la tradición. –La sonrisa de Minos se desvaneció–. Mirad, la elección es sencilla. Sólo necesito levantar mi dedo mañana y todos vosotros caeréis donde estéis. Luchad, ganad, y todos seréis hombres libres.

–¿Y si perdemos?

–¿Qué quieres decir con ese «si»? No estoy... –bufó Idas, pero Jasón lo interrumpió de inmediato con una mirada de reproche.

–Y si perdemos, ¿qué sucederá entonces? –repitió.

Minos lo miró como si fuera un idiota.

–Extenderé la oferta de servicio una vez más al resto de tus compañeros de barco. Estoy seguro de que puedes ver el patrón que se está desarrollando aquí, Jasón. ¡Guardias! Llevadlos de vuelta y duplicad la guardia. –Se puso de pie de repente e hizo un gesto para que los argonautas se marcharan–. El festival tendrá un final inesperado.

–¡Una mala pasada! –gritó Idas–. Tu rey es un...

Meleagro le cerró la boca y le susurró algo al oído.

–¡Ojos abiertos, boca cerrada!

* * *

Jasón relató lo que había sucedido como si fuera otro quien lo estuviera haciendo. El resto de los argonautas atendió en un silencio sombrío, mientras sus miradas de incredulidad eran respondidas con

sabios asentimientos por parte de los pocos que habían estado presentes.

–De nuevo nos vemos en las mismas –murmuró Anceo, a la vez que se rascaba la barba con irritación–. Sin armas, atrapados. Sólo tenemos un cuchillo que ha escamoteado Teseo y el palo puntiagudo que ha tallado. Lo que daría por mi hacha.

–Hay muchas en esos pedestales –murmuró Idas.

–Son pura decoración. Inútiles.

Idas movió la cabeza.

–Mejor que tus manos desnudas.

El crepúsculo se estaba extendiendo sobre el monte Dikti y las llanuras del valle, pero la libertad del desierto indómito más allá del balcón parecía más distante que nunca. Jasón miró por encima de la balaustrada una vez más, para acabar repitiéndose a sí mismo que era imposible escapar de esa manera. Se volvió hacia Orfeo.

–¿Qué dijo Medea antes de irse?

–Sólo que volvería. Pero se escabulló por voluntad propia: nadie la llamó.

La ausencia de Medea era otra preocupación, pero no podía afectar lo que debía hacerse. Pasó junto a los demás y miró a lo largo de los pórticos que iban de este a sur desde el barrio de invitados del palacio. Vislumbró una figura solitaria que desaparecía en una escalera, pero no podía estar seguro de que fuera un soldado. Algunas volutas de humo se elevaban desde los aposentos reales, al otro lado del gran patio. Quizá de las lámparas y antorchas que iluminaban las cámaras y escaleras que se extendían por todos los niveles del palacio. Excepto hacia el extremo norte, donde las sombras se acumulaban y el palacio yacía envuelto en oscuridad. Esto confundió a Jasón por unos momentos, pero luego recordó que algunos de los daños más importantes causados por los terremotos aún no se habían reparado allí.

Por todas partes, los murciélagos revoloteaban dentro y fuera de los aleros con agudos chillidos mientras perseguían moscas. Podía oír alguna que otra carcajada y, de vez en cuando, voces elevadas llegaban hasta donde estaban los argonautas, apiñados, mordiéndose las uñas o

sentados en tranquila contemplación de su destino. Por lo demás, aparte de un par de lanceros que cruzaban el patio en ese preciso momento, el palacio parecía curiosamente libre de soldados. Jasón se agazapó de nuevo en el espacio común y todas las miradas se volvieron hacia él.

–A menos que a alguien se le ocurra otra cosa, sólo veo dos opciones. Nos quedamos aquí e Idas y yo luchamos contra su guardia por la mañana. O intentamos escapar antes del amanecer. Si lo hacemos, algunos de nosotros moriremos, tal vez muchos. Puede que todos. A menos que, de alguna manera, logremos escabullirnos sin que nos vean.

–¡Somos más de treinta! –protestó Peleo–. ¿Qué posibilidades hay de que podamos escapar...?

–... sin ser vistos ni perseguidos... –continuó Jasón, mirando a Peleo–. No muchas, la verdad.

–No has considerado la tercera opción.

Todos se giraron para mirar a Acasto.

–¿Cuál es?

–Hagamos lo que nos pide. Luchemos por él.

–¿Lo harías, muchacho? –Idas se puso de pie de un salto–. ¿Una vida de esclavitud? Esta isla está podrida hasta la médula. ¡Es una enfermedad! Prefiero morir antes que quedarme aquí. Prefiero matar a ese... a ese monstruo de la naturaleza, Talos. ¡Por eso voto! ¿Y el resto de vosotros? Yo digo que lo decidamos ahora.

–No he dicho que quiera jurarle lealtad, sólo que... Tal vez podríamos ponernos de acuerdo y conspirar para escapar.

La cara de Acasto se sonrojó de vergüenza, pero Jasón lo ignoró. La probabilidad de morir en el patio era muy real.

–Pero no es tan sencillo como eso, Idas, ¿verdad?

–¿En qué sentido?

–Si perdemos, nada cambia. ¿Y qué pasa con los demás? Os enfrentaréis a la misma decisión de nuevo. Así que o lucháis u os lanzáis con todo contra Minos. Tal vez intentaréis escapar otro día, o quizá no. Pero digamos que sea posible derribar a Talos. ¿Qué garantía de libertad tenemos con esa victoria? Ninguna. Minos ha sido muy claro:

dice que le faltan hombres y, sin Talos, aún será más vulnerable. No hay forma de que nos deje ir.

Meleagro se cruzó de brazos y asintió con la cabeza en señal de acuerdo. Algunas otras voces compartían la misma opinión.

–Creo que puedo vencerlo. Si no lo crees, vota como quieras.

–Lo haré. –Jasón miró hacia el pórtico sur, pensando que podría haber oído pasos delicados, pero estaba vacío.

¿Medea estaba en peligro?

–Para quedarse aquí mientras Idas y yo nos enfrentamos a Talos: levantad la mano.

Jasón no estaba sorprendido por el voto de Acasto. Al fin y al cabo, lo más conveniente para el hijo de Pelias era que Jasón fuera asesinado. Tampoco resultaron inesperados las manos levantadas de Idas y Butes, ni las de Peleo y Telamón. Los votos de Cástor y Pólux sí. Trató de racionalizar que aquello no era necesariamente un voto en su contra –quizá los gemelos espartanos incluso tenían fe en que Talos podría ser vencido–, sino más bien una opción más segura que intentar escapar. Contó algunas manos más, pero no las suficientes para acercarse a una mayoría.

–¿Queda alguien?

Se levantó otra mano: un indeciso. Jasón examinó las caras. Aquellos que querían quedarse parecían amargados y enojados cuando se dieron cuenta de que no obtendrían su deseo.

–Entonces está decidido –dijo, bajando la voz–. Intentaremos escapar.

–¡Pero no tenemos armas!

–Quizás podríamos haber discutido cómo escapar antes de emitir nuestros votos. Puede que hubiera hecho que algunos aquí lo piensen dos veces. –El comentario mordaz de Acasto provocó un ruido de apoyo.

–¡Nunca íbamos a ser capaces de salir por las puertas! –espetó Jasón–. Dije antes de votar que sería peligroso. Así que, a menos que tengas una mejor sugerencia, ¡deja de causar problemas!

Idas se pasó la lengua por encima de sus dientes protuberantes.

–El chico tiene derecho a hacer valer sus puntos de vista.

Los ojos oscuros de Acasto se clavaron en los de Jasón con intensa antipatía, pero no dijo nada más.

–¿Alguien más quiere que sigamos perdiendo el tiempo discutiendo sobre cómo votar? –Los ojos de Jasón pasaron por los argonautas–. Entonces, está decidido...

–¿Sin armas? –Todos se volvieron hacia el disidente. Era Periclímeno, el alto lancero y arquero. Había comenzado el viaje como uno de los remeros más tranquilos, pero, desde que se distinguiera en la playa de Cianida, se había vuelto más hablador y confiado–. Con mi arco, me enfrentaría con gusto a estos guardias, pero no tengo nada, al igual que tú no tienes tu lanza, ni él su espada, ni él su hacha. –Hizo un gesto con el pulgar hacia Anceo–. ¡Es una muerte segura!

–¡Sí!

–¡Eso es lo que estaba diciendo! ¡Shhh! –Jasón hizo un gesto apaciguador con las manos–. Será una muerte segura si perdemos el factor sorpresa. Y no dije que esperaba que nos las arregláramos sin armas: tenemos que apoderarnos de ellas. Lo más difícil será tomar la primera lanza. –Esperó a que los murmullos se desvanecieran–. Pero después de eso, se vuelve más fácil con cada guardia que desarmamos. Lo repito: Minos nunca nos permitirá salir de su palacio con vida. Piensa en eso y las decisiones se aclararán.

–Quiero saber cómo esperas que más de treinta hombres se muevan sin ser vistos. –Los ojos de Telamón reverberaban–. ¡Es una locura!

La creciente ola de disidencia fue silenciada por unos suaves pasos desde el pórtico. Los argonautas se pusieron de pie justo cuando una sacerdotisa emergió de las sombras con una antorcha. Llevaba un corpiño abierto sobre una falda en capas, y su rostro era una máscara blanca, decorada con dos soles rojos en cada mejilla y gruesas líneas de kohol alrededor de cada ojo. Jasón tardó unos momentos en reconocerla como Medea. El corazón le saltó a la boca y tuvo que contenerse para no abalanzarse sobre ella. El impulso de abrazarla murió inmediatamente cuando vio que no estaba sola.

Balanceándose levemente junto a ella, vieron a una hermosa y delicada muchacha vestida con un corpiño y faldas similares, aunque más

coloridos. A diferencia de Medea, sus pechos respingones estaban expuestos y los pezones cubiertos con pintura dorada, aunque su cabello estaba coronado con una diadema de plata. Envueltas sinuosamente alrededor de las muñecas de la muchacha había dos serpientes, de cuyos rostros romos salían lenguas bífidas. Lejos de parecer perjudiciales para la muchacha, los ojos de las serpientes se fijaron en todos y cada uno de los argonautas como si los desafiaran a dar un paso hostil.

Jasón miró a la muchacha, luego a Medea, y por último otra vez a la otra joven. Sus ojos tenían una intensidad vidriosa.

–¿Quién es?

–Soy la suma sacerdotisa Ariadna, miserable insolente. ¡Inclínate ante mí!

Jasón alzó una ceja y miró a Medea, quien asintió solemnemente, aunque a Jasón le pareció que escondían un mensaje oculto. Así que hizo lo que le ordenaron, pero la expresión de Ariadna apenas cambió, como si ni siquiera lo estuviera observando. Algunos de los argonautas se rieron entre dientes ante la extraña presencia, aunque Idas y uno o dos más cabecearon desconfiados ante la escena.

–La sacerdotisa conoce cada habitación y pasillo del palacio tan bien como la forma de sus propias manos, aunque está cansada después de sus deberes sagrados.

Jasón sonrió ante la oportuna intervención de Medea y supo que tenía que ser rápido antes de que el brebaje que le había dado se desvaneciera. Sin embargo, incluso con su ayuda, el problema del número de argonautas seguía existiendo.

–Entonces, ¿no debe cansarse con tantos de nosotros?

Los ojos de Medea brillaron con una confusión momentánea antes de que sus hombros se hundieran un poco. Pocas veces la había visto tan tensa.

–No debe cansarse.

Jasón se volvió hacia los argonautas.

–Iré con vosotros para aprender el camino y luego volveré. Acasto, Calais, Zetes, Orfeo... Otros cuatro, no más. Ofreceos de voluntarios,

levantaos rápido y en silencio. Una vez que estéis libres, dirigíos a la casa de Pijasiros y mantened la discreción. No arruinéis la huida del resto.

–Yo también iré –declaró Teseo. Jasón estaba a punto de protestar, pero había una mirada en sus ojos que sugería que sería inútil.

Idas le dio un codazo a Butes.

–Alegre quiere coger de la mano a la sacerdotisa, mira.

Teseo le lanzó una mirada furibunda, pero sus mejillas se sonrojaron.

Hubo quejas, como sabía que las habría, a pesar de la falta de garantías de escapar. Después de todo, la ayuda de Ariadna no había sido puesta a prueba. No obstante, los hombres elegidos se sintieron un poco más aliviados. Se despidieron con apresurados apretones de manos y susurros de «buena suerte». El giro de los acontecimientos fue tan repentino que ninguno tuvo tiempo de reflexionar sobre la posibilidad de no volver a verse nunca más. Jasón apoyó una mano en el hombro de Medea y le susurró palabras de aliento antes de que todos se escabulleran hacia las sombras del pórtico.

XIX

Sus hombros rozaban las paredes de piedra y sus muslos ardían mientras iban agachados, tratando de evitar ser detectados desde el patio. En el lado opuesto del palacio, a cuarenta metros de distancia, unas cortinas diáfanas ondeaban en el ala real, revelando breves atisbos del lujoso alojamiento que había en el interior. Vieron una silueta pasar junto a una lámpara al cruzar una de las habitaciones, pero nada más. Luego giraron hacia una escalera que conducía a una pasarela muy iluminada. Ariadna iba delante, seguida por Jasón y Medea, pero, cuando Jasón vio lo mucho que iban a llamar la atención, agarró a Medea por el hueco del brazo y negó con la cabeza. Medea frunció el ceño y señaló con el dedo directamente hacia abajo. Entonces, él comprendió.

Ariadna, sin embargo, ya estaba subiendo al rellano. Estaban a punto de correr tras ella cuando la vieron detenerse y estirar los brazos. Alguien fuera de la vista le habló con reverencia y los argonautas se apretaron contra las paredes de la escalera. Jasón oía el corazón latir con fuerza contra sus costillas, convencido de que estaban a punto de ser descubiertos. Por el rabillo del ojo, veía el rostro de Teseo arrugado por la tensión. Apretaba con tanta fuerza la punta de su lanza tallada que manchaba la madera con el sudor.

La conversación con Ariadna terminó y oyeron pasos que se alejaban en dirección contraria. Ariadna inclinó la cabeza hacia atrás lo suficiente para hacerles saber que debían continuar, y comenzó a bajar las escaleras con su lento y majestuoso estilo. Teseo estuvo a su lado en un instante mientras Acasto cerraba la marcha, mirando por encima del

hombro después de cada paso. Los nueve argonautas y las dos sacerdotisas descendieron hacia las frescas sombras, aguzando el oído, colocando un pie delante del otro con pasos exagerados para no caerse ni hacer ruido al rozar la piedra.

Entonces llegaron a la altura del patio, donde un muro bajo y desmoronado los ocultaba parcialmente. Ariadna se alejó del patio, en dirección al corazón de la zona oeste del palacio. Entraron en un pasillo estrecho, apenas lo suficientemente ancho para que dos personas pasaran juntas. La antorcha de Medea despejaba la oscuridad a sólo unos pocos pies de distancia, pero Ariadna parecía imperturbable. Las serpientes que agarraba proyectaban enormes sombras retorcidas contra las paredes estrechas, lo que le daba la apariencia de una gorgona o una transformista. Jasón notó las marcas de albañil cinceladas en la piedra: todos los símbolos eran antiguos y desconocidos. Ariadna se acercaba a lo que parecía un callejón sin salida, pero giró a la izquierda y el pasadizo se volvió sobre sí mismo. Unos diez metros más adelante, se ensanchó hasta convertirse en un pasillo largo, iluminado por lámparas de aceite colocadas en nichos en la pared. A lo largo de toda la pared de la derecha había huecos regulares: almacenes o cuartos de esclavos, tal vez. Jasón oyó un débil fragmento de conversación y sintió que un hilo de sudor empezaba a formársele en el cuello. Medea también lo oyó, así que detuvo a Ariadna y le susurró con urgencia al oído.

–Debemos continuar –escuchó que respondía, y se puso en marcha de nuevo.

La conversación se hizo un poco más fuerte y los ojos de Jasón recorrieron temerosamente el pasillo. Quedarse donde estaban no era una opción. Se volvió hacia los demás y señaló a lo largo del pasillo y luego describió los urgentes ángulos rectos. Detrás de él, Acasto tenía los ojos desorbitados y estaba en un ataque de pánico, pero los tracios Calais y Zetes asintieron vigorosamente. Había estado en un aprieto con ellos antes y se alegraba de que estuvieran allí. A la señal de Jasón, los argonautas se adelantaron a pasos exagerados y se lanzaron a los pasillos de la derecha. Estaban en una oscuridad total, pero Jasón percibió algunos olores familiares, a aceite y algo agrio, por lo que

supuso que estaban en un almacén. Vio a Teseo pasar rápidamente por la entrada con Orfeo y otra figura, y contó a los hombres que lo acompañaban: Acasto, Calais y Zetes. Esperaba que los demás estuvieran bien escondidos y contuvo la respiración, sin saber qué iba a pasar a continuación.

En los claustrofóbicos confines del corredor, Jasón podía percibir cómo los pechos de todos subían y bajaban de miedo y euforia. Si los descubrían, no habría espacio para luchar ni escapatoria posible.

Ariadna pasó deslizándose por la entrada, seguida por Medea, que llevaba la antorcha.

–Sacerdotisa sagrada –dijo una voz masculina–. ¿Qué estáis...? ¿Podemos ayudaros?

–Hemos oído voces.

–¡Las nuestras!

–Habéis interrumpido su iniciación.

Silencio.

Jasón podía imaginar a los soldados, si es que lo eran, sopesando el asunto en sus mentes. Los almacenes no formaban parte de los dominios habituales de la Suma Sacerdotisa.

–Lo sentimos. Os dejaremos.

La incertidumbre salpicaba la voz del hombre, como un rastro de sospecha. Jasón sintió que había llegado un momento vital, así como los gemelos tracios. Llevaba el cuchillo de trinchar de Teseo y sintió que se lo arrebataban de la mano. Los ojos de Calais brillaban y eran feroces, y no había duda de su intención. Su hermano y él pasaron junto a Jasón con la gracia de las panteras y Zetes se dio la vuelta, poniéndose un dedo en los labios. Jasón asintió. Llegaron a la entrada del pasadizo justo cuando pasaban un par de guardias con lanzas. Uno de ellos miró hacia atrás a las sacerdotisas y le susurró algo al otro. Calais y Zetes salieron sigilosamente y se abalanzaron sobre ellos. Se oyó un breve aullido y el sonido de unos pies que se sacudían con frenesí. Jasón salió corriendo con Acasto y los otros argonautas irrumpieron en el pasillo para ayudar. Uno de los guardias estaba agrediendo a Calais, que lo arrastraba hacia un almacén como una araña que atrapa a su presa. La

sangre le corría por el pecho y el mango del cuchillo de Teseo le sobresalía de la garganta. Zetes se aferraba con tenacidad al otro con un brazo alrededor de su cuello, pero el guardia era ancho de hombros y en ese momento lo estaba empujando contra la pared del pasillo e intentando apuñalarlo con su lanza. La espalda del tracio golpeó con fuerza, lo que le arrancó una mueca de dolor. Jasón se abalanzó sobre el asta de la lanza, retorciéndola con ambas manos mientras Teseo se arrojaba sobre él y le hundía la punta de madera de su arma al guardia, en el vientre. Una, dos, tres veces, en rápida sucesión.

Los ojos del guardia se abrieron de par en par por la sorpresa y el dolor mientras caía al suelo, sin fuerzas para luchar.

–¡Fuera del pasillo! –dijo Jasón, entre dientes–. ¡Que no haya sangre!

Los otros argonautas lo levantaron y lo llevaron a la oscuridad del almacén, saliendo sólo cuando estuvieron seguros de que ya no respiraba. Calais y Zetes estaban manchados de sangre y sus pechos se agitaban por el esfuerzo de despachar a los dos hombres. Jasón notó que Ariadna se estremecía un poco y, en la escasa luz del pasillo, le pareció que sus ojos estaban recuperando algo de concentración. Las serpientes no habían perdido nada de la suya. Tuvo una visión fugaz de la víbora deslizándose fuera de la cavidad de la calavera junto al camino en el recinto de la llanura de Ares, allá en la Cólquida, y de la serpiente que custodiaba los vellocinos en el templo en ruinas, que lo hipnotizó antes de atacar.

–Estoy cansada –susurró Ariadna–. Ahora debo dormir.

–No –dijo Medea con dulzura–, todavía no. Ya casi hemos terminado, Kawara. –Miró a Jasón con un aire de advertencia y él hizo una señal a los demás para que la siguieran, ahora armados con otras dos lanzas.

–Viene alguien –susurró Meleagro, silenciando a los argonautas que paseaban por el balcón.

Se quedaron en silencio y esperaron a que los pasos se acercaran. Dos guardias fuertemente armados entraron en la zona común y clavaron el cabo de las lanzas en las losas. Sus ojos oscuros recorrieron a los argonautas sin hacer comentarios.

–¿Qué queréis? –preguntó Meleagro, levantando la barbilla.

–Echar un vistazo a algunos hombres de verdad –se burló Idas–. Quítales todo ese adorno y veamos cómo luchan, ¿vale?

–¿Dónde están los demás? –preguntó uno de los guardias.

–Durmiendo –dijo Idas, antes de que Meleagro pudiera responder–. ¿Te gustaría ir a arroparlos? Seguro que sí, ¿verdad?

–Yo seguiría el ejemplo de tu capitán, si fuera tú. Descansa un poco. Talos me ha dicho que le encantará comenzar contigo.

El cuerpo de Idas estaba rígido por la ira, pero vio a Meleagro sacudiendo la cabeza. Los guardias se rieron de él, le lanzaron un beso y luego reanudaron su patrulla a lo largo del pórtico.

–Guárdatelo –murmuró Meleagro.

–Si nos ha abandonado a todos aquí, juro por los dioses que iré a por él y le arrancaré el corazón. ¡Lo juro!

Se abrieron paso entre los escombros que obstruían las escaleras, arañando las paredes con las uñas para mantener el equilibrio. Parecía inevitable que uno de ellos se rompiera el tobillo o al menos desatara una pequeña avalancha de piedras que los delatara. Al mismo tiempo, una pequeña bocanada de aire fresco de la noche se filtraba en el túnel, tentándolos con una promesa de libertad.

En lo alto de los escalones, Ariadna se estremeció y sacudió un poco la cabeza.

–Estoy cansada.

–¡Debéis daros prisa!

Jasón se secó el sudor con el dorso de la mano.

–Id a la casa de Pijasiros. Si creéis que podéis asegurar el *Argo*, hacedlo. Pero debéis evitar que os vean, eso es lo principal. Dependemos de vosotros. Teseo, ¿me estás escuchando? –El príncipe apartó los ojos de Ariadna a regañadientes y asintió.

Cuando volvieron a estar a la altura del patio, Ariadna se arrodilló y liberó a las serpientes. Luego miró a Jasón y se sobresaltó, como si fuera la primera vez que lo veía.

–¿Quién es?

–Éste es Jasón, Kawara. Por la mañana, luchará contra Talos, ¿recuerdas?

Escrutó al guerrero y él notó que sus ojos lucían de nuevo fieros y en alerta.

–Por supuesto que lo recuerdo –dijo con firmeza. Se dio la vuelta con un susurro de faldas y se alejó apresuradamente sin decir otra palabra.

–¿Crees que dirá algo?

–No, pero aquí termina cualquier ayuda que pudiera brindarnos.

Jasón la vio marcharse, lleno de dudas. Cogió las lanzas de los guardias y volvieron a subir las escaleras.

* * *

Los argonautas estaban en medio de una discusión tranquila pero acalorada cuando Jasón y Medea regresaron. Advirtieron la sangre en la túnica de Jasón, las lanzas y los rostros tensos, así que se apresuró a narrarles lo que había ocurrido.

–¿Y bien? –preguntó Idas.

–Están fuera, pero el recorrido es peligroso. Tenemos que dividirnos, al menos en dos grupos. La ruta que hemos tomado es demasiado complicada de explicar y Medea dice que no conduce a la salida que vio antes, en compañía de la sacerdotisa. Parece que hay varios lugares por los que podemos escapar mejor, ya que el terremoto ha creado huecos en los muros, aunque también puede haber sellado otros.

Retiró el cuchillo de Teseo y empezó a dibujar un plano básico del palacio en una de las losas antes de entregarle el arma a Medea.

–Escuchad atentamente lo que dice. Conoce mejor que nadie este lugar.

XX

Idas, Butes, Peleo, Telamón y los otros nueve argonautas que los acompañaban comprobaron que el pórtico estaba despejado y se apresuraron a lo largo de la columnata norte, hacia las sombras deshabitadas del barrio en ruinas. Sólo tenían una antorcha y una lanza, con las que llegaron a la escalera y miraron por la balaustrada, hacia el patio de abajo. No sin esfuerzo, distinguieron a un trío de juerguistas tambaleándose por el lado este. Dos iban del brazo y un tercero balanceaba lo que parecía un odre de vino. Finalmente se agacharon en una columnata y se perdieron de vista. Peleo tomó la antorcha y la apuntó hacia la pared de la escalera. El segundo piso se había derrumbado sobre el primero, dejando sólo parches de fresco por los que parpadeaba la luz que penetraba entre los escombros. Indignado porque los habían dirigido hacia un callejón sin salida, estuvo a punto de sugerir que se dieran la vuelta cuando vio una abertura. Señaló hacia ella e Idas, el más delgado del grupo, aceptó de mala gana explorarla. Descendió los primeros escalones, pero luego se vio obligado a deslizarse sobre la espalda y arrastrarse a través de un estrecho túnel de mampostería retorcida usando los dedos.

Estuvo fuera un breve tiempo que se les hizo eterno antes de que lo oyeran jadear de vuelta.

–¿Y?

–Puede hacerse, pero tú y tu hermano tendréis que contener la respiración.

–¡Hay guardias! –dijo Peleo entre dientes–. ¡No os mováis!

* * *

Jasón, Medea, Oileo y su grupo de argonautas habían llegado hasta el patio cuando oyeron pasos y conversaciones que se acercaban desde las mismas escaleras por las que iban a bajar. Jasón se alejó corriendo hacia las sombras con otros cinco o seis e hizo señas al trío atrapado en las escaleras para que corriera tras él. Sólo sus piernas eran visibles debajo de la cortina de oscuridad, así que vio los muslos de Linceo tensarse como si estuviera a punto de salir corriendo, pero luego se apresuraron a subir las escaleras. Los hombres de Minos, que estaban muy inmersos en la conversación, no oyeron el suave ruido de los pies sobre la piedra mientras los argonautas se retiraban a un piso más alto. Los guardias siguieron subiendo. Los argonautas ya no estaban a la vista, pero Jasón podía imaginarlos entrando en pánico y corriendo de regreso por donde habían venido.

Oileo señaló hacia el otro lado del patio. Una débil corona de luz emergía de una puerta. Quienquiera que fuera no tendría dificultad en distinguir a los fugitivos si llevaba consigo una lámpara, pues estaban acurrucados afuera del porche, casi enfrente. El corazón de Jasón dio un vuelco cuando Oileo le susurró que se moviera. Asintió y señaló hacia la puerta. Los cinco argonautas y Medea se encontraban dentro, justo cuando el guardia apareció. Debían haberle asignado una tarea de última hora, pues además iba con la hija de un escriba.

Se apresuraron hacia las sombras, evitando por poco un pozo de piedra en el suelo. Cuando la luz de la antorcha rozó las piedras, reveló un giro brusco a la izquierda. Jasón hizo un gesto para que le pasaran la lanza y, agachado, dobló la esquina, clavando la punta de bronce en la oscuridad. Cuando los ojos se acostumbraron, pudo distinguir a ambos lados una sucesión de pequeños huecos tallados en las paredes. Se oyó un ruido de garras afiladas sobre las losas y un pequeño chirrido más adelante, pero luego regresó el silencio sepulcral.

El pasaje terminaba de manera abrupta, lo que arrancó una maldición en voz baja por parte de Jasón.

–¿Qué pasa? –susurró Oileo.

–¡Mira! Tenemos que regresar y encontrar a los demás.

Jasón sintió la sombra voluminosa de Anceo acercándose a su hombro.

–Tendrán que correr el riesgo, Jasón.

–¿Qué?

–No podemos regresar, sólo espero que no los atrapen antes de que podamos escapar.

–¡No podemos dejarlos solos!

–Tiene razón, Jasón –dijo Meleagro con tristeza–. Pero es posible que puedan salir.

–No hay manera de avanzar, así que...

–No. Mira el suelo. –Anceo presionó la muñeca de Medea y la antorcha iluminó una losa cuadrada con un pequeño nicho cincelado en un lado, lo suficientemente ancho para meter los dedos–. Ayúdame a levantarla.

–Sostén esto.

–Cuando haya subido unos centímetros, vosotros dos tendréis que evitar que se caiga.

La losa era un poco más delgada que las otras que había alrededor, así que pudieron levantarla con facilidad, lo que desató una ráfaga de aire rancio desde abajo. Anceo señaló la abertura.

–Antorcha.

–¡Hay luz ahí abajo!

Oileo frunció el ceño a Jasón.

–No es bueno. Parece una trampa.

–Nadie nos guio hasta aquí.

–Nosotros iremos primero –dijo Cástor–. Siento que las trompetas están a punto de sonar ahí afuera.

Los gemelos espartanos dieron un paso adelante. Pólux fue el primero en bajar y descender por lo que parecía un abismo hasta que los dedos de los pies tocaron piedra.

–Escalones. –Hundió más el pie en las profundidades–. Están gastados y se caen por ambos lados, tened cuidado.

–¿Qué pasa con la trampilla? –dijo Cástor.

–Anceo, déjala un poco abierta.

Pronto los siete bajaron las escaleras y sus ojos vagaron por un almacén parecido a una cripta, de un poco más de veinte pasos en cada dirección. Había una puerta en un lado de la pared del fondo, a través de la cual parpadeaban pequeñas semillas de luz. La antorcha iluminó estantes repletos de frascos sellados y pequeños compartimentos apilados con cajas y ánforas polvorientas. Apoyados contra la pared del fondo vieron un par de estantes para lanzas, aunque sólo quedaban cuatro y una de ellas estaba deformada. Se agacharon mientras se arrastraban por la habitación, a pesar de que las vigas estaban a cierta distancia de sus cabezas, y levantaron con cuidado las lanzas del estante. La capa de polvo dejaba claro que nadie las había tocado en mucho tiempo, y en cualquier caso les vendría bien tener algo de protección adicional.

Jasón señaló con su arma hacia la cámara que había más allá y, cuando quedó claro que no había nada más que pudiera ser de utilidad práctica, cruzaron hacia los pocos escalones que conducían a la habitación. Se encontraron en una bóveda sostenida por una única línea de pilares rojos con bases negras. El aire allí tenía un olor agrio a sangre coagulada. Varias lámparas de aceite hechas de arcilla descansaban en estantes a lo largo de cada pared. En el otro extremo de la habitación había una estatua pintada de la Diosa Serpiente sobre un pedestal, iluminada por un grupo de lámparas. Su mirada parecía posarse sobre los argonautas, nada más entrar, lo que provocó que se estremecieran. Jasón se acercó a la lámpara más cercana. La mecha retorcida flotaba en aceite a un dedo de profundidad. Medea le dirigió una mirada cómplice.

–Estas lámparas se han llenado recientemente, ¿no?

–Debe haber habitaciones más allá. No pueden haber venido por donde nosotros.

–No. Creo que aquí abajo se celebran ceremonias secretas.

–Mira eso –dijo Jasón, señalando una mancha oscura en el pilar central y la piedra que había debajo–. Ceremonias en las que se sacrifican personas.

–Ariadna dijo que entregan animales en los pilares principales del palacio para apaciguar a Poseidón, el que agita la tierra. Ésta debe ser

una de ellas.

Se oyeron fuertes pisadas en el otro extremo de la bóveda, que paralizaron a los argonautas. Y entonces emergió de un pasadizo oculto, más allá de la estatua, tan densamente cubierto de músculos que sus movimientos eran extrañamente mecánicos y torpes. Pasó su lanza de una mano a otra, sonriendo a los intrusos sin rastro de malicia o rencor; un guardia tan familiarizado con el acto de matar que le daba lo mismo desearle a alguien un buen día o una buena noche. Iluminada desde abajo por las lámparas de aceite, la piel de Talos brillaba como bronce recién pulido.

–¡No! –gritó Cástor–. ¡Él no!

–El leño está de nuevo en el fuego –murmuró Meleagro.

Los argonautas comenzaron a retroceder hacia la habitación contigua, pero luego lo pensaron mejor. Sólo había una salida y alcanzarla sin daño parecía una posibilidad tan remota como detener el paso del sol.

Talos dio un paso adelante, torciendo el cuello hacia un lado con un estruendo, como una rama que se parte en una tormenta.

–¡Desplegaos alrededor! –ordenó Jasón–. ¡Acosadlo! ¡Cansadlo!

Jasón de repente soltó su lanza con la idea de aprovechar el elemento sorpresa. Zumbó hacia Talos, que no la esperaba y por tanto acusó el golpe en el hombro. Por primera vez, lo vieron registrar dolor cuando giró la cabeza hacia la franja de sangre. Luego llegó la ira. Se dirigió a Jasón con paso firme, pero éste retrocedió.

–¡Lanzas! –gritó.

Era el turno de Pólux. Con Talos a diez pasos de distancia, dejó volar su arma. Rápido como una víbora, Talos la atrapó con su mano izquierda, girándola para encarar al espartano sin detenerse. Pólux cargó hacia la izquierda y luego se desvió hacia el otro lado en un intento de rodear al gigante, pero Talos lo golpeó con el asta que acababa de atrapar, justo en el cráneo, haciéndolo volar sobre las losas.

–¡Hermano! –gritó Cástor, que apartó los ojos de Talos para acudir en ayuda de su pariente.

–¡No! –gritó Jasón–. ¡No!

Talos se hizo a un lado y lo sacudió contra el pilar, como un muñeco de trapo.

Anceo, Meleagro, Medea, Jasón y Oileo ahora estaban atrapados.

–¡Sal de aquí! –gritó Jasón a Medea–. ¡Rodéalo!

Los cuatro hombres se lanzaron contra Talos, quien detuvo fácilmente dos de las lanzas de derecha y revés. La punta de la tercera, la de Meleagro, le cortó el faldón, pero no le prestó atención.

Medea se escabulló hacia un lado y luego corrió más allá de Talos, atraída por una forma que había visto salir disparada de una jarra rota junto a la pared de la bóveda. Oyó un golpe, como el plano de una espada golpeando un músculo, y sintió el grito de Oileo en sus huesos. Miró hacia atrás y lo vio doblado por la mitad, agarrándose el costado mientras una de las lanzas de Talos se retiraba. Jadeó de pánico y se puso de rodillas. Un par de ojos amarillos la miraron con enojo desde el interior de la jarra y recordó lo que la sacerdotisa Ariadna había dicho sobre las serpientes domésticas que usaban para predecir el estado de ánimo del Agitador de la Tierra. Entonces, susurró un encantamiento que había aprendido de niña. Un jadeo entrecortado resonaba en las paredes mientras los hombres esgrimían, paraban y se cansaban, cubiertos de sudor. Talos, por otro lado, respiraba con normalidad, como si apenas hubiera empezado a calentar. Entonces se estremeció y siseó de dolor. Con el rabillo del ojo, mientras trataba de concentrarse en los ojos que no parpadeaban y la lengua que se movía, vio que Talos daba un paso atrás. Entonces su atención se vio atraída por otra forma sinuosa que se desprendía de una cavidad en la piedra.

Anceo vio cómo la punta de su lanza rasgaba la piel de Talos. Pero, justo después, sintió cómo el brazo se le entumecía, cómo el arma se le escapaba dando volteretas. Se agarró la muñeca y se apartó. Meleagro cubrió su retirada golpeando los muslos de Talos. El guardia lo apartó hábilmente con una lanza y azotó el antebrazo expuesto de Meleagro con la otra. Le hizo crujir el músculo, gritar de dolor, soltar la lanza. Los cuatro se abrieron paso a tientas por las paredes de la bóveda hacia Medea, mientras Talos ladeaba la cabeza con curiosidad antes de acecharlos.

Jasón trató de recuperar la lanza de Pólux. Sus ojos se encontraron con los de Medea por un breve momento, que se giró sorprendida. Se puso de pie y levantó los brazos por encima de la cabeza, cantando una maldición colca a Talos. Lo rodeó con la gracia de una pantera, feroz y sin pestañear, y los ojos de Jasón la siguieron, hipnotizados. Notó que las serpientes comenzaron a balancearse y a moverse hipnóticamente con la cadencia de sus palabras. Cuando las palabras perdieron su furia, un siseo sibilante las invadió, como el de las olas que chupan los guijarros de la orilla. La maldición se había convertido en una oración, o incluso en una canción.

Los dedos de Talos temblaron y ambas lanzas se le escaparon de las manos con estrépito. Los dedos de Jasón se cerraron alrededor del asta que yacía junto a los espartanos inconscientes. Sus ojos se dirigieron a Talos, ahora en un ángulo oblicuo con respecto a él, rígido pero con los tendones trabajando debajo de la piel de su mano. Jasón se deslizó hacia él como una salamandra, la túnica raspando las losas polvorientas, desesperado por no romper el hechizo lanzado por la voz de Medea. Podía sentir a Anceo y Oileo tensándose detrás de él, conteniendo la respiración con el mismo pensamiento tácito.

A una pértica de los pies de Talos, sintió que el encantamiento de Medea perdía poder. Los músculos de Talos se tensaron como si estuviera a punto de reanudar su ataque.

Media pértica.

La punta de la lanza de Jasón golpeó una losa mientras avanzaba arañando el suelo. Oyó una inhalación y Talos estiró el cuello. Se giró hacia su enemigo, lo observó. Jasón no estaba en una posición fuerte, pero se lanzó hacia delante de todos modos, hundiendo la punta de la lanza en el pie de Talos. El gigante se estremeció. La hoja no alcanzó el hueso del tobillo, pero le cortó el tendón, que debido al enorme peso que soportaba acabó por estallar en un chorro de sangre oscura. La luz se atenuó cuando Talos inhaló aire y gritó de dolor, saltando sobre el pie sano y agachándose para coger las lanzas.

–¡Ahora! –gritó Jasón.

Oileo, Anceo y Meleagro se abalanzaron sobre las lanzas y las clavaron en el pecho de Talos antes de que sus dedos tocaran el suelo. Sus muñecas temblaron cuando las puntas encontraron las densas placas de músculo y, momentáneamente, se preguntaron si el bronce penetraría aquella piel. Talos se tambaleó hacia atrás con una mirada lastimera de traición en sus ojos, presionando el trío de heridas e inspeccionando sus manos empapadas de sangre en estado de conmoción. Golpeó la pared de la bóveda y se deslizó al suelo, volcando una lámpara de arcilla, que se hizo añicos en el suelo. Cuando Talos exhaló el último suspiro, su sangre vital se mezcló con el aceite de oliva y la mezcla grasienta fluyó por las grietas de las losas.

Los argonautas lo vieron morir y luego se apresuraron hacia las siluetas inertes de Cástor y Pólux. Cástor se recuperó primero, aturdido y magullado, pero las heridas de Pólux eran mucho más graves. Mientras su hermano lo sujetaba, murmuró incoherencias. Medea expuso con delicadeza el bulto del tamaño de un huevo que tenía en la parte posterior del cráneo.

–¿Vivirá? –preguntó Cástor.

–Necesita agua fría. La hinchazón...

–¿Vivirá?

–Se cayó con el golpe y es fuerte. Sí, vivirá.

–Ayúdame a llevarlo.

–Lo haré yo –gruñó Anceo–. Colócalo sobre mi espalda.

–¿Oileo?

Hizo una mueca de dolor al ver a Jasón.

–Está bien. Quiero saber cómo supo dónde estaba mi herida.

–Porque caminas como un anciano. –Miró a Talos, cuyos ojos oscuros y sin vida los observaban desde la muerte.

–Medea, nos has salvado la vida. –La joven se estremeció. Acto seguido, se cubrió el pecho desnudo con un chal.

–La diosa está enfadada. Debemos irnos de aquí.

Recuperaron las lanzas de Talos y cruzaron la bóveda hacia la estatua de la Diosa Serpiente. Detrás del pedestal había una pared divisoria y más allá se extendía otra cámara, mucho más pequeña y estrecha.

Diversas reliquias sagradas se alineaban en las paredes, iluminadas por más lámparas de arcilla: trípodes, cuencos, vasos de libación y cofres marcados con símbolos desconocidos.

–¡Escuchad!

Los brazos extendidos de Medea los detuvieron en seco. Al principio sólo se oyó el correteo de pequeños pies que arañaban el suelo, pero luego, débilmente, un gemido y una maldición, en lo profundo de las entrañas del lecho de roca.

–¡Suena como el Agitador de la Tierra! –susurró Jasón.

–Celdas de prisión –declaró Oileo–. Pelias adaptó el sótano del palacio: reconocería ese sonido en cualquier lugar. Vamos.

Continuaron. Sintieron que el suelo comenzaba a elevarse mientras serpenteaba hacia la izquierda, hasta que desembocó en un pasadizo con canales de drenaje que brillaban con un hilo de agua. Un susurro de aire fresco se deslizó desde la izquierda, así que lo siguieron. El pasaje continuó su ascenso gradual, girando bruscamente sobre sí mismo. En el otro extremo, un charco de luz de luna se derramaba sobre una piedra de dintel que yacía rota sobre un umbral en ruinas. Aceleraron el paso y llenaron los pulmones con el aire de la noche. Jasón se abrió paso entre los escombros. Al otro lado de una terraza cubierta de vegetación, a veinte pasos de distancia, se extendían arboledas de olivos y almendros, coronados de plata por la luz de la luna. La luna creciente. La temporada de navegación terminaría en cuestión de días, una semana como máximo. Al diablo con la precaución.

–Esperad a mi señal –susurró Jasón.

Sin detenerse a esperar ninguna objeción, miró en dirección a la fachada del palacio. A lo largo de la línea de balcones y galerías con columnas, todo estaba en silencio. Sus ojos recorrieron la terraza que tenían delante. A la derecha vio lo que parecía una zona de teatro con gradas, de las que se habían quitado piedras para reparar otras partes del palacio. Más allá, contra el cielo púrpura de la noche, pudo distinguir los contornos de las colinas del norte. A la izquierda, el palacio sobresalía, oscureciendo lo que esperaba que fuera el camino costero

por el que los habían traído, esa misma jornada. ¿O fue el día anterior? En el laberíntico palacio era complicado percibir el paso del tiempo.

Jasón agarró su lanza con fuerza, miró una vez más alrededor y luego corrió hacia las arboledas. Sintió que el vello de la nuca se le erizaba ante el temor que surgiera cualquier desafío desde el interior del complejo. Se adentró en las sombras de los árboles y saboreó el aroma fresco de las hojas, el olor de la libertad. Se agazapó junto a un olivo retorcido y miró hacia la puerta rota, examinando las paredes y los pasillos en busca de señales de guardias. Todo estaba despejado. Se preguntó cómo les iría al resto de los argonautas en ese mismo momento, que esperaban fervientemente que Linceo y la pareja que lo acompañaba hubieran evadido de alguna manera a las patrullas errantes. En algún momento, seguramente en cualquier momento, descubriría que todos habían escapado. Cada instante era tan valioso como el oro.

Se arrastró por la arboleda y miró a la derecha. Desde allí, tenía una vista más clara del lado occidental del palacio, en su mayor parte envuelto en la oscuridad. Diez pértigas más abajo podía distinguir los pozos circulares, ahora abarrotados de basura y, agachada sobre el pedestal que dominaba los escalones que daban a la entrada principal del palacio, la estatua de Talos. Estaba seguro de que la muerte del amado guardaespaldas de Minos sería comparable a la pérdida de los vellocinos de oro por parte de Eetes. ¿Alguna vez la pronunciación de un simple nombre generaría más amargura y odio a lo largo de los siglos que «*Argo*»? Jasón se aseguró de que los argonautas lo estuvieran mirando y luego les hizo una seña para que se acercaran.

Tan pronto como Anceo salió de la puerta y ayudó a Medea a pasar por los bloques rotos, Jasón notó movimiento a su izquierda. Un par de guardias emergieron de la esquina noroeste del palacio con lanzas en la mano y espadas en los cinturones. Jasón creyó reconocer los pasos seguros del capitán que los había sorprendido en casa de Pijasiros y su mirada se dirigió a los argonautas, ajenos al peligro que se avecinaba. Jasón hizo un gesto frenético hacia ellos, lanzando una piedra imaginaria y agitando los brazos.

Fue Medea quien lo notó. Puso una mano restrictiva sobre la muñeca de Oileo y señaló las figuras que ahora estaban a la vista. Tuvo la presencia de ánimo para quitarse el chal y apagar la llama chispeante de la antorcha. Los argonautas se hundieron en el escondite de la puerta, evitando movimientos rápidos. A Jasón se le secó la boca al ver a los guardias ponerse a su altura. Incluso una mirada rápida a la izquierda y tendrían una buena oportunidad de ver las siluetas que acechaban junto a la puerta en ruinas. La idea de distraerlos entró en su mente, pero no tenía medios a mano. Recordó la habilidad de uno de los pastores en el monte Pelión para imitar pájaros y animales lanzando su voz, pero incluso entonces los mejores esfuerzos de Jasón al respecto habían sido poco convincentes.

Contuvo la respiración, deseando que siguieran mirando hacia delante o incluso que echaran un vistazo hacia los olivos y los almendros, donde estaba seguro de que no lo podían ver. Soltó el aliento poco a poco mientras, milagrosamente, los guardias pasaron por la puerta, caminaron más allá de los pozos y se perdieron de vista. Jasón cerró los ojos y murmuró una oración antes de llamar a sus compañeros una vez más.

Anceo se estiró entre las sombras y se echó a Pólux sobre los hombros antes de correr a través de la terraza, seguido por los demás. Llegaron sanos y salvos, aunque, a oídos de Jasón, el ruido de su carrera fue un estruendo atronador. Pólux comenzó a moverse y a gemir, así que su hermano le puso un dedo sobre los labios para que volviera a enmudecer. Otra comprobación, y se fundieron en el escondite de la arboleda, sin poder creer en la buena suerte de estar respirando el aire fresco de la noche.

XXI

Desde las sombras, los ladridos de los perros los acompañaban mientras se apresuraban por el camino que conducía al palacio. El jadeo de su respiración, en ausencia de otros ruidos, parecía absurdamente fuerte. Pero nadie los interceptó. El débil resplandor de las lámparas de aceite se filtraba a través de algunas contraventanas, pero las casas que se alzaban y desaparecían estaban principalmente a oscuras. Las nubes se desplazaban más allá de la luna creciente y el aire era frío. Pólux respiró profundamente mientras vacilaba, en un intento por apartar el dolor punzante del cráneo. El deseo de tocarse la cabeza hinchada era irresistible, enloquecedor. Cada vez que lo intentaba, Medea le apartaba la mano murmurando un suave reproche. Tropezaba con frecuencia, pero siempre sentía que unas manos fuertes lo sujetaban y lo ponían de pie. Conforme las casas se alejaban, sintieron que el camino comenzaba a descender hacia Amnisos. A ambos lados, los olivos se agrupaban en sombras retorcidas. Tanto era así que, de vez en cuando, una rama que sobresalía los golpeaba, haciéndolos jadear y estremecerse. En un par de ocasiones, Jasón creyó oír voces lejanas, pero no vio nada en los rostros de los demás, sólo fatiga y tensión.

El olor salado del mar y, momentos después, el incesante mutismo de las olas anunciaron la llegada a la costa. Pasaron en silencio por la torre de vigilancia, aunque no había guardias, así que se unieron a la carretera costera. La visión del *Argo* anclado junto a otros mercantes inundó a Jasón de gratitud. Quería correr hacia él y abrazar su imponente popa.

–Guardias –susurró Anceo, interrumpiendo los pensamientos de Jasón.

–¿Dónde?

–Quiero decir que puede haberlos. El *Argo* estará bajo vigilancia.

Redujeron el paso y caminaron entre las sombras proyectadas por la luna y las estrellas, escuchando atentamente los sonidos de la noche. Un perro callejero ladró, muy cerca, y otro respondió, más lejos.

–Allí –dijo Cástor, chasqueando los dedos y señalando el suelo.

Una mancha oscura de sangre delataba una refriega violenta y un cuerpo que estaba siendo arrastrado hacia la oscuridad. No había ningún rastro visible de él, aunque nadie tenía la intención de ir a buscarlo.

–Uno de ellos, espero –dijo Jasón.

Pronto dejaron el camino y se dirigieron hacia el espolón de roca, en el lado opuesto del cual se encontraba la casa de Pijasiros. Miraron hacia atrás, sin poder creer que no los persiguiera una tropa de guardias de Minos. Jasón reunió a sus siete compañeros en la playa, fuera de la vista de la villa.

–Esto es difícil de decir, pero... –respiró profundamente–. En fin, no podemos esperar para siempre. Así que sacaremos a nuestros hombres de esa casa y los subiremos a bordo del *Argo*. Cualquiera que escape del palacio sabe dónde estamos, pero en el momento en que veamos a un guardia, tendremos que zarpar. –Miró a cada uno de ellos, a sus rostros marcados por las bolsas bajo los ojos y el estrés. Las experiencias vividas los habían envejecido–. ¿Alguien está en desacuerdo?

Oileo negó con la cabeza.

–No hay elección. Anceo, ¿lograrás que zarpemos?

El timonel se lamió los gruesos labios, se volvió hacia la costa y cerró los ojos.

–No hay brisa; eso no es ni bueno ni malo. Tendremos que remar duro con los que queden, pero... se puede hacer.

* * *

Jasón sólo se detuvo a escuchar contra la puerta de la villa de Pijasiros por un momento, pero estaba seguro de que oía voces. Dio un paso

atrás y pateó las hojas, medio esperando la traición de los guardias de Minos. Tras esto, los argonautas entraron en el pasillo oscuro, con las lanzas preparadas. Hubo una andanada de maldiciones y una carrera por las armas, pero los primeros rostros que vieron fueron los de los gemelos tracios, Calais y Zetes, con sus pequeños dientes puntiagudos al descubierto en sonrisas que parecían un rictus. Detrás de ellos, Teseo, Acasto y algunos otros. El propio Pijasiros estaba boquiabierto en el pasillo de la sala, secándose la frente. Cuando vio a Jasón, juntó las manos y miró al cielo.

–Por los dioses, esto es... un milagro. ¡Una especie de milagro! ¡Nadie ha escapado nunca de ese lugar!

Jasón lo ignoró, pero notó la sonrisa forzada en el rostro de Acasto mientras contaba a los hombres en la habitación.

–Nos faltan dos. ¿Dónde están?

–Cefeo, el Arcadio. –Teseo miró al suelo.

–¿Y? –Jasón miró a los ojos de uno en uno, pero los argonautas negaron con la cabeza. Jasón observó sorprendido a Orfeo, que salía de la habitación al borde de las lágrimas–. ¿Y bien?

–Periclímeno tampoco lo ha conseguido –dijo Teseo, mirando con desagrado a Acasto–. Pero vendieron caras sus vidas. Orfeo dio buena cuenta del vigilante que mató a su amigo. De hecho, tuvimos que apartarlo de él a rastras.

Jasón empalideció.

–¿Alguno escapó?

–Imposible, dado que les cortamos las gargantas.

Oileo se frotó los ojos, sintiéndose completamente agotado.

–Periclímeno tenía un hijo pequeño. Estaba deseando volver a verlo.

Zetes escupió al suelo.

–Que le den al rey Minos.

–¿Dónde están los cuerpos?

–No tuvimos más remedio que dejar a los nuestros junto a un santuario, en una tumba muy poco profunda. Arrastramos a los guardias hasta una zanja, donde los perros puedan comérselos.

Jasón recordó la mancha de sangre al costado del camino. Seguramente debía haber más, que habrían pasado por alto. La muerte de otros dos argonautas lo enfermaba, especialmente después de todo lo que habían pasado juntos. Pero no serían los últimos en caer antes de que terminara la noche. ¿De cuántos huérfanos sería responsable al echar cuentas?

–Lo habéis hecho bien, todos vosotros –dijo, esperando que las palabras no sonaran tan huecas como las sentía.

Dos cuerpos más, condenados a yacer bajo suelo extranjero. Y tan cerca de la seguridad.

Se volvió hacia Acasto, al que entregó una mirada cargada de desprecio. ¿Podría haberse quedado atrás mientras sus camaradas luchaban por sus vidas? El joven solía dudar a la hora de matar a un enemigo. Pero, al mirar por encima del hombro la silueta abatida de Orfeo, apoyado en el marco de una puerta y contemplando el mar, decidió que debía consolarlo.

–Dime, Jasón: ¿Minos sigue vivo? –preguntó Pijasiros.

Jasón vio una copa de vino en una mesa junto a su anfitrión. La vació y señaló a los demás.

–Necesitan comida y agua antes de que nos vayamos.

Pijasiros enarcó las cejas e hizo sonar las palmas para su mayordomo.

–Por supuesto, pero por ahora estáis a salvo, ¿no?

Jasón negó con la cabeza.

–Minos todavía vive, junto con la mayoría de sus guardias. Aunque su favorito, Talos, está muerto. Vendrán a por nosotros pronto, si no lo han hecho ya. Especialmente a por ti, Pijasiros. Te la tiene jurada. Así que nadie está a salvo.

–¿Talos está muerto? –Pijasiros se volvió hacia su esclavo y se acarició la barba–. ¿Has oído esto, muchacho? No. Estoy listo para él y mi lugar está aquí.

–Como desees. El resto tenemos que cargar el *Argo* y prepararnos para zarpar.

XXII

Alcimede se secó el cabello con una toalla y apartó los dedos de la criada que le habían asignado.

–¡Deja de molestarme, niña! ¿Acaso crees que soy incapaz de bañarme sola o de lavarme el cabello? ¿O de alimentarme sola?

–Por supuesto, mi señora.

La joven hizo una reverencia con la cabeza y dobló las rodillas, retrocediendo hacia una esquina de la habitación para esperar más instrucciones. La expresión de Alcimede se suavizó al contemplar de nuevo a la joven, que se retorcía las manos. Tenía ojos grandes y castaños, así como un cabello tan fuerte y rebelde que parecía casi una esponja. Amenazaba con salirse del pañuelo que apenas lo controlaba.

–¿De dónde eres, mi niña?

Los ojos de la criada se posaron en ella con sorpresa, antes de volver al suelo.

–No lo sé con seguridad, mi señora. De algún lugar de Anatolia.

–¿Tus padres?

Al no estar acostumbrada a esas preguntas, la chica sólo pudo encogerse de hombros durante un largo rato.

–Entonces, te mereces algo de suerte. He vivido una vida muy sencilla durante mucho tiempo. Mis necesidades son pocas, ¿entiendes?

La muchacha asintió. Alcimede respiró profundamente y suspiró.

–Dado que tú y yo, al parecer, estamos destinadas a pasar mucho tiempo juntas, me gustaría que al menos hablaras. Los dioses saben que echo de menos la conversación. ¿Por qué no te sientas ahí, en esa silla, y traes una lámpara?

La muchacha hizo lo que le dijo y se sentó vacilante frente a ella.

Alcimede la miró con el entrecejo fruncido.

–¿Por qué tiemblas?

–Lo siento. Voy a...

–Si tienes frío, cosa que dudo porque la estancia está cerrada, puedes buscarte una manta. Pero, si no es por eso, debes aprender a dejar de temblar. No te lo tomes a mal.

Después de unos momentos, la muchacha se recompuso e incluso forzó una breve sonrisa.

–Mucho mejor. –Ahora que la había tranquilizado, Alcimede se dio cuenta de que no sabía realmente por dónde empezar. Parecía probable que más de veinte años las separaran, pero entonces se le ocurrió una idea–. ¿A quién...? Lo siento, ni siquiera sé cómo te llamas.

–Mysa, mi señora.

–¿A quién serviste antes que a mí, Mysa?

El rostro de la muchacha se ensombreció un poco.

–A la reina Filómaca.

Escuchar el nombre de la reina muerta ejerció un efecto peculiar sobre Alcimede, aunque era poco probable que la joven hubiera sido entregada a alguien más, salvo quizás a las hijas de Pelias. Repitió el nombre en voz baja.

–¡Ah! La reina Filómaca...

–Sí, mi señora.

–¿Y estabas con ella en sus últimos momentos?

Mysa se estremeció y miró hacia otro lado.

–Lo estaba.

–Bueno, no nos detengamos en eso. ¿Cómo te trató, cuando estaba... viva?

Los ojos de Alcimede se encontraron con los de la esclava y se intercambiaron un mensaje claro.

–Tan bien como podía esperar, mi señora.

Notó que sus manos habían comenzado a temblar de nuevo.

–¿Alguna vez te golpeó?

La mejilla de Mysa se contrajo, como si un gorrión la hubiera picoteado.

–Sí, lo hizo.

Le pareció cruel insistir en el asunto, pero Alcimede quería saber más. Se aclaró la garganta.

–¿Y qué hay de Pelias? ¿También lo hizo?

–Oh, no, mi señora. Siempre ha sido bastante amable.

–Él... amable. ¿En serio?

Mysa se mordió el labio.

–Habla abiertamente, mi niña. La verdad es el bien más importante para mí, no los perfumes ni las baratijas.

Mysa miró a Alcimede a los ojos y asintió.

–Él... A menudo discutían, mi señora, sobre muchas cosas. Pronto aprendí a evitar a la reina cuando discutían, porque entonces... era cuando ella me golpeaba. Me dijo, justo antes de asignarme a ti, que me tratarías mejor.

Alcimede se acercó y le puso una mano gentil en el hombro.

–Y en esto tenía razón, Mysa. Nadie volverá a levantarte la mano, ¿me oyes?

La criada logró esbozar otra sonrisa, que esta vez duró más tiempo.

XXIII

El *Argo* estaba sucio, pero al menos parte del agua de sentina se había evaporado después de un día de exposición al sol. Se sentaron en silencio mientras Jasón paseaba por el muelle. El vacío que quedaba en muchas de las bancadas pesaba sobre ellos. Oileo se unió a él, y ambos miraron el camino iluminado por la luna que conducía al palacio, mientras imploraban en silencio que el resto de los argonautas aparecieran.

–Aunque esto sea todo lo que nos queda, Jasón, piensa en lo que dijo Pijasiros: es un milagro que hayamos salido de allí con vida. Medea y tú habéis obrado un auténtico milagro, surgido de la nada. ¿Me oyes? ¿Qué más podíais hacer?

Jasón guardó silencio durante unos momentos.

–De todas las cosas que hemos visto y hecho en ese palacio, la visión de Linceo y los demás con él, corriendo escaleras arriba... Eso es lo que se me quedará grabado en la memoria. Sólo un poco más y podrían haber estado de vuelta en el barco. En cambio, nos quedamos con Acasto.

Oileo pensó en ello. Era cierto que el hijo de Pelias todavía vivía principalmente gracias a la valentía de los demás.

–Lo sé –dijo–, pero aún podría resultar útil. Más manos en un remo.

Jasón se quedó helado.

–¿Habéis oído eso?

–Tendría que ser sordo para no oírlo.

Oileo se volvió hacia los argonautas. Estaba claro por las miradas en sus rostros pálidos que ellos también lo habían oído. El lejano gemido

de un cuerno.

–¡A los remos, listos para remar como Zeus con su trasero en llamas!

–¡Pero nos perseguirán!

Jasón miró fijamente a Acasto. Luego sus ojos recorrieron las galeras amarradas junto al *Argo*. Todas ellas, excepto una, parecían barcos mercantes.

–Deberíamos haber arrojado los remos por la borda.

Oileo hizo un ruido de exasperación y corrió por el muelle para inspeccionar la galera. El barco parecía veloz, y tenía los remos perfectamente acomodados en los bancos. Recorrió con la mirada el armazón.

El cuerno sonó de nuevo, más sostenido esta vez.

–No hay tiempo –anunció Oileo–. Los lazos de los remos están apretados y engrasados. Tendríamos que quemarlos.

–No tenemos una antorcha.

Oileo espetó a Acasto:

–¡Entonces considera la idea muerta!

Se quedaron en silencio otra vez. El agua gorgoteaba debajo de ellos, golpeando el casco. Reacomodaron sus traseros en las bancadas. Calais y Zetes dieron unas paladas en el aire, asegurándose de que sus palas tuvieran un barrido limpio a través del agua. Satisfechos, las bajaron y esperaron. Anceo agarró los remos del timón, empujándolos de un lado a otro. Comprobó su perfil en el agua, particularmente el que había reemplazado, murmurando para sí mismo que estaban en buen estado, que todo eran manías suyas.

Los ojos de Jasón y Oileo no dejaron de escrutar el camino, concentrados en la extensión que se alejaba de la costa hacia las colinas del interior. Nada se movió. Las advertencias que sonaban dentro del palacio seguramente eran en respuesta al descubrimiento de Talos o de los cuerpos de los otros guardias. Siendo ése el caso, las únicas personas que podían esperar serían los hombres de Minos, y su sangre estaría caliente. El camino seguía vacío.

Jasón se volvió hacia Oileo, convencido de que debía abordar el *Argo*. Sus labios estaban a punto de moverse cuando oyó algo, al igual que su

amigo, que levantó una mano. Pasos pesados, respiración agitada. Los sonidos de los atletas al final de una carrera de larga distancia. Una maldición, gemidos y gritos de aliento. Aparecieron figuras de hombres, a tres pértigas de distancia. Jasón y Oileo dieron un paso atrás. Algunos de ellos estaban armados. Los hombres de Minos.

–Subid...

–¡Esperad, esperad!

Jasón observó cómo las figuras se hacían más grandes. En caso de que llevaran armas arrojadizas, podrían golpear a los argonautas incluso tras soltar amarras. Necesitaban abordar. Ahora.

–¡Ése es Butes!

Jasón entrecerró los ojos y vio que Oileo tenía razón. No había posibilidad de confundir la forma en que corría con la cabeza inclinada como un toro. La pareja saludó a los hombres que se acercaban. Incluso a cincuenta pasos de distancia, podían ver la mirada angustiada y aterrorizada en sus rostros: Butes, Idas, Peleo, Telamón... No más de once o doce en total. El tramo de carretera tras ellos permanecía vacío.

–¡Subid! –gritó uno de ellos.

Los rostros de los argonautas se arrugaron por el dolor mientras subían y cruzaban la rampa de embarque con los pulmones ardiendo. Jasón les dio una palmada en la espalda conforme pasaron por su lado y notó que estaban empapados de sudor.

–¿Queda alguien?

El pecho de Peleo subía y bajaba como el de un caballo de guerra. Sacudió la cabeza con firmeza. Jasón miró a lo largo del camino por última vez. Habían aparecido más figuras. Oileo los miró fijamente.

–Tenemos que irnos. Ahora mismo.

Quinta parte

Nostos

I

El pastor entrecerró los ojos y se los protegió mientras el muchacho sujetaba el cayado que le colgaba del codo.

–Baba, ¿qué pasa?

No respondió enseguida, sino que permaneció callado mientras las ovejas balaban y las gaviotas graznaban. Luego se volvió hacia el muchacho.

–Hay que dar el aviso. Un barco del sur. Vela roja y blanca. ¡Date prisa!

El muchacho asintió y se alejó de manera apresurada por el camino de las cabras, hacia la pequeña granja, donde su hermano mayor estaba recogiendo leña. Cuando lo vio correr por el camino, saltando sobre raíces de árboles y rocas afiladas, inclinó hacia atrás su pétaso y se secó la frente.

–¿Qué hay?

–¡Un barco! ¡Un barco! –El muchacho tenía los ojos muy abiertos y estaba corto de aliento–. Vela roja y blanca. ¡Tenemos que avisarles! ¡Cuanto antes!

–Yo me encargo –dijo, mientras recuperaba una calabaza de agua.

Bebió un trago y se echó el resto sobre la cara y el cabello. Luego partió hacia el puerto de Citnos a grandes zancadas, mientras su hermano pequeño lo observaba, radiante de emoción y orgullo.

* * *

Esa noche, el paseo marítimo del puerto de Citnos volvió a estar iluminado por lámparas y fuegos. El humo de varias cabras asadas se

elevaba hacia el cielo acompañado de música y risas. Comparado con el botín del barco egipcio, el del día era modesto, pero aun así representaba más de lo habitual. Había varias copas de plata con dos asas e incluso un ritón dorado con forma de cabeza de toro. El resto del botín estaba compuesto sobre todo por piedras preciosas y joyas, algunas de las cuales claramente habían sido arrancadas de los cuellos de mujeres de gran riqueza. El lapislázuli era el más fino que hubiesen visto nunca. También había algunos lingotes de cobre y uno de estaño, vasos de bronce para beber y dagas decorativas de bronce. Y una muchacha. De labios carnosos, vivaz, con unos ojos oscuros que brillaban de odio. Ya había mordido a uno de los isleños, por lo que había sido golpeada y arrastrada a la casa de la vieja matriarca con quien ahora se alojaban Calídice, Sésara y Demo.

Las hermanas estaban sentadas en la periferia de los festejos, charlando tranquilamente, cuando Glauco se acercó a ellas.

–Esto es para vosotras –le dijo a Sésara, que estaba más cerca de él–. También hay más joyas ahí abajo.

Se quedaron en silencio cuando Glauco le entregó el ritón a Sésara. Lo aceptó con emociones encontradas, y la vergüenza era la principal. Estaba bellamente elaborado y era, sin duda, el artículo más caro que jamás tuvo en sus manos. Pero había sido robado mediante la violencia, como todo lo demás, así que lo contempló como si fuera un murciélago que mostrara los dientes. Tanto fue así que estuvo a punto de devolvérselo, pero Calídice le puso una mano gentil en el antebrazo.

–Lo aceptamos. Yo diría que ya tenemos suficiente para canjearlo por grano, en casa. Por cierto, tú también te has vuelto rico. –Calídice lo miró a los ojos, pero él apartó la vista–. Así que es hora de que nos lleves de regreso a Eleusis, mientras el clima todavía se mantenga. Nos diste tu palabra.

Glauco se quedó en silencio por un momento.

–La di –dijo, en voz baja.

Lo vieron alejarse y las dudas comenzaron a carcomerles el corazón.

Dos isleños estaban apoyados contra una pared, de espaldas a los que bailaban y cantaban. Uno de ellos, llamado Dimi, entrecerró los ojos

mientras Glauco se acercaba y se apartó de la pared. Un isleño borracho se tambaleó frente a él y lo empujó a un lado, haciéndolo gruñir confundido. Dimi le hizo una seña al otro hombre. Glauco miraba al suelo mientras se ponía a su altura y se sacudió sorprendido cuando Dimi lo tomó por el hueco del codo.

–¿De qué ha ido todo eso? –preguntó, inclinando la cabeza hacia las tres hermanas.

Glauco miró tanto a Dimi como a su amigo. Si habían estado bebiendo algo del vino que ahora se derramaba en las copas a lo largo del puerto, no se notaba. Él frunció el ceño ante la mano que le agarraba el brazo. Lo soltó.

–Quieren irse a casa, tal y como acordamos.

–Y, por supuesto, estabas a punto de pedir nuestra opinión, ¿verdad?

–¿De veras?

–Sí. Y te habríamos respondido que no.

–¿Acaso debe importarme lo que digáis?

Dimi mostró los dientes y se acercó un paso.

–Vacié una aljaba en los vientres de esos marineros. Mi hermano puede que nunca vuelva a usar su brazo. ¿Crees que puedes usar nuestra isla como base, a nosotros como cebo, y luego simplemente desaparecer en el horizonte? ¿Tan crédulos te parece que somos?

–¡Os he hecho ricos! ¡No teníais nada antes de que llegáramos aquí, salvo vuestro barco y las redes!

Los ojos de Dimi se llenaron de ira.

–No me gustan los continentales ni vuestras niñas malcriadas. Pero os quedaréis aquí. Aún no hemos sido lo bastante recompensados por los riesgos asumidos. Ni de lejos. Así que os iréis cuando os lo permitamos. –Sacó un cuchillo y lo pasó ante los ojos de Glauco. El cobre destelló a la luz de un brasero cercano–. De lo contrario, nunca os marcharéis. Tu barco es nuestro barco ahora. –Levantó la barbilla hacia las niñas. En ese momento, Calídice lo miró–. Y también tus pequeñas bailarinas.

Glauco apretó la mandíbula para contener el impulso de golpearlo, pues sabía que no acabaría bien para él. Los de Citnos se hicieron a un

lado y le permitieron pasar. Respiró profundamente y pasó junto a los juerguistas de camino a sus habitaciones, con la mente acelerada.

II

Glauco, que apenas había dormido aquella noche, salió a caminar justo antes del amanecer. Sólo vio a otra alma, desplomada contra un árbol, con una vasija de vino todavía en la mano. A unos pocos pasos de él, esparcidos por aquí y por allá, se sucedían varios círculos de ceniza gris y un puñado de copas rotas. Podía ver la oscura silueta de su barco, balanceándose contra las suaves olas, a un tiro de piedra. La tentación de ir a verlo, tal vez incluso de soltar amarras y abandonar esa isla venenosa, era fuerte.

Pero no dudaba de que habría hombres vigilando, tal vez incluso a bordo. Y estarían más o menos sobrios, con sus armas a mano, mientras que él sólo había traído consigo una espada corta que era poco más que un cuchillo. Dejó atrás el pueblo y siguió un sendero que ascendía hacia el este y se perdía entre los pinos que cubrían el terreno más alto. Aunque se sentía mejor por el aire fresco, sus pensamientos seguían obstinadamente amarrados. En pocas horas, las hermanas lo presionarían para que levara anclas y se fueran. Ya se resistían a su arresto domiciliario, como lo llamaban. Después de quejarse de sus habitaciones sofocantes, habían ganado un poco de espacio en su nuevo alojamiento, aunque fuera a costa de algo de libertad. Tenía que admitir que sus últimas quejas no carecían de fundamento: su casera hacía demasiadas preguntas y se enojaba con facilidad. Así que decidió que aún no podía enfrentarlas y regresó a su habitación antes de que los isleños comenzaran a salir de las suyas.

Un par de horas más tarde, los gritos excitados y las conversaciones apresuradas lo despertaron de un sueño profundo. Se quitó las sábanas,

abrió una de las ventanas y miró hacia fuera. En la parte delantera, el corredor larguirucho del sur de la isla había regresado, con el pecho agitado. Su rostro brillaba por el sudor y los lugareños se arremolinaban a su alrededor.

–¡Otro barco! ¡Y es muy parecido al último!

Glauco se frotó la cara y caminó por la habitación mientras sus pensamientos se calmaban. Lo mirara como lo mirara, parecía que la decisión le había sido arrebatada de las manos. Se echó agua en la cara con el aguamanil que estaba en el cuenco de su mesa y bajó corriendo las escaleras para encontrar a las hermanas.

Calídice, Sésara y Demo ya estaban afuera, a unos cien pasos más adelante. Corrió hacia ellas. Calídice tenía las manos en las caderas y lo miró, ceñuda, cuando se acercó.

–La respuesta es no.

–Escucha –dijo Glauco, recuperando el aliento–. Sólo escúchame...

–¿Con qué te amenazaron anoche?

Glauco miró a Sésara con sorpresa. La más joven había desarrollado un tono de voz que no le gustaba mucho.

–Piensa que no he sido justo con el botín. –Levantó las manos en el aire–. Dimi pensó que su hermano merecía más. Eso fue todo.

Sésara murmuró sin comprometerse.

–¡No somos prostitutas! –siseó Demo–. ¡Odiamos en lo que nos hemos convertido aquí! Lo que nos has hecho hacer. ¡Lo odiamos!

–Hiciste una promesa. Incluso si no podemos castigarte por romperla, rezo para que los dioses lo hagan. ¡Y cuanto antes! ¡Queremos ir a casa!

–¡Hemos terminado aquí! –añadió Demo–. Nos llaman sirenas, pero aquí quienes enredan son todas estas personas. ¡Y nosotras somos las que estamos atrapadas!

Glauco escuchó la actividad por encima de su hombro. Hubo una ligera pausa en el parloteo y supo que los isleños lo estaban esperando.

–¿Y bien? –preguntó Calídice. Una suave brisa jugueteó con su cabello oscuro y se lo metió detrás de la oreja con irritación–. ¿Cuándo zarpamos?

–¿Glauco?

En aquel acento áspero reconoció a Dimi.

Cerró los ojos y suspiró.

–Mira, estoy en problemas. Parece que la buena gente de Citnos le ha cogido el gusto a esto y no me dejarán zarpar con vosotras. Vuestras vidas no corren peligro, pero la mía sí...

–¡Glauco! ¡Termina de una vez!

–¡Escúchame! –Alzó la voz para adelantarse a la queja de Calídice, y ella arqueó una ceja–. Puede que tengáis lo suficiente para salir de la hambruna en Eleusis o puede que no. No lo sé. Lo que sí puedo deciros es que con un botín más como el de ayer seguro que lo tendréis, de sobra. Os doy mi palabra, pero no os obligaré.

Parecía que quería decir algo más, aunque luego giró sobre sus talones y se dirigió de nuevo hacia el puerto.

* * *

Nadie hablaba a bordo del *Argo*. El crujido de las palas al girar hacia el tolete y el gemido del mástil hablaban lo suficiente por todos ellos. La devastadora pérdida de cinco camaradas en una noche, cuando se habían sentido tan cerca de llegar a casa, pesaba mucho en sus corazones.

–Esas nubes –dijo Anceo, sacando a Jasón de sus oscuros pensamientos–. Tengo mis dudas.

Jasón recogió su remo mientras miraba por encima del hombro. Como mucho, detenerse y descansar los dejaría sin distracciones de sus sombríos pensamientos.

–Seguimos –murmuró, empujando su remo una vez más.

No hubo quejas. Al otro lado de la barandilla de estribor, la costa rocosa de la isla se deslizaba, cocida al color de la arcilla por el largo y caluroso verano. Aquí y allá, había ensenadas prometedoras, pero nada lo tentaba. Después de otro rato de remar, la suave brisa que los había acompañado durante las últimas horas desapareció por completo. Jasón vio que Anceo forzaba la vista hacia delante, todavía dubitativo por las

nubes, y luego abría la caña del timón unos centímetros. El *Argo* viró un poco para alejarse de la costa.

–Parece ser que hay un puerto cerca. Y es ancho.

–Seguimos remando –repitió Jasón.

Su voz irritada provocó una mirada de soslayo de Meleagro. Escuchó algunos quejidos en medio del barco, pero Anceo frunció los labios y no dijo nada más. Al poco, el aire refrescó y un leve cabeceo endureció el mástil, lo que frenó el ritmo. Jasón captó algunos comentarios sobre cantos desde la proa, pero luego los oyó él mismo, arrastrados por la brisa. Cantos y música de lira. Y ahora estaban salpicados de notas de flauta.

–¡Mantened la vista en el barco! –espetó Anceo. Pero Jasón vio que los ojos de aquél también se habían desviado. El canto era de una belleza cautivadora, que tocaba su propia melancolía con la ligereza de una pluma.

Los golpes de remo se volvieron irregulares cuando los argonautas comenzaron a parlotear. Jasón tuvo la sensación de que se estaban alineando con las cantantes y empujó hacia abajo el mango de su remo para evitar atrapar un cangrejo mientras miraba por sí mismo. La vista fue un bálsamo para su dolor. Mientras que Medea le había quitado el aliento con su presencia elemental, estas muchachas se lo robaban con una belleza más delicada. Estaban de pie en un promontorio bajo, a no más de un tiro de piedra de distancia. Su fino cabello negro y sus rasgos oscuros contrastaban marcadamente con los vestidos blancos, que ahora se pegaban a sus esbeltas figuras. Había escuchado historias de náyades y diosas sorprendidas por mortales condenados, pero siempre estaban escondidas en cañadas y bosques remotos, no a unos pocos pasos del mar. La música se apagó cuando el *Argo* se acercó.

Jasón ni siquiera oyó a Medea abrirse paso entre los bancos. Ella lo ignoró y subió rápidamente los escalones hasta la cubierta del timón. Justo cuando hablaba con Anceo, el canto se reanudó, pero las notas eran más suaves ahora. El *Argo* viró de repente a babor.

–¿Qué estás haciendo, hombre? –se quejó Peleo.

–¡A los remos!

Casi nadie respondió.

–¡A los remos!

Jasón apartó la vista del promontorio y vislumbró fugazmente un barco pesquero que se movía justo por encima del promontorio.

–¡Ojos en el barco!

–¡Cuidado! –gritó Acasto.

Se oyeron una serie de golpes sordos cuando algunos de los remos de estribor más a popa chocaron contra rocas ocultas, lo que provocó una respiración temerosa. Anceo había abierto completamente las cañas del timón y cerrado los ojos en previsión de que el casco se desgarrara. Las siguientes paladas fueron limpias y sintió que el corazón le latía con fuerza contra las costillas. Estaba a punto de cerrar los remos de nuevo, pero entonces vio otro barco pesquero justo delante. Hizo girar la proa del *Argo* un poco más y se pusieron a la altura. El capitán era un hombre de rostro rubicundo y barba prominente. Su tripulación de ocho personas observaba a los argonautas con ojos suspicaces mientras tiraban de los remos.

–¿Está todo bien? –gritó, mientras recogía una red–. ¡Hemos oído vuestros gritos!

–Por poco –respondió Anceo–. Por muy poco.

El hombre miró a Medea, luego a Jasón y a Meleagro.

–¿Cómo es que no os estáis refugiando? Éste es el puerto más seguro de la isla.

Anceo negó con la cabeza, aunque podía ver las nubes que se acercaban desde el norte.

–Pues entonces, adiós.

Siguieron remando. Jasón se dio cuenta de que Medea no apartaba la vista del promontorio y de los barcos pesqueros. Siguió su mirada. Las dos naves se habían acercado y observaban partir a los argonautas con la misma intensidad que había visto en varias otras ocasiones durante el viaje. Incluso con una tripulación reducida, supuso que debían seguir pareciendo una amenaza. Tal vez el miedo fuera ahora su mayor aliado. Otra catástrofe como la que habían experimentado en Meganisi acabaría con ellos.

Medea le dijo algo a Anceo y bajó de la cubierta del timón.

–¿Qué viste? –le preguntó Jasón.

–Lo mismo que tú.

Se dio la vuelta para remar.

–Tres muchachas y un par de barcos de pesca.

–No, Jasón, vi más que eso.

Pasó a su lado sin esperar la respuesta y Meleagro enarcó las cejas cuando Jasón lo miró confundido.

* * *

El viento había refrescado y las nubes comenzaban a acumularse en lo alto. El descenso de la temperatura presagiaba lluvia.

–¡Jasón! –dijo Anceo, girando las manos con las palmas hacia arriba–. Tenemos problemas aquí. Vamos a la deriva.

Jasón gimió y puso los ojos en blanco, pero sabía que el timonel tenía razón. Apenas habían pasado el lado opuesto de la bahía cuando el agua se espesó alrededor de sus palas y comenzaron los gruñidos.

–Debemos dar la vuelta.

El viento azotaba la vela rizada de tal manera que la situación se volvió complicada. Cuando el *Argo* estaba a punto de dar la vuelta, una ola lo inclinó de forma alarmante, lo que hizo que los remeros se deslizaran de sus bancos y gritaran de miedo. Anceo, abrumado por el cansancio, se alegró de completar la maniobra y de sentir que el *Argo* era zarandeado desde popa.

Cuando entraron en aguas más tranquilas, los argonautas vieron que los pescadores ya habían amarrado y, a excepción de uno que estaba comiendo una manzana y los miraba remar, los demás se habían ido. Otros isleños estaban ajetreados, tratando de terminar lo que estuvieran haciendo antes de que llegara el mal tiempo.

Cuando el *Argo* retrocedió, el pescador de la barba prominente se apresuró a recoger la guindaleza que Anceo arrojó al muelle. La ató a un poste de madera y observó cómo desembarcaban.

–Así que, después de todo, habéis vuelto.

–Se acerca una tormenta –murmuró Anceo–. Malas noticias.

–Y parece que se quedará todo el día.

Anceo miró a Jasón para ver si había oído la sombría predicción.

–No le digas eso –dijo, señalando con el pulgar hacia atrás.

–¿De dónde venís? –preguntó el lugareño.

–¿De dónde no venimos? –Oileo se rascó la barba incipiente, se detuvo en la pasarela y estiró la mano hacia atrás–. Toma, dame eso, Jasón.

–¿Qué llevas ahí, amigo?

Oileo no estaba de humor para charlar con los isleños.

–Zaleas.

Al hombre, que lo escrutaba con expresión acerada, se le unió otro par de lugareños. Uno de ellos tenía un bigote magnífico y una corona de pelo blanco.

–¡Han venido a intercambiar vellones con nosotros, Dimi!

Jasón lo observó fijamente mientras ayudaba a Medea a bajar. Luego, intercambió una mirada con Oileo.

–No me importaría dormir bajo unas cuantas pieles de oveja húmedas más.

El otro hombre se rio entre dientes.

–Muy sabio, joven. ¿Y qué estás buscando intercambiar?

–No somos comerciantes.

–No son comerciantes, Dimi –dijo, volviéndose hacia el otro hombre–. ¿Ves? Yo tenía razón.

El otro hombre se encogió de hombros y sus ojos se deslizaron hacia Medea. Ella le ofreció una mirada que olía a veneno, lo que hizo que tuviera que apartar la vista.

–Bueno –dijo el isleño, tras estirar los brazos y bostezar–, no me corresponde curiosear. Puede que nos falte espacio bajo nuestros techos, pero no nos falta comida. Podemos asar una cabra más tarde a cambio de una historia, si seguís aquí por la noche. Vamos, muchachos: dejadlos en paz, por ahora.

–¿No habéis tenido suerte con las redes? –preguntó Anceo, lamiéndose los gruesos labios–. Daría cualquier cosa por un poco de

pescado para acompañar nuestro vino.

–Me temo que no. Creo que percibieron el mal tiempo y se quedaron abajo.

Anceo miró a Medea, la cual sacudió la cabeza lentamente.

III

La casera estaba cantando de nuevo, aunque su voz era quebrada y áspera. Calídice, Demo y Sésara bajaron las escaleras y la encontraron intentando peinar el espeso cabello de una muchacha junto a la chimenea. Miró con el ceño fruncido a las hermanas y maldijo cuando los dientes del peine encontraron otro nudo. La anciana siguió cantando, sin hacer caso.

–¿Qué estás mirando?

–¿Quién te ha hecho eso? –preguntó Calídice.

La joven se tocó el labio partido e hizo una mueca.

–¡Uno de tus novios!

–No son nuestros novios. Son unos misera...

Calídice pellizcó el brazo de Demo y señaló con la cabeza a la anciana. Ahora estaba tarareando, pero las hermanas tenían la clara impresión de que nunca dejaba de escuchar. Hablaba de «sus hijos» como si fuera la madre de todos los hombres de la isla.

–No somos de aquí.

La chica la miró con desdén y se dio la vuelta.

–Mira, nosotras... –La voz de Calídice se apagó–. ¿Puedo usar el peine, por favor? Quizá pueda hacerle entrar en razón.

La anciana sonrió.

–Como quieras. He oído que esta noche habrá otro banquete. ¡Demasiados van ya!

Le entregó el peine a Calídice y se marchó arrastrando los pies. Oyeron que la puerta que daba a la calle se cerraba. Hubo un momento de tenso silencio antes de que Calídice le diera el peine a la muchacha.

–Hazlo tú misma o no lo hagas. A nosotras nos da lo mismo.

La chica miró el peine, luego a Calídice y, al fin, lo cogió con cautela.

–Ni siquiera sabemos cómo te llamas.

–Porque nunca te lo he dicho.

–Y nunca te lo hemos preguntado. Ojalá lo hubiéramos hecho.

La chica la miró con dureza.

–Me llamo Saba.

–Nosotras también queremos salir de esta isla, Saba –dijo Calídice en un susurro ronco–. También queremos volver a casa. Quizá podamos ayudarnos mutuamente. Nadie más lo hará aquí, eso es lo que sabemos. No me gusta el sonido de este banquete. Al fin y al cabo, ¿qué hay que celebrar? Todo esto es un problema para nosotras.

La expresión feroz de la muchacha se suavizó un poco. Era bonita, con ojos almendrados y mejillas redondas. Sería sólo cuestión de tiempo antes de que uno de los hombres la tomara. Después de unas cuantas copas de vino caliente, él consideraría que reducir drásticamente su valor, y arriesgar su propio cuello, valdría la pena.

–Quiero volver a casa –dijo en voz baja–. De vuelta a Falasarna. Quiero saber qué le pasó a mi madre.

–¿Dónde está Falasarna? –preguntó Demo, acercando un taburete a su lado.

–En la costa de Meganisi. Atacaron nuestro pueblo, una mañana temprano. Se llevaron nuestro ganado y quemaron nuestras casas. –La muchacha se estremeció y Sésara le puso un brazo sobre el hombro–. Me alegro de que murieran como lo hicieron, gimiendo como nosotros. Se lo merecían, o incluso más. Pero ahora estoy aquí. ¿Son mejores estos perros?

Calídice se encogió de hombros.

–Todos son iguales. ¿Qué pasó con tus padres?

–Mi padre murió hace unos años. Era pescador y me llevaba en su bote, muchas veces, enseñándome canciones, contándome historias. Lo quería tanto...

–Lo siento –dijo Demo, cuyos propios pensamientos se precipitaron hacia su padre y lo preocupado que parecía cuando regresó de Delfos.

Lo vio tan cambiado que parecía otra persona.

–¿Te enseñó a navegar?

La chica asintió.

–Entonces esa parte de él todavía vive dentro de ti. –Calídice le apretó la mano–. ¿Qué fue de tu madre?

–Cuando él se fue, sólo quedamos mi madre y yo. Entonces llegaron ellos, la arrastraron del pelo, la arrancaron de mis brazos. –La voz vaciló y los ojos se le llenaron de lágrimas–. Estaba llorando y gritando por mí... Oh, dioses, todavía puedo oír sus gritos. Quiero volver a verla... –Empezó a sollozar de manera incontrolable.

–Deja que salga. –Las hermanas la abrazaron, susurrándole palabras tranquilizadoras al oído–. Déjalo salir todo. No te guardes nada.

–Te ayudaremos –musitó Calídice–. Te ayudaremos, te lo prometo. Y tú a nosotras. Vamos a dejar que esta maldita isla se descomponga y se pudra, ya verás. Todas nos iremos.

* * *

Las muchachas se abrazaron con fuerza antes de salir a la húmeda tarde, envolviéndose bien con sus mantos. Aunque las lluvias habían pasado, la tempestuosa brisa de la costa era cortante. A lo largo de los guijarros de la bahía, los hombres que habían llegado más temprano ese día luchaban por atender las fogatas. Otros estaban juntando combustible de las ramas más bajas de algunos terebintos que crecían a lo largo de la costa. Calídice había escuchado a su anciana anfitriona hablando consigo misma sobre lo difícil que era encontrar leña seca.

Junto al grupo de casas a lo largo del frente del puerto, estaban asando dos cabras. Algunos de los isleños más viejos se habían turnado para girar las manivelas de los asadores durante las últimas horas. Se hicieron ofrendas, se vertieron libaciones y entonaron oraciones. Ahora ya simplemente bebían vino, lo cual era prometedor para ellas. Calídice y sus hermanas se cruzaron con los ojos de Glauco al pasar. Tenían la esperanza de que nadie leyera sus planes en sus gestos y expresiones

mientras sus ojos recorrían el puerto en busca del barco del que habían hablado.

Glauco observó a las hermanas mientras él se ocupaba de sus redes, que, en verdad, no necesitaban más reparaciones. Hacía mucho tiempo que no molestaban a ningún pez. Esperaba que las chicas estuvieran domando a la joven que habían capturado en la última redada, pues su llanto le ponía los nervios de punta más si cabe de lo que ya lo estaban. Era una pena que no la hubieran conseguido antes ese año, ya que valía mucho metal.

Luego, trató de escuchar la conversación más allá de la orilla, donde los recién llegados se estaban poniendo cómodos. Le intrigaba que su barco tuviera bancadas para cuarenta remeros pero que sólo hubiera veinticinco de ellos para tripularlo. La expresión de los rostros y el color de la piel le decían que habían visto acción, y mucha, que habían sufrido algunos golpes. Su bote de casco negro lucía una serie de cicatrices bastante elocuentes. Al menos para él, alguien acostumbrado a darse cuenta de esos detalles reveladores, de esas cosas significativas. Pocos hombres habría con una capacidad de observación tan aguda.

Oyó un crujido de grava tras él, así que se dio la vuelta. La vieja bruja que albergaba a las niñas había regresado de recoger hierbas y estaba tarareando para sí misma mientras espolvoreaba algunas sobre las cabras que se asaban detrás de él. Arrojó sus redes y caminó hacia ella.

–¿Qué tal se comportan las muchachas?

–¿Mmm?

–Las que están bajo tu techo. ¿Se portan bien?

–Oh, las niñas hacen lo que hacen las niñas. ¿O es al revés? Al anochecer ya están dentro. –Siguió tarareando y el viejo desdentado que giraba el asador le guiñó un ojo.

Glauco respiró hondo y se inclinó hacia ella.

–Escucha: será mejor que no hagan lo que quieran, o lo que sea que signifique esa estúpida frase que has dicho. Esto no es una broma. Necesitamos mantenerlas felices, pero sobre todo es imperativo que se queden aquí. Justo aquí. Noche y día. ¿Comprendido?

Ella se rio entre dientes y le dirigió una mirada astuta, sin que sus ojos grises revelaran ni un atisbo de su propia aprensión.

–Entonces será mejor que les prestes más atención, jovencito. –Lo señaló con un dedo nudoso–. Son flores de otro suelo y aquí pronto se marchitarán, ya lo verás.

Se quedó observándolos, a la vieja y al anciano, cuya mirada le hizo ver que sabía de lo que estaba hablando la mujer. Glauco resistió a duras penas el impulso de sacudirlo y salió pisando fuerte para buscar a los demás.

* * *

Dimi, sentado junto a un brasero en una pequeña elevación entre dos casas que daban al puerto, bebía el vino que Calídice y sus hermanas acababan de servirle, a él y a los otros tres pescadores que lo acompañaban. Todos ellos mantenían los ojos astutos entrecerrados y los pómulos altos, que los hacían parecer delgados y hambrientos. Se habían estado riendo de algún chiste compartido, pero, en cuanto vieron acercarse a Glauco, se callaron.

Dimi levantó su copa de vino y, por un momento, Glauco pensó que tal vez se la estaba ofreciendo.

–¿De qué has estado hablando con nuestra tía abuela?

–¿Es tu tía abuela?

–Es la de todos en Citnos. –Los hombres se rieron. Glauco los miró de uno en uno. Cualquiera que fuera el chiste, él no lo captaba.

–Algo está pasando. Lo huelo. Ella también. Si vamos a atacarlos, tenemos que hacerlo esta noche.

La sonrisa desapareció del rostro de Dimi. Tomó un largo sorbo de vino.

–¿Por qué dices eso?

–No lo sé. Sólo es un presentimiento. No han quitado la guardia de su barco desde que llegaron. Creo que llevan algo valioso a bordo y no se fían de nosotros.

–Pues yo creo que necesitas relajarte –dijo uno de los pescadores. Tenía una voz ronca y anillos de bronce en cada lóbulo de la oreja. Se rascó la cara con las manos callosas–. Los pondrás nerviosos. Me estás poniendo nervioso a mí y no me gusta.

–Se van a ir mañana. Lo sé.

–¿Te lo dijeron?

–Los oí hablar de irse.

–Pueden hablar todo lo que quieran –dijo Dimi, levantando la barbilla–. El clima dice lo contrario. Mañana habrá más tormentas. Probablemente también al día siguiente. ¿Pero qué sabréis los continentales sobre eso?

No le importaba su disgusto, pero las noticias sobre el tiempo le dieron un puñetazo en el estómago.

–Te he hecho rico –espetó–. ¡Ya que no me tienes ningún respeto, al menos muéstrame un poco de gratitud!

Glauco vio que sus rostros se ensombrecían.

–Te equivocas. Son las chicas las que nos están haciendo ricos, no tú. ¿A qué se debe tanta prisa? ¿Hay algún lugar donde debas estar antes de las lluvias?

Glauco oyó la risita de Dimi y sintió que sus ojos lo taladraban. Se le heló la sangre. ¿Habían visto a través de su fachada? Un botín más y desaparecería, ése era el plan. Pero los necesitaba para conseguirlo. Luego se escabulliría en la noche, con las chicas. Y si era necesario, le cortaría el cuello a cualquier isleño que tratara de impedírselo. Pero si lo demoraban demasiado, todo podría irse al traste.

–¿Que por qué tengo tanta prisa? Te lo diré: seguro que no os habéis parado a pensar en que estos corsarios podrían apoderarse de las chicas.

IV

El crepúsculo avanzó rápidamente, mientras los argonautas daban buena cuenta del suculento cordero. Tenían un poco de vino para ofrecer a cambio, así que Meleagro circuló con una piel y llenó algunas tazas para que los locales brindaran. Ni él ni Peleo ni Telamón, que entablaron conversación con uno de los antiguos isleños, advirtieron las miradas subrepticias que se cruzaban a sus espaldas.

Los gemelos tracios Calais y Zetes, a quienes no les agradaban las conversaciones triviales, se abrieron paso entre algunos lugareños con gruñidos, en busca de su ración. Y mientras caminaban, prestaron atención a los comentarios sobre sus rostros tatuados. Como respuesta, una mirada fija de ojos feroces, a la vez que mostraban sus dientes afilados. Calídice se dio cuenta de esto y pronto estuvo disponible con una jarra de vino. El tinto almibarado de la isla pronto borró el recuerdo del incidente y regresaron a su lugar junto a una de las hogueras que habían encendido.

Glauco estaba observando a las hermanas mientras hacían la ronda con el vino y cubrió su propia copa cuando Calídice regresó. Se acercó más a ella.

–Pareces especialmente interesada en complacer esta noche.

–¿Sí? Parece que no puedo ganar, ¿no?

Hizo un pequeño ruido de burla y se repantingó en la silla.

–Sírvete una. Te la has ganado.

Captó las pequeñas miradas furtivas antes de que Calídice se encogiera de hombros e hiciera lo que le había indicado. Lo puso de los nervios. Notó que la rodilla de Sésara rebotaba arriba y abajo, y se fijó

en los pequeños sorbos juiciosos que la más sencilla de las tres, Demo, tomaba de su vino. Como un pequeño gorrión. Vio los ojos de Calídice recorriendo la costa cada vez más oscura, aunque no podía decir qué estaba buscando. Se daba cuenta de todo. Detalles.

Y así, cuando Calídice se levantó y cogió la jarra de vino, Glauco hizo un pequeño gesto con la mano.

–No –dijo, secamente.

Calídice se quedó congelada en su sitio por un momento, antes de aceptar y dejarse caer en el taburete.

Butes había estado observando el pequeño intercambio con gran interés. Se puso de pie y cruzó los guijarros hacia ella, ofreciéndole su taza.

–Si queda algo, lo tomaré.

Butes notó que ella se giraba para mirar al hombre barbudo y le interceptó directamente la mirada de entrecejo fruncido. Nunca había apartado los ojos cuando alguien intentaba mirarlo de manera fija. Especialmente cuando el otro era un isleño sin distinción. Iba más allá del mero orgullo.

–Oh, lo siento. ¿Se suponía que debía preguntarte a ti primero? ¿Eres su proxeneta?

Hubo una risita divertida de alguien sentado a poca distancia. Oyó que otras conversaciones se desvanecían, pero aun así no rompió el contacto visual. El hombre se puso de pie de un salto e intentó apartar a Butes.

El ateniense sabía lo que se avecinaba, así que reaccionó en primer lugar. Agarró la palma que iba hacia él y la giró bruscamente hacia los guijarros. Era más fuerte de lo que había imaginado, por lo que tuvo que dejar caer la copa de vino de la mano izquierda para deslizar con facilidad el antebrazo de su contrincante. Lo dejó doblado en dos, jadeando de dolor. La copa de barro se hizo añicos, lo que provocó que algunas personas se apresuraran al lugar.

–¡Butes, déjalo! –gritó Jasón.

El aludido sopesó la situación. No se habían desenfundado armas. Todavía. La discreción seguía siendo la mejor parte del valor. Empujó la

espalda del hombre y lo vio tropezar con los guijarros. Le sorprendió –e incluso le decepcionó– que, aunque el isleño buscaba apoyo alrededor, nadie se acercaba para reparar su deshonra. El momento había pasado. Le dedicó a Calídice una sonrisa torcida y le quitó la jarra de vino.

–Gracias –dijo, buscando una taza alrededor. Al no encontrar ninguna, echó la cabeza hacia atrás y se sirvió una generosa medida de vino en la boca antes de devolvérsela. Los de Citnos miraban profiriendo oscuros murmullos de desaprobación.

La música de lira flotó por el paseo marítimo.

Orfeo había visto que se avecinaban problemas, así que decidió tocar una melodía melancólica, la misma que interpretó meses antes en la playa de Yolco, la víspera de su partida. Pasaron unos instantes antes de que los argonautas la recordaran. Calídice, Demo y Sésara, sin embargo, lo hicieron de inmediato. Era una canción de cuna tracia, o al menos su madre la había utilizado con ese propósito. Sus antepasados, según les había explicado mientras les cantaba para dormir, procedían de las colinas azotadas por el viento de esa región salvaje. Calídice miró a sus hermanas con asombro. Desde la primera nota hasta la última, nada se movió en el puerto. Todos quedaron paralizados por la gracia con la que abrigaba sus emociones. Cuando terminó, y la música se desvaneció en el silencio de las olas que rompían en la orilla, el enfrentamiento entre Butes y Glauco había sido olvidado por todos excepto por el último, que ya estaba planeando su venganza.

* * *

El resto de la tarde transcurrió sin más incidentes, hasta que los isleños mayores comenzaron a alejarse hacia sus hogares. Jasón se ofreció como voluntario para la primera guardia, junto a Oileo y Meleagro. Había notado por el rabillo del ojo que las tres chicas lo miraban de vez en cuando. De hecho, una de ellas se acercó cuando la luna gibosa se hizo visible. Miró alrededor antes de hablar.

–¿Te llamas Jasón?

Él asintió. La joven bajó la voz hasta convertirla en poco más que un susurro.

–Por favor, necesitamos tu ayuda.

Jasón observó sus rasgos y sintió que su corazón latía un poco más rápido. Tenía una boca amplia y carnosa, así como ojos grandes y oscuros dominados por unas cejas expresivas. Su cabello negro estaba partido en medio y era tan fino que, con la ligera brisa, constantemente se veía obligada a metérselo detrás de las orejas o a arrancarse mechones de la boca. Lo miraba expectante. Oileo y Meleagro sintieron que estarían mejor ocupándose de su equipo y continuaron con sus tareas.

–¿Qué tipo de ayuda?

–Para salir de esta isla.

–¿No es éste tu hogar?

–¡No! –De nuevo, miró por encima del hombro–. No, en absoluto. –Mientras relataba rápidamente y sin aliento lo que la había traído a Citnos, lo que fue la primera vez que Jasón oía el nombre de la isla, Meleagro y Oileo abandonaron toda pretensión de no escuchar–. Me parece que vais en la misma dirección que nosotras debemos ir. Estábamos planeando tomar uno de sus barcos, pero creo que sería más seguro ir contigo. Te ganarías la eterna gratitud del rey y la reina de Eleusis, Jasón. Y la nuestra, por supuesto.

La oscuridad, que estaba a punto de caer por completo, los envolvió en su sigilo. Calídice fue consciente de que había hablado demasiado rato. Podía sentir los ojos de Glauco mirándola en ese mismo momento. Oyó unos pasos ligeros y vio una figura envuelta en una capa acercarse a Jasón. Cuando se bajó la capucha, Calídice se encontró mirando a la extraña mujer que había visto por primera vez en el barco pintado. No era un rostro que se olvidara fácilmente.

–¿Cuál era el propósito de que cantaras allí? ¿Esta mañana? No me mientas, niña.

La voz de la mujer era baja y amenazadora, con un acento que no podía identificar.

–Ya sabes la respuesta –respondió, sintiendo su pecho desinflarse–, pero no sabes por qué. Nos han obligado a hacerlo, bajo la amenaza de

no volver a ver nuestros hogares, pero la vergüenza es demasiado intensa. En Egina nos llamaban sirenas, las enredadoras. Los isleños de aquí han adoptado este nombre. No les importa que nos duela el corazón cada vez que lo escuchamos.

Calídice no había tenido la intención de que se le quebrara la voz, pero eso no provocó ninguna reacción por parte de la mujer. Parpadeó lánguidamente.

–Sé algo de lo que se siente cuando te tratan así, pero el miasma de muchas muertes se pega a ti, niña. Casi puedo olerlo. Nos costó caro limpiarlo en otra ocasión. Enfadarías a la gente de esta isla. No más peligros, Jasón, no más riesgos. No tan cerca de tu casa.

Jasón se volvió hacia ella con el entrecejo fruncido.

–¿La misma gente que nos quería ver estrellados contra las rocas? Una cabra asada y un poco de vino no son una buena recompensa a cambio de eso, ¿verdad?

–Podemos salir de aquí cuando queramos. Si nos llevamos a estas chicas, tendremos que zarpar en secreto, corriendo un gran riesgo. ¿Por qué hacerlo?

Jasón se volvió hacia Oileo y Meleagro.

–¿Qué opináis?

–Creo que tenemos que preguntar a los demás –dijo Meleagro–. Todos corren el riesgo.

Se volvió hacia Oileo y Jasón tuvo claro que sus ojos transmitían un mensaje que no podía leer.

–Estoy de acuerdo.

Jasón se volvió hacia la chica.

–Vete ahora, pero vuelve con tus hermanas. Puedo ver que estás preocupada por ellas. Encuentra una oportunidad para hablar conmigo de nuevo por la mañana. Entonces tendré una respuesta para ti.

Jasón observó cómo la luz se desvanecía de sus ojos. Casi podía sentir la esperanza de Calídice que se escurría del cuerpo hacia los guijarros sobre los que estaban plantados sus pies esbeltos. Verla le partía el corazón. Ella inclinó la cabeza y se alejó rápidamente en la noche. Se

volvió hacia Medea con una punzada de resentimiento, pero ya era una silueta en retirada.

* * *

Mientras los argonautas estaban distraídos, Glauco surgió de las sombras de un árbol y fue a buscar a Dimi, que había dejado de beber y estaba meditando junto a su hogar con otros isleños. El corazón de Glauco latía con tanta fuerza que le hacía sentirse con náuseas y mareado. El miedo y la emoción corrían por sus venas mientras cruzaba el puerto y se apresuraba por un camino de tierra hacia la casa de Dimi. Débiles barras de luz enmarcaban tres lados de su puerta, así que llamó, de manera leve, pero con apremio. Escuchó pasos caminando hacia él y la brusquedad con la que se abrió la puerta le causó un sobresalto.

–Mañana –dijo, sin esperar una invitación para entrar–. Sucederá mañana.

V

Jasón apenas se había dormido profundamente cuando sintió que le golpeaban las plantas de los pies. En ese breve instante soñó que su padre, joven y de rasgos afilados, estaba encima de él, hasta que el rostro se le transformó en el de *Tifis*. Quería que hablaran para poder impartirle algunas palabras de sabiduría, pero entonces sintió que otra fuerza lo arrastraba.

Se despertó sobresaltado. Anceo era quien lo zarandeaba, enmarcado por jirones de nubes que pasaban por delante de la luna.

–Despierta, Jasón. Tenemos viento del sur. –Como para subrayar este punto, un mechón de pelo del timonel se levantó y cayó por una pequeña ráfaga de viento–. Si vencemos la tormenta, podríamos llegar al continente. ¿Quieres arriesgarte?

Jasón se sentó erguido mientras la niebla se disipaba de su mente. Experimentó una oleada de esperanza.

–Despierta a los demás.

Los argonautas tropezaban por la playa como viejos borrachos, murmurando y maldiciendo cuando los despertaban. Cogieron sus bolsas y zaleas, se las echaron sobre los hombros para protegerse del frío aire de la noche y comenzaron a abordar.

* * *

Calídice nunca sabría si oyó la actividad en la playa o la presintió. De cualquier manera, sus ojos se abrieron de golpe. Las colchas aún se estaban acomodando cuando despertó a Demo y a Sésara, la cual requirió que le pellizcara el lóbulo de la oreja con las uñas para salir del

sopor. Lo hizo con un grito de dolor y mirando a su hermana mayor con una mezcla de miedo y conmoción.

–¡Se marchan! ¡Rápido! ¡Levántate!

–¿Quién se marcha?

–¡Jasón y su tripulación!

–Pero... Pero ellos...

Calídice le arrojó su capa a Sésara.

–Tampoco dijeron que no. ¡Vamos! ¡Coge las cajas!

–¡Shh!

Los instantes de frenética recolección de ropa y posesiones se prolongaron hasta convertirse en un tiempo tortuoso. Bajaron sigilosamente las escaleras, deslizando los pies a cada extremo de los escalones para evitar que crujieran, sintiendo que su pánico comenzaba a aumentar con cada latido del corazón. Mientras sus ojos se adaptaban a la penumbra, pudieron distinguir la silueta de la anciana acurrucada sobre sus mantas alrededor del hogar, que aún emitía un leve calor. Roncaba ligeramente. La tierra compactada estaba fría bajo sus pies. Intentaron recordar si había algo encima que pudieran patear por el suelo y despertar a su anfitriona.

Fue cuando alcanzaron el pestillo de la puerta que Demo vaciló y se volvió hacia sus hermanas, pronunciando palabras que no podían oír. Hicieron un gesto de frustración y se dirigieron hacia la playa, con los ojos muy abiertos por la ansiedad.

–¿El ritón? –susurró–. ¿Quién lo tiene?

Calídice frunció el ceño y miró sus posesiones. Entre sus bultos era imposible ver quién tenía qué. Luego recordó que lo había sacado del joyero y lo había envuelto en un pañuelo para protegerlo. Ese pañuelo y el tesoro que ocultaba estaban ahora escondidos en una cavidad encima de una viga.

Oyeron a la anciana moverse. No podían ver su campana de aviso, pero sabían que estaría a su alcance. Calídice apretó los puños con impotente rabia. «¿Por qué siempre me toca a mí ser la responsable de todo?», quiso gritar.

Entonces Sésara desapareció antes de que pudieran sujetarla. Era la más delicada entre ellas, la mejor bailarina y la más ligera de pies. Subió corriendo las escaleras y oyeron un leve crujido de una tabla del suelo. Cuando estaba a medio camino, la anciana murmuró y se giró de cara a ellas. Las chicas se quedaron tan paralizadas como su respiración. En el oscuro silencio, todas tuvieron visiones del barco de los extranjeros levando anclas y zarpando. Sabían que tendrían que arriesgarse.

Cuando los ronquidos comenzaron de nuevo, dejaron escapar el aire de sus bocas. Sésara corrió hacia ellas y salieron por la puerta. El aire frío las golpeó y agudizó sus sentidos. Escudriñaron la costa y, al principio, no podían ver nada. Nada más que el ondulante índigo del mar, las formas negras de los árboles y el terreno elevado detrás del puerto.

Luego oyeron voces débiles cuando amainó la brisa. No se habían ido todavía. Corrieron por el paseo antes de notar que Sésara se detenía y lanzaba una llamada desesperada.

–¡No, esperad!

Calídice no podía soportar más retrasos. Liberó una mano y corrió hacia su hermana, con la intención de arrastrarla, si era necesario.

–¿Qué?

–¡Saba! ¡Se lo prometimos!

–¡Saba!

Los ojos de Calídice brillaron de horror. Se la imaginó despertándose por la mañana y encontrándose sola con la anciana y los horribles isleños. La rompería en dos. Demo la miró en busca de una decisión. La puerta del almacén donde tenía su jergón estaba detrás de la dormida anfitriona. Y su delatora campana. Era difícil de creer que hubieran pasado junto a ella y que Sésara hubiera recuperado el ritón sin molestarla. Probar suerte por segunda vez... Perder el barco, incluso si lograban rescatar a Saba...

–¿Cali?

–No podemos –declaró, con una frialdad que la sorprendió.

–Volveremos a por ella.

–¡Cali, no!

–¡Tenemos que irnos! –dijo, con los dientes apretados–. ¡Ahora!

–Sí.

Demo agarró a Sésara, quien se resistió durante unos momentos antes de ceder con un sollozo ahogado. Siguieron corriendo por el camino del puerto. Demo podía sentir la caja de joyas clavándose en la curva de su brazo mientras se deslizaba al correr. Comenzaron a jadear por el esfuerzo. El ruido de las voces había desaparecido.

Corrieron cien pasos y Calídice comenzó a sentir una sensación de pavor nauseabundo. No había señales de los argonautas ni de su barco, a pesar de que habían alcanzado ya el puerto a la carrera. El suelo pronto se elevaría hacia las colinas...

–¡Ahí! –gritó Demo.

A la izquierda, vieron unas cuantas figuras que se dirigían hacia una rampa. El barco estaba oculto tras un grupo de árboles. Se apresuraron, casi tropezando con los guijarros.

–¡Espera! ¡Espera! –Uno de los hombres se volvió alarmado–. ¡Esperadnos, por favor!

Oyeron a alguien decir entre dientes:

–¡Butes!

Una figura robusta se acercó a ellos.

–Esto sí que es una sorpresa –dijo con brusquedad.

* * *

Butes sintió que su pulso se aceleraba de una manera que sólo la anticipación de la lucha había logrado antes realmente. La parte racional de su cerebro le decía que ser el último en dejar la orilla no fue más que cosa del azar, o más bien de la resaca. La visión de estas enigmáticas chicas, en especial aquella que ahora lo miraba con los ojos muy abiertos, moviendo los labios, lo despejó por completo. Se permitió creer que ella lo había elegido a él como su salvador y no a ninguno de los demás. Probablemente por ser el que se enfrentó al proxeneta.

–Os vais, cuando dijisteis que tomaríais una decisión por la mañana. ¡Por favor, llévanos!

Cuando la chica dejó de hablar, su cabeza se aclaró. No sabía nada sobre una discusión, pero eso era típico de Jasón. Entonces, ¿por qué debería importarle? Señaló por encima del hombro.

–Entonces será mejor que subáis, ¿no?

Captó la mirada de soslayo de Idas. Su amigo podía parecer tan amargado a veces. Tampoco le importaba mucho su opinión. La mirada de euforia en los rostros de las chicas valía la pena. Podría haber jurado que una de ellas quería besarlo.

Idas sacudió la cabeza hacia el crujido de las piedras y la aproximación de una figura con una antorcha. Cuando se acercó, lo reconoció.

–Volvemos a por más, ¿no? –Idas miró hacia abajo, a la cadera del recién llegado, y vio que tenía una espada, lo cual estaba bien porque él tenía la suya. Parecía haber venido solo.

–¡Dejadlas ir! ¡Chicas! ¡Bajad del barco!

–¿Crees que las hemos capturado? ¿Que las sacamos de sus camas? –Butes se rio entre dientes sin alegría–. Corrieron hasta aquí para alcanzarnos antes de que leváramos anclas. Vete a casa mientras todavía te lo permito.

–¿Chicas? ¡No queréis hacer esto! –Butes oyó que la voz del hombre se alzaba con desesperación–. Podemos irnos por nosotros mismos. ¡Ya tenéis bastante! ¡Calídice! ¡Escúchame! ¡Díselo!

–¿Qué está pasando? –Jasón bajó por la rampa de embarque–. ¿Qué están haciendo aquí? –Miró a las chicas con el ceño fruncido y ellas retrocedieron hacia el *Argo*–. ¿Butes?

–¡Chicas!

–¡Baja la voz! ¡Nos vamos! No hay necesidad de despertar...

–¡Chicas!

–¡Te estás poniendo en ridículo, hombre! Aléjate –le gruñó Butes al marinero, e hizo un gesto de correr con dos dedos–. ¡Ahora mismo! –Sintió que Idas se acercaba a él.

–¡Haz lo que dice!

–¡Jasón, mira!

Butes miró por encima del hombro del proxeneta.

Se habían abierto un par de contraventanas y apareció una lámpara de aceite en una ventana del primer piso, a unas quince pérticas de distancia. Se oyeron voces confusas, cautelosas y llenas de ira. Tenía que acabar con esto: ahora mismo.

–Vete, chucho.

Butes hizo como si le diera la espalda, pero sabía lo que se avecinaba. El hombre dejó caer su antorcha y saltó sobre él, cubriendo el terreno mucho más rápido de lo que esperaba. El impacto lo hizo caer al suelo con estrépito, pero se levantó en el mismo movimiento. Esta vez Butes no fingió nada. El puñetazo dirigido a su mandíbula fue brutal y apenas lo desvió con su antebrazo izquierdo antes de dar un paso hacia adentro con su codo derecho. Sintió que la barbilla de aquel tipo se sacudía, lo que hizo que se tambaleara hacia atrás.

–¡Sube a bordo! –le gritó Idas–. ¡Ya vienen!

Butes dio la espalda al pescador herido. Había algunas otras antorchas en el puerto ahora y una o dos lámparas de aceite. Sacó su espada. Hora de irse.

–¡Cuidado! –gritó Idas.

Butes se dio la vuelta y atacó a ciegas. Sintió que su espada golpeaba la madera antes de ver al agresor caer como un saco de piedras. No se había agachado. Llegó un jadeo de horror, y supuso que las chicas ya estaban a bordo.

–¡Sube!

Butes no pudo evitarlo. Se arrodilló para comprobar que el hombre estaba muerto. A la luz de la antorcha que se apagaba, pudo ver el horrible y brillante valle en su cráneo. Se sintió consternado al ver que el otro no había desenvainado la espada. Subió la rampa de embarque sintiéndose un poco vacío.

* * *

El *Argo* ya se encontraba a unas cuantas brazadas de distancia del puerto cuando Dimi se agachó y acercó su linterna a la cara de Glauco,

cuyos ojos en blanco lo miraron con reproche, como si quisiera decir: «Te lo advertí».

–¡Tienen a las chicas! ¿Los seguimos?

El otro hombre se frotó los ojos y miró hacia el agua. La popa del barco ya se estaba fundiendo con la oscuridad gracias a fuertes y silenciosas brazadas. Su orgullo le decía que tripulara un barco pesquero e intentara remar hasta allí, pero era una misión de insensatos. Después de todo, no eran comerciantes indefensos.

–¡No las tienen a todas!

Dimi levantó la rodilla de los guijarros húmedos para ver de qué estaba hablando.

–¿Ves?

La anciana estaba a poca distancia detrás de ella con una linterna y Saba corría por el paseo marítimo, descalza, con el pelo ondeando, hacia ellos. Cuando vio el cuadro vivo de aldeanos, se detuvo y gritó una maldición que dejó heladas a las tres hermanas, que estaban ya a medio camino de alejarse de Citnos.

VI

Los argonautas se detuvieron para descansar en la verde isla de Ceos, a unas diez millas marítimas de Citnos. Las hermanas habían permanecido en silencio durante toda la travesía y, tan pronto como el *Argo* llegó a la orilla, se adentraron en un valle de flores silvestres.

–¡Partiremos después de haber comido! –gritó Butes, desde atrás. Dudaron antes de continuar su camino, y él se tiró de la barba mientras las veía irse.

–Las hemos sacado de esa miserable isla –dijo Idas, chupándose los dientes–. ¿Qué nos importa si llegan demasiado tarde?

La respiración de Butes se hizo más pesada.

–Entonces yo también me quedo –murmuró, con intención de quedarse solo. Telamón lo vio alejarse con dificultad.

–¿Qué le pasa?

–Está enfermo. Esas pequeñas descaradas lo han maldecido.

–¡Más bien está enamorado! –Telamón miró a su hermano Peleo, que estaba encendiendo una hoguera–. El hijo del chipriota le disparó en esa isla. ¡Directamente en el corazón!

Los pensamientos de Peleo se dirigieron hacia Tetis y su pequeño hijo, Aquiles. Tendría tantas historias que contarles. Se descorazonó. El niño no le entendería: no durante muchos años. En cuanto a su esposa... Añoraba su antigua pasión. Sólo podía esperar que la larga ausencia la hubiera reavivado. Miró el pequeño montón de leña y frunció el ceño. El pedernal de Orfeo chispeaba, pero las virutas de madera no prendían. Las arrojó al suelo con frustración. Telamón, que percibió lo que estaba

pensando, le puso una mano fuerte en el hombro mientras pasaba a su lado.

Medea se acercó a Jasón, que miraba fijamente al mar. El día estaba cargado de unas nubes que se acumulaban en el horizonte, hacia el noreste. Sin embargo, hacia poniente los cielos parecían más prometedores. Anceo le había dicho que el cabo Sunión, en la punta del Ática, estaba a menos de veinte millas de distancia. Una travesía más hasta el continente. Desde allí, sólo sería cuestión de bordear la costa durante cuatro o cinco días como máximo. Parecía muy fácil cuando lo decía Anceo, pero Jasón había aprendido a tomarse las cosas con escepticismo. Aun así, el ansia de venganza contra el rey Pelias le calentaba la sangre.

–Estás enfadado conmigo, lo sé.

Jasón no la miró.

–¿Por qué?

–Las chicas de Eleusis. Te advertí que no lo hicieras.

–Me sorprendiste. Pensé que querrías ayudarlas. Tú misma dijiste que habías vivido una vida similar.

–Llevan una oscuridad sobre ellas. No lo entenderías.

Jasón resopló con desdén.

–¿Es Hécate o eres tú quien habla? Admitieron que se habían visto obligadas a hacer encallar barcos. ¡Que lo expíen!

–El regalo de Hécate para mí es la visión. La oscuridad en ellas no se debe a nada que hayan hecho: es lo que harán. Las veo, a cuatro de ellas, llevando a hombres a la muerte por elección propia, Jasón.

–Conté tres. ¿Dónde está la cuarta?

Medea lo miró con los ojos entrecerrados.

–No había visto esta arrogancia en ti antes. ¿Te burlas de mi adoración a Hécate? –Jasón vio que la ira se encendía en sus ojos–. Te salvé la vida, la tuya y la de tus amigos. Con gran riesgo para mí. ¿O tienes tan mala memoria? Veo un cambio en ti. Todos lo vemos. Te has convertido en un lobo solitario.

Se fue tan abruptamente que sus trenzas se agitaron tras ella, dejando un persistente aroma a romero. La ira de Jasón se disipó y se estremeció

cuando una sensación de aislamiento, como una fina niebla de lluvia, invadió su cuerpo. Tuvo una visión de estar sentado en las laderas más altas del monte Pelión, solo con sus pensamientos y unas cuantas cabezas de ovejas. ¿Era eso lo que le esperaba después de su regreso?

VII

Pasaron el promontorio rocoso del cabo Sunión al caer la tarde y, cuando llegaron a una ensenada protegida a unas cuatro leguas al sur de Atenas, el sol pálido casi besaba el horizonte. Un poco más al este, los relámpagos brillaban en un cielo amoratado. Anceo ordenó que se soltara la piedra del ancla y que se arreglaran los cabos.

–No me atrevo a ir más al oeste que esto –dijo, mirando inseguro al cielo–. Lo siento.

Calídice, Demo y Sésara recogieron sus pertenencias y desembarcaron con los demás. Butes no se quedó atrás.

–Es peligroso viajar de noche –dijo Jasón–. Podéis quedaros y comer con nosotros, si queréis.

Calídice negó con la cabeza.

–Has hecho suficiente. Cuando lleguemos a Eleusis, les contaremos a todos la gran amabilidad que has tenido. Te deseamos buena suerte al volver a casa, Jasón. Gracias.

Pasó un momento ligeramente incómodo y Jasón quiso abrazarla, pero algo lo detuvo.

–Las vigilaré –dijo Butes–. Aquí es donde termina mi viaje. Vivo en Atenas, ¿recuerdas?

Rio entre dientes al ver la sorpresa de Jasón.

–Por supuesto.

–Aún tendrás lo suficiente para hacer lo que debes hacer, Jasón, incluso sin el mejor de tus guerreros.

–El segundo mejor –dijo Teseo–. Yo también debo dejarte aquí.

Jasón se quedó clavado en el lugar. Había estado tan absorto en el destino que lo esperaba en Yolco que apenas le dedicó un pensamiento en el desembarco en Ática. Muchos de los argonautas vivían muy al sur, en lo profundo del Peloponeso. ¿También querrían marcharse? Las palabras de Medea repicaron en él: «Te has convertido en un lobo solitario».

–Lo entiendo –dijo en voz baja. Miró alrededor para ver si alguien más estaba listo para irse. Los argonautas se habían reunido en una media luna y sonrieron indulgentemente a Butes y Teseo.

–¡No más peleas durante el camino a casa! –les pidió Oileo, mientras señalaba a ambos.

Butes miró a Jasón y su rostro se abrió en una sonrisa. Se abrazaron cálidamente, y luego el ateniense lo agarró por los hombros. Jasón observó su frente huesuda y sus orejas hinchadas, y se dio cuenta con un sentimiento de tristeza de que lo echaría de menos. Había sido el primero en ofrecerse voluntario, allá en Yolco, tantas lunas antes. Desde entonces, nunca había dado un paso atrás en ninguna confrontación. Fue Butes quien cambió el rumbo contra los guerreros siracos durante la lucha desesperada en los salones del rey Eetes. Sólo ahora comprendía la deuda y la pérdida.

–Puede que no hayamos estado de acuerdo en algunas cosas, muchacho, pero respeto lo que has hecho. Que los dioses te acompañen.

Jasón giró sobre sus talones.

–Si alguien más aquí quiere irse, ahora es el momento. Lo entenderé. Incluso cortaré parte del vellón para vosotros. Los dioses saben que os lo habéis ganado: todos los hombres aquí.

Oileo tenía las manos en las caderas y le guiñó un ojo a Jasón.

–¿Y bien? El chico tiene razón.

Miradas cómplices cruzaron el grupo como vencejos migratorios. ¿Se había perdido tanto mientras estaba abstraído en sus pensamientos? Anceo habló.

–Te costaría mucho sin un timonel, Jasón. Afortunadamente para ti, tengo la intención de quedarme hasta el final.

–Y yo –dijo Meleagro.

–Y nosotros –dijo Cástor, señalando con la cabeza a su gemelo. Ambos sabían que, al fin y al cabo, seguían siendo proscritos.

–¡Igual! –dijo Calais–. ¡Nos llevaremos nuestro oro en Yolco, Jasón!

Mientras los argonautas rugían en señal de aprobación y golpeaban de manera afable a Butes y Teseo en el hombro, Jasón se dio cuenta de que Medea se había dado la vuelta. Con el rabillo del ojo, vio la expresión del rostro de Acasto. Su sonrisa era tan frágil como una cáscara de huevo.

El sol ya se había puesto cuando se despidieron, cargados de armas y baratijas –incluido un trozo de vellón cada uno–. Los vio alejarse por el polvoriento camino hacia Atenas, mientras trataba de combatir el escozor que se había instalado en sus ojos.

* * *

Los argonautas lograron navegar un solo día antes de que estallara la tormenta. La luna vieja había pasado y comenzaba el mes de la cosecha. La temporada de navegación había terminado.

VIII

Mientras el *Argo* rodeaba el cabo Sunión bajo un cielo gris, Calídice, Demo y Sésara se separaron de Butes y Teseo junto a un santuario, en un cruce de caminos a menos de media legua al sur de la Acrópolis. Calídice besó a Butes en la mejilla, lo que le hizo sonrojarse de una forma totalmente desconocida. A lo largo del camino hacia Eleusis, convencieron al conductor de un carro cubierto para que las llevara buena parte del camino, aunque había poco espacio para ellas entre las alcachofas, los rábanos y otras verduras. Cuando saltaron y estiraron las doloridas extremidades, vieron que el mar estaba a un tiro de piedra a la izquierda y que la noche se acercaba rápidamente.

En un claro entre los árboles, vislumbraron humo que se elevaba desde la ciudad en la cima de la colina, a menos de quinientas pérticas de distancia. La visión provocó una poderosa oleada de euforia y miedo, y se apretaron las manos.

–¿Cómo explicamos que Glaucos no esté aquí? –preguntó Sésara.

Demo miró a Calídice.

–¡Diremos la verdad! –dijo con picardía–. O sea, que se convirtió en una bestia y encontramos pasaje en otro barco.

–No es eso lo que pregunté. Quise decir...

Calídice se estremeció al recordar el sonido, como un hacha que derriba un árbol podrido, y la visión de él tendido en la playa a la luz enfermiza de la antorcha. Con el ateniense feo arrodillado sobre él. Agradeció haber apartado la mirada cuando lo golpearon, aunque no podía estar segura de que sus hermanas no lo hubieran visto.

–¡No decimos nada! Porque no lo sabemos, ¿verdad?

–Nada. –Sésara sabía que no debía insistir en el tema–. No decimos nada –repitió suavemente.

Con cada paso que las acercaba a Eleusis, sus corazones se aceleraban hasta que apenas pudieron contener las ganas de correr. Cruzaron el pequeño arroyo que serpenteaba entre el valle de robles, donde su madre les había explicado por primera vez que tendrían que abandonar Eleusis. Caminaron por uno de los campos en los que se había perdido la cosecha de cebada. Incluso con la luz del crepúsculo podían ver rastros de las espiguillas ennegrecidas. Cuando las chicas entraron en el pequeño pueblo por la calle principal, se encontraron con poca gente. Las hermanas saludaron a unos y otros con la cabeza, pero sólo recibieron miradas inquisitivas y nadie detenía su paso.

Entonces llegaron a la puerta del patio. Un guardia de aspecto desaliñado se colocó delante de ellas y clavó la lanza en el suelo. Calídice sintió que una oleada de inquietud le recorría la espalda. Lo miró de cerca, pero estaba segura de que nunca lo había visto antes.

–¿Y bien? ¿Nos dejarás pasar?

El guardia miró de un rostro a otro y luego se fijó en sus pertenencias. Sus finos labios nunca se estiraron en una sonrisa.

–¿Habéis traído regalos para el rey?

Calídice sintió que se le sonrojaban las mejillas.

–No es asunto tuyo. ¡Mi madre y mi padre te pegarán si no te haces a un lado!

Entonces las hermanas se dieron cuenta de que su actitud no era fruto de la arrogancia, sino de la confusión. Se movió en su sitio y miró por encima del hombro mientras se acercaban pasos por el patio. Una voz gritó:

–¿Qué pasa?

Le resultaba familiar, pero sólo un poco.

Un hombre alto y con una espesa barba apareció en el patio, vestido con una túnica colorida. Él las reconoció en primer lugar, aunque la sorpresa que se dibujó en su rostro fue fugaz.

–¿Qué estás haciendo aquí? –Sésara apretó los puños mientras su voz comenzaba a quebrarse–. ¿Dónde están padre y madre? ¿Y nuestros

hermanos?

Calídice se estiró detrás de ella y acarició el hombro de su hermana. Lino respiró hondo.

–Ahora soy el rey de Eleusis. Tu familia no ha vivido aquí durante... –sacudió la cabeza con impaciencia y exasperación– largo tiempo. Tu padre...

–¿Qué dices...?

–Tu padre... –alzó la voz por encima de la de Calídice–. Tu padre cayó gravemente enfermo y no estaba en condiciones de gobernar. Aunque la verdad es que ya hacía mucho tiempo que había perdido su capacidad de mando. En cualquier caso, ahora se han ido. No sé a dónde.

Calídice sintió que algo se rompía dentro de ella. Su mente entumecida escuchó las palabras, pero se derramaron en su conciencia como agua entre los dedos. Escuchó el sollozo ahogado de Demo. Sintió que Sésara se abalanzaba sobre el impostor Lino y extendió un brazo para contenerla sin siquiera notar el acto. Era consciente de que el guardia miraba al suelo; de que un vecino, ahora un extraño, salía de su casa y miraba por el rabillo del ojo; de que una brisa jugaba con el pelo de su nuca. Oyó su propia voz, rígida e inexpresiva, preguntando dónde estaban.

–Te lo dije, no lo sé.

–Pero ¿qué dijeron?

–No puedo responder a eso. Te traeré comida y agua para el camino.

–No la queremos.

–Como desees.

–No queremos nada de ti. Y si tuviera que pedirle algo a los dioses, sería que cayera una plaga sobre ti y tu linaje. O que derramaran tu sangre, junto con la de todos los demás hombres que alguna vez...

–Basta. Haz que se vayan.

–Cali... ¡Cali, por favor!

Oyó que la puerta se cerraba de golpe. Se dio cuenta de que se alejaba de ella arrastrando los pies, dejando atrás rostros familiares, compasivos u odiosos. Dejando atrás las casas y el débil resplandor de las lámparas de aceite. Pasó junto al pozo, que al igual que el resto, sólo era una

reliquia de una vida anterior. Luego atravesaron la ciudad y regresaron a la carretera costera.

IX

Llovió intermitentemente durante los cinco días siguientes. Las ráfagas de viento agitaban el mar formando grandes olas que se estrellaban contra la orilla, hirviendo y espumando contra los guijarros bajo el casco del *Argo*. Sin perspectivas de navegar, las visiones del rey Pelias afilando cuchillos en su palacio atormentaban la mente de Jasón. Se dedicó a dar largos paseos por la costa, acurrucado en la capa, a solas con sus pensamientos.

El sexto día, las nubes se levantaron y el *Argo* se adentró en las aguas en calma. El progreso fue dolorosamente lento y los ánimos se caldeaban con cada incursión en el mar, que siempre quedaba interrumpida por un malicioso cambio de clima.

Trece días después de dejar la costa ática, cansados, díscolos y hambrientos, los argonautas atracaron en el otro lado del promontorio de Yolco, a poca distancia de Dimini. Apenas habían asegurado las amarras cuando los cielos cegadores desataron gruesos focos de lluvia que pronto hicieron que la ropa se les pegara al cuerpo. Oileo se reía para sí mismo mientras recogía la bolsas, la zalea y las armas.

–¿Qué es tan gracioso? –gruñó Telamón.

–Me pregunto si podría ser más jodidamente miserable.

Telamón murmuró algo en voz baja mientras recogía sus pertenencias y se apresuraba por la pasarela.

Era una forma poco ceremoniosa de desembarcar del *Argo* por última vez, y esto contribuyó en parte al mal humor mientras corrían por la colina sembrada de pinos hacia Dimini. Todavía estaban refunfuñando cuando se acercaron a las murallas de la ciudad. Un hombre corpulento

y de rostro rubicundo estaba saliendo tranquilamente por la puerta cuando miró hacia arriba y vio a Jasón y a su tripulación. Se agarró el pecho y retrocedió.

–No, entra –dijo Jasón, sacando su espada y dejando caer su paquete de pertenencias en el sitio–. Nadie se va hasta que lo hagamos nosotros.

Miró alrededor en busca de Oileo y señaló con la cabeza hacia los salones de los reyes.

–Jasón, ¿puedes ir más despacio? –Oileo corrió tras él, lo tomó del hombro y lo obligó a mirarlo. Pero le sorprendió el brillo salvaje en sus ojos–. Usa la cabeza. Piensa en todo lo que hemos soportado para alcanzar este momento. Haz un mal movimiento ahora y todo eso quedará en nada. ¿Cuál es tu plan?

–Ver qué les pasó a mis padres y luego marchar sobre Yolco. ¿Es que hay algo más que se pueda hacer?

–Por favor, respira hondo antes de usar la espada.

Asintió y cerró los ojos.

–Estoy listo.

–Entonces, vámonos.

Oileo miró alrededor con cautela mientras se acercaban a los pilares de madera del pórtico. Las miradas en los rostros de los habitantes del pueblo no le sentaron bien: demasiado nerviosas. Ninguna alegría en la sorpresa de ver el regreso de Jasón. Trató de imaginarse a sí mismo a través de sus ojos. Aunque era un poco más delgado y su cabello y barba estaban crecidos y descuidados, no había forma de que lo confundieran con otro. Jasón parecía ajeno a todo mientras caminaba a grandes zancadas. Esto también le preocupaba.

El puño de Jasón vaciló cuando estaba a punto de llamar. En cambio, giró el picaporte y abrió la puerta de golpe, que chocó contra la pared, reverberando por unos momentos en la oscuridad.

–¿Madre?

Silencio.

–¿Padre?

Oileo vio que la empuñadura de la espada de Jasón se aflojaba en su agarre y caía a su costado. La vista de los hombros, enmarcados por los

postes podridos de la puerta, hundiéndose en la decepción mientras la lluvia le empapaba la ropa, despertó una gran compasión en él. Escuchó suaves pasos por detrás y se giró para ver a Medea, que le lanzaba una mirada interrogativa desde debajo del alero. Oileo sacudió la cabeza con tristeza. Extendió la mano hacia el hombro de Jasón.

–Podrían estar en cualquier parte, muchacho. Hagamos algunas preguntas, ¿de acuerdo? Tienes que trazar un plan.

Jasón pasó junto a ellos con la mandíbula apretada, sin darse cuenta de que el agua le caía sobre la cara. En medio de la plaza del pueblo miró en derredor. Una pequeña multitud se estaba reuniendo en los márgenes, aunque estaba claro que muchos más evitaban tanto a los extraños de aspecto malvado como a la lluvia.

–¡Todos, fuera de vuestras casas! ¡Ahora!

Los argonautas estaban completamente abatidos, pero la tarea de arrear a la gente fuera de sus casas era preferible a quedarse de pie. Lo hicieron sin mucho entusiasmo, pero el pueblo era pequeño y sus residentes temerosos. Nadie ofreció resistencia, aunque algunos de los más jóvenes se demoraron. Pronto el pueblo resonó con el cacareo de las gallinas, el rebuzno de los burros y el balido de las cabras, inquietos por los gritos y la actividad repentina. Los argonautas los miraban a todos con hambre. Los imaginaron asando sus viandas regadas de vino sobre el fuego de una chimenea, protegidos de la lluvia. Jasón se fijó en una pequeña casa de adobe a la izquierda de la plaza, poco más que una choza. Era el único edificio del que no había surgido nadie.

–¡Son los últimos, Jasón! –gritó Oileo–. Sigamos con lo que hay, ¿de acuerdo?

–¿Seguir con qué? –preguntó uno de los hombres más atrevidos–. ¡Esto es injusto!

Jasón se volvió hacia él.

–Tú, da un paso adelante. –El hombre miró a su esposa y le dirigió una sonrisa tranquilizadora–. Sabes a quién vine a ver. ¿Dónde están? –Apuntó su espada hacia su corazón–. No mientas.

El hombre respiró profundamente.

–Tu padre descansa para toda la eternidad en la tumba de los reyes, justo al otro lado de los muros.

Oileo se volvió hacia Jasón, recordando la noche en que había expresado su deseo de regresar a casa después de tener visiones de su afligida madre en Samotracia. Oileo se había mofado de él en aquel momento, ridiculizando su egoísmo y falta de temple. Ahora sólo podía maravillarse ante aquello.

La lluvia decayó un poco, pero había dejado charcos de barro por toda la tierra compactada. Jasón observó los pequeños cráteres que hacía en la superficie del agua mientras controlaba el temblor de su mandíbula.

–¿Cómo murió?

–Yo... no sé decirlo. Lo siento. No era un hombre sano.

El ciudadano apartó los ojos ante la mirada escrutadora de Jasón. Levantó la barbilla.

–¿Y mi madre?

–No lo sé, Jasón. –Se secó la lluvia de la cara con el dorso de la mano–. No la hemos visto por aquí desde hace muchas semanas, pero se fue por voluntad propia, de eso no albergamos duda alguna.

Jasón recibió las palabras como un puñetazo en el estómago. Las lágrimas ahora le atravesaban los párpados, pero la lluvia las barrió a medida que se acumulaban. Fue una pequeña misericordia. Se tambaleó donde estaba, con la mente borrosa, hasta que una vez más tomó conciencia de la multitud que lo rodeaba. Vio a algunos niños temblando.

–Nadie sale de estos muros. –Los habitantes del pueblo se miraron entre sí con consternación, pero ninguno objetó–. No hasta mañana. No queremos problemas aquí, así que no nos enfadéis. Vuestro único trabajo es preparar para mis hombres, que han viajado más lejos de lo que cualquiera de vosotros podría imaginar, algo de comida caliente y vino. –Nadie se movió–. Eso es todo.

Enmascarado por la lluvia, Jasón sintió algo en el aire. Una tensión o una incertidumbre. O tal vez miedo y renuencia.

–¡Hacedlo! –gritó.

Uno de los habitantes del pueblo se abrió paso hacia el frente.

–No te están obedeciendo, muchacho, porque tú no mandas aquí. No eres el rey.

Jasón tardó un momento o dos en identificar al hombre. Con su pelo largo pegado a la cara, parecía diferente. Pero la voz áspera del guardia y la forma en que sus rasgos se arrugaban con odio y rabia le hicieron recordar su arrogancia.

–¿Quién mató a mi padre?

La pregunta lo tomó por sorpresa, como sabía que sucedería.

–¿Qué?

–¿Fuiste tú?

–Jasón...

Ignorando la advertencia de Oileo, sacó la espada y dio unos pasos hacia el guardia del rey. El hombre se mantuvo firme, pero sus ojos se sintieron atraídos por el bronce. Vio cómo sus bordes estaban mellados como dientes de sierra. Había visto mucha acción.

–El hombre que lo mató murió durante su abyecto acto.

–¿Quién lo envió?

–Pelias lo envió. Lo había perdonado durante veinte años. –Entonces, dio un paso atrás y los demás habitantes del pueblo se hicieron a un lado. Un hombre acompañó a su hijo pequeño para que se fuera–. Fue misericordioso.

–¿Cuál fue la promesa que te hice la última vez que te vi?

–¿Antes o después de lloriquear por el destino de tus padres?

–Fue que tu vida sería una de las primeras que me cobraría.

–No seas necio. No tienes idea...

–¡Déjalo, Jasón!

Oileo se dirigió hacia su amigo, pero Idas lo detuvo, negando con la cabeza. Miró sorprendido la mano que lo sujetaba.

–Déjalo.

–Escucha al traidor –le dijo el guardia a Oileo con desdén–. ¡No tienes idea de a qué te vas a enfrentar! ¡No eres nadie! ¡No tienes lugar aquí, ninguna autoridad! ¡Eres un impostor! ¡Toma a tus hombres y vete!

Oileo dio un paso atrás.

Jasón clavó la espada en el estómago del guardia, provocando gritos aterrorizados de la multitud y un gemido.

–¡Piensa en los niños!

El guardia se tambaleó hacia atrás, la expresión de su rostro sugería que no pensaba que Jasón pudiera atreverse. Pero éste lo hizo retroceder, mientras le hablaba con los dientes apretados.

–¡Arrodíllate ante tu rey!

Cuando las piernas del guardia cedieron, se desplomó hacia delante, cayendo de bruces en un charco. Jasón limpió la espada en las ropas del cadáver. Entonces se volvió hacia la gente de Dimini. La visión de un niño encogido detrás de su padre le hizo recobrar el sentido.

–Necesitamos comida y vino. –Envainó la espada mientras cruzaba la plaza hacia la pequeña casa–. Que nadie se vaya.

Medea y Oileo vieron a Jasón dirigirse hacia allí y lo siguieron. Estaba en la oscuridad. La cerca de juncos que la rodeaba se inclinó sobre sí misma como si estuviera borracha, lastrada por un cubo de cuero que estaba medio lleno de agua de lluvia.

–¿Por qué querías impedir que me vengara de ese guardia? –preguntó Jasón, sin mirar a Oileo.

–Ejecutarlo delante de niños parecía... –Oileo se encogió de hombros, enviando riachuelos de agua por su pecho–. Se lo merecía. ¿No quieres resguardarte de la lluvia?

Jasón lo ignoró y se acercó a la puerta. La empujó con la punta de la sandalia y se abrió con un crujido. Los tres tardaron unos instantes en acostumbrarse a la penumbra sepulcral. Podían oír el goteo constante del agua que caía del techo sobre una superficie dura. Oileo arrugó la nariz ante el olor a humedad, mientras Jasón se abría paso a tientas por la primera de las dos habitaciones separadas de la más grande por una pared de zarzo y barro. Maldijo cuando se golpeó la espinilla contra algo duro mientras se inclinaba para abrir las contraventanas. En la habitación en penumbra, todos sintieron que se les hundía el ánimo. Se había golpeado con una de las dos camas situadas en paredes opuestas, a unos pasos de distancia. Había un plato de madera en el suelo y unas

cuantas lámparas de arcilla esparcidas alrededor de un estante que recorría la mitad de la habitación. Una manta de lana y algunas colchas estaban dobladas sobre cada cama. Jasón las recogió y las colocó debajo de la ventana. Pudo distinguir un bordado caro que le pareció de alguna manera familiar y las volvió a colocar sobre la cama.

–¿Satisfecho? –preguntó Oileo.

Jasón asintió. Por el rabillo del ojo vio que Medea se estremecía. Cogió la manta y se la dio, pero ella la apartó.

–¿No tienes frío?

–No la quiero. Hay tristeza aquí –susurró ella–. Quiero irme.

–De acuerdo –dijo Oileo–. Necesito un poco de vino.

Jasón los siguió afuera, mirando hacia atrás una vez más antes de irse mientras sus ojos se dirigían una última vez hacia las colchas.

* * *

Los argonautas pronto tenían un fuego ardiente en el hogar del megarón del viejo rey. Era imposible que alguien vigilara el portalón debido al mal tiempo, así que se las arreglaron con mantener las puertas del megarón abiertas para disuadir a cualquiera que pudiera entrar furtivamente entre las sombras y forzara el cerrojo. Habían clavado la reja a su caja por si acaso. La verdad era que los muros podían ser fácilmente superados por cualquiera que estuviera decidido a hacerlo. Jasón esperaba que la muerte del guardia fuera un elemento disuasorio. El mal humor de los lugareños, que ahora llevaban platos de carne asada, sugería que habían perdido el apetito.

–¿Hay siquiera una gota de agua en este vino, muchacho? –Peleo frunció el entrecejo a un joven cejijunto mientras le entregaba otra jarra. Cuando no respondió, se puso de pie de un salto–. ¿Y si hubiera veneno? –El encapotamiento del muchacho se transformó en una expresión de miedo–. Estoy bromeando contigo, chico. –Peleo lo vio irse, otra vez cejijunto.

Telamón le arrojó un coscurro a su hermano.

–Bien hecho. Acabas de darles una idea.

Mientras las ropas se secaban, el vino calentaba la sangre y los estómagos comenzaban a llenarse, Jasón sintió que su ánimo mejoraba un poco. Les dijo a los lugareños que trajeran unas cuantas jarras más de vino y que los dejaran solos. Había llegado el momento del consejo. Jasón se levantó y pidió silencio. La conversación se desvaneció y todas las miradas se volvieron a él.

–Mañana es el día entre todos los días. Será la jornada en que la gente podrá cantar canciones sobre todo lo que hemos hecho, pero... –Jasón esperó a que los vítores y el tintineo de las copas se desvanecieran–. Pero sólo, por supuesto, si logramos cruzar las puertas de la ciudad. En mi corazón sé que, si lo logramos, ya no quedará nada que suponga un riesgo. Mañana podremos marcar el final de este viaje con banquetes tres veces más grandiosos que los de esta noche. Pero en lo que respecta a nuestra hermandad... Bueno, eso es algo que no se desvanecerá mientras uno de nosotros aún respire.

Meleagro levantó su copa.

–¡Por la hermandad del vellocino!

Aquellos que estaban más cerca del príncipe de Calidón podían ver que sus ojos brillaban. La visión de uno de sus guerreros más impresionantes conmovido hasta el punto de las lágrimas provocó muchas palmadas en la espalda y apretones de manos, dejando atrás viejos rencores y quejas. Jasón incluso sintió una oleada de cariño por Idas, aunque no lo demostró.

Cuando todos volvieron a estar atentos, Jasón esbozó un plan sencillo para un asalto a las puertas antes del amanecer, cuando los centinelas estuvieran menos alerta. Mencionó lo que les había dicho el rey Minos sobre las incursiones de los Pueblos del Mar. Si los de Yolco también estaban al tanto de esta nueva amenaza, seguramente, con el mes de las lluvias ya detrás de ellos y el solsticio de invierno acercándose rápidamente, no estarían esperando una incursión. Cuando terminó, pidió comentarios y volvió a sentarse.

–No suelo decir esto –dijo Idas, haciendo un gesto hacia Jasón–, pero creo que el chico tiene razón. Mantengamos el asunto simple, repentino y agresivo.

Alrededor de la chimenea se oyeron gritos de apoyo y pulgares hacia arriba, así que parecía que el asunto se resolvería allí mismo. Al menos hasta que Oileo sacudió la cabeza y levantó la mano. Esperó hasta que todo estuvo en silencio de nuevo, antes de hablar.

–Una idea bastante adecuada, Jasón. De hecho, llevo las marcas de la última vez que alguien intentó algo así. Hace veinte años, traté de defender ese palacio y fui el único que sobrevivió. Nos atacaron una luna más tarde, en algún momento del mes de la Diosa, no recuerdo cuándo. Mi primer pensamiento fue que los piratas habían desembarcado, pero en realidad fueron los hombres de Pelias, que llegaron por tierra. Por eso no creo que precisamente ellos se arriesguen a que les suceda lo mismo, ¿no crees?

–¿Incluso veinte años después?

–Sobre todo veinte años después. No podía saber con seguridad que nunca volveríamos. ¿En qué momento un padre renuncia a volver a ver a su hijo? –añadió en voz baja.

Los ojos de Oileo tenían una mirada distante, incluso atormentada. Jasón miró a Acasto por encima del fuego. El hijo de Pelias estaba sentado con las rodillas pegadas al pecho, con un aspecto sombrío y melancólico. Jasón seguía convencido de que el joven había estado conspirando contra él durante todo el viaje, pero tenía que reconocer que lo disimuló muy bien en todo momento.

En medio del crepitar y el silbido de las llamas, la incertidumbre se instaló en el salón como una capa de ceniza. El repentino resoplido de risa de Oileo provocó algunas miradas socarronas.

–¡Menos mal que tengo un plan mejor para vosotros, malditos imbéciles!

Se necesitó otro rato para afinar la estrategia de Oileo antes de que finalmente se pusieran de acuerdo. Cuando el ruido volvió a aumentar y las sombras empezaron a parpadear contra las paredes del megarón, los pensamientos de Jasón se dirigieron hacia aquellos que habían iniciado el viaje pero cuyas almas ahora vagaban por la oscuridad de costas lejanas. O los salones y corredores del palacio del rey Minos: especialmente Linceo, el vigía incomparable; Eufemo, el valiente

corredor, y Periclímeno, el alto e íntegro arquero de Pilos. No le avergonzaba considerar la supervivencia de Acasto un inconveniente. Posiblemente también un peligro. Lo habría cambiado por cualquiera de los otros caídos sin dudarlo un momento. El joven apenas había sufrido un rasguño en todas sus batallas. Teseo lo reprendió por ello con dureza, y no tenía duda alguna de que otros también lo habían hecho. Sin embargo, aquí estaba, sobre la tierra mientras hombres mejores se pudrían debajo. Este pensamiento provocó que Jasón lo odiara amargamente. ¿Por qué se había unido al viaje? La pregunta surgía a menudo, pero la respuesta aún se le escapaba.

Se volvió hacia Medea, sentada con las piernas cruzadas sobre un cojín junto a él, con un chal sobre los hombros: uno de los de Alcimede. La sorprendió mirándolo como un vidente lee los posos de un plato de vino. Sus ojos verdes se volvieron a centrar en los suyos, calentándole la sangre más que cualquier uva.

–¿Crees que pueden vernos las almas de los muertos? ¿Conocer nuestros pensamientos?

–Por supuesto.

–¿Podrían las sombras de nuestros camaradas estar en este salón? ¿Ahora mismo?

–No.

–¿No? –le dirigió una mirada perpleja–. ¿Cómo puedes estar tan segura?

–Mientras estabas festejando, Jasón, otros han estado aquí. No reconocí a ninguno de ellos.

–¿Qué?

–Vi a un hombre de pie junto a la puerta, sosteniendo la mano de una niña. Otra figura pasó junto a ellos, vestida de negro, encorvada sobre un palo. Fue breve.

Jasón se quedó boquiabierto. Se volvió hacia la entrada. En la oscuridad del exterior, podía distinguir la puerta de Dimini contra el cielo nocturno. La lluvia finalmente había cesado. Oyó la suave risa de Medea.

–No esa puerta –dijo ella, inclinando la cabeza hacia un lado–. Ésta. La de la izquierda.

Jasón miró a través de la chimenea hacia la habitación en la que había visto por primera vez a su madre, cuidando de su frágil padre, Esón. Sintió que se le aceleraba el corazón.

–¿Qué aspecto tenía?

–El de un hombre alto, pero débil y pálido, de rostro serio. Se parecía a ti en algunos aspectos.

Jasón bebió un poco de vino, pero el nudo en la garganta le dificultaba tragar.

–¿Y la niña?

–Fue fugaz, Jasón. Yo...

–Por favor.

–Una niña. Demasiado pura para este mundo. Sólo una niña.

Ella apretó los labios y miró hacia otro lado. No había visto a Medea desconcertada muy a menudo, pero estaba seguro de que ahora lo estaba. Oileo también se comportó de manera similar cuando Jasón sacó el tema de Eireni, la hermana pequeña que nunca había conocido. Tenía la sensación de que le estaban ocultando algo.

Meleagro se había levantado de nuevo. Era raro verlo inestable por efecto del vino.

–Puedo sentir los ojos de nuestros caídos sobre nosotros. Son la prueba de que nadie puede saber lo que hay más allá del mañana, así que brindo por la memoria de aquellos que hemos perdido. Por el más grande de todos los marineros, aunque Anceo lo sigue muy de cerca. –Le guiñó un ojo al timonel y levantó una copa–. ¡Por *Tifis*!

El megarón resonó con aquella ovación y todos bebieron. Cuando Meleagro se sentó, le tocó el turno a Oileo.

–No muy lejos de aquí, hace muchos meses, uno de nosotros predijo que regresaríamos con el vellocino de oro. Al mismo tiempo, ese hombre predijo su propia muerte. Ambas cosas se cumplieron. Ojalá hubiéramos escuchado todo lo que tenía que decir. ¡Por Idmón, un vidente sin igual!

–¡Idmón!

Así continuaron, bebiendo y brindando hasta que todos esos argonautas muertos o desaparecidos fueron aclamados. Jasón levantó su copa por Dáscilo y eligió algunas palabras adecuadas, pero la muerte del joven llenaba su corazón de plomo cada vez que lo recordaba, al igual que las perspectivas de entregar de alguna manera el mensaje de su muerte, como solemnemente le había prometido al padre. En cambio, ocupó su mente en la visión de Medea y el poder de su don. En algún momento, se dio cuenta de que Meleagro había comenzado a cantar con su voz rica y grave, sacándolo de la ensoñación.

Sobre las olas y sobre la espuma,
se abandonó mi corazón.
Es un largo camino a casa.
¿Había una elección?

Pronto todos cantaban a gritos. Jasón miró a Orfeo. Su voz de tenor era clara y resonante. Echaría de menos al bardo más que a la mayoría. Hubiese deseado pasar más tiempo con él. Meleagro se puso de pie. Oileo lo siguió. Luego Cástor, Pólux... Idas. Todos se levantaron con los brazos entrelazados, incluso Acasto y Medea.

Estas llamas arden con fiereza.
Que tú y yo junto al fuego,
bebamos bien, bebamos sin medida,
hasta que caiga la noche entera.

Se demoraron en la última nota y la canción se transmitió de un lado de Dimini al otro y más allá, sobre la tumba de la ladera de la colina de los reyes de Yolco, donde finalmente se perdió entre los bosquecillos silenciosos de almendros y olivos.

* * *

En algún momento en lo profundo de la noche, Acasto se despertó. Obligó a sus ojos a abrirse bien y dejó que se acostumbraran a la oscuridad. Los ronquidos resonaban en las paredes del megarón y las brasas de la chimenea aún emitían un tenue resplandor. Había dejado su zalea cerca de la puerta, pero no tan cerca como para levantar sospechas. Advirtió los cuerpos que dormían entre la puerta y el lugar donde él yacía ahora, uno de los cuales era el traicionero guardia de palacio. Puso mucho empeño en recordar sus posiciones exactas, así que ahora esperaba que no se hubieran movido demasiado. Uno de los tracios pintados no hacía mucho que había regresado de orinar fuera, así que Acasto esperó un poco para asegurarse de que volvía a dormirse.

Cuando estuvo convencido de que ya no despertaría, inició su plan. Se apoyó sobre los codos mientras la última niebla se despejaba de su mente. No era cuestión de arriesgarse a llevarse sus baratijas: el ruido que harían al chocar entre ellas seguramente lo delataría, aunque le dolía dejar los frutos de sus primeras matanzas con aquellos piratas. Sólo podría llevarse la zalea y una lanza. Con mucho cuidado, haciendo muecas ante el chasquido de sus articulaciones, se puso de pie. Hasta ahí, todo bien. La lanza estaba junto a la zalea y recogió ambas sin hacer ruido. Tenía un regusto desagradable en la parte posterior de la boca por toda la carne consumida, parte de la cual incluso había sido glaseada en miel. Necesitaba un buen trago de agua, pero no se atrevía a buscarla a tientas en la oscuridad.

Ahora podía distinguir las formas de otros argonautas, situados más o menos como lo recordaba. No necesitaba pasar por encima de ninguno de ellos. Usando la lanza para mantener el equilibrio, llegó de puntillas a la puerta y miró hacia atrás. Todo estaba en silencio. Delante, las nubes oscurecían la luna menguante y el aire era fresco y frío. A unas quince pérticas de distancia se encontraba la puerta de la ciudad. No tenía sentido intentar forzarla y, aunque no estuviera clavada, habría elegido otro punto de huida.

Se volvió hacia la casa de adobe a la izquierda, desde donde había exigido la presencia del maldito estúpido guardia del rey. El mismo hombre que ahora yacía desplomado fuera de la puerta de la ciudad con

un agujero en el vientre. Si pudiera llegar a la parte trasera de la casa, oculta del salón del rey, estaría fuera.

Se apresuró a cruzar el terreno abierto de la plaza, ignorando el chapoteo del barro al caminar.

Quince pasos.

Diez para ponerse a salvo. Se imaginó la expresión del rostro de Jasón cuando los guardias lo rodearan en el megarón de Yolco. Aquella imagen le hizo estremecerse de placer. Cinco.

Tras alcanzar los muros apresuradamente, respiró hondo, con las manos en las rodillas. Se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración mientras corría al ritmo de su corazón, que le latía en los oídos. Un perro ladró desde algún lugar dentro de la ciudad y sus ojos se abrieron de par en par. No había arriesgado la vida durante los últimos largos meses sólo para ser destrozado por un miserable chucho.

Pero no pasó nada.

Se volvió hacia el muro. El estado de su decadencia era una bendición. Había suficientes puntos de apoyo para escalarlo. Sintió los dedos de los pies contra el ladrillo frío y húmedo y lo inspeccionó en busca de un asidero. No era fácil en la noche. La lanza, se dio cuenta, tendría que caer primero.

Se oyó un suave chapoteo cerca que lo dejó paralizado, así que trato de afinar los oídos más allá del latido de la sangre en sus sienes. ¿Alguien más había salido a vaciar la vejiga?

Se quedó mirando el borde de la casa hasta que le ardieron los ojos. Nada rompió las líneas. Se volvió hacia la pared, sus ojos recorriendo la superficie con más premura ahora. Sí, era posible. Deslizó la lanza hacia arriba y sobre la pared, dándole un empujón final para que se deslizara por el costado. Un traqueteo apagado, no demasiado fuerte.

El perro ladró.

Otro paso húmedo. Sus ojos se movieron rápidamente.

–Qué desperdicio de lanza, príncipe Acasto.

El corazón casi se le salió por la boca. Sus labios se movieron, pero la voz estaba ahogada por el miedo. Ese sabor a carne otra vez, espeso en su garganta... Le hizo sentir náuseas. Trató de discernir quién más

estaba con Oileo, pero parecía haber salido solo. ¿Podría vencerlo? Era un guerrero experimentado, así que parecía poco probable.

–No te molestes. –Le golpeó el trasero con la parte plana de la lanza–. Baja.

–¿Se lo contarás a Jasón? ¿O a los demás?

–Eso depende. –Aunque no podía ver sus rasgos en la penumbra, estaba seguro de que Oileo le estaba sonriendo con satisfacción–. ¿A quién temes más?

–No... no lo sé.

–Yo, en tu lugar, a Jasón. Es un animal diferente del chico que partió de aquí hace meses, ¿no te parece? Ahora acumula una ira que a duras penas se mantiene en equilibrio sobre el filo. Tú, en cambio, no has cambiado. Estoy seguro de que te atravesaría como a ese guardia, sin siquiera pestañear. –Oileo se acercó y su aliento se empañó en el aire frío. Acasto podía oler el vino rancio. La punta de la lanza le tocó el estómago–. Yo también lo haré, si lo intentas de nuevo. Estaré observando, como llevo haciendo desde que pusiste un pie a bordo de ese barco. Si muestras la más mínima señal de traicionarnos, todos en ese salón lo sabrán y la vergüenza será lo último en lo que pienses antes de que te destrocen. ¿Me escuchas?

Acasto tragó saliva con dificultad. Oileo tenía los sentidos de un búho. Había leído su mente en el ascenso rocoso al santuario de Fineo, cuando su mano podría haber hecho que Jasón cayera y muriera, y ahora esto. Tenía que encontrar una manera de deshacerse de él, y rápido. Acasto sintió que la lanza presionaba su piel con un poco más de fuerza. Ahora dolía. Asintió.

–Vuelve dentro.

X

A pesar de los dolores de cabeza y la oscuridad del exterior, las mentes estaban alerta. Festejar juntos en el salón real de Dimini por cuantos habían llegado tan lejos y presentar sus respetos a los camaradas caídos los había unido estrechamente para enfrentarse al día más importante de todos. Salvo en el caso de Acasto. A la tenue luz de las lámparas de aceite en el megarón, el rostro del joven estaba especialmente pálido y hosco, y evitaba el contacto visual con cualquiera de sus compañeros.

Jasón recogió su equipo. Había confeccionado correas de cuero para los vellones de modo que pudiera caminar con los brazos libres, aunque el peso de la carga lo arrastrara hacia abajo. Partieron a través de la puerta, de la que se había liberado el cerrojo con un fuerte golpe del hacha de Anceo, lo que hizo que algunos de los animales de la ciudad balaran y ladraran alarmados. Nadie habló mientras marchaban. En cambio, llenaron los pulmones con el aire frío del otoño y observaron cómo se convertía en niebla frente a ellos mientras respiraban, disfrutando del canto de los pájaros nocturnos que de vez en cuando pasaban volando, atraídos por la luz de las antorchas. Medea caminaba con la cabeza inclinada, pensativa, y las manos metidas bajo los brazos para calentarse. Tenía ojeras y el ceño encapotado. Jasón notó que miraba con frecuencia a Oileo, que estaba a su derecha.

–¿Estás preocupada? –le preguntó.

Esbozó una débil sonrisa, de aire distraído. Jasón no insistió, pues había aprendido a no presionarla.

Mientras tanto, los argonautas atravesaron el almendral. Habían extendido telas de arpillera alrededor de los árboles y los frutos, recién

caídos de los árboles, se extendían sobre ellas. Jasón notó que la mayoría de ellos ya se habían partido. La cosecha sería abundante. Le resultó un contraste poderoso en comparación con su viaje: frente a todos esos momentos en que se jugaron la vida en combates o navegando entre tormentas, lo ordinario. Era como si él y sus compañeros se hubieran esfumado de la mente de la gente en el momento en que los perdieron de vista en el horizonte, poco después de zarpar. ¿Para qué, pues, todas esas vidas perdidas? ¿Sólo a cuenta del derecho de nacimiento de un hombre? ¿Por su mera ambición? Sintió que las oleadas de culpa comenzaban a erosionar su determinación, así que cerró los ojos para murmurar una oración mientras caminaba.

–Por ti, gran Zeus, los hombres mortales alcanzan la fama o no, celebrados en canciones o no. Fácilmente humillas a los orgullosos y elevas a los oscuros. Atiéndeme ahora, Tonante. Mantén mi valor y fortalece mi mano, porque el hombre que busco me ha robado el mundo.

Las murallas de Yolco ahora se apiñaban en la oscuridad. Podían ver algunas luces que punzaban el terreno más alto de la ciudad: algunas sin duda parpadeaban en el mismo salón que iban a atacar. Jasón sintió que se le revolvía el estómago. Se había jurado a sí mismo saborear la sensación de ilusión y el peso de los recuerdos que iban a crear. Unos cuantos estadios al norte y al este, las laderas del monte Pelión comenzaban a emerger recortadas contra la promesa de la luz del amanecer.

–Tenemos que darnos prisa –susurró, haciendo señas a los demás para que aceleraran el paso.

Trató de convencerse de que habían navegado al otro lado del mundo y de regreso. Pelias no tenía derecho a esperar que ninguno de ellos estuviera de vuelta, especialmente después de la temporada de navegación. ¿Cuán cauteloso sería al montar las guardias?

Jasón pronto localizó el pequeño barranco que recordaba. Los argonautas guardaron en silencio todo lo que no necesitaban debajo de un puente podrido, sobre un lecho de ramas y palos. La lluvia del día anterior había dejado el suelo húmedo, pero el agua había penetrado

rápidamente en la tierra. La tarea consumió unos momentos valiosos, durante los que se mantuvieron alerta por si alguien pudiera haberlos visto.

–Ahora apagad las antorchas.

Jasón miró hacia el horizonte oriental, que comenzaba a cubrirse de luz violeta. La carrera final hacia las murallas de la ciudad llevaría un breve lapso de tiempo. Y, en otro tanto, el cielo sería tan claro como al mediodía.

–¡Vamos, vamos! –dijo Oileo, cuyos ojos estaban escudriñando las murallas.

Cuando estuvieron listos, el veterano hizo una señal a los argonautas para que se colocaran debajo de los muros mientras inclinaba la cabeza hacia el suelo, como un perro de caza cuando percibe el olor de una pista. Durante todo el tiempo, Jasón observó cómo el horizonte cambiaba a un color rosado melifluo.

–Aquí. –Oileo señaló la pequeña alcantarilla de piedra y apartó un poco de la maleza que se había acumulado alrededor–. Aquí hay humedad porque el agua fluye desde la ciudad hacia la llanura. Ésa será nuestra forma de entrar.

Peleo arrugó la nariz.

–¿Nuestra? ¿Qué quieres decir? ¡Hasta un perro tendría dificultades para pasar por ahí!

–Estoy de acuerdo –se quejó Telamón–. No perdamos más tiempo y vayamos a atacar a los centinelas de la puerta.

–Lo haremos, Jasón.

Calais se limpió la boca y dio un paso adelante.

–Dile al hombre gordo que espere para su pelea.

Zetes sonrió, mostrando sus afilados dientes ante el comentario de su gemelo, pero Telamón se erizó mientras acariciaba su vientre con timidez.

–No os quedéis atrapados ahí, pequeños cabrones.

Calais ya estaba de rodillas, gateando hacia la pequeña depresión en el suelo.

–Huele muy mal.

–Te acostumbrarás –dijo Oileo, guiñándole un ojo a Jasón–. Sólo ten cuidado con los zurullos. ¿Mencioné las aguas residuales?

–¡Mierda! –dijo Zetes, entre dientes, mientras se unía a su hermano.

* * *

El pasaje era lúgubre y húmedo, y les raspaba la piel de las rodillas y los antebrazos mientras se arrastraban hacia el aire más fresco. Calais comprobó que era seguro salir antes de ayudar a su hermano a ponerse de pie. Miraron alrededor, orientándose. Delante estaban los muros del complejo del palacio, abrazando el terreno más alto de la ciudad. Estaban de pie junto a un canal de drenaje que se dividía: hacia el palacio a la izquierda y a lo largo de la calle estrecha que corría hacia el sur, junto a los muros del palacio. El cielo se estaba volviendo más brillante con cada instante que permanecían allí. Ya podían distinguir las formas de las piedras en las paredes. Echaron a andar por la calle, ajustándose más las capas y las capuchas sobre los cuerpos para ocultar las espadas y sus rostros. Los tatuajes en espiral eran otra razón para ganarle al amanecer.

Se oían sonidos de gente moviéndose en las casas por las que pasaban, pero los gruesos muros del palacio estaban cubiertos de silencio. Si Pelias estaba preparando sus defensas en ese momento, los sorprendidos serían los argonautas.

Una mujer que llevaba un cubo salió de una calle lateral, lo que les hizo moderar el paso. Al sentir su presencia tras ella, se estremeció al verlos, lo que le hizo lanzar un pequeño jadeo de sorpresa y miedo. Calais levantó la mano mientras se alejaba un poco, para indicarle que no buscaban problemas. Pero no dejaron de sentir su escrutinio conforme avanzaban.

–No mires atrás –susurró Calais.

El impulso de comprobar si estaba a punto de dar la alarma era fuerte, pero no oyeron nada. La calle angosta pronto se unió a una vía más ancha de tierra compactada, y los olores de la ciudad eran más intensos aquí. Algunas personas ya estaban fuera, cuidando su ganado. Fijaron

los ojos en los extraños mientras se acercaban y los tracios sintieron que el aire se tensaba a su alrededor.

–Buenos días –fue la llamada.

No era un saludo amistoso, ambos lo sabían. Intercambiaron miradas tan cargadas que no hizo falta hablar para saber lo que pensaban. Calais giró sobre sus talones y levantó una mano.

–¡Y a ti, ciudadano! ¡Un día luminoso, bueno para el viaje, creo!

Pero lo que recibieron de vuelta eran expresiones cargadas de suspicacia. Oyeron rumores sobre extranjeros, pero no era algo nuevo. El camino los llevó a través de un grupo de casas de madera, que daban a un recinto sagrado a la izquierda. Justo delante, las puertas de la ciudad. Estaban cerradas. Se dieron cuenta justo cuando los centinelas de servicio los vieron. Llevaban cascos de bronce, corazas y largas lanzas, que habían clavado en el suelo. Uno de ellos estaba bebiendo un trago de una calabaza, al menos hasta que el otro lo empujó y señaló a Calais y Zetes. Los guardias los sopesaron mientras se acercaban. Si hubieran llegado unos momentos antes, ambos sabían que sus capas sucias y sus tatuajes habrían sido menos visibles, pero a esas alturas el cielo ya resplandecía.

–¿De dónde venís?

Calais sonrió de medio lado.

–Del palacio, amigo mío. ¡Allí hacía más calor!

Zetes asintió con vigor. Ambos eran malos actores. Disimular las emociones no era propio de los tracios. Se abrigaron más con las capas mientras sus manos buscaban los pomos de las espadas.

–¿Del palacio? No te creo.

El mayor de los dos tenía un ligero labio hendido, notó Calais, o una cicatriz de batalla. De cualquier manera, también tenía un mentón ancho, un cuello grueso y era una cabeza más alto que ellos. Tendría que ser el primero en morir.

–Quedaos donde estáis.

Ambos avanzaron, el más corpulento de ellos levantó una mano y apretó el agarre de su lanza con la otra.

–Quedarnos, ¿por qué? –dijo Calais, que buscó mostrarse ofendido mientras se volvía hacia su hermano–. ¡Ya ves, te dije que esto sucedería!

–¡Tuvimos que irnos antes del amanecer!

–Callaos, los dos. –El guardia escupió al suelo y se volvió hacia el otro hombre.

–Llévatelos.

–Míralo. –Calais puso los ojos en blanco–. ¡Te explico algo!

Para cuando dijo eso, ya había desenvainado su espada corta, que viajaba hacia la garganta expuesta del guardia. Y todo mientras todavía tenía los ojos fijos en su hermano. Pero el guardia reaccionó rápidamente, apartó la cabeza y giró la lanza, que le mordió el brazo a Calais. Pero, aun así, el movimiento de regreso de su hoja logró herir al centinela en el cuello.

Zetes se abalanzó sobre el segundo guardia y lo atravesó en la ingle mientras trataba de reaccionar al ataque. Aprovechó que se tambaleaba para intensificar la acometida hasta que su enemigo quedó inmóvil en el suelo, hendido y con un brillo oscuro.

La pelea había sido torpe y ruidosa, así que sabían que habría una respuesta. Se apresuraron hacia las puertas y levantaron las barras que las mantenían cerradas. Experimentaron una oleada de alivio cuando empujaron las hojas hacia atrás y se abrieron con apenas un suave crujido. Zetes emitió el grito de un búho y, un momento después, aparecieron los argonautas. Ninguno tenía una sonrisa más amplia que Oileo. Le dio una palmada a Zetes en el hombro, pero Calais lo detuvo con una brusca negativa. Una mancha oscura ya se extendía desde el desgarrón de su capa.

–¿Qué pasó? –preguntó Jasón.

–¡Eso!

–Tienes el corte de un carnicero. –Idas estaba de pie junto a uno de los guardias, arrugando la nariz–. ¿Intentabas matarlo o amputarle las extremidades?

–Abrimos las puertas. ¿Qué más quieres, chucho?

–Vamos.

Jasón ya estaba en el recinto sagrado, haciendo gestos con su lanza. Para cuando el resto de los argonautas lo alcanzaron, vieron a muchas más personas en la calle. Uno de ellos llevaba un hacha de leñador. Una niña aterrorizada se agarraba a las piernas de su padre.

–No queremos hacerte daño, pero no hagas ruido. Nuestro asunto es con Pelias, con nadie más –declaró Jasón–. Yo soy el rey legítimo aquí, no él.

–¡Mataste a los guardias!

–Y tú no eres un guardia del rey, así que no tienes nada que temer.

Pero la atención del leñador estaba ahora puesta en Acasto. Miró a Jasón con confusión.

–¡Es el hijo del rey!

–Lo es.

Acasto levantó la vista del suelo por un momento, lanzándole al hombre una mirada de desprecio. El leñador parecía querer decir algo más, pero luego se lo pensó mejor.

–Puedes dejar eso ahora –retumbó Anceo, levantando su hacha de guerra. El lugareño palideció al ver su tamaño y al peludo guerrero que la blandía.

–Sólo estoy defendiendo a mi familia –murmuró.

–No la necesitarás –espetó Anceo–. ¿Jasón?

–Id dentro, amigos. Esperad noticias. –Jasón señaló la calle con la cabeza.

Echaron a correr. Había amanecido y, con la luz, la necesidad de sigilo. La velocidad era ahora su aliada: eso y la sorpresa. Con rapidez, habían pasado la pequeña plaza en la que Jasón había conocido por primera vez a otros atletas en vísperas de los juegos de Poseidón. La muerte de Eufemo, el corredor, le había dolido casi tanto como la de Dáscilo. Echaba de menos su confianza en sí mismo, su imperturbabilidad. Sus habilidades con la honda habrían sido útiles para lo que estaba por venir.

Pasaron por edificios más sólidos y el camino se estrechó, encaminándolos hacia el propileo del palacio mientras sus respiraciones

se volvían jadeantes. El traqueteo de las vainas y los escudos lo llenó todo. Se detuvieron para descansar un momento antes del asalto final.

–¿Orfeo?

Los argonautas se hicieron a un lado para dejar paso al bardo, que ya estaba preparando una flecha. Jasón miró su mano, que temblaba ligeramente, y luego la inquietud en sus ojos.

–¿Cuántas te quedan?

–Sólo cuatro.

–No fallarán, Orfeo. Créeme. Treinta pasos por delante, no más. –El bardo sostuvo su mirada por un momento y luego asintió. Jasón miró a los demás–. Cuando él nos lo diga, vamos.

Mientras los argonautas esperaban en la esquina de una casa, Oileo le susurró al oído a Acasto.

–Recuerda que te estoy observando, muchacho. –Acasto lo despidió con una mala mirada.

Orfeo respiró profundamente y miró alrededor en la que pensó que podría ser la última vez. Las piedras labradas que se arrebolaban con la luz del amanecer; un milano real, volando en círculos en lo alto, con las plumas de la cola bifurcada retorciéndose de un lado a otro. Parecía un momento adecuado para encontrarse con su esposa Eurídice en el Hades. Así que avanzó arrastrando los pies, en cuclillas, trabajando con los dedos para mantenerlos sueltos y calientes. Luego recuperó las flechas: tres de la tierra de los Pueblos del Hierro y una que había traído desde casa. La colocó primero y dio un paso hacia la vista del palacio.

Tres guardias, todos con lanzas. Uno tenía un casco emplumado, pero los otros estaban sin adornos. Un escudo en forma de media luna estaba apoyado contra el marco de la puerta. Hubo una ráfaga de risas por una broma compartida, luego un comentario ahogado y uno de ellos lo señaló. La primera flecha ya estaba en camino cuando ese guardia alcanzó su escudo. Golpeó a su camarada en el pecho, que se tambaleó hacia el poste de la puerta. Para cuando la segunda flecha inició su vuelo, el escudo ya estaba en alto y los dos guardias protegidos. Pasó por encima del hombro del centinela más rezagado y se dirigió al patio a sus espaldas.

–¡Ayuda aquí! ¡Ayuda! –gritó el del casco emplumado.

Orfeo, de rodillas, apuntó más bajo. La cuerda hizo un ruido y la flecha con punta de hierro se clavó profundamente en un muslo. En su apuro por retirarse, ni siquiera pudo distinguir qué guardia era. Miró por encima del hombro.

–¡Ahora! ¡Ahora!

Los argonautas pasaron a su lado en tropel por el camino que conducía a las puertas. Jasón fue el primero en llegar. Saltó sobre los guardias que se retorcían, justo cuando la segunda hoja se estaba cerrando. Se lanzó contra ella, que se abrió de golpe y lo hizo chocar contra el guardia que tanteaba la barra que había detrás. Oyó el gruñido cuando se quedó sin aire en los pulmones. Alguien lo llamó por su nombre y fue consciente de que su imprudencia podría haberlo matado, pero el impulso salvaje de entrar en el megarón lo había poseído.

Fueron Anceo y Meleagro quienes abrieron de una patada la puerta contigua. Vio el destello del bronce cuando la espada de Meleagro se movió en el aire. Mientras se ponía en pie, Jasón oyó el ruido de pies en el pórtico y el patio que había más allá. Si podían pasar el cuello de botella, donde cualquier superioridad numérica contaría en contra de sus enemigos, todo iría bien.

Atravesaron el umbral y echaron un vistazo a las habitaciones que había detrás. Una sala de guardia a un lado y un almacén al otro, que guardaba grandes vasijas de barro parcialmente enterradas en la tierra, con estantes que crujían por el peso de muchas baratijas. Pero ambas habitaciones estaban vacías. Jasón se quitó los vellones y los arrojó al almacén, agradecido de no tener que soportar peso extra de nuevo.

La lucha comenzó en el patio cubierto de paja que había más allá, mientras eran observados por el asustado ganado desde sus corrales. Siete u ocho guardias salieron corriendo del megarón hacia los argonautas. La primera lanza fue arrojada por un guardia con bucles de pelo negro. Peleo la desvió con su escudo, pero rebotó y hendió el brazo de Cástor antes de deslizarse por las losas del porche tras él. El espartano gritó de dolor y Pólux se echó hacia atrás para atenderlo, mientras sus ojos buscaban a Medea.

–¡Ayúdalo! –dijo Pólux, llevándolo de vuelta hasta la mujer, que se resguardaba en el almacén–. ¡Por favor!

Los golpes y los ruidos metálicos que provenían del patio delataban una lucha desesperada. Pólux oyó una voz desconocida que gritaba de dolor y un grito de Meleagro.

Medea no tenía ungüentos ni vendajes. Sin embargo, había visto sábanas de lino cuidadosamente dobladas en una cesta. Las rompió en tiras, sabiendo que habría muchas más heridas que curar antes de que terminara la mañana.

Una serie de golpes de madera entraron en el almacén.

–¡Date prisa! –dijo Cástor, con los dientes apretados.

–La herida es profunda –murmuró, mirando a su alrededor en busca de agua. Vio una jarra de barro en un estante–. Apriétala fuerte. –Olfateó el contenido. Vino. Tras apartar la mano de Cástor, vertió una copa sobre la herida. Él arrugó la cara y sus rodillas se doblaron ante un amago de desmayo–. Levántate –dijo Medea, apartándose una trenza suelta de la cara y susurrándole algo al oído–. ¿Dónde está ese orgullo espartano?

Él la miró incrédulo, a punto de empujarla, pero algo en sus ojos salvajes lo impidió.

–Sólo véndala.

Se oyó un grito repentino, del tipo que emite la multitud que observa una carrera de carros. Los ojos de Pólux se dirigieron hacia el patio. Volvió a mirar a su hermano, con los ojos muy abiertos.

–Ve –dijo Cástor–. Me uniré a ti enseguida.

Había un solo frente de lucha y Cástor sabía que el asunto era peligroso. Peor aún, Calais estaba tendido de espaldas, con Zetes arrodillado sobre él, parloteando incoherentemente y dándole bofetadas a su gemelo en la mejilla. Pólux vaciló junto a los tracios. La mirada de Zetes era desesperada, sus ojos estaban rebosantes de lágrimas. Pólux agarró su espada y se unió a la lucha junto a Peleo y Telamón, que defendían su posición a la izquierda.

Aunque los guardias eran menos, tenían disciplina y formaban una robusta cabeza de puente de escudos en forma de media luna. Por

encima de los escudos, clavaban largas lanzas a cualquiera de los argonautas que intentara avanzar. Aunque Pólux era rápido, su espada no tenía el alcance suficiente para introducirse entre la maraña de lanzas que se dirigían hacia él. Retrocedió y buscó otro método de ataque. Los guardias también llevaban grebas de bronce, lo que dejaba sólo una pequeña zona de vulnerabilidad.

–¡Peleo! –gritó–. ¡Peleo, da un paso a la derecha! ¡Provócalo!

El líder de los mirmidones insultó al guardia y se abalanzó sobre él. Al hacerlo, evitó por poco una lanza que le arrojaron, mientras por el rabillo del ojo veía lo que el espartano pretendía. Se fue a por los enemigos, pero esta vez elevó una de las lanzas enemigas de un golpe, haciéndose hueco para acercarse y golpear con su talón la rodilla estirada del guardia. El crujido de la articulación se escuchó a pesar del rugir de la refriega. El guardia se desplomó, y Peleo aprovechó para clavarle la lanza en el pecho.

Mientras tanto, Acasto había estado haciendo una demostración de esgrima con su lanza, pero oyó el grito ahogado y dio un paso atrás. Sabía que debía actuar o perdería el momento. Las espaldas de los argonautas estaban a la vista de todos mientras acosaban a los defensores como una manada de lobos. Oileo estaba a sólo unos metros de distancia, al lado de Jasón, así que era su oportunidad de quitárselo de en medio. Pero debía hacerlo bien para que nadie sospechara. Tal vez podría simular un accidente o aparentar que había sido asesinado por un guardia. Así que cerró los ojos y se arrastró hacia él, a la espera de que un enemigo apareciera y le permitiese actuar sin ser visto.

Cástor salió apresuradamente del almacén, vendado profusamente. Podía sentir la sangre filtrándose a través de la tela, pero la atadura era fuerte y tranquilizadora. Recogió la espada que había dejado caer y escudriñó el caos en busca de su hermano. Entonces sus ojos se posaron en Acasto. Por un momento, pensó que había visto mal.

–¡No!

El grito detuvo la lanza mientras tomaba impulso. Los argonautas que no estaban en contacto con el muro de escudos le lanzaron una mirada de preocupación y se abalanzaron sobre Acasto. Por instinto, el traidor

giró la lanza para defenderse. La espada de Pólux la golpeó con fuerza y el impacto le hizo arrojarla al suelo con dolor. El espartano lo miró con los ojos muy abiertos llenos de confusión, pero el desafío y la altivez en el rostro de Acasto fueron lo bastante esclarecedores. Lanzó el puño contra su barbilla y el príncipe cayó al suelo como una estaca.

No había tiempo para reflexionar sobre lo ocurrido. Atacaron con una rabia renovada, impulsados por el miedo a una arremetida por la espalda. Zetes había presenciado la traición de Acasto y el asesinato de su hermano, así que ya no tenía razones para la cautela. Tomó su espada y se lanzó contra los escudos, esquivando las lanzas erizadas. Los guardias retrocedieron lentamente mientras los argonautas empujaban de nuevo.

Un hombre picado de viruela que blandía una horca se había unido a la refriega. Introdujo su arma en los huecos que habían dejado los defensores cuando se desplegaban. Cuando dos guardias retrocedieron ante las estocadas de Idas, se encontró frente a Oileo. Sus miradas se cruzaron y ambos se miraron boquiabiertos, sorprendidos.

–¡Suéltalo! –gritó Oileo. La saliva le salpicó los labios–. ¡Fuera, Miren!

El mozo de cuadra dio un paso atrás y todo su cuerpo empezó a temblar. Había sido demasiado cobarde como para dejar Yolco cuando Pelias había masacrado a su amado caballo y se lo había servido en bandeja, muchos meses antes. Se burló de él mientras vomitaba grandes trozos de carne, bilis y vino. Su corazón le había gritado que se fuera con su esposa e hijos, pero su cabeza se negó. Demasiado. Demasiado peligroso. Y ahora se quedó paralizado de nuevo, avergonzado y entumecido una vez más.

–¡Vete! –gritó Oileo, arremetiendo contra el guardia de enfrente y luego dando un paso atrás–. ¡Vete! ¡Vete! ¡Vete!

–¡Aquí! –gritaron los guardias, sin girar la cabeza–. ¡Ayúdanos, cobarde!

Algo en la mente de Miren se quebró. Avanzó y hundió el horcón en la espalda del guardia, haciendo que sus miembros se endurecieran de dolor. Oileo le clavó la lanza en el vientre. El enemigo que estaba a su

lado se dio la vuelta, enfurecido. Movió la lanza hacia atrás con un brazo, tratando de defenderse de los ataques que le llegaban por ambos lados. Jasón se agachó, anticipando el regreso de la pesada punta de lanza, y clavó la suya por debajo del hombro en el costado desprotegido del guardia. El colapso de los hombres que defendían el centro de la línea creó una ola de pánico. Los soldados habían percibido la conmoción y comenzaron a ceder. Los argonautas redoblaron el ataque, impulsados por sus últimos restos de resistencia. Anceo agarró el mango de su hacha con ambas manos y derribó a los guardias. Los hombres que se enfrentaban a Peleo y Telamón, desanimados por su ferocidad y la fuerza de aquellos golpes, arrojaron las armas y escaparon hacia el megarón. Los guardias que quedaban con vida sintieron un pánico similar y dejaron caer sus lanzas al tiempo que alzaban los brazos al aire en señal de rendición. Algunos se salvaron, otros quedaron inconscientes; unos pocos se apresuraron a llegar al salón, mirando a su alrededor en busca de una vía de escape.

–¡Manteneos firmes! –dijo una voz retumbante–. ¡Levantaos y defended el hogar del rey!

Jasón y Oileo fueron los primeros en entrar en el megarón. Manchados de sangre, suciedad y sudor, ahora se encaraban al rey Pelias frente a las llamas del hogar. Jasón notó que la espada y la daga del monarca seguían envainadas. Esperó a recuperar el aliento, pero su corazón latía con fuerza y tenía la boca seca.

–Ya han luchado. Están acabados –declaró, apuntando con su lanza a Pelias. Habría sido fácil atravesarlo en ese momento, pero había jurado saborear el momento. «Gánatelo», le había advertido Oileo al principio del viaje–. Como tú.

La mirada de Pelias se fijó en la carnicería que lo rodeaba. Sus guardias –los que aún permanecían conscientes– estaban desarmados, con el pecho agitado, el pelo pegado a las caras por el sudor y la sangre. Su mozo de cuadra arrojó un horcón ensangrentado con disgusto. Los ojos de los guardias se movían de Jasón a Pelias e irradiaban ansiedad. Ninguno de los resultados en que desembocara la refriega sería favorable para ellos.

–¿Dónde está mi hijo?

–Fuera. –Jasón echó la cabeza hacia atrás–. En el patio.

–¿Vivo?

Pólux escupió al suelo.

–Desafortunadamente.

–Quiero verlo.

–Ya vendrá. A su tiempo. Y cuando lo haga, su padre se habrá quedado sin palacio. Sin honor. Sin nadie.

Los ojos de Pelias brillaron hacia sus guardias en señal de reproche y luego se posaron en Oileo.

–Tu rey te perdonó la vida, pero tú lo traicionaste.

–Mi vida nunca fue tuya para tomarla. Tampoco la del rey Esón. Tu hilo pronto será cortado.

Levantó la barbilla hacia Jasón.

–No tienes el vellón, por lo que veo.

«¡El rey Pelias debe morir! ¡El rey Pelias debe morir!».

El regreso de las voces fue tan abrupto y áspero que hizo que Jasón se estremeciera. Pelias lo notó e inclinó la cabeza hacia un lado.

–¿Compartimos la misma aflicción, Jasón del monte Pelión? –preguntó, casi con lástima.

Su comentario provocó miradas extrañas en los argonautas, pero Medea entró en el megarón con un bulto. Jasón se lo quitó y desató las ataduras con manos que temblaban, a la expectativa. Sacudió un vellón tras otro mientras Pelias lo observaba con la boca abierta. A la luz de las llamas del hogar, los vellones brillaban. Incluso los guardias derrotados se pusieron de pie para mirarlos. Nadie habló, pero la conversación susurrada en la cabeza de Jasón se convirtió en un siseo enloquecedor. Lo hizo tambalearse en el lugar y, por un momento, pensó que podía perder el conocimiento. Sin embargo, la atención de Pelias estaba centrada en Medea. Sus ojos se fijaron en sus trenzas y en los tatuajes astrales en sus mejillas. Impasible, ella le sostuvo la mirada.

–Creo que pronto te cansarás de él.

–Los dioses ya están cansados de ti. Lo he visto.

Medea vio el destello de miedo en sus ojos. Se ajustó la túnica y sus labios se curvaron hacia Jasón. Había visto esa mirada antes y sintió en su estómago hundido que algo terrible estaba a punto de suceder.

–Bueno, éste es un regreso a casa conmovedor, Jasón, y debo admitir que me impresionaron tus dones. ¡Por mi vida, pensé que toda la historia era un mito! –Pelias levantó las manos en el aire con aire teatral–. Estoy más que impresionado. Lamentablemente, me temo que no heredarás el trono. Verás, resulta que las circunstancias han... cambiado un poco por aquí. El traidor con la cicatriz supuso correctamente, y, en los meses que has estado navegando, las Parcas han estado muy ocupadas! –Miró por encima del hombro–. ¡Entra, querida! Una reina no debe esconderse así. ¡Mira lo que han traído las olas!

Avanzó por la sombra del corredor hacia el megarón con el pelo arreglado en rizos oscuros. Su quitón era colorido y claro, ceñido a su cintura por una faja azul brillante. Que retorcía las manos fue lo primero que vio Jasón, y también el andar vacilante. Pelias la guio hasta él. La persuadió para avanzar con un brazo tierno, sonriéndole a Jasón.

–¿No luce espléndida la reina Alcimede?

Jasón, estupefacto, miró a su madre. Vio la vergüenza en su rostro: vergüenza, dolor y confusión. Se tambaleó donde estaba mientras toda la luz, todo el calor se drenaba de la habitación. Observó, boquiabierto, cómo Pelias colocaba su mano sobre la faja que contorneaba la suave ondulación de su vientre, sonriéndole.

–No –susurró ella, retirando su mano mientras los labios le temblaban. Se estiró hacia su hijo mientras las lágrimas corrían por su rostro–. ¡No! ¡Jasón! ¡Escúchame, Jasón! ¡Mírame, mi amor! ¡Déjame abrazarte, por favor!

–¡No! –Se apartó de ella, apretando los puños–. ¡No! ¡No! ¡No! ¡¡No!!

Jasón cayó de rodillas, con la cara enterrada entre las manos, temblando violentamente. Sus oídos zumbaban y palpitaban mientras su mundo se desmoronaba a su alrededor. Tuvo la sensación de lanzarse hacia delante y caer en picado hacia un abismo negro y sin fondo.

Acasto se tambaleó hacia el salón. Medea se arrodilló a su lado, con el brazo alrededor del hombro. Los argonautas se miraban entre sí, con el rostro sombrío, las manos en las caderas. Alcimede lloraba mientras Pelias, cuya alegría se había redoblado, extendía los brazos hacia su hijo. En realidad, no fue consciente de nada de aquello. Sólo podía sentir sus dedos envolviendo la empuñadura de la espada de su padre. Se puso de pie. Entonces sintió un agarre de hierro alrededor de la muñeca y escuchó a Oileo gritándole mientras lo sujetaba.

–¡No lo hagas!

Registró, paralizado como en una pesadilla, a Oileo poniéndose delante de él, así como el centelleo y el relampaguear de una espada. El brazo de Pelias que se retiraba. Notó la expresión de sorpresa en el rostro del usurpador y el estallido de dolor en los ojos de Oileo. Sintió que la presión sobre su muñeca se debilitaba hasta desvanecerse. Oyó a una mujer gritar. ¿Era Medea? Entonces estalló el megarón. Los argonautas se amontonaron hacia delante, pero Jasón los venció y llegó antes hasta Pelias. Rugiendo, enloquecido, le hundió la espada profundamente en el pecho, empujándolo hacia atrás contra la pared, cara a cara. Ajeno a la frenética actividad que se desarrollaba detrás de él, oyó el roce de su espada contra el rico yeso, el silbido y el aliento entrecortado que salía de lo más profundo de la garganta del rey. El mundo se había reducido: sólo existían Pelias y él mismo, tal y como había deseado durante tanto tiempo.

Pero no así.

Empujó el pomo con todas sus fuerzas, sin prestar atención a la punta de la espada que ahora se clavaba en una piedra inflexible. En su visión nublada, con su último atisbo de sentimiento, Pelias contempló los ojos azules salvajes y el cabello oscuro pegado a la frente, y no vio los rasgos de Jasón, sino los de su padre, Esón.

Jasón soltó la empuñadura con un jadeo. Su sed de sangre saciada. Vio a Pelias caer al suelo, con los ojos abiertos mientras tomaba su último aliento y sus brazos colgaban a los costados.

Su cabeza crujió por dentro con un estallido de risas.

«¡Se ha consumado! ¡Se ha consumado!».

Luego, las voces se desvanecieron y Jasón supo que nunca volvería a oírlas. Las diosas, o cualquiera que fuera su verdadera naturaleza, habían obtenido su deseo. Su propósito común se había encontrado brevemente y separado después, como extraños en una encrucijada solitaria.

El megarón resonó de nuevo con gritos. Otras mujeres entraron corriendo desde las habitaciones contiguas, pero Jasón las ignoró. Se apartó del cuerpo de Pelias y vio que el rostro ininteligible de Acasto se contorsionaba de rabia mientras se dirigía hacia Jasón. Meleagro, el impertérrito Meleagro de dulce mirada, cogió coraje y con un poderoso movimiento inmovilizó los brazos del príncipe detrás de su espalda, y lo dejó luchando y gritando como un niño petulante.

Oileo se había deslizado al suelo. Medea estaba de rodillas, presionando su mano contra la abertura húmeda de su túnica, y su aliento salía en jadeos cortos. Jasón no la había visto llorar antes. No había visto una emoción tan cruda en su rostro, poseyendo sus labios y su voz.

–¡Venda! ¡Bálsamo! –gritó Jasón a los argonautas que rodeaban a Oileo–. ¡Lo que sea!

Sus rostros pálidos tenían expresiones sombrías que reflejaban que todos sabían cómo terminaba aquello. Aun así, Orfeo corrió hacia el patio sin tenerlo en cuenta.

–¡No te vayas, Oileo! ¡No me abandones!

Jasón, sentado en cuclillas, se balanceaba sobre sus ancas, agarrando la mano de su amigo. Se sorbió y se secó la nariz con el antebrazo, pero sus mejillas se llenaron de lágrimas que no pudo contener. Oileo le sonrió y le apretó la muñeca. El agarre era tan débil y frío como el de un anciano.

–Estoy listo, Jasón. Mi esposa, mi hijo... me están esperando. –Después de un momento, volvió a susurrar algo–. Lo hicimos bien, ¿no?

–Lo hicimos –graznó Jasón–. Te quiero como al hermano que nunca tuve, Oileo. Lo hicimos juntos; nunca te olvidaré. ¡Nunca!

–Estoy contento. He vivido una segunda vida. Gracias, Medea. –Oileo se agarró del hombro de Jasón con sus últimas fuerzas–. ¡Ahora, gánate la tuya, Jasón!

Entonces la luz de sus ojos grises se apagó y murió junto a los vellocinos, justo cuando Orfeo irrumpió por la entrada del megarón, arrastrando tiras de lino tras él. Idas y Peleo se volvieron, sacudiendo la cabeza.

Ahora las paredes decoradas con frescos resonaban con nuevos lamentos y sollozos. Sacudida entre dos mareas de dolor insondable, la reina Alcimede estaba inconsolable. Dio pasos vacilantes hacia Jasón, agarrándose el pecho, implorándole con el amor que sólo una madre conoce.

–¡Pensé que habías muerto, Jasón!

–¿Por qué?

–¡Uno de tus hombres! Vino aquí, él...

–¿Qué? –Los argonautas se miraron entre sí con sorpresa–. ¿Quién?

–No puedo recordarlo... Era alto... Él... ¡Polifemo! ¡Dijo que te habías ahogado en el mar!

Jasón miró a Alcimede con el pecho agitado.

–¿Y ésta fue tu respuesta? ¿Acostarte con el hombre que mató a mi padre?

–¡Lo dices de una manera tan vil, Jasón! ¡Nos atacaron unos asaltantes y ya no me quedaba nada! Quería algo..., algún recuerdo de todos vosotros, algo por lo que preocuparme, algún propósito.

–¡Hombres, buenos hombres, yacen ahora muertos en todo el mundo por mi culpa, por mi propósito! Mientras luchábamos por nuestras vidas y por la tuya, ¡tú estabas con él!

–¿Cómo podía saber esto, Jasón? ¿Cómo podía saber algo de todo eso?

Jasón se puso de pie con una mirada siniestra en el rostro.

–Deja este palacio al amanecer. Vete, cría a su bastardo lejos de aquí.

–Jasón, no –dijo Medea.

–Y en cuanto a vosotros: si la luz del alba os encuentra en Yolco, juro por todos los dioses que os mataré con las manos desnudas –dijo,

apuntando con el dedo a Acasto, a los guardias y luego a las muchachas que lloraban sobre el cuerpo ensangrentado de Pelias.

Acasto se retorció contra los brazos que lo sujetaban y Meleagro le habló al oído.

–Haz lo que te dice, si sabes lo que te conviene. Idos todos y encontrad vuestra paz, como podáis.

Luego lo soltó.

–Volveré a por ti, Jasón. Mil maldiciones caigan sobre ti.

Acasto lo escupió.

–Coge el cadáver de tu padre y márchate, antes de que se lo dé a comer a los cerdos.

Era un espectáculo indigno. La angustiada familia de Pelias luchó para arrastrar su pesado cuerpo fuera del salón, dejando la mancha oscura de su sangre sobre el suelo estucado. Alcimede se volvió hacia Jasón una última vez, pero los ojos del hijo se habían posado en Oileo.

–Vete –dijo, sin mirarla–. Y nunca regreses.

Convulsionada de dolor, se tambaleó fuera del salón.

Los argonautas se miraron entre sí, con caras sombrías, pero Jasón pasó a su lado sin decir palabra. Cogió el vellón más grande y lo arrojó al fuego de la chimenea. Las llamas rugieron en la ráfaga de aire y Peleo, Telamón e Idas lo miraron con horror.

–¿Qué acabas de hacer? –gruñó Telamón, tirándose de la barba–. ¡Navegamos hasta el fin del mundo para eso!

Peleo se acercó al otro vellón, a montar guardia.

–¿Esperabas sacarle el oro con un peine?

Jasón se quedó mirando fijamente la chimenea, hipnotizado por las llamas que se enroscaban alrededor de las fibras, crepitando y chisporroteando, ajeno al hedor acre.

–¡No quedará nada!

Jasón recuperó el anillo de sello de oro de su padre, atado en el cordel que nunca había abandonado su cuello.

–No. Cuando el fuego se haya extinguido y las cenizas se hayan enfriado, repartid el oro entre vosotros. Quiero que tengáis uno de éstos.

Telamón le sonrió a su hermano.

–¡Me gusta!

–Por los dioses, tendrías que arrancármelo de mis dedos fríos y muertos antes de que lo suelte.

Los ojos de Jasón se posaron una vez más en Oileo.

–¿Quién me ayudará a llevarlo? Era mi hermano.

Los argonautas avanzaron, entrelazando los brazos, formando un círculo apretado alrededor del cuerpo inmóvil de Oileo. Idas agarró el hombro de Jasón, con mirada penetrante.

–Todos lo somos, Jasón. Un día, sólo nos quedará esta amistad, ya lo verás. ¡Una hermandad forjada en las llamas!

Epílogo

Tebas, otoño tardío

Los ojos del rey Tersandro se dirigieron de la mujer al guardia que pasaba a toda velocidad junto a ella hacia el megarón, bloqueándole el paso.

–¡Mi señor, lo siento! –Su voz estaba entrecortada por el miedo mientras recuperaba el aliento–. ¡No sé cómo entró en la Cadmeia!

La mujer, vestida de negro, se secó la frente con un pañuelo de lino y miró alrededor. Los frescos de mujeres coloridas con faldas con volantes que adornaban las habitaciones que conducían al salón del rey no se parecían en nada a las tímidas criaturas que había visto desde que entrara en el palacio.

–¿Quién es?

El humo del fuego ardiente de la chimenea en el centro del salón se desplazó a través del óculo y se disipó en un cielo que se oscurecía. Sabía que tendría que ser rápida.

–¿Y bien, mujer? ¿Quién eres tú?

–No, no quiero agua, gracias.

Tersandro miró al guardia y enarcó una ceja. Se acarició la barba oscura hasta dejarla puntiaguda.

–Menos mal, ya que no te ofrecí nada. –Ella inclinó la cabeza hacia un lado y lo miró como un pájaro cauteloso que observa a un gato–. Última oportunidad. Di tu nombre, di por qué estás aquí.

–¿Es esto lo que se hace pasar por hospitalidad en tus salones? –dijo, con una ceja alzada–. Nada bueno vendrá de esto.

–Échala.

El rey hizo un gesto despectivo y se acomodó la túnica sobre los hombros. Aunque la habitación se estaba volviendo húmeda, a pesar de las llamas que saltaban en la chimenea, sintió un escalofrío. Su marcado acento y su presencia lo inquietaban. Se dio cuenta de que, aunque lo miraba fijamente, no había parpadeado. Ni una sola vez.

El guardia inclinó la cabeza y la agarró del hombro para darle la vuelta. Quedó sorprendido por lo fuerte que era, a pesar de su complexión. Lo observó con una mirada oscura y siseó, y él levantó la mano para hacer la señal del ojo. Retrocedió justo cuando otro par de guardias entraron apresuradamente en el salón. Disminuyeron la marcha cuando él negó con la cabeza y miraron al rey confusos.

–¿Dónde está mi hija?

–¿Tu hija?

Se secó la cabeza de nuevo. La presión había empezado a aumentar y sabía que el tiempo se estaba acabando.

–Perséfone, mi hija. –Añadió, con desagrado–. Tu esposa.

Los labios del rey se movieron, pero no salió ningún sonido. Se aclaró la garganta.

–Mi esposa hará lo que yo diga. Y digo que no te verá, quienquiera que seas.

Negó con la cabeza con gravedad.

–Las estaciones han cambiado, como debe ser, mientras yo he vivido, observado y esperado entre vosotros. El viejo rey ha muerto y su hijo ha tomado el trono, pero la ciudad de Tebas no prospera como antes. Así que ahora, como lo han querido los dioses, Doso está aquí.

Tersandro se puso de pie y gritó a los guardias.

–¡Lleváosla! ¡Ahora!

Los tres hombres vacilaron. Dudaron incluso cuando otros tres guardias, todos armados con lanzas, irrumpieron por una puerta en el extremo opuesto del salón. Formaron una media luna a su alrededor, pero ninguno se atrevió a romperla. La mujer apuntó con su bastón a los recién llegados. La tensión en su cráneo era casi insoportable y se tambaleó en el lugar.

–¡Estos hombres tienen más sentido común que su arrogante rey! ¡Más sentido común que abusar de las leyes de la hospitalidad, que todo hombre sabe que el Tonante protege! –Apuntó con su bastón al óculo del techo.

La lluvia fue tenue al principio, como un velo de niebla, pero las llamas del hogar comenzaron a encogerse y a echar humo cuando se alargó el aguacero. Los guardias jadearon y retrocedieron, haciendo señas contra los espíritus que ahora veían flotar hacia ellos en el humo. Uno arrojó su lanza con estrépito y salió corriendo del salón. Otro se alejó y luego corrió tras él.

Las llamas se extinguieron con un gran sonido seco, sumiendo el megarón en una penumbra sobrenatural. Un relámpago titiló en el óculo, cubriendo las paredes con una luz cegadora. Y lo siguió un trueno, que detonó sobre ellos, sacudiendo la estructura misma del palacio, haciendo que los guardias se lanzaran en busca de refugio. Resbalaron sobre el suelo estucado, pero se pusieron de pie rápidamente para seguir huyendo, todos menos uno. Allí quedaron sus armas. Incluso aquel guardia rezagado se tambaleó hacia atrás hasta chocar contra un escudo que colgaba de la pared.

Tersandro estaba presionado contra el trono, agarrándose al yeso frío detrás de él. La mujer lentamente le apuntó con su bastón y su boca se abrió con un terror funesto.

–¿Dónde... está... mi... hija?

Por un momento, no pudo hablar, tan afectado estaba por el poder elemental de la mujer. Señaló con un dedo tembloroso la escalera que conducía al piso superior.

–Ve a buscarla –le susurró al guardia.

Pero el mencionado se alegró de que no fuera necesario, pues acto seguido una silueta esbelta se deslizó hasta el último escalón y se detuvo un momento frente a Doso.

–¿Perséfone?

Consciente de que su voz corría el riesgo de quebrarse y romper el hechizo del momento, repitió su nombre con más convicción.

Un relámpago fulguró y, aunque el rey y su guardia se estremecieron cuando rompió el trueno, Doso lo ignoró. Fue un instante brevísimo, pero en ese destello deslumbrante vio un rostro delicado, triste y familiar. A pesar del paso de los años, supo con la convicción con la que sólo ella podía hacerlo, quien la había llevado en su vientre, la había acunado en su pecho y criado con amor ilimitado. Lo sabía.

Doso extendió la mano y Perséfone llegó corriendo. Unidas como una sola, se abrieron paso por el salón sombrío sin que nadie las desafiara. Sólo cuando entraron en la antesala, Tersandro las llamó.

–¿Quién eres? ¿Qué eres?

Doso se detuvo en la cabecera del fresco. Su mirada recorrió la procesión. Iluminadas por una hilera de lámparas de aceite, las muchachas pintadas bailaban y sonreían.

–Soy Amor; soy Esperanza, y a veces soy Desesperación. –Sintió que Perséfone le apretaba la mano–. Sabe que soy una madre.

Meses

No existe un equivalente simple de la Edad del Bronce para nuestro calendario gregoriano, pero es posible identificar ciertas pistas en las llamadas inscripciones en lineal B que han sobrevivido de esta era. Por ejemplo, dos meses (probablemente vinculados a festivales) están atestiguados en tablillas en lineal B del palacio de Pilos: el *pakijanijojo* y el *powowitojo*. Este último se ha interpretado como el mes de la navegación. También he hecho referencia a las tareas agrícolas registradas en el calendario de Gezer, inscrito en cananeo, y que probablemente data del final de la Edad del Bronce. Las actividades que menciona, aunque en una parte diferente de la cuenca mediterránea, se correlacionan con nuestro conocimiento de los productos de temporada en Grecia, tanto entonces como ahora. También estoy en deuda con el trabajo de la doctora Emily Hauser, cuyo calendario en su novela *For the Winner* (Pegasus Books, Londres, 2017) combina la evidencia del lineal B con el poema didáctico de Hesíodo del Período Arcaico, *Los trabajos y los días*.

Enero – El mes de Poseidón
Febrero – El mes del vino nuevo
Marzo – El mes de la siembra
Abril – El mes de la navegación
Mayo – El mes de la cebada
Junio – El mes de las rosas
Julio – El mes de la trilla del trigo
Agosto – El mes de la vendimia
Septiembre – El mes de la labranza
Octubre – El mes de las lluvias
Noviembre – El mes de la cosecha
Diciembre – El mes de la Diosa

Nota histórica y lecturas complementarias

A la hora de encarar el viaje de vuelta de Jasón, había muchas más cuestiones que abordar que en el de ida. La versión más conocida del mito argonáutico es la de Apolonio, cuyas *Argonáuticas* se escribieron en el siglo III a. C. Sin embargo, como mencioné en la nota histórica de *Argo*, éstas se escribieron mil años después de la «ventana» temporal convencional para el viaje, que tradicionalmente data de la generación anterior a la guerra de Troya. Más de las tres cuartas partes de las *Argonáuticas* se dedican a la formación de la tripulación, su viaje y a Medea ayudando a Jasón a superar los diversos desafíos en la Cólquida. El viaje de vuelta es relativamente breve y, lo más importante, es físicamente imposible (y siempre lo fue).

Disfruté estudiando los mapas de Europa central, tratando de averiguar si el Danubio o alguno de sus afluentes podrían ofrecer algún atisbo de verdad en el relato de Apolonio. Sea como fuere que se mire el problema, y aunque los antiguos griegos hubieran aprendido a hacer rodar sus barcos por caminos de troncos como los vikingos, el terreno no lo permitiría. Y, sin embargo, el viaje de regreso de Apolonio no es el más disparatado. Las *Odas Píticas* de Píndaro muestran al *Argo* atravesando el mar Rojo, Arabia y el Sahara, mientras que las llamadas *Argonáuticas órficas* lo ven navegando alrededor de Escandinavia y Gran Bretaña antes de volver a unirse al Mediterráneo por el estrecho de Gibraltar. Sólo Heródoto de Heraclea (al menos de las versiones supervivientes) racionaliza el viaje haciendo que los argonautas recorran el mismo camino hasta la Cólquida y de regreso.

Sin embargo, la leyenda del *Argo* perdura en algunos de los lugares más inesperados. El historiador romano Plinio el Viejo afirmó que la

ciudad de Vrhnika, a las afueras de Liubliana, en Eslovenia, fue fundada por los argonautas (la arqueología actual no se remonta más allá del período romano tardío). Los lugareños incluso señalan evidencias físicas de la visita de Jasón: una grieta en una gran roca sobre el nacimiento del río Ljubljanica causada por su puño. Además, cada mes de junio se celebra un festival en honor a los argonautas fundadores. Algún día me gustaría ir y brindar por ellos.

En *Jasón*, quise quitarme el sombrero ante estos fantásticos viajes de regreso. El Danubio (el viejo Istros) era, por supuesto, conocido por los antiguos griegos y es navegable en la mayor parte de su longitud. Un día me cayó entre las manos un regalo fascinante que me proporcionó tanto un trampolín desde el sur del mar Negro hasta este gran río como también algo aún más importante. Encontré una imagen de un mapa del siglo xv de Anatolia que se basaba en el trabajo del geógrafo grecorromano Claudio Ptolomeo. A cierta distancia de la costa de Bulgaria se puede ver una isla, aproximadamente del tamaño de Tasos, en Grecia, que parece haber desaparecido por completo debido a alguna calamidad natural en la Edad Media. La isla se llama Cianida y, tan pronto como la vi, quise que fuera la isla de Circe, Eea.

Uno de los pocos detalles del mito en los que poetas y comentaristas parecen estar de acuerdo es en la ubicación occidental de Eea (brumosa). La ubicación de Cianida cerca de la costa occidental del mismo mar en el que su hermano, el rey Eetes, dominaba el este, resultó irresistible. Tal vez algún día esta isla pueda ser reubicada y revelar algunos de sus secretos.

Para muchos fanáticos de las películas de Ray Harryhausen,[5] el personaje de Talos, el autómata gigante de bronce, es su creación más memorable. En *Argonáutica*, Talos es un guardián de Creta capaz de patrullar toda su costa tres veces al día. Sin embargo, si eliminamos los elementos fantásticos, nos quedan algunas pistas sobre la psicología detrás de tal creación. A fines del siglo XIII a. C., Creta, como gran parte del Egeo, fue el objetivo de un número cada vez mayor de incursiones piratas por parte de los llamados Pueblos del Mar, que fueron causa o síntoma (y tal vez incluso ambos) del colapso de esta

gran era de la civilización. De hecho, estos años crepusculares, que pueden haber dado lugar a un período melancólico de heroísmo en poemas orales épicos, son el tema del último libro de la trilogía *Blades of Bronze*. Me interesé especialmente al presentar a Talos en no racionalizarlo demasiado y mantener algo de Harryhausen en él.

Si hay algo que he aprendido en este viaje es a confiar en la capacidad de la investigación para desentrañar posibles subtramas, paisajes y personajes. Tarde o temprano, siempre se le encontrará la vuelta. *Bronze Age Eleusis and the Origins of the Eleusinian Mysteries* (Cambridge University Press, Cambridge, 2015), de Michael Cosmopoulos, debe ser sin duda la obra de referencia para mejorar la comprensión del ritual de culto en Eleusis. Fue este libro, en particular su análisis de la decadencia de Eleusis a finales de la Edad de Bronce, el que ofreció una base histórica para las sirenas (de *seirenes*, que significa «enredadoras» en griego antiguo) como hijas del atribulado rey Céleo y contemporáneas de Perséfone.

Siempre que ha sido posible, he intentado ser fiel a la arqueología del mundo habitado por los argonautas. Mi versión del palacio de Céleo se basa en la reconstrucción del «complejo Megarón B» en Eleusis, del que se habla en «Mycenaean burnt animal sacrifice at Eleusis» (artículo en PDF por Cosmopoulos y Ruscillo, Oxford Journal of Archaeology, 2014) y, de manera similar, la villa cretense de Pijasiros en Amnisos es una réplica de la Casa de los Lirios excavada en 1932 por Spyridon Marinatos. Como siempre, algunas fechas han tenido que ser forzadas hasta sus límites más extremos. He optado por los últimos períodos de posible habitabilidad tanto para esta villa como, más significativamente, para el palacio de Cnosos.

En términos de interés más amplio, *The Bull of Minos* (Efstathiadis Group, Estrasburgo, 1961), de Leonard Cottrell, que es en parte biografía y en parte historia arqueológica, es una maravillosa introducción a las vidas y carreras de Heinrich Schliemann y Arthur Evans. Su prosa hermosamente evocadora está en su mejor momento en su descripción de su estancia en Cnosos con un exmiembro del equipo de Evans.

Por último, recomiendo encarecidamente *En busca de la guerra de Troya* (Editorial Crítica, Barcelona, 2013), de Michael Wood. Se trata, en efecto, de un análisis «deslumbrante y exhaustivo», por citar a un crítico, de la posible historicidad de la guerra, pero, más que eso, es también una mirada brillante tanto al mundo de la Edad de Bronce en general como a nuestra fascinación duradera por Homero en particular. El documental en sí es tan apasionante ahora como lo fue cuando se estrenó.

Agradecimientos

Los últimos doce meses de trabajo con Head of Zeus me han recordado lo afortunado que soy, y sé que hablo en nombre de otros autores de la «escudería» de Aries. El editor Greg Rees ha sido desde el principio un infatigable defensor de Jasón y sus argonautas, y estoy inmensamente agradecido por su excelente humor, paciencia y riqueza de conocimientos. También me gustaría agradecer al resto del equipo su positividad, sus habilidades de amplio alcance y su creatividad sin límites. Estoy muy orgulloso de ser parte de la familia.

De manera similar, Ian Drury, de Sheil Land Associates, se ganaría su lugar en cualquier equipo como defensor de los autores. ¡Gracias por el apoyo tanto en los buenos momentos como en los indiferentes!

Gracias a la correctora de estilo Helena Newton por sus observaciones de ojo de águila sobre el texto. Ha estado a nuestro lado en ambas etapas de este viaje, con habilidades similares a las de Linceo.

Mencioné en *Argo* las invaluables ideas de un verdadero argonauta. El doctor Jonathan Cloke fue miembro de la tripulación del difunto Tim Severin, que remó y navegó con éxito mil quinientas millas hasta Georgia, en 1984, en una galera reconstruida de la Edad de Bronce, lo que demuestra que el viaje era, al menos, una posibilidad física. Algunas de las perlas de su fascinante viaje también aparecen en esta novela.

Por último, Rachael, gracias por tu paciencia, apoyo y amor inagotables, especialmente en aquellas ocasiones en las que debería haber estado limpiando el rastro de destrucción dejado por dos niños llenos de vida. Jasón podría haber quedado varado en el extranjero para siempre sin ti.

Notas

[1] El antiguo Danubio, tal y como se le conocía entre los griegos y los tracios. *(N. de la T.)*

[2] Meteorito sagrado para los griegos arcaicos. *(N. de la T.)*

[3] Una de las etnias englobadas en los denominados «pueblos del mar», que asolaron el Mediterráneo entre el siglo XIII a. C. y comienzos del siglo XII. *(N. de la T.)*

[4] Funcionario de alto rango en la Grecia micénica, encargado, fundamentalmente, de los ejércitos. *(N. de la T.)*

[5] Ray Harryhausen fue un técnico y productor cinematográfico que introdujo con gran éxito la técnica de *stop-motion* en la animación. Su trabajo en *Jasón y los argonautas* (1963) se considera una obra maestra del género. *(N. de la T.)*

Table of Contents

- Portadilla
- Créditos
- Dedicatoria
- Mapa
- Argonautas
- JASON
  - Prólogo
  - Primera parte
  - Segunda parte
  - Tercera parte
  - Cuarta parte
  - Quinta parte
  - Epílogo
- Meses
- Nota histórica y lecturas complementarias
- Agradecimientos
- Notas